

**C.J. CHERRYH**



**EL REGRESO  
DE CHANUR**

**SAGA DE CHANUR/4**



Lectulandia

Cuando esas entidades enigmáticas que se dan a sí mismas el nombre de humanos enviaron el primer navío de exploración al universo del Pacto, alteraron las tradicionales alianzas político-comerciales entre las siete especies conocidas. Y al dar refugio al único humano superviviente, la capitana hani Pyanfar Chanur y su tripulación de la *Orgullo* se vieron instaladas en el centro de un fantástico torbellino de proporciones galácticas y convertidas involuntariamente en la llave maestra de un juego de poderes que apenas comprendían. *El regreso de Chanur* es el cénit y el sorprendente broche final de la compleja visión de las múltiples e imprecisas relaciones entre especies galácticas que se desarrolló en *El Orgullo de Chanur*, *La aventura de Chanur* y *La venganza de Chanur*. Sin lugar a dudas se trata de la serie que ha renovado la clásica *space opera* y la ha puesto al nivel de la moderna ciencia ficción.

**Lectulandia**

C. J. Cherryh

# **El regreso de Chanur**

**Saga de Chanur 4**

ePub r1.0

sentinel 23.04.14

Título original: *Chanur's Homecoming*  
C. J. Cherryh, 1986  
Traducción: Albert Solé  
Diseño de portada: LA MANUFACTURA / Arte + Diseño

Editor digital: sentinel

Portadilla: GONZALEZ  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



ANIVERSARIO  
EDICIÓN CONMEMORATIVA



## Presentación

*Uno de los subgéneros más habituales en el seno de la ciencia ficción es la narración de ámbito interestelar, repleta de acción y aventuras, que posiblemente fue el esquema más utilizado en las narraciones de los años veinte y treinta. Sus características hicieron que en 1941 Wilson Tucker propusiera el término space opera (ópera espacial) para identificar esas narraciones de cariz aventurero que transcurrían en torno al viaje interestelar. El nombre deriva, con clara intención peyorativa, de las soap opera (literalmente «óperas de jabón») que era la denominación popular de los seriales radiofónicos de la época patrocinados por marcas de detergentes.*

*El término fue acuñado en tono crítico para destacar la ingenuidad literaria y el carácter de cliché de ciertas narraciones de la primera época de la ciencia ficción. Tiene su equivalente en la ya muy tradicional novela de aventuras del oeste (la horse opera u «ópera de caballos») en la que se ha substituido el caballo por la nave espacial, el revólver por la pistola de rayos y las anchas llanuras del oeste norteamericano por el espacio interestelar sin fin.*

*Aunque el término space opera mantiene todavía, para algunos, muchas de las características peyorativas que tuvo en los años cuarenta y cincuenta, se utiliza más recientemente con un cierto grado de nostalgia y sirve para identificar cualquier narración de aventuras espaciales, en particular aquéllas en las que la acción tiene un papel preponderante e incluso definitivo.*

*Puede decirse que, con estos elementos, la space opera ha sido uno de los subgéneros de la ciencia ficción que más ha resistido al cambio y a la modernización. Sus tramas argumentales han pecado demasiadas veces de esquematismo, los personajes no tenían prácticamente ninguna profundidad psicológica y las narraciones rezumaban un etnocentrismo excesivo. El protagonista solía ser un joven aventurero terrestre, rubio y apuesto, tal y como ha popularizado el Han Solo de la saga cinematográfica de La Guerra de las Galaxias de George Lucas.*

*Ha habido que esperar a los años ochenta para que la space opera, uno de los subgéneros más entrañables de la ciencia ficción, alcanzara la madurez. Y ello ha sido posible gracias a una obra que marca un punto a partir del cual perdura la acción y la aventura pero más allá del limitado esquema del etnocentrismo machista que había sido su elemento central hasta ahora. Se trata, evidentemente, de EL ORGULLO DE CHANUR (1982) de C. J. Cherryh, que ha resultado ser el inicio de una saga de aventuras galácticas no protagonizadas por varones humanos y que se desarrolla en el seno de un inestable Pacto entre varias de las especies más sorprendentes que ha creado la ciencia ficción.*

*Ha sido precisamente el gran éxito de EL ORGULLO DE CHANUR en Estados Unidos lo que ha llevado a su autora a seguir desarrollando las grandes posibilidades abiertas en el universo del Pacto. Nos encontramos, en este caso, con una nueva space opera en la que se realizan dos modificaciones muy importantes y fundamentales para la madurez del subgénero. Por una parte Cherryh huye del etnocentrismo habitual presentando la aventura y la acción desde la óptica de los hani, una raza de leones de forma humanoide, y, al mismo tiempo, abandona el punto de vista de los personajes de sexo masculino para centrar el relato en las peripecias de una capitana hani. Y, además, entre los hani se da también una intencionada inversión del papel de los sexos respecto de lo que ha sido habitual entre los humanos.*

*Y junto a ello, la saga de Chanur nos ofrece también aventura y acción como corresponde a la space opera y también ese inestimable e imprescindible «sentido de la maravilla» que se traduce en las diversas especies que componen el Pacto y, sobre todo, en sus complejas interrelaciones político-comerciales que superan en mucho la simple trama habitual en la clásica space opera.*

*Todo ello es mucho más visible en las tres últimas novelas de la saga: LA AVENTURA DE CHANUR, LA VENGANZA DE CHANUR y EL REGRESO DE CHANUR. En realidad EL ORGULLO DE CHANUR es una novela aislada que no pretendía ser el inicio de una serie y cuyo éxito propició la aparición de la saga. Por un acuerdo con su editor norteamericano, Cherryh (tal y como cuenta en una «Nota de la autora» que se incluye al final de este tercer volumen de la serie) ha escrito como continuación un largo relato de más de un millar de páginas que se ha editado, también en Norteamérica, en tres volúmenes. Pero lejos de forzar artificialmente conclusiones parciales a cada uno de los tres libros, la autora se ha decidido por mantener su unidad. Se respeta en cierta forma el esquema tradicional de planteamiento, nudo y desenlace que corresponden respectivamente a cada una de las tres últimas novelas de la serie.*

*Aunque no sea el proceder más recomendable, los lectores que se incorporen ahora a la narración de las hazañas de la capitana hani Pyanfar Chanur disponen al principio de este libro de una breve sinopsis argumental de lo ocurrido hasta ahora. Aunque mi consejo es, como es lógico, la lectura secuencial de la serie.*

*Conviene tal vez recordar aquí que al final del segundo volumen, LA AVENTURA DE CHANUR, se puede encontrar un apéndice que resume las características centrales del Pacto y las especies que lo forman. Aunque tal vez en ese apéndice hay algunas simplificaciones excesivas sobre todo en lo que hace referencia a ese intento de considerar como un bloque a cada una de las especies que forman el Pacto.*

*Es precisamente la existencia de posibles facciones dentro de cada una de las*

especies y los inevitables enfrentamientos entre ellas lo que otorga toda su complejidad a la trama de la narración. En EL REGRESO DE CHANUR la serie concluye con el retorno de las protagonistas hani a su sistema natal, donde presenciamos la confluencia final de todas las especies relevantes en el complejo y cambiante universo político del Pacto. Recordemos someramente el aspecto leonino de los hani (protagonistas destacados), la forma de insecto de los kif, la apariencia simiesca de los mahendo'sat, la un tanto pajaril de los stsho y la sorpresa que causa la irrupción de una nueva especie (precisamente la humana) en un Pacto inestable y, quizá, bajo la continua observación de los respiradores de metano, los misteriosos knnn, y los tc'a y sus asociados, los chi.

Evidentemente, EL REGRESO DE CHANUR nos lleva hasta el final de la saga y resuelve los interrogantes planteados hasta ahora con algún que otro espectacular movimiento de alianzas en el seno del Pacto. El epílogo final nos muestra cómo los protagonistas de hoy se convierten invariablemente en los héroes y personajes de referencia del mañana tal y como corresponde a la tradición de la space opera más clásica.

Tal vez no sea ocioso destacar cómo la nave de Pyanfar se configura a lo largo de la serie como el centro de una nueva experiencia social. Acabará convirtiéndose en un curioso refugio para una variada mezcla de especies al estilo de la que debió de registrar la bíblica arca de Noé, aunque esta vez es evidente el carácter racional de todos sus refugiados, pese a la diversidad de su psicología. La serie sobre Chanur nos va presentando los problemas que se derivan de la cohabitación en el seno de la «Orgullo» de su tripulación habitual de hembras hani que deben compartir su nave con el humano Tully, el macho hani, esposo de Pyanfar, el kif esclavo Skkukuk, el mahen Jik e incluso soportar la novedosa presencia de dos clanes hani en una misma nave. Lentamente se van venciendo las dificultades implícitas en cada nueva situación (generalmente inéditas en la otrora estructurado universo del Pacto) y estos seres diversos van acoplando sus comportamientos de la misma forma en que, acaso inevitablemente, deberán hacer sus especies respectivas.

Pero el camino a la solución final no está exento de peligros: la acción y la aventura son incesantes y la tensión no decae. Los continuos y debilitadores saltos por el hiperespacio y los diversos enfrentamientos agotan a los tripulantes y Pyanfar perderá el sueño, el pelaje y tal vez el temple al enfrentarse sin cesar a piratas, batallas y peligros. Pero, por encima de todo, deberá profundizar en la impenetrable trama de la política y la diplomacia de doble sentido de la que parece ser un elemento fundamental aunque involuntario.

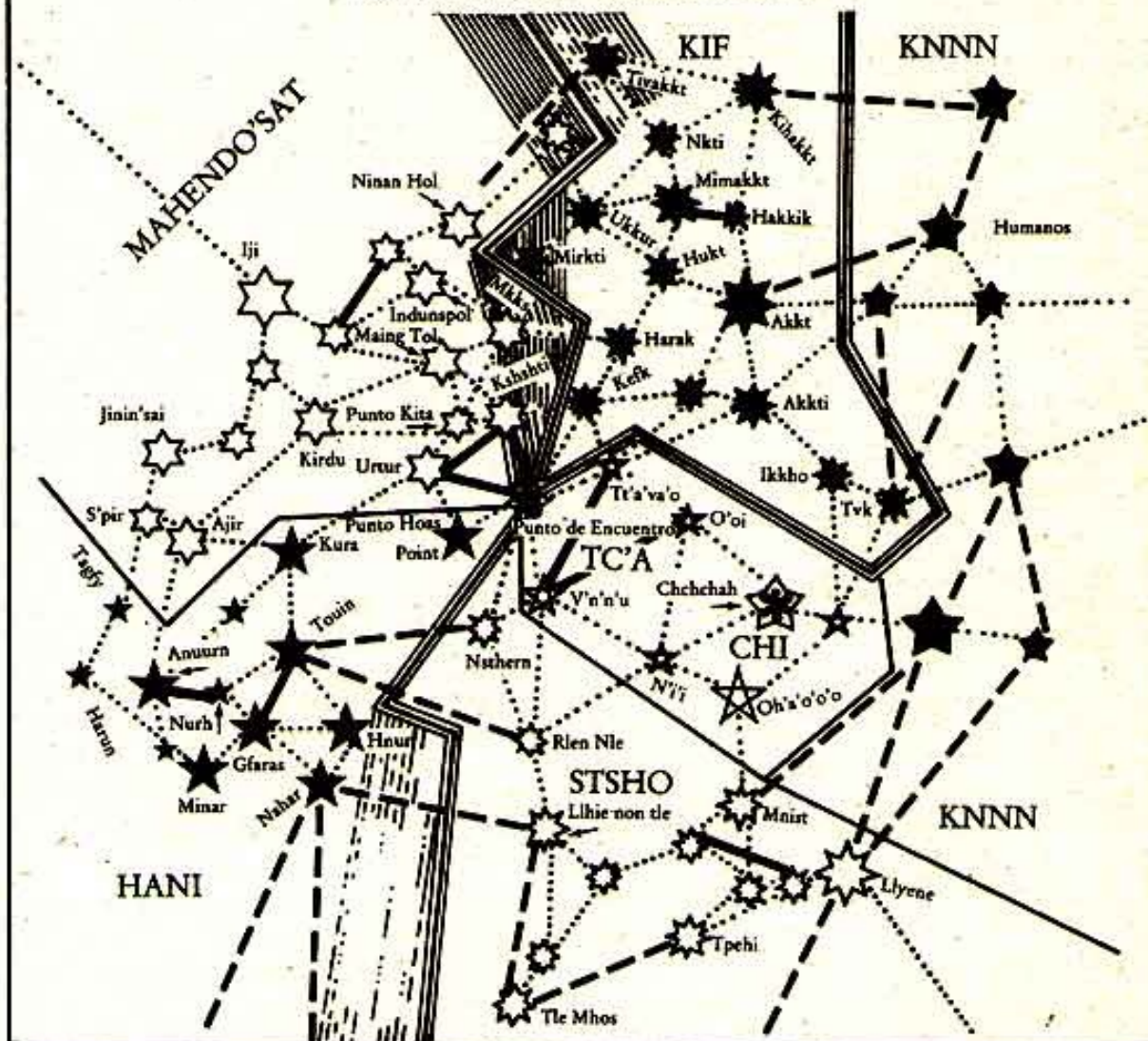
En resumen, la serie de Chanur es una space opera madura e interesante que está llamada a dejar huella en la historia del género y que divierte enormemente. ¿Qué más se puede pedir?








# MAPA ESPACIAL DEL PACTO

Profundidad de campo — más/menos 40 años luz






## SÍMBOLOS

-  — Estrella central de un sistema
-  — Estrella y/o estación de importancia
-  — Punto de salto y/o estación comercial de poca importancia

## FRONTERAS

-  — Pacificas
-  — Prohibidas
-  — Disputadas

## RUTAS

-  — Rutas posibles sólo para naves knnn
-  — Rutas posibles sólo para naves de poca masa
-  — Rutas posibles sólo para naves que lleven masa

NOTA: Algunas veces las estrellas aparecen unas al lado de otras cuando en realidad la profundidad del campo representado en el mapa debería situarlas bastante alejadas. Las rutas de navegación han sido planeadas tanto para «subir» y «bajar» como para el desplazamiento lateral.

## En nuestro último episodio <sup>[1]</sup> ...

Dos años atrás los agresivos kif, nativos de Akkkht, tenían un *hakkikt*, un líder tan temible que logró reunir en una banda pirata a un número extraordinario de kif. Este *hakkikt*, Akkukkak, se había apoderado de una nave perteneciente a una especie hasta entonces desconocida, la humanidad, y aspiró a metas superiores a las habituales entre los kif, que se limitaban a los actos de bandidaje contra otras especies. Al tener como presa a una especie que no estaba bajo la protección del Pacto, podría llegar a conseguir suficiente poder para reunir bajo su influencia a toda la especie kif, y lanzarse luego sobre el Pacto en una ola de conquistas sin precedente en la historia.

Pero el rehén humano logró escapar. Mientras el *hakkikt* se encontraba en un muelle de la estación estelar Punto de Encuentro, el último prisionero sobreviviente huyó y buscó refugio a bordo de la *Orgullo de Chanur*. Ésta era una nave mercante hani capitaneada por Pyanfar Chanur, quien no había solicitado la presencia de este refugiado.

A pesar de eso y, por una cuestión de principios, Pyanfar y su tripulación se negaron a entregar al humano cuando Akkukkak se lo exigió. Esto representaba una doble calamidad para el kif: primero había perdido al humano y toda la información que éste podía proporcionar sobre su especie; y luego se había visto desafiado por una simple comerciante hani... que logró eludir al gran *hakkikt* en una cacería que les llevó a varias estrellas. Repentinamente, Akkukkak se encontró luchando no sólo por su presa sino también por su vida, pues el kif que pierde la reputación pierde rápidamente seguidores y se convierte en el blanco de otros kif con ambiciones. Akkukkak se vio obligado a buscar una venganza proporcional a su humillación, que estaba relacionada con una ambición tal que podía hacer temblar mundos enteros.

Dio un paso sin precedentes al dirigirse contra el mundo natal de las hani. Su primer objetivo era conseguir la humillación de Pyanfar Chanur y todo su clan para borrarlos de escena, aunque su acción quizá se debió a un concepto erróneo de la importancia que tiene una hani como individuo: Akkukkak pensaba como un kif e interpretó los movimientos de Pyanfar como fruto de una ambición agresiva. Su segundo objetivo era que se le devolviera su propiedad. En todas esas demandas juzgó muy mal a las hani, pues ninguna de sus posibles acciones las habrían enfurecido contra él más que esta intrusión en el territorio natal hani y la petición de que entregaran a un ser vivo que había buscado refugio dentro de un clan hani. Las hani le presentaron batalla en la estación de Gaohn y recibieron la ayuda de dos capitanes de naves de caza mahen. Dado que los nombres mahendo'sat no son fáciles para las demás especies, Pyanfar los conocía como Dientes-de-oro y Jik. Este combate ya habría sido lo bastante serio por sí solo, pero las hostilidades inquietaron a otra especie más del Pacto, los knnn. Estos seres son respiradores de metano,

dotados de mala reputación y poseen la tecnología más avanzada de todo el espacio conocido. Los knnn, al intervenir, se llevaron al *hakkikt* Akkukkak rumbo a un destino imposible de adivinar. Y con eso el asunto quedó arreglado. El humano, Tully, volvió con su gente. Pyanfar Chanur creyó tener ante ella una nueva era de comercio y prosperidad en la cual no sólo su propio clan, sino todas las hani podrían sacar provecho del contacto con los humanos.

Por desgracia, no había contado con los stsho, cuya estación de Punto de Encuentro era el eje de todas las rutas comerciales del Pacto. Xenófobos sin paliativos, los stsho le retiraron a Chanur el permiso de comercio. Pero aún, lo cierto es que Akkukkak había perjudicado seriamente los asuntos hani con sus acciones. Chanur se vio obligada a defenderse contra el desafío de sus enemigos hani, quienes se aprovechaban del temor popular que inspiraban los knnn. Aunque el Señor Kohan Chanur pudo resistir, el clan perdió valiosos aliados dentro del consejo cuyo apoyo Pyanfar y otras hani Chanur echaron enormemente en falta.

Para aumentar aún más las dificultades, nadie cumplió sus promesas. Los humanos no volvieron y los mahendo'sat entraron en una etapa de aislamiento.

Dos años más tarde, una empobrecida Pyanfar Chanur se esforzaba por mantener en funcionamiento a la *Orgullo...* pero no era la única capitana Chanur que se encontraba metida en grandes apuros.

Entonces, por algún milagro imposible de imaginar, sus documentos fueron nuevamente legalizados y se la invitó a volver a Punto de Encuentro para recuperar su licencia de comercio.

Atracó en Punto de Encuentro con el único cargamento que podía permitirse comprar y cayó directamente en los efusivos brazos de Dientes-de-oro, el mahendo'sat, quien le entregó unos mensajes con el humano Tully como pasajero secreto y le dijo que huyera rápidamente para salvar su vida: los kif la perseguían.

Entre los problemas de Pyanfar se contaba también el de haber transgredido la costumbre hani. Los machos hani eran tradicionalmente una clase protegida dentro de su sociedad: los pocos que lograban triunfar en un desafío se convertían en señores y jefes ceremoniales de clan aunque carecían de autoridad significativa ya que el auténtico poder legal y financiero descansaba en las hembras, quienes dirigían el negocio exterior. El resto de los machos vivía y moría en el exilio rural, apartados de toda sociedad que no fuera la suya propia. A este grupo de machos debía retirarse el señor de un clan que hubiera sido derrotado, para pasar una breve y desgraciada existencia entre machos más jóvenes y ambiciosos que estarían poniendo a prueba sus habilidades combativas. El esposo de Pyanfar, Khym Mahn, fue depuesto por su hijo Kara tras haber sido derrotado; pero retrasó su exilio para ayudarla en su combate contra los kif y acabó convirtiéndose en uno de los pocos machos hani que habían salido de la superficie de su planeta. De hecho, un acuerdo interestelar les

prohíbe salir de él ya que tienen reputación de ser presa de rabias incontrolables que los convierten en peligrosos para la vida y la propiedad ajenas.

Pero Pyanfar, ante la perspectiva de mandar a Khym de regreso a su planeta para que muriera, desafió el tratado y la costumbre, y decidió llevárselo a bordo de la *Orgullo*. Más aún, le consiguió documentación de tripulante sobornando a un funcionario mahendo'sat y le hizo figurar en la lista de su nave. Como había viajado y trabajado con machos de otras especies, Pyanfar empezó a ver en su propio esposo ciertas características que ninguna hani había visto jamás en un macho de su especie. En lo más hondo de su corazón concibió la idea de que su emotividad inestable quizá se debía más a la educación que a la biología y, a pesar de todo... a pesar de todo, Pyanfar es todavía una hani; y dudar de algo incorporado al lenguaje, las costumbres y la tradición, algo que brota directamente de la sabiduría de su pueblo, es muy difícil y más aún porque el mismo Khym duda de sus teorías. Después de todo, también él es producto de su cultura, todo el complejo de creencias que le impulsan y le dan ánimos para ser un macho generan también sus impulsos agresivos y la inseguridad en sus facultades. En suma, la situación tampoco es muy cómoda para la tripulación de la *Orgullo*, que sigue sin decidir si debe tratar a Khym como a un macho o hacer caso omiso de tal desventaja y tratarle como a un igual. Pero, en este caso, la decencia, las costumbres y el lenguaje se convierten en obstáculos: el humor femenino y las maldiciones tradicionales hacen referencia a hijos y machos; y las instalaciones de la nave no han sido diseñadas para resultar cómodas a un macho, cuya talla es mucho mayor. Por último, siempre se ha supuesto que los procesos mentales masculinos son impulsivos y nada precisos, lo cual es algo que no ofrece confianza cuando se trata de utilizar maquinaria peligrosa.

Pero Khym, antiguo señor de Mahn, adquirió lo que para la especie hani era un calificativo sin precedentes: tripulante a bordo de la *Orgullo de Chanur*.

Rápidamente ocurrió lo peor: Khym se vio involucrado en unos disturbios que causaron graves daños en la estación Punto de Encuentro. Pyanfar logró evitar perder de nuevo su licencia pasando toda la factura a los mahendo'sat, quienes le concedieron el crédito con unos propósitos muy diferentes: ayudarla con el transpone del humano, Tully.

Por desgracia, los disturbios tuvieron lugar bajo la desaprobadora mirada de Rhif Ehrran, agente del gobierno hani.

Rhif Ehrran había ido a Punto de Encuentro por un asunto muy diferente. El número de los clanes espaciales hani que habían sufrido pérdidas durante el conflicto de Gaohn era tan grande que los clanes sedentarios se apoderaron del control del *han*, el senado hani. Mientras tanto los xenófobos stsho, la especie más rica del Pacto, habían sobornado a ciertos políticos hani con el propósito de alterar su política desde el interior, ya que temían a otras dos especies: los humanos, que habían traspasado las

fronteras stsho y podían hacerlo de nuevo; y los kif, porque dos de los antiguos lugartenientes de Akkukkak, Akkhtimakt y Sikkukkut, habían llegado a erigirse en *hakkikktun*. Estos dos kif combatían ahora para decidir quién sería el *hakkikt*, pero ya habían polarizado a la sociedad kif y la habían convertido en un grupo de temibles bandas depredadoras. Los kif habían dejado de ser una fragmentada especie de piratas y se habían convertido repentinamente en un conjunto unido hasta un punto que ni el mismo Akkukkak había conseguido jamás.

El problema más candente entre los kif, como entre todas las demás especies, eran los humanos. Continuos rumores afirmaban que esta especie se dirigía hacia el Pacto a través del espacio de los respiradores de metano para unirse con los mahendo'sat, lo cual implicaba problemas para los kif. Los rumores resultaron ser ciertos. Y los stsho, que llevaban mucho tiempo confiando su protección a los guardias mahen porque eran incapaces de combatir por sí mismos, sospecharon de pronto que ya no podían seguir fiándose de los mahendo'sat. De ahí su repentina amistad con los clanes sedentarios hani que no navegaban por el espacio y la lluvia de dinero stsho que cayó en ciertos bolsillos hani.

El *han* también había oído rumores sobre que una hani cooperaba activamente con los kif: la pirata Dur Tahar, de la *Luna Creciente de Tahar*. Rhif Ehrran había llegado hasta Punto de Encuentro en persecución de esa nave, pero también para llevar a cabo un asunto secreto: estaba negociando con los stsho en nombre de algunos patronos políticos suyos. Ciertamente, Ehrran sintió un agudo interés cuando Pyanfar Chanur se vio involucrada en un considerable jaleo que la comprometía al mismo tiempo con agentes secretos mahen y un kif de alto rango. Por lo tanto, cuando Pyanfar pagó un enorme soborno al maestro de estación stsho, Stle stles stlen, para partir a toda velocidad de Punto de Encuentro con el humano Tully a bordo, Rhif Ehrran la siguió, ya que olía algo de sangre política y consideraba este movimiento de Pyanfar como una amenaza.

Akkhtimakt consiguió desviar a Pyanfar de su rumbo al ocupar Punto Kita, una entrada estratégica al espacio mahen y hani, y al obligar a que todo el tráfico diera un rodeo por las Zonas en Disputa que se hallaban en la frontera kif/mahen. La *Orgullo* había sufrido varias averías durante el trayecto, y Pyanfar no tuvo más elección que ir a la Estación de Kshshti, en las Zonas, en busca de ayuda y reparaciones. Su destino teórico era Maing Tol, la capital regional mahen; su meta, entregar a Tully y el mensaje de la humanidad a los superiores de Dientes-de-oro. Pero a su llegada a Kshshti se topó con Rhif Ehrran, el kif Sikkukkut y la nave mercante hani *La Prosperidad de Ayhar*, que había perdido su carga en Punto de Encuentro gracias a ella. Por ello su capitana, Banny Ayhar, no estaba nada complacida.

Rhif Ehrran pidió que se le entregara a Tully y, en un intento de apoderarse de él a la fuerza, provocó un combate en los muelles que puso a Tully y a la joven sobrina de



Pyanfar, Hilfy Chanur, en manos de su enemigo Sikkukkut. Sikkukkut se marchó, pero dejó a Pyanfar el mensaje de que podía recobrar los rehenes en Mkks, una estación situada justo en la frontera kif. Era una trampa demasiado obvia.

Mientras ocurría todo esto, el compañero de Dientes-de-oro, Jik (cuyo auténtico nombre mahen es Keia Nomesteturjai), apareció en Kshshti con su poderosa nave de caza, la *Aja Jin*; y ordenó a la capitana hani Banny Ayhar que se dirigiera a Maing Tol con el mensaje que hasta el momento había llevado Pyanfar. Apoyó a la capitana de la *Orgullo* en su decisión de ir a Mkks: la acompañó en su visita a Rhif Ehrran y, sin que nadie supiera muy bien cómo, convenció a Rhif Ehrran para que se les uniera.

En Mkks, Sikkukkut les devolvió a Hilfy y Tully gracias a un acuerdo. También entregó a Pyanfar un regalo como muestra de estima kif... un esclavo llamado Skkukuk. Y todo lo que habían accedido a realizar, a cambio de esto, era cruzar el territorio kif y ayudar a Sikkukkut para que conquistara la estación de Kefk, el principal eslabón de los kif con Punto de Encuentro, un claro acto de piratería.

Jik estuvo de acuerdo en ello, para consternación de Pyanfar. Más aún, tras haber oído los persuasivos argumentos de Jik, también Rhif Ehrran estuvo de acuerdo.

Dieron el salto y tuvieron éxito. Sus naves ocuparon Kefk al estilo de los kif, contrarrestando las amenazas de los contrarios con las suyas propias, y con un balance de daños mínimo.

Dientes-de-oro apareció entonces, furioso con su socio Jik, pues había estado oculto y en silencio cerca de Kefk, observando la situación. Durante cierto tiempo había estado lejos, luchando con Akkhtimakt e intentando abrir el camino para una flota humana que en aquel momento se dirigía hacia el espacio del Pacto. Y ahora se encontraba con que Jik había hecho un trato que tendría como efecto la alianza de Sikkukkut con los mahendo'sat en contra de Akkhtimakt, lo cual desde luego no era la situación por la que Dientes-de-oro estaba luchando. Un gran número de humanos se dirigía hacia el espacio del Pacto y todo el plan de Dientes-de-oro para una alianza entre humanos y mahen se veía amenazado por la toma de Kefk y su entrega a Sikkukkut, quien a consecuencia de ello uniría a los kif bajo un solo *hakkikt* mucho más rápidamente de lo que convenía a los planes de Dientes-de-oro.

Mientras tanto, Pyanfar recibió una segunda muestra de aprecio por parte de Sikkukkut, en la persona de su vieja enemiga Dur Tahar, la pirata. Ella había sido una respetable capitana y comerciante hani antes de haberse opuesto a Pyanfar en Gaohn y acabar como aliada accidental de los kif, lo que arruinó su reputación. Ahora se encontraba prisionera de Sikkukkut, ya que había sido capturada junto con los partidarios que Akkhtimakt tenía en la estación. Tahar había llegado al punto más bajo de su carrera y le suplicó a Pyanfar que intercediera ante los kif para salvar las vidas de sus primas, que seguían en manos de Sikkukkut.

Inmediatamente, Rhif Ehrran se presentó pidiendo la custodia de Tahar. Pyanfar

se negó, pues los métodos que empleaba Ehrran, que por su mentalidad de agente estatal se acercaba a los de la policía secreta, sólo le causaban disgusto. Tahar debía llegar al hogar y a la justicia hani, pero a bordo de la *Orgullo de Chanur*. Eso era una bofetada directa a Ehrran, una amenaza para su prestigio y un movimiento que se oponía a los objetivos de sus patronos políticos. Era una indicación de que Chanur, en lugar de inclinarse ante la fuerza política, iba a utilizar la vieja autoridad de un clan para hacer sus propios prisioneros y administrar su propia justicia antes de entregar al ofensor en manos del *han*. La consecuencia práctica de eso era que los superiores y aliados políticos de Rhif Ehrran no podían tocar a Tahar sin tratar antes en un consejo abierto con Chanur como cabeza de la causa, y sin hacer que todo el asunto de la política extranjera se viera debatido en el *han* con Chanur como portavoz principal de la oposición, exactamente la situación que deseaban evitar los enemigos de Chanur.

Entonces, mientras que Pyanfar iba a negociar con Sikkukkut, Dientes-de-oro se encontró en secreto con Ehrran. Por otra parte, un grupo desconocido inició una revuelta en los muelles, lo cual hizo que los partidarios de Akkhtimakt, que hasta entonces habían permanecido ocultos en la estación, atacaran a las fuerzas de Sikkukkut. Pyanfar y las tripulantes de Tahar, cuya libertad se había negociado unos minutos antes con Sikkukkut, quedaron atrapadas en mitad del combate, mientras que Dientes-de-oro y Rhif Ehrran se aprovechaban de la confusión para huir sin más preámbulos del muelle y correr hacia Punto de Encuentro... juntos.

El esclavo Skkukuk salvó la vida de Pyanfar durante los disturbios, deuda que disgustó profundamente a Pyanfar.

Pero Jik, que también intentaba rescatar a Pyanfar de la contienda, cayó en manos de Sikkukkut, quien tenía algunas preguntas conflictivas que hacerle respecto a Dientes-de-oro, las ambiciones mahen, el rumbo de las naves humanas y su paradero actual.



# 1

La pequeña mesa de cocina de la *Orgullo* estaba inundada de listados y papel de impresora manchados de gfé y cubiertos de flechas, círculos, rayas y anotaciones hechas con tinta verde y roja, lo que había acabado por convertir su contenido en un auténtico enigma. Otra anotación realizada con tinta roja, otra flecha que serpenteaba sobre el papel. El puño que sostenía el lápiz, un puño hani cubierto por vello color bronce, se tensó en un gesto de honda frustración, con las garras entrando y saliendo de los dedos. Pyanfar Chanur, sentada en su santuario, se mordisqueó los bigotes sin dejar de beber una taza tras otra de gfé tibio, rodeada por los registros y cuadernos de bitácora cubiertos de notas.

Pyanfar no iba vestida con su habitual meticulosidad: en lugar de los pantalones de seda roja que tanto le gustaban, llevaba unos de áspera tela azul. Tampoco lucía ninguno de los brazaletes y demás joyas de oro con que solía adornarse, tan sólo un puñado de anillos de navegante que cubrían la curvatura de sus orejas coronadas por un mechón de pelo. Su mejor par de pantalones de seda roja había quedado convertido en harapos, la misma calamidad que se los había dejado inservibles, también había anquilosado sus articulaciones y dejado unos cuantos nudos de dolor en su cráneo junto con un sinfín de pequeñas heridas esparcidas por su vello marrón rojizo. Los diestros dedos de su sobrina, con la ayuda del detector magnético, le habían arrancado las astillas metálicas en la enfermería y se habían encargado de remendar los peores cortes con plasma y adhesivo orgánico. Haral, su segunda a bordo, había sufrido tanto como ella y recorría el puente cojeando, cargada de listados y cumpliendo con sus turnos de guardia. El resto de la tripulación se encontraba en un estado no mucho mejor, con abundantes vendajes y emplastos por todo el cuerpo, por no mencionar unas cuantas melenas y barbas chamuscadas. El combate librado en los muelles había sido memorable, ciertamente, pero Pyanfar lo habría recordado con mayor agrado si el desenlace hubiera sido algo más satisfactorio.

Un chirrido del lápiz, otra anotación para añadir a la ya gastada superficie del mapa estelar. Pyanfar lo estudió repetidamente mordisqueándose los bigotes y rehaciendo sus cálculos pese a que tenía clavados en la memoria todos los números excepto los más precisos decimales. En ese mapa tenía que haber algunas respuestas. Pyanfar se estaba estrujando los sesos para encontrarlas, hacía malabarismos con todas las variables para descubrir cuáles eran los planes de la oposición y el próximo movimiento de sus aliados (quienes quizá pretendían traicionarla). La respuesta estaba claramente ahí, en las posibilidades que contenía el mapa estelar y en los intereses particulares de ocho especies distintas, con sus respectivos lenguajes.

Conociendo todas las opciones, toda esa gama de intereses y todas las

capacidades de las naves involucradas, una comerciante hani podía dar con algún plan inteligente, o al menos eso esperaba ella. Necesitaba alguna buena idea. La necesitaba desesperadamente.

Se encontraba en Kefk, en pleno espacio kif, un lugar donde una hani medianamente cuerda jamás habría consentido estar. Tenía por aliado un kif en quien una hani inteligente jamás habría confiado. Compartía la estación espacial con unos seres respiradores de metano bastante nerviosos (tc'a y chi), quienes últimamente habían recibido la visita (¿una reprimenda?, ¿un ataque?, ¿una simple felicitación?) de una nave knnn. Y esta nave se había metido en el sistema para llevarse con ella a otra nave tc'a. Sólo los dioses sabían qué se ocultaba en los cerebros compuestos de los tc'a; los chi no tenían mente, al menos por lo que sabían los respiradores de oxígeno. En cuanto a los knnn, nadie tenía ni la menor idea de lo que pretendían. En cualquier lugar donde esos montones de pelo negro sostenidos por delgadas patas lograban extender su influencia (y el poder de sus extrañas naves), las cosas cambiaban. Y muy deprisa. Pero los knnn se habían ido y Kefk se ocupaba de sus propios asuntos, como la reparación de sus muelles devastados por el fuego y tranquilizar a su nuevo amo, el *hakkikt* Sikkukkut, cuyas naves ascendían ahora al número de treinta y dos (y la cuenta seguía subiendo). Entre esos asuntos estaba también la pirata hani Dur Tahar, que había recobrado la libertad gracias al *hakkikt* y también se ocupaba de la nave de caza mahen *Aja Jin*, que en los últimos tiempos no era muy bien vista por el *hakkikt* y que permanecía en el muelle contiguo a la *Orgullo* sin atreverse a mandar ningún mensaje comprometedor por las líneas de comunicación del muelle. Kefk tenía muchas cosas de qué preocuparse, como de la nave de caza desaparecida, la *Mahijiru*; de su capitán, el llamado Ana Ismehanan-min, también conocido como Dientes-de-oro; y de la nave hani que había huido con él.

Aparte, claro está, de los graves daños en las estructuras, un sector perforado, los incendios, el trastorno que habían sufrido los sistemas de apoyo vital, los restos de una revolución y algunas otras dificultades bastante molestas.

Otra rápida serie de números y correcciones a lápiz. Ante todo había que contar con el territorio mahendo'sat: un grupo de estrellas bastante disperso en el cual había entrado al menos un mensaje que quizás había logrado llegar a su destino, si los knnn y los dioses así lo habían querido. Banny Ayhar habría hecho cuanto estuviera en sus manos para conseguirlo, igual que cualquier otra capitana de una nave mercante: quizás hubiese vivido para llegar a Maing Tol, si es que los knnn no la habían detenido o si los kif no le habían tendido una emboscada. Los mahendo'sat eran primates de elevada estatura y vello negro y tenían la suficiente cantidad de motivos ocultos como para confundir incluso al cerebro múltiple de un tc'a, pero entre estos motivos siempre ocupaba una elevada posición el antagonismo hacia sus vecinos, los

kif. Podían haber actuado si ese mensaje había logrado llegar a su destino. Una buena línea de acción para los mahendo'sat podía ser seguir por Kshshti hacia Mkks, si tenían la esperanza de impedir cualquier irrupción kif a lo largo de esa frontera; pero la estación Punto de Encuentro o Punto Kita, una zona crítica para todas las rutas comerciales, eran más probablemente el objetivo ideal para cualquier acción importante de los mahendo'sat. Si Kita seguía bloqueada, ese intento tendría que venir por el camino de Kshshti; en cambio Kefk no era una ruta probable para ellos por estar situada en territorio kif. No es que fuera imposible, dado el estado actual de las fronteras dentro del Pacto: sencillamente, no era muy probable.

En la previsión de los movimientos de los mahendo'sat también había que considerar la posible presencia de una o más naves de caza mahen como escolta de las naves humanas; que se aproximaban hacia Punto de Encuentro desde Tt'a'va'o y el espacio tc'a/chi.

Naves humanas y capitanes humanos; otro conjunto de motivos e intereses particulares. Sólo los dioses sabían qué órdenes habían recibido de sus propias autoridades. (O ausencia de órdenes... ¿quién podía saber a qué se parecían las mentes de los humanos?)

Más complicaciones: fuerzas kif al mando del *hakkikt* rival, Akkhtimakt, habían avanzado, probablemente para apoderarse de la estación mahen/tc'a en Kshshti. Esta situación podía impedir cualquier movimiento mahen para tomar Punto de Encuentro por el flanco, si las fuerzas de Akkhtimakt seguían controlando Kita. Akkhtimakt podía tener en su poder Kita, Urtur, Kshshti, o alguno de esos tres puntos. Así, podía avanzar desde cualquiera de esas tres posiciones, o desde las tres simultáneamente, contra Punto de Encuentro y lo la misma Kefk, si el informe que les había traído Dientes-de-oro era cierto y los stsho habían sido lo bastante idiotas como para comprar la ayuda de Akkhtimakt.

En Kefk se encontraba el más importante enemigo de Akkhtimakt, Sikkukkut, quien se apoderaba de cada nave que llegaba al puerto, y eso era un buen cebo para el primero. Y la venganza ocupaba siempre un lugar muy alto en cualquier lista de motivos kif. *Pukkukhta*, así la llamaban. Atacar por anticipado era mejor que vengarse después de la afrenta. Que un enemigo supiera antes de morir qué caía sobre él era ya algo perfecto.

Otro movimiento del lápiz, otra flecha de un brillante color verdoso: no se podía excluir la interferencia de los respiradores de metano, cuyos motivos no podía adivinar ningún respirador de oxígeno.

Y, ciertamente, no se podía ignorar a los stsho, propietarios de Punto de Encuentro, seres pacíficos pero capaces de contratar la ayuda de agresivas especies alienígenas, formando sin el menor escrúpulo las más imprudentes asociaciones.

Mientras que el *han*... dioses, el senado hani estaba metido hasta el cuello en sus

asuntos políticos, como de costumbre, y Rhif Ehrran iba rumbo a Punto de Encuentro con la suficiente cantidad de pruebas como para conseguir que Chanur quedara para siempre al margen de la ley.

La *Orgullo de Chanur* estaba varada en un muelle kif, a unos seis o siete saltos de su mundo natal, no importaba cómo se hicieran los cálculos. Seis o siete saltos era mucha distancia, muchísima cuando se medía por los efectos que podían causar sobre la nave y el organismo. Sólo los dioses sabían qué fuerzas les seguirían si Pyanfar decidía hacer lo que tanto deseaba ahora: romper las conexiones con el muelle de Kefk y salir huyendo para salvar sus vidas y retirarse de los asuntos kif, mahendo'sat y nadie sabía de cuántas otras especies, tal y como debería hacer una hani sensata y respetuosa de la ley.

Pero lo más probable era que los problemas la siguieran hasta el hogar; no le cabía ninguna duda. Se había metido en los asuntos de los *hakkiktun* kif, llamando su atención. Se había labrado un nombre a los ojos kif. Había ganado *sfik*, valor honorario. Y eso quería decir que mientras viviera, ningún kif la dejaría en paz.

Su inquietante socio, Sikkukkut an'niktukktin, jamás la olvidaría; y tampoco lo haría su enemigo personal, Akkhtimakt (y que los dioses no permitan que sustituya en el poder a Sikkukkut).

Pyanfar hizo más anotaciones, agitó las orejas y los anillos que había conseguido en sus cuarenta años de viajes tintinear con ese gesto. En su oreja izquierda colgaba una perla, una perla Llyene de los océanos del mundo natal de la especie stsho; seguía llevando ese regalo, sin importarle la perfidia de quien se lo había hecho: Dientes-de-oro, amigo, traidor, siempre propenso a los halagos y diez veces embustero.

*Que los dioses le envíen al más profundo de sus infiernos.*

Dientes-de-oro iba hacia Punto de Encuentro con Rhif Ehrran, de eso no cabía duda, maldito bastardo intrigante... Estaba en tratos con los stsho y con cualquier otro que le ofreciera una ventaja a su especie. Apostaba en contra de la alianza que Jik, su propio socio, había hecho... maniobras a las que Sikkukkut se oponía con todas sus fuerzas, como era comprensible.

Otro movimiento del lápiz.

Algo le llamó la atención, un manchón negro, pequeño y rápido, que se deslizaba velozmente por el suelo.

Pyanfar se levantó de un salto.

—¡Haral! —gritó. Cascadas de papel cayeron de la mesa y la criatura de color negro se detuvo un segundo a mirarla con sus ojillos como cuentas. Acto seguido se escabulló a toda velocidad, sin que la cojeante Pyanfar pudiera detenerla.

Haral apareció en el corto pasillo que iba de la cocina al puente y no pudo evitar un respingo al ver que la criatura se metía entre sus piernas para esfumarse.

Pyanfar recogió un puñado de papeles del suelo.

—¡Quiero ver a esa cosa frita!

—Lo siento, capitana. Estamos poniendo trampas...

—Las trampas no sirven de nada, esas cosas se están reproduciendo, ¡lo juro! Ya que son la maldita comida de Skkukuk, que él se encargue de ellas y las busque. ¡Condenadas criaturas, malditas alimañas! —Se le había erizado el vello de los hombros. Había una franca desesperación en las pupilas, que miraban a su primer oficial. Ninguna de las tripulantes estaba en condiciones de recibir más órdenes, más trabajo o más problemas que resolver.

—Esas cosas pueden acabar metiéndose en algún mecanismo vital —dijo Pyanfar. Intentaba hablar con sentido común para ocultar la profunda repugnancia que le causaban—. ¡Dioses, sácalas de aquí!

—Bien —dijo Haral, con un hilo de voz tan ronco como el suyo. Se fue cojeando en dirección a su kif particular para encargarle que persiguiera a las alimañas por los rincones más ocultos de la *Orgullo* y las eliminara antes de que hubieran más problemas. Eso requería alguien que vigilara a Skkukuk, que los dioses maldijeran la mala suerte que habían tenido al haber quedado libres esas criaturas por la nave. Ya le habían contado lo ocurrido y había inspeccionado la quemadura negruzca que había en la compuerta exterior de la *Orgullo*. Y bendecía los veloces dedos de Tirun Araun por haber cerrado esa compuerta... aun con las alimañas dentro.

Sólo los dioses podían saber cómo esas negras calamidades con patas habían logrado subir desde la cubierta inferior. ¿Habrían trepado por el pozo del ascensor? ¿Por los conductos de aire?

La idea de un millar de pequeños cuerpos negros deslizándose por los conductos de aire y metiéndose luego en los sistemas de apoyo vital hizo que se le erizara el vello de la nuca.

Dioses, ¿de qué se alimentaban esas criaturas?

Recogió un último puñado de papeles con una mueca y volvió a sentarse, reprimiendo un gesto de dolor. Apoyó los codos sobre la mesa y recostó la maltrecha cabeza sobre las manos.

En el interior de su mente veía una oscura estancia kif; luces de sodio y una mesa rodeada por sillas con patas de insecto: Jik, su socio, estaba sentado ahí, con un esbirro de Sikkukkut que sostenía una pistola junto a su cabeza. Y Sikkukkut, ese bastardo, estaba empezando a hacerle preguntas cada vez más peligrosas.

No había podido ayudarle. Había tenido suerte al poder sacar con vida a su tripulación sin perder la libertad de su nave, aunque fuera bajo las armas de los kif y en uno de sus muelles.

¿Mandar otra petición a Sikkukkut para que liberase a Jik? La paciencia de Sikkukkut hacia ella parecía a punto de agotarse. Quizá fuera cobardía personal no

mandar otro mensaje. Quizá fuera prudencia y deseo de salvar todo lo posible. No impulsaría a Sikkukkut para que hiciera otra demostración de su poder... a expensas de Jik. La rampa que llevaba a la nave de Sikkukkut estaba adornada con cabezas kif. Esa imagen obsesionaba todas sus horas de sueño. Bastaba con que diera rienda suelta a sus pensamientos durante un segundo para que viera la cabeza de Jik junto a las otras.

Abrió bruscamente los ojos cuando esa visión la golpeó de nuevo. Sin embargo, sus pupilas no se centraron en ella, sino en los mapas y los listados, donde debía estar la respuesta. Ella estaba convencida de que para encontrarla sólo tenía que hacer avanzar un poco más su dolorido cráneo y su maltrecho cerebro por el laberinto.

Jik les había dejado otra herencia: una microficha en código de cuya existencia quizá no estuviera enterada ni tan siquiera Soje Kesurinan, al mando de la *Aja Jin*. Y los ordenadores de la *Orgullo* habían estado trabajando en ella, intentando descifrar ese código, desde que Pyanfar había vuelto y había tenido la oportunidad de introducirla en ellos.

—Otra vez —dijo Sikkukkut an'niktukktin, *hakkikt* y *mekt-hakkikt*, antiguo jefe regional y nuevo aspirante a la autoridad suprema entre los de su especie. Jik, Keia Nomesteturjai (capitán de nave, cazador de kif y quizás, entre los mahendo'sat, algo más que el pirata kif anhelaba saber) enfocaba con dificultad sus pupilas y lograba arreglárselas para medio sonreír. Eso acostumbraba a confundir horriblemente a los kif, pues sabían que las expresiones faciales eran todo un segundo lenguaje especialmente bien desarrollado entre los mahendo'sat, y comprendían que nunca habían logrado interpretar todos sus matices—. Otra vez —dijo Sikkukkut—, Keia, mi viejo amigo. ¿Dónde están las naves humanas? ¿Qué están haciendo? ¿Qué pretenden?

—Ya te lo he dicho —respondió Jik. Habló en mahensi por pura tozudez. Sikkukkut entendía ese lenguaje, aunque la mayoría de sus subordinados, que estaban escuchándoles en pie junto a la mesa situada en la penumbra en esa estancia con las luces de sodio, no habían recibido tanta instrucción. Sikkukkut, sin embargo, poseía muchos talentos.

Uno de ellos era el arte de interrogar. Sikkukkut había desempeñado este trabajo al servicio de Akkukkak, cuya desaparición nadie lamentaba. Todas las preguntas, cada leve cambio de humor por parte de Sikkukkut, era algo calculado. También esa repentina suavidad era calculada. *Fuma un cigarrillo, mi viejo amigo. Siéntate y habla conmigo*. Pero el largo y negro hocico de Sikkukkut ya volvía a fruncirse. Estaba sentado en su silla con patas de insecto, y la capucha hacía imposible distinguir su expresión bajo la lúgubre luz del sodio. Mientras, Jik fumaba y no apartaba los ojos de los de su contrincante. En los sombríos confines del salón había muchos centinelas, una presencia continua junto a los sicofantes del *hakkikt*. Dentro

de poco llegaría la orden de que le llevaran nuevamente a la cubierta inferior y, una vez más, probarían con los métodos duros. Cambiaban continuamente de estrategia, alternaban la dureza con la suavidad, y normalmente Sikkukkut se encargaba del último sistema. Normalmente.

Jik mantenía la mente al margen de todos esos cambios, observaba las variaciones y absorbía el castigo infligido con una despreocupada profesionalidad que, en opinión de Jik, Sikkukkut pretendía hacer pedazos. Y cuando clavaba sus ojos en las pupilas de Sikkukkut, ribeteadas por círculos rojizos, estaba seguro de que el kif analizaba cada guiño y cada gesto, buscando una reacción que le delatara.

—Vamos, Keia... Ya sabes cómo soy, lo paciente que resulto en comparación con los de mi raza. Sé que tuviste tiempo más que suficiente para hablar con tu compañero antes de que empezara el tiroteo. Ya hemos pasado por estas preguntas y empiezan a resultar monótonas. ¿No podemos hallar las respuestas?

—Mi compañero... —dijo Jik con voz pastosa. Sikkukkut le dejaba beber. Jik apagó su cigarrillo de un pellizco y tomó un sorbo de la pequeña copa redondeada, tragando aire con mucha lentitud. Qué escasos eran los placeres de la vida... Pensaba apurarlos mientras pudiera—. *Hakkikt*, ya te he dicho que yo también desearía saber qué pretende mi compañero. Dios, ¿crees que habría estado en ese muelle de haberlo sabido?

Cogió otro cigarrillo y notó que tenía los dedos entumecidos. Sin duda el licor estaba drogado. Pero había suficientes kif como para no precisar un ataque tan sutil, por tanto había decidido aceptar la droga en pequeñas dosis, disfrazada por la excelente calidad del licor, y conservar en silencio sus fuerzas. Había sufrido un condicionamiento muy profundo y era inmune a todo tipo de esfuerzos normales para romperlo: sabía cómo autohipnotizarse. Había concentrado ya su mente en una serie de mantras y mándalas en cuyo interior codificó cuanto sabía, había seguido senderos de dialéctica e imagen que ningún kif podría recorrer sin equivocarse. Sus labios formaron una sonrisa adormilada, secretamente divertido al comprobar que los métodos de Sikkukkut accidentalmente habían aliviado los dolores y tensiones de sesiones anteriores. Sus pensamientos oscilaban continuamente, perdían nitidez y se aclaraban de nuevo. Los muelles y el fuego. Su tripulación. La *Aja Jin*. Sus amigas y las naves aliadas se encontraban muy cerca, en el dique, pero era como si estuvieran separadas por años luz.

—Deja que te diga algo, *mekt-hakkikt*. Conozco el estilo de Ana. *Hakkikt*, intenta pensar como un mahendo'sat que conoce a los kif. Si él te hubiera pedido permiso para operar por su cuenta, jamás se lo habrías dado.

—Y por tanto ha destrozado los muelles de Kefk.

Jik se encogió de hombros y dio una calada, parpadeó y contempló al kif con los ojos medio cerrados.

—Sí, bien, pero la independencia es algo que Ana aprecia mucho. Hace años que le conozco. Es condenadamente tozudo. Cuando cree ver un camino, siempre lo toma. Acuerdos a diestro y siniestro... claro, está trabajando para los mahen. Y puede que también para los humanos. Pero, básicamente, está reuniendo cartas con las que poder jugar luego... —(Con cuidado, Keia, tienes el cerebro bastante confuso; no te apartes del sendero angosto, ese que da la vuelta sobre sí mismo y que termina en el mismo lugar de partida). Jik dio otra calada al cigarrillo y dejó escapar el humo en una temblorosa exhalación—. Negociará contigo. Al final acabará negociando. Pero debes pensar igual que un mahendo'sat. Tiene algo en sus manos con lo que puede negociar, algo que ofrecerte, *hakkikt*, para demostrar lo que vale.

—¿Algo como Punto de Encuentro? Estás abusando de mi credulidad, Keia. —Su voz era seda, seda pura, suave y tranquilizadora—. Prueba de nuevo.

—No es Punto de Encuentro. Pero sí se trata de algo importante que puede servirle para negociar contigo. Creo que tiene la intención de volver y hablar. Pero vendrá con algo.

El hocico de Sikkukkut se retorció en un seco bufido, la risa de los kif. Esta raza podía reír por muchas razones, no todas civilizadas.

—¿Algo así como un millón de naves humanas y un gran número de armas?

—Bueno, *hakkikt*, eso entra en lo posible. —Jik pestañeó, concentrándose todavía más en lo que pretendía decir e intentando apartar de su mente lo que ocultaba. Descubrir los hilos de la historia y ceñirse a ellos, seguir el camino más angosto mientras la droga, el alcohol y los estimulantes del humo fluían por sus venas—. Eso entra remotamente en lo posible; pero los humanos tendrían demasiada ventaja. ¿De qué les serviría a los mahendo'sat cambiar un vecino poderoso por otro cuyo potencial es desconocido?

—¿Es realmente desconocido?

—Hablas un mahensi excelente. Mucho mejor de lo que yo hablo tu lengua. Los traductores mecánicos apenas si pueden sustituir la fluidez de un cerebro viviente. Con el mejor de nuestros traductores puede suceder que un humano pida un vaso de agua y el traductor diga que quiere comerciar. Bien, ¿qué nos indica eso sobre los motivos humanos, su gobierno y sus mentes, eh? Amigos, dicen ellos. Tú dices amigo, yo digo amigo. ¿Nos referimos al mismo concepto? ¿Qué quieren decir los humanos con esa palabra? Estoy seguro de que Ana lo ignora; y dudo mucho que tenga la intención de volver patas arriba el Pacto mientras no lo sepa. —Jik alzó la roma uña de su índice para llamar la atención sobre dicho punto—. Dientes-de-oro, nuestro apreciado Ana, recibe órdenes. También las interpreta con bastante libertad, ése es el peligro que hay en él. El Personaje que nos ha enviado a los dos lo sabe y, por lo tanto, me mandó para que contuviera los excesos de Ana. He fracasado en mi misión, pero conozco los límites de Ana. Esto es lo que te digo; pero a pesar de que



hablas un mahensi excelente no sé si para ti la palabra «límites» tiene el mismo significado que para nosotros. Se refiere hasta dónde llegan las ideas personales de Ana y lo que él da por sentado. Ana sigue obedeciendo al Personaje de Maing Tol, igual que yo. Y yo te digo que al Personaje le interesa negociar contigo y que no le conviene que las naves humanas vayan a su antojo por el espacio del Pacto. Por lo tanto, yo me alío contigo, de la misma forma que lo habría hecho simultáneamente con Akkhtimakt de no ser él tan imbécil.

Quizás eso le gustara a Sikkukkut. En sus negros ojos ardió un breve destello. Sikkukkut cogió su copa y la flaca lengua asomó por la abertura en forma de V de la mandíbula exterior para lamer delicadamente el contenido de la copa, que apestaba a petróleo.

—He conocido a mahen imbéciles —dijo Sikkukkut.

—No cuentes entre ellos a Dientes-de-oro.

—¿Ni a ti tampoco?

—Espero no hallarme entre ellos.

—Tengo cierta idea sobre lo que podías estar haciendo en ese muelle, Keia, amigo mío. Ana Ismehanan-min quería cierta confusión después de su partida. Y alguien disparó para iniciar ese disturbio.

—Rhif Ehrran.

—¿La hani? Vamos, Keia... Las hani no dan órdenes a los mahendo'sat.

—Si me disculpas, *hakkikt*, también es cierto que no aceptan órdenes de ellos. En cuanto a mí, cuando necesito una estúpida para hacer un trabajo peligroso, la busco; y Rhif Ehrran es la más grande de todas las estúpidas que conozco.

—Ehrran no se encuentra aquí ahora.

Jik aspiró una profunda bocanada de humo y la dejó escapar.

—Eso le dio la diversión que necesitaba. Y, ciertamente, no se encuentra aquí ahora. Y el precio que nos ha costado a mí, a Chanur... de hecho, *hakkikt*, por caro que pueda resultar a la larga, a corto plazo ha sido muy rentable. Y ojalá pudiera decirte lo que piensa de ella mi socio. Ojalá lo supiera. Creo que tiene en mente utilizar a esa hani que se llevó consigo, utilizarla en una misión que Chanur no hubiera aceptado... ya que Chanur no es ninguna estúpida.

—Quizás ha usado a todas las hani. Quizás ha conseguido proteger su retirada de lo que podamos hacer y eso es cuanto esperaba conseguir... ¿no podría tratarse de eso, Keia? Mi única pregunta es... ¿qué haces tú aquí?

—Quizá la siguió únicamente porque no veía modo alguno de pararla.

—Su nave tiene armas —dijo secamente Sikkukkut—. Él se encontraba cerca de la nave hani antes de que ésta alcanzara la velocidad necesaria.

—Quiero decir que no había ningún modo de pararla que conviniera a sus intenciones.

—¿Y cuáles son esas intenciones?

Jik extendió las manos hacia él.

—Yo cumplo con mis tratos, *hakkikt*. Y si él ha dado por finalizada nuestra sociedad... —Era su mejor argumento, el más desesperado. Su cerebro estaba confuso y la droga vagaba por sus venas con la fuerza irresistible de una marea—. Si me ha eliminado de la sociedad, *hakkikt*, yo seguiré cumpliendo mi trato contigo. Eso es lo que debo hacer; y si me comporto mejor que él, entonces le habré demostrado a mi Personaje cuál de los dos acuerdos es más conveniente.

—Mentalidad mahen.

—Te digo que es algo muy parecido al *sfik*. Dame una buena posición y lograré desbancarle ante el Personaje de Maing Tol, es así de sencillo. No ignoro que los mahendo'sat han hecho tratados contradictorios. Y si mi rumbo de acción parece más inteligente que el de Ana, el mío recibirá honores y el suyo será dejado a un lado. Si los dos parecemos habernos portado como imbéciles, nuestro Personaje confiará en otros... Y ninguno de nosotros puede saber si nuestro Personaje no está concluyendo un tercer tratado con los stsho. Si todos le fallan, entonces caerá y deberemos tratar con los agentes de otro Personaje. Los mahendo'sat resultan fáciles de predecir y se les puede tratar de forma racional. Siempre intentarán conseguir aquello que más les beneficie.

—Kk-kk-t. Y este Personaje tuyo, ¿se lanzará a la acción o esperará a ver el rumbo de los acontecimientos?

—El factor decisivo es siempre el rendimiento de los subordinados.

—¿Dónde ha ido Ismehanan-min? ¿Dónde se encuentra esa flota humana? ¿Qué acuerdos ha hecho con los respiradores de metano? ¿Y cuáles has hecho tú?

Volvían a las mismas viejas preguntas y la conversación trazaba su círculo acostumbrado.

—No lo sé, *mekt-hakkikt*, te lo repito. Puede que tengan por meta Punto de Encuentro. No resulta imposible que los humanos vayan ahí. Y no estoy enterado de ningún acuerdo con los knnn. Le pedí al tc'a que viniera aquí para asegurarme de que no cundiera el pánico en el sector de metano.

—¿Por qué los knnn se llevaron a tu tc'a?

—No lo sé. ¿Quién puede saber las razones de los knnn? ¿Quién puede hacer un acuerdo con ellos...?

—Nadie salvo los tc'a. Salvo los tc'a, Keia. Dime qué tratos has tenido tú con ellos.

—Que Dios me ayude, ninguno. —Alzó su mano en un gesto de protesta—. Nunca he tratado con los knnn. —Y, muy cautelosamente, con sus sentidos destrozados por las drogas y el licor, añadió—: Eso es cosa de Ana.

—Deseas alarmarme.

—*Hakkikt*, estoy alarmado. No sé si Ana controla todo el asunto o si los knnn están obrando de forma independiente.

—Controla todo el asunto.

Sonaba estúpido. Jik parpadeó lentamente y dio otra calada al cigarrillo.

—Quiero decir que es posible que consulte sus actos con ellos. —El *hakkikt* temía a los respiradores de metano. Su irracionalidad, su tecnología, sus extrañas atmósferas, su mal humor o lo que les hiciera sucumbir a sus bruscas y frenéticas acciones, eran factores que convertían a los respiradores de metano en una fuerza que nadie en su sano juicio quería despertar—. O quizá fueron ellos quienes le buscaron. —Eso debería bastar para que Sikkukkut sintiera un escalofrío en la espalda—. No lo sé, *hakkikt*, lo juro. Pongo a Dios por testigo de dios, no lo sé. Yo mandé un mensaje a Maing Tol y Dientes-de-oro hizo lo mismo. Ignoro qué transmitía en el mensaje.

—¿Qué decías en el tuyo?

Jik se encogió de hombros.

—Mi trato contigo y mi petición urgente de que aceptaran esta alianza. *Hakkikt*, te lo repito, vuelvo a decirte con todo mi respeto que me dejes volver a mi nave. Tengo interés personal en que nuestro acuerdo dé frutos. Me hará muy poderoso en el hogar.

Darle al kif algo que entendiera, una ambición que se hallara dentro de la comprensión kif.

—Estás intentando usar la psicología conmigo —dijo Sikkukkut.

—Por supuesto que sí. Además, es cierto.

—¿Y dónde ha ido a parar la amistad? Ya sabes que conozco palabras como ésa. No soy un estúpido, Keia; puedo estudiar un concepto sin tener los... circuitos internos capaces de procesarlo. La amistad significa que tú trabajas de acuerdo con Ismehanan-min. La lealtad significa que podrías convertirte en un mártir... aprendí esa palabra de *ker* Pyanfar. Un concepto pasmoso, pero que está en el diccionario mahen. Sentí curiosidad. Mártir, martirio... toda la historia mahen está repleta de mártires. Es algo que valoráis, igual que las hani. ¿Acaso quieres convertirte en uno, Keia?

Jik enarcó las cejas.

—Mártir es otra palabra para estúpidos.

—En mi diccionario no encontré referencia alguna a esa otra palabra. Dime una cosa, Keia, algo que quiero saber: ¿Dónde encajan los knnn en los acuerdos de Ismehanan-min? ¿Qué tratos ha hecho con los stsho?

—Les traicionará.

—¿Y cuál es tu opinión sobre ellos?

—Que nos traicionarán también si pueden.

—Ya lo han hecho. Stle stles stlen puede ser mortífero... al menos, para ser un

stsho que come hierba. ¿Está tratando con esa persona?

—No lo sé. No. Sí. —Que Dios le ayudara, la droga estaba enturbiando su mente de nuevo. Durante un segundo de pánico perdió todos los hilos de su historia, luego volvió a recuperarlos y se acordó de nuevo—. Pero no es grave. Ana no confía en los stsho y el sentimiento es mutuo, por supuesto. Los humanos irán a Punto de Encuentro... tarde o temprano. Creo que irán ahí. Y Stle stles stlen entrará en Fase cuando los vea. Ningún sts... stsho puede soportar ese golpe a su reputación. Ana sacará ventaja de la situación para conquistar la estación. Si puede.

—Y Akkhtimakt permitirá que todo eso ocurra.

—Ana tendrá que anticiparse a él. Quizás... quizás, *hakkikt*, Ana se movió tan rápidamente porque sabe algo sobre las intenciones de Akkhtimakt. Sabe que no hay más tiempo... o al menos, así lo cree.

—¿Y por qué se iría con la hani?

—Buscaba ventaja. —Todas esas preguntas le estaban poniendo nervioso y ahora Sikkukkut había tomado un rumbo distinto. Jik intentó pensar una forma de escapar y, desesperado, volvió a las viejas respuestas—. Creo... creo que tiene la esperanza de usar a Rhif Ehrran para meterse en Punto de Encuentro sin que los técnicos stsho entren en Fase y colapsen los sistemas. No acabas de creértelo, lo sé. Pero los stsho reaccionan muy mal ante las sorpresas: esperan amenazas de los kif. Incluso de las hani. Pero las amenazas mahen les hacen perder el equilibrio. No están acostumbrados a eso. Ehrran tiene un trato con ellos, y no sé nada más al respecto. Es una llave para entrar, eso es todo. Es una estúpida y una llave.

—¿Para hacer qué?

—*Hakkikt*, no estoy enterado de sus planes.

Y, con eso, volvieron a los viejos asuntos. Jik permaneció fumando en su asiento mientras que Sikkukkut volvía a pensar en su réplica. Era una masa sin rostro cubierta por la túnica y el capuchón, inmóvil en su silla parecida a un insecto, con un emblema plateado de príncipe kif brillando sobre el pecho iluminado por las lámparas de sodio. De vez en cuando, desde las sombras que les rodeaban, llegaba el susurro de otras túnicas, la inquieta agitación de los subordinados que esperaban para cumplir los deseos de su príncipe.

Dentro de un instante, Sikkukkut alzaría su mano en un gesto negligente y quienes aguardaban en la habitación le rodearían para llevarle nuevamente a las entrañas de la nave. Cruzarían las cubiertas inferiores para acabar en una clase distinta de interrogatorio, ahora que le tenían suficientemente confuso y drogado. Jik no se permitía dudar de ello. No podía consolarse con la esperanza de que su argumento hiciera cambiar de parecer al *hakkikt*, y menos aún podía soñar con que sus aliadas hani en la *Orgullo de Chanur* o su propia tripulación, en la *Aja Jin*, le rescataran. Ése era el núcleo de la defensa que oponía a los kif, el duro centro de esa

resistencia que le permitía seguir aquí sentado, fumando plácidamente su cigarrillo hasta convertirlo en una colilla y observando con los párpados medio cerrados mientras Sikkukkut an'niktukktin meditaba cuál sería el próximo paso a tomar con él. El centro de todos los secretos que mantenía a salvo era que ya se consideraba muerto. Desde esta posición le era posible mostrar paciencia ante todo tipo de incomodidades ya que, estando muerto, gozaba de algunas sensaciones y, ocasionalmente, de agradables intervalos a los cuales ningún muerto tenía derecho. Incluso cuando el dolor era muy fuerte, resultaba mejor que la ausencia total de sensaciones. Siempre.

Además, era un mahendo'sat, la curiosidad era su segunda naturaleza: por muy hábil que fuera Sikkukkut, Jik seguía recogiendo informaciones. Por ejemplo, había descubierto que la *Aja Jin*, la *Orgullo de Chanur* y la *Luna Creciente de Tahar* se hallaban todas en el muelle y parecían estar libres, lo cual era una noticia muy agradable. Que Pyanfar Chanur estuviera cerca para ayudar a su segunda de a bordo con su experiencia era una noticia excelente. Que Pyanfar conservara la suficiente reputación como para impedir que Sikkukkut le hubiera cortado el cuello a Dur Tahar era igualmente soberbio; y si había todavía algo de hani bajo el pelo marrón rojizo de Tahar, la pirata se uniría a su vieja enemiga como una mota de polvo al vello. Aunque no hicieran nada más, las hani pagaban sus deudas y Tahar le debía a Chanur lo suficiente como para acompañarla al infierno y volver de él.

Todo eso lo había descubierto durante aquellas sesiones. También se había enterado de que Tully, el humano, se encontraba sano y salvo en la *Orgullo de Chanur*. De ahí deducía que Sikkukkut valoraba más a Pyanfar que a su propia necesidad de tener al humano para interrogarle y para otros fines, lo cual era un valor muy considerable teniendo en cuenta que un kif lo depositaba en una criatura que no era de su misma especie. Por supuesto que se trataba de un beneficio con doble filo: conociendo la mente de los kif, el valor-como-aliado podía convertirse con sorprendente rapidez en blanco-de-alta-categoría. La palabra «amigo» no tenía en el doble juego de mandíbulas kif ningún matiz oculto de lealtad o autosacrificio, en realidad, era casi lo contrario: aliado-de-conveniencia, más bien. O, quizá, rival en potencia. O pobre idiota.

La hani sabía todo eso; y Jik sabía que también su segunda de a bordo estaba enterada de ello. Por lo tanto, las dos se mantendrían alertas ante la dirección del viento. Jik tenía la esperanza de que las dos mantendrían la calma si, como parecía posible e incluso probable, algunas partes de sí mismo aparecían como decoración en la rampa de Sikkukkut. Jik aborrecía la estupidez, y él mismo había cometido ese pecado, o de lo contrario no estaría aquí. Pero lo que más aborrecía, y en eso no mentía, era la idea de que su persona pudiera desencadenar por sí sola la destrucción del Pacto. Eso era algo que incluso un muerto podía temer, un horrible legado que

entregar a las generaciones futuras. Esa idea era la grieta en su defensa: Sikkukkut, al ser un kif y no pensar en absoluto en la posteridad, no era capaz de llegar a esa grieta sin algo que le llamara poderosamente la atención hacia ella.

Lo más fácil era que las especies se entendieran mal entre ellas, especialmente cuando se trataba de conceptos abstractos.

Por ejemplo, era posible que él y Pyanfar hubieran interpretado mal desde el principio la falta de ideas metafísicas que demostraba Sikkukkut al considerarla como una falta de conceptos emocionales y deseos no racionales. Había llegado a conocer al kif de un modo más íntimo del que hubiera deseado, y ahora sospechaba en Sikkukkut cierto sentimentalismo kif, una preferencia hacia los blancos más íntimos y personales, mientras que Akkhtimakt no era tan personal en sus carnicerías y más ecuménico en sus ataques. Akkhtimakt actúa con el puño, le gustaba repetir a Sikkukkut, y yo con el cuchillo.

Era poesía kif; era también una profunda afirmación personal que, si un mahendo'sat poseía una buena información acerca de la mentalidad kif, era capaz de revelar más de lo que decía a primera vista y esto le permitiría entrar en todas esas honduras que la barrera de la traducción y el lenguaje colocaba entre las especies.

Apuré el cigarrillo y lo apagué con un cuidadoso pellizco en lugar de aplastarlo despreocupadamente: manías de navegante espacial. El fuego nunca era dañino si uno se movía con precisión y concentraba firmemente sus pensamientos en la idea de la extinción y no en la del fuego. Manías de navegante espacial, porque cuando los dedos podían tolerar el fuego sin problemas, ya resultaba seguro guardar la colilla. La dejó caer en el compartimento de su bolsita reservado a tal efecto y luego la depositó sobre la mesa. Nunca se la dejaban conservar. La bolsita, junto con el licor y el buen humor de Sikkukkut, era algo que sólo podía tener en esta habitación. Por lo tanto, la dejó sobre la mesa y sostuvo la mirada de Sikkukkut con una lánguida diversión.

Quizás estaba logrando confundir al *hakkikt* con su actitud, con esa frialdad mezcla de desafío y alianza que, ciertamente, se alejaba de la conducta habitual de un kif; quizás era eso lo que mantenía su cabeza alejada de las estacas de la rampa exterior. Sikkukkut le contempló por un segundo con algo parecido al interés y luego alzó su mano como había hecho antes, indicando que se lo llevaran.

—Ahí va —exclamó alguien en el pasillo y unas fuertes pisadas resonaron ante la puerta de Chur Anify, turbando su convalecencia. *Kk-kk-kt*, se oyó en el exterior. Eso hizo que los ojos de Chur se abrieran de golpe y su corazón acelerara un poco sus latidos. La máquina a la que estaba unida por una compleja serie de tubos registró una subida en sus indicadores y un aumento en el pulso, por lo que mandó una oleada de alimento y sustancias químicas cuidadosamente medidas a su torrente sanguíneo, todo ello de forma automática.

Vivir unida a una máquina que parecía saber mejor que ella cuáles eran las necesidades de su cuerpo ya era bastante malo, estar tendida en su lecho mientras en el pasillo ocurría algo ya era distinto. Así, Chur abandonó cuidadosamente su lecho (los tubos podían extenderse gracias a ciertos resortes lo que le permitía llegar al cuarto de baño y le ahorra algunas indignidades). Ahora cogió los tubos con una mano para que los resortes no dieran un doloroso tirón de sus agujas y se dirigió a la cómoda donde guardaba su pistola, mientras oía chasquidos y crujidos kif en el exterior. La cabeza le daba vueltas, su corazón latía sin control y la maldita máquina le estaba inundando las venas de calmantes cada vez que detectaba la elevación de su pulso. A pesar de todo, consiguió llegar hasta la puerta y apretó el botón con un nudillo de la mano que sostenía el arma.

La puerta se abrió rápidamente. Chur se apoyó en el umbral y sus ojos percibieron la silueta de un kif justo ante ella y su pistola. Luego, algo afectó a sus pupilas, éstas perdieron el foco y su mente vagó de un lado a otro. Debido a esto, le resultó bastante difícil recordar quién era o qué razón justificaba la presencia de un kif a bordo de la *Orgullo*, contemplándola desde el pasillo tan horrorizado como le era posible a un kif (es decir, no mucho). Tampoco se explicaba por qué la periferia de su campo visual la informaba de que acompañando a este kif y con expresiones de sorpresa estaban sus primas y un humano. Era exigir demasiado al cerebro de una hani drogada, pero el kif tenía las manos en alto y ella no estaba lo bastante loca como para disparar un arma en el pasillo de una nave sin tener antes una buena razón.

Mientras su cerebro intentaba aclarar esa loca secuencia de acontecimientos, algo pequeño y negro pasó sobre su pie y entró corriendo en su habitación.

—¡Hyaa! —gritó Chur, llena de repugnancia. El kif se lanzó hacia la pared que tenía al lado en tanto que ella giraba para mantener en su punto de mira no a la cosa negra, sino al kif. Sus amigas cayeron en masa sobre ella y, para su asombro, no pretendían ayudarla sino que le quitaron el arma y la mantuvieron bien sujeta. Mientras tanto, el kif se pegaba a la pared con el cuerpo encogido e intentaba presentar el menor blanco posible.

—Chur —le decía en tono suplicante su hermana Geran y ella supuso que fue la propia Geran quien le había hecho aflojar los dedos para quitarle la pistola: estaba aturdida y se le nublaban los ojos. Oyó la voz de su prima Tirun y el parloteo del humano, de su amigo Tully. Sin saber qué hacía, permitió que la llevaran de nuevo paso a paso hacia su cuarto, en tanto que alguien se encargaba del manojito de tubos. Oía sonar un timbre: la máquina infernal estaba traicionándola, indicando la tensión que su organismo había sufrido.

—Los dioses se lo lleven —exclamó de pronto, al acordarse—. Hay algo ahí dentro... —Y entonces recordó que ya antes había visto diminutas cosas negras en el puente, pero no estaba segura de si eran alucinaciones o de si su hermana la había

tomado en serio cuando le había hablado de ello. Era bastante molesto tener alucinaciones. Y la maldita máquina seguía inundándola de calmantes, así que ahora la dejarían sola ahí dentro, drogada, con lo-que-fuera; algo que tampoco deseaba.

—Mirad bajo la cama —dijo Geran, mientras la acostaba. Chur no lograba recordar dónde había ido a parar la pistola, lo cual iba en contra de las reglas de la nave; y el perder un arma de fuego era algo que iba contra todas las reglas, fueran las que fueran; y había un kif intentando meterse debajo de su cama. Sintió que el cuerpo se le cubría de sudor y notó cómo éste se enfriaba en la nariz, las orejas y las yemas de los dedos.

—¿Dónde está mi pistola? —preguntó confundida, intentando erguirse de nuevo. Alguien gritó «¡Ahí está!», desde el suelo—. Dioses... —murmuró Chur, y su hermana la hizo tenderse de nuevo en el lecho. Parpadeó una, dos veces, con la loca idea de que junto a su cabecera había un kif a cuatro patas y que los presentes intentaban sacar a su alucinación de su escondrijo bajo la cama.

—Lo siento —dijo Geran fervorosamente—. No te muevas. Ya lo tenemos.

—Estás loca —dijo Chur—. Todos os habéis vuelto locos. —Nada de lo ocurrido tenía la menor lógica.

Pero algo chilló bajo su cama. Sentía que un cuerpo golpeaba la armazón del lecho y en el cuarto había un olor de amoníaco que no era ninguna ilusión, sino la auténtica presencia de un kif.

—Él tiene —dijo la voz de Tully, y éste apareció de repente junto a su cabecera—. Chur, ¿tú bien?

—Claro —dijo Chur.

Al menos ahora recordaba dónde estaba, atada a una máquina en el camarote de *na* Khym desde que los kif le habían disparado en un muelle de Kshshti, demasiado enferma para alojarse en los camarotes de la tripulación. Dientes-de-oro les había dado ese excelente equipo médico cuando se lo encontraron en Kefk, lo cual ocurrió antes de que los muelles se convirtieran en un campo de batalla. Ella había tenido que encargarse de todo el puente cuando de pronto empezaron a surgir esas pequeñas cosas negras yendo y viniendo de un lado a otro como en una horrible pesadilla. En efecto, había un kif a bordo, su nombre era Skkukuk, era un esclavo y un regalo del *hakkikt*. Ahora estaba quieto ante ella, con el negro hocico retorcido en un montón de arrugas y con su Cena entre las dos manos huesudas, mirándola. Chur frunció los labios y, echando las orejas hacia atrás, alzó un poco la cabeza y gritó: «¡Fuera!».

El kif lanzó un silbido y se retiró unos pasos entre chasquidos y crujidos, profundamente ofendido. Enseñó los dientes, y Chur le respondió con la misma mueca al tiempo que se incorporaba sobre el codo que tenía libre.

—Calma —dijo Geran, empujándola hacia atrás. Tirun se encargó de echar al kif de la habitación. Tirun, la hermana de Haral, era lo bastante grande como para hacer



que un kif se lo pensara dos veces antes de discutir con ella sobre cualquier asunto, con esa leve cojera que un arma kif había causado hacía ya algunos años. Chur se sintió a salvo mientras Geran estuviera a su lado y Tirun se interpusiera entre ella y el kif. Alzó los ojos hacia la dorada barba de Tully y parpadeó plácidamente.

—Maldito kif... —dijo Geran—. Todas las lecturas están saltando como locas... Tully, coge esta pistola y sácala de aquí.

—No —respondió Chur—. La cómoda, ponedla otra vez en el cajón de la cómoda. Tully, ponía ahí.

—Llévatela —dijo Geran.

—¡Maldita sea, en el cajón! —chilló Chur. Viviendo en compañía de Tully era fácil acostumbrarse a ser lacónica. La voz le salió áspera y a punto de quebrarse. Tully vaciló y miró a Geran.

Y entonces una silueta todavía más corpulenta apareció en el umbral y lo llenó con su presencia. Khym Mahn, alto, ancho de hombros e, indiscutiblemente, todo un macho hani.

—¿Qué ocurre?

—No pasa nada —dijo Geran—. Vamos, cierra esa puerta y que todo el mundo salga de aquí antes de que se cuele alguna más de esas condenadas criaturas. ¿Quién está vigilando a ese kif, por los dioses?

—Tully, deja la pistola en el cajón —dijo Chur con firmeza.

—Déjala ahí —dijo Geran poniéndose en pie mientras Khym se esfumaba. Se quedó inmóvil observando a su hermana en tanto que Tully hacía lo que le habían dicho. Luego Tully se acercó a la cama y los dos se quedaron junto a Chur, su hermana y su amigo humano; si es que alguna vez podía llegar a hablarse de amistad entre especies distintas. Y ese maldito kif en el pasillo... ¿Era esa cosa un amigo y ahora podía andar libremente por la nave? ¿Había autorizado la capitana esa situación?

—Oh, dioses... —murmuró Chur. Estaba demasiado cansada y demasiado enferma como para pensar en un kif suelto por la nave o para tener ideas injustas sobre Tully, quien más de una vez, sin armas, había hecho todo lo posible por salvarles la piel. Pero Chur sentía en lo más hondo de su corazón que nunca vería de nuevo el hogar, que éste era su último viaje. Deseaba volver a casa por encima de todo, estar de nuevo en Anuurn, en Chanur, y pasar egoístamente un poco de tiempo con las cosas que conocía y amaba, la cosas familiares en las que no había complicaciones como alienígenas y diferencias... quería ser joven de nuevo, y tener más tiempo, y recordar qué significaba tener toda la vida por delante y no a la espalda.

Que los dioses la ayudaran, deseaba incluso ver su casa de las colinas, lo cual era una pura estupidez: ella y Geran se habían marchado de allí y habían ido a Chanur

cuando eran unas niñas, unas jóvenes de la misma edad que Hilfy, porque un nuevo señor que era joven y estúpido había conquistado el poder desbancando a la rama local del clan Chanur. Ella y su hermana habían tenido que arrancar sus raíces y marcharse a los dominios principales de Chanur llevándose sólo las ropas que llevaban puestas.

Y su orgullo. Eso habían logrado salvarlo intacto, las dos.

—Nunca miré hacia atrás —dijo, pensando que al menos Geran podría comprenderla—. Dioses, cuando bajamos de las colinas buscábamos ver cosas distintas y extrañas, ¿verdad?

Geran le hizo un gesto desesperado a Tully, un gesto con el que pretendía decirle que saliera en silencio de la habitación. Tully se marchó no sin antes dar una palmadita en la pierna de Chur, que estaba cubierta por la sábana.

Chur, tendida en el lecho, pestañeó un par de veces algo avergonzada de sí misma. Sabía muy bien que daba la impresión de estar a punto de morir. Antes, ella y Geran se parecían mucho, con la barba y la melena rubia rojiza, con la ágil delgadez de miembros que les habían legado sus antepasados de las colinas. Eran muy distintas de sus primas Haral y Tirun Araun o de su prima Pyanfar, que poseía la talla y la fuerza de las tierras bajas de Chanur pero jamás había tenido la belleza de las colinas, su misma agilidad o sus pies veloces. Ahora los hombros de Geran estaban encorvados por el agotamiento, su pelaje no brillaba y en sus ojos se leía un cansancio insondable; y Chur había visto espejos. Cada vez que apoyaba el peso, le dolían los huesos. Había que cambiar las sábanas cada día y Geran se ocupaba de ello. La razón era que Chur perdía vello continuamente, ahora tenía zonas de piel al descubierto que relucían con un feo brillo rosado por entre su pelaje. Ése era el peor de todos sus sufrimientos personales, no el dolor ni lo horrible de la muerte, sino la máquina, que le estaba robando su vanidad y su dignidad personal. Ver cómo Geran presenciaba su empeoramiento era lo más espantoso de todo.

—Lo siento —dijo Chur—. Esa condenada máquina no para de inundarme con calmantes. No siempre sé lo que digo.

Qué forma tan asquerosa de morir, pensó, drogada hasta no poder ni pensar. Asustando a Geran. ¿Qué clase de final es éste?

—Quítame este trasto.

—Dijiste que te aguantarías y que no ibas a protestar —respondió Geran—. Por mí. Le dijiste a la capitana que lo aguantarías. ¿Tenemos que preocuparnos ahora también por ti?

—Me lo he merecido, ¿verdad? —Su voz sonó ronca y áspera. Lo sucedido la había dejado muy cansada. O quizá fuera el calmante—. ¿Y ahora dejamos que ese condenado kif ande suelto por la nave?

—Khym no le quita el ojo de encima.

—Uhn. —Hubo un tiempo en que eso le habría parecido una locura. Los machos no trataban con otras especies, no tenían responsabilidades, no llevaban sobre sus hombros el peso de ninguna decisión que fatigara sus cerebros, siempre propensos a la rabia incontrolable. Pero ya nada en el mundo era igual a como había sido cuando ella era joven—. Dejamos el hogar para buscar cosas extrañas —dijo Chur, asombrada al pensar que ella, toda una montañesa, hubiera acabado confiando en el sentido común de un macho y la buena voluntad de un alienígena humano—. Y las encontramos, ¿verdad? —Pero percibió la dolorida tensión que había en los bigotes de Geran y un leve temblor en las orejas cargadas con los anillos de muchos viajes. Se dio cuenta de lo exhausta que se encontraba Geran, del dolor que sentía ante su estado actual, y supo con un instinto certero que si Geran llevaba un peso sobre sus hombros, era ella quien lo había puesto allí, y que ese peso resultaba casi intolerable para su hermana—. Eh —dijo—, me sostenía bastante bien cuando me he levantado. La máquina me está ayudando. Creo que lo conseguiré. ¿Me oyes?

Geran la oyó y sus hombros dejaron de estar encorvados, el dolor y la pena huyeron de sus ojos con tal rapidez, con tanta confianza en sus palabras, que Chur sintió un profundo dolor.

Dioses, pensó Chur, ahora sí que la hice buena. Se lo he prometido, ¿verdad que sí?

*He sido una estúpida al prometérselo. Ahora tendré que cumplir mi palabra. Perderé. Maldita sea, eso le hará mucho daño. Moriré en algún momento del salto. Oh, dioses, qué forma tan horrible de terminar, ahí fuera, en la oscuridad que hay entre las estrellas, sin nada que te cubra, desnuda.*

—No es fácil —murmuró Chur, dejándose caer nuevamente en el sueño—. Es más fácil rendirse. Pero volveré ahí arriba, oh, dioses... No dejes que la capitana me borre de las listas, ¿me has oído?

—Tu asiento te espera.

—¿Quieres contarme cómo están las cosas, tratarme como si fuera una tripulante? —Era difícil seguir interesándose por la vida cuando los calmantes tendían un telón entre ella misma y el universo. Recordó su promesa y luchó por mantenerla—. Por todos los dioses, ¿qué está pasando ahí fuera?

—Todo sigue igual que antes. Estamos en el muelle, esperando a que ese maldito kif decida si vamos a ir a derecha o a izquierda. De momento, nada está peor a como estaba antes.

—Ni mejor.

—Ni mejor, salvo que todavía continúan las conversaciones. Y el *hakkikt* sigue comportándose con extremada educación.

—Jik no ha cedido.

—No ha cedido. Que los dioses le ayuden.

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir aquí sin movernos?

—Ojalá pudiéramos saberlo. La capitana está haciendo números como una loca y Haral ha introducido seis o siete rumbos en el ordenador. Puede que aún consigamos volver a casa.

—¿Engañar a los kif? Nos perseguirían. —Su voz sonaba ahora algo pastosa—. La única forma de escapar de este lugar es dirigirse a Punto de Encuentro. Ahí es a donde debemos ir.

Geran guardó silencio. A veces las pistas eran vagas, pero al final siempre llevaban al mismo punto. Dientes-de-oro las había dejado a ellas y a su socio en una mala situación, y había salido corriendo hacia Punto de Encuentro; por otra parte, el pueblo de Tully se dirigía en gran número hacia el interior del Pacto. Todo ello significaba que una hani muy cansada y con deseos de que el universo fuera como en su juventud estaba condenada a ver cómo todo se volvía del revés. Estaba condenada a ver a Chanur aliada con los kif, una especie que comía diminutas criaturas negras, que no mostraba muy buen comportamiento en los muelles y hacía otras cosas en las que una hani honesta prefería no pensar.

Condenada mala suerte, pensó. Recordó de nuevo las colinas del hogar y sus pecados de juventud. Había dejado uno de esos pecados con su padre pero, después de todo, era sólo un chico, por todos los dioses, no había sido ningún matrimonio real y nunca le había vuelto a escribir. Por otra parte, él no se había alegrado mucho más de recibir un hijo que ella al engendrarlo (una hija le habría podido servir de algo, dado que no tenían tierras), pero sus hermanas sabrían tratar bien al chico. El resto de la familia jamás había llegado a saber gran cosa del asunto, salvo Geran, claro está, que sí estaba enterada; y todo eso fue antes de que se uniera a la *Orgullo*. El chico habría crecido y ahora ya debía llevar años entre los ermitaños. Probablemente habría muerto, como era habitual entre los machos sobrantes. Una pérdida, una pérdida fea e inútil.

*Me gustaría haber conocido a mi hijo.*

*Quizá pudiera encontrarle. Si su padre sigue vivo y fuera como na Khym, sí... Quizá, quizá si pudiera hablar con él acabaría por tener un poco de sentido común, igual que na Khym.*

*Nunca se lo pregunté... nunca hablé demasiado con él. Nunca se me ocurrió hablarle. ¿No es gracioso? Ahora me pregunto qué pensaría. Creo que pensaba, al menos. Podría encontrar a otro, hacer el amor con él y, dioses, entonces le preguntaría en qué estaba pensando y él...*

*... Probablemente lo único que lograría sería confundirlo todo, armar un auténtico infierno mahen, eso haría. No hay muchos como Khym Mahn, es condenadamente bueno, por todos los dioses, ojalá le hubiera conocido antes de que la capitana se lo quedara para ella. Si es que alguna vez hubo otra para él, claro; si*

*es que un señor de clan como él podía llegar a fijarse en una exiliada como yo. Me gustaría haber amado a uno que fuera como él. Me habría dado una hija, estoy segura.*

*Pero ¿qué ha sacado la capitana de él? Un maldito hijo como Kara Mahn y una condenada chiquilla como Tahy. No puedo contar con ninguna ayuda de ellos, los dioses se los lleven a los dos, no tienen sentido común, no saben escuchar, no respetan nada... unos mentirosos siempre dispuestos al engaño y la traición.*

*Quiero encontrar a otro. No uno que sea guapo. Alguien que sea inteligente, con quien pueda sentarme y hablar.*

*Si alguna vez consigo volver a casa.*

Frunció los labios y lanzó un bufido.

—¿Te encuentras bien?

—Claro que sí. Me estoy quedando dormida. Sal de aquí, estoy intentando descansar un poco. En nombre de todos los dioses, ¿qué son esas cosas negras?

—No me lo preguntes. No lo sabemos.

Las puertas del ascensor de la cubierta inferior se abrieron y Hilfy Chanur, que se incorporaba nuevamente a su turno, retrocedió apresuradamente un par de pasos al encontrarse con la inesperada presencia de Skkukuk. Vio que los dedos de éste aprisionaban una jaula de feas siluetas negras que no paraban de chillar y su aparición hizo que se le pegaran las orejas al cráneo. Pero Tirun y Tully escoltaban al kif, y eso hizo que las orejas de Hilfy volvieran a su posición habitual y que se alisara rápidamente el vello de entre los omóplatos. Se apartó con expresión de disgusto para dejar salir al kif y se quedó mirándolo mientras seguía con el dedo sobre el botón de llamada para mantener la puerta abierta.

—Creo que los hemos cogido —dijo Tirun.

—Coger ellos —dijo Tully, amplificando la parquedad de su lenguaje con un gesto hacia arriba—. Comer filtro. Jaleo horrible.

—Bondad divina, ¿qué filtro?

—El filtro de aire del número uno —dijo Tirun—. Han llenado todo el sistema de partículas: tendremos que hacer una limpieza en el número dos y en el principal.

—Hacer eléctrico —dijo Tully.

—No hemos estado en unas condiciones muy cómodas en ese pozo de ventilación —dijo Tirun.

—Kkkkt —dijo Skkukuk—, proceden de Akkht. Son adaptables y muy resistentes.

Al oír el sonido de su voz las criaturas empezaron a debatirse. Skkukuk golpeó la jaula con la mano y la Cena se quedó callada con algún que otro chillido ocasional.

—Dioses —dijo Hilfy con un estremecimiento de repugnancia.

—Hay dos a punto de criar —dijo Tirun—. Fíjate en esas condenadas cosas: son luchadores natos.

—Duros —dijo Skkukuk como si estuviera manteniendo una charla para matar el tiempo, y golpeó nuevamente la jaula de la Cena cuando los chillidos se agudizaron de nuevo. Se hizo el silencio, roto únicamente por un siseo—. Kkkt. Disculpadme. —Apretó la jaula contra su pecho y se alejó por el pasillo con su Cena en brazos, sintiéndose tan feliz como podía serlo un kif.

El labio de Hilfy se levantó un poco y sintió un escalofrío involuntario mientras Tirun se daba la vuelta y seguía al kif para tenerle bajo vigilancia. Tully, que no se había movido, le puso una mano en el hombro y apretó con fuerza.

Tully lo sabía. Había estado con ella en manos de los kif, en manos del mismo que ahora era su aliado. Era Sikkukut quien les había enviado a ese atroz esclavo, Skkukut, para que vagara por los pasillos dejando su pestilencia amoniacal en toda la atmósfera, un olor que le recordaba muchas cosas...

Tully le apretó por segunda vez el hombro con aquellos dedos sin garras. Hilfy se dio la vuelta y le miró, alzando un poco los ojos, pero su Tully no era tan alto como para que tuviera que levantar mucho la cabeza y pudo mirarle a los ojos. Los tenía azules y normalmente había en ellos una expresión de sorpresa, pero en ese instante lo que mostraban era preocupación. Dos viajes y las muchas situaciones compartidas le habían enseñado a leer los matices de su expresión.

—No es malo kif —dijo Tully.

Era una opinión tan increíble viniendo de él que Hilfy parpadeó, incapaz de creer en lo que había oído.

—Él kif —dijo Tully—. Lo mismo que yo humano. Mismo que tú hani. Él pequeño kif, intenta hacer lo que quiere capitana.

No habría aguantado esas palabras de nadie más. Cuando Tully dijo eso, Hilfy tenía la boca abierta. Pero el humano había estado por dos veces en manos de los kif, había visto morir a sus amigos e incluso había matado él mismo a uno de ellos para salvarlo de Sikkukut. Más aún, estuvo con ella en esa prisión kif. Si Tully decía algo tan intolerable, quizá podía tener muchos significados pero, desde luego, no se debía a que él fuera un cabeza hueca o alguien demasiado propenso a la generosidad. Se quedó mirándolo mientras intentaba averiguar si había confundido sus vocablos hani: el traductor que habían unido a su ordenador no podía hacer más que emitir un constante y estático zumbido que surgía del cinturón siempre que él hablaba con aquel hani fuertemente acentuado o usaba la jerga. Quizás intentaba comunicarle alguna loca filosofía humana que el traductor no había logrado transmitir.

—Pequeño kif —repitió Tully. Hilfy había vivido el tiempo suficiente entre los kif para saber qué pretendía decir con eso: que los kif no eran nada si carecían de posición y que los kif de posición baja eran víctimas de todos.

—Si fuera un gran kif nos mataría sin perder un segundo —dijo Hilfy.

—No —dijo Tully—. Capitana ser Pyanfar. Si él querer ser grande, ella tener que ser grande.

—Lealtad, ¿eh?

—Como yo —dijo Tully—. Él uno.

—Quieres decir que está solo.

—Él quiere ser hani.

Hilfy escupió. Eso era demasiado.

—Tú podrías serlo. —No había muchas hani en el espacio y, desde luego, ni una sola en el mundo natal, que pudieran llegar a ser tan generosas, sólo ella, una joven solitaria y melancólica que se encontraba a mucha distancia de los suyos—. Un kif no. Jamás.

—Cierto —admitió Tully, volviendo atrás en lo que antes había argumentado, con esa irritante habilidad suya para esconderse detrás de lo que fuera y dejar siempre a su interlocutor en mala posición. Alzó un dedo hacia ella—. El kif, él mismo tiempo no tener amigos entre kif, él ser pequeño kif. Ellos matarle, sí. Él no querer ser matado. El mucho tiempo mal trato, pensar que nosotros hacer mucho bien él. Tú ver, Hilfy: tripulación ser buena con él, él ser feliz, él llevar cara alta, él ser valiente con nosotros, él hablar. Pero nosotros no decir verdad él, ¿eh? ¿Qué hay bueno en verdad? Decirle: «kif, tú enemigo», él no tener nadie amigo, no tener nave, no tener *hakkikt*. No ser hani, él morir.

—No puedo sentir pena por él. No lo entendería. Es un kif, los dioses le pudran... Y me gustaría matarle.

—Tú no matar como kif. —Le dio una palmadita en el brazo y la miró con ansiedad desde el otro lado de la barrera del lenguaje que el traductor jamás había podido franquear—. Él hace un error —dijo el traductor mientras Tully cambiaba a su propio lenguaje en busca de las palabras que no tenía—. Está perdido. Piensa que ahora le apreciamos más. Si le pedimos que vaya morir por nosotros, él ir. Ciertamente, él irá. Y le odiamos. No sabe eso. Es kif. No puede entender por qué le odiamos.

—Bueno, pues no le demos más motivos de confusión —gruñó Hilfy, y se dio la vuelta para detener la puerta del ascensor, que había empezado a cerrarse automáticamente en cuanto soltó el botón. La puerta retrocedió e inició otra pausa. Hilfy se volvió hacia Tully y él le devolvió la mirada con un silencio dolorido. Ella conocía mejor que nadie en la nave su entrecortada forma de hablar: al ser la oficial de comunicaciones, la traductora y la lingüista, había ayudado a preparar el sistema de traducción y se había encargado de los trabajos necesarios para descifrarlo cuando le conocieron. Y lo que estaba diciendo ahora tenía más sentido del que a ella le habría gustado: un kif, aunque fuera un asesino capaz de torturar a sangre fría, era también un ser inocente e indefenso cuando se hallaba en sus manos. Si un kif veía a

otro kif que se interponía en su camino, le mataba; sus cambios de lealtad eran frecuentes pero siempre eran sinceros y útiles. Y si los subordinados de la capitana le trataban mejor, era porque la capitana le había concedido una posición más alta: eso era cuanto podía pensar un kif, sólo hasta ahí llegaba su imaginación. Últimamente, Pyanfar le dejaba más libertad, se preocupaba de alimentarle, la tripulación le trataba con cortesía: por lo tanto, su posición dentro del universo estaba mejorando. Que los dioses las ayudaran, en los últimos tiempos, el kif incluso llegaba a conversar con ellas. Tras más de dos siglos de contacto, los kif jamás habían dejado escapar ni el más mínimo detalle sobre su mundo natal, que nadie visitaba salvo ellos mismos; y aquí estaba ahora Skkukuk, orgulloso de que sus repugnantes y diminutas alimañas procedieran de Akkht y de la gran adaptabilidad que mostraban, haciendo con ello más alusiones a la vida y los valores kif de lo que habían dicho éstos en toda la historia conocida.

Y, cuando clavó los ojos en las pupilas de Tully, su reacción instintiva fue pensar: ¿qué puede saber un macho de todo esto, qué puede saber de cualquier cosa? Bien sabían los dioses que no consideraba a Skkukuk como tal; que cuando pensaba en Jik o en Dientes-de-oro casi siempre los consideraba racionales como hembras, pese a los pronombres masculinos que eran corrientes en la jerga y cuyo significado era tan distinto en hani. Pero Tully era decididamente masculino para ella y ahí estaba, diciendo todas esas locuras sobre un enemigo, hablándole a ella de cómo contenerse, lo cual era una idea típicamente femenina. Quizá Pyanfar estuviera en lo cierto y los machos tenían oculto en su interior gran parte de hembra. Era una idea bastante incómoda. Pero que había llegado a un lugar muy oculto de su interior, un lugar muy sensible y que le dolía: le dolía pensar que Tully había logrado firmar una especie de tregua con los recuerdos de su estancia entre los kif, mientras que una hani cuerda y técnicamente educada no lo había conseguido.

Se debe a que es más viejo, pensó Hilfy. Siempre le había considerado como alguien más o menos de su edad, y de pronto pensó que para su especie debía ser tan viejo como Khym, a quien los años habían logrado limar el temperamento al proporcionarle control sobre sí mismo y al hacerle perder su poder sobre Mahn. De repente sospechó que siempre se había equivocado con respecto a Tully, que era más inteligente de lo que podía serlo un macho joven, y que tenía la cabeza mucho más fría y clara que ellos. Se dio cuenta de que había algo más que no había sido capaz de contarle. Seguía habiendo algo encerrado en su interior, casi podía descifrarlo, pero era algo demasiado ajeno a ella o demasiado sencillo. No, era incapaz de adivinarlo. La puerta del ascensor le golpeó el hombro y Hilfy se rindió, alargó la mano y tocó suavemente el rostro de Tully con las almohadillas de los dedos.

—Si fueras hani, nosotros dos... —dijo. Pero no, era algo que no podía decirle, sonaba demasiado estúpido. Ese sentimiento no tenía una solución que no los



convirtiera a ambos en un par de estúpidos, dos estúpidos de los que todo el mundo se reiría.

—Amigo —dijo él con un hilo de voz y le tocó la cara. Mientras, la puerta del ascensor volvió a golpearla, la pausa de espera se hacía cada vez más corta, como un recordatorio—. Amigo, Hilfy. —Lo dijo con una tensión peculiar en su voz, que pareció a punto de quebrarse, como ocurría siempre que sentía dolor. Había cosas que Tully no podía confiar al traductor, y ahora intentaba hablar en hani cada vez con mayor frecuencia. Y ser hani. Y ahora, al decirle eso, algo que les convertía a los dos en unos estúpidos, su rostro se había vuelto triste y aún más abatido que antes.

*Dioses, Hilfy Chanur, pensó, ¿qué puedes hacer? ¿Cuándo te volviste loca? ¿Cuándo se volvió loco él? ¿Cuando estábamos solos y no teníamos a nadie que no fuera nosotros mismos, rodeados por los kif? Le necesito, le quiero.*

*Si es más viejo que yo, ¿por qué no tiene respuesta para esto?*

Entonces sonó una alarma. Por un instante, pensó que ella misma era la causante al haber estado sosteniendo la puerta, y pensó que Pyanfar le arrancaría la piel.

—Prioridad, prioridad. Tenemos un mensajero en la compuerta —dijo Haral por el comunicador, cuya voz sonó en todos los altavoces del pasillo—. *Asegurad el nivel inferior. Hilfy, Tirun, coged armas y esperad: al parecer vais a ser el comité de bienvenida. Saludos de la capitana, y ella se va a quedar arriba. Protocolo. ¿Entendido?*

—Entendido —dijo Hilfy.

Eso quería decir: encerrad al kif. Y rápido.

—Tully —dijo, señalando hacia el ascensor. El pánico había empezado a latir con histérica lentitud en su corazón, pero la costumbre hizo que mantuviera la expresión tranquila mientras se apartaba a un lado y sostenía la puerta con el brazo para que entrara Tully.

Podría ayudar, decía la expresión del humano, podría estar aquí abajo, quiero estar aquí. Quiero ayudarte...

No eran los sentimientos del kif que tan laboriosamente le habían descrito: *le haces parte de la tripulación, le dejas que lo crea, no sabes lo cruel que eres dejando que te crea.*

*Saldría ahí fuera y moriría por ti, Hilfy Chanur. Porque te cree.*

No. Eso no era cierto aplicado al kif. Era lo que Tully sentía en su interior.

—Arriba —dijo ella—, al puente. Haral te necesita. Ya tengo bastantes problemas de que ocuparme aquí abajo.

Y, dioses, ¿por qué decirlo de ese modo? Vio el dolor que le había causado.

Tully entró en el ascensor, se dio la vuelta y apretó el botón de cierre de tal forma que la puerta golpeó el brazo con que Hilfy la sostenía y ésta tuvo que apartarlo rápidamente, confundida. Abrió la boca dispuesta a decir algo como *no puedes*

*ayudar en esto*, lo cual no resultaba mucho mejor que sus anteriores palabras; pero la puerta se cerró entre sus caras y eso la dejó sin habla. Tuvo que apresurarse a recordar que se hallaban ante una emergencia y Haral la había enviado a cuidar de ella... kif, problemas y sólo los dioses sabían qué más.

Quizá toda la situación actual llegaba ya a un desenlace. Jik podía haber hablado, quizá se le había escapado algo; podía ser el principio del ataque que todas temían; podía ser cualquier cosa, y que los dioses la ayudaran, lo había estropeado todo con Tully y no había tiempo, no había tiempo, nunca había tiempo para arreglar las cosas entre ellos dos.

*Dioses, dioses, dioses. Le hice daño. Nunca he querido hacerle daño, puede que acabemos muriendo aquí y no consigo hacerme entender por ese condenado traductor.*

*¿Por qué es todo tan complicado?*

## 2

Estar sentada en el puente contemplando por el vídeo cómo dos kif armados se dirigían hacia su compuerta no era una situación de la cual Pyanfar gozara especialmente. No llevaban trajes de vacío, sólo las túnicas negras con capuchón que eran el atuendo universal de su especie. Eso quería decir que los kif tenían cierta confianza en los arreglos provisionales que se habían realizado para presurizar de nuevo esa zona del muelle, más confianza de la que a ella le habría gustado tener: las cuadrillas de reparación kif habían estado soldando y dando golpes fuera de la nave, aparecían pequeñas motas en la pantalla, remendando las áreas que la descompresión había debilitado.

Así que finalmente daba la impresión de que el *hakkikt* había ajustado cuentas con los rebeldes que se hallaban dentro de su campamento. Al menos lo había hecho hasta el extremo de poder enviar un mensaje a las traidoras hani, amigas de los mahen, que habían causado tal agujero en su recién adquirida estación espacial. Eso había sido consecuencia de la inquietud y los disturbios suscitados en el sector tc'a, logrando de pasada que quinientos kif, que nada sospechaban, salieran despedidos al vacío por el repentino vendaval de esa descompresión.

Sikkukkut tenía motivos de queja más que legítimos; incluso una hani debía admitirlo. Aunque los kif que partieron en ese inesperado paseo espacial fueran en gran parte enemigos suyos, una buena cantidad habían estado de su parte. A pesar de que jamás se había visto a un kif que lamentara la muerte de un congénere y aunque el incidente quizás hubiera contribuido a que la rebelión se detuviera, lo cierto es que le había causado molestias y dejado en una posición algo embarazosa... y ser la causante de que algo así le ocurriera a un líder kif era algo muy serio. Tenía la poco usual sensación de que se había equivocado en algo en sus tratos con los kif; y tampoco le gustaba nada saber que mientras esas siluetas de negras túnicas atravesaban los ciclos de la escotilla, la *Orgullo* no se hallaba en posición de negociar nada, ya que tenía el morro pegado a un muelle prácticamente en ruinas, las naves enemigas la superaban diez veces en número y los efectivos kif ascendían a varios millares contra cada una de ellas. No quería pensar ni por un momento en lo que pudieran decidir todo ese número de naves, ni en cuál era su propia posición dentro de la estructura de poder kif, ni tan siquiera en sus vidas o su seguridad.

Por lo tanto, el juego seguía consistiendo en la apariencia, la posición y el protocolo, y por esa razón se encontraba sentada aquí, royéndose los bigotes y haciendo que sus tripulantes se encontraran con una delegación armada ante la cual ninguna de ellas tenía poder suficiente para negociar. Estaba intentando comportarse como un kif y esperaba por todos los dioses que los kif entendieran ese gesto suyo. El mensaje implícito era que Pyanfar Chanur había dejado de lado su inclinación a

recibir los mensajeros del *hakkikt* con el protocolo y las cortesías hani: ahora se retiraba a un lugar remoto que para un kif (ésta era su esperanza) no indicaba miedo (un kif asustado se mostraría en persona para aplacar a la parte ofendida, y se arrojaría a los pies de su presunto enemigo en un intento de arreglar las cosas). Su nueva actitud más bien indicaba que la capitana de este carguero hani convertido en nave de caza se consideraba merecedora de una posición muy alta en los favores del *hakkikt*, tan alta que desde ahora tenía la intención de recibir sus mensajes a través de subordinadas. Tenía la sensación de que ese autoascenso era el modo en que funcionaban las cosas entre los kif: la experiencia sobre el modo de obrar kif y los consejos internos que le daba Skkukut corroboraban esta sensación. Su más bien confuso tripulante kif pasaba por fases alternas de encogimiento y expansión a cada cambio pasajero de sus humores. En un momento se veía abatido ante una reprimenda y, un segundo después, los ojos le brillaban y se mostraba lleno de energía al verlas de mejor humor. Celoso y paranoico, sospechaba constantemente que la tripulación intentaba minar su posición... al igual que intentaba hacer él con las suyas, aunque últimamente no con tanta dedicación, como si finalmente en su angosto cráneo de kif hubiera entrado la idea de que no era así como funcionaban las cosas en una nave hani. O quizás era que la tripulación gozaba de forma tan incondicional del favor de la capitana que era inútil intentar arrebatárselo. O tal vez fuera la creciente cortesía que demostraba la tripulación hacia él lo que había hecho trabajar febrilmente su cerebro en una nueva estratagema, siguiendo los retorcidos y tan equivocados procesos mentales de los kif: todo eso bastaba para que a una hani normal le entrara dolor de cabeza. Pero Skkukuk le había enseñado algo vital: que un kif ocupaba durante todas las horas del día tanto terreno como le era posible, siempre, y que si cometía un error y recibía una reprimenda por ello no albergaba rencor como haría una hani, no sentía ofensa alguna. Había situaciones en las que una hani ardería de vergüenza y arrojaría la cordura y el instinto de conservación a los cuatro vientos; si una hani le imponía una corrección a otra, sabía que estaba pidiendo con ello una disputa de sangre que llegaría hasta la segunda o tercera generación, y que complicaría a los dos clanes y a sus afiliados hasta el octavo grado. En cambio, un kif se limitaba a consentir que le dieran una bofetada en el rostro con el mismo inmovible sentido de conservación que le haría lanzarse al cuello de su propio líder apenas éste pareciera vulnerable, mientras que una hani razonable se mantendría con toda lealtad junto a ese líder. Pyanfar había logrado desenterrar ese enigma y, retorciendo totalmente su lógica, incluso podía comprender que los kif, al carecer de sensibilidad alguna hacia los impulsos altruistas, tenían que seguir rumbos distintos. El más apremiante de ellos parecía ser el impulso de subir centímetro a centímetro en su posición a cada segundo, si le resultaba posible hacerlo y salir bien librado de ello.

Era interesante saber si Skkukuk entendía a las hani la mitad de bien que a la

inversa, pese a su fluidez en el lenguaje. Al pensar en eso, ante ella se abrió un abismo lógico, el problema de si un kif podía llegar a comprender realmente el orgullo que sentía en su interior la más humilde montañesa hani, quien sería capaz de gastar hasta su última gota de sangre para saldar las cuentas pendientes que tuviera con otra hani, tanto en deudas como en disputas de sangre, fuera ésta quien fuera, una hani de posición elevada o una mendiga. Los kif no tenían los mecanismos internos para sentir lo que sentía una hani; y, bondad divina, ¿cómo podía una hani llegar a conocer los impulsos que dirigían a un kif, si carecía de ese lo-que-fuera que para los kif era tan natural como la respiración?

*Que los dioses nos ayuden, si tuviera la suficiente reputación ante él como para que soltara a Jik... si alguien tuviera esa reputación... si pudiera descifrar el condenado código de Jik, ahí en el ordenador, si supiera lo que Jik ocultaba a Sikkukkut, qué tipo particular de locura me confió en Mkks... ¿acaso son sus últimas voluntades, su testamento'? ¿Algo para su Personaje? ¿Algún maldito plan de ataque?*

*¿El plan de acción de Dientes-de-oro?*

*¿Qué quieren esos kif de ahí abajo, por qué han venido en persona, por qué no utilizan el comunicador?*

Y, mientras tanto, los kif estaban ya en la escotilla que estaba mascada por los disparos, y se preparaban para tratar con su prima y su sobrina, quienes habían sido heridas ya antes por los kif.

*No lo estropees todo, Hilfy, no cedas... Dioses, tendría que haberla hecho subir aquí y mandar a...*

*¿... Geran? ¿Con Chur herida y ella en su estado de ánimo actual?*

*... A Haral no, Haral me hace falta.*

*Y ése tampoco es lugar para los machos. Hilfy está bien, no ha perdido el equilibrio, lo hará todo bien... conoce a los kif, les conoce tan bien como cualquier otra... sabe cómo mantener el control...*

*Oh, dioses, ¿por qué las dejé salir a ella y a Chur de la nave en Kshshti? Fue culpa mía, culpa mía. Ya nunca será otra vez la misma...*

*... No es la misma, nadie es igual que antes; yo no soy igual, la nave tampoco, ni Chur; ninguna de nosotras es igual que antes, y he sido yo quien nos ha traído aquí, cada uno de los malditos pasos que se han dado por este camino...*

Haral dio por terminado el ciclo de la escotilla y dos kif sin escolta entraron en el nivel inferior de la *Orgullo*. Mientras tanto, Geran conectaba la cámara de la escotilla para seguirlos, y Khym y Tully vigilaban cada uno su monitor. Haral continuaba con sus propias comprobaciones, manteniendo bajo su vigilancia todo el condenado muelle, una pantalla tras otra de las que formaban el puesto de Haral cambiaban de imágenes para que en ningún momento se hallaran más ciegas de lo estrictamente

necesario.

No había forma de que las sorprendieran, ni tan siquiera si, los dioses no lo quisieran, los kif arrojaban una granada a través de la compuerta.

—Grabación —dijo Pyanfar.

—Bien —dijo Geran, accionó un interruptor y empezó a registrarlo todo en los archivos de la *Orgullo*. Un instante después, Geran murmuró—: Eso son rifles.

Los kif llevaban armas pesadas, aparte de las portátiles. Lo tenue de la luz y el escaso aumento de la cámara velaban considerablemente la imagen de esas negras armas que colgaban sobre sus túnicas negras y sin adornos. Pero los llevaban colgados al hombro, no en la mano. Eso resultaba un poco tranquilizador.

—Cortesía —dijo Pyanfar por entre los apretados dientes. Mientras tanto, desde abajo les llegaban las voces captadas por la cámara:

—*Cazadora Pyanfar* —dijo un kif al encontrarse con el comité de recepción de la *Orgullo*.

—Tirun Araun —dijo Tirun, identificando su vieja persona de navegante espacial con pelos grisáceos en la nariz y abundantes canas en su melena rojo y oro. Su comportamiento revelaba algo de incomodidad respecto al arma que sostenía (seguramente, los seres civilizados no deberían apuntarse mutuamente con armas) y, al mismo tiempo, la impresión de que la usaría dentro de un segundo (en sus ojos no había ni asomo de duda o compunción)—. *Confío en que vengáis de parte del hakkikt* —dijo Tirun—. *Alabado sea* —... sin la menor vacilación, pura cortesía kif.

—*Alabado sea* —dijo el kif—. *Un mensaje para vuestra capitana*. —Cogió un cilindro de su cinturón, sin hacer ninguna objeción ante las armas que le apuntaban o ante las orejas de Hilfy, que aparecían pegadas a su cráneo—. El hakkikt dice: *los muelles ya ofrecen seguridad. El asunto es urgente. Éstas son mis órdenes: aguardaremos aquí a la capitana de Chanur*.

Tirun extendió la mano y cogió el cilindro. Y perdió un breve segundo para un gesto que nunca estaba de más, especialmente con un kif.

—*Se cortés, Hilfy*.

Perfectamente cronometrado, con una leve inclinación de las orejas que podía ser de respeto o de algo distinto, ambigua incluso a los ojos de una hani: Tirun le había mandado su señal a Hilfy, después se dio la vuelta con lenta dignidad y se fue con paso decidido y lo bastante veloz.

Mientras, Hilfy se quedaba ahí, con el arma en la mano y dos kif a quienes vigilar. *Calma, niña. Por todos los dioses. Tirun lo ha hecho bien, no me falles tú ahora*.

Nadie abrió la boca en el puente. El silencio se mantuvo cuando el ascensor se puso en funcionamiento y se oyeron sus puertas en el final del pasillo que conducía hasta el puente. Entonces Pyanfar se levantó de su asiento para esperar a Tirun, que se acercaba por el corredor a un paso mucho más rápido del que había utilizado

abajo. Haral y Geran seguían atentas a sus tableros, controlando cuanto rodeaba a la nave, lo que ocurría dentro de ella, así como todo lo que emitía la estación.

—Capitana —dijo Tirun sin más protocolo, y le entregó el cilindro.

Pyanfar tiró de la tapa y sintió que ésta se resistía. Por un horrible instante pensó en explosivos o en un gas letal.

—Espera aquí —dijo. Salió al pasillo y dejó a Tirun en el puente, mientras pulsaba el botón de la puerta para que se cerrara entre ellas dos.

Hincó una garra en el sello protector y, mordiéndose el labio, tiró de la tapa. No hubo ninguna explosión. Nada salió del cilindro. Era un mensaje, un pedazo de papel gris.

La puerta se abrió en ese mismo instante: era Tirun y, por el rabillo del ojo, Pyanfar distinguió su expresión levemente ofendida mientras sacaba el papel y lo leía.

*Cazadora Pyanfar, me has hecho peticiones. Te daré mi respuesta a bordo de mi nave a las 1500, suponiendo que acudas con personal de alto rango de tus naves aliadas.*

—¿Capitana? —dijo Tirun.

Pyanfar le entregó el mensaje y miró el cronómetro del puente: 1436.

—Es una trampa —dijo Tirun.

Incluso Haral por un segundo se volvió en el interior del puente para mirarlas.

—Una invitación de los kif —dijo Pyanfar—. Personal de alto rango de las nuevas aliadas. En su nave. Y rápido.

—Dioses —exclamó Khym.

—Por desgracia... —dijo Pyanfar, y pensó en Hilfy, sola en el pasillo con los dos kif—... por desgracia no tenemos dónde elegir. Habla con Tahar y con Kesurinan. No pienso llevarme a ninguna de vosotras...

Sus bocas se abrieron en una expresión de incredulidad.

—Es una trampa —dijo Khym, y su ronca voz sonó algo temblorosa debido a la irritación—. Py, Tirun tiene razón, escúchala.

—No voy a llevarme a ninguno de la nave —dijo ella, lenta y cautelosamente—, con excepción de nuestro amigo el kif. Ocúpate de ello, Geran, y que nuestros amigos se vayan preparando para salir.

—Ese muelle... —dijo Geran.

—Debemos correr peligros peores que un muelle con filtraciones, prima; uno de ellos es llegar tarde y otro es que se nos escape algún indicio de los kif. Voy a salir, quiero a Tahar y Kesurinan tal y como han pedido los kif, y apenas cierre la compuerta a mis espaldas ahí abajo, quiero que la *Orgullo* ponga la energía al máximo y que siga así hasta que yo regrese. Quiero dejarles bien claro que todavía tenemos dientes, ¿entendido? Y que mi tripulación se encuentra en estado de alerta.

—Bien —murmuró Haral, quien distaba mucho de parecer feliz ante sus palabras.

Tampoco Pyanfar lo estaba. Se dirigió al compartimento que había en la salida del puente, cogió una de las automáticas y luego volvió por el corredor con la pesada pistola y su cinturón en la mano.

Pero no se encaminó directamente a la cubierta inferior.

Primero hizo una parada en su camarote para un rápido cambio de ropas: unos cuantos oropeles, pues las apariencias eran importantes, era un arma psicológica tan esencial como la automática que llevaba en su costado.

Sikkukkut tenía intención de actuar. En alguna dirección.

Apretó las mandíbulas y empezó a realizar una veloz lista de las cosas que deseaba hacer, por si se producía la eventualidad de que estuviera despidiéndose de su tripulación y de su esposo.

Dioses, Khym se había limitado a quedarse quieto, aceptando la respuesta de Pyanfar a su protesta. El corazón le dio un leve vuelco de orgullo y dolor al darse cuenta, algo tarde, de cuánto le había costado hacer eso: ya no era el ignorante encantador con el que se había casado, ni tampoco el macho imprudente que había salido a dar un paseo por los muelles de Punto de Encuentro para meterse de cabeza en una trampa kif. Si Pyanfar moría hoy a manos de los kif, Khym no actuaría como un macho típico; no saldría corriendo de la nave igual que un lunático para enfrentarse a los kif con sus manos desnudas: Khym había crecido mucho durante este viaje, y lo había hecho cuando ya no era un muchacho, cuando ya empezaba a ser viejo. Finalmente sabía qué se hallaba fuera de sus límites y cómo era el universo. Había encontrado la amistad, por los dioses, la amistad de esas hani e incluso la de otro macho. De repente se dio cuenta con dolor y pena de que Khym jamás había tenido esa amistad con nadie durante toda su vida de adulto, salvo con ella y sus otras esposas, y aun en este caso a duras penas. Como señor de clan, se le protegía de todo contacto con el mundo gracias a sus esposas, sus hermanas e hijas, y finalmente había emergido al mundo real para descubrir cómo era. Ahora ya no era solamente *su* Khym, ni tan siquiera el Khym señor de Mahn, era algo más que eso. De repente, mucho tiempo después de que hubiera debido morir entre los ermitaños, gastado e inútil... había crecido hasta convertirse en *lo* que siempre había sido. Descubrió *el* universo lleno de gente honesta y de canallas de todas las especies, y aprendió a ganarse el respeto, a ignorar las pullas pese a ser el más novato de la nave, y logró abrirse camino durante esa segunda juventud que tenía unas reglas totalmente distintas de la primera. Ese cambio era tan grande que casi ninguna hani habría tenido el valor suficiente para afrontarlo en su vida pero, por los dioses, él había logrado llevarlo a cabo. Se encargaría de luchar desde ese puente y ese tablero bajo las órdenes de Haral, si es que algo no iba bien, y formaría parte de la tripulación de una nave que tenía la masa y la energía suficientes como para convertir a Kefk, Sikkukkut



y todas sus ambiciones en una breve estrella incandescente.

El estado de los muelles era el que había esperado, el metal grisáceo seguía helado bajo sus pies descalzos y había una gran cantidad de luces que todavía no funcionaban: habían estallado al bajar la presión y quedar el muelle expuesto al espacio. En la parte derecha de los diques se alzaban las grúas, que se inclinaban levemente para seguir la curvatura del muelle. Éste formaba la parte más exterior de la estación y su silueta toroidal, que cualquiera que observara desde fuera identificaría con una rueda. Aquí ese aro era el *abajo* y el suelo era de metal desnudo: Kefk tenía instalaciones mineras y explotaba los ricos cuerpos metálicos que flotaban alrededor de su doble estrella y, por lo tanto, Kefk era gris y mate, con la única excepción del sucio resplandor anaranjado de las luces de sodio preferidas por los kif. A esa especie, ciega al color, jamás se le había ocurrido pintar nada con un propósito decorativo, únicamente para protegerlo. En realidad tenían que utilizar instrumentos para determinar de qué color era una cosa y sólo los dioses sabían si Akkht, su mundo natal, les ofrecía algún otro color que no fuera el negro. Sin embargo se rumoreaba que habían aprendido el gusto por los colores de los stsho, quienes preferían los tonos pastel y opalescentes, y desdeñaban la explosión de colorido con que gustaban de ataviarse mahendo'sat y hanis. Los kif habían descubierto toda una gama de distinciones que se hallaban más allá de sus sentidos. Dado que tenían ante ellos el pálido ejemplo de los stsho y al estar impresionados por su concepto del valor (ya que consumidores tan ricos imponían la moda a toda la economía del Pacto) y todavía más por el desprecio que aquéllos sentían hacia todas las especies amantes de los colores fuertes, los kif no estaban muy seguros de su propia dignidad ante los stsho y otras especies. Por encima de todo, los kif no deseaban que nadie se riera de ellos. El negro total era algo que podían distinguir, así como el blanco; por ello escogieron la oscuridad que tan bien encajaba con su hábitat y con su deseo de moverse sin que les vieran, y se convirtieron en estetas de un solo color: el más profundo negro. Apreciaban más la plata que el oro porque a sus ojos ésta brillaba más. En su estética valoraban el tacto por encima de los demás sentidos porque sus centros del placer se estimulaban más por el tacto que por la vista: de hecho, debían de ser virtualmente ciegos a la belleza, y les encantaba tocar toda superficie interesante. Eso era lo que le había oído decir hacía mucho tiempo a un viejo stsho que se había mareado considerablemente con una tacita de té de Anuurn (había en él una sustancia que reaccionaba de forma muy interesante con el metabolismo stsho, y que no tenía ningún efecto para el hani: tales eran las rarezas del vicio y el placer entre especies distintas). Según decía este stsho, al principio los kif fueron víctimas de muchas bromas pesadas mahen, quienes les vendían colores imposibles de combinar, y los kif no olvidaron nunca esa humillación.

Lo cierto es que los kif habían cambiado mucho en los últimos años. Antes habían sido miserables bandas de piratas, ladrones de muelles a quienes una hani podía asustar fácilmente para que se retiraran; su estilo era gemir, hacer acusaciones y, muy frecuentemente, embarcarse en pleitos ante los tribunales stsho, los cuales podían hacer que un comerciante pagara sin haber llegado a decidir, sólo para librarse del asunto. Ése era el típico bandidaje kif antes de Akkukkak.

Y ahora Pyanfar caminaba por este muelle acompañada por la escolta de un príncipe y con su propio guardaespaldas: Skkukuk caminaba junto a ella, armado con la pistola que le había quitado a otro kif durante los combates, igual que cualquier otro kif con la túnica negra, el capuchón y la total ausencia de adornos. Si miraba a otro lado y mientras tanto Skkukuk cambiaba de lugar con otro de los kif que la escoltaban, Pyanfar no tendría modo alguno de distinguirlos sin un examen cuidadoso. Ése era otro efecto del traje kif, de los negros capuchones que dejaban el rostro sumido en sombras y sólo permitían que la luz llegara al hocico negro y gris: hacía muy difícil escoger un blanco concreto entre ellos.

En el dique de la *Aja Jin* no se veía nada de esa nave ni de ninguna de las otras, sólo la confusión de cables y las grúas que mantenían esos mismos cables separados de las distintas compuertas repartidas por la nave.

Detrás de esa confusión apareció un par de siluetas mahen, una de ellas un macho. La segunda era Soje Kesurinan, la primer oficial de Jik. Kesurinan era una mahen alta y negra, cubierta de cicatrices y a quien le faltaba media oreja, pero tenía un porte y una forma de moverse que la hacían atractiva. Todo lo que en Jik era animación, en ella era apagada seriedad, pero cuando vio a Pyanfar alzó el mentón y sus pequeñas orejas mahen se agitaron en un saludo, tanto la que estaba entera como la mutilada.

—Kesurinan —dijo Pyanfar sin alzar la voz, mientras ésta se le acercaba. «Kkkkt», dijo su escolta kif—. Tahar ya viene. Una escolta ha ido a recogerla; podemos seguir.

—Entender —dijo Kesurinan, con lo cual quería decir que estaba de acuerdo: debía de estar preocupada y podía permitirse no hablar mucho y hacerlo de forma inexpresiva. Sí, estaba muy preocupada. Pero tenían que mantener su fachada ante los kif que las observaban y no revelarles nada. Pyanfar hizo una seña a la escolta y reemprendieron la marcha a lo largo del muelle. Notaba el peso del cinturón y la automática alrededor de sus caderas, una pistola de bolsillo golpeando a cada paso la pierna contraria. Los kif iban armados hasta los dientes y por lo tanto ella y Kesurinan también lo iban. Sin hacer caso del gusto y el sentido de la vista kif, Pyanfar había aprovechado ese viaje a su camarote para cambiarse los pantalones de tripulante de tosca tela azul que se había acostumbrado a usar en la nave por unos de seda; sí, pantalones de seda y su mejor cinturón, el que tenía al final de los

cordoncillos piedras semipreciosas y *ui*, esqueletos de un pólipo de los mares de Anuurn que valían más que los rubíes fuera de ese planeta. Las hani por regla general no buceaban, pero eran comerciantes y, al conocer la sustancia, inmediatamente habían sospechado que los stsho apreciarían mucho su pálida escasez... y habían acertado, como se vio luego. En todo ese esplendor y con un par de brazaletes de oro y uno de plata, por no mencionar todo el surtido de pendientes, se dirigía con toda la arrogancia que podía reunir una capitana hani hacia una cita con quien se había nombrado a sí mismo príncipe de los piratas.

Había salido de su camarote con el tiempo suficiente, había bajado por el ascensor hasta reunirse con Hilfy en el pasillo de la compuerta y había comunicado a los kif que estaba esperando a su propia escolta. Mientras tanto, Haral usaba el intercomunicador y los mandos de su tablero central para liberar a Skkukuk de su prisión y dirigirle hacia el ascensor a través de otro pasillo más alejado, adonde Tirun llevó su pistola: todo se había hecho de forma que no dañara la dignidad de Skkukuk. Después de eso, el bergante había llegado hasta ellas con la misma estrategia que había seguido Pyanfar, envuelto en un aura de amoníaco, armado y con suficiente arrogancia ante los demás kif. Su capitana tenía una cita con el *hakkikt* nada menos, y le habían elegido como escolta por encima del resto de la tripulación. Skkukuk estaba francamente contento.

Hilfy, por su parte...

Cuando vio lo que se aproximaba, las orejas de Hilfy se desplomaron y en sus ojos brilló el más puro horror, cosa que el kif muy bien podía atribuir al hecho de haberse visto despreciada por una escolta kif: habría acertado, pero su interpretación sería errónea.

Pero la niña había mantenido la boca cerrada y lo había aceptado todo con un ceñudo silencio. Bien sabían los dioses que Hilfy diría algo bastante considerable cuando estuviera arriba, adonde probablemente había ido apenas se cerró esa compuerta, tan rápido que la cubierta debió de echar humo.

Una luz empezó a parpadear detrás de ellas, rápidas pulsaciones luminosas que rebotaban en las grúas y las viguetas. Pyanfar sabía lo que era, lo sabía nada más volverse Kesurinan, y cuando los kif se volvieron todos al mismo tiempo...

—Kkkt —dijo uno de ellos—, kkkt...

Y luego se giró para mirarla al hacerlo los demás, con la cabeza alzada en un gesto de amenaza, moviendo la lengua veloz y nerviosamente como un dardo, con el rifle desliziéndose lentamente entre sus manos.

Pyanfar no se movió. Le sonrió, gesto que en una hani no revelaba buen humor, como en un mahendo'sat o un humano; pero que en este momento se acercaba a ello. La *Orgullo de Chanur* acababa de conectar su energía. Los sensores montados en los cables de las grúas que alimentaban la nave habían cortado el flujo y habían hecho

sonar la alarma, la misma alarma que sonara cuando la *Mahijiru* de Dientes-de-oro y la *Vigilancia de Ehrran* conectaron sus motores para salir del muelle, aunque en la estación todos estaban demasiado ocupados como para reaccionar ante ello.

—No nos vamos —le dijo casi alegremente al kif—. Es algo honorífico. Para que así sepáis con quién estáis tratando... Alabado sea el *hakkikt*.

Los kif podían ser ciegos a muchas cosas pero no al sarcasmo, a la arrogancia y a un gesto dirigido hacia toda la estación de Kefk y hacia todo el poderío del *hakkikt*. No se agruparían alrededor de su *hakkikt* tal y como lo harían las hani en torno a un líder; Pyanfar apostaba su vida por ello: él era, sencillamente, el *Hakkikt* y en cualquier momento podía surgir otro sin aviso. Los kif no le defenderían contra alguien que tuviera suficiente posición como para hacer un gesto de este tipo ante él: una posición semejante lo único que hacía era ponerles nerviosos, al no tener órdenes que les dieran una pista sobre cómo actuaría el *hakkikt* en su lugar. También podían crear un problema al *hakkikt* e irritarle. Pyanfar tenía ante ella a un par de kif muy nerviosos. Y mientras se daba la vuelta y seguía caminando como antes por el muelle, sonrió con algo muy parecido al humor de los primates. Tenía a los kif a su espalda, Kesurinan a su lado y Skkukuk guardándole el flanco, armado y letal. Quizás él fuera otro kif muy preocupado: su propia *hakt'-mek*, su gran capitana, acababa de lanzar un desafío al más alto poder que había en esa zona del espacio.

Por los dioses, Pyanfar le acababa de indicar a ese Poder qué estaba en juego y cuánto valoraba la tripulación la vida de su capitana.

Ése era un poder que ningún kif tenía en sus manos, el tipo de poder que ningún kif podía prever.

El martirio era un concepto que había logrado que hasta Kikkukkut se estremeciera.

—Mensaje de la *Harukk* —dijo Hilfy, con toda la calma y frialdad de que era capaz, aunque su mano temblaba sobre la consola de comunicaciones—. Cito: *Pedimos causa para esta violación de las reglas*.

—Contestación —dijo Haral Araun, sin alzar la voz, inmutable y tranquila—. Obedecemos instrucciones de nuestra capitana.

Hilfy Chanur sintió que se le erizaba el vello de la columna. Sabía hablar el kif básico mucho mejor que la mayoría de hani y, de hecho, mucho mejor que la mayoría de oficiales de comunicaciones, aunque éstas la superaran en edad. Y lo que Haral le estaba diciendo al kif era precisamente la respuesta correcta, algo muy típico de los kif, lo supiera o no la vieja navegante espacial: Hilfy habría apostado la totalidad de sus escasas pertenencias a que Haral había calculado su respuesta no siguiendo los libros, sino gracias a la experiencia proporcionada por décadas de tira y afloja en los muelles con los kif. Tecleó el mensaje en kif básico, y lo envió a la oficina de

comunicaciones del *hakkikt*, quien dejó pasar un considerable margen de tiempo en silencio después de recibirlo.

*Click.*

—La *Harukk* ha cortado la comunicación —dijo Hilfy, todavía con voz tranquila, aunque el corazón le golpeaba ferozmente contra las costillas. Junto a ella estaban Geran, Tully y Khym con los ojos en los monitores, vigilando lo poco que podían ver con el morro pegado a la estación y a la espera de las emisiones que ésta les mandara. Tirun Araun se encargaba de las funciones de copiloto para Haral desde su puesto situado junto al mamparo de popa, el segundo puesto de control en importancia, y actuaba como distribuidora de trabajos y secuencias, tarea que normalmente recaía sobre Haral. Y también allí, Tirun tenía activado el armamento. Por si acaso.

—Haa —murmuró de repente Khym.

—Acabamos de perder las emisiones de la estación —dijo Geran.

Los funcionarios de Sikkukkut las habían cegado, la estación las había dejado tan ciegas como podía. Sin duda ahora alguien estaba hablando personalmente por el comunicador con Sikkukkut, para decirle que una nave hani, armada, había conectado sus motores y tenía su potente nariz metida justo en las tripas de kefk.

Por no mencionar, claro, lo que podían hacer esos motores de ahí atrás si conectaban el ciclo de las toberas de salto estando en el muelle. Algunas de sus partículas se quedarían en el espacio real, provistas de una poderosa agitación; otras, siguiendo caminos imprevisibles, entrarían en el hiperespacio y se lanzarían hacia las profundidades de los pozos gravitatorios locales, el mayor de los cuales era la estrella principal de Kefk. La despedida final sería más bien irremisible: o se convertirían en un punto brillante o fracasarían en su intento de crear un agujero negro, devorando su propia sustancia hasta cero dado que carecían de otra posible dirección salvo la estación y el propio movimiento de la estrella a través del continuo. Probablemente no sería lo bastante como para impedir la implosión. Hilfy, siguiendo un capricho momentáneo, activó su tablero e introdujo en él la masa de la *Orgullo* y lo que suponía era aproximadamente la masa total de la estación, a la que añadió el número de naves unidas a la estación. Sintiendo una lúgubre diversión ante sus propios actos, dejó que su mente se llenara de números y cálculos de libro de texto.

Resultaba significativo que los kif no les hubieran pedido de inmediato que desconectarán su energía interna: sabían que no podían obligarlas a ello hasta que no tuvieran a Pyanfar en sus manos.

Y Hilfy no quería pensar en eso por ahora. Dejó desfilas los números que hablaban de su propia y posible disolución, de si formarían o no la burbuja hiperespacial y de si con todas las naves, la estación y toda su masa, podrían llegar a tener un efecto hiperespacial sobre la estrella más grande cuando entraran en ella.

Lo mandó todo al tablero de navegación, dado que las variables de la burbuja se

encontraban allí, en ecuaciones básicas. De repente el monitor de su puesto parpadeó, lanzó un timbrazo y empezó a emitir demasiado rápido como para haber tenido tiempo de responder a su compleja pregunta: DSLING/PR1, decía la pantalla, CTRSÑ.

*¿Contraseña?*

*¿Consulta de naves?*

Ésos fueron los dos pensamientos que acudieron rápidamente a su cerebro mientras que sus ojos volvían hacia la parte superior de la pantalla donde se daba el nombre del programa: descubrieron el código PRIORIDAD UNO y el Diseñador de Sendas Lingüísticas junto a él. Las implicaciones de lo que veía le produjeron la repentina impresión de una ducha helada.

YN, tecléo, que era el nombre de ciudad más corto de toda Anuurn y la contraseña habitual en los sistemas no muy codificados: eran teclas fáciles de golpear y no se perdía tiempo en ello.

*Sintaxis terminada*, dijo la pantalla. *¿Visual/Impresión/Cinta? ¿Todo?*

Apretó V e I; en la pantalla apareció un texto lleno de huecos y con errores sintácticos: el ordenador utilizaba un descifrador de códigos habitual dando por sentado que era mahensi, pero no se trataba del mahen básico sino de algún maldito lenguaje relacionado con él. Sin embargo había logrado sacar algún sentido a través de las relaciones. El mensaje de Jik. El paquete en código que les había dejado caer sobre el regazo en Mkks.

Un dialecto. ¿Cuál?

Tecléo nuevamente con desesperación, para pedir el original descifrado. Éste apareció en pantalla, vagamente reconocible como fonemas mahen.

—Dioses —murmuró—, Haral, Haral, el ordenador acaba de escupir el mensaje de Jik, pero sigue confuso. Ha conseguido relacionar una ristra de palabras pero todavía está buscando... creo que hemos logrado abrir brecha en él.

La pantalla se iluminó con una tira roja en lo alto: era Tirun que usaba su teclado para pasar información a su tablero y, probablemente, al de Haral.

—Sigue en ello —dijo Haral—. Tirun, encárgate de comunicaciones.

—Bien —dijo Tirun. Hilfy murmuró otro «bien» sin dejar de pulsar teclas. Tenía el vello de la nuca erizado y las orejas se le agitaban velozmente en un irritado disgusto hacia el ordenador, el cual le había arrojado un problema a medio resolver que entraba en su campo, justo ahora y aquí, al borde de la nada.

*En cualquier segundo los kif pueden decidir que aceptan nuestro desafío.*

*Haral podría apretar ese botón.*

*Podríamos salir disparadas hacia ese sol y que los dioses pudran el lenguaje que está usando y que el ordenador no conoce. ¡Oh, dioses! ¿Cuándo va a sonar esa alarma? Vamos a morir, maldita sea, y ahora el ordenador me suelta algo para que lo persiga y lo descifre y, por todos los dioses, Haral, déjame terminar con este*

*ridículo problema antes de que aprietes ese condenado botón, es malo morir con una pregunta en tu cabeza, si esta cosa tiene toda la explicación de lo ocurrido, las maniobras de Jik, todos sus secretos... no aprietes aún el botón, Haral, avísame cuando nos vayamos a ir, no quiero morir basta que no haya resuelto esto...*

El ordenador seguía zumbando mientras investigaba y clasificaba, lanzado ahora a una nueva cacería gracias a un empujoncito hani en cierta dirección para que buscara. Parpadeaba como si hablara consigo mismo, mientras que Hilfy tenía las manos apretadas sobre la boca y clavaba los ojos en la pantalla, con la mente en blanco, sin percibir el paso del tiempo.

*Probablemente es una carta a su esposa. Sólo los dioses lo saben. ¿Tiene esposa? ¿Hijos?*

*Vamos a morir aquí y esta máquina idiota no puede ir más rápida y, de todos modos, ¿qué podemos hacer? Pyanfar ya está ahí fuera con los kif.*

*Y no podemos llegar hasta ella. Pase lo que pase.*

La *Harukk* ocupaba un dique a bastante distancia en dirección al borde, fuera de la sección dañada pero aún dentro de la zona de deterioros: estaban rodeadas de escombros, y tanto los muros como la cubierta aparecían ennegrecidos por el fuego y mostraban las señales de los proyectiles y los disparos láser.

Acercarse a la nave del *hakkikt* fue peor que antes y más horrible, pues ahora transcurrían a través de un auténtico bosque de Soportes metálicos sobre los que éste había puesto las cabezas de sus enemigos y de los rebeldes que se oponían a su poder.

Pyanfar ya había visto antes esa exhibición, y también Kesurinan. *Espero que las cambie, se le ocurrió de pronto al inquieto cerebro de Pyanfar. Dioses, la putrefacción... Las cosas a las que debe enfrentarse el sistema de apoyo vital en esta pobre estación... los filtros deben hallarse en un estado lamentable.*

... Pero su mente se enfrentó al espectáculo con una mezcla de distracción e insensibilidad, pues ya se había acostumbrado a tales horrores. El corazón se le encogió sólo durante unos segundos al recordar, con dolorida melancolía, que existían lugares donde no ocurrían cosas así, donde gentes ingenuas y agradables vivían sin que vieran nunca la cabeza de un ser racional separada de su cuerpo y colgada ante todos como un cartel de tráfico.

*Este kif no se quedará en Kefk. Irá... sólo los dioses saben hasta dónde. Que los dioses ayuden a los mundos civilizados.*

Le entraron ganas de estornudar. Contuvo el impulso, convirtiéndolo en un gruñido, y se limpió la nariz. Era alérgica a los kif: cuando se cambió de ropas tomó otra píldora, pero en este lugar la atmósfera era casi irrespirable. Le lloraban los ojos. Había vidas que dependían de su dignidad y ahora iba a estornudar. La sola idea del estornudo bastó para que le picara la nariz y sus ojos empeoraran todavía más. Pero

irguió los hombros y apartó el escozor de su mente, clavó la mirada en la rampa, en la entrada que se abría ante ellas.

—Ya sale, ya sale —murmuró Hilfy mientras la pantalla se iluminaba con un creciente número de palabras completas, a medida que el sistema lograba romper el código en algunos vocablos clave y el esquema se ampliaba cada vez más. El código era bastante artesanal, el tipo de código que el ordenador de una nave podía crear y que podía ser descifrado por cualquier otro que contara con los sistemas adecuados para tal operación; y la *Orgullo* los tenía. La oficial de comunicaciones de la *Orgullo*, que siempre había tenido el capricho de estudiar campos del conocimiento bastante extraños, había aceptado el regalo que le hizo su padre como despedida. Ese regalo consistía en el mismo sistema que había usado en Anuurn para estudiar la red de ordenadores. Era caro, y por los dioses que funcionaba, era capaz de rebuscar en sus vastos y costosos diccionarios para encontrar distintos modelos, extendía sus tentáculos y se apoderaba de cada pedacito de memoria libre que era posible arrancar a los demás sistemas, clasificaba, hacía comprobaciones y pasaba programas fonéticos de prueba. Si se unía al programa descifrador del complicado nuevo segmento del ordenador que los mahendo'sat habían instalado en la *Orgullo* cuando se encontraba en Kshshti... sólo los dioses sabían de cuánto sería capaz. Aunque nadie que deseara tener un documento en clave iba a ser lo bastante idiota como para dejar caer nombres propios en su contenido o usar claves tan delatadoras como las extensiones *t'*, *-to* o *-ma*, su aparato tenía la ventaja de poder utilizar ese programa de código mahen para sus comprobaciones de referencia. El resultado les estaba llegando en forma abreviada, truncado, lleno de palabras antiguas y frases en código que ninguna máquina era capaz de descifrar, pero estaba empezando a cobrar sentido.

*Primero escribe rápido # no # corredor/mensajero accidente # ojo/ver.*

*Acontecimientos traen necesidad clarificar acciones tomadas # primero /audacia...*

En dos ocasiones añadió su propia opinión sobre cuál debía ser la elección a tomar. El ordenador descartó otro cambio de programa y la pantalla se alteró.

*Número Uno escribe apresuradamente (?). No retener este mensajero o correr riesgo de su descubrimiento. Los acontecimientos me obligan a clarificar las acciones tomadas por el Número Uno...*

—Haral —dijo, y sintió que todo su cuerpo temblaba mientras introducía otra sugerencia en el ordenador.

*... dado que (¿fantasma?) no esta manteniendo los acuerdos con su apoyo iremos (¿a?) la oposición todos los esfuerzos sosteniendo la candidatura...*

—Tenemos algo aquí —murmuró Tirun—. Jik está diciendo que alguien practica un doble juego.



—¿Quién es *Fantasma*? —dijo Hilfy—, ¿Dientes-de-oro?

—¿Akkhtimakt? —se preguntó a su vez Tirun.

—¿Ehrran? —preguntó Geran. La posibilidad de que fuera ella la que estaba jugando a dos bandas hizo que Hilfy sintiera un escalofrío en la espalda.

—Quizás algún humano —dijo Haral, y su vello se erizó ya del todo.

*Oh, dioses, Pyanfar necesita saber esto.*

*Y tal vez nunca llegue a saberlo.*

*Si le ponen las manos encima, si hacemos estallar todo este sitio, sólo los dioses saben lo que podemos llevarnos con nosotras... si no tenemos otro remedio. Si nos obligan a ello.*

*Bondad divina, estamos hablando de una conspiración que llega hasta Maing Tol o donde sea... Candidatura, ¿quién, dentro de toda la creación, tiene aquí una candidatura de la cual preocuparse...?*

*... salvo el hakkikt.*

Los pasillos de la *Harukk* aparecieron para siempre en sus sueños: sumidos en la penumbra, con el característico olor de amoníaco, sin que nada de ellos le recordara a los suaves tonos claros de los paneles que había en la *Orgullo*. Todo se encontraba a la vista y en las superficies había series de nudos que Pyanfar interpretó repentinamente como la versión kif de códigos de colores. Esos códigos proporcionaban a la maquinaria sombras todavía más extrañas, sombras proyectadas por la espantosa iluminación de sodio cuyas luces naranja parecían estar en todas partes a la vez, rotas sólo por el ocasional brillo verde amarillento de una luz fría. Sombras cubiertas con túnicas las precedían y otras caminaban tras ellas. Una puerta se abrió y dejó que ella, Kesurinan y Skkukuk entraran en la sala de audiencias del *hakkikt*.

Sikkukkut las aguardaba en una estancia cercada por oscuras sombras kif. Dos globos de incienso situados sobre largos soportes emitían hilillos de humo picante que se enroscaba ante las luces de sodio. Éstas estaban en un extremo de la habitación, mientras que otra luz, situada arriba, iluminaba con su pálido resplandor la baja mesa de Sikkukkut, a él mismo y a su asiento, cuyas patas se arqueaban hacia arriba y le rodeaban igual que las patas de un insecto agazapado. Sikkukkut estaba sentado allí donde debería encontrarse el cuerpo del insecto; se cubría con su habitual túnica negra adornada de plata, que reflejaba la luz naranja, y el brillo de ésta caía sobre su largo hocico prácticamente lampiño. Cuando alzó la cabeza, sus negros ojos emitieron un brillo fugaz.

—Cazadora Pyanfar —dijo—. Kkkt. Siéntate. Y ella, ¿es Kesurinan de la *Aja Jin*?

—La misma, *hakkikt* —dijo Kesurinan. Y no añadió: *¿dónde está mi capitán?*, aunque sin duda ésa era la pregunta que ardía en su cerebro.

Pyanfar se instaló en otra de las sillas que parecían insectos y colocó los pies hacia arriba, al estilo kif. Mientras, uno de los *skkukun*, le trajo una copa, una de las copas en forma de bola y cubierta de gruesos adornos que tanto gustaban a los kif, y otro se la llenó de parini. Kesurinan había vacilado ante una de las sillas y seguía en pie.

—Tú también —dijo Sikkukkut, y mientras Kesurinan se instalaba junto a Pyanfar, el *hakkikt* se volvió hacia donde estaba Skkukuk—. Kkkkt. Sokktoktki nakt, skku-Chanuru.

Un instante de duda. Se trataba de una cortesía, una invitación hecha a un esclavo kif para que tomara asiento en la mesa con el *hakkikt* y su capitana.

—Huh —dijo Pyanfar, percibiendo la crisis que sufría Skkukuk; y su vello se erizó levemente ante la repentina y decidida agilidad de movimientos que mostró Skkukuk al rodear la mesa y ocupar grácilmente el asiento contiguo al de Pyanfar... Era como si reptara sobre sus dos pies. De pronto reconoció esos movimientos: no se movía al acecho furtivo, sino que lo hacía con esa fluidez que mostraban los kif muy peligrosos, los kif muy potentes, los kif cuyos movimientos Pyanfar había aprendido a vigilar instintivamente cuando se los encontraba en los muelles o en los bares. Skkukuk era un luchador y pertenecía a una especie de luchadores natos. Y, de momento, era suyo en cuerpo y alma.

Tomó un sorbo de su parini. Sikkukkut tomó otro sorbo de lo que estaba bebiendo, fuera lo que fuera, en tanto que un *skku* servía a los demás.

—Tahar está a punto de llegar —dijo Sikkukkut—. Y tu nave está activada, cazadora Pyanfar. ¿Te has dado cuenta de ello?

—Me he dado cuenta —dijo ella, sin dejarse impresionar.

La delgada lengua de Sikkukkut brotó por entre la abertura en forma de V que formaban sus mandíbulas, penetró en la copa y se retiró un segundo después.

—Yo también. Tu tripulación afirma que está siguiendo órdenes. ¿Es así?

—Sí.

—Kkkkt. —Un instante de silencio—. Mientras tú estás en el muelle.

—Espero —dijo Pyanfar, y jamás había hablado con mayor suavidad que ahora— ... espero que no se tome ninguna medida contra mi nave... teniendo en cuenta que dentro de la estación pueden haber todavía fuerzas a las que les gustaría dañar a la aliada del *hakkikt*. Espero que el *hakkikt* nos protegerá contra algo semejante.

Un silencio de muerte. El *hakkikt* lamió de nuevo su copa y pestañeó con lo que, para un kif, era plácido buen humor.

—Te has portado como una tonta, cazadora Pyanfar. Hay demasiadas posibilidades de que se produzca un error. Y has delegado en manos de tus subordinadas excesivo poder. Ya hablaremos de esto.

Otro silencio cargado de presagios, quizá destinado a que ella contestara. Pyanfar

se limitó a seguir sentada, sin moverse, pues al fin había logrado encontrar una postura que le permitía encontrarse cómoda y mirar con aire pensativo al *hakkikt*.

*Bastardo sorbehuevos, pensó. ¿Dónde está Jik, asesino sin orejas?*

Intentó no pensar en el tipo de exhibición de la que era capaz Sikkukkut.

—Luego discutiremos sobre el asunto —dijo Sikkukkut. En el pasillo exterior se oyeron los leves murmullos que anunciaban la llegada de alguien—. ¿Es Tahar? Sí. Y viene sola, con excepción de mi escolta. Esta nueva táctica hace que me plantee ciertas preguntas.

Tahar vaciló durante unos segundos en el umbral y se acercó a ellos, andando sin hacer ningún ruido. Luego tomó asiento con igual sigilo cuando el *hakkikt* le indicó con una seña que se les uniera en la mesa: una hani del sur, con abundante melena y vello color bronce, con una cicatriz negra que le cruzaba los labios y le proporcionaba una apariencia ceñuda y algo salvaje.

—Así que ahora —dijo Sikkukkut, mirando a Pyanfar—, todas las naves que posees están en mis manos.

—Soy yo quien está en tus manos —dijo Pyanfar, con aquella voz firme e implacable que le había servido para enfrentarse a más de un funcionario de muelle decidido a imponerle multas y castigos. *Pero nunca debes sugerir que esas naves están fuera de tu control, no, a un kif no. Posición, Pyanfar Chanur. Lo único que puede servirte ante él es la posición*—. Se trata de una situación complicada, *hakkikt*. Después de todo, las mentes hani no funcionan igual que las kif. Pero ése es el valor que yo represento para ti.

—Un maldito montón de palabras sin sentido —dijo Haral desde su puesto. El listado de la impresora tenía diez páginas de largo y estaba lleno de palabras en código que sólo Jik y su Personaje podían interpretar. Hilfy Chanur estaba contemplando otro listado igual y pasaba las hojas rápidamente en un intento de hacerse alguna idea sobre cuál era su significado y utilidad.

*... Fantasma está siguiendo el rumbo sugerido en el informe anterior que nos hizo llegar.*

Fragmentos, briznas de información que dependían de otras informaciones.

*... informes de inconvenientes/¿Inconveniente? son negativos.*

—Creo que Inconveniente es otro nombre en código —dijo Hilfy.

—Sabíamos que estaba metido hasta el cuello en tratos secretos —dijo Tirun, desde su puesto al final de las consolas.

—¿Quiénes somos nosotras? —se preguntó Haral—. ¿Podríamos ser ese *Fantasma*?

—*Inconveniente* —sugirió Hilfy—. Si...

—Prioridad —exclamó Geran, ahogando con ello lo que empezaba a decir Tully

—. Prioridad, motor activado, procedente del borde de la estación en las cercanías del dique 23...

Cerca de la *Harukk*. Una nave kif.

—Me complace saberte enterada de cuál es tu valor para mí —dijo Sikkukkut, escogiendo cuidadosamente sus palabras—. Siempre resulta útil dejar claras ese tipo de cosas. —Sus dedos se movieron con delicadeza sobre los salientes de la copa que sostenía en un gesto tan inquieto como cargado de sensualidad—. Ya he mantenido una discusión parecida con mi amigo Keia. Ha intentado explicarse. No estoy muy seguro de que haya tenido éxito.

—Es muy valioso —dijo Pyanfar, y el corazón le retumbó con mayor fuerza contra las costillas. *Cuidado, cuidado, no comprometas a la tripulación y todos nuestros intereses*. Es una fuerza que echaríamos en falta al luchar contra Punto de Encuentro.

—Das por sentado que se trata de Punto de Encuentro.

—*Hakkikt*, hace horas que espero esa orden.

—¿Por eso has ordenado activar los motores de tu nave?

Pyanfar sonrió y esta vez fue una auténtica sonrisa hani.

—Estoy totalmente preparada para salir de aquí.

—Kkkt. Mi *skku*.

—Intereses comunes.

—¿Y tus subordinadas comparten tu entusiasmo?

—Me seguirán.

—Te han seguido hasta aquí. Punto de Encuentro podría resultar mucho más peligroso.

—Son muy conscientes de ello.

—¿Qué motivo crees que tienen?

—Interés personal. Supervivencia.

—Entonces, piensan que si tú las guías, lograrán una posición mejor que la actual.

—Evidentemente, eso es lo que piensan. Están aquí.

—En el exterior de mi nave puedes ver los resultados de un similar error de cálculo.

—Ya los he notado, *hakkikt*.

—Sigues considerando a Keia Nomesteturjai como un amigo, cazadora Pyanfar.

—*Hakkikt*, cuando utilizas esa palabra me pones nerviosa. No estoy segura de entenderte.

—Cuando tú dices subordinados yo sufro una aprensión similar. ¿Qué está haciendo esa nave tuya?

—Está siguiendo mis órdenes.

—¿Cuáles son?

—¿Vamos a pasar al después? Estoy dispuesta a discutir, si de eso se trata. — Tomó un sorbo de su copa en tanto que el *hakkikt* guardaba un pético silencio—. Por otra parte, estábamos hablando de Punto de Encuentro. Es ahí adonde tenemos que ir.

—Ten muchísimo cuidado, cazadora Pyanfar.

Pyanfar agachó las orejas y volvió a erguir las. Pero quizás un kif no fuera capaz de interpretar esa disculpa hani y, por mucho que le disgustara ceder en terreno verbal, se vio obligada a hacerlo.

—Entonces, retiro esa pregunta.

—Nankt. —El kif agitó una mano. Se abrió una puerta y alguien se movió: lo que había dicho era un nombre o, al menos, sonaba a algo parecido. La mano se agitó nuevamente en el aire y cogió la copa que había sobre la mesa—. Es bueno que aprendas a ser cautelosa, cazadora Pyanfar.

—Se mantiene inmóvil —dijo Geran. En su propio monitor, Hilfy observó lo que ocurría allí donde el limitado alcance de sus sensores recogía a una nave que se había colocado en el cenit de la estación, suspendida en un lugar que le permitía disparar libremente contra todo y contra todos.

—Ésa es la *Ikkhoitr* —dijo Haral—. Uno de los primeros animalitos domésticos que tuvo el *hakkikt*.

—Si no emiten —dijo Tirun—, y si no se mueven, eso quiere decir que han llegado al límite de sus órdenes.

—Un movimiento y una respuesta —dijo Haral.

Hilfy sacó las garras y volvió a esconderlas con un esfuerzo. Le dolía el estómago. Cada vez que pensaba en ese botón que había cerca de los dedos de Haral, sentía un estremecimiento. *¿Nos avisarás antes de apretarlo? ¿O te limitarás a darnos una buena sorpresa, prima?*

Con un esfuerzo mental hizo que sus ojos se concentraran nuevamente en el problema de traducción y se ocupó de él, dejando que Haral se cuidara de la nave que tenían sobre sus cabezas.

De Khym y Tully, ni una palabra; silencio. Chur no había conectado su monitor: Geran había ido unos minutos al camarote de la enferma cuando empezó todo y pulsó un botón de la maquinaria, ordenó más calmantes para hacer dormir a su hermana antes de que pudiera oír el ruido de las compuertas al abrirse y los motores de la nave entrando en funcionamiento, antes de que pudiera enterarse de otras cosas que Chur quizá quisiera escuchar, y descubriera con ello demasiado sobre ciertas situaciones en las cuales no podía hacer nada. Sin decir palabra, Geran durmió a su hermana, le dio la espalda y volvió al puente para encargarse de su trabajo tal como estaba haciendo ahora, concentrada en los asuntos presentes y sin que su voz temblara o hubiera un

rastros de preocupación en su cara.

*Hilfy Chanur, maldita cobarde, haz tu trabajo y deja de pensar en todo eso.*

Hicieron entrar a Jik en la estancia: una silueta oscura que se movía como si estuviera medio dormida. Dos kif lo sostenían por los brazos, y no tuvieron más remedio que seguir sosteniéndolo en pie incluso cuando ya estaban ante la mesa. Jik alzó la cabeza como si ese gesto bastara para consumir todas sus fuerzas. Pyanfar sintió que el estómago le daba un vuelco y sus orejas se agitaron a pesar de que estaba completamente decidida a no permitir que se agacharan. Unos instantes después, pese a todo, se permitió el gesto: cualquier hani que oliera ese sudor tan cargado de drogas y dolor tendría que fruncir la nariz y agachar las orejas, aunque quien se encontrara en tal estado, ante sus mismos ojos, no fuera un amigo.

—Keia —dijo Sikkukkut—, tus amigas han venido a verte.

—Maldita tonta —dijo Jik con voz pastosa. Kesurinan se levantó muy despacio y se quedó inmóvil, con las manos a los costados y los dedos de una mano rozando la funda de su pistola. Kesurinan tenía el suficiente sentido común para no ir más allá de eso. Tahar tensó el cuerpo en su asiento, pero tampoco hizo nada más. Pyanfar señaló con la cabeza hacia Jik.

—No parece tener muy buen aspecto.

—Montón droga —dijo Jik, con la cabeza oscilando flácida—. Tú maldita tonta. Ir nave. Privado, ¿eh?

—Es la droga —dijo Sikkukkut—. Le perdono su falta de cortesía. ¿Quieres cederle tu asiento en nuestro consejo, Kesurinan? También puedes negarte, como prefieras.

*¿Repudias a tu capitán? ¿Quieres su puesto?*

Quizá Kesurinan no tenía idea de cuál era el auténtico significado de la pregunta. Dio un paso hacia adelante y apartó un brazo de Jik del kif que lo sostenía, lo rodeó con el suyo y lo depositó suavemente en la silla.

—Kkkt. El comportamiento mahen... —Sikkukkut lamió el interior de su copa mientras Jik se apoyaba en una de las patas de la silla que le había cedido su primer oficial y sus ojos contemplaban a Pyanfar por entre otro par de patas.

—H'la —dijo Jik—. Maldito lío.

—Desde luego, es un maldito lío. ¿Qué le has estado diciendo al *hakkikt*, eh? ¿Irás con nosotros a Punto de Encuentro?

—No saber —dijo él. Cerró los ojos como si por un instante se hubiera marchado de allí, y luego los abrió de nuevo. Bajo esa claridad anaranjada se leía en ellos un oscuro fulgor desesperado, y las lágrimas que brotaban sin cesar manchaban su negro vello. Sus fosas nasales se dilataron, absorbiendo el aire—. Ir nave, Pyanfar.

—Ya ves que nos movemos a bastante velocidad —dijo Sikkukkut—. Kesurinan,

Tahar, os digo lo mismo que a mis demás capitanes: seguid vuestras órdenes. Habéis venido hasta aquí y eso es bueno. Ahora os marcharéis a otra habitación y os quedaréis allí hasta que yo os deje marchar. Diles que harán esto, cazadora Pyanfar, y manda fuera a este *skku* de tu nave.

—Hacedlo —dijo Pyanfar. Protocolo, todo era protocolo. O una demostración de poder. No tenía elección, ni tan siquiera teniendo en cuenta que todas ellas estaban armadas. Cuando Tahar se puso en pie, Pyanfar miró al rostro de la pirata, que estaba cubierto de cicatrices, y ella le devolvió la mirada con esa misma calma inexpresiva que la había hecho salir adelante durante dos años de trato muy íntimo con los kif. Skkukuk se puso también en pie.

Y entonces:

—Tú ir —murmuró Jik sin que nadie se lo hubiera pedido, dirigiéndose a Kesurinan.

—Bien —dijo Kesurinan.

—Kkkt —dijo Sikkukkut, a quien al parecer no se le había escapado, pese a lo breve del diálogo, la pequeña distinción que implicaba sobre quién controlaba la situación. Agitó su mano: los kif dejaron libre un pasillo y uno de los *skkukun* de mayor rango le hizo una seña a Tahar, Kesurinan y Skkukuk. Pyanfar se dio cuenta, con cierto alivio, de que no se había mencionado para nada las armas que llevaban, y Skkukuk no le había hecho ninguna advertencia encubierta... siempre que no hubiera decidido cambiar totalmente de bando cuando se había sentado en esa mesa.

—¿Te gustaría beber algo, Keia? —dijo Sikkukkut cuando los demás se hubieron marchado.

—No —dijo Jik con voz gutural.

—Todavía controla sus acciones —dijo Sikkukkut, volviendo un poco la cabeza hacia Pyanfar—. Y sigue conservando todo aquello con lo que nació, por órdenes estrictas mías. En consideración a una vieja amistad, kkkt, Keia. Pero no se te ocurra darle órdenes a la *Aja Jin*, cazadora Pyanfar. Ni a él tampoco. Lo he dejado perfectamente claro, ¿verdad que sí?

—Hará lo que yo le pida. Como aliado.

—Si hace lo que tú le pidas, como aliado, ¿harás tú lo que él te pida?

—Lo hice en el pasado. Creo que está en deuda conmigo.

—Comerciantes... Pero Keia afirma no ser un comerciante, nada de eso. No creo que tenga intención de hacer tratos. ¿Quieres hacerlos, Keia?

Silencio. Un largo silencio.

—Tozudo. Es muy tozudo. —Su lengua lamió de nuevo la copa—. Dime, *Chanur-skku*, ¿qué debo pensar de esa nave tuya?

—Que estamos listas para ir a Punto de Encuentro, *hakkikt*.

Sikkukkut alzó su larga mandíbula. No era un gesto amistoso en esa cabeza que

tendía a mirar de frente, a lo largo de la nariz: ese gesto era más bien de amenaza. En los ojos del kif brillaba un frío resplandor teñido por la luz sulfurosa de la estancia.

—Ismehanan-min fue a Punto de Encuentro, *skku* mía: ahora no pienso consentir nada parecido. En estos momentos tengo una nave sobre el eje de la estación con los cañones apuntando a la tuya. Y nos encontramos en una situación de tablas.

—*Hakkikt*, cuando vuelva a mi nave desconectaré los motores. Mi tripulación tiene órdenes que debe cumplir hasta que llegue ese momento.

—Se trata de un reto muy estúpido, cazadora Pyanfar.

—No es un reto ni una fanfarronada, *hakkikt*. Puede que todos muramos aquí. No estás tratando con un kif. Soy hani, ¿lo recuerdas?

En la estancia hubo una agitación general de cuerpos, una serie de chasquidos y, a continuación, el brillo rojizo de los indicadores de las armas preparadas. Y Jik, sosteniéndose con las manos sobre la pata de su silla, alzó levemente la cabeza.

—Tu nave no atacará a la mía porque sé que no deseas ver averiada tu estación —dijo Pyanfar—. Y la mía no hará nada. No les he ordenado que abandonen el muelle. Les dije que si muero aquí o si se ven atacadas por los tuyos, debían conectar las toberas de salto.



En la habitación reinó el silencio.

—Conectar las toberas de salto —repitió Sikkukkut, y apoyó las manos sobre las patas de su silla—. Eso sería un gesto curiosamente inútil para ellas.

—¿Qué me importa eso a mí si voy a estar muerta? —dijo Pyanfar—. Pero no dudes ni por un solo segundo de que mi tripulación está dispuesta a obedecerme.

—Mártir —dijo Jik con voz ronca y logró erguirse, agarrándose a las patas de su silla, para encararse con Sikkukkut. Permaneció inmóvil, apoyado en el arco que formaban las patas, con la cabeza sobre los antebrazos y algo parecido a una sonrisa en su rostro—. Ella hani. Ella decir tripulación que mandarnos todos al infierno y ellas hacerlo. Tú tratar con malditamente buena tripulación hani. Ellas ser mucho bueno valientes para ti. Tú usar bien.

Un silencio aún más profundo. Luego Sikkukkut alzó su copa y lamió delicadamente su contenido.

—Bravura. Ésa es otra de las palabras que suenan a kif hasta que uno examina más atentamente el concepto mental del que brotan. Desconfío de ella. Desconfío profundamente de ella.

—Entonces, considérala solamente como un plan de supervivencia a largo término —dijo Pyanfar—. No, no es necesario que pienses en ella. —Agitó su mano—. Lo que me interesa realmente y lo que estoy segura de que nos interesa a todos, *hakkikt*, es lo que podemos hacer respecto a Punto de Encuentro. Quieres la cooperación de Jik: yo puedo conseguírtela.

—Te recuerdo que fracasaste miserablemente con Dientes-de-oro. Bien, suponemos que fracasaste en ello, aunque a veces me pregunto...

—En ciertos momentos yo también me hago preguntas, *hakkikt*; y sigo sin saber lo que pretende. Me preocupa más averiguar lo que buscan los humanos. Y hay algo que puedo decirte con toda claridad... —le apuntó con el índice, con la garra extendida—... Tully no lo sabe. Le he interrogado sobre ello y sé muy bien cuándo miente y cuándo no. Era un mensajero que ignoraba el contenido de su propio mensaje: Dientes-de-oro le utilizó y luego lo apartó a un lado. Ésa es una pequeña costumbre de Dientes-de-oro sobre la cual quisiera mantener una conversación con él. Dientes-de-oro engañó a Tully. Engañó a Jik. También me engañó a mí. Y para confundirlo todo un poco más, me ayudó al proporcionarme los suministros médicos que necesitábamos. No sé cómo interpretar sus actos. Estoy siendo absolutamente sincera contigo. Puedo decirte que Ehrran y yo no somos lo que se llama amigas, y que ella está en tratos con los stsho, en quienes todavía confío menos. Ésta es mi posición. Quiero que Jik vuelva. Bajo mis órdenes, *hakkikt*.

—Maldición —dijo Jik—, hani...

—Es honrado —dijo Pyanfar—. Si le haces ese favor, el que yo te pido, se encontrará en un dilema moral que a su gobierno no le va a gustar nada. Pero no es necesario que les hablemos de ello, ¿verdad que no? Ni tampoco que dejemos a Dientes-de-oro como único representante de los mahendo'sat. Jik está de tu lado. Y si le pierdes, *hakkikt*, no tendrás ni la menor oportunidad de conseguir que los mahendo'sat firmen ningún tratado, ni aunque acaben en su infierno mahen. Dámelo. Puedo manejarle.

—Pruébalo. Haz que diga la verdad ahora. Hazle decir adonde van los humanos, qué le dijo Ismehanan-min antes de irse y de qué acuerdos con los respiradores de metano está enterado.

Pyanfar dejó escapar lentamente el aire. Su cansado corazón logró descubrir un nuevo nivel de pánico.

*Estúpida, Ahora ya has conseguido lo que estabas buscando, ¿verdad, Pyanfar?*

*Pero ¿qué otra cosa se puede hacer? ¿Cómo vamos a conseguir algo sin este kif?*

Miró hacia Jik al sentir que éste cambiaba de postura en la silla para mirarla. Los ojos del mahen estaban rodeados por una fina película de sudor que corría sobre el vello negro, las pupilas relucían bajo la mezcla de oscuridad y luz anaranjada, y junto a los ojos había arrugas que Pyanfar no estaba acostumbrada a ver.

—Jik —dijo—, ya le has oído. Ya sabes lo que quiere.

—Yo saber —dijo Jik, y por su tono parecía que no estaba dispuesto a revelar nada de lo que le habían pedido.

—Escúchame. —Pyanfar se inclinó hacia adelante y le cogió por el brazo que tenía apoyado en la silla. Olió el sudor y percibió el aroma picante de las drogas que contenía, las drogas y el terror puro y simple—. Jik, te necesito. ¿Me oyes? ¿Me has entendido?

El rostro de Jik se retorció en una mueca salvaje y por un segundo le enseñó los dientes, pero luego se calmó por puro agotamiento. Cerró los ojos y los abrió de nuevo.

—Salir de aquí, rápido como de infierno. ¿Entendido? —Y con ello quería decir algo más que salir de la *Harukk*, eso lo había podido captar Pyanfar con toda claridad.

—Si el *hakkikt* fracasa —dijo ella—, ¿con qué nos quedaríamos? Jik. Jik... —*Hay una razón que no puedo explicarte ahora.* Intentó mandarle ese mensaje con los ojos, con la repentina fuerza que imprimió al apretón de su mano y, además, clavándole la garra del pulgar con tanto ímpetu que Jik dio un respingo de dolor.

—¡Maldición! —gritó, apartándose de ella, pero Pyanfar no le soltó.

—Escúchame. Si el *hakkikt* fracasa, ¿dónde nos encontramos nosotros? Ese bastardo de Akkhtimakt... —Clavó nuevamente la garra de su pulgar. J-i-k, intentó con el código de presiones—. ¿Me oyes? ¿Me comprendes?

Jik ya no intentaba apartarse. Su mano se estremeció rápidamente.

—Oigo —dijo con voz ronca y algo distraída—. Pero...

—Aceptarás mis órdenes. ¿Entendido? —Y fue deletreando sobre su carne: *t-r-a-i-c-i-ó-n-h-u-m-a-n-o-s*. Riachuelos de sudor corrían junto a sus ojos y resbalaban por las zonas de su cara donde había menos vello—. Jik. Díselo todo.

Jik estuvo dudando durante un instante interminable. Pyanfar sintió cómo le temblaban los músculos del brazo. El olor del miedo se hizo más fuerte. La expresión que vio en el rostro de su amigo era algo que la perseguiría en sueños: estaba concentrando todas sus preguntas en esa mueca, y Pyanfar no sabía cómo responder a ello, no sabía qué mensaje enviarle... si un solo kif se daba cuenta de cómo había estado moviendo el pulgar encima de la mano de Jik, los dos estarían listos. Pese a ello:

*C-o-n-f-í-a*, le indicó. *H-a-z-l-o*.

Jik dejó de mirarla y se apoyó en el otro lado del asiento para encararse con Sikkukkut.

—Ana decir... humanos venir Punto de Encuentro. Verdad. Ellos ir luchar con Akkhtimakt. Reunir hani, hacer combate contra kif. Entonces tener... —Se le quebró la voz—. Tener... hani, stsho, humanos, mahendo'sat, todos luchar contra kif.

—Y tu tarea —dijo Sikkukkut sin levantar la voz— es ocuparte de que yo llegue a Punto de Encuentro para enfrentarme con mi rival, Akkhtimakt... mientras que todos los demás le atacan. ¿Fue eso lo que te encargó tu socio?

Un largo silencio.

—Responde —dijo Sikkukkut.

—Él no decirme qué hacer él. Él decir... decir yo tener que ir Punto de Encuentro, esperar órdenes.

—Para volverte contra mí en el momento oportuno. Kkkkt. Y ahora, ¿qué harás?

—Creo que él condenado tonto, *hakkikt*. —La voz de Jik volvió a quebrarse—. Creo que yo primera vez tener mejor idea, ayudarte vencer Akkhtimakt.

—Y luego te volverás contra mí.

—No. No. Yo pensar que Ana entender mal. Yo mucho asustado, *hakkikt*, él hacer error número uno primera clase. No pensar que él hacer lo que él hacer, maldición. Yo venir a muelle, intentar sacar Pyanfar de sucio jaleo, yo no saber que mi maldito socio ir a volar todo el maldito muelle, yo no saber que él ir fuera del sistema, yo no saber que él tener trato con Ehrran y los malditos stsho... ¿Qué pasar? Yo recibir disparos, yo verme cogido, recibir sucia droga y golpes. ¿Tú pensar que yo ser tan condenadamente tonto, *hakkikt*, que yo salir fuera si yo saber lo que él hacer?, ¿eh? Infierno, yo no hacer. Quizás Ana tener mismo tiempo idea inteligente, pero él no saber que yo ahí fuera, yo no saber que él salir de muelle... sucio embrollo. Ehrran ser la que escapar de muelle, ella ser la que matar tu gente. Yo no creo que él saber lo que ella hacer.

—Se encontraron. Hablaron. Eso lo sabemos.

La cabeza de Jik se aflojó bruscamente y sus hombros se encorvaron. Logró alzar de nuevo la vista, apoyándose en los brazos.

—Creo que ellos hablar trato stsho. Yo pensar que Ana no saber, no saber lo que ella hacer... Él tener que moverse rápido, eso ser todo. El plan ir, sí. No entonces. No tan aprisa. El pensar que tener tiempo. Ehrran hacer mover él. Quizás él pensar que yo muerto, no saber, quizás él pensar que todos estar en ese muelle, quizás él pensar que tripulación de la *Orgullo* ya no estar, quizás pensar que todo haberse ido al infierno... yo no saber, *hakkikt*. Yo no saber.

—Te contradices.

—No mentir. No saber. Yo no saber.

—¿Y los respiradores de metano? ¿Qué tratos hay con ellos?

La cabeza de Jik cayó nuevamente sobre sus brazos. Por un instante se quedó totalmente inmóvil y un kif dio un par de pasos hacia él. Pyanfar no hizo gesto alguno, se obligó a mantener tranquilos sus nervios hasta conseguir que su mente también se calmara.

*Estamos hablando de que todo el maldito Pacto se está haciendo humo, por los dioses.*

*Podemos acabar con él en cualquier momento, podemos acabar con este bastardo kif si estamos dispuestos a morir... y los dos ya estamos muertos, tanto Jik como yo. No importa. No importa que esté sufriendo, no es nada, en el equilibrio final eso no es nada, nada que importe realmente. Lo siento, Jik, no puede importarme, no puedo permitirme el lujo de que me importe, no puedo oler a miedo, no me atrevo. No, si tenemos una oportunidad. Y pienso aprovecharla, cueste lo que cueste, Jik, si no tengo otro remedio. Eres un profesional, sabes lo que estoy haciendo, sabes que no puedo hacer otra cosa, bebido y drogado como estás. Luego podremos arreglar las cuentas.*

—Respóndele, Jik. —Y, dioses, intenta dar con una buena respuesta.

*Te necesito, Jik.*

*No puedo hacer esta jugada yo sola.*

Jik se movió y alzó de nuevo su cabeza.

—Tc'a —dijo con voz pastosa.

—¿Qué ocurre con los tc'a? —preguntó Sikkukkut.

—Yo hablar con ellos. Mucho miedo. —Le resbalaron las manos. Logró agarrarse de nuevo y levantó la cabeza con un esfuerzo—. Knnn mucho inquietos. Humanos venir a través espacio knnn. Quizá disparar nave knnn.

—Kkkt.

—Condenado estúpido. Tc'a querer mantener tranquilos knnn. Ellos querer que mahendo'sat calmar todo, rápido. Tc'a mucho enfadados con Ana. Hablar mí...

hablar mí... querer hacer tranquilos a los knnn. Yo decir tc'a... tc'a... tener que ayudar Sikkukkut. Bueno, Sikkukkut. Así que tc'a venir con nosotros a Kefk. Pero knnn...

—Los knnn se lo llevaron.

—Llevar. No sé razón. Quizás querer preguntar por qué venir con nosotros. Quizás querer preguntar qué hacer nosotros. Knnn mucho locos. No saber mente knnn. Yo decir Ana... él estar loco querer hablar con knnn. Callar, yo digo Ana, tú tener que estar callado. Knnn ser molestias, yo no saber, yo no saber, yo no saber...

Sus dos manos resbalaron de golpe. Jik golpeó el arco formado por las patas de la silla y se quedó inmóvil.

Pyanfar levantó cuidadosamente su copa y tomó un sorbo de ella. *No pienses, no reacciones, ahora no siente dolor. Sé fría y cautelosa, y no dejes que te afecte. No tenemos ninguna garantía de lo que ese bastardo hará con Jik o conmigo, ahora que ya tiene lo que deseaba.*

—Creo que eso era la verdad. Encaja bastante bien con otras cosas que ha dicho. Los mahendo'sat actúan de forma peculiar a veces. Yes muy probable que Dientes-de-oro esté siguiendo otro rumbo y dé con ello una segunda opción a su Personaje. Por desgracia, Ehrran parece estar metida en ese rumbo de acción, y el ayudarla a que me arruine... la amistad tiene valor, *hakkikt*, pero en el caso de Dientes-de-oro el interés de su especie es algo mucho más potente. Lamentará verme arruinada, ver cómo se rompe mi influencia... le fui útil una vez, llegamos a tener una deuda personal. Pero no irá más allá de los lamentos. Ehrran, según piensa, tiene lo que él necesita ahora: influencia en el *han*. Jik está siguiendo un rumbo totalmente distinto en pro del Personaje al cual sirven los dos... así que Dientes-de-oro no trabajará directamente en contra de Jik, pues le interesa que el Personaje pueda elegir entre los dos planes. Pero, por todos los dioses, cuando crea que ha llegado el momento decisivo, no vacilará en cortarle el cuello a Jik si lo cree necesario. Y cuando todos vayamos a Punto de Encuentro, la crisis estallará. Así tratará Dientes-de-oro con los respiradores de metano: matará a Jik y eliminará al único que puede tratar con los tc'a... porque Jik puede trabajar con ellos. —Tomó un segundo trago—. En Punto de Encuentro me dijiste que un día desearía vengarme de mis enemigos. *Pukkukta*. Tuve que buscar el significado de esa palabra. Ahora sé lo que me ofreciste. Aquella vez dijiste que si no la quería entonces, más tarde la desearía. Eso ocurrió antes de saber yo que mi enemiga era una bastarda hani que desde el principio pretendía acabar conmigo. Te diré una palabra hani. *Haura*. Disputa de sangre. Ahora Ehrran tiene esa disputa conmigo, con Chanur, con Geran y Chur Anify; y también Haral y Tirun Araun tienen uno o dos agravios personales. Y conseguiré acabar con Rhif Ehrran aunque deba pasar por encima de Dientes-de-oro, de los stsho, los mahendo'sat y los humanos para lograrlo. La *pukkukta* es una emoción fría, la *haura*

es cálida, pero eso no quiere decir que no pueda durar durante años enteros. ¿Soy lo bastante clara? Acabaré con ella, no importa el tiempo que precise para ello.

—Muy clara, cazadora Pyanfar.

—Tahar también tiene una disputa de sangre con Ehrran. Y los intereses de Tahar están unidos a los míos. Soy su única esperanza de recobrar la reputación. Y el poder que tenía.

—Eso también me parece claro.

—También tengo un asunto que arreglar con Dientes-de-oro, un asunto personal. Y Jik es el mejor recurso de que dispongo para ello. Ésa es la razón de que quiera recuperarle.

—Ningún kif hablaría de forma tan directa.

—Ningún kif puede ofrecerte lo que yo.

A su alrededor se oyó un susurro de túnicas y unos leves chasquidos, las armas seguían activadas.

—¿Qué ofreces?

—Una alianza con los no-kif.

—Kkkt. —Sikkukkut apoyó sus manos en la silla, al mismo tiempo que *alzaba*, la mandíbula—. ¿Dónde está esa alianza?

—Sentada en esta silla y medio tendida en aquella. Y los dos somos importantes. Ninguno de los dos tiene lazos que vayan más allá de una nave y una pequeña autoridad. Dame a Jik y la *Aja Jin* y le utilizaré para ajustar las cuentas con Dientes-de-oro y Rhif Ehrran. Si yo tengo un arma, tú también la posees.

—¿Es así?

—Sí, puesto que tenemos intereses comunes. Es muy fácil entender a una hani, siempre busca el interés del clan. Y Rhif Ehrran pretende destruir mi clan, con la ayuda de Dientes-de-oro. Te dije que ninguno de los demás me detendrá para acabar con ella, y eso es exactamente lo que haré.

Sikkukkut apoyó su larga mandíbula en el puño y la manga ribeteada de plata cayó hacia atrás, dejando al descubierto un brazo delgado y musculoso, en tanto que la luz hacía brillar sus ojos.

—Algo sí puedo decirte, cazadora Pyanfar: tendrás oportunidad de probar la veracidad de cuanto dices. —Su índice se alzó ante ella—. Tendrás todo lo que pides.

*Oh, dioses, se le ocurrió de repente. Demasiado fácil. Demasiado rápido. Demasiado completo.*

—Te llevarás a la *Luna Creciente* y la *Aja Jin* e irás a Punto de Encuentro para apoderarte de la estación.

—*Hakkikt...*

—Has dicho grandes cosas de ti misma. ¿Eres capaz de darme algo más que palabras? ¿O quizá... desertarás para unirte a mis enemigos?

—¿Unirme a Ehrran? —Sus orejas se abatieron de golpe. No le hizo falta fingir—. No.

—Me das ánimos. —Un segundo dedo se alzó para unirse al primero—. Por lo tanto, te entregaré a Keia. Con una condición.

—¿Cuál, *hakkikt*?

—Irá a bordo de la *Orgullo*. Estará a tu cargo.

—Es el mejor piloto...

—Conozco su habilidad. Y conozco la de Kesurinan, que es considerable, aunque carece de la osadía de Keia. Te diré cómo pienso disponer las cosas, cazadora Pyanfar, y tú deberás aceptarlo por tu propio bien. Keia traicionaría tus intereses si le dejaran libre para seguir a sus superiores. En lugar de eso, te lo entrego y tú lo usarás en lo que más provechoso te resulte pero, básicamente, en lo que me beneficie a mí. Insisto en ello. ¿Me comprendes?

Sus orejas se agitaron de nuevo y tampoco esta vez el gesto era fingido.

—Hablas con mucha claridad. Y puede que tengas toda la razón. Acepto.

—Puede que tenga razón. Qué generoso por tu parte... ¿Acierto con la palabra... generoso?

—Acepto tus órdenes. Quienes me conocen quedarían muy sorprendidos al oír eso. Soy una bastarda, *hakkikt*, y además soy una bastarda con la nariz cubierta de canas, y no tengo por costumbre aceptar órdenes. Sin embargo, acepto las tuyas. —*No hace falta que me des tu respaldo. No me trates como si perteneciera a tu pandilla de orejas roídas*—. Me impresionas y tus opiniones me han parecido absolutamente correctas. Si me entregas a Jik aquí mismo, me ocuparé de controlar a Kesurinan. Y a él también. Sé lo que estás diciendo y, sí, tienes razón. Quieres que tome Punto de Encuentro. No puedo hacer eso, ni tan siquiera utilizando a Jik como cuña. Pero si vienes detrás de mí y lo que quieres es que los stsho no puedan reaccionar... —*Y eso es lo que estás planeando, ¿verdad que sí?*—... entonces, por los dioses, puedo mantenerles ocupados.

Sikkukkut tomó un sorbo de su bebida.

—Tendrás que hacer algo más que eso, *skku* mía. Puedo prescindir de una nave. ¿Sabes lo que una sola nave de caza puede hacerle a un planeta habitado?

*Oh, dioses.*

—Ningún mensaje de advertencia podría viajar más rápido que esa nave. Atacaría y se iría con igual rapidez. Y las hani desaparecerían del problema. El poder que te doy habría desaparecido, *skku* mía. Recuerda siempre que puedo quitártelo en cualquier momento. Puedo eliminar Anuurn de la lista de los mundos habitados. ¿Me entiendes?

—Por completo. —*Bastardo. Gracias por el aviso. Haura, bastardo. ¿Sabes cuánto tiempo sobreviviría Akkht a una acción como ésa? Hablemos de la vida en el*

*Pacto. Hablemos de borrar especies del mapa*—. ¿Cuándo debo partir?

—Tengo algo para ti. Se te entregará junto con la persona de mi amigo Keia. Trátalo con amabilidad. —La nariz de Sikkukkut se agitó levemente—. Y no le dejes en libertad bajo ninguna circunstancia. Le tengo destinados ciertos usos: es un préstamo, no un regalo. —Otro lametón al interior de la copa. A un gesto de la mano de Sikkukkut, varios de los kif que estaban cerca de él se apartaron de la oscuridad y desfilaron ante una de las luces, proyectando largas sombras sobre la mesa.

Las sombras kif la envolvieron y se tragaron a Jik para hacer que se levantara con suaves chasquidos, hablando entre ellos. Jik colgaba entre sus manos como un saco, de tal forma que desmentía cualquier tipo de fingimiento: sus brazos pendían a los lados, su cabeza cayó hacia atrás cuando le pusieron en pie y el brazo que cogieron para sostenerlo carecía de tono muscular alguno. Cuando le hicieron girar para llevárselo, los dedos kif se hundieron profundamente en su carne.

—Con tu permiso —murmuró Pyanfar, dejó su copa sobre la mesa y se puso en pie. Hizo una reverencia tan cuidadosa y formal como cualquiera de las que había hecho con anterioridad ante los líderes del *han*. Mantuvo las orejas erguidas y el rostro tranquilo mientras contemplaba cómo los kif manejaban a Jik, y luego miró nuevamente a Sikkukkut en busca de instrucciones.

Sikkukkut agitó una vez más la mano. Pyanfar hizo otra reverencia y salió por la puerta a la penumbra del pasillo exterior, para encontrarse con varios kif de rango inferior. Éstos se apresuraron a ceder el paso a una visitante que poseía una posición tan clara como la suya, y se apartaron inclinando los rostros hacia el suelo y convirtiéndose en sombras pegadas a los muros y conducciones.

Pronto tendría débiles las rodillas. El olor del amoníaco la mareaba: no había estornudado, gracias fueran dadas a los dioses, había tenido que resoplar una o dos veces pero había logrado disimularlo. De repente, sintió un vacío en el estómago, y su corazón, agotado de tanto terror, latía con dolorosa lentitud.

La pesadilla no iba a terminar de golpe. Traerían a Jik, tenía que recoger a sus tres compañeros, mahen, hani y kif, antes de salir; luego tendría que bajar a ese muelle y obedecer las instrucciones que el kif decidiera enviarle. Tenía que hacerlo.

—Le tengo —fueron sus lacónicas palabras a Kesurinan en cuanto los kif trajeron a sus compañeros al corredor de salida—. Está bajo mi custodia.

Y en el fondo de su alma, allí donde había dejado toda la sensibilidad que aún le quedaba, sintió un tenue dolor al ver cómo se alzaban rápidamente las orejas de Kesurinan y el abatimiento de su rostro. Instantáneamente Kesurinan ahogó toda reacción, porque no era ninguna tonta y sabía dónde se hallaban y quién estaba escuchando. También sabía que deberían cumplir con cuanto pidieran los kif para sacar a su capitán de la Harukk. Kesurinan creía estar hablando con una aliada.

Sikkukkut había acertado por completo: los mahendo'sat serían aliados hasta



llegar a un punto en que predominara el interés de su especie. Y entonces Jik salvaría a los suyos.

Y, según había descubierto, ella haría lo mismo.

Avanzaron lentamente a través de los muelles, aún no totalmente seguros: un grupo de *skkukun* kif llevaba a Jik fuertemente atado a una camilla, Kesurinan caminaba a su lado, con una pistola en la cadera. Podía leerse ira y preocupación en cada línea de su espalda. Pyanfar caminaba un poco más atrás, con Dur Tahar a la derecha y Skkukuk a la izquierda, Tahar permanecía tan inescrutable como le permitía su trato con los kif, y con Skkukuk tampoco emitía muchas señales... salvo porque llevaba los hombros erguidos, porque demostraba mucho menos nerviosismo que en cualquier otra ocasión; salvo porque cada uno de sus movimientos, incluso el más sutil, decía que se trataba de un kif cuya posición ya no era la de un esclavo, un kif cuya capitana acababa de tratar con el *hakkikt* y había ganado. Llevaba un arma bajo su túnica, y sólo los dioses podían saber qué ambiciones albergaba su estrecho cráneo. Si alguna vez hubo un kif complacido, Skkukuk irradiaba un claro placer ante su cambio de fortuna, olía las oportunidades que flotaban en la atmósfera, paladeaba la visión de los enemigos del *hakkikt* que habían sido sacrificados, sus horribles señales para el tráfico... y también paladeaba la visión de su capitana subiendo de posición.

*Frío en todos los lugares calientes y con el ardor de la fiebre en todos los lugares fríos, dioses, en un giro de ciento ochenta grados. Alienígenas. Sí, eso son los kif, doblan o triplican el significado de esa palabra.*

*Mantén la calma, Pyanfar Chanur. Consévala, no la malgastes. Jik es un trozo de carne. Tahar una aliada que te ha traído la suerte, Kesurinan un problema en potencia, y este condenado kif no es más que algo útil.*

*Kesurinan no planteará problemas, todavía no. Nos dejará que llevemos a Jik a bordo.*

*Dioses, no permitáis que Jik se nos quede entre las manos aquí fuera.*

Lenta, muy lentamente, fueron recorriendo el muelle hasta rebasar la compuerta de la sección y entraron en la zona donde no había peatones, donde no había tráfico alguno salvo el de su grupo.

Y ante ellas se encontraba el dique de la *Orgullo*, con las luces de advertencia aún parpadeantes. Cogió su comunicador de bolsillo, puesto que ahora ya se encontraban en el radio de recepción.

—Aquí la capitana. Voy a entrar.

—Bien —le llegó la voz de Haral, agudizada por la estática: la formalidad que acababa de cumplir era un aviso, y Haral lo había tomado como eso. *Tengo compañía, Haral; no me dejes entrar con demasiada facilidad.*

Otra eternidad de recorrer ese muelle tan frágil y, que los dioses las ayudaran,

Tahar y Kesurinan aún tenían más trecho por andar.

—Skkukuk —dijo Pyanfar, y el kif, que andaba junto a ella, le prestó total atención—. Dile al *skkukun-hakkiktu* que quiero una escolta para Tahar hasta su nave, por la ruta más rápida y segura. Si es posible, por los corredores centrales.

—Hakt —dijo Skkukuk, aceptando la orden. Se acercó a los que llevaban la camilla y les transmitió esas instrucciones con todos los matices kif que exigían las órdenes de una superiora y dejando bien claro lo alta que era su propia posición ante la capitana. Luego retrocedió un par de pasos y alzó el rostro hacia ella con satisfacción.

Pyanfar no le dijo nada a Tahar y ésta no abrió la boca: así estaban las cosas.

Bien, hacia la entrada de la *Orgullo*, pues.

—Esperad aquí —les dijo Pyanfar a Tahar y Kesurinan. Al acercarse al umbral procuró que en su mirada hacia Kesurinan hubiera una frialdad muy especial. La ansiedad que leía en el rostro de Kesurinan, surcado por las cicatrices, le estaba produciendo escalofríos.

—Bien, capitana —dijo Kesurinan, que no sabía nada de lo ocurrido.

Y traicionó a su propio capitán, entregándolo a unas desconocidas de otra especie.

—Chanur-hakto —dijo el primero de los kif cuando hubieron depositado la camilla de Jik dentro de la compuerta de la *Orgullo*. Ese mismo kif sacó un hato con las ropas del mahen y se lo ofreció.

Skkukuk lo interceptó con un rápido movimiento. Agitó su mano y despidió a los demás kif hacia la compuerta.

—Poned el sello —dijo Pyanfar al aire y a la tripulación que les estaba observando por el monitor.

La compuerta se cerró con un silbido y luego se oyó el golpe del cerrojo electrónico.

—Quitad la energía —dijo Pyanfar.

—*Bien* —le respondió la voz de Haral. Ni en esos instantes había perdido su seriedad. Pyanfar cogió el paquete que Skkukuk le tendía ceremoniosamente, con la camilla y su contenido junto a sus pies. Ahora los escalofríos pedían que se les dejase nacer, pero Pyanfar mantuvo erguidas las orejas y contempló las oscuras pupilas de Skkukuk, ribeteadas de rojo.

—Buen trabajo —le dijo.

—Kkkkt —contestó el kif—. Me necesitas, hakt. ¿Quién de entre toda tu tripulación posee los modales adecuados?

Pyanfar sintió un nudo en la garganta. Logró tragar saliva y metió el paquetito en su bolsillo. Luego se agachó sobre la camilla de Jik para darle unas suaves palmadas en el rostro. Tenía la carne fría y no obtuvo reacción alguna.

—¿Es un aliado? —preguntó Skkukuk.

—La situación es complicada —dijo, intentando explicar la verdad a un kif, y entonces se le ocurrió algo que le hizo erizar el vello de la espalda. *Dioses, estoy hablando con un asesino. Con reflejos que penden de un hilo*—. Sí, es un aliado. —Puso la mano en el cuello de Jik y notó que le latía el pulso—. Haral, que baje Khym. Tenemos que trasladar a Jik. Sigue inconsciente.

—*Ya viene, capitana. ¿Te encuentras bien?*

—Perfectamente. Estoy perfectamente. Logramos salir sin ningún problema. Abre esa puerta. —Volvió a palmear el rostro de Jik—. Eh, amigo. Venga, despierta. ¿Me oyes? Todo va bien.

*Amigo.*

Estaba inconsciente. Del todo. Oyó funcionar el ascensor: o Khym ya venía en camino cuando llamó o se había lanzado a la carrera por el nivel superior. Y la *Orgullo* procedía a desconectar su energía con una serie de sutiles ruidos que su oído reconocía en cada matiz.

—Skkukuk, ayudarás a Khym. Harás lo que él te diga.

—Kkkt. Es tu compañero.

Pyanfar se incorporó y miró a Skkukuk con las orejas gachas. Sintió la pestilencia del amoníaco en sus fosas nasales y que los antialérgicos le reseaban la boca. En sus palabras había algo que le hizo sentir una profunda inquietud. Este alienígena, tan extraño que no había palabras para describir su personalidad, estaba intentando averiguar a quién debía respetar entre la tripulación, a quién podía eliminar de su posición, a quién podía superar y a quién no.

*Ése es un puesto al cual no podrás llegar nunca, escurridizo bastardo sin orejas. No dejes que el nombre de mi esposo aparezca en tus labios. Será mejor que comprendas eso, y rápido.*

Mil milenios de instinto hani recorrían velozmente su espina dorsal. Y Skkukuk supo leer su mirada y respondió rápidamente con un cambio de expresión.

Cautela.

Pasos en el corredor del nivel inferior. Pasos rápidos, más de un par de pies.

*No corras, Khym. Dignidad, Khym. Delante del kif, por todos los dioses, Khym.*

Cuando Khym apareció en el umbral con Tully pisándole los talones, Pyanfar seguía mirando al kif, con la espalda rígida.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Khym.

—Estoy perfectamente. Lleva a Jik a la enfermería. Que Tirun empiece a ocuparse de él. Skkukuk...

El kif seguía esperando. Armado. Su exprisionero poseía un arma capaz de agujerear una placa de blindaje. Y esperaba en su pequeña y agresiva alma kif haberse ganado la libertad con su acción.

—Estás relevado de servicio —le dijo a Skkukuk—. Conservarás esa arma en tu camarote. Puedes moverte libremente por la cubierta inferior. ¿Me has comprendido?

—Kkkt. Ciertamente.

—Venga.

Todos se pusieron en movimiento. Skkukuk se esfumó, había interpretado correctamente cuál era su estado de ánimo. Khym y Tully cogieron los dos extremos de la camilla y la levantaron, con el nada desdeñable peso muerto del mahendo'sat, maniobrando para sacarla de la escotilla.

—*Tirun va de camino a la enfermería, capitana.* —Su sobrina. Mientras, seguía la secuencia de quitar la energía.

—Entendido —dijo Pyanfar con voz tranquila. Y se quedó inmóvil durante un segundo, contemplando la pared. Tenía las órdenes de un kif en el bolsillo. Las sacó y desgarró el frágil sello para examinar el escrito.

«*Salida a las 2315*», eso era lo principal. En ese momento, era cuanto le interesaba. Los kif les habían dado suficiente tiempo para organizarse, aunque no habían sido generosos. Tendría que trazar unas instrucciones de rumbo muy precisas y olvidar su antiguo plan.

—Hilfy.

—Sí —le respondió su voz, en tono bastante bajo.

—Mensaje a Kesurinan y Tahar: preparaos para salir. Diles que tendrán algo más de seis horas. Nosotras tenemos lo mismo.

Una pausa.

—*Bien.*

Después, el silencio. La *Orgullo* descansaba de nuevo. La tripulación del puente podía verla. La cámara estaba activada. Pyanfar miró hacia ella.

—Las cosas podrían ir peor —dijo sin demasiada alegría—. En estos mismos instantes se me ocurre una posibilidad al respecto. Pero Jik está bajo nuestra custodia, tenemos a Tahar y la *Aja Jin* con nosotros, y debemos obedecer las órdenes del *hakkikt*: se trata de Punto de Encuentro. Y a su modo.

Una pausa más larga.

—*Bien* —se limitó a decir Hilfy, como si acatara una orden rutinaria.

La mayor estación espacial de todo el Pacto.

Y, además, una estación ya en estado de alerta.

—Despejad los tableros y tomaos un momento de descanso; tengo que ocuparme de Jik.

—*Bien, capitana.*

Pyanfar se alejó de la escotilla. Y sólo entonces, como se recuerda al fantasma de una vieja costumbre que ya no tiene significado, se le ocurrió que hacía apenas unos minutos había enviado a su esposo y a otro tripulante para que atendieran a un macho

de otra especie, sabiendo con absoluta seguridad instintiva, si es que al instinto se debía, que Jik estaba tan a salvo con ellos como lo estaba ese kif a quien había enviado en dirección opuesta por el pasillo. Incluso el kif tenía una mente racional, cuerda e inteligente, mientras que el universo temblaba y oscilaba a su alrededor, a punto de caerse.

Pyanfar fue por el corredor hacia la puerta de la enfermería, que estaba abierta; era una estancia tan pequeña que apenas si parecía un armario. Tirun se le había adelantado. Khym y Tully estaban sacando a Jik de la camilla y lo acostaban sobre la mesa.

—Tendrá unos cuantos morados —dijo Pyanfar—. Será mejor que le hagas un examen, porque quizá tenga algo más que eso. —Se dirigió al compartimento de las medicinas, abrió el cerrojo mediante una secuencia especial en los botones y empezó a rebuscar en una bandeja de botellas: específicos y drogas hani, que podían tener extraños efectos sobre algunos mahendo'sat. Resultaba imposible averiguar qué le habían dado los kif y no lo conseguiría ni consultando la Biblioteca; lo mejor era limitarse a los remedios sencillos. Sacó de la bandeja una botellita con las anticuadas sales de amoníaco y la sostuvo bajo la nariz de Jik.

Ni un solo gesto.

—Dioses... —Pyanfar tapó de nuevo la maloliente botellita y abofeteó el helado rostro de Jik—. Despierta. ¿Me oyes?

—¿Qué le dieron? —preguntó Tirun mientras alzaba uno de los párpados de Jik y se inclinaba para observar el ojo—. Huele igual que un almacén de drogas.

—Es el capitán de una nave de caza, maldita sea, y su precioso gobierno habrá hecho que le bloqueen la mente y sólo los dioses saben hasta qué profundidad habrá llegado el bloqueo. —Pyanfar se dio la vuelta, apartó a Khym sin demasiada suavidad y llegó hasta el intercomunicador—. ¡Puente! Hablad con la *Harukk* y decidles que quiero saber qué le han dado a Jik, y aprisa.

—*Bien* —respondió la voz de Haral.

Tirun estaba contando los latidos del corazón. Y fruncía el ceño.

—Dioses, no tiene ni idea de dónde se encuentra... —Pyanfar atravesó de nuevo la habitación, apartando bruscamente a los dos machos, y agarró a Jik por los hombros—. Jik, los dioses te frían, soy Pyanfar, Pyanfar Chanur, ¿me oyes? Esto es una emergencia, Jik, ¡despierta!

Jik abrió la boca. Su pecho se expandió para aspirar un poco más de aire.

—Vamos, Jik... ¡por todos los dioses, despierta! —Estaba gritándole al oído y empezó a sacudirle—. ¡Jik! ¡Ayúdame!

Empezó a recobrar el tono muscular y el rostro adquirió de nuevo sus líneas familiares.

—Vamos —le dijo—. Soy yo, Pyanfar.

*Ayúdame*, había dicho. Y el condenado idiota estaba volviendo a la conciencia por ella. Estaba trepando por el pozo mental que su gente le había preparado igual que había salido corriendo a ese muelle a luchar por ella y su tripulación, cuando la más absoluta lealtad de su especie le dictaba que se salvara a sí mismo. *Ayúdame*. Otros desconocidos le habían manejado, pasándole de la camilla a la mesa, dioses, más o menos igual que habrían actuado los kif, y él se había alejado de ellos, cada vez más y más profundo, y sólo el más lejano nivel de su conciencia percibía que le estaban tocando.

Y ahora sabía que una hani le estaba maldiciendo a gritos, hasta dejarle casi sordo y pidiéndole algo, pero no sabía nada más.

*Oh, dioses. Dioses, Jik.*

Sus párpados se abrieron una fracción de centímetro. Seguía estando muy lejos.

—Eh —le dijo—. Estás bien. Estás en la *Orgullo*. He logrado sacarte. Kesurinan ha vuelto a la *Aja Jin*, ¿me oyes, Jik?, ya no estás con los kif. Estás en mi nave.

Parpadeó. Su boca se movió con los lentos gestos de una lengua reseca. Pyanfar pensó que algún nivel de su ser la había oído. Estaba explorando la posibilidad de la conciencia e intentando decidir si era algo deseable.

—Soy yo —le dijo de nuevo—. Jik... —Le dio una palmada en el brazo y se inclinó sobre él. Sintió un vuelco en el estómago al ver que él intentaba apartarse de su mano—. Amiga.

—¿Dónde? —dijo él o, al menos, eso había parecido.

—En la *Orgullo*. Estás a salvo. ¿Me entiendes?

—Entender —dijo. Sus párpados ocultaron nuevamente las pupilas. Había vuelto a perder la conciencia, pero esta vez de forma no tan profunda. Pyanfar vaciló durante unos segundos y presa de rabia se volvió hacia los dos machos idiotas que no habían tenido el suficiente sentido común como para dejar libre el angosto recinto de la enfermería y proporcionarles espacio para trabajar.

Y sus ojos se encontraron con los de Tully: con Tully, que había estado por dos veces en el mismo sitio que Jik, y cuyo rostro estaba blanco como el de un stsho, con círculos blancos alrededor de los ojos. Había estado a punto de gritar, pero la expresión que había en el rostro de Tully hizo que el sonido se ahogara en su garganta.

—Fuera —dijo Pyanfar, casi atragantándose con la palabra—. Salid de aquí, no estáis haciendo nada útil.

Khym agachó las orejas y, extendiendo un brazo, tiró de Tully para hacerle salir. Tully le siguió sin dar muestras de saber que era Khym quien le había tocado. El humano estaba profundamente afectado.

Y también ella lo estaba, a punto de perder el control. Tenía el vello de la espalda totalmente erizado.

—*Capitana* —era la voz de Haral—, *es sothosi. La biblioteca lo está enviando ahora mismo al ordenador del laboratorio.*

—Nos ocupamos de ello.

Era Tirun quien se ocupaba, se movió rápidamente hacia la unidad del ordenador, dio un rápido vistazo a la pantalla y, sin perder un segundo, se dirigió al compartimento de las medicinas. Abrió un paquete, cogió una ampolla y un tampón astringente, y empezó a desinfectar una zona del brazo de Jik.

El estimulante entró en su cuerpo. Un instante después, Jik boqueó en un intento de conseguir aire y luego repitió el gesto, mientras una saludable oscuridad iba volviendo a su nariz y sus labios.

—Ya lo tenemos —dijo Tirun, controlando sus latidos—. Ya lo tenemos.

Pyanfar encontró una silla y se instaló en ella antes de que le cedieran las rodillas. Se dobló sobre sí misma y se pasó las manos por la cintura, sintiendo el incómodo peso de la automática en la cadera y cómo se le clavaba el arma del otro bolsillo. Apestaba. Quería darse un baño.

Deseaba poder cambiar el pasado, no haber cometido todos los errores en que había caído. Deseaba no ser Pyanfar Chanur, responsable de un número excesivo de acciones y errores, y que ahora debía pensar en lo impensable.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Tirun.

Pyanfar alzó la vista hacia su prima, su vieja amiga, una tripulante que había estado con ella desde la juventud.

—Tirun... —Ahora había pasado a utilizar un dialecto de provincia hani y hablaba en voz muy baja—. Se quedará aquí. Quiero que la enfermería esté vigilada, quiero que no pueda moverse de aquí...

Intentó mantener la fría distancia que había utilizado a bordo de la *Harukk*, pero le resultó difícil cuando miró a los ojos de una vieja amiga y vio una reacción tan natural como las orejas de Tirun agachándose.

—Tirun... —le dijo; aunque había tenido la intención de no justificar ninguna de sus decisiones, se encontró de repente casi suplicando, y descubrió que le temblaban todos los miembros—. Tenemos un problema. Hablaremos de ello después. Haz lo que te he dicho, ¿puedes? Quédate con él hasta que despierte y asegúrate de que respira bien. Y, por todos los dioses, no le quites las ataduras. ¿Eres capaz de hacer todo eso?

—Sí —dijo Tirun. Ninguna duda. Ninguna pregunta por parte de una hani honrada que había entregado a su capitana cuantos escrúpulos tenía y esperaba que su capitana se lo explicaría todo. Con el tiempo.

—Dile que volveré a bajar. Explícale que se debe a que tenemos poco tiempo. Quiero que descanse y no se me ocurre ningún otro modo para asegurarme de que lo hará. —Seguía hablando en chaura, un lenguaje que ningún mahendo'sat entendería.

Ese factor ya bastaba para dejar bien claro qué cantidad de la verdad le estaba contando. Tirun la miró fijamente y no hizo preguntas. Ni tan siquiera agitó las orejas. Encerrar a un amigo que les había salvado la vida y que volvía en semejante estado justamente por haber hecho eso. Mentirle.

Si pudiera dejarle nuevamente inconsciente sin que su vida corriera peligro, también lo haría.

Se puso en pie y salió de la enfermería, pasándose una mano por la melena, sintiendo el agujonazo doloroso del cansancio entre los hombros y la quemadura del frío suelo metálico en los pies. Sus fosas nasales seguían saturadas por la pestilencia de los kif.

Arrojó el paquete del kif sobre la consola que había junto a su asiento del puente.

Nadie había dejado su puesto o, si Geran había salido para echar un vistazo a Chur, había vuelto corriendo. Rostros solemnes la miraban: Hilfy, Geran, Khym y Tully; Haral seguía ocupándose del funcionamiento de la nave.

—Déjalo, Haral —dijo Pyanfar.

Haral hizo girar su asiento, igual que habían hecho los demás.

—Ya sabéis cómo llegamos aquí y nos apoderamos de Kefk —dijo Pyanfar—. Tenemos órdenes para hacerlo de nuevo. En Punto de Encuentro.

Todos abatieron las orejas. Tully, el problema humano, no movía un músculo, escuchaba cuanto le era posible entender por cuenta propia y la deformada versión que la conexión del auricular traductor le estuviera susurrando.

—Ya sabéis parte del asunto —dijo ella, sentándose en el brazo de su asiento, el rostro hacia la tripulación—. Sólo podemos elegir entre seguir las órdenes tal y como nos las han dado o hacernos volar en partículas aquí mismo, en este muelle. Eso sólo eliminaría a una facción de los kif y dejaría a la otra como vencedora indiscutible. Y, por los dioses, prefiero que antes se muerdan durante un tiempo una a otra, y dar una oportunidad al Pacto. Eso es un factor a considerar, pero hay otro más. Sikkukkut ha amenazado Anuurn.

—¿Amenazado... cómo? —preguntó Haral.

—Muy sencillo. Una nave... si piensa que nos apartamos del buen camino. No está hablando de un ataque como en Gaohn. Nada de eso. Se refiere a un ataque directo contra el planeta. Ése es el tipo de kif con quien estamos tratando. Una roca cargada de velocidad lumínica que chocaría contra Anuurn, y bien saben los dioses que Anuurn no tendría tiempo de verla llegar. Era una amenaza. Espero que se tratara de una amenaza bastante remota. Estamos tratando con un kif que sabe condenadamente demasiado de las hani y, al mismo tiempo, condenadamente poco: fue un estúpido al decirme eso y quizá ni tan siquiera se imagina lo que haríamos para detenerle... antes o después de que eso ocurra. Pero no creo que sea el único kif



capaz de tener esa idea. Tengo la esperanza de que acaben desangrándose entre ellos hasta quedar destrozados. Si nos resulta posible, intentaremos conseguir que eso ocurra... pero ahora debemos hacer lo que se nos ha dicho o nos encontraremos mirando uno de los cañones de Sikkukkut por el extremo más feo, y sin ocasión de advertir a nadie, de evitar meternos en este lío o de salvar algo de este maldito asunto.

—Capitana —dijo Haral—, tenemos un kif ahí arriba, en el cénit. Se ha colocado en una posición que le da ventaja sobre nosotras.

—Lo sé. No vamos a enfrentarnos con ellos. Lo único que haremos será salir de aquí. Dentro de seis horas nos meteremos en una condenada situación en Punto de Encuentro y puede que el Pacto no logre sobrevivir, no al menos de una forma que nos resulte comprensible. Eso es lo que tenemos y a lo que nos enfrentamos. No sé lo que vamos a encontrar en esa estación. Tully... ¿me entiendes, logras seguir todo esto?

—Yo entiendo —dijo con un hilo de voz—. Yo tripulación, capitana.

—¿Lo eres? ¿Lo serás en Punto de Encuentro?

—Tú quieres yo sentar con Hilfy en comunicaciones, hablar con humanos si humanos estar allí. —Su voz adquiría firmeza—. Sí. Yo hacer.

Con todo lo que podía y no podía entender... Pyanfar le miró sintiendo que su voluntad se había paralizado, como si el posponer todas las decisiones fuera algo que podía detener el tiempo y que les daría unas posibilidades de elección que ahora no tenían.

Jik estaba encerrado abajo. Un kif y un humano se movían libremente entre ellas. El humano asistía a sus más críticas deliberaciones.

Pero Tully les había dado la advertencia que ella había transmitido a Jik, la advertencia que no había podido callar en un momento cargado de tensión, cuando Tully se había colocado entre ella y Hilfy, y Pyanfar le había interrogado sobre sus motivos.

*No confíes en los humanos, Pyanfar.*

Lo estaban apostando todo por una frase, una frase traicionera, cargada de miedo, dicha por alguien que apenas si sabía hablar el hani.

*Dioses, ¿arriesgar mi mundo por confiar en él? ¿Miles de millones de vidas? ¿Toda mi gente? Dioses, ¿qué derecho tengo yo a eso?*

—Lo pensaré —dijo—. No tengo ninguna respuesta. —Cogió el paquete y volvió a dejarlo caer. Tenemos instrucciones. Tenemos a Tahar con nosotras. Tenemos la nave de Jik. Y tenemos órdenes de conservar a Jik aquí y mantener bajo estrecha vigilancia su nave.

—Hay algo más —dijo Hilfy. Y cogió un pedazo de papel, se puso en pie y se lo acercó. El papel temblaba entre los dedos de Hilfy—. El ordenador ha descifrado el código. Quizás él pretendía que lo descifráramos. No lo sé.

Se detuvo vacilante con el papel en el bolsillo ante el umbral de la enfermería, sumida en la penumbra. Tirun había dicho que Jik estaba despierto.

Lo estaba. Vio brillar sus ojos por entre las rendijas de los párpados y al entrar, aunque no hizo ruido alguno, éstos se abrieron por completo. Pyanfar se inclinó y le puso la mano en el hombro, por encima de la red que le mantenía inmovilizado. Tirun le había colocado una almohada bajo la cabeza y una manta que cubría la mitad inferior del cuerpo.

Sus ojos, ahora capaces de seguirla con toda claridad, se alzaron hacia ella, lúcidos y tranquilos.

—Venir dejarme suelto, ¿eh? Maldita tozuda, tu tripulación.

Pero Pyanfar no percibió en su voz el tono de disgusto que había esperado encontrar. El tono resultaba demasiado tranquilo para Jik, demasiado cauteloso, demasiado falto de fuerza. Era... sólo los dioses sabían qué era.

Temor, comprensión... ¿quizás el darse cuenta de que tal vez no se encontraba entre amigos? ¿Que, por alguna razón, ella podía haber firmado una alianza con los kif... o que estaba actuando impulsada por algún otro motivo que impedía su antigua alianza?

Durante un instante, en la madriguera kif, drogado y con sus últimos recursos a punto de agotarse, había respondido a preguntas ante las cuales llevaba días callando. Había respondido porque ella había logrado atravesar sus defensas mediante una advertencia que en aquel momento superaba su capacidad mental, y porque ella le había indicado que debía hacerlo.

Ahora tenía la cabeza despejada. Ahora sabía dónde se hallaba y quizás recordaba, demasiado tarde, lo que había hecho. Eso era lo que podía percibirse en la debilidad de su voz, en su fallido intento de bromear.

—Eh —dijo ella, y aumentó la fuerza de sus dedos—. No tienes ningún sitio adonde ir, ¿verdad?

—*Aja Jin.*

—De eso ya te hablé. Los kif te volarían la cabeza. No tenemos problemas, todo ha quedado claro con Sikkukkut. Ahora eres asunto mío. Te desmayaste y te has perdido la mejor parte del asunto. Tengo que hablar contigo.

—Tener hablar mi nave.

—Eso puede esperar. Si intentas levantarte de aquí, te caerás de narices. No quiero que lo intentes, ¿me oyes? ¿Te ha informado Tirun?

—No decir.

—Tu nave está perfectamente, el muelle ha sido reparado, he logrado sacarte de ahí y arreglarlo todo con Sikkukkut: es un condenado bastardo, pero al menos escucha lo que le dicen. Todavía sospecha, pero te ha puesto a bordo de la *Orgullo*,

dice que el siguiente paso tienes que presenciarlo desde mi nave y debes dejar que Kesurinan se encargue de la *Aja Jin*. Eso fue cuanto pude conseguir. Tenemos que vivir con ello.

—Yo tener condenado picor en nariz, Pyanfar.

Alargó la mano y le rascó el puente de la nariz.

—¿Arreglado?

—Soltar. Yo caminar bien.

—No tengo tiempo. Nos movemos, vamos a Punto de Encuentro. Tendrás que hacer el viaje aquí. Lo siento, pero no hay ningún camarote adonde podamos llegar mientras nos soltamos del muelle. Y después de eso, todo irá bastante aprisa.

Jik guardó silencio durante uno o dos latidos de su corazón. Luego dijo:

—Pyanfar...

—Tengo una pregunta para ti. Quiero saber en qué vamos a meternos. ¿Qué te dijo Dientes-de-oro antes de abandonarnos, eh?

Un pánico silencioso se deslizó en sus ojos. Alzó la cabeza y la dejó caer nuevamente sobre la almohada, sin apartar la mirada.

—No gracioso.

—Necesito saberlo, amigo. Por ti, por tu nave y, bien saben los dioses que también por la mía. ¿Hacia qué nos dirigimos? ¿Qué está haciendo?

—Hablamos en puente.

Buena jugada. Pyanfar le miró fijamente y él le devolvió la mirada. Ella sintió un nudo en las entrañas.

—Ya sabes cómo están las cosas —dijo.

—Afirmativo —dijo él—. Claro.

—Tengo que preguntártelo. Quiero saber la verdad. Debes comprenderme.

Jik se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué este trato con humanos?

—Tully me dijo... me dijo claramente que no confiara en ellos. Ya conoces a Tully, no siempre resulta claro. Pero lo que dijo, el modo en que lo dijo... creo que piensan engañar a tu compañero. Creo que Dientes-de-oro se equivoca al tomarlos por unos imbéciles. Y no van a cumplir sus órdenes.

—Quizá tu hacer mejor hablar Tully.

—Ya he hablado. Tenemos un problema. Sikkukkut quiere Punto de Encuentro. Quiere que nuestras tres naves, la *Orgullo*, la *Aja Jin* y la *Luna Creciente* vayan primero. Ya ves la confianza que nos tiene. Quiere que vayamos ahí, que pongamos las cosas en movimiento y que abramos las puertas de Punto de Encuentro para que él pueda entrar con toda tranquilidad.

—Akkhtimakt quizás estar ahí.

—Como todo el mundo, ¿verdad? Tengo otra pregunta. ¿Qué hay de los

respiradores de metano? ¿Cuál es la auténtica verdad?

—Mucho... mucho locos. —Jik se pasó otra vez la lengua por encima de los labios—. Yo intentar hablar con tc'a. Ellos querer conservar como antes. Knnn... pregunta diferente. Dientes-de-oro dijo... dijo quizá tener problemas.

—¿Quién es *Fantasma*?

Jik parpadeó. Sus ojos se clavaron en los de Pyanfar, con las pupilas dilatadas.

—Cuando estabas en apuros —dijo Pyanfar—, cogí el paquetito que me diste en Mkks y empecé a pasarlo por el ordenador. Tenemos un equipo lingüístico de primera clase. El mejor. Fabricación *mahen*, ¿afirmativo? ¿Por qué me entregaste ese paquete, eh?... para que me encargara de llevarlo por ti. ¿En caso de que ocurriera algo en Kefk? ¿Para que yo pudiera llegar hasta Kshshti o Punto de Encuentro? Un código condenadamente descuidado en caso de que llegáramos a descifrarlo... pero, claro, quizá su destino era una nave *mahen* muy alejada de tu Personaje, ¿no? ¿Alguien como Dientes-de-oro, quizás? Y el auténtico sistema de código está en el lenguaje... ¿no?

—Quizá mismo... querer tú tener.

—Por todos los dioses, ¿sabías que tendríamos que acudir a la autoridad *mahen* para leerlo? Por todos los dioses, ¿sabías que deberíamos salir corriendo para unirnos a tu bando en cuanto las cosas se pusieran calientes... que nos veríamos obligadas a servirte de mensajeras? ¿Sabías todo eso, era lo que nos habías preparado, así se pudra tu traicionero y mentiroso pellejo?

Jik siguió inmóvil, mirándola y parpadeando.

—¿Era porque pensabas que podía ocurrirte algo, Jik? ¿O ya planeabas hacer lo que Dientes-de-oro hizo aquí, en Kefk? ¿Hacer saltar los muelles, salir corriendo y dejarme sola para que huyera adonde pudiera, por todas las bendiciones divinas, con tu maldito mensaje? ¿Fuiste tú quien ordenó a Dientes-de-oro que saliera del muelle como lo hizo?

—Hani, tú tener condenadamente sucia cabeza.

—Hablo muy en serio, Jik.

—Tú loca. —Jik tiró de sus ataduras—. Maldición, ¿Pyanfar? Yo caminar estupendamente.

—Respóndeme.

—¿Qué pensar tú, que yo salir corriendo, dejarte tú hablando con kif? ¡Yo mismo en ese condenado muelle!

—¡No estabas en la zona que resultó dañada! ¡Jik, por los dioses, como cálculo es soberbio!

—¡Yo no hacer!

—¿No? Creo que sabías que yo no podría salir corriendo debido a la enfermedad de Chur. Sabías que eso acabaría con ella y que yo no me movería por poco que

podiera, aunque tuviera que buscar la ocasión en el más frío de tus infiernos. Dientes-de-oro nos dio esa unidad médica... estupendo, así yo podría huir. Tú me diste ese condenado paquete en Mkks antes de que supiéramos que le encontraríamos ahí... me lo diste por si te sucedía algo, un paquete que debíamos llevar a las autoridades mahen. ¿Y cuál es su contenido? Acuerdos que no van a ser respetados, sólo eso; habla de posibles contingencias, habla de apoyar una candidatura... pero ¿qué candidatura? ¿La de Sikkukkut? ¿Qué acuerdos?

—Sikkukkut. Mismo. Tú conocer acuerdo.

—Estás mintiendo, Jik. Por los dioses, apareces en Kshshti y me ayudas a salir de un jaleo, luego me ayudas durante todo el trayecto hasta aquí, cada vez interviniste para que me metiera más y más en el asunto; tú y tu maldito socio, tú y tus condenados tratos...

—¡Yo salir ese muelle salvar tu condenado cuello!

—¿Dónde planeabas dejarnos tiradas? ¿Dónde, eh? ¿Aquí? ¿O más tarde, en Punto de Encuentro? ¿Dónde debía descubrir que ese maldito paquete era la única moneda de que disponía? ¿Adonde se suponía que debía ir? ¿A Kshshti? ¿Debía volver a través del territorio kif, para que dispararan de nuevo contra mi nave y mis tripulantes? ¿Debía acabar por depender de la caridad mahen porque no me ofrecerías ninguna otra maldita ayuda cuando hubieras acabado de utilizarme, cuando mi gente te hubiera servido en todos tus condenados politiqueos mahen? Quizás habría llegado a Punto de Encuentro y descubierto que me habías descartado, como recurso político ante los stsho, para salvarlos de los kif, en algún juego de fuerza mahen. Les arrojarías un kif desde Kefk, otros desde Kita y Kshshti, les atraparías entre tus naves y los humanos y tirarías de todo el maldito Pacto hasta que cayera en tu regazo. Nos dejarías a mí y al *han* abandonados tal y como hiciste la última vez, a la intemperie, con las naves dañadas por los disparos, la estación en ruinas y esta vez sin más reacción posible que regresar arrastrándonos en busca de tu condenada caridad. ¿Funcionan así tus favores? ¿Crees poder comprarme con ese paquetito que explica a tus autoridades cómo tratar conmigo?

—¡Yo no hacer! —El cuerpo de Jik cayó nuevamente sobre la litera tras su grito desgarrado, con la respiración jadeante, y los dos se contemplaron en silencio durante un instante.

—Entonces, ¿quién es ese Fantasma? ¿Qué datos ignoro?

Silencio. Jik se limitó a mirarla y a jactarse.

—Se trata de otro engaño, ¿no? ¡Han amenazado mi planeta! ¿Me oyes?

Jik parpadeó. Eso fue todo.

—Los dioses te... —Sacó bruscamente el papel de su bolsillo y lo agitó ante su rostro—. ¿Qué significa esto? ¿De qué valdrá este condenado mensaje si los humanos te engañan? —Y al ver que él se limitaba a fruncir los labios con más fuerza—. Jik...

—Mi nariz picar, Pyanfar. —Con voz muy tranquila, perfectamente dueño de sí mismo. Cuando vio que a ella se le había escapado el aliento necesario para gritar, dijo—: Condenada miserable, Pyanfar, condenada ridícula situación, tú y yo. Tú venir buscarme. Ahora, ¿qué hacer nosotros? ¿Qué pensar tú hacer?

Pyanfar dobló el papel, abstraída en esa meticulosa tarea.

—Tú tener demasiado buen corazón cuando tratar con kif —dijo Jik.

—¿Qué opción nos queda? ¿Qué otra opción tenemos, por los dioses? Todo tu plan ha saltado en pedazos, tenemos al Pacto a punto de caer en ruinas a nuestro alrededor...

—Mismo tú, yo, ¿eh? —Torció el gesto, parpadeó para librarse de unas gotas de sudor y alargó el cuello para mirarla—. ¿Qué hacer nosotros, eh? ¿Hasta dónde querer llegar, tú, yo?

—No lo sé. —Se metió el mensaje en el bolsillo y se inclinó sobre él, muy cerca de sus ojos, con las orejas gachas y las rodillas algo temblorosas—. ¿Hasta dónde he de llegar, eh, Jik? ¿Y tú? Este jaleo que has puesto en marcha amenaza con borrar a mi mundo del mapa. ¿Hablamos ahora de amistad? ¿Hablamos de lo que harías por los intereses de tu raza? ¿Hablamos de dos bastardos mahen que han engañado a todos sus amigos, siempre en nombre del Personaje?

—¿Quieres intentar luego drogas?

—No me presiones.

—¿Qué tener nosotros, eh? Malditas hani sentar y esperar, en Anuurn, ¿no, buena amiga? Tú tener largo tiempo mente como roca, Pyanfar, todo condenado *han* tener intereses propios, dejar que mahendo'sat luchar piratas kif, dejar que mahen hacer, hani demasiado condenadamente ocupadas hacer política...

—¿Por qué culparnos? Vosotros creasteis el *han*, cogisteis a las pobres bastardas hani, les enseñasteis el vuelo espacial, las metisteis a la fuerza en vuestra maldita política particular con los stsho, y que los clanes se fueran al infierno mahen...

—¿Qué desear tú? ¿Querer estar en planeta, sentada ahí cuando política en el Pacto pasar sobre vuestras cabezas igual que ola en el mar? ¿Estar sentadas ahí cuando kif comer nuestros corazones y venir buscar hani? Quizá todo tiempo tú gustar encontrarte sentada en tu mundo, Pyanfar, quizá tú llegar a vieja, querer entonces estar sentada en maldito polvo y esperar kif, ¿ser eso?

—Entonces, ¿qué tenemos? ¿Debemos elegir entre los kif o vosotros?

—Tú tener elección.

—¡Los dioses te lleven!

—Si nosotros querer tu condenado mundo, Pyanfar, nosotros poder tener al momento. Primera vez nosotros llegar Anuurn, vosotras no tener nada, sólo palos puntiagudos. ¿Tú olvidar? Pedir que irnos, nosotros ir.

—Claro, os fuisteis. Pero nunca nos dejasteis en libertad. Manipulasteis el

comercio, disteis forma al gobierno, nos llevasteis en una dirección y luego en otra, y nunca dejasteis que fuéramos más allá por nosotras mismas...

—Estupendo. Hacer trato excelente. Quizá tú preferir mucho mejor kif. Deseo ti suerte, Pyanfar. O tú tener que confiar en mí...

—¡Confiar en ti!

—Maldición, tú venir, yo loco borracho. Tú decir: «hablar kif»; yo hacer, yo hacer, Pyanfar, yo tener esa confianza en ti, yo hacer. Todo distinto, tú decir; tener humanos echar a perder cosas, tener malo problema... «Hablar, Jik: decir al kif lo que quiere, yo sacar ti de aquí»... ¡Dios! ¿Qué clase de idiota ser yo teniendo confianza?

—¿Acaso debería dejarte libre por mi nave? ¿Soltarte entre mis tripulantes? Jik, te saqué de ahí, y lo hice por ti. Si confiaras en mí me dirías lo que hay en este papel, pero no quieres hacerlo. No puedes hacerlo, y yo sé por qué, igual que tú sabes la razón de que no me atreva a soltarte. Tengo que sobrevivir. Tengo que seguir con vida en medio de este condenado embrollo en el que me has puesto. Tengo que mantener una posición en la que pueda seguir siendo capaz de actuar. ¿Me entiendes? Voy a actuar.

—Yo decir ti papel. —La voz de Jik era muy débil, casi inaudible—. Tú conocer mahendo'sat... saber yo tener poder para hacer acuerdo de mi Personaje. Yo hacer ahora... contigo. Con hani.

—Igual que lo hiciste con Sikkukkut, ¿eh? Igual que lo hiciste con Akkhtimakt para conseguir que cada uno se lanzara al cuello del otro.

—Igual yo mantener. Igual yo darle él Kefk, igual yo pelear junto él. Tú mismo conocer mahendo'sat. Yo mantener acuerdo. No decir que Personaje mantener. Pero... —Jik volvió a parpadear, se lamió los labios y los ojos le brillaron como si ya hubiera conseguido apuntarse un tanto—... si tú lograr ventaja este kif, nosotros tener acuerdo contigo y mantener, ¿afirmativo?

—Dime qué hay en el papel.

—Soltar primero.

—Oh, no, amigo. Escúchame bien: vamos a salir de aquí, vamos a meternos a ciegas en lo que tengas preparado en Punto de Encuentro, y Kesurinan irá hasta ahí siguiendo mis instrucciones. La nave es tuya, la tripulación también. Pensaba que te sentirías un poco preocupado al respecto.

—Maldito corazón kif, tú tener corazón kif, Pyanfar.

—Tengo un corazón hani, del mismo modo que tú trabajas en beneficio de los tuyos. —Posó la mano sobre su hombro, aun sabiendo que ese gesto no sería bienvenido—. Escúchame, bastardo, tú y yo no tenemos más remedio que hacer un trato. Acepto tu acuerdo. Llegaría a acostarme con tu maldito Personaje si eso pudiera sacarnos de esta situación, pero lo primero que debo hacer es llegar a Punto de Encuentro entera. Y quiero esos nombres en código y quiero cada uno de los malditos

datos que has estado ocultándome. Para empezar, quiero saber qué hay en ese mensaje y qué clase de trato habéis hecho tú y Dientes-de-oro.

Jik cerró los ojos y pestañeó a causa del sudor.

—Papel decir... mayor parte esto tú tener que saber ya; los stsho nos traicionan, los humanos quizás aliados, hani... hani no confianza, yo hacer trato con Sikkukkut para convertirle en *hakkikt*. Tener también trato con tc'a... Pyanfar, si tú decir esto en oído equivocado, tú hacer saltar Pacto al infierno.

—Eso es realmente soberbio. Lo que nos queda del Pacto... Sigue hablando.

—Tc'a largo tiempo aceptar órdenes knnn: por qué ellos cambiar ahora, yo no saber. Tener algún loco dato nuevo de chi, malditos lunáticos chi tener idea, querer salir de Chchchcho, querer expandir...

—¿Quieres decir que los chi están empujando a los knnn? Bondad divina, esos...

—No seguro. Quizás idea tc'a. Respiradores de metano mucho locos. Pero knnn... no estar seguros, pensar que quizá knnn tener atención puesta en chi. También humanos tener muchos planetarios, tener montones cosas que knnn querer, quizá; tener también humanidad, problema clase uno. Largo tiempo problema. Agitar kif. Agitar los del metano. Gran problema. Tú no saber.

—¿El asunto de Akkukkak?

—Antes de Akkukkak. —Jik exploró con la lengua un corte que tenía en el labio y aspiró una honda bocanada de aire—. Viejos *hakkikktun* ser cosa pequeña; muchos pequeños *hakkikktun* ser vecino asqueroso, mucho problema: robar cargamento, hacer pequeñas cosas de piratas; nosotros fácil mantener caminos despejados... pocas naves caza ocuparse de esos bastardos número uno fácil bien. Entonces tener uno llamado Afkkek, mucho montón feo problema. Él caer, entonces tener otro, nombre Gotukkun. Él tener propia autoridad, tomar lo que pertenecer Afkkek también. Después de Gotukkun ser Sakkfikktin. Kasotuk. Nifekekkin. Cada uno más grande.

—Cada uno añadía sus propios seguidores a los que había conseguido.

—Tú entender. Largo tiempo kif combatir en Akkht, montones cosas internas. Largo tiempo nosotros saber que kif y *hakkikt* hacerse más grandes. Así que nosotros intentar... intentar empujar *hakkikktun* hacer dificultades con respiradores de metano. Algunas veces funcionar bien. Ahora... cometer error. Gran error. Nosotros tener señal de humanos, largo tiempo.

—¿Les pedisteis que vinieran? ¡Por todos los dioses...!

—No pedir. Intentar echar mirada sin ruido, ver qué ser esta especie. Perder nave. Perder dos naves, pensar que ser knnn, quizá kif coger esas naves. Quizá knnn mismo tiempo tener curiosidad sobre humani-dad. Yo creer, mí, yo creer Akkukkak disponer trampa, traer humanos, coger. Pero esto no sabemos: él estar muerto; quizá nadie saber.

—Por supuesto, no compartiste esta información con nadie.



—¿Quién nosotros decir? ¿Stsho? ¿*Han*? Tú tener Tully. Nosotros no saber qué más tú tener. No saber qué decir él ti... yo decir ti, Pyanfar, tú venir estación mahen, traer humano... tú confiar nosotros condenadamente demasiado. Salvo que nosotros ser amigos, ¿afirmativo? No decir ti cuanto nosotros saber. Pero luchar contigo para mantener kif lejos Anuurn. Entonces montones cosas nosotros no saber. Tenemos que descubrir. ¿Tú saber cuándo Tully escapar kif? Montón tiempo kif operar en Punto de Encuentro, hacer comercio con stsho. Ellos tener Akkukkak, tener pareja kif ser rivales... mucho problema con kif. Ana intentar... no saber lo que esa nave tener: él saber que una nave kif perseguir otra. Akkukkak venir ahí porque él no tener ruta segura ningún otro lugar. Entonces él realmente no contento de encontrar mi socio Ana venir a puerto. Él miedo quedar, tener otros kif; miedo partir, miedo Ana ponerse en su cola, él entonces tener cola pillada en tenazas número uno buenas. Por eso él quedar quieto en muelle. El tan condenadamente ocupado vigilar Ana que olvidar vigilar otros kif. Un kif dentro nave hacer intento coger Tully; Tully correr como infiernos por muelle... tú tener resto. Ahora Ana mucho preocupado, no saber qué ser esto, no saber si ésta ser especie que nosotros conocer o ser algo mucho diferente. El intentar encontrar Tully. Kif intentar encontrar. Tully ir tu nave y empezar montones condenados problemas. Ahora tú tener stsho locos, todos asustados por knnn, asustados porque humanos venir en su rumbo, condenadamente asustados porque tú dañar estación, mucho enfado... Mahendo'sat trabajar duro, sobornar montón stsho, hacer así para que hani volver Punto de Encuentro. Necesitamos hani. Necesitamos equilibrio con kif, condenadamente seguro stsho no buenos nada, tc'a y knnn mucho inquietos. Tenemos hani volver a Punto de Encuentro, tenemos que intentar hacer cuidadoso nuevo contacto con humanidad, tenemos intentar descubrir qué ser ellos, cuánto grandes, cómo ser sus mentes... descubrir lo que knnn querer.

—Y los kif se ofendieron por eso.

—Kif condenadamente ocupados gran pelea en Akkht. Sabemos que tener preocuparnos si otro *hakkikt* crecer; así que hacemos oposición, golpear aquí, golpear ahí, intentar hacer muchos pequeños *hakkiktun*. Entonces nosotros tener Sikkukkut. Mi error. Sikkukkut.

—Quien ya había puesto sus manos sobre la organización de Akkhtimakt. Tenía ese anillo, Jik, ese anillo que Tully lleva en la mano. Lo consiguió de un humano prisionero de Akkhtimakt... Sikkukkut ya estaba en acción con sus espías y su organización antes de que llegáramos a Kshshti, antes de que tú trataras con él en Mkks. No estábamos tratando con un jefecillo de provincias, era un kif que ya tenía el camino trazado para llegar a ser lo que es. Sikkukkut conoce a los humanos. Era el interrogador de Akkukkak, mató a toda la tripulación de Tully excepto al que Tully mató con sus propias manos, cuando las cosas llegaron a ponerse tan mal, Jik, y tú sabes mejor que yo hasta dónde pueden llegar. Estamos tratando con el maldito kif

experto en la humanidad, y si los kif tienen algo parecido a una organización de seguridad, supongo que algunos de los viejos esbirros de Akkukkak que se vieron metidos a la fuerza en la organización de Akkhtimakt... nunca trabajaron para él. Fueron siempre partidarios de Sikkukkut. ¿Me equivoco?

Jik la miró.

—Tú tener oídos condenadamente buenos.

—Soy una vieja comerciante y sé cómo sumar. Tú sabías esto. Lo sabías en parte, y a pesar de ello seguiste adelante y te encargaste de hacer que ese kif tuyo fuera ascendiendo paso a paso. El kif equivocado, por todos los dioses. No lo había visto. Tú no lo viste hasta Kefk. Jik, podría llevarme por delante este muelle. Podría detenerle. Y eso sigue dejando el problema de Akkhtimakt...

—Mismo condenado bastardo. Yo estar en lo cierto, Pyanfar, seguir estando en lo cierto sobre ése. Akkhtimakt no tener fondo. Tragar todo. Sikkukkut... querer usar todo. Ana... Ana tener esta idea él usar humanos para destrozarse kif. Pero si ellos tener motivo...

—Tully no tiene motivos para mentir. Son grandes, Jik. No estás tratando con un gobierno humano. Está su mundo natal, pero hay otros dos poderes. Tully es de su mundo natal. Están en lucha con los otros dos y quieren acabar con ellos... tú debes decirme cómo. Le han disparado a los knnn. Los knnn están aguantando por razones que sólo los dioses y los knnn conocen; tenemos ahí fuera un planeta humano que se opone a todos los otros humanos del espacio, y a saber cuántos mundos más hay al otro lado de su estrella natal. Su mundo de origen se encuentra aislado, mezclado en disputas de sangre con sus propias avanzadillas... en nombre de los dioses, ¿puedes imaginarte qué tenemos entre manos? ¿Qué andan buscando cuando tienen una docena de mundos en la otra dirección y todos esos mundos se atacan entre sí?

—¿Tully decir esto?

—Poco a poco y por fragmentos. Sí. Eso es lo que me ha contado. Lo único que tenemos es el rabo de la criatura. Cuando se dé la vuelta...

—Dios.

—Si tú y ese Personaje tuyo sin orejas hubierais dicho dos veces la misma verdad durante un día, quizá no estaríamos en este lío. ¿Me comprendes?

—Si nosotros no tener maldita traidora hani, si no tener *han* hecho desastre... los dos tenemos malditos idiotas, Pyanfar, las dos especies. ¿Nosotros tener que ser idiotas también? Soltar mí. Tú tener una tripulante enferma. Tú querer condenadamente buen piloto, tú querer mí sentar en tableros, tú tener. Tú querer encadenarme a maldito asiento, tú tener. Pyanfar, ¡no querer estar tendido aquí en la oscuridad!

Pyanfar permaneció durante unos segundos suspendida entre el sí y el no.

Su mano fue hacia el seguro de la red y luego volvió a retroceder.

—¿El acuerdo?

—Tú tener.

Quitó el primer seguro y después el segundo.

Y se quedó paralizada al recordar la fuerza que podía tener un brazo manen.

Y el ingenio que había en este mahendo'sat en particular, y todos sus rodeos y desviaciones: no haría nada claramente en su contra... a menos que fuera provechoso.

*Estúpida*, dijo una vocecita mientras Jik alzaba lentamente las manos hacia el rostro y se limpiaba el sudor, mientras buscaba a tientas el borde de la camilla con un gesto de confusión y debilidad. Parecía estar a punto de caer redondo al suelo.

Pyanfar alargó el brazo y le ayudó mientras él pasaba los pies por encima del borde y se quedaba sentado, pestañeando y torciendo el gesto como si la cabeza le doliera considerablemente. Se llevó la mano a la frente, se frotó los ojos y la miró.

Bien podía admitir a Sikkukkut en el puente mientras daban el salto.

Sería mucho mejor dejar entrar en él a Skkukuk... que realmente estaba de su lado.

*De todas las cosas que he hecho, pensó Pyanfar, con los ojos clavados en las extrañas pupilas de Jik, ésta es la que me hace merecer la muerte. Sé que estoy cometiendo un error. Estoy equivocada. Voy a estropearlo todo y los kif lanzarán esa nave, esa nave que nadie podrá detener y a la que nadie podrá alcanzar. No quedará ningún miembro de la especie hani salvo las que nos encontremos por casualidad en el espacio, y los kif nos irán cazando una a una. Todo porque existe la posibilidad de que le necesitemos, y a Tully, y a ese condenado kif que me considera su billete para la gloria de los kif; porque soy una vieja hani estúpida que lleva demasiado tiempo en las tinieblas y no puede apartarse de ellas. Ya no puedo pensar claramente.*

—Pyanfar —dijo él con voz suave—, tú ser condenada bastarda.

—Te saqué de ahí, ¿no?

—Tú sacar.

—Ya debes saber que no ocuparás ningún puesto en esta nave.

—¿Qué querer? —Jik extendió sus manos hacia ella, los dedos juntos—. ¿Encadenar a silla? ¡Hacer! Querer estar en puente. Querer hablar mi nave. Querer oír mi nave.

—Dejaré que les escuches.

*Estúpida, Pyanfar. Esto no es Anuurn, él no es hani. Su palabra no significa nada para él si para cumplirla tiene que desobedecer sus órdenes.*

*¿Y cómo puedo tratarle así y confiar luego alguna vez en él?*

—El acuerdo, Jik. Has dejado todo esto en mis manos. Estarás en el puente, pero mantendrás la boca cerrada y no pondrás tus dedos sobre los controles.

Sus manos giraron para mostrar las romas uñas mahen que la naturaleza jamás hizo retráctiles o lo bastante delgadas para los pequeños controles de los tableros

hani.

Estas uñas estaban hechas pedazos, cubiertas de sangre, las yemas de los dedos hinchadas y envueltas por el plasma con que las había curado Tirun: desde luego, los kif no habían hecho nada por ellas.

Pyanfar sintió un escalofrío en su interior y sus garras retráctiles se agitaron por simpatía en el interior de sus vainas. Pero su rostro no cambió de expresión.

—¿Ésa es toda la respuesta que voy a obtener? ¿O me darás esas palabras del código y un poco de ayuda honrada?

Jik clavó los ojos en ella, un duro resplandor en las pupilas medio ocultas por el negro entrecejo.

—Yo hacer, Pyanfar. Ahora tú tener que creer lo que yo decir, ¿afirmativo?

*Escribo esto con prisa en Mkks. No se debe retener ni poner en peligro a quien lleve este mensaje. La crisis actual me obliga a clarificar mis acciones en apoyo de Ismehanan-min, dado que el rumbo de sus operaciones se ha cruzado con el mío. Confío en que su informe os haya llegado, pero he dispuesto que envíen una copia al Personaje de Kshshti por si el mensajero fracasara. Dado que Stle stles stlen ya no cumple los acuerdos, tanto Ismehanan-min como yo estamos tomando medidas para apoyar a otros candidatos y evitar que reemplacen el personal mahen por hani. En Mkks hemos recuperado a todos los rehenes y por el momento no hemos sufrido daños. Sikkukkut nos pide que apoyemos su candidatura dirigiéndonos contra Kefk. No conozco el paradero de Ismehanan-min y no puedo hacer especulaciones al respecto. Me dirijo a Punto de Encuentro por esa ruta. Todos los informes de fuentes te'a indican que Stle stles stlen actúa igual que en el informe anterior, y los informes de nuestro contacto dentro del espacio stsho no son muy tranquilizadores...*

*Los contactos tc'a informan en términos apremiantes sobre la agitación de los knnn.*

*Le he dado a Ehrran un paquete falso. Evidentemente, se trata de una agente stsho y me limito a proporcionarle información falsa. Su buena disposición para participar en todo esto es sólo una tapadera para recoger información sobre nuestras actividades, estoy seguro. Tampoco dudo de que ya ha conseguido información mediante sus propios contactos stsho y que por dos veces ha intentado transmitirla mediante entrevistas furtivas con agentes stsho, algunos de los cuales han eludido la red. Se da información de nuestros movimientos mediante un eficiente sistema de mensajeros y mantengo una estrecha vigilancia sobre las transmisiones de Ehrran.*

*Por el momento Chanur sigue siendo de confianza. El apoyo hacia esta agente debe ser llevado a cabo con extremada discreción en todos los niveles. La enviaría a Maing Tol, pero no veo forma de hacerlo pasando por alto las objeciones de Sikkukkut y considerando lo que pretende ahora Ehrran. Por lo tanto, Chanur sigue con nosotros, bajo la más absoluta prioridad de protección. Chanur es objeto de considerables atenciones por parte de Sikkukkut, hecho particularmente alarmante. Deberán ponerse en marcha medios de presión para contrarrestar este...*

*Pyanfar apartó los ojos de la traducción que aparecía en la pantalla y Jik, sentado en la estación de comunicaciones del puente, rodeado de tripulantes Chanur, se encogió de hombros en un gesto de pena mientras las orejas de la capitana se abatían.*

*—¿Qué medios?*

*—Dinero —dijo Jik con voz débil—. Deudas. Quizá como... ah, Pyanfar yo no arreglar esta cosa. Esto asunto gobier-no. Ellos también ayudar. ¿Quién reparar tu*

nave, eh? ¿Quién sobornar Stle stles stlen para conseguir devolver tu licencia? — Miró a su alrededor, un rostro después de otro. Cuando Khym alzó su enorme mano del respaldo del asiento, se volvió hacia él y sus ojos subieron hasta el rostro iracundo del macho Chanur antes de que se le ocurriera hacer algo más y luego miró de nuevo a Pyanfar—. No bueno este leer mensaje —dijo Jik—. Maldición, tú leer correo, tú encontrar cosas que no contener toda verdad. Verdad, verdad yo no poder decir en carta... ¿Qué querer, yo escribir Personaje decir que yo querer ayudar amiga, decir que yo querer ellos hacer bien ti? No. Yo hacer sin ruido. Empujar para hacer Personaje tu amigo, empujar para sacarte de problemas, bajar rodilla, pedir Personaje tratar bien Chanur... —Se inclinó hacia ella y su mano señaló hacia la pantalla—. Esto, esto ser evidencia en ley. Tú saber qué querer decir yo. Tú no escribir ciertas cosas. No querer qué enemigos conseguir, no enemigos kif, no enemigas hani, no mahen, no stsho. Dios, Pyanfar, tú saber lo que yo intentar decir.

Pyanfar le miró con el rostro inexpresivo, percibió el temblor de su mano y las líneas de dolor dibujadas alrededor de los ojos y la boca, vio... quizá quería ver todo eso más allá de las malditas palabras que aparecían en la pantalla como una acusación.

—Lo sé —dijo, y observó que el brazo le temblaba todavía más que antes de bajarlo. Jik el orgulloso, Jik el presumido, obligado a ofrecer explicaciones que no habría dado bajo ninguna amenaza, sólo ante la esperanza de conseguir ayuda de las amigas a las cuales había engañado. Su nave seguía como rehén, algo más que su libertad y su reputación estaba en juego. Lo que veía Pyanfar era doloroso. Y era mucho más claro que cualquier protesta—. Lo sé, maldita sea, los dos tenemos un buen lío. Haral, ¿qué informes hay de nuestros aliados?

—La *Aja Jin* y la *Luna Creciente* siguen el horario establecido. Informé que nosotras también y que todo iba bien a bordo.

—Bien, así que le hemos dicho a Kesurinan que te encuentras perfectamente —le murmuró Pyanfar a Jik—. Entonces, ¿cuál era la esperanza... mandarme hacia otro lado más o menos cuando tú saltabas hacia Punto de Encuentro con Sikkukkut?

—Nosotros no querer perder ti —dijo Jik.

—Debería sentirme halagada —dijo Pyanfar con voz gutural y alzó la vista hacia los otros. Tully estaba en el puente con los demás, todos estaban ahí salvo Skku-kuk. Tully, como de costumbre, parecía perdido y confuso. Sus tripulantes también ofrecían el mismo aspecto, confusas y al borde de la ira—. Tenemos un valor para los mahendo'sat —dijo—. Les gusta que sus amistades sobrevivan. Sólo los dioses saben qué más quieren. Supongo que es justo. También nosotros favorecemos más a unos mahendo'sat que a otros, y no hay demasiado mal en ello, mientras no se pierda el control. Estáis libres de servicio. Todos. Meteos una buena comida en el estómago: sólo los dioses saben a qué nos enfrentamos. En la memoria de navegación hay algo

más que Punto de Encuentro, por si lo necesitamos.

Miró hacia Jik. Estaba reclinado en su asiento, con las manos cruzadas sobre el estómago y algo más desenvuelto de lo habitual. En los ojos del mahen había cansancio. Pero ese gesto al menos parecía propio de Jik, por muy maltrecho que estuviera y aunque sus ropas y adornos no tuvieran el esplendor habitual.

—Tú también —dijo. Y, por un instante, los párpados bajaron hasta casi ocultar los ojos, en un aviso casi imperceptible.

*No me des órdenes*, le decía. *Ya he tenido bastante*. Bueno, era Jik y lo único que intentaba era recobrar parte de su dignidad. Pyanfar dejó que sus orejas se inclinaran: *está bien*.

Después de eso Jik movió los brazos y se levantó con esfuerzo del asiento para seguir a Tirun Araun, que le indicaba el pasillo de la cocina.

*Estúpida*, se repitió Pyanfar. No estaba confiando solamente en Jik. Se trataba de un mahen en quien su propia especie había delegado toda su capacidad sin límites, uno de los pocos que se movían con toda libertad y que tomaban decisiones a distancias tan grandes que no se podía recurrir al gobierno central a cada pequeño cambio y reajuste de la política, en lugares donde los agentes no tenían tiempo para consultar. Un capitán de caza como Jik tenía que hacer su propia ley y sus tratados, debía dirigir las naves locales con la autoridad de todo el gobierno mahen a su espalda.

El personaje era algo más que un individuo en Maing Tol y otro en Iji. Era todo un concepto por el cual los mahendo'sat tomaban las decisiones: cuando un mahen estaba en lo cierto, su palabra era la ley; y cuando cometía un error, se le derribaba del poder. Sus superiores le desautorizaban. Y si cometía un error demasiado grande, el superior que le había nombrado caía también, con lo cual podía haber más de un agente en acción haciendo acuerdos contradictorios entre sí.

El más viable de esos acuerdos sería el aceptado y los agentes que se hubieran destacado de forma demasiado ostentosa por apoyar las políticas que no eran factibles serían derribados, en tanto que el gobierno mahen seguía funcionando sin problemas.

El engaño era la forma habitual de hacer negocios, así como la traición a todos los niveles, con excepción del superior inmediato. Que protegiera a sus propios agentes era un rasgo de honestidad que redimía a Jik y a Dientes-de-oro, quien había huido abandonando a Jik porque no tenía otro remedio. Una vieja hani debía pasar muchos años en el espacio para entender cómo funcionaba todo eso y para comprender además que, en efecto funcionaba.

Y todavía quedaba la cuestión de si Jik acabaría por dar la espalda al acuerdo que había hecho, repudiándolo personalmente.

Bien sabían los dioses que el trato con Sikkukkut había sido difícil y duro. Y que Jik había hecho un acuerdo con ella que lo contradecía.

Frunció el ceño y se fue por el mismo camino que los demás, hacia la cocina, donde Tirun había hecho sentar a Jik ante la mesa y donde Haral, Hilfy, Khym y Tully estaban ya revolviendo en los armarios y el refrigerador en busca de algo que se pudiera comer rápidamente. En la atmósfera flotaba el olor amargo del gfé seco: Tirun preparaba las raciones. Ruido de plástico: envases desechables. Pyanfar apoyó las dos manos sobre la mesa y fijó su mirada en los ojos de Jik.

—Tengo que hacerte una pregunta. Digamos que has hecho dos acuerdos. Y que los bandos con los cuales hiciste esos acuerdos... llegan a encontrarse en oposición. ¿Cómo resuelves eso?

Jik frunció el ceño. Todavía le lloraban los ojos y el sudor de su cuerpo olía aún a droga y amoníaco.

—¿Tú, Sikkukkut?

—Yo y Sikkukkut.

—Mantener mejor acuerdo.

—El que sirva mejor a los mahendo'sat.

—Afirmativo. —Jik parpadeó, mirándola como un niño cansado—. Siempre.

—Era sólo por curiosidad —dijo ella—. Por si llegara el caso.

Cuando se volvió hacia el armario y sacó de él un paquete de carne seca tuvo otra idea.

Por alguna razón, Jik había dicho la verdad. En contra de su propio Personaje y de todos esos intereses. Lo cual, en términos mahen, le convertía en un mahen deshonesto.

*Dioses, ¿qué nos ha ocurrido en esta nave? En la tripulación todos se han desviado de lo que es bueno para su propia especie y sus intereses... Tully, Skkukuk, todas nosotras, Mahn... y ahora Jik también empieza a caer.*

*La traición es contagiosa, eso es lo que pasa.*

Cogió una taza y arrugó la nariz mientras Khym echaba en su gfé una buena dosis de tofi. Pyanfar llenó su taza en el percolador y contempló a su extraña tripulación, apretada en el reducido espacio de la cocina. Miró a Jik. Estaba sentado con aire abatido, con dolor en todo el cuerpo, intentando con su mejor voluntad engullir un bocadillo y una taza de leche reconstituida: nadie de Chanur había dado muestras de hostilidad hacia él, ni tan siquiera Hilfy o Khym.

Bien. La tripulación iba a darle una oportunidad. Lo harían por razones particulares, entre las cuales podía incluirse la confianza en el buen juicio de su capitana; pero quizá fuera a causa de las viejas deudas.

Siendo hani, era difícil no pensar como tal. Hubo momentos en los que se alegraron tanto de ver a Jik como, seguramente, se habría alegrado él de ver que Pyanfar venía a buscarle en la *Harukk*, incluso aunque por su parte todo se basaba en política y acuerdos. Les había salvado la piel muchas veces.



Aunque siempre hubiera sido para hacer que volvieran a jugársela.

Chur abrió un poco los ojos, arrugó la nariz y miró hacia su hermana, parpadeando, medio dormida. Su pulso se aceleró un poco. Había soñado que unas cosas negras corrían por los pasillos, que algo merodeaba por la nave. Ruido en los pasillos. Tenía la sensación de que había pasado algún tiempo.

Su hermana había notado ese pequeño aumento en su pulso. Tenía la desconcertante costumbre de mirar a los monitores cuando hablaba y cada vez que reaccionaba ante algo, fuera lo que fuera. Las orejas de Geran, cargadas de anillos, se agitaron ante lo que veía ahora y, para aumentar su incomodidad, al estar acostada de espaldas le resultaba difícil ver la pantalla.

—Hemos logrado liberar a Jik —dijo Geran.

Chur volvió a parpadear. Gran parte de lo que sucedía era pura ilusión, y de lo que más desconfiaba era de las buenas noticias, de las cosas en las que realmente deseaba creer.

—¿Se encuentra bien?

—Golpes, algunos morados y todo eso. Le dijo a Tirun que se había golpeado con una pared cuando intentaba huir. Suena verosímil. Ya sabes que no hay forma de que te cuente dos veces la misma historia. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera dado con la misma pared que él. ¿Qué piensas hacer con esa condenada máquina? ¿Vas a dormirme?

—Habrá bastante ruido por aquí. Pensé que te haría falta dormir un poco.

—¡Y un infierno mahen! —Chur alzó su cabeza apoyándose en el codo que tenía libre—. ¿Quieres que me suba el pulso?

—Tiéndete. ¿Quieres que me suba a mí?

—¿Qué pasó ahí afuera? —Se reclinó nuevamente en el lecho, sintiendo que la cabeza le daba vueltas, y trató de enfocar la mirada—. Dioses, aún tengo el cuerpo lleno de esas sustancias. Párala, Geran. Por todos los dioses, estoy muy cansada, lo suficiente como para que me resulte muy duro ir en contra del viento...

—Eh... —Geran la cogió del hombro.

—Estoy despierta, estoy despierta.

—¿Quieres tratar de comer algo?

—Dioses, no quiero más de esa cosa.

Ruido de papel metalizado al arrugarse. Un aroma dulzón invadió la atmósfera esterilizada que sólo olía a medicinas. La comida, fuera del tipo que fuera, era toda una prueba. Chur hizo acopio de voluntad y cooperó con Geran, que le alzaba la cabeza con un brazo y le hacía entrar en la boca algo salado. Chur se lamió los labios y aceptó una segunda ración sin desearla realmente. Ya era suficiente.

—No está tan mal —dijo. Era cierto. Había echado de menos la sal. Los efectos

en su boca eran algo más agradables que los de la última comida que le había traído Geran. Calculó cautelosamente el rumbo que seguiría hacia su estómago, lo sintió llegar al fondo y quedarse allí: sin moverse, gracias a los dioses. Miró a Geran, en cuyo rostro había una mezcla de esperanza y desesperación—. ¿Te preocupa algo, Gery?

La orejas se agitaron.

—Todo va bien.

*Mentira.*

—¿Dónde están esas condenadas cosas negras?

—Hemos logrado cogerlas todas. —Cambio de tema. Chur pareció rápidamente aliviada por eso. Y la maldita máquina traicionera emitió un zumbido que registraba la aceleración del pulso. Geran se volvió hacia ella y bastó con la agonía de esa mirada para que toda la fachada de su expresión se derrumbara.

—¿Nos atacan? —preguntó Chur.

—Nos estamos preparando para el salto —dijo Geran.

*Asustada. Dioses, Gery, harías que el monitor se saliera de la escala...*

—Huhn —dijo Chur—. ¿En qué estás pensando? ¿En que no voy a conseguirlo?

—Claro que lo conseguirás.

—¿Hasta dónde vamos?

Las orejas de Geran se abatieron y volvieron a levantarse. Los músculos que rodeaban su nariz estaban tensos, como si le dolieran.

—Uno de estos días, a casa.

—¿Un salto múltiple?

—No lo creo.

—Pero quizá sí, ¿eh?

—Maldición divina, Chur...

*No tengo fuerzas. No puedo soportarlo. Mírala. Dioses, mírala.*

—Oye, lo que debes hacer es no perder el control y ocuparte de lo que tienes delante, por todos los dioses. ¿Qué quieres, que yo me ponga bien y que tú te encargues de juntar esta nave con una roca? Contrólate. Yo estoy perfectamente aquí. Siempre dándome de comer... —El monitor empezó a sonar de nuevo. Chur no le hizo caso—. ¿Cuándo has comido, eh? Cuida de ti misma. ¿Tengo que preocuparme de si estás cumpliendo con tu trabajo ahí arriba?

—No —dijo Geran. Lanzó una furtiva mirada al monitor y, con un esfuerzo, logró que su rostro adquiriera una expresión tan impasible como la de un viejo señor de clan—. Lo único que quiero es asegurarme de que en tu estómago entra todo lo posible.

—No confías en esta máquina, ¿verdad? Haré un trato contigo. Encárgate de suprimir ese maldito sedante y yo intentaré comer. ¿Me has oído?

—Debe seguir tal y como ellos la dejaron preparada.

El monitor volvió a zumbar.

—¡Que los dioses frían a esa condenada cosa! —gritó Chur y el zumbido intermitente se hizo continuo. Geran alargó la mano y apretó un interruptor, evitando así la dosis de sedante.

—Tranquila —dijo Geran.

Chur se fue calmando. Le dolían las sienas. La habitación iba y venía a su alrededor, pero en el centro veía a Geran más claro de lo normal, como en la visión de caza, mientras que en los límites de su campo visual todo aparecía borroso.

*Puedo volver a casa con el pensamiento, se dijo, y eso era la locura, pura y simple, los gimoteos de un cerebro debilitado. Lo único que debo hacer es mantenerme junto a la nave y llegar ahí con ella.*

Locura, eso era. Pero durante un segundo le pareció que estaba fuera de las paredes, que sabía cuanto estaba teniendo lugar en la nave, sintiendo cómo giraba la estación de Kefk, cómo se movía el sol en una hiperextensión de sí misma, que era como el tiempo alargado del salto, donde el tiempo y el espacio volvían a definirse. Una vieja navegante espacial podía utilizar ese camino para volver a casa. No podría haberlo explicado a quien nunca había salido de su planeta, a nadie que no hubiera volado libremente por esa gran oscuridad... y dejó de tener miedo. Era demasiado peligroso. Podía ver las corrientes entre las estrellas, conocía dónde estaban los agujeros y los pliegues, los abismos y los bajíos formados por los planetas y las estrellas. Sonrió por haber llegado tan lejos con su mente y estar aún en su nave.

*Puedo encontrar el camino a casa con el pensamiento. Llevarnos a todas al hogar.*

—¿Chur?

—Estaré contigo —le dijo—. No te preocupes. Ojalá hubieran colocado este maldito aparato en el puente. —Cerró los ojos durante un segundo, también ese ojo interno que hacía señas a todo el infinito, y luego miró a Geran con absoluta calma—. ¿Cuándo?

—¿Traerle, capitana? —No era propio de Tirun Araun discutir las órdenes, pero había razones suficientes para que lo hiciera. Pyanfar dejó caer sus orejas y volvió a erguir las en una especie de encogimiento cuyo efecto fue que Tirun, obedientemente, agachara también las suyas y hablara con cierta vacilación—. Eso es decir que...

—Skkukuk no es el que me preocupa —dijo Pyanfar en voz baja. Estaban fuera del ascensor, en el pasillo principal del nivel superior, y la nave zumbaba y latía a causa de las continuas pruebas y el cierre de los sellos, la preparación automática para moverse. Y si había un lugar en el cual debía estar Tirun, ése era ante sus tableros de la cubierta inferior, en el puente de carga; y la *Orgullo* tendría que disponer de un

cargamento para transportar, cumpliendo con su honrado oficio de comerciantes. Pero esos días habían pasado para ellas. Por delante no tenían más que temor. Pyanfar iba y venía de una tripulante a otra y hablaba con ellas, sin levantar la voz, de cosas que debían hacerse, evitando comentar la situación en la cual se habían metido. Con Tirun el asunto se limitaba a darle órdenes e indicarle, sutilmente, del mismo modo en que habían hablado durante más de cuarenta años, que estaba perfectamente enterada de lo mucho que le pedía. Entonces el gesto preocupado de Tirun se calmaba y volvía a quedarse silenciosa y serena, igual que el océano—. ¿Cuántos anillos tienes, prima?

—Oh, no lo sé. —Tirun agitó sus orejas haciendo balancear los que llevaba puestos—. Los suficientes para demostrar que tengo sentido común, capitana.

—Cuando salgamos de ésta, prima, te compraré una docena más.

—Huh —dijo Tirun—. Bueno, ya tengo suficientes. Cuando salgamos de ésta, capitana, las dos nos quedaremos muy sorprendidas y Sikkukkut se sorprenderá tanto como cualquiera en su lugar.

—Todos nuestros aliados se sorprenderán —dijo Pyanfar—. Skkukuk no es problema. Está en la nave, ¿verdad? Los kif no comprenden ese tipo de suicidio. ¿Sabes que Jik tuvo que explicarle a Sikkukkut que realmente haríamos volar la nave? No lograba imaginarse ninguna razón para que lo hicieras. Puedes decirle a un kif cuanto quieras al respecto, pensará que es una, mentira. Una fanfarronada. Creo que Skkukuk no es diferente. Dile que voy a encargarle un trabajo: manejará las comunicaciones con los kif. Le pongo a las órdenes de Hilfy.

—Dioses, capitana...

—Durante este salto, Tully estará también sentado en comunicaciones. No tenemos opción, ¿verdad? Tú tienes que manejar el armamento... y me temo que esta vez la cosa irá en serio. También servirás de apoyo a los tableros de Haral y mantendrás un ojo en las pantallas. Pondré a Jik en el asiento de Chur pero su tablero seguirá inactivo, tenga como tenga las manos; y tan seguro como que la lluvia cae hacia abajo que no pienso dejarle meter baza en las comunicaciones. Mientras estemos en Kefk tenemos una excusa, en Punto de Encuentro tal vez debamos inventarnos otra. Pero no quiero ponerle en un dilema entre su ética y nuestra supervivencia. Sólo los dioses pueden saberlo, pero quizá con eso logre quitarle un peso de encima, dado lo extraña que es la mente mahen. Quiere ayudarnos, quiere cumplir sus órdenes, probablemente quiere salvarle el cuello a Dientes-de-oro pese a cuanto le hizo ese bastardo y quiere también un montón de cosas que se excluyen unas a otras. O, al menos, eso puede llegar a suceder sin que tengamos mucho tiempo de aviso. Y bien saben los dioses que no le pondré cerca de tu tablero y las armas.

—No le gustará que Skkukuk esté ahí.

—Pero sabrá por qué razón está. Creo que en su fuero interno lo sabrá y que obrará en consecuencia.

—Conoce a los kif, cierto.

—Conoce a los kif y sabe lo que su propio bando quiere de él, los dioses le salven... y que nos salven de los mahendo'sat y todos sus trucos. Y, por todos los dioses, prima, si localizamos a Dientes-de-oro, vigílale, danos constantemente una línea de tiro sobre él. Tampoco a mí me gustan las reglas de este juego, pero no las hemos inventado nosotras. Son tuyas, son de ese bastardo llamado Sikkukkut, y sólo los dioses saben quién más ha metido la mano en ellas. Vigílalos a todos.

—Bien —dijo Tirun con voz ronca y débil—. A ellos y a Ehrran.

—Si a eso vamos, a todos. No recuerdo que tengamos ninguna amistad por aquí.

—Tahar —dijo Tirun.

—Tahar —repitió ella al recordarla.

Una pirata, una fuera de la ley.

—¿Que tengo a Skkukuk? —dijo Hilfy. Se le había aflojado la mandíbula y tenía las orejas gachas.

Pyanfar asintió. Estaban en la cocina, donde había encontrado a Hilfy. Tully estaba sentado ahí, sorbiendo una taza de gfé. Los ojos azules del humano seguían sus movimientos y las inmóviles orejas lo captaban todo. Su comunicador-traductor le estaría susurrando ahora.

—Te ha tocado en el reparto. Estará junto a Tirun en el asiento de salto, pero trabajará en tu tablero. Limitate a mantener el dedo cerca del interruptor de cierre, por si llega a ser necesario. Y procura recuperarte pronto cuando salgamos de la caída. Tengo que hacerte una pregunta: ¿qué tal andas en cuanto a interpretar matices del lenguaje kif?

—Soy buena en eso.

—Quiero que seas objetiva: ¿eres lo bastante buena como para captar todas las sutilezas de una transmisión kif?

Hilfy se quedó callada y cogió la taza que había en el estante. Miró a Tully y luego nuevamente a Pyanfar. En sus ojos dorados había total calma y control.

—Sé a qué te refieres. No. Pero Skkukuk puede hacerlo. Lo que debo hacer es vigilar lo que él diga. Y ser rápida con el interruptor de cierre.

—Respóndeme: ¿hay algún kif interesado en atacar una nave porque Skkukuk esté a bordo?

Hilfy pensó durante unos instantes en su pregunta. Sus orejas se abatieron y volvieron a levantarse.

—No —dijo—. No si lo planteas de esa forma. Pero existe un punto en el que se volverá contra nosotras, y nos traicionará.

—Estaría solo. La tripulación no le seguiría como en una nave kif. Una tripulación kif se volvería contra su capitán, amotinándose. Una tripulación hani no.

Creo que Skkukuk ya se ha percatado de ello y eso le hará portarse bien.

Una nueva inclinación de las orejas de Hilfy, el tintineo de un anillo. Pero los ojos ya no eran los de una joven.

—Te diré lo que está pensando ese kif. Piensa que la tripulación conserva su propia posición y que te apoya porque le teme, eso es lo que piensa. Cree que si nos metemos en apuros entonces cometeremos alguna gran estupidez y que seguiremos apoyándote sólo por miedo a él. Piensa que si probamos ser lo bastante duras, entonces otras hani se nos unirán en el bando de Sikkukkut. Para él todo es muy sencillo. He descubierto que los kif se hallan asombrosamente libres de prejuicios como especie.

—Creo que tienes razón.

Eso pareció aliviar algo a Hilfy. Sus orejas se irguieron de nuevo y esa expresión la hizo parecer otra vez joven. Y cuando miró a Tully, se agitaron, bajando un poco.

*Así que no eres ninguna estúpida, pensó Pyanfar. Gracias le sean dadas a todos los dioses, tanto grandes como pequeños. Y no se le escapó la mirada de preocupación que habían intercambiado Tully y Hilfy. Ahí tampoco había ningún prejuicio de especie. En realidad, había una excesiva ausencia de prejuicios. Oh, Hilfy, te encuentras muy lejos del hogar y bien saben los dioses que no me importa el que os portéis como dos idiotas en ese aspecto. Debería sentir disgusto. Ya no soy capaz de eso. Que los dioses os salven a los dos, espero que hayáis hecho eso en lo que ni tan siquiera me atrevo a pensar. Espero que hayáis tenido algo de lo que yo he disfrutado durante cuarenta años.*

*Y, ¿qué forma de pensar es ésta?*

Cuando entró en el camarote, Khym estaba durmiendo. Pyanfar dejó caer los pantalones al suelo, sin hacer ruido, dejando la pistola en el bolsillo. Se metió en la cama con forma de cuenco, en el centro, donde reposaba Khym, una masa cálida y cubierta de duros músculos, y se acurrucó junto a él igual que si fuera una niña. Rodeó su espalda con los brazos y enterró la cabeza en el hombro. Él se dio la vuelta y su nariz le frotó el hombro.

*Duerme*, deseó ella, aunque lamentara un poco ese deseo. De entre los placeres de la vida, una cama caliente y dormir en los brazos de su esposo no era precisamente uno de los menos importantes. No podía despertarle, no cuando estaba tan profundamente dormido.

—Py —murmuró él, con ese trueno ahogado que le servía para susurrar. Y se agitó, quizá para encontrarse más cómodo, quizá sencillamente, por las razones que tenía un macho cuando se sabía querido: por bondad, para una esposa cansada que acudía a él en busca de refugio. Lo que hicieron no tenía nada que ver con la estación del año. Eso habría dejado atónitas a las viejas patillas grises del hogar. Los maridos

y las mujeres dependían de las estaciones: los machos estaban siempre dispuestos y las hembras se dedicaban a ello cuando estaban en el hogar, ya fuera en soledad o en parejas. Durante la primavera, el hogar era una confusión de hembras a punto de saltar por cualquier tontería, acosando con sus peticiones al único macho de la casa. Entonces el señor de la mansión tenía que expulsar a todos los jóvenes que habían rebasado su infancia, antes de que ocurriera algún escándalo: las hembras jóvenes partían a la aventura mientras que las hermanas mayores se encargaban de expulsar a cualquier hermano cercano a la edad adulta que el señor de la casa hubiera olvidado. Era la limpieza del hogar, un acontecimiento anual, como las lluvias de primavera.

Quien viajaba por el espacio perdía el ritmo de las estaciones. Pyanfar volvía a casa cuando podía e intentaba que su visita coincidiera con la primavera. Entonces hacía una pequeña visita a su hermano Kohan, que tenía los ojos vidriosos y que en ese momento estaría muy distraído con los asuntos de Chanur, rindiendo una breve cortesía a sus esposas y a cualquier hermana o prima que viviera en la casa o que estuviera por azar en ella...

... y después llegaba el momento decente de la diversión en las colinas de Mahn, donde tenían su corte Khym y las esposas que nunca salían del planeta. Las otras esposas jamás se habían interpuesto en su camino: habrían perdido y lo sabían, y la odiaban cordialmente en calidad de rivales conscientes de que se iría al cabo de una o dos semanas, volviendo a su nave y a sus vagabundeos. Si no había más remedio que tener una rival imposible de expulsar, al menos era mejor que no estuviera nunca en casa.

Y ahora, ¿dónde estaban esas esposas? ¿Seguían odiándola porque al fin le tenía totalmente para ella y no había muerto decentemente en su derrota? La compadecerían y la odiarían, y dirían que todo eso era indecente, como si él no hubiera podido decidir entrar en una nave de Chanur para ser llevado muy lejos, a una especie de reserva tan prolongada como antinatural. Eso destrozaba su reputación y afectaba el honor de ellas. Probablemente imaginaban justo el tipo de lascivia libertina no sujeta a las estaciones que le había conducido ahora mismo a él, o algo peor, que era el juguete y el orgullo de toda la tripulación.

Pyanfar pensó en ello.

—¿Qué opinas? —murmuró en su oído—. ¿Te molestaría tener de vez en cuando a una de las tripulantes? ¿Qué sentirías al respecto?

—No lo sé —dijo él—. Quiero decir... ellas son... —Se quedó callado durante largos segundos—. Son amigas mías.

—No digo que debieras hacerlo. —Le arregló la melena, pasando la punta de una garra junto a su oreja—. Nunca quise decir eso. Te estaba preguntando si alguna vez lo has deseado.

—Son tus amigas.

Pyanfar notó que su corazón latía más rápido. Como si tuviera pánico. Y se maldijo por haber desencadenado todo aquello.

—Nunca lo pidieron. Dioses, qué jaleo... Ni pienses en ello. Lamento haberlo dicho. Sencillamente, sentía pena por ellas.

—Yo también. Lo haría. Díselo si quieres. Como amigas. Creo que sabrían entenderlo. Creo que sería posible.

Pedirle a un macho que lo entendiera. Confiar en él. *Dioses, eso es lo que ha cambiado, ¿no? Es firme como una roca. No jugaría con ello. Ni ellas jugarían con él. Le respetan. Le tratan igual que a una hermana... en asuntos de la tripulación. Ninguna de ellas es mezquina y ninguna pertenece a ese tipo de hembras que necesitan demostrarse algo a sí mismas en la cama o después del amor. Eso es algo que llegas a saber cuando trabajas durante cuarenta años con alguien; sabrían que sólo se trataba de un préstamo. Estaría dispuesta a correr ese riesgo con ellas.*

*Pero lo importante es lo que sea bueno para él, eso jamás lo discutirían. Yo tampoco lo haría, bien lo saben los dioses.*

—Creo que podrías confiar en ellas —le dijo—. Debes entender que si se empieza con una, eso implica que luego vendrán todas. Estoy diciendo que por mi parte no hay problemas, eso es todo. No me hará feliz ni desgraciada. Sencillamente pensé... bueno, si alguna vez ocurre no tienes que andar escondiéndote.

—¡Yo nunca...!

—Ya lo sé. Te estoy explicando lo que siento, nada más. Si alguna vez ocurre con una, ocurrirá con todas. Recuérdalo. Dioses, cuando estábamos en el hogar, me lanzaba sobre ti durante unos días y echaba a tus demás esposas, la vez que duró más fueron cinco días, ¿no? Me estoy sintiendo culpable por tenerte conmigo durante tanto tiempo. Se está convirtiendo en una obsesión. Pensé que si las cosas acaban arreglándose otra vez, quizás... —Y enseguida pensó que todo eso era tan remoto y tan falto de esperanzas que incluso hablar de ello resultaba estúpido, pero había venido aquí en busca de paz: apartó de su cabeza Punto de Encuentro y fingió que no existía—. Bien, pensé que debería darte un poco de espacio para que respires. Te metí a empujones en mi camarote y no te di mucho donde elegir, ¿verdad? Quiero que sepas que en esta nave tienes un lecho. Para ti solo. Puedes estar tan solo como quieras, o donde quieras. Si no quieres compartir mi cama durante un tiempo, perfecto. Te echaré de menos. Pero no quiero que llegues a pensar nunca que estás a bordo para eso.

—Estoy a bordo porque soy un idiota de pies a cabeza. —Tenía el ceño fruncido—. El resto vino después. Py, no hables de esta forma.

—Dioses, no lo entiendes.

—No soy propietario de esta nave. Es de Kohan. No puedo venir aquí, acostarme con sus parientes...



La forma de pensar masculina, llena de ilusiones, siempre vuelta del revés. La forma de pensar del planeta. Le enfurecía ver que aún pensaba así cuando tantas cosas que les rodeaban eran extraordinarias.

—Esta nave es mía, maldita sea, Kohan no tiene nada que ver en esto. Y si quieres irte a la cama con Skkukuk, también él es mío. Y además te haré pedazos las orejas.

Eso le pareció divertido. Y le hizo arrugar la nariz en una mueca de disgusto.

—No consulté con Kohan —dijo—. Tampoco lo hago ahora. Sabes condenadamente bien cómo funciona el Sistema, cómo ha funcionado siempre, con tu sudor y con tu sangre y sin que jamás hayas sido propietario de nada. Puedes hacer lo que te venga en gana, maldición, debes hacerlo, esposo. Llevo aquí fuera cuarenta años. Tú llevas dos y ya no puedes pensar correctamente. Al menos, escucha mis locuras. Durante todos esos años en Mahn solías preguntarme cómo eran las estrellas. Ahora sabes de dónde vengo, por qué no me llevo bien con el resto de las hani... por qué nunca pude hacer que mi hija me comprendiera. Tahy piensa que estoy loca. Probablemente me cree una especie de pervertida. Kara sabe que en efecto lo soy. Pero, en resumidas cuentas, ya no me puedo enfadar o preocupar por lo que piensan ahí abajo. Ya no tengo esa especie de equipo nervioso. Sus pequeñas leyes no me parecen importantes, aunque también creo que eso es peligroso. No sé cómo volver adonde estuve antes. Ninguna de nosotras sabe cómo hacerlo. Haral tiene una bastarda en Faha; Tirun tuvo un hijo en algún sitio y sigue vivo porque lo dejó en Gorun. Bien saben los dioses que normalmente toman precauciones. Pero nunca se han casado y nunca lo harán, se limitan a tomarse sus libertades entre los ermitaños con quien les viene en gana, y no les hago preguntas al respecto. ¿Sabes por qué hacen eso? Yo tuve suerte. Mi hermana Rhean... una primavera coincidimos en Chanur y le pregunté qué tal era su esposo. No se lo pregunté con ninguna intención oculta, ya lo sabes. Pero en su rostro apareció una expresión de dolor, como si estuviera muriéndose centímetro a centímetro, y dijo: «Pyanfar, él no sabe dónde está Punto de Encuentro. No sabe qué es. Así es mi esposo». Y nunca más le hice preguntas. Estaba hablando del señor de Fora.

—No es ningún estúpido. Le conocí estando con los ermitaños.

—No, no es un estúpido. Sencillamente, Rhean no puede hablar con él. No viven en el mismo mundo. Ahora va a casa tan poco como puede. Si le fuera posible pasar con los ermitaños el tiempo que está en el planeta, creo que lo preferiría. Si escoges a un macho en las colinas, él fingirá que tú eres todo lo que ha soñado, ¿no?

—¿Lo hiciste alguna vez?

Pyanfar vaciló. Y eso era lo mismo que decir sí. Se encogió de hombros.

—No después de casarnos.

—Así me ocurrió una vez con una hembra de Morhun y me abandonó una

semana después. Yo, un niño perdido en la espesura, con la esperanza de encontrar una aliada. Jugar con una criatura como yo... es una crueldad.

—Yo fui sincera. Dije que estaba de permiso, y lo estaba... Cuando era más joven tenía un aspecto muy honrado.

—Ningún chico de esa edad habría entendido que pensabas irte a la mañana siguiente. Ningún chico habría sabido que esa nave valía para ti más de lo que él nunca podía llegar a valer. Ningún chico habría sabido que no podía seguirte adonde ibas, que el territorio que tú querías no era... no era algo que pudiera conquistar para ti. Y él habría deseado dejar el mundo entero en tu regazo, Py, cualquier macho lo habría deseado, y habría intentado hablar contigo y quizás cuando llegara la mañana habría aprendido que no podía darte nada que te importara. Eso es muy duro, Py. Lo fue para mí.

—¡Tú eras señor de Mahn!

—Era señor del sitio adonde tú solías ir a cazar, de la casa en que te refugiabas cuando querías descansar un tiempo. Era una diversión, nada más. Jamás pude darte nada. Y quería dártelo todo.

—Oh, dioses, Khym... Ya dije que fui afortunada.

—Pero jamás pude darte nada. Y lo deseaba. Cuando fui a Gaohn para luchar por ti, dioses, ésa fue la primera vez en que sentí que valía algo. Cuando quisiste que viniera contigo... bueno, te seguí igual que un muchacho y abandoné a los ermitaños, ¿no? Para marcharnos y abrirnos paso luchando contra el mundo, igual que dos adolescentes... Entonces no sabía lo grande que era la granja que habías elegido para que yo la conquistara. ¡Dioses, menuda ambición la tuya! ¿Tengo que darte una estación espacial o dos?

—Dioses, ojalá pudieras. —Durante un segundo Punto de Encuentro había vuelto a estar en la cama con ellos. La habitación le pareció fría. Los brazos de Khym la rodearon en un abrazo tenso. Le había dado cuanto tenía y ella seguía ignorando si eso era fruto del deber o de la necesidad, pero al menos lo había dado libremente, no era algo que ella le hubiera exigido con su simple presencia. Eso era lo que esperaba haber conseguido después de todos esos años, por mucho que se apartara de todas las reglas—. Jamás fuiste una diversión —dijo—. Eras mi santuario. El lugar donde podía refugiarme, el oído que me escucharía.

—Que los dioses me ayuden, mis otras esposas siempre sabían a quién estaba esperando. Siempre, siempre esperando... Se lo hicieron pagar a Tahy y Kara. Intenté impedirlo. Py, me pasé treinta años sobornando a mis demás esposas para que dejaran en paz a nuestros hijos, pero no funcionó.

Era como si una luz se encendiera iluminando zonas en sombra. Rincones de la vieja casa en Mahn que nunca había visto. La razón de tantas cosas, tan evidente y tan huidiza.

—Nunca me lo dijiste, maldición.

—Cuando estabas en casa... esos momentos eran demasiado buenos. Y no podías quedarte. Lo sabía. Hice lo que pude.

*Dioses, envenené toda la casa. Todos los demás matrimonios. Destrocé a mis hijos... y, a largo plazo, le hice daño a Chanur cuando mi hija se volvió contra Khym y acabó con nuestro aliado más sólido. Obra mía, todo fue obra mía.*

Khym suspiró y el enorme cuerpo del macho se agitó junto al suyo.

—No tenía intención de contarte esto. Maldita sea, Py, no pude conseguirlo, eso es todo.

*Ésa era su vida. Ésa era la razón de que caminara por entre las mujeres como si pisara cascaras de huevo, porque había perdido a los niños. Oh, dioses. Y, finalmente, acabó perdiendo Mahn. Y volvió a Chanur como un mendigo cuando yo regresé a casa. Había perdido a sus hermanas, eran como extrañas. Todo. Sus hermanas... por una extraña. No podían perdonar eso. Y las esposas de los clanes tampoco. Todo por una esposa. Es una locura.*

*Pero, dioses, lo que yo hice... por un esposo. Creo que amo a este gran tonto. Eso ya es algo, ¿no? Le amo como si perteneciera a mi clan, como si fuera pariente mío o parte de mí. Todo se ha hecho demasiado íntimo. Necesita a otra persona para recuperar el equilibrio. Alguna sensación de perspectiva. Y yo también. Y no me interesa. El macho más apuesto de toda Anuurn podría pasar ante mí, totalmente desnudo, y yo preferiría a Khym. Le preferiría siempre. Y él a mí. Nunca vi esa parte del asunto. Nunca vi que eso era lo que andaba mal entre nosotros, y mira lo que hice. Causamos mucho daño sin tener intención alguna, le hice mucho daño. Dioses, ojalá pudiera dejárselo a las demás.*

*No sabrían cómo tratarle, pero lo intentarían. Incluso Tirun.*

*Desea tanto ser uno del grupo. Eso es lo que realmente quiere. Y se olvidarían de eso. Lo olvidarían porque no tengo ninguna forma de explicarles lo que ocurre dentro de él, de hacérselo entender.*

*Haral lo haría. Haral sería capaz de abrir brecha en Tirun, la vieja réproba: dioses, Khym, si supieras lo bien que se ha estado portando Tirun... no te ha puesto ni un dedo encima, ¿verdad? Porque eres mío. Sería capaz de salir contigo, de emborracharse y de traerte otra vez intacto, lo haría, porque ella es de la nave y tú estás fuera de los límites, y bien saben los dioses cómo le gustas, lo especial que te encuentra. No lo sé. Tú eres todo un caballero y ella podría ser toda una dama para ti. Gracioso, qué caminos tan extraños seguimos.*

*No, si conocieras todos los aspectos de Tirun, si la conocieras realmente, te gustaría.*

*Geran y Chur... Dioses, ojalá las hubieras conocido antes de todo este lío. Tan hermosas. Pero las dos son aguas muy profundas. Y oscuras. No se te ocurra nunca*

*pelearte con ninguna de ellas. Aun así, tienen un sentido del humor condenadamente grande... a ti nunca te han contado esas historias. No son para contarlas en el planeta. Casi nunca bajan. No se encuentran cómodas entre los habitantes del planeta. Eso es lo horrible: algunas veces quieres tener el suelo bajo los pies y el sol en la espalda, y entonces tienes que tratar con la gente que vive ahí.*

*Y Hilfy... ¿ves lo que está pasando entre ella y Tully? Mi pobre macho conservador, explanetario... no ves ni una chispa de ello. Estamos demasiado bien educados. No vemos. No sabemos qué hacer al respecto, así que no lo vemos y, por todos los dioses, les deseamos que todo vaya bien porque tú y yo, Khym, ya vamos cuesta abajo en la vida y ya tenemos bastante que hacer con nosotros mismos y el jaleo en el que estamos metidos.*

*No podrías acostarte con Hilfy; con ella, nunca. Ella es la que se queda fuera de todo esto. Puede llegar hasta otra especie, pero no tiene un puente con el cual cruzar las generaciones. No puede entenderme, dioses, ni tan siquiera puede entenderse a ella misma. Lo confundirías aún más todo. Y eres su tío, siempre lo serás, aunque no tengáis en común una sola partícula. Eres el sustituto de Kohan. Ama tanto a su padre... Por eso anda siempre a tu alrededor, preocupándose por ti igual que una abuela.*

*Traerla hasta aquí, no dejarla reposar en el hogar mientras crece... Hace todo lo que puede. Lo tuvimos tan fácil. Y perdimos tanto tiempo. Creo que eso es bueno para ella. Es bueno para Hilfy. Gracias a los dioses, estás aquí.*

2342 y la *Orgullo* estaba tensando sus músculos, impulsos electrónicos hacían correr las comprobaciones a lo largo de sus sistemas y elevaban el nivel del funcionamiento interno al máximo, en tanto que las luces del puente parpadeaban y los instrumentos zumbaban, con toda la rutina preparatoria de la salida.

Inmóvil aún sobre el eje de la estación había una nave kif con el casco situado de forma que, durante el giro, los cañones se encontraban continuamente en línea de tiro con cada una de las naves que había en la estación, pero principalmente sobre aquéllas cuyos sistemas se hallaban ahora activados, las naves de tripulantes que no eran kif, que pensaban de forma impredecible y distinta a la de los kif.

Pero las comunicaciones seguían fluyendo con naturalidad entre la *Orgullo* y la central de la estación, que en parte estaba formada por personal de la *Harukk*. E, igualmente, las comunicaciones iban y venían entre la *Orgullo*, la *Aja Jin* y la *Luna Creciente de Tahar*, evitando tocar cuanto pudiera ser comprometedor, sólo intentaban lograr la coordinación precisa entre esas tres naves que planeaban despegar muy cerca una de la otra. Podrían haber utilizado el codificador. Había lenguajes que los kif quizá no entendieran.

Pero también había esa nave sobre sus cabezas y, pensando en ello y en la

potencia de fuego que contenía, se abstenían de utilizar esas opciones.

—Hilfy —dijo Pyanfar—, los mensajes a tu puesto número tres: lo primero que debemos hacer en Punto de Encuentro es mandar automáticamente el rumbo de evasión a nuestros dos compañeros.

—Bien —dijo Hilfy—, entendido.

Hilfy, Haral y Tully ya estaban en sus puestos, mientras Khym se estaba instalando en el suyo. Haral seguía manejando el tablero de Geran desde su asiento de copiloto, pero en realidad no era necesario: en ese momento las pantallas no podían darles ni una maldita pista. Si los kif decidían disparar, lo harían. Eso era todo. Y perderían una parte de su estación en el acto.

—Geran viene —dijo Tully haciendo el trabajo para el cual le había entrenado Hilfy en ese tablero, los dioses eran testigos: tenía un punzón para utilizarlo allí donde sus pobres dedos sin garras no servían de nada, y lo estaba metiendo en los agujeros adecuados siguiendo la secuencia correcta y, al menos, era capaz de vigilar un poco las operaciones internas de la nave. Incluso confiarle eso era correr un riesgo: Tirun estaba abajo con Skkukuk y Jik se encontraba libre, pero Pyanfar no pensaba perder los nervios e imaginaba que (y ojalá los dioses las salvaran de tal locura) entre Tirun y Skkukuk podrían manejar a Jik si es que éste tenía alguna idea en la cabeza.

Mientras tanto, Tully, si se encontraba en un buen momento y tenía a los dioses de su lado, podría encargarse de cualquier llamada de emergencia ahí abajo: habían conectado la capacidad de autorreconocimiento de la *Orgullo* con el grado *Prioridad*, palabra que nadie mencionaba en una operación si no era exactamente ésa la situación. *Prioridad* se encendía simultáneamente en los tableros de Hilfy y Haral, y Tully tendría que cometer una secuencia de errores bastante improbable para dejar los pasillos inferiores fuera del alcance del monitor.

Geran había llegado. Pyanfar la vio reflejada en el monitor, una sombra procedente del pasillo principal superior cada vez más grande, hasta que las luces del puente permitieron distinguir el vello rojo y marrón de Geran junto al destello del oro en el pabellón de sus orejas.

—Hola —dijo Geran. Después de haber dejado a Chur en su lecho y haber salido de la habitación. Con todas las posibilidades de que ésa fuera la última vez que la veía. *Hola*, dirigido a Hilfy, cuando Geran normalmente no decía nada al incorporarse a su puesto. *Estoy bien*, quería decir. *No hace falta que dudéis de mí*.

—Nos encontramos en situación rutinaria —dijo Hilfy sin levantar la voz, y ésa era la forma adecuada de tratar a Geran. Sin ponerse nerviosa, sin ninguna carga emocional. Pyanfar se mantuvo levemente atenta a lo que ocurría en el puente mientras tecleaba un acuse de recibo al muelle, que les había informado de que iban a cortar la energía.

—Tirun —dijo Tully.

—Lo tengo —dijo Khym, el segundo en comunicaciones, al recoger la señal, y añadió—: Bien. Se lo diré. *Na Jik*, puedes subir, Tirun viene de camino.

—Geran —dijo Pyanfar por el comunicador del puente—. Jik está a tu cargo, es lo mejor que he podido conseguir. —Estaba el asunto de las manos de Jik, cuyas heridas sanarían en el tránsito subjetivo de varios días que precedería a la entrada en el sistema; pero la recuperación y el salto no eran temas que deseara tratar con Geran en ese momento—. No quiero que te estorbe, pero no tengo otro sitio donde ponerle.

—Le vigilaré.

Bien, eso bastaba. Si Geran estaba ocupada en su puesto, todavía podía contar con Tirun al otro lado de Jik. Y eso dejaba a Tully al final de los tableros, por ese extremo, con Skkukuk. Podría haber puesto a Khym en ese asiento. Pero Khym se estaba acostumbrando al tablero de comunicaciones y, a decir verdad, realmente valía la pena tenerle allí en un caso de apuro. Poner a Khym en la situación más compleja de segundo transmisor a Tirun sería entregarle un sistema con un juego totalmente distinto de órdenes para el acceso. Tully podía aprender una secuencia desde el principio; Khym, confundido por el salto y en una situación de emergencia, podía tocar un control creyendo conocerlo. Y de forma desastrosa.

—Sí, comunicaciones de la *Harukk* —dijo Hilfy—. Datos actuales. Capitana, preguntan de nuevo por la hora de salida y la ruta.

—Siguen siendo las mismas que en las instrucciones.

Las operaciones para el desacoplamiento estaban empezando con una serie de golpes que tenían lugar a medida que la *Orgullo* se desprendía del muelle, cuando Haral hubo dado la señal al otro lado del muro de la estación y hubo accionado los controles de su tablero. Oyó el zumbido grave de la voz de Khym que enviaba mensajes y advertencias rutinarias a los obreros del muelle y a la central de comunicaciones de la estación, y la voz de Hilfy hablando suavemente con la *Aja Jin* y la *Luna Creciente*.

—Capitana —dijo Tully—, Tirun viene.

—Recibido —murmuró Pyanfar.

Si Tirun venía ya de camino era la última y podrían cumplir fácilmente con el horario previsto. Tanto mejor, puesto que estaban rodeadas de kif nerviosos. Pyanfar agitó las orejas e intentó calmar sus nervios, mientras la *Orgullo* y el funcionamiento de sus sistemas hacían suficiente ruido como para enmascarar el funcionamiento del ascensor, dejándoles sin pistas de posibles movimientos dentro de la nave. Estaban los indicadores del tablero... si decidía teclear la matriz en el monitor de acceso. Le picaba la nariz sólo de pensar en la proximidad de Skkukuk. No se había atrevido a tomar las píldoras para la alergia. Necesitaba sus reflejos. Se frotó ferozmente la nariz con el dorso de la mano, torció el gesto y alzó la vista hacia el reflejo que le ofrecía

un monitor apagado justo cuando las luces internas del ascensor le permitían distinguir unas siluetas confusas que se acercaban por el pasillo que tenía a su espalda.

Sus ojos volaron hacia el cronómetro.

2304.

—La *Luna Creciente* informa que todo está preparado —dijo Hilfy.

—Entendido —contestó Haral.

Tahar, como en una exhibición, rebasando el horario previsto y sacándole ventaja. Lo cual implicaba mucho trabajo.

El clan Tahar era el clan Tahar, incluso aunque debiera a Chanur su piel hipotecada.

La puerta del ascensor se había cerrado. Las sombras reflejadas en el cristal estaban más cerca. Pyanfar hizo girar lentamente su asiento para encararse a las que llegaban a última hora. Cortesía. Tirun estaba junto a Jik y al lado de éste se veía la silueta de Skkukuk, envuelto en telas oscuras. Habían lavado las ropas de Jik, sin atreverse siquiera a permitir que le mandaran ropas limpias de la *Aja Jin*, por miedo a despertar las sospechas de los kif. Y alguna tripulante tenía que haberle prestado el brazalete que llevaba en la muñeca. Los kif le habían robado los abigarrados adornos que solía lucir.

—Esta persona —dijo Skkukuk apenas cruzar la puerta—, esta persona rechaza tus órdenes, *hakt'*.

—Se refiere al arma —dijo Tirun.

—No llevamos armas de fuego aquí arriba —dijo Pyanfar con paciencia. De hecho, pensó que lo decía con una paciencia espectacular—. Y tampoco cambiamos de capitanas bajo el fuego enemigo. —Con un estremecimiento interno y pensando en Jik añadió mentalmente: *Espero*—. Tirun te dará instrucciones. Si eres tan bueno como dices, pruébalo.

*Al infierno la psicología kif.*

Pero Skkukuk se puso en movimiento. Jik seguía mirándola.

—¿Cómo mi nave? —preguntó, con voz muy suave, muy civilizada. Pyanfar no se habría mostrado tan contenida en circunstancias similares.

—Hilfy, dale a su estación el flujo de comunicaciones, pero sólo la recepción.

—Bien —dijo Hilfy—. Ya está conectado.

—El puesto dos —dijo Pyanfar, refiriéndose al asiento que le había asignado, Jik asintió educadamente con su oscura cabeza y se dispuso a colocarse el cinturón, con un leve respingo al sentarse. Habló en voz baja con Geran. Pyanfar descubrió que tenía las garras clavadas en la tapicería del asiento y las fue soltando, cuidadosamente. De nuevo hizo girar su asiento.

2313.

—Estamos dentro de la cuenta —dijo Haral—. La *Aja Jin* informa que está preparada. Estamos listas.

—Esperad.

—¿Vamos a ser puntuales con el *hakkikt*?

Pyanfar tuvo en cuenta el potencial de provocación que había en ello. Consideró a los kif. Y luego contempló otra posibilidad y conectó los motores. Junto a su mano había otro juego de interruptores, ahora protegidos e inmovilizados gracias a toda una serie de precauciones que podían saltarse mediante un programa. Bastaba con entrar tres breves códigos y el juego de ranuras y teclas se iluminaría. Y la *Orgullo* tendría una última oportunidad para llevarse consigo una estación espacial llena de kif, un puñado de inocentes respiradores de metano, una nave aliada de poca confianza que incluía uno de los dos planes mahen para lograr la hegemonía sobre el Pacto, un kif que estaba muy cerca de lograr la hegemonía sobre los suyos y que, con intencionada frialdad, amenazaba a toda la especie hani. La mitad de todo el problema que tenía ahora el Pacto se encontraba aquí, en la estación, y la solución se encontraba muy cerca de sus dedos. Teniendo en cuenta cómo eran los negocios, que una sola nave lograra que se desvanecieran la mitad de los problemas del universo no era un mal arreglo.

Con ello también se aseguraba, claro está, el éxito inmediato de sus rivales, cuyas intenciones eran también la hegemonía para los mahen y los kif, quizá la de los humanos, una acción por parte de los respiradores de metano y la caída inmediata de los stsho y luego del *han* para pasar al control de una u otra de las hegemonías. Lo cual implicaba años de sangrientos combates. Sin tener en cuenta a la humanidad, que ya tenía problemas y disputas dentro de su propio pacto, y de cuyas naves se sabía que iban armadas.

Eliminar aquí mismo a todo un grupo de contendientes o encargarse de jugar por Jik y enfrentar un poder contra otro.

El pensar en la secuencia de pasos necesarios ni tan siquiera le causaba pánico. Lo único que sentía era una especie de distanciamiento atónico: podía hacerlo y sólo Haral lo sabría, la miraría agachando levemente las orejas y no transmitiría aviso alguno a la tripulación. Sólo habría una mirada que le diría: *Lo sé. Ahí vamos.*

Quizás Haral pensaba ahora lo mismo, que era una última oportunidad, mientras seguían con el morro metido en las entrañas de la estación y formaban parte indiscutible de su masa. Haral seguía accionando los interruptores, el cierre de algunos sistemas que ya no eran necesarios, mientras comprobaba la sincronización de los sistemas y los propulsores para desatracar.

2314.

—Nos separaremos según el plan previsto —dijo Pyanfar con el tono de voz habitual en esas secuencias de comprobación que realizaban pasándose de una a otra



—. Advierte a los del muelle y a la estación.

—Bien —dijo Haral—. Hilfy.

—Entendido —contestó Hilfy.

El minuto iba transcurriendo.

2314.46.

—Ahora —dijo Pyanfar—. Abrazadera.

*Clang*. La estación dejó de sujetarles.

*Thump*. Retiraron las abrazaderas justo cuando el cronómetro señalaba las 2315; y Pyanfar conectó los impulsores. Con precisión. Y con fuerza. Una variación de gravedad, un impulso que produjo una desviación corregida por reactores y luego una aceleración al soltarse la *Orgullo*, dejando atrás el muelle y el riesgo de chocar con la nave kif que colgaba sobre ellas.

Otra variación de gravedad, algo poco adecuado para estómagos que nunca hubieran dejado el suelo, y Pyanfar hizo girar a la *Orgullo* sobre su eje, manteniendo los reactores continuamente encendidos.

—Enséñales algo a esos bastardos —murmuró Haral junto a ella. Y la *Orgullo* terminó sus giros sin un solo movimiento de más, con el ángulo exacto en los reactores para que la nave saliera impulsada hacia el exterior del sistema.

—La *Aja Jin* ha despegado según el horario previsto —dijo Geran—. Exacta.

Pyanfar agitó las orejas, los anillos tintinearón y el corazón aceleró el pulso.

Sí, eso les enseñaría algo a aquellos bastardos. Les enseñaría el nuevo motor que llevaba la *Orgullo* y que la relación entre las grandes toberas de salto y su masa sin carga había aumentado mucho desde Kshshti. Cualquier kif que viera a la *Orgullo* y la *Aja Jin* moviéndose juntas notaría la peculiar similitud de sus contornos, excepto por los soportes para la carga que formaban parte inseparable de la *Orgullo* y que no aparecían en la delgada silueta de la nave de caza.

—Tahar está en marcha.

Todo había sido pura rutina. Habían conectado los motores principales en el momento exacto, la *Aja Jin* lo hizo también entonces y Tahar la imitó en idéntico juego insolente.

En el puente reinaba el silencio. Nada de parloteo, nada de la habitual conversación entre los distintos puestos, circunstancia normal entre parientes que conocen su trabajo tan a fondo como para desempeñarlo con los ojos cerrados. Pero en este viaje no todos eran parientes. Y ninguna de ellas se encontraba de humor para eso. Solo Pyanfar miraba a Haral como la había mirado un millar de veces durante los viajes de la *Orgullo*: por reflejo.

Haral se dio cuenta de que la miraba y se volvió hacia ella, agachando levemente una oreja y alzando el mentón con una vivacidad que no se parecía en nada al rostro adusto de Haral cuando se entregaba al trabajo.

Podría haberla mirado del mismo modo si hubiera decidido hacer volar la nave. Pyanfar frunció levemente los labios y, observando a la vieja bribona, le hizo el viejo signo que anteriormente, en sus días salvajes, se habían pasado la una a la otra en los bares.

Adjudicaban una frase a ese signo. Una vieja broma íntima. *Nos veremos en la puerta.*

Tragó algo más de aire, flexionó las manos extendiéndolas y colocó el soporte para el brazo hacia arriba, para cuando les hiciera falta.

Nunca había tenido tanto miedo en toda su vida.

—Nos acercamos —dijo por fin Haral. Pero Pyanfar ya lo sabía. Los números desfilaban con un tic-tac hacia el instante del salto. Habían escogido el rumbo de salida hacia el exterior del sistema con un poco más de calma de la conveniente al horario que les habían dado los kif. Quedaba un poco de tiempo libre, ahora la tripulación tenía la oportunidad de levantarse de los asientos para estirarse y relajar tanto la mente como el cuerpo; pero nadie salió del puente. Ni tan siquiera Haral.

Está dormida, había dicho Geran cuando Pyanfar le ofreció la ocasión de abandonar su puesto ante las pantallas para ir rápidamente adonde estaba tendida Chur, aprovechando que ahora se encontraban en giro normal y bajo inercia. Y eso fue todo. Pyanfar se mordisqueó los bigotes y no intentó ofrecerle consuelo alguno: Geran no era de las que siguen hablando cuando ya le han puesto punto final a un tema y ahora estaba concentrada en su trabajo, más bien tensa. Lo único que hizo fue quedarse en pie junto a su puesto, sin apartar la mirada de los controles: a los escasos comentarios de Jik contestaba con sólo una o dos palabras.

—Tully —dijo Pyanfar—, prepárate.

—Yo hacer —dijo él. Ya tenía las drogas que los humanos o los stsho necesitaban para el salto. Pronto se quedaría medio dormido en el puesto, con una dosis de sedantes tal en el cuerpo que apenas sería capaz de mantenerse en pie.

Una idea interesante... una horda entera de naves humanas, todas ellas automatizadas. Sería como enfrentarse a una multitud de máquinas.

¿Y para qué las habían programado? ¿Para reaccionar ante las balizas y aceptar el rumbo sin que interviniera el piloto?

¿Para defenderse a sí mismas? ¿Para atacar? ¿Una horda de máquinas implacables cuyas tripulaciones se habían confiado a las decisiones metálicas y a la moralidad de un ordenador, porque su especie no tenía otra elección?

Los stsho obraban de ese modo, porque sus mentes también sufrían en el espacio del salto; pero los stsho no eran violentos.

*Dioses, habla, tan condenadamente poco, las palabras que tiene a su disposición son tan condenadamente reducidas.*

—Tully. ¿Están programadas las naves humanas para disparar en cuanto salen del salto?

Tully guardaba silencio, no respondía.

—Tully, ¿comprendes la pregunta?

—¿Fuego humano?

—Que los dioses nos salven... Sus máquinas... ¿disparan después del salto? ¿Pueden hacerlo?

—Pueden —contestó Tully con un hilo de voz—. Nave ser.

Un chisporroteo del traductor.

—Capitana —interrumpió Hilfy—, ahora tiene que dormir. Es necesario.

Su mente corría peligro.

—Duérmete —otorgó Pyanfar, sin mirar a su alrededor, sin volverse. De todos modos, Tully le daba la espalda y el asiento impedía que le viera con claridad.

—No confiar humanos —dijo Tully de pronto.

—Duérmete —repitió Hilfy con brusquedad—. ¿Quieres que me encargue yo misma de meterte la droga en el cuerpo? Hazlo.

Mientras, el cronómetro se acercaba más y más al salto.

—Tully —dijo Pyanfar—. Buenas noches.

—Yo ir —añadió él.

—Ya está —observó Tirun—. No le ocurrirá nada.

—Nos acercamos al momento —intervino Haral.

—Tú dar mí comunicación nosotros pasar —dijo Jik.

—La *Aja Jin* tiene sus órdenes. —Ya habían hablado de eso. Jik lo intentaba por última vez—. Jik, ¿tienes algo que decirme ahora, aprovechando los últimos segundos? ¿Jik?

—Yo maldito estúpido —contestó él.

—Cuenta atrás —dijo Haral, y los números que había en la esquina del monitor número uno empezaron a moverse.

—Encárgate de la nave —ordenó Pyanfar. Intercambiarse el trabajo era algo que hacían con frecuencia, y Pyanfar lo había decidido en aquel mismo instante.

—Entendido —aceptó Haral. La sección del tablero que manejaba el salto estaba activada—. Referencia localizada, estamos en las coordenadas.

Habían encontrado la estrella y se dirigían hacia ella. Desde el polvoriento sistema de Kefk hasta Punto de Encuentro había un único salto, un salto desde las estaciones de vigilancia, dotadas de armamento, y la austera estación de color gris...

... hasta la luz blanca y las sutilezas opalinas de una estación dirigida por los stsho.

Si es que aún seguía allí.

—Nos vamos —dijo Haral.

Hacia abajo...

Dejaron de estar en Kefk.

... *Que los dioses nos salven*, pensó Pyanfar, y ese pensamiento se prolongó durante un interminable lapso de tiempo.

Soñó con centenares de naves que luchaban entre sí y ardían como soles.

Soñó con seres extraños que se movían con paso desgarrado y que una vez recorrieron el muelle de Gaohn, un número amenazador de esas criaturas que se parecían a otra de quien era amiga (pero éstos eran demasiados y habían aparecido demasiado repentinamente, los ojos de las criaturas se parecían a los de Tully, aunque eran totalmente azules, extraños y malévolos). Los extraños llevaban armas, hablaban entre ellos con un lenguaje entrecortado y reían fuertemente con su extraña risa que despertaba ecos a un extremo y otro de los muelles.

*¿Qué quieren?*, le preguntó entonces a Tully en ese sueño.

*Vigílales*, le contestó. *Y uno de ellos sacó un arma y les apuntó.*

*¿Qué está diciendo?*, quiso saber Pyanfar cuando les habló.

*Pero el arma hizo fuego y Tully se derrumbó sin un solo ruido. Como a cámara lenta, la silueta que blandía el arma se volvió hacia ella...*

... salió perfecto.

La *Orgullo* entró en el espacio real y Pyanfar parpadeó, tragó aire con un jadeo y sintió un agudo dolor cerca de su corazón que la dejó totalmente confundida. Los ojos de la capitana se despejaron al ver los tableros de la *Orgullo* y las luces parpadeantes, y sus oídos recibieron los zumbidos de aviso del tablero de comunicaciones: *Despierta, despierta, despierta...*

¿Punto de Encuentro?

Pyanfar localizó los datos en la pantalla, se le nublaron los ojos y logró que se enfocaran de nuevo con un agónico esfuerzo.

—Hemos pasado —dijo, dominando el redoble de su corazón—. Haral, hemos pasado.

Y desde otro lugar, muy lejos, con ecos dentro y fuera del espacio:

—Chur, ¿me oyes? ¿Me oyes?

Y desde un lugar distinto:

—*Recibimos señal pasiva. ¡Capitana! No tenemos señal de baliza. ¡Han ocultado la imagen de Punto de Encuentro!*

—*Por todos los dioses... ¡Geran!*

—Ya estoy en ello, capitana, ya estoy en ello.

... Intentaba cazar a sus compañeros, que podían cometer un error fatal en un salto a tan escasa distancia unos de otros; buscaba el primer atisbo de una señal. Ellas mismas viajaban a toda velocidad hacia Punto de Encuentro, hacia un espacio demasiado repleto, donde las pantallas de observación sólo podían indicarles los objetos cuando ya era demasiado tarde y la recepción pasiva quizá no contuviera todos los datos necesarios. Estaban ciegas. Punto de Encuentro quería tenerlas así. Alguien les había preparado una trampa.

—Prioridad —intervino Hilfy—. Aviso de baliza: reducir velocidad inmediatamente.

—No te precipites —dijo Pyanfar.

Con dos naves siguiéndolas a toda velocidad en su salida del hiperespacio, no sentía el menor deseo de reducir velocidad e interponerse en su camino. Una colisión delantera era un dato en las posibilidades astronómicas; un choque por la cola entraba en las probabilidades estadísticas.

Y los kif que les habían dado las órdenes hablaban en serio.

—Algo entra en tu número uno, Haral —dijo Geran.

—En el dos —dijo Haral; y unos segundos después de que apareciera la imagen, el monitor número dos de Pyanfar se iluminó con una señal de identificación. La *Aja Jin* estaba emitiendo.

—¿Qué tenemos aquí? Geran...

—Estoy trabajando en ello. El lugar está lleno de señales en pasivo, nadie emite imagen; hay mucho ruido, demasiado ruido, tenemos naves aquí...

—Coordenada dentro de veinte segundos —dijo Haral.

—Eso es, eso es, preparadas para reducir velocidad.

Pyanfar conectó el automático y la *Orgullo* volvió a entrar en el hiperespacio, aunque esta vez sólo a medias, y emergió con menos energía...

... *dioses, dioses, me encuentro tan mal como una novata... Por todos los infiernos mahen, ¿qué hay en este sistema? Vamos, Geran. Clasifícalo. Oh, dioses...* A un cuarenta y cinco por ciento de la velocidad de la luz. El sistema se lanzaba hacia sus caras. Su propia señal salía de esa maldita baliza traicionera a la velocidad de la luz. Ellas mismas estaban a punto de convertirse en un blanco inmenso para quien estuviera esperándolas. Buscó a tientas los recipientes que tenía junto al codo, le dio un mordisco a uno y dejó que un chorro salado le hiciera olvidar sus náuseas. Un poco más allá de donde terminaba su laringe, hubo un desagradable encuentro de sabores, y la nariz, las manos y todos los pliegues del cuerpo le empezaron a sudar, como si estuviera enferma.

—Geran. La identificación.

—Estoy trabajando en ello.

Un montón de escombros ensuciaba la pantalla; nada estaba en el lugar que debería ocupar; el ordenador, sobrecargado con un exceso de datos, intentaba poner un poco de luz en la confusión de posiciones existente, antes de enfrentarse al trabajo de analizar las señales de identificación que mandaban las naves.

—Señal múltiple —dijo Hilfy—. Aún no hay nada claro. Varias especies.

—Llegada —intervino Jik—. *Aja Jin* estar dentro.

—En las coordenadas —añadió Haral—. Segunda reducción de velocidad, preparadas.

Estaban frenando muy aprisa. El dolor que sentía en el pecho se negaba a esfumarse. Las náuseas estaban a punto de vencer su resistencia pero, aun así, Pyanfar logró accionar el control...

... abajo, otra vez.

... Siluetas de andar desgarrado recortadas contra una luz blanca. *Capitana*, dijo una voz, y ahí estaba Chur, rodeada por una aureola de luz, en el centro de un gran vestíbulo oscuro. Haces de luz ondulaban como lanzas a su alrededor, pero ella apenas se movía. Una inclinación del hombro, una mirada hacia la luz...

... *Chur...*

... otro cambio de potencia, de nuevo en el espacio real. Y una oleada de dolor y debilidad le recorrió los músculos, dominándolo todo. Luchó con esta sensación y buscó a tientas otro paquete. Le dio un mordisco y tragó esa sustancia aborrecible

entre bocanadas convulsivas.

—Tenemos señal de la *Luna Creciente*. —La voz de Geran llegaba hasta ella sin matices. Oyó hablar a Tully, que balbuceaba como si estuviera medio borracho.

—Chur —estaba diciendo—. Chur, contestar. Por favor, tú contestar.

Así pues, Chur no había dicho nada. Podía ser todavía la acción del sedante. La máquina se encargaría de anestesiarse durante una situación tensa. Y no les habían faltado tensiones. Pyanfar volvió a parpadear, flexionó el brazo derecho, sostenido por el soporte, lo sacó de él y apartó el mecanismo a un lado para que no le estorbara. Le temblaban las manos. Oyó el apagado y monótono zumbido de la voz de Tully, extraña y desesperada:

—Chur, Chur, ¿tú oír?

Mientras tanto, Geran luchaba con el ordenador para obtener las identificaciones que tan desesperadamente necesitaban, con la mente concentrada en su labor.

—Recibimos señal de Punto de Encuentro —dijo Hilfy—. Muchas emisiones. Deben estar ocupados. Estoy intentando establecer contacto con nuestros compañeros, localizar esas naves...

—Tenemos que seguir adelante —murmuró Pyanfar—. Tenemos que hacerlo. No hay dónde elegir, maldita sea. Ciegas. Tenemos nuestras órdenes, tenemos que...

—Kif —dijo de repente Skkukuk—. ¡Señales kif!

—En el dos de audio —dijo Hilfy.

Lo eran. Alguna nave kif estaba transmitiendo en código. Quizá todavía no se había dado cuenta de su presencia. O quizás estaba lo bastante cerca como para haberlas localizado, entrando en el sistema desde Kefk.

—Vamos a tener encima una nave de intercepción en cualquier momento —murmuró, y empezó a sudar—. Akkhtimakt. Aquí está, en guardia. O quizás está dirigiendo toda la condenada estación...

—Imagen, prioridad —dijo Geran—. Dioses.

Las pantallas de observación pasiva se aclararon: a un lado se veía una masa de luz y al otro los distintos colores que indicaban los vectores y el movimiento relativo, que casi era nulo. Donde debería estar Punto de Encuentro se veía una gran bola de contornos nebulosos. Resplandor a menos setenta treinta sesenta. Otra bola en el uno diez. Lo único que tenía sentido eran los datos que les proporcionaba el sistema, la misma Masa de Punto de Encuentro, grande, oscura y muerta desde que se había formado, muchos eones atrás. Y la estación en sí. El resto...

—Khym —ordenó secamente Pyanfar—. Comunicaciones internas. ¡Tully, el audio uno! Y presta toda tu atención. No sabemos qué hay aquí. Podrían ser humanos, podría ser cualquier cosa. En cualquier caso, son muchos.

—Entendido —dijo Khym, y Tully lo repitió.

El panel del ordenador principal, situado entre Haral y Hilfy, mostraba un

continuo parpadeo de preguntas entre los puestos, acciones y directivas procedentes de sus complejos lóbulos que compartían un tiempo de acción único. Era igual que un t'c'a lunático: tenía varias mentes y ahora todas estaban muy atareadas.

Pyanfar se frotó el pecho allí donde se había aposentado el dolor y luego se pasó el dorso de la mano por la nariz, que le picaba.

Escuchó a Khym, intentando hablar con Chur por el comunicador repetidas veces.

—Chur —dijo de repente—. Geran... ¡la recibo, está contestando! Chur, ¿cómo te encuentras?

Estaba viva. Alguien se encargó de pasar la respuesta de Chur al tablero. Era tan escatológica como obscena.

Pyanfar tragó una dolorosa bocanada de aire y luego otra más.

—Alabados sean los dioses —murmuró Haral de forma casi inaudible.

Y Khym dijo:

—*Ker* Chur, tenemos un problema en estos momentos...

—Eso es stsho —dijo Hilfy—. Estoy recibiendo algo cerca de la estación. Stsho. Y hani. Más de una. Geran, vas a recibir datos, Jik... Ya he oído eso. —Dirigiéndose a quien fuera por el comunicador. Y Geran:

—Maldita sea, estoy trabajando. —Y luego—. Sí, límitate a tomártelo con calma, ¿entendido?

—Entender —dijo Jik en voz baja—. Estar aquí entonces no...

—Diez minutos para entrar en la zona de observación astronómica de la estación —dijo Haral—. Coordenadas.

Pyanfar tragó de nuevo una bocanada de aire y flexionó los dedos.

—Hilfy, emisión al control de tráfico de Punto de Encuentro: vamos a entrar de la forma habitual.

—Bien. Hecho, datos de aproximación acostumbrada en transmisión.

—*Aja Jin* hacer reducción —dijo Jik.

—Preparadas para nuestra última reducción.

La ola que su llegada había creado no había alcanzado aún a la central de Punto de Encuentro. El faro robot situado en la zona de salto averiguaba cuanto podía la inteligencia artificial que tenía por cerebro, pero la baliza no devolvía ninguno de esos datos, ni aunque hubieran tenido tiempo para recibir el gemido de su señal identificadora.

Era una trampa, no había duda. Los stsho no tenían el valor suficiente como para irritar a un enemigo armado, no las habrían dejado ciegas mientras entraban en el sistema. Para eso contrataban a los centinelas.

—No hay forma de saber dónde está Sikkukkut —murmuró Pyanfar—. Puede que le haga falta otra hora para salir de Kefk con todas esas naves. Pero es rápido.

—Kkkkt —dijo Skkukuk, y ese sonido hizo que a Pyanfar se le erizara el vello de



la espalda. Ningún comentario aparte de ese chasquido que podía significar un millar de cosas.

—¿Estáis todas bien ahí atrás? Skkukuk, ¿te encuentras bien? —le preguntó al kif. Sabía que eso bastaría para tener contento al maldito bastardo. Pero la pregunta era también sincera: su alimento era un problema. *No quiero a esas condenadas alimañas en mi puente*, ése había sido su ultimátum; y Skkukuk había logrado encontrar su propia respuesta al problema. Bastaba con azúcar y agua, por vía intravenosa.

—Kkkkt —repitió él—. *Sí, hakt'*. —Indudablemente, había llegado a un montón de equivocadas conclusiones kif sobre su posición, la de la tripulación, la de Jik y la de Tully. Ese cerebro de contornos alargados y mentalidad predatoria estaba formado para procesar continuamente este tipo de informaciones, de forma tan inexorable como una estrella seguía su rumbo. Usar las garras, arrastrarse y subir trepando. Demostrando sentido del humor sólo cuando ascendía y exhibía su poder.

Dioses creadores, al inventar tal criatura, algún objetivo tendríais. Pero ¿cuál?

—Imágenes —dijo Tirun—, prioridad canal cuatro.

—En tu dos —dijo Haral; pero el cambio ya aparecía en la pantalla, con la confusa bola de Punto de Encuentro distinguiéndose de todo un globo de puntos. Otra de las masas luminosas repitió el proceso. Otra siguió tan confusa como antes.

—Tenemos mucha compañía —dijo Haral.

Era un enjambre, desde luego. Un enjambre monstruoso, inmóvil alrededor de Punto de Encuentro, como insectos en torno a un cadáver.

—Dioses... —murmuró Pyanfar.

Otro manchón luminoso se materializó. Faltaban unos diez minutos luz para el nadir de la estación. El manchón era pequeño y todavía no se distinguía con claridad. Podía crecer mucho más.

—Hay otro —dijo Haral y, un segundo después, tanto Geran como Jik hablaron por el comunicador.

—Entendido —musitó Pyanfar, la mitad de su mente estaba allí y la otra mitad se concentraba en los datos que obtenía del ordenador, emparejando sus códigos de colores con la masa de la estación que indicaba *identificación stsho hani*.

Más identificaciones. En la imagen de la estación había stsho y hani, y más al exterior, mahendo'sat y kif. Pero en la emisión no se descubría ni un solo respirador de metano, lo cual tanto podía indicar que esas imágenes los pasaban por alto como que ninguno de los respiradores de metano emitía, o que éstos habían husmeado algo raro hacía tiempo y habían huido a toda velocidad hacia sus propios territorios.

—Capitana —dijo Geran.

—Lo tengo, lo tengo.

—No se ve ni un solo respirador de metano en ninguna parte —murmuró Haral

—. Esto no me gusta.

—Eso que se ve ahí fuera debe ser Akkhtimakt —dijo Tirun—. Parece que vamos a tener un auténtico enfrentamiento.

—Naves mahen en el exterior —dijo Pyanfar—. Dientes-de-oro. Te apostaría huevos contra perlas a que anda por ahí. Y hay demasiadas naves. Dioses, mirad eso.

—Humanos —musitó Haral con un hilo de voz. No por el comunicador del puente, sólo con su voz.

—Sí.

*Tully lo sabe. Tiene que saberlo. No es sordo. Y tampoco está ciego.*

—Pyanfar —dijo Jik—. Dar comunicación.

—Lo haré cuando me encuentre en uno de tus infiernos. Quédate sentado y no te muevas.

¿Stsho y hani que no se movían del muelle aun con kif a la vista, naves kif que tenían la ventaja de su posición y de haber salido antes y, además, con la masa de la enana oscura de Punto de Encuentro para atraerlas hacia el interior del sistema?

Pero así reaccionaban también los demás manchones de las pantallas, tanto los mahen como los desconocidos. Sí, desde luego iba a ser todo un enfrentamiento.

*Tenemos problemas, dioses, tenemos problemas.*

—Hilfy: a las dos naves que nos acompañan; preparaos para una buena reducción de velocidad en la coordenada de las dos unidades. No vamos a meternos de cabeza en eso, por los dioses... Reducción de velocidad y frenado. Vamos a inmovilizarnos.

—¡Tú tener malditos kif venir detrás nuestro, poner todo patas arriba! —gritó Jik—. ¡Dar comunicación, maldita sea, yo hablar!

—¡Quédate sentado si quieres conservar las orejas!

—La *Aja Jin* emitiendo —dijo Hilfy—. Jik, traduce.

Era más rápido que la traducción mecánica.

—Hacer identificación. Decir hola Ana. Decir que tener kif viniendo detrás nuestro.

—Que los dioses les...

Los monitores cambiaban continuamente de imágenes. Ahora las señales de ordenador los inundaban demasiado rápidamente como para que los operadores pudieran manejarlas. Llegaban muchas transcripciones. Comunicaciones kif. Naves hani en la estación. Los stsho eran presa del pánico. La ola de su llegada había llegado por fin en la estación, pero no había alcanzado hasta los que estaban más lejos en la imagen pasiva. Tres minutos más para que los kif de Akkhtimakt se dieran cuenta de su llegada. Siete para esas señales sin identificar que podían ser los mahendo'sat. Ocho para las que estaban más lejos, que podían ser los humanos. Y el doble como tiempo de respuesta.

—Vamos a tener montones de kif a la espalda.

—¡Tener malditos kif pasando a través de todo el sistema, ellos no detener! ¿Tú oír? ¡Pyanfar, dar comunicación!

—Cállate. ¡Haral! Reduce la velocidad.

Haral movió los interruptores. La *Orgullo* se desprendió de su velocidad al pasar en una sola sacudida a un estado de existencia inferior; el espacio se volvió al revés...  
... otra sacudida. El universo giró sobre sí mismo... revisándose.

Los instrumentos se despejaron de nuevo. Luego quedaron inutilizados con un salto que les hizo vacilar el pulso y volvieron a despejarse: alguna nave demasiado cercana a ellas había hecho que sus coordenadas de navegación sufrieran un desplazamiento cuando el campo las hizo bajar por la pendiente gravitatoria.

El índice de velocidad era mucho menor. A partir de aquí las cosas serían fáciles. Otras dos señales reaparecieron: la *Luna Creciente* y la *Aja Jin* habían hecho lo mismo que ellas y ahora entraban de nuevo en el espacio, bastante separadas de la *Orgullo* y un poco por detrás de ella.

—Buscad los nuevos datos —dijo Geran.

—Emisiones del ordenador a mi tablero —dijo Pyanfar y, cuando se encendió la luz, añadió—: A todas las naves. Aquí Pyanfar Chanur, de la *Orgullo de Chanur*. Tomad precauciones, que todo el personal de la estación se dirija a las áreas interiores más seguras. Mantened el orden. Que todas las naves reduzcan velocidad para su propia protección. Tenemos un tiempo limitado. Aquí la *Orgullo de Chanur* y sus naves aliadas, pidiendo a todas las naves que mantengan sus posiciones y no intenten ninguna acción. El *hakkikt Sikkukkut* se dirige hacia el sistema con un gran número de naves. Tomad precauciones...

—¡Sheshe sheshei-to! —exclamó Jik.

—¡Prioridad, prioridad! —gritó Geran, al quedar roja toda la parte superior del monitor de observación. La mancha se extendía detrás de ellas y por todo el espacio de salto como una plaga.

—¡Dioses! —chilló Pyanfar y conectó la alarma.

Inútil. A su espalda y bajo sus vientres aparecían naves a una velocidad tal que podían cruzar un diámetro planetario en segundos. La ola de informaciones caía sobre ellas a velocidad lumínica, pero a las naves les faltaba sólo una fracción para igualar tal velocidad...

Los instrumentos saltaron en un ataque de locura. El corazón le golpeó duramente en el pecho. El primer disparo de sus neuronas, aterrorizadas, le comunicó que estaban muriendo... y el segundo, que no habían muerto y que el encuentro había terminado en cuestión de nanosegundos.

Todo pasó como una tormenta. Ahora se dirigía a Punto de Encuentro, se alejaba con el estruendo deformado de sus emisiones, como demonios aullando por encima de la estación condenada. Punto de Encuentro sólo tenía unos minutos y no había

esperanza alguna de que los reflejos de criaturas mortales pudieran responder a los sucesos...

—Oh, dioses —dijo Pyanfar por tercera vez. Las palabras brotaron con lo que ella pensó era su último aliento.

—Dar comunicación —gritó Jik—. Dar...

—¡No te muevas de tu asiento! —exclamó Tirun a modo de respuesta.

—Prioridad, comunicaciones —dijo secamente Hilfy—. ¡Tully!

Y, siguiendo ese chorro de lenguaje desconocido, la voz de Tully, a toda velocidad:

—... todas las naves —iban apareciendo las naves en el monitor, que operaba como traductor—. Aquí # Tully #, pedir # que mantenerse #...

El mensaje se interrumpió por completo. Hablaba en algo que, desde luego, no estaba en el diccionario del ordenador.

—Maldición —dijo Jik—. ¡Ana!

Al mismo tiempo que una masa de emisiones kif corría por delante de ellos, Sikkukkut se lanzó con un aullido rumbo al nadir, sobre una estación llena de stsho incapaces de combatir y en dirección a un grupo de naves hani que sí podían hacerlo. Y que estaban dispuestas a morir en la lucha.

—Los dioses maldigan a ese bastardo —murmuró Pyanfar, y sintió un profundo dolor en las entrañas, algo que dejaba pequeño el dolor de su corazón—. Haral, a mis tableros. Hilfy: comunica a nuestros compañeros que no hagan nada. Haral: rumbo hacia Urtur.

—Bien —dijo Hilfy.

—Hazlo —dijo Pyanfar—, Haral.

Un código apareció en su pantalla. *Prioridad cuatro. Emergencia de personal.* Tirun se lo había enviado.

—¡Pyanfar! —La voz de Jik. Hizo girar su asiento y vio a Jik, que se había quitado el cinturón, poniéndose en pie mientras Khym luchaba en su propio cinturón y Skkukuk se movía todavía más aprisa.

Pero Jik se quedó quieto. Totalmente inmóvil. Y los demás hicieron lo mismo cuando ella alzó una mano.

—Pyanfar, tú tener que dar mí comunicaciones...

—La *Aja Jin* está emitiendo en código —dijo Hilfy—. Introdúcelo en el sistema de códigos, Haral.

—Jik —dijo Pyanfar—, no quiero que mi tripulación sufra daños. Ni tú tampoco. No me dejas elección ¿comprendes lo que te digo?

—Maldita hani estúpida, ésa ser *Mahijiru*, Ana esperar señal... él recibir tu mensaje, él ir de aquí. El tener que ir de aquí. Yo dar ti mensaje. Tú enviar: decir *Sheni*. Él entender, dar ti misma cooperación. Yo decir verdad, Pyanfar.

—De aquí no puede salir ningún tipo de directriz para esa nave —dijo ella, con las orejas gachas. Apenas si lograba oír lo que decía. El corazón le latía con fuerza—. ¿Acaso quieres que nos fríen a todas, Jik? Las naves mahen de ahí fuera no pueden moverse. Están atrapadas, igual que las hani. No tenemos dónde escoger y Sikkukkut no está muy contento de nosotras. Khym, Skkukuk: creo que será mejor que saquéis a Jik del puente.

—¡No! ¡Pyanfar! Condenada estúpida, tú necesitar mí. Necesitar yo aquí. ¡Tú enviar mensaje!

—No puedo confiar en ti. Te pido que te vayas. Sin armar jaleo. Ahora mismo, o de lo contrario siéntate en ese puesto.

Los dedos de Jik apretaron el respaldo del asiento. Pyanfar pensó que no iba a moverse y el instante pareció durar una eternidad. Khym jamás sería capaz de esperar tanto tiempo. Los segundos se enroscaban sobre sí mismos, como durante el salto. Tenía que pensar en su nave y en la pistola que llevaba en el bolsillo. *La usaré, Jik; la usaré si me obligas a ello, por todos los dioses, no lo hagas, no me obligues a usarla, tengo que proteger mi nave...*

Jik volvió a sentarse. Y Pyanfar dejó escapar ese aliento que casi había olvidado e hizo girar nuevamente su asiento.

Las traducciones se multiplicaban en la pantalla. La *Aja Jin* enviaba mediante el ordenador una oleada de explicaciones codificadas y dirigidas a las naves mahen. Tully seguía lanzando el mensaje por su puesto de comunicaciones, sin dejar su tarea ni por un segundo. Resultaba imposible adivinar qué enviaba. Estaba diciendo todo lo que ellas no podían decir, todo lo que no se atrevían a decir, y en un código que nadie podía descifrar.

Una traición contra el *hakkikt*. Quizá contra ellas.

O contra la misma humanidad.

Pero ¿qué esperaba el *hakkikt* al enviarlas primero, para dejar paralizado el sistema... cuando su propia llegada, casi pisándole los talones, haría que las naves empezaran a correr igual que hojas al viento?

Pasó eso al monitor de Jik. No obtuvo más que silencio por todo comentario.

*Se está haciendo, Jik, y puede que nos mate a todos.*

La emisión de Tully no tenía el menor sentido, los errores o las utilidades codificadas de vocabulario estaban volviendo loco al traductor. Lo que brotaba de la *Aja Jin* sí entraba en la lógica sintáctica, pero algunas de sus partes carecían de sentido. Aunque otras sí lo tenían. Poseían el significado de esas palabras-código. Si Kesurinan realmente hubiera sospechado algo, podría haber utilizado otra alternativa a ese código, suponiendo que los mahendo'sat tuvieran otros códigos. Pero Kesurinan no sospechaba. Ésa era la mejor hipótesis: Kesurinan, como mínimo, no sospechaba que ellas poseían esas palabras o que Jik se las hubiera entregado contra su voluntad,

en una nave que tenía un programa de traducción mahen.

Mientras tanto, la nave seguía avanzando con su velocidad reducida y las estaciones del puente se hablaban entre ellas con voces apagadas, con el zumbido y el chasquido del instrumental en los tableros.

Para Jik ya había pasado todo. Ante él estaban los kif y una hani que le había mantenido apartado de su nave en un instante que podía ser el más decisivo de toda la historia.

A ella tampoco se le ocurría nada que decir.

Los kif de Sikkukkut se lanzaban para atacar a los de Akkhtimakt, a Dientes-de-oro y a los humanos, si es que ellos constituían la masa que había ahí fuera. Mientras tanto, los stsho y cualquier otro grupo de no combatientes esperaban el resultado en la estación, indefensos y aterrorizados.

—Prioridad —dijo Geran. Los bordes de la pantalla se volvieron rojos: un grupo de naves situadas al exterior pasó del azul estacionario al parpadeo azulado de una nave con poca velocidad, ya que la recepción pasiva había captado cierta actividad. Algo parecido a motores poniéndose en funcionamiento.

Akkhtimakt.

Sus garras se clavaron en el acolchado.

—¿En qué posición se encuentran respecto a la estación?

—Ése es nuestro mensaje —dijo Tirun—. No saben todavía que Sikkukkut está aquí. Llegaremos a esa zona en menos tres. Tengo la identificación de algunas naves hani de la estación. Negativo de Ehrran. Son la *Industria de Harun* y la *Estrella de Tauran*, y la nave stsho *Meotnis*; también están las naves hani *Viajera de Vrossauru*, *Tejedora de Luces de Pauraun*, *Esperanza de Shaurnurn*...

Viejos nombres, nombres del espacio. Los clanes de Araun. Pyanfar los oyó y tensó las manos sobre los brazos del asiento.

Mientras tanto, la señal de los kif de Akkhtimakt pasó del azul a un parpadeo verde. Luego al púrpura, como la imagen de las naves de Sikkukkut. Pero doce de las naves de Sikkukkut estaban cambiando también de color, adquiriendo un azul verdoso más brillante, y otras dos eran aún más brillantes. Misiones distintas. Se detenían en mitad del sistema, donde podían cambiar su dirección y atacar a la estación Punto de Encuentro. O a los mahendo'sat.

—Prioridad —dijo Geran.

—Ya lo he visto —dijo ella—. Desde luego, Sikkukkut se asegura de tener la retaguardia bajo vigilancia.

—Nuestro mensaje ha llegado —dijo Tirun con voz monótona—. La posición actual de Akkhtimakt.

—Dioses. —*El vector, por todos los dioses, Geran. ¿Qué vector lleva Akkhtimakt?*— Geran, ¿puedes conseguirme un...?

La proyección tomó forma.

—Prioridad, prioridad —dijo Geran. Y su respuesta apareció con dos vectores, una parte del grupo de Akkhtimakt se dirigía hacia el nadir, veinte naves para Urtur y diez para Kshshti. Su corazón pareció aumentar de tamaño, latiendo dolorosamente a causa de la tensión del momento.

—Dioses y truenos.

—Puede que Sikkukkut se limite a perseguirlas —dijo Haral—. Ojalá los dioses le manden detrás de ellas hasta Urtur, que se lo lleven de aquí, por todos los...

—Dar mí comunicación —dijo Jik en voz baja, como si ya hubiera perdido la esperanza de lograr sus deseos—. Dar mí comunicación. Yo hablar con Ana...

Pero, de repente, también la imagen de Dientes-de-oro empezó a parpadear. Un movimiento inminente, todavía no definido por el ordenador. La distancia causaba una variación que podía indicar la magnitud del movimiento, y el ordenador intentaba conseguir la cifra exacta.

—Pyanfar.

—No, maldita sea... Dioses, ese bastardo acaba de recibir la señal del movimiento que Akkhtimakt ha hecho y no piensa tardar ni un segundo en largarse. No importa lo que le envíe la *Aja Jin*, no le llegará antes de partir. Va a moverse. ¿Hacia dónde? ¿Qué distancia recorrerá?

—No saber —dijo Jik.

—¿Fuera del sistema? ¿Dar la vuelta y entrar de nuevo?

—Dar comunicación. ¡Yo decir él, él hacer! Código. ¡Dios! ¡Kif no huir rápido bastante! Dar comunicación.

—Puede que no consigas llegar a él a tiempo. Y puede que no te escuche. Y eso nos dejaría aún con los kif, ¿no? Solas por completo, transmitiendo en código a sus enemigos. No, gracias.

Mientras tanto, detrás de ellas y a su lado, la *Aja Jin* se mantenía en silencio. Quizá Kesurinan creía que la orden de silencio procedía de Jik y que ellas la habían transmitido por no encontrarse Jik en el puente; o tal vez Kesurinan confiaba todavía en ellas. Quizás.

—Naves mahen recibiendo nuestro mensaje número dos —dijo Tirun con tranquila monotonía. Parte de su misión era contabilizar el tiempo relativo de todo lo ocurrido mientras el desastre seguía tomando forma a su alrededor—. Tardarán un poco en avisar de ello a Kesurinan. Puede que no lo consigan.

La masa que representaba a Dientes-de-oro y los humanos se volvió de color verde. Se retiraban. Con velocidad creciente.

Jik blasfemó. En mahensi.

—Todo ser engaños, Pyanfar. Ti, yo, Ana. ¡Maldición, maldición!

—Cállate.

—Kif... maldición, kif hacer esto, tú no entrar en combate, no entrar, Pyanfar.

—Eso ya lo has conseguido. No podemos meternos en eso.

Mientras tanto, el pasado más reciente se desplegaba en la pantalla, el ordenador luchaba por darle algún sentido y mandaba al monitor de identificación imágenes que tenían dos tonalidades del color de los kif.

—Esos condenados kif apenas han reducido velocidad —murmuró Haral junto a ella—. Ahora avanzan con un sesenta y cinco por ciento de la velocidad lumínica. Dioses, mirad eso.

—Preferiría no hacerlo —le replicó ella. Y sintió que le temblaban todos los miembros y un malestar en el estómago—. Ese bastardo lleva suficiente velocidad como para saltar al hiperespacio ahí mismo, en la cola de Akkhtimakt.

—Peligroso —dijo Haral. Se refería a colisiones en el otro lado, allí donde caerían casi hasta el fondo del pozo gravitatorio de Urtur sin conocer cuál era ni el estado ni la capacidad de ajuste exacta de las naves que tenían por delante. Era como pedir que ocurriera el desastre.

Y el mahendo'sat, que los dioses le maldijeran, estaba saliendo del sistema, las abandonaba. Había otras conclusiones posibles, pero ninguna les daba esperanzas. Típico de Dientes-de-oro, cuyas prioridades eran únicamente los mahendo'sat.

*Otra deuda que tengo contigo, Dientes-de-oro, bastardo.*

*Tenemos naves hani en la estación. Tenemos a trescientos mil stsho que son incapaces de protegerse a sí mismos.*

Extendió la mano hacia el último paquete de alimentos que había junto a su puesto y lo cogió: en la boca notaba un regusto a cobre y vello reseco. Era agudamente consciente de que el vello que se le desprendía rozaba su piel, atrapado entre ella misma y el cuero del asiento; de que al frotarse el brazo había dejado el borde de la consola cubierto de vello; de que el sudor le había empapado los pantalones y humedecido el cuero del asiento allí donde estaba en contacto con su cuerpo.

Una vez en Urtur Akkhtimakt, contando con la ventaja de la velocidad, podría dar la vuelta para regresar, aunque para ello precisara cuatro meses. Pero más allá de Urtur estaba el territorio hani, el conflicto podía continuar extendiéndose.

Cuatro meses fuera y luego regresar, una vez más, y otra, y otra. Años de maniobras o así se lo parecería a quienes estuvieran en los planetas. Simplemente semanas en el tiempo de naves que, prácticamente, no pasaban ningún lapso perceptible dentro del sistema. Años de combate, con las tripulaciones de las naves atrapadas en éxtasis virtual, sin envejecer.

*¿Cómo se puede sobrevivir en esa especie de locura? ¿Qué tendremos cuando haya terminado?*

*Que los dioses le fríen, ¿cuál es el juego de Dientes-de-oro ahora? Él y los*



humanos. Todos corriendo de un lado a otro. Por el infierno mahen, ¿de qué sirve todo esto?

¿Qué tipo de treta están planeando los humanos?

¿Qué les dijo Tully?

—Prioridad —dijo Hilfy—. Mensaje de Sikkukkut, textualmente: Bajar al muelle y apoderarse de la estación.

Tenemos nuestras órdenes, ¿verdad? Besar los pies del hakkikt, hacer su trabajo, movernos cuando lo manda. ¿Meternos ahí dentro como si fuéramos una condenada banda de piratas?

Ojalá hubiera muerto antes de que ocurriera todo esto.

—Advierte a la Aja Jin y a Tahar —dijo.

—Bien —dijo Hilfy. Y, un instante después—. Acusan recibo. Último mensaje: Seguimos vuestra señal.

Nos estábamos preocupando por lo que haría Dientes-de-oro. Lo que haría Akkhtimakt. Olvidábamos algo importante: Sikkukkut no es ningún estúpido. Ha tenido tiempo para meditar sobre esto. Ha planeado algo. Lleva ventaja sobre todo lo que haya podido pensar Akkhtimakt, Dioses, ¿cuál es la siguiente jugada?

—Llévanos adentro —dijo.

—Bien —respondió Haral. Y empezó a preparar el rumbo. Se movían aproximadamente en la dirección adecuada. Haral conectó los direccionales y empezaron a desprenderse de la velocidad que aún tenían, girando y haciendo que los motores principales entraran en acción. Éstos se encargaron de frenarlas, con el impulso de una gravedad, un golpe brusco y sólido se oponía a la gravedad que les proporcionaba la rotación, causándoles un profundo malestar.

—¿Se encuentra bien Chur ahí abajo? —preguntó—. ¿Khym?

—Chur ha preguntado qué estamos haciendo —contestó Khym—. He intentado explicárselo. Creo que está drogada. Dice que quiere soltarse de la máquina. Le he dicho que no, que ya tenemos bastantes problemas.

—Ya tenemos bastantes problemas —murmuró Pyanfar, apretando la tecla del comunicador general—. Chur, estamos bien. Tenemos mucho trabajo aquí arriba, ¿eh? No hagas que tu hermana se preocupe.

—Bien —le llegó la voz de Chur. Había sido la compañera de Geran en ese tablero. Ahora debía permanecer acostada, escuchando, mientras que las pantallas de observación intentaban mantenerse al corriente de una situación que se había quintuplicado en dificultad y que seguía empeorando—. Geran... me voy a... dormir... condenada máquina.

—Tensión gravitatoria —dijo Pyanfar.

¿Lo es? Dioses, prima, aguanta.

—Nos dirigimos hacia la estación —dijo Geran—. ¿Has oído eso, hermana mía?

—Entendido —murmuró Chur. O eso creyeron oír. Pero se encontraba bastante lejos del comunicador.

Los motores principales se pusieron en marcha con una potente aceleración. Y luego volvieron a desconectarse.

—Vamos en el rumbo correcto —dijo Haral—. Pasaremos a estado de inercia. Tardaremos un poco en llegar.

*Preservar nuestras opciones.* Haral estaba leyéndole la mente una vez más. Y el tiempo que pasaran en inercia era tiempo para descansar.

Pyanfar apartó la mano de los tableros y se quedó inmóvil durante un segundo en el asiento, percibiendo la debilidad de sus músculos, sin estar segura en absoluto de poder levantarse. El intervalo entre los dos grupos de kif se iba estrechando cada vez más: los cambios sólo se percibían en los resúmenes de datos, pero eran irreversibles. Seguirían produciéndose durante casi una hora, hasta que alguien lograra colocarse en posición adecuada para hacer algo, lo que fuera. Respectivamente, saltar y disparar. Luego sólo quedaba por ver qué haría Sikkukkut.

*¿Dejará que controlemos Punto de Encuentro mientras él persigue a ese bastardo hasta cogerle?*

*¿Dejará que nos encargemos de Punto de Encuentro con Dientes-de-oro suelto? Dientes-de-oro está escogiendo sus opciones. No saltará hasta que no se vea obligado a ello, quiere saber qué está haciendo Sikkukkut; y Sikkukkut no piensa dejarle elección, se va a mantener justo en su cola hasta que salte. Hay una pequeña posibilidad de que Sikkukkut se marche, si puede hacer que Dientes-de-oro desaparezca de la escena. Podría limitarse a tomar cuanto pudiera de aquí y luego seguir en pos de Akkhtimakt hacia Urtur. Akkhtimakt tendrá que dar la vuelta lentamente una vez allí, con todo ese condenado polvo. Tendrá que hacerlo. Entonces Sikkukkut podría atraparlo y encargarse de darle una buena paliza.*

*Si estamos en lo cierto respecto al funcionamiento de la mente de Dientes-de-oro. Las naves kif van a seguir a su espalda, haciéndole saltar hacia Tt'a'va'o; le llevan ventaja en velocidad, tampoco tiene dónde elegir ahora.*

*Y una vez que Dientes-de-oro se haya ido, él y los humanos tendrán que dar un rodeo de tres o cuatro meses para volver aquí. Dioses, Pyanfar, ¡piensa! ¿Cuáles son las opciones?*

—Tirun, encárgate del turno de guardia. Las demás estáis libres de servicio. Comed algo. Geran, puedes ir a popa; Skkukuk, a la cubierta inferior. Come lo que puedas y descansa. Jik, quiero hablar contigo.

Movimiento de asientos, chasquidos de cinturones al abrirse. Todo el mundo se puso en acción, Haral incluida. Pyanfar hizo girar su asiento y se detuvo. Jik seguía sentado en su puesto, contemplando las pantallas. Tirun estaba junto a él, en su puesto. Y Tully, aunque Hilfy le había cogido por el codo, seguía mirando con

expresión confusa y apenada hacia los tableros. Hacia... sólo los dioses podían saberlo, ¿hacia los suyos que estaban empezando a retirarse con Dientes-de-oro y le abandonaban, tal vez para siempre? No era el momento de hablar. Pyanfar les miró hasta que Hilfy logró imponer su voluntad y los dos cruzaron el umbral del puente.

—Haral —dijo—. Quiero que descanses. Tirun, el tablero pasa a tu cargo, quedarás libre cuando llegemos a la última etapa. Lo siento.

—Entendido —dijo Tirun con voz ronca—. Me encuentro perfectamente, capitana.

Todavía quedaba el asunto de Jik por resolver. Khym se había detenido en el corredor. Pyanfar le vio cerca de la puerta de Chur, la mirada vuelta hacia el puente.

Por si acaso.

—Haral —dijo, utilizando su hani más gutural e impenetrable—, quiero que me traigas un sedante, algo que pueda tomar nuestro invitado. Por si debemos recurrir a eso...

—Bien, capitana —respondió Haral.

—Estaré en la cocina.

Quería limpiarse. Quería volver a su camarote y meterse bajo la ducha. El puente entero apestaba a sudor hani, humano y mahen, mezclado con el olor del amoníaco, un hedor que ni siquiera los ventiladores lograban dispersar por completo. Pero no había tiempo para eso. Las cosas no habían llegado a su fin, ni mucho menos.

Ni tan siquiera en la cubierta de su nave.

—Incorpórame —dijo Chur, moviendo uno de sus brazos pese al dolor—. Oh, dioses, levanta un poco esta maldita cama. Estoy hecha un desastre.

—No pasa nada. —Geran, sentándose junto a la cabecera, empezó a comprobar los tubos con una rápida ojeada, agujereó de un mordisco el paquete que había traído y se lo ofreció a Chur—. Toma esto y conseguirás que la cama se levante.

—Unnhhn. —Le bastó la imaginación para sentir cómo caía el alimento en su estómago y allí se quedaba, indigerible—. Levántala primero.

—Lo prometiste.

—Los dioses te... Te arrancaré las orejas.

Geran tocó un control y la cama se levantó. Chur dobló las rodillas para cambiar de posición y torció el gesto a causa del dolor provocado al caer el brazo donde tenía conectados los tubos. Pero Geran, sin dejarse impresionar por ello, pasó el brazo por detrás de su cabeza y sostuvo el paquete de forma que le fuera posible beber.

El alimento cayó en su estómago, tal y como ella había temido.

—Basta —dijo—, basta. —Y Geran tuvo el suficiente sentido común como para ceder y permitir que Chur se quedara inmóvil durante un segundo, como a la deriva: había descubierto un lugar donde el dolor no era tan penoso—. ¿Dónde está el

tiroteo? —acabó preguntando.

—Eh, hemos logrado esquivarlo.

Chur siguió tendida en silencio durante un par de segundos más, incorporando ese nuevo dato a sus pensamientos, y luego giró la cabeza para mirar a su hermana, una mirada silenciosa que pareció durar mucho rato.

—¿Dónde tenemos que ir para esquivarlo? ¿Eh?

—Los kif van a destrozarse mutuamente a mordiscos a unos quince minutos de distancia. Nos dirigimos a la estación para descansar y divertirnos un poco. Quizá pueda invitarte a una copa, ¿eh?

—¿Hemos sufrido daños? —Recordó una sacudida, algo semejante al impulso de los motores principales desde un ángulo erróneo... algo que no podía ocurrir. Recordó una larga y dura aceleración, hasta que la máquina la hizo desvanecerse—. Geran, ¿qué está pasando?

—Lo que te he dicho. Estamos enteras y vamos a la estación mientras los kif resuelven sus asuntos entre ellos. Eso es todo.

*Demasiado alegre, Geran. Demasiado condenadamente alegre.*

—Dime la verdad —dijo Chur—. Me parece una acción bastante idiota, por los dioses. Quedarnos en el muelle... ¿quién sabe lo que nos puede caer encima, eh? ¿Qué está pasando?

—¿Quieres intentarlo con alimento sólido?

—No —dijo ella con voz átona. Y se quedó respirando, sin moverse, y luego volvió la cara de nuevo hacia el rostro de Geran, callada y llena de preocupación. Dioses, qué dolor había en su rostro—. Pero tengo que hacerlo, ¿verdad? —Sólo de pensarlo su estómago se rebelaba—. Un poco de sopa, quizá. Nada pesado. No me atosigues, ¿de acuerdo?

—Claro —dijo Geran. Las orejas se le habían erguido de inmediato. Los ojos le brillaban como los de una niña agradecida—. ¿Quieres terminarte esto?

*Oh, dioses. No permitáis que vomite.*

—Sopa —dijo, tensó las garras e intentó no pensar en ella—. Voy a descansar un poco, ¿eh?

—Descansa —dijo Geran.

Cerró los ojos para apartarse de todo.

*Sigues mintiendo, Geran.* Pero no tenía las fuerzas necesarias para enfrentarse a lo que Geran le ocultaba, fuera lo que fuera. Esperaba no descubrirlo. Su mundo sólo comprendía el dolor en las articulaciones y el tormento del brazo y de la espalda. El mundo podría volver a su estado normal si lograba mantener tranquilo a su estómago y calmar un poco el dolor. Lo único que deseaba era no vomitar de nuevo como si fuera a echar las tripas, cualquier otro problema superaba sus energías, al menos de momento.

No le era posible contenerse, tenía que preguntar. Pero, en cierto modo, aturdida y agotada, con todos los datos que llegaban por el comunicador confundidos en su cabeza y aportando malos presagios, le daba gracias a los dioses porque Geran no le revelara las respuestas.

—Jik —dijo Pyanfar.

Éste se reclinó un poco más en su asiento y miró el tablero que tenía delante, todas las pantallas oscuras y muertas. Después hizo girar su asiento y la miró, el puente los separaba.

Una palabra era demasiado. A menos que Pyanfar tuviera algo que ofrecerle por su parte. El tiempo parecía dilatarse más y más, como durante el extraño estado que reinaba en el salto. Y no había modo de escapar a ese callejón sin salida donde se hallaban. Él estaba en el puente de la *Orgullo*. La *Aja Jin*, sin saber nada, guardaba silencio detrás de ellas.

Sus aliados, impotentes. A menos que, por un vuelco monumental e inexplicado de la situación, todos los kif persiguieran a sus enemigos y les dejaran a solas.

Y nadie creía en esa posibilidad.

El ascensor funcionaba al final del pasillo: la puerta se abrió y dejó paso a Haral. Pyanfar se puso en pie, llegó hasta la puerta del puente y salió de él para recibirla en el pasillo, donde Haral le entregó un par de píldoras.

—Gracias —le dijo—. ¿Estás segura de que servirán?

—Desde luego, pero con esto será todavía más seguro —dijo Haral, y sacó un frasco de su espacioso bolsillo. Parini. Pyanfar lo cogió y, con un gesto de la mandíbula, le indicó a Haral que volviera por donde había venido. Haral se marchó.

Pyanfar se volvió hacia el puente. Jik seguía sentado en su puesto, sin decir palabra, trataba de forma ostentosa no dar la vuelta cuando Pyanfar se acercaba a él. Pyanfar siguió andando hasta la parte delantera del puente y, una vez allí, le miró.

—Quiero hablar contigo. En privado. —En los tableros sólo quedaba Tirun y ésta no se encontraba en condiciones de enfrentarse mano a mano con un mahendo'sat más alto y corpulento, aunque también él estaba debilitado por el salto. *Estúpida*, pensó. Pero a veces no había más remedio que seguir por ciertos derroteros. Aunque la nave corriese peligro—. Vamos, Jik —le dijo.

Jik se puso en pie. Pyanfar retrocedió un poco y apartó deliberadamente los ojos de él, aunque estaba segura de que Tirun se mantenía alerta ante cualquier movimiento brusco por su parte.

Pero Jik la siguió dócilmente por todo el corto pasillo que conducía hasta la cocina.

Y Tirun, lo sabía muy bien, se encargaría de controlarlo todo por el intercomunicador y transmitiría la noticia de que, por el momento, la cocina era zona

prohibida.

Cuando hubo llegado hasta la mesa y ante el armario que contenía las tazas de gfé, Pyanfar se dio la vuelta.

—*Capitana* —dijo Tirun por el comunicador—. *Pido disculpas. El grupo de Dientes-de-oro ha empezado a cambiar de fase, el primero acaba de esfumarse. Antes de que pudiera llegarles el mensaje de Kesurinan. Faltó muy poco, pero no van a recibirlo. Pensé que te gustaría saberlo.*

—Ya —dijo ella—. Comunícalo a la tripulación.

—*Bien.* —El contacto auditivo quedó cortado. El comunicador seguía funcionando, el indicador brillaba todavía en la unidad de la pared.

Y Jik estaba ante ella, sin moverse, con los hombros encorvados y una expresión pétrea en el rostro.

—Siéntate —le ordenó. Él la obedeció, utilizó el banco que había en la pared y apoyó los codos sobre la mesa. Pyanfar sacó un vaso del armario y luego, tras extraer el frasco del bolsillo, sirvió una ración y se la puso delante.

—No —dijo él.

—Órdenes del médico. Bebe, ¿me oyes?

Jik cogió el vaso, tomó un sorbo y se estremeció perceptiblemente. Luego siguió sentado contemplando la nada. Quizás estaba pensando en la amistad. O en Dientes-de-oro, que se dirigía hacia un lugar del cual no podría volver en meses.

O en su nave, tan cercana, y en lo imposible que le resultaba comunicarse con ella.

—Tómame otro —le dijo. Lo hizo, se estremeció también después del segundo trago, pero esta vez no dejó de temblar. Le cayó licor sobre la mano y cuando dejó el vaso en la mesa formó un charco en la superficie. Jik se llevó la mano a la boca y chupó el nudillo sobre el cual se había vertido el líquido. No apartaba la mirada de ella.

Pyanfar tomó asiento delante suyo. Si Tirun la necesitaba para algo, siempre estaba la alarma. Sus propios dolores podían esperar. Estaba preparada para esperar el tiempo que hiciera falta.

Pasó bastante rato antes de que Jik se moviera, y aun entonces lo único que hizo fue levantar el vaso y apurar el contenido de un solo y prolongado trago. Se estremeció por tercera vez, dejó el vaso vacío sobre la mesa y Pyanfar volvió a llenarlo.

*Hay una caja entera en la bodega. Se lo meteré todo dentro, si es necesario.*

—Hao'ashtie-na ma visini-ma'arno shishini-to nes mura'ani hes. —Jik no sabía con quién estaba hablando, y a ella le resultó imposible entender lo que decía. Algo sobre la oscuridad y el frío. Era ese dialecto que había utilizado con Kesurinan—. Muiri nai, Pyanfar.

—Mishio-ne. —*Lo siento.*

—Hao. Mishi'sa. —*Sí. Lo sientes—*. ¿Neshigot-me pau taiga? —*¿De qué infiernos sirve todo esto?*

—De nada. Eso ya lo sé. El interés de la especie, Jik. Ya te avisé de ello. Ahora puedes intentar romperme el cuello. Eso no te conseguirá tus códigos de acceso. Lo único que sacarás de ello es dolor y pena. Ni tú ni yo queremos que eso ocurra. Somos viejos amigos. Y tú sabes que por uno de los caminos sólo hay problemas y malos resultados, mientras que por el otro hay una hani cuyos intereses, a largo plazo, podrían acabar por ser similares a los tuyos.

Durante unos segundos Jik guardó silencio. Después volvió a coger el vaso y tomó un sorbo.

—Merus'an-to he neishima kif, ¿he?

Algo sobre un maldito kif, él mismo y acuerdos.

—Quiero que mi gente esté segura, Jik.

—¡Tú condenada estúpida! —Su mano bajó bruscamente hasta la mesa y provocó que el líquido se moviera—. Dar mí comunicación.

—¿Para que puedas volver a engañarme? No. Esta vez no. Hay demasiadas vidas en juego.

Mientras, los stsho, eternos pacifistas, corrían aterrorizados por los pasillos de su propia estación y descubrían que había ciertas especies a las cuales no se podía contratar ni sobornar para que dejaran de ser unos predadores.

—Humanos y mahendo'sat —dijo ella—. Si Tully está en lo cierto, si Tully dice la verdad, y yo creo que sí... entonces hay otro engaño en todo esto. Los humanos traicionarán a Dientes-de-oro, ¿me entiendes? Y tú sabes y yo sé que Sikkukkut tiene algo que ver en todo esto. Tu compañero va a conseguir que los kif luchen entre ellos. Eso cree él. Pero, mientras tanto, ¿de quién será la sangre derramada? Ellos harán que se aparte del espacio manen. ¿Correcto? ¿Quién quedará entonces? ¿Los stsho? ¿Los tc'a? Dientes-de-oro no quiere eso. Sólo quedará el espacio hani... amigo. No se te ocurra presionarme ahora. Mi gente me tiene cogida entre ellos y eso, Jik, ¡no me presiones!

—Tú... —Jik se quedó callado, tosió y se quedó inmóvil con la mano sobre los labios, como si hubiera olvidado cuál iba a ser su argumento—. Merus'an-to he neishima kif. Shai.

Tratos y nuevamente los kif. Luego: Yo. O algo parecido. Hablaba en mahensi. Como si hubiera olvidado que no se hallaba en su propia nave. O como si, debido al cansancio le faltaran fuerzas para traducir. Los ojos del mahen estaban vidriosos. El salto curaba, pero también le pasaba una factura al cuerpo. Y Jik había sufrido profundas heridas, tanto físicas como espirituales.

Seguía mostrándose razonable. Seguía siendo un profesional, sacando todo el

provecho posible de la situación. Pyanfar contaba con ello.

—Tengo que ir ahí, a Punto de Encuentro —le dijo—. Tengo que sacar lo que pueda de esto. No te engañaré. No le haré daño alguno a los mahendo'sat. Lo juro, haur ma ahur. Pero tampoco quiero tenerte enfrentado a mí. No quiero que trates de llegar a los controles ni que intentes algo contra mi tripulación. Y cuanto me digas va a ser mentira, ¿no? Engañar una vez más a la hani. —Buscó en su bolsillo y puso las dos píldoras sobre la mesa—. Tómalas cuando quieras. Son píldoras para dormir, nada más. Ya tengo suficientes problemas y tú también. Estás agotado. Lo sabes. Quiero que salgas de aquí, que tengas cuidado en cómo tratas a mi tripulación y que duermas un poco. Eso es cuanto tú puedes hacer y cuanto puedo hacer yo por ti. Como una amiga, Jik. Pero antes quiero hacerte una pregunta: ¿has hecho algo en mi contra? ¿Me has engañado, me has utilizado? ¿Crees que hay algo que debiera saber? Porque vamos a entrar allí. Y si esto es una trampa, acabaremos hechas pedazos en el infierno mahen. Y puede que Sikkukkut no nos acompañe, lo cual sería una auténtica vergüenza.

Jik deslizó el vaso sobre la mesa hasta hacerlo chocar con la mano de Pyanfar.

—¿Querer hablar? Tomar un poco.

Con una nave que manejar, con la situación que estaba desarrollándose ahí afuera, recién salida del salto... no, no podía tomar nada de eso en tales momentos. Pero resultaba más sencillo que discutir. Cogió el vaso y tomó un sorbo que le golpeó ferozmente la deshidratada garganta y le ardió en las fosas nasales, para caer al estómago como algo incandescente. Dejó nuevamente el vaso sobre la mesa y lo hizo resbalar hasta los dedos de Jik. Él tomó otro sorbo y parpadeó. El sudor trazaba senderos por su cara y relucía sobre el negro vello; tenía los ojos inyectados en sangre y cada vez que parpadeaba le lloraban. Y después de todo ese licor con el estómago vacío, tan recientemente repuesto de las heridas y del salto, no daba señal alguna de ir a perder el conocimiento.

—Yo querer estar en puente —dijo—. Py-an-far. Mismo tú no confiar en mí, eso yo saber. Todos mismo preguntar.

—No puedo pasarme todo el tiempo ordenándote callar. No puedo consentir que distraigas a mi tripulación. No puedo correr ese riesgo. Como lo oyes, no puedo. ¿Quieres que tu nave sobreviva a todo esto? Ayúdame, maldito seas, coopera.

Y entonces Jik alzó el rostro hacia ella, los ojos le ardían.

—Supervivencia, Jik. ¿Hay algo más que debemos saber? Porque ahí fuera tenemos a dos kif que están luchando por apoderarse de cuanto tenemos y, Jik, por todos los dioses, odio esto, pero no tenemos nada más donde elegir.

Su boca se convirtió en una tensa línea recta. Cogió el vaso y bebió la mitad de lo que quedaba. Luego se lo mandó con un empujón.

—Yo tratar con ese maldito kif, yo disponer toda maldita cosa. —La mano le



temblaba apoyada en la mesa—. Beber, maldita seas, yo no beber sin tener nadie con quien hacerlo.

Pyanfar cogió el vaso y apuró su contenido. El licor golpeó el fondo de su estómago, se unió al que ya había tragado, haciendo que le escocieran los ojos hasta llorar.

—Tener que hacer amigo este maldito kif —dijo él con voz ronca—. Yo no saber dónde Ana ir, no saber qué hacer él. Nosotros, nosotros tener que hacer buen amigo este kif. Esto ser trabajo, ¿eh? Tener que ser corteses. —Un tic le retorció el rostro, lo que le confirió una expresión horrible—. Pyanfar. Tú, yo, viejos amigos. Tú, yo. ¿Cuánto tú pagar él, eh?

Pyanfar sintió un escalofrío en la espalda y el vello se le erizó entre los omóplatos.

—No te pondré en sus manos. Otra vez, no.

—No. —Jik alargó el brazo y le clavó una de sus romas garras en la mano—. Yo decir verdad. Tener que hacer, tener que tratar con este maldito kif. Tú tener que hacer, entonces tú dar mí él, tú darle tu hermana, tener que hacer rodear... —Su dedo se movió trazando un semicírculo en el licor vertido sobre la mesa—. Quizás Ana maldito estúpido. Quizás humanos montón problemas. Nosotros ser con-tin-gen-cia. Con-tin-gen-cia para todo el maldito Pacto. Nosotros estar dentro. ¿Entender?

—No volveré a entregarte.

—Tú hacer. Sí. Yo hacer trabajo. Mismo mi nave. Mismo nosotros tener que hacer trato. —Le temblaban los labios—. Tener que ir quizá cama con ese maldito kif. Largo tiempo yo trabajar alrededor ese bastardo. —Empujó nuevamente el vaso hacia ella—. Llenar.

—No voy a beber contigo. Tengo una... —*una nave que dirigir*. Se tragó esas palabras antes de que salieran—. Por todos los dioses, debes meterte algo auténtico en el estómago. —Llenó el vaso y se puso en pie. Cogió un paquete de sopa del armario y arrancó uno de sus extremos, luego lo vertió en un tazón y lo colocó en el percolador. Nubecillas de vapor ascendían del tazón. Olía a sal y a carne, prometiendo consuelo al estómago tras el crudo ataque del parini. Pyanfar tomó un sorbo y se dio la vuelta para encontrar a Jik con la cabeza apoyada en los brazos—. Vamos —le dijo—. Levanta y me tomaré esto contigo. ¿Me has oído? Trágate las píldoras.

Jik levantó la cabeza y tomó un sorbo del tazón. Torció el gesto y se lo ofreció.

Uno y uno. Pyanfar le dejó tomar el siguiente sorbo.

—Sigue comiendo —dijo—. Tengo que echarle un vistazo a una tripulante enferma. —Le hervía el estómago. Seguía notando el sabor del parini y no quería volver a probarlo en toda su vida. Pero ese sabor no era nada comparado con lo que representaba encerrar a un amigo en una prisión minúscula y dejar que un kif andará

suelto por donde le viniera en gana como un tripulante más. Así eran las cosas.

Jik tenía razón. Estaba absolutamente en lo cierto y cuanto más lo pensaba, más se convencía de ello.

Quizá no les quedara ni una sola opción.

—Vamos mientras aún puedas caminar —le dijo—. Me encargaré de acostarte personalmente. Las píldoras en la boca, ¿eh?

—No. —Las cogió, cerrando el puño sobre ellas—. Yo guardar. Quizá necesitar. Ahora yo dormir. A salvo, ¿afirmativo? Con amiga.

Se apartó con esfuerzo de la mesa. Se tambaleaba, pero logró recuperar el equilibrio.

Pyanfar le indicó el pasillo número dos. Era el otro camino hacia el ascensor, el que no pasaba a través del puente y sus delicados controles.

Jik cooperó. La siguió sin protestar y sin hacer ruido, cuando tenía todas las oportunidades de intentar algo. Pero eso sería una estupidez y en una nave que no podía controlar, no le serviría de nada.

Y, aunque había hablado mucho, no le había dicho nada nuevo.

Eso, por sí solo, ya era preocupante.

Bajaron en el ascensor y luego siguieron por el último nivel prácticamente hasta el final, donde se encontraba el camarote de Tully. Junto al de Skkukuk.

Tully no estaba ahí. Eso quería decir que estaba en la zona de la tripulación, y no le sorprendía.

—Duerme un poco —le dijo.

—Afirmativo —respondió él. Apoyó sus anchos hombros en el marco de la puerta, sosteniéndose en ella, apesta a parini y daba la impresión de que se caería de bruces antes de poder llegar a la cama.

—Y no te olvides del seguro, ¿eh?

La puerta de al lado se abrió y en ella apareció Skkukuk, con los ojos brillantes y ansioso de prestarle algún servicio.

—Tú no ser estúpida —le dijo Jik—. Amiga.

Y, girando sobre sí mismo, entró al camarote y cerró la puerta entre los dos.

Pyanfar la cerró y luego, dándose la vuelta, miró a Skkukuk.

—Es valioso —le dijo. Lógica kif.

—Peligroso —respondió Skkukuk.

Pyanfar lo dejó ante el camarote. Sacó un comunicador de bolsillo en lugar de usar las estaciones del intercomunicador que había a lo largo de su trayecto.

—Tirun, todo está asegurado abajo.

—*Los kif se están dando una buena paliza entre ellos. Tenemos contacto de aproximación en Punto de Encuentro. Los stsho se muestran más que corteses, no tendremos ningún problema a no ser que los pobres bastardos entren en Fase antes*

de que atraquemos. No estoy segura de hablar con el mismo stsho de un minuto a otro. Están asustados, realmente asustados. Tengo la sensación de que los kif encargados de las comunicaciones no se muestran nada educados. Las naves que se dirigen hacia el interior del sistema son la Ikkhoitr y la Khafukkin.

—Dioses. Maravilloso, el esbirro número uno de Sikkukkut. Sí, era lo lógico.

—¿Vas a descansar un poco?

—Ahora subo. —No había forma de reposar, no hasta haber conseguido una respuesta. A pesar de que sentía cómo le temblaban las rodillas. Envidiaba las píldoras de Jik. Pero no el descanso que podía conseguir gracias a su situación actual.

Cuando entró en el puente vio que Tirun la miraba con expresión preocupada, como deseando preguntarle algo. Y también Tirun parecía a punto de morir de agotamiento.

—No hay cambios —dijo Tirun—. Sólo malas noticias. El grupo de Dientes-de-oro tenía dos cazas en la cola cuando se esfumaron. Akkhtimakt tiene que saltar dentro de unos instantes. Debe hacerlo, le están disparando por la cola. Puede que algunas de esas naves no consigan llegar al otro lado. Tienen que salir de aquí.

Pyanfar miró la pantalla. Todas las naves seguían corriendo hacia el punto de salto. La última nave de Dientes-de-oro ya había desaparecido. Se divisaba un grupo de stsho, por fortuna estaban donde no podía alcanzarles ninguno de esos desastres y no se encontraban atados a una estación. Ni una sola señal de los respiradores de metano. En ningún sitio.

Ninguna de las hani se movía. Estaban atrapadas en los muelles. Y no tenían ni una sola oportunidad de conseguir un vector hacia el espacio hani teniendo en cuenta el ángulo y la velocidad que les llevaban de ventaja las dos naves de Sikkukkut con rumbo a la estación. La Ikkhoitr y la Khafukkin llegarían incluso antes que ellas. Los kif iban a conseguir el control de ese muelle, y que los dioses ayudaran a las hani que pretendieran oponerse a ello.

—Tenemos otra identificación: una nave de Faha. La *Viento Estelar*.

—Munur. —Una capitana bastante joven. Una nave muy pequeña. Y prima lejana de Hilfy por el lado materno—. ¿Y Ehrran?

—Ni rastro.

—Debe de estar con Dientes-de-oro o habrá partido rumbo al hogar hace mucho tiempo. ¿Quieres apostar por alguna de las dos soluciones? —El cansancio y el nerviosismo estaban a punto de vencerla. Se estremeció, y supo que gran parte de ese temblor se debía al hambre—. Bueno, sigue con ello. —Señaló hacia la cocina y, con un gran esfuerzo, logró que su voz sonara firme—. Jik va a descansar un poco. Está bastante irritado y medio loco por el cansancio. Por los dioses, espero que se tome esas píldoras y se calme un poco, pero no creo que quiera hacerlo. A lo mejor se cae

en la cama durante un rato y puede que luego tenga la cabeza más clara. En estos momentos es un auténtico problema. No piensa con claridad. Y yo tampoco. Cuando despierte, le pondremos en operación de comunicaciones. Puede que le permita subir aquí, todavía no lo sé. No confío demasiado en mi juicio actual. Voy a limpiarme un poco y a descansar unos minutos. ¿Qué tal vas tú?

—Estoy bien —dijo Tirun. Era su secuencia habitual: Haral la primera en asearse, la primera en descansar, la que necesitaba tener el ingenio más aguzado y los reflejos más rápidos debido a su puesto en el panel de entrada. Pero, generalmente, Haral abreviaba el tiempo de reposo para hacer una visita a su hermana a cambio de ello—. Aunque ya va siendo hora de que me tome un descanso... —Y, antes de que Pyanfar pudiera dejar la silla donde se apoyaba, añadió—: Capitana, Chur quería tomar algo caliente. Geran ha ido abajo para preparárselo.

Eran las mejores noticias que habían tenido de ella desde su entrada en el espacio real.

—Huh —dijo—, huh. —Relajó un poco los tensos músculos. Se apartó del respaldo y volvió por el pasillo. Quería comer. Quería un baño. Quería, bien lo sabían los dioses, alejarse años luz de todo esto. Pero no tenían esa elección. Podían empezar a correr y salir del sistema de Punto de Encuentro mientras Sikkukkut estuviera ocupado. Pero las encontraría, y también encontraría a quien estuviera con ellas. Tenía a su planeta como rehén, por no mencionar la amenaza inmediata de esos trescientos mil malditos stsho y un puñado de naves hani.

Un kif no olvidaría un insulto.

No más de lo que una hani olvidaría el daño causado a sus amistades.

No se oía ruido en la zona de la tripulación, el área central donde tenían un microondas y un pequeño almacén de comida instantánea, una de esas comodidades que habían instalado junto con los soportes para altas velocidades y las automáticas que habían adquirido en el mercado negro. Un par de literas no muy grandes, una mesa o dos en la salita y una habitación comunal para dormir, donde podrían haber instalado paneles de separación aunque nunca habían encontrado el momento de hacerlo y, a decir verdad, no era algo que realmente desearan. Un cuerpo aprendía a dormir al mismo tiempo que sus primas entraban y salían de la habitación, y nunca hubo razón apremiante para cambiar esa situación, ni tan siquiera en aquellos días en que tenían algo de riqueza.

Y en estos momentos Hilfy pensaba que había una excelente razón para seguir así; en esta crisis un cuerpo pedía compañía. Geran entró un momento y volvió a salir con dos tazones de sopa y, por los dioses, Hilfy esperaba que en el camino hasta arriba al menos se metiera uno en el estómago. Evidentemente, Chur estaba dispuesta y con ánimos suficientes para intentar comer, lo que resultaba el único

acontecimiento un poco alegre entre tantas malas noticias. Haral estaba sentada en la litera que había frente a ella con un pedazo de tasajo en una mano y la boca llena, mientras utilizaba la otra mano para ordenar un poco su mojada melena. En los ojos tenía ese vidrioso y distraído cansancio que el salto dejaba en un organismo. Tully salió del baño comunal con una toalla sobre los hombros, con unos pantalones de Khym de seda color óxido, tan grandes que debía sujetárselos con un alfiler en la cintura, pero a Haral se le habían terminado los pantalones de recambio y el otro par estaba lavándose. Tully se acercó con paso vacilante al armario, cogió un tazón y lo llenó con agua y sopa instantánea, luego lo metió en el microondas y se sentó para secarse la barba y la melena con la toalla. Tenía la blanca piel de los hombros surcada por viejas cicatrices pálidas y otras, más recientes, de un tono rosado.

—*Akkhtimakt ha saltado* —les informó el boletín del puente. Y luego—: *Los de Sikkukkut están frenando, por supuesto, aunque parece que éste ha ordenado que un par de ellos salten para tenerle preocupado, igual que hizo con el grupo de Dientes-de-oro. Parece bastante claro que Sikkukkut va a quedarse con nosotras. Pensé que os gustaría saberlo.*

—No me sorprende —murmuró Haral—. No podíamos tener tanta suerte. Habría sido demasiada fortuna que Dientes-de-oro nos ayudara. Antes de que regrese Sikkukkut habrá arrancado hasta las placas metálicas del suelo.

—Hará lo que le venga en gana, eso desde luego —dijo Hilfy.

—Un maldito jaleo...

Tully había levantado el rostro de la toalla y las miraba con el rubio pelo totalmente revuelto, los ojos rodeados por pequeñas arrugas creadas por la tensión. Algunas veces parecía tan cansado que no podía hacer ni el esfuerzo de hablar, o de escuchar el chisporroteante susurro del traductor que le daba su maltrecha versión de cuanto ocurría a su alrededor. Lo que resultaba más difícil de transmitir por el aparato eran los temas delicados, como: *¿Qué tal está Chur... con sinceridad? O: ¿Qué crees que hará Jik? Y: ¿Qué haremos cuando los kif lleguen a la estación?* A veces parecía estar muy lejos. En otras ocasiones parecía desesperado, como si intentara decirles algo tan difícil que ni valía la pena intentarlo.

Cosas como: *Los míos se marchan. Hablé con ellos, pero el mensaje no les llegó. Al menos, estuve cerca.*

*No os he traicionado.*

*Juro que ni lo intenté.*

El microondas zumbó anunciando que había terminado. Tully se puso en pie, y cogió su sopa junto con un paquete de carne en tiras y otro de fuyas mahen, que tanto él como Haral consideraban comestibles y que todo el resto de la tripulación aborrecía. Le ofreció uno de los tallos a Haral, ésta lo cogió y empezó a remover la sopa con él. Tully tomó asiento con los demás paquetes entre sus ágiles dedos.

Sostenía el tazón con ambas manos, los codos sobre las rodillas, bebió un sorbo y después suspiró, sumido en el más profundo agotamiento.

—Creo que Dientes-de-oro concertó una cita aquí con la flota humana —dijo Hilfy, para ocupar el silencio y para responder a preguntas que Tully no había hecho—. Por eso nos dejó en Kefk. Él y Ehrran vinieron aquí y él se encontró atrapado, sin escapatoria posible a causa de Akkhtimakt. Quizá logró que Akkhtimakt saliera de la estación y la dejara libre. Al menos, algo hizo por los stsho. Pero Ehrran se dirige a Anuurn. Me jugaría lo que fuera.

—Esa condenada tiene que ir hacia ahí, cierto —murmuró Haral—. Pero con Dientes-de-oro metido en el asunto tenemos que hacernos ciertas preguntas al respecto, ¿no?

—Tales como, ¿qué ocurrió aquí?

Eso la inquietaba. El modo en que se habían hecho los acuerdos la preocupaba. Que no hubiera respiradores de metano. Y que Akkhtimakt y Sikkukkut, si es que los dos deseaban comportarse como idiotas, siguieran pasándose uno a otro esa posición hasta que se helaran los soles. En unos pocos días de tiempo nave, o en unos cuantos meses de tiempo planetario, uno de los bandos podía dar la vuelta en Urtur, en Tt'a'va'o, en Kefk o donde fuera, y aparecer para lanzarse sobre el otro, que se habría apoderado de Punto de Encuentro. O de Kefk. O de lo que fuera. Si las naves empezaban a intercambiar sus posiciones de ese modo, entonces la dilatación temporal haría que las vidas se dilataran más y más, no habría ningún tránsito por el interior de los sistemas. Nada de tiempo lento. Sólo correr sin cesar tanto como pudiera aguantarlo la nave y mientras que el organismo fuera capaz de soportar el desgaste. Una nave mercante hacía sus saltos con mucho tiempo lento y con intervalo en los muelles; y semejante juego de naves podía extender el tiempo en un mes de su propia percepción tanto como hacía una comerciante en toda una década. Antes de que la carne, los huesos y el acero llegaran al límite.

—Me pregunto por qué no apareció en Kefk.

—Kefk tiene dos estaciones de vigilancia y le aventaja por su posición.

Tully las estaba mirando. Probablemente eso no lo había captado. Pero, de repente, el problema había logrado encontrar un punto helado donde alojarse, en las entrañas de Hilfy. Tomó un sorbo de su tazón para disipar ese frío y luego se lamió la sopa de los bigotes.

—Sikkukkut tiene algo en la cabeza. Lo cierto es que no va a quedarse aquí, inmóvil.

—En el universo hay algo llamado estupidez —dijo Haral.

—¿Y si él no es de éstos? ¿Y si piensa quedarse aquí quieto? ¿Y si tiene algo más en la cabeza?

Pero Dientes-de-oro había partido con dirección a Tt'a'va'o. Territorio de los

respiradores de metano. La elección lógica: los stsho temían a los humanos igual que a una plaga. Los stsho tratarían con Ehrran, negociarían con los kif antes que con Dientes-de-oro y sus aliados humanos. Preferirían marcharse con los villanos a quienes ya conocían.

Los stsho no tenían armas. No poseían la capacidad necesaria para ese tipo de tensiones. Si podían, los stsho saldrían corriendo. Huirían de todo el problema.

*Tc'a y chi y... que los dioses nos salven, los knnn... no están aquí, y siempre están aquí. ¿Dónde se encuentran? Los knnn no le temen a nada. No huirán. Puede que se echen a un lado, pero correr presas del pánico... no, los knnn no. Nunca.*

—Los respiradores de metano —dijo Hilfy—. Maldita sea, Haral. Es una trampa. Tanto de Sikkukkut como de Dientes-de-oro.

Las orejas de Haral cayeron para erguirse de nuevo y un brillo pensativo logró abrirse paso a través del cansancio que había en sus ojos.

—Hilfy. —Tully sostenía su tazón entre las rodillas y bajo un halo de pálidos cabellos empapados, fruncía el ceño debido a la preocupación—. Dientes-de-oro no ir Tt'a'va'o.

—¿Quieres decir que lo sabes?

—Yo creer. El ir... vuelta, ir *zumm*, como a Tt'a'va'o. No.

—¿Quieres decir que fingió dar un salto? ¿Que se detuvo luego, en mitad del espacio? ¿Crees que puede hacer eso?

Quizás Tully hubiera entendido cuanto le decía, quizá no.

—Mahen —dijo—. Humanos hacer.

—¿Frenar en seco durante un salto?

—Mismo.

—Bondad divina.

—Tiene sentido —dijo Haral—. Si poseen el equipo para hacer eso. Si lo han conseguido de los humanos... Entonces, espera aquí para fingir que sale huyendo.

—Y Ehrran se va realmente, sin trucos, y deja aquí a las hani para que se enfrenten a lo que ocurrirá cuando llegue Sikkukkut... ¡Dioses, tiene un tratado con los stsho!

—Bueno, algo de razón tiene. ¿Qué podía hacer... si Akkhtimakt estaba aquí primero? Dientes-de-oro quería a ese kif intacto. ¡Está empujando a los dos kif a una pelea, por los dioses, eso es lo que está haciendo! —Haral se frotó la encanecida nariz y luego la arrugó de nuevo—. Quiere que se debiliten entre sí antes de lanzarles encima a los humanos y antes de que las fuerzas mahen lleguen aquí. Eso es lo que pretende. Que Jik se meta en líos; que Jik mantenga al menos medio domesticado a uno de esos condenados kif mientras que Dientes-de-oro prepara las cosas de forma que pueda acabar con los dos. Eso es lo que les gustaría realmente a los mahendo'sat. Lanzarles encima a los humanos, dejar que éstos reciban los disparos. Por eso dejó

atrás a Jik en Kefk.

—Apostaría a que en la estación no quedan obreros mahen.

—Puedes estar condenadamente segura. Dientes-de-oro ha tenido tiempo más que suficiente para difundir el aviso. Habrá evacuado la estación. Seguramente lo despejó todo cuando los stsho rompieron ese tratado.

—Te apuesto huevos contra perlas a que Dientes-de-oro ha dejado aquí algo para que le sirva de indicador.

—No pienso apostar a eso.

—Sigue dentro del sistema —dijo Hilfy—. Sigue en una posición desde la cual puede recibir todo lo que ocurre aquí y tal vez haya más de uno, ¿eh? Quizá tenga un par de aparatos, uno debe de moverse muy despacio, a la deriva, listo para ponerse en marcha cuando se encuentre fuera del alcance normal de recepción para desaparecer luego. Y si Dientes-de-oro está ahí fuera, en el espacio, y esos estúpidos kif que le seguían saltan todo el trayecto hasta Tt'a'va'o...

Las orejas de Haral se levantaron. El cansancio pareció desaparecer de sus ojos y en su lugar quedó un brillo muy, muy duro.

—Sigue hablando.

—Dientes-de-oro podría estar a la espera de noticias. Antes del cambio de rumbo, si es que lo hace. Puede que haya puesto más de uno o dos aparatos detectores en el exterior de este sistema. Ya no le queda crédito alguno con Sikkukkut, se encuentra en la oscuridad con los humanos, con el tc'a junto al cual estaba trabajando Jik. Tiene todavía cierto crédito entre el *han* y puede que algo ante los knnn. ¿Y si ha decidido que no tiene elección y se limita a dejar que los kif lo decidan todo en combate?

—Quizá es lo más seguro para todos.

—Pero...

—Te escucho.

—Pero... ya sabes que los mahendo'sat pretenden salvar sus pellejos antes que nada. Ehrran le ha dejado. No podemos hablar en nombre del *han*. Tenemos a los kif dispuestos a lanzarse unos contra otros, y a los humanos a su espalda. Si los dos bandos se encuentran muy ocupados, si los mahendo'sat les atacan por detrás... ni Akkhtimakt ni Sikkukkut pueden correr ese riesgo. Están en un lío. No pueden dejar a esos mahendo'sat armados en su espalda. Son kif, Dientes-de-oro atacará y ellos lo saben. Dioses, tenemos a un kif amenazando Anuurn. Entonces, ¿qué debe amenazar Akkhtimakt, eh? ¿O, sencillamente, se limitará a dar la vuelta y mandar una nave a cada mundo y estación mahen?

Las orejas de Haral estaban erguidas al máximo. La escuchaba.

—Preguntar Skkukuk —dijo Tully de pronto.

—Preguntarle, ¿qué? —replicó Hilfy.

—El kif. Preguntar qué hacer kif.



—No está al nivel de Sikkukut. Si fuera capaz de pensar mejor que él, entonces deberíamos preocuparnos de Skkukuk.

—Mente kif. Mucho oscuro. Yo ir preguntar.

—Tiene parte de razón —dijo Haral—. Pero nada de hablar con el kif. Será mejor que hablemos con la capitana. Py-an-far, ¿me comprendes, Tully?

—¿Crees que estoy en lo cierto?

—Llevo unos cuarenta años en el espacio, niña, y nunca me he encontrado realmente cerca de los kif en su ambiente. Tú sí. Y hablas kif básico. Cosa que yo sigo sin poder hacer, al menos no bien del todo. Pero le he echado un vistazo a nuestro pasajero y ha bastado para que se me ocurran una o dos ideas. Y entre el mahendo'sat y ese kif, estoy realmente nerviosa. Tenemos esa otra bomba a bordo. Y, aunque lo siento mucho por él, me da más miedo que Skkukuk.

—Jik —murmuró Hilfy. Tomó otro sorbo de sopa, pero no logró que le calentara las entrañas.

—Lleva mucha carga encima —dijo Haral—, y aunque le debemos mucho y él nos debe bastante a nosotras... En primer lugar, no se encuentra bien, en segundo lugar, le han *hecho* daño, tanto los kif como su propio socio y también nosotras y, en tercer lugar, es un mahendo'sat y ve que toda su especie está en peligro. Quizá tenga más información de la que le hemos podido sacar. ¿Qué hará?

El frío estaba empeorando. Durante un incómodo segundo, Hilfy no fue capaz de mirar a Tully. Durante un incómodo segundo él fue como Jik, extraño y lleno de extraños e impredecibles motivos. Y ella era una hembra y él no, con toda la locura que eso conllevaba. *Éste no es sitio para él. Escuchándonos. Dioses, ¿y si durante todo este tiempo no hubiera hecho más que esperar? Es de otra especie, ¿no? Igual que Jik. Y hemos pasado por tantas cosas juntos, maldita sea y no sé lo que está pensando ahora mismo. Yo...* Se estremeció mentalmente y miró la hora.

—Dioses, Tirun —dijo—, será mejor que subamos. Tirun...

—Sí —dijo Haral, y añadió—: ¿Quieres que hable con la capitana?

—A ti te escuchará más que a mí.

—Eh... —dijo Haral, y fijó en ella sus tranquilos ojos, con las orejas gachas. Una reprimenda por esa pequeña observación. Hilfy agachó las orejas.

—Kif —dijo Tully.

—No —dijo Haral—. Dejemos que duerma. Tú quédate aquí. Descansa, ¿entiendes? Si se te ocurre bajar para hablar con ese kif, te arrancaré la piel, ¿me has oído?

—Yo entender —dijo Tully. En los labios tenía ese fruncimiento que, en él, expresaba infelicidad—. No bien, Haral. Yo quedar aquí.

—Discutiendo, ¿eh? —dijo Haral.

—En su nave no era ningún novato —dijo Hilfy—. Lo sé. No es una criatura,

Haral.

—¿Y quién lo es aquí? Tully, ¿quieres venir? ¿Quieres hablar con la capitana?

A Tully aún le quedaban unos cuantos mordiscos para acabar con su ración. La engulló de un solo bocado, apuró el tazón hasta vaciarlo y se puso en pie, intentando todavía acabar de tragar lo que se había metido en la boca.

—¿Qué tal va todo? —preguntó Pyanfar en voz baja, aún mojada por la ducha, apoyándose agotada en el respaldo del asiento de Tirun. Khym había vuelto a su puesto: le faltaba mucho para ser capaz de relevar a Tirun pero, al menos, estaba ahí para ayudar un poco. Tirun se volvió a mirarla con las orejas no muy firmes y un desesperado agotamiento en la expresión. Ella no había tenido ocasión de ducharse, eso estaba claro.

—Todavía no hay respuestas —dijo Tirun—. Creo que *na* Jik está dormido. Un poco después de que oyera funcionar la red de seguridad en la cama dejó de removerse. —Inclinó una oreja hacia la parte inferior de la nave—. Ya tenemos nuestras instrucciones rutinarias, las acabo de meter en el automático. Todos los kif siguen el horario previsto y las dos naves de Sikkukkut acaban de entrar en la última fase anterior al salto. Mientras, los stsho siguen sudando de miedo.

—Huhhhh. —Pyanfar observaba con un solo ojo la pantalla, que mostraba a todas las naves siguiendo tranquilamente su rumbo. Por el momento nadie había hecho nada definitivo ahí fuera. Se acercó al oído de Tirun, con el codo sobre el respaldo del asiento—. Sal de aquí, ¿eh? Yo me encargo de los controles.

—Haral vendrá pronto. —La voz le salió bastante ronca—. ¿Quieres comer algo? Puedo aguantar un poco más, en realidad lo único que hago es seguir sentada aquí.

—Eso mismo haré yo. Vete, me encargo de los tableros. —Se apartó del respaldo y durante medio latido de corazón pensó en su esposo, que durante todo este tiempo no había apartado ni una sola vez los ojos de la pantalla. Se había encargado de tenerla bajo vigilancia mientras ella distraía a Tirun, aunque el tablero poseía una alarma auditiva y ella misma, automáticamente, se había fijado en la pantalla durante esos segundos en que Tirun se volvió hacia ella. Tirun había sabido que ella vigilaba... experiencia, décadas enteras. Pero Khym se había mantenido alerta. Eso también formaba parte de las reglas del puente. Dio una pequeña palmadita al respaldo del asiento de Khym, en señal de aprobación, sintiendo que algo se aflojaba levemente en sus entrañas. Cada vez era más digno de confianza, se estaba acercando a la categoría de sus mejores tripulantes. De pronto sintió un impulso y se quitó un anillo de la oreja.

—Eh —dijo, y se inclinó sobre él hasta que el aliento de la capitana le agitó el suave vello interior de la oreja.

—Uh —dijo él, como si estuvieran haciendo algo muy íntimo.

—No te muevas. Estáte quieto. —Pyanfar le perforó el pabellón de la oreja. «¡Owwh!», gruñó él, y se movió para volverse hacia ella, indignado, y entonces, quizá pensando que se trataba de alguna extraña prueba para ver hasta dónde era capaz de mantener su concentración, se giró rápidamente hacia los tableros.

Pyanfar metió el anillo justo en la herida y lo cerró.

—Uhhhn —musitó él, al saber lo que había hecho. Sin volverse ni una sola vez.

—Bien. —Le dio una palmada en el hombro y entonces recordó que hubo una época en que había reaccionado con irritación ante ese gesto de palmearle el hombro. Pero quizás ahora le parecía algo muy distinto. No protestó. Pyanfar se dirigió a su puesto, se instaló en el asiento y activó las imágenes de la pantalla y del comunicador.

Sikkukkut seguía su rumbo. La *Ikkhoitr* y su compañera estaban atracando antes que ellas, y la *Orgullo* seguía una trayectoria limpia y precisa por el sendero de aproximación central.

Pronto les darían instrucciones específicas sobre dónde atracar. La *Orgullo*, la *Aja Jin* y la *Luna Creciente* se colocarían donde los kif pudieran llegar a ellas con facilidad.

Y donde Sikkukkut no tuviera problemas en pedirles cosas. Jik, por ejemplo. Sí, Jik, y ese «por ejemplo» era muy grande. O incluso Tully. O Dur Tahar. Todos eran mercancía cuya devolución podía exigir. Pyanfar permaneció inmóvil, mordiéndose los bigotes, y deseó conversar claramente con Dur Tahar ahora mismo ya que seguramente ella debía saber algo sobre la mentalidad kif. Pero en esos instantes la mejor política parecía ser la ausencia total de comunicaciones. Bien sabían los dioses que no deseaba recibir preguntas de la *Aja Jin*, donde Kesurinan aún seguía sus órdenes sin cuestionar nada, aunque bien podría haber hecho preguntas: ¿Cómo está mi capitán? ¿Se ha recuperado? ¿Por qué no recibo instrucciones de él?

Kesurinan quizá creía que Pyanfar tenía las respuestas a todas esas preguntas. Y conservaba la paciencia. Al menos, hasta ahora.

Pero en ese muelle, Kesurinan haría preguntas a las que necesitarían mentir de forma directa. Y, además, con inventiva.

*Dientes-de-oro, los dioses te maldigan, ¿qué has preparado aquí?*

*Has hecho un acuerdo con alguien, ¿no?*

*¿O acaso tenemos algo acechando fuera del sistema, algo que vamos a descubrir cuando nuestro frente de ondas le llegue por fin y se ponga en acción a toda velocidad para atacarnos?*

*Dioses, dioses, ésta no es una buena situación.*

*¿Qué está haciendo Sikkukkut? ¿Acaso depende realmente de nosotras, por todos los dioses? ¿Acaso somos nosotras todo su respaldo?*

*Sikkukkut, estúpido. ¿Puede llegar a confundirse tanto una mente kif como para confiar en nosotras ahora?*

*¿O es que no tienes nada de estúpido?*

Un zumbido del comunicador.

—Py —dijo Khym, al mismo tiempo que introducía la llamada en su tablero.

—La tengo. —Era la estación, hablándoles en un parloteo de lo más efusivo. Un stsho les dijo que, si lo deseaban, podían ocupar cualquier dique libre, pero sugirió los números veintisiete, veintiocho y veintinueve. Los que había sugerido el señor capitán de la *Ikkhoitr*, alabado fuera el *hakkikt*.

—Afirmativo —dijo ella y, con las orejas abatidas, añadió—: Alabado sea el *hakkikt*.

—Realmente no tenemos elección, ¿verdad? —le preguntó Khym.

—Podemos elegir entre vivir o morir. Al menos nos queda eso.

—¿Qué haremos? —En la voz de Khym había una nota casi imperceptible de miedo y desesperación. Un macho pidiéndole a su esposa que le tranquilizara. *Dime que puedes hacer algo. Dime que las cosas no están demasiado mal, que todavía hay esperanzas*. El macho vivía dentro de las fronteras de su pequeña propiedad y jamás había que hablarle de nada: nunca había que preocuparle con problemas para los cuales no tenía capacidad, con los que no podía tratar. No podía hacer nada. *Viejas costumbres, Khym, maldita sea, ¡crece de una vez!*

*No. Es un tripulante hablando con su capitana. Eso es todo. No te metas con él, Pyanfar.*

—Que me emplumen si lo sé —murmuró. *Sin compasión, Khym—*. ¿Tienes alguna idea?

—Va a pedir que le demos a Jik.

—Me temo que sí.

—¿Qué haremos entonces?

—Ya se me ocurrirá algo.

No podía hacer nada salvo ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Obedecer las instrucciones, bajar al dique.

*Ahí lo tienes, esposo. No hay respuesta. No tengo ningún truco en la manga. Por el infierno mahen, no tengo ni idea de lo que haremos y, por encima de todo, no sé cómo vamos a salir de aquí.*

*Gracias sean dadas a los dioses porque Ehrran va camino a casa para advertir al han. Aunque en ese proceso se lance sobre Chanur. Prefiero ver caer al clan antes que al planeta entero. No hay nada peor que eso.*

*Pero, dioses, Ehrran es una estúpida. ¿Qué les dirá una estúpida como ella? ¿De qué les convencerá una estúpida a esas idiotas, qué les hará hacer?*

*Dioses, dale sentido común por una sola vez y me volveré piadosa. Juro que lo haré. Me reformaré. Haré que...*

Haral la asustó al aparecer igual que un fantasma a su lado.

—Capitana —dijo—, ¿qué ha ocurrido?

Pyanfar hizo dar media vuelta a su asiento y vio a Tirun fuera de su puesto y a Tully y Hilfy que se instalaban en los suyos como fantasmas silenciosos moviéndose bajo el ruido de los sistemas en continuo funcionamiento.

—Hemos recibido las instrucciones para atracar. Le daremos tiempo a Tirun para que llegue a los camarotes. Podemos frenar un poco más tarde. Estoy segura de que Punto de Encuentro no protestará porque violemos las reglas. —Giró nuevamente su asiento y apretó la tecla del comunicador. Dos tripulantes veteranas en su sitio y dos novatos. Pero la operación de ataque era rutinaria, no importaba qué más estuviera ocurriendo a su alrededor—. Geran —dijo—. Cinco minutos.

—*Ya llego* —respondió Geran desde algún lugar de la nave.

—Capitana —dijo Haral—, Hilfy tiene una idea...

—Tahar acusa recibo de las instrucciones para atracar —dijo Hilfy—. Nos siguen.

—... Akkhtimakt ya no tiene razón alguna para contenerse —dijo Haral—. Está perdiendo. Los mahendo'sat ya no tratan con él. Ha partido hacia Urtur y puede hacer dos cosas. Una es lanzarse sobre nosotras. Otra es hacerlo sobre los mahendo'sat. La situación podría ponerse fea, realmente fea. Eso es lo que hemos estado pensando.

—Huhhhhn. —Otro cuerpo cayó sobre el acolchado de un asiento con un fuerte golpe. Oyó el chasquido de los cinturones. Geran había llegado. Oyó acercarse un salvaje y agudo zumbido por el pasillo, un kif lanzado a toda velocidad se dirigía a su puesto e intentaba decirles que le esperasen: un leve impulso de los motores principales de la *Orgullo* le mandaría hacia atrás, le estrellaría contra la puerta del ascensor con tanta fuerza como si hubiera caído desde lo alto de un tejado.

—Te oímos —dijo por el comunicador general—. Tienes tiempo, Skkukuk.

Y pensó en la red de corredores para el salto que rodeaban a Punto de Encuentro y los lugares a que conducían.

*Sólo los dioses pueden saber qué han lanzado ya contra nosotras.*

—Los mahendo'sat no se quedarán sentados esperando —dijo—. No es su estilo.

—Si hacen algo —dijo Haral— conseguirán que ese bastardo retroceda al interior del espacio hani. Hemos pensado que pronto habrá algún tipo de acción. Capitana, Tully dice que las naves humanas pueden abandonar el hiperespacio de golpe. Que pueden dar la vuelta. Dice que, según cree, los mahendo'sat también pueden hacerlo.

Sus ojos volaron por un segundo hacia el rostro de Haral. Ese frenazo con giro era una maniobra knnn. O tc'a.

—Amigos que aparecen de repente en sitios insospechados...

—Capitana, a partir de aquí y yendo por Kura el trayecto es muy corto.

Cierto: el espacio hani era un apéndice del espacio accesible, justo bajo la zona mahendo'sat, cerca de la estrella natal mahen. Pero los accesos en aquella dirección eran pocos y fáciles de proteger.

—Ya —dijo ella, pensando en esa geometría y, de repente, sus pensamientos cobraron una forma clara y coherente—. Ya, podría funcionar. Si realmente pueden hacer ese tipo de cosas. Pero eso querría decir que las naves humanas no tienen nada de cargueros... ¿verdad? ¿Para qué necesita compartimentos de carga una nave con ese equipo, eh?

—No lo parecerían, desde luego. Y si hay un ataque de esa clase aquí, lo recibirán las hani. Otra vez.

—Cierto. Si pueden hacer eso... —Otra idea, aún peor—. Si los mahendo'sat son capaces de esto... no sería la primera vez que poseen un nuevo equipo del cual no nos han dicho nada. No sería la primera vez que los kif lo consiguen antes que nosotras, desde luego. Alabados sean los mahendo'sat, siempre tan condenadamente cuidadosos respecto lo que descubren sus aliados antes de fijarse en lo que consiguen sus enemigos.

*Dioses, no permitáis que Ehrran se comporte como una estúpida.*

Y luego, en los tableros:

—Prioridad —dijo Geran—. Prioridad, hay un cambio de fase en curso, un cambio de vector de algunas naves de Sikkukkut. Son la *Noikkhru* y la *Shuffikkt*...

El cambio apareció en el monitor, parte de la imagen varió nuevamente de color al terminar de frenar las naves kif y empezar a moverse en nuevas direcciones.

Seguían ángulos que las apartaban de Sikkukkut.

## 6

Los cambios de color se multiplicaban en la pantalla.

—Dioses —murmuró Pyanfar, accionando el interruptor general. La alarma sonó por los pasillos. Por si acaso...—. Mensaje a nuestros compañeros: seguid como hasta ahora, mantened el rumbo. Khym, avisa a Chur, toma precauciones, hay unos cuantos kif moviéndose sólo los dioses saben hacia dónde. Tirun, pasa las imágenes al monitor de Jik; dile que estamos bien, seguimos en el rumbo, sólo que algo nuevo sucede aquí.

Le llegaron los acuses de recibo.

—Capitana —dijo Haral—, Hilfy tiene una idea...

—Acuse de recibo de Tahar —dijo Hilfy—. Nos siguen. Bien... lo tenemos, *Aja Jin*. Gracias.

—... Akkhtimakt está en apuros —dijo Haral—. Creo que nosotras también.

Esperó. Esperó hasta oír el informe de Tirun, que completaba así el de todo el personal: Tirun había llegado al puente. Un último cinturón de seguridad entró en su correspondiente soporte con un chasquido.

Ahora podían correr. Si se veían obligadas a ello.

En las pantallas seguían resplandeciendo los destellos luminosos a medida que los receptores clasificaban la información y la iban verificando.

Y una nave más de Sikkukkut, y luego otra, se encendían con una chispa verde y empezaban a maniobrar.

No todas seguían el mismo vector. Se esparcían como las semillas cuando una vaina revienta. Hacia todas las direcciones. Hacia todos los rumbos que tenían ante ellas, el espacio mahen y el hani, el stsho y el tc'a.

—*Ellas ir* —exclamó Jik por el comunicador. Y luego dijo alguna blasfemia en mahensi. Estaba siguiendo toda la situación desde ahí abajo, en su camarote cerrado—. *Maldición, ellas ir, ellas ir...*

A cada estrella dentro de su alcance. Para devastar cada estación y cada sistema donde pudiera haber una presencia hostil.

—Prioridad, prioridad —dijo Hilfy, anulando lo que estaba diciendo Geran—. Las comunicaciones de la *Harukk* dicen: «*Orgullo de Chanur*, siga su curso».

—Ir atacar cada maldito blanco del Pacto —gritó Jik. Se oyó una explosión. O quizá se trataba de un puño mahen al golpear algo—. ¡Maldición! ¡Dejar salir!

—Tenía razón —murmuró Haral—. Maldita sea, tenía razón. Lo harán de todos modos y tenemos kif por todas partes. Capitana, su intención es hacer que Akkhtimakt se meta por ese pasillo abierto hasta *Anuurn*, capitana, eso es lo que piensan hacer, por todos los dioses.

—Tenemos problemas —murmuró Pyanfar.

Mientras, un chorro de blasfemias mahen luchaba con las insistentes preguntas de Chur en el comunicador.

—Kkkkt. —De una fuente olvidada, por detrás de ellas.

Y la estación estaba delante. Punto de Encuentro, con trescientos mil stsho y un puñado de ciudadanas hani. Con los kif cada vez más cerca, cuya declarada intención era posarse en los muelles.

—Transmite —dijo Pyanfar—. La *Orgullo de Chanur* a todas las hani de la estación: preparaos para ayudar a las maniobras de atraque de las naves que se aproximan. Uníos a nosotras. Es vuestra mayor esperanza de encontraros a salvo por el momento.

Ofrecer un superior a una hani, un amo, la hegemonía de otra especie por encima de la suya...

Escupirían a Sikkukkut en la cara. Y morirían por ello. Eso quedaba más allá de cualquier duda.

Pero si lograban percibir el tono de reserva que había en ese mensaje, si detectaban los matices de buscar-refugio-seguro-en-una-tormenta y todo lo que eso implicaba... incluso si los kif se daban cuenta de ello, era algo que ya esperaban, aunque ninguno de ellos se atrevía a decirlo: *hasta que encontremos algo mejor*.

—¿Lo repito? —preguntó Hilfy.

—Repítelo.

—Sigue el frenado —dijo Geran.

Y el resplandor de las líneas ambarinas que indicaban su propia posición se acercaba cada vez más al punto en que debían frenar para posarse en la estación.

—La *Industria de Harun* responde —dijo Hilfy—. Cito: Aceptamos con entusiasmo vuestra oferta.

Era preciso cierto tiempo para que las naves redujeran velocidad.

Era preciso cierto tiempo para que las naves kif que se dirigían al exterior del sistema completaran su trayecto con un salto hacia la oscuridad, hacia Punto Hoas y el sistema de Urtur, hacia Kshshti, Kefk, Tt'a'va'o, V'n'n'u y Nsthen. Siete naves, para seguir a Akkhtimakt pisándole los talones en un segundo ataque; y para caer sobre Dientes-de-oro, los humanos, los mahendo'sat y cualquier otra especie que pudiera aparecer, si acaso lograban encontrarla.

Pyanfar, abatida, pensó que aquella forma de actuar era tan implacable como efectiva, había que reconocerlo.

—Kkkkt —chasqueó Skkukuk por todo comentario—. Kkkkt. Te está desafiando, os desafía a todos. Kkkkt. Pero su garganta no se encuentra bajo protección. Tú estás aquí Piensa impresionarte. Cogerte por sorpresa, hakt'.

Hizo girar rápidamente su asiento para encararse con el kif que estaba sentado en



la parte posterior del puente. Y tenía el vello de todo el cuerpo erizado.

—¿Cuáles son sus planes para nosotras?

—Formas parte de su *sfik*. Lo aumentas. Kkkkt. Su jugada es muy buena. Ha conseguido colocarte junto a su fuerza principal e inmovilizarte. Cualquier intento de partir hacia los territorios donde tienes recursos se verá bloqueado primero por su enemigo y luego por sus propias naves, cuya fuerza no conoces con precisión. Es una jugada excelente, *hakt'*. Pero yo tengo fe en ti.

—Fe.

—¿Palabra inadecuada? *Sgotkkis*.

—Lámalo fe. —Pyanfar echó las orejas hacia atrás y contempló su maldición particular con una expresión de clara y fría amenaza—. Ya que no tienes ni la menor idea de lo que pienso hacer, probablemente... Pero sigo estando aquí. Y mis recursos no han disminuido.

—Kkkkt, kkkt, skthot skku-nak'haktu.

*Tu esclavo, capitana.*

—Capitana —dijo Hilfy—. Comunicación de la *Harukk*, cito: «*Has hecho una propuesta a las naves hani. Reunirás a las capitanas para mi inspección, a realizar en la estación. Final mensaje*».

*Segunda jugada. Está yendo demasiado rápido. Oh, dioses.*

—Acusa recibo —dijo, con la frialdad de la rutina. Mientras tanto se iban abriendo paso muy lentamente por entre un sistema repleto de kif, hacia una estación que pronto se encontraría bajo el poder kif—. *Sikkukkut* bajará al muelle. Ese bastardo arrogante va a meter su nave ahí.

*Si Dientes-de-oro y los humanos han frenado en seco y los kif les rebasan en el hiperespacio, podrían atacarnos ahí mismo.*

*Hilfy y Haral ya han pensado en ello. Como todas nosotras.*

*Si Akkhtimakt está dispuesto a entrar nuevamente en el sistema para atacar... es posible que ahora mismo una fuerza de ataque esté en el límite del sistema. O puede que ya esté entrando en él. No hay forma de saber si los kif también poseen el truco de pararse a mitad de un salto. Es muy posible que lo tengan. Quizás, quizás... Eso no es afirmar que todas sus naves puedan hacerlo, claro.*

—Transmite —dijo—. Honrado sea el *hakkikt*: cuidado con los límites del sistema. Temo algo más que naves detectoras.

—Hecho —dijo Hilfy.

*Estamos ayudando al bastardo con el que viajamos. Mientras estemos viajando con él.*

*Aceptaremos todas sus órdenes. Y mantendremos nuestras opciones actuales. Ehrran ha perdido todas las suyas. Hay hani en esa estación y sólo los dioses saben cuántos *stsho* están corriendo de un lado para otro. Mantén la cabeza tranquila,*

*Pyanfar Chanur. Por los dioses, es tu única oportunidad.*

—Recibimos instrucciones para atracar —murmuró por fin Hilfy. Las instrucciones aparecieron en la pantalla, donde las naves kif ya casi tocaban la estación.

Y Chur, con voz quejumbrosa, en el comunicador:

—*Por todos los infiernos mahen, ¿qué está pasando?*

—Calma —dijo Geran—. Todo va bien.

—La tripulación se derrumbará de puro cansancio —musitó Pyanfar—. Haral, sin prisas, operación de atraque normal. Tirun, ve abajo y descansa el resto de la guardia.

—Bien —dijo Tirun. Una vieja navegante del espacio a punto de caerse de bruces, agotada. El chasquido de un cinturón. Tirun se alejó en silencio, en dirección a la comida, el sueño, todo lo que pudiera conseguir.

—Jik pide que le dejemos salir —dijo Khym. La voz del mahen se había esfumado del comunicador. Khym le había hecho callar. El capitán de una nave de caza mahen, encerrado en un camarote de la cubierta inferior que, probablemente, intentaba encontrar un modo de provocar un cortocircuito en el pestillo electrónico o de hacer saltar la puerta.

—Jik —dijo ella, al tiempo que pulsaba la tecla correspondiente a la luz que parpadeaba en su sección del comunicador—. Estamos todas bien. Por todos los dioses, ten paciencia, descansa un poco, tenemos muchísimo que hacer y tú puedes ver la imagen de las pantallas. Vamos a entrar en el dique y mientras tanto no ocurrirá nada más.

—*Pyanfar. —La voz era tranquila y razonable, sin rastro de nervios—. Yo entender. Yo hacer problema, ¿afirmativo? Tú tener que proteger tu tripulación. Yo hacer disculpa. Yo mucha molestia, Pyanfar. Largo tiempo con kif volverme loco. Ahora yo tener tiempo pensar... yo saber qué hacer tú. Nosotros largo tiempo aliados. Nosotros ser amigos, Pyanfar. Mismo interés. Tú abrir puerta, ¿eh?*

—Ya te he dicho que aquí arriba no hay nada que puedas hacer. Jik, aprovecha el poco tiempo que tienes para descansar, puede que te haga falta.

—*Pyanfar. —Un golpe ahogado, el impacto de una mano cerca del receptor. Un fuerte impacto. Ahí se había terminado la paciencia—. Tú en malditas aguas profundas. ¿Oír? ¡Aguas profundas!*

—Nosotras tenemos otra expresión para eso. —Agachó las orejas y volvió a erguir las—. Ya te lo he dicho. Después de que atraquemos. Amigo, ya tenemos bastantes problemas. Quiero tu consejo, pero en estos momentos, y a tengo bastantes problemas entre manos.

—*Ser guerra* —dijo Jik, provocando un escalofrío en la espalda de la hani. La guerra era una palabra propia de los que nunca iban al espacio—. *¡Estúpida hani! ¡Las naves ir, ellas ir a cada condenado sitio, no poder detener, no poder detener!*

—¡Por todos los dioses, estamos en el espacio abierto! ¡Esto es el Pacto, no estamos hablando de una maldita disputa provinciana sobre un terreno!

—*No. No harus. Esta nueva especie cosa. No con reglas. Hablamos sobre hacer pelea todos kif, todas hani, todos mahendo'sat, hacer aliados, hacer golpe aquí, hacer golpe allá. Esta ser nueva especie palabra. No como clan y clan. No como ir consejo. Aquí nosotros no tener consejo. Guerra, Pyanfar, ni todos los diablos en infierno tener palabra para esta cosa yo ver.*

El escalofrío era cada vez más helado.

—Yo también la veo. Bien, ¿cuáles son los proyectos mahendo'sat al respecto? ¿Qué han hecho hasta ahora? ¿Jugar con los kif hasta conseguir que se arrojen al cuello de las demás especies? ¿Empujar a las naves de Akkhtimakt para que se metan en el espacio hani? ¿Y mi mundo? ¿Cómo puedes suponer que voy a preocuparme por ti y los tuyos, así se pudra tu traicionero pellejo, cuando has engañado a toda mi especie? ¡Engañaste a los stsho, por los dioses, y para eso hace falta ser muy rápido! ¡Engañaste a los tc'a, los dioses nos ayuden, les engañaste a ellos y a los chi, y puede que a los knnn también!

—*Tenemos humanos. Tenemos humanos, Pyanfar. Mismo tener naves caza, tener modo empujar ese bastardo fuera espacio territorio hani, tú tener que escuchar, Pyanfar, Pyanfar, ¡yo tener tiempo movimientos!*

Su dedo ya estaba sobre la tecla de cierre, con la garra a medio salir. Pyanfar lo apartó.

—¿De veras? Tal y como entiendo yo el asunto, tienes algo más. Una nueva maniobra que hacen tus naves, igual que los humanos.

A eso siguió un silencio desde la cubierta inferior. Un profundo silencio. Y luego:

—*Abrir esta puerta, Pyanfar.*

—En el dique.

—*¡Soshethi-sa! ¡Soshethi-ma hase mafeu!*

Un golpe.

Pyanfar cerró la conexión y se volvió hacia Haral. Ésta, como si cumpliera con una obligación, agachó las orejas.

—No parece muy contento —dijo—. «*Tiempo de movimientos*». ¿A qué se refería?

—Por los dioses, apostaría a que existe. Y no debe de ser nada bueno para nosotras. Regalos mahen. «Tengo un regalo para ti». Jik, apareciendo en Kshshti. Nosotras, viendo cómo nuestros documentos se arreglaban milagrosamente para que pudiéramos venir aquí.

—Desde luego, puedo asegurarte que me gustaría saber qué había en el paquete que se llevó Banny.

—Te apuesto huevos contra perlas a que Jik metió algo dentro. Tengo una copia

de la versión de Dientes-de-oro. Al menos, de la parte en la que no era preciso un traductor a quien engañar, y ésa no será la más delicada. Pero cualquier dato puede sernos de ayuda. Baja un grado las funciones de navegación: vamos a meter ese paquete en el descifrador de códigos.

—Lo empezaré a pasar en mi número cuatro —dijo Hilfy.

Pyanfar tecleó la secuencia de acceso y mandó el paquete de datos, al tiempo que la *Orgullo* empezaba a dejar espacio libre en el ordenador.

Jik no se lo había dicho todo a Sikkukkut. Ni a ella. Eso estaba claro. Había callado igual que un muerto en todo lo que se refería al asunto de los recursos técnicos mahen.

El archivo empezó a parpadear en el tablero de Hilfy.

Y cada vez se acercaban más al dique.

—Podría haber alguna nave al acecho fuera del sistema —dijo *Hilfy*—. He estado pensando en eso. En cualquier momento puede producirse un ataque.

—Qué alegría —dijo Geran. Eso sonaba casi normal, sus tripulantes se tiraban pullas y murmuraban entre ellas de un puesto a otro.

—La estación al habla —dijo Hilfy—. Cálculos para el ataque.

—Los tengo —dijo Haral, pasándolos al tablero de navegación—. ¿En automático?

—Sería mejor, ahí no hay nada que presente dificultad. —Pyanfar se mordisqueó los bigotes y luego empezó a tironear la uña de su tercer dedo, escupiendo al acabar—. Hilfy: a todas las hani en el muelle, en lenguaje hani, textual. La *Orgullo de Chanur* a todas las hani en el muelle: vamos a entrar en los diques 27, 28 y 29, consecutivos. Saludos a todas las aliadas; por el hogar y la sangre tomamos vuestra palabra y custodiaremos vuestra seguridad. *Industria*, saludos a tu capitana en nombre de Ruharun, compartimos una antepasada. No lo divulguemos, ¿de acuerdo? Fin del mensaje.

—Entendido —dijo Hilfy.

Haral la miró con el rostro muy serio y las orejas inclinadas hacia atrás.

—¿Crees que los kif leen poesía?

—Dioses, espero que no.

Hacía cinco décadas. Los días escolares, la literatura, aunque ella hubiera preferido diez veces más estar en su clase de matemáticas. *Levántate y recita, Pyanfar*.

—Por los dioses, espero que la nueva generación sí lo haga.

*En la víspera del invierno a las puertas llegó Ruharun  
bajo la negra bandada de aves, a través del patio nevado.  
El blanco pañuelo al viento ondea, la roja pluma  
señala las flechas inmóviles en los arcos  
alrededor de los puestos y el sagrado altar donde se encuentra,*

entre cien enemigos, aquél a quien sirve,  
mas no prisionero, sino de sus enemigos ahora vuelto el primero.  
Pero Ruharun conocía a su esposo, sabía que a pesar de ser hombre,  
de mujer tenía el ingenio y la fuerza.  
Y al suelo su arco arrojó, esparciendo sus flechas,  
y quedó indefensa sobre la nieve de sangre manchada,  
rindiendo así cabeza y fortuna ante sus enemigos...

—La *Industria* responde —dijo Hilfy—. Cito: «Recibido. 27, 28, 29. Tenemos otra pariente, *Munur Faha*. Saludos de ella. Estamos a tus órdenes».

—Que los dioses las protejan. —Pyanfar tragó una honda bocanada de aire. Mensaje recibido, escondido y devuelto una vez más bajo los hocicos de los kif. *Munur Faha* de la *Viento Estelar* era pariente de *Chanur*. Pero no de *Harun*. *Harun* no tenía parientes de ninguna clase.

Y *Faha* tenía una disputa de sangre con *Tahar*, de la *Luna Creciente*.

Sintió que un leve escalofrío le recorría la espalda. Era una respuesta al saludo en código que les había mandado. Se trataba de una advertencia y una pregunta tan sutiles como su mensaje. Destacaban a *Faha* mediante los saludos: vas en extrañas compañías, *Pyanfar Chanur*, un capitán de caza *mahen*, un príncipe kif y una pirata. La disputa entre *Faha* y *Tahar* era encarnizada y conocida por todas.

«A tus órdenes», en el mejor de los tonos, con sedosa suavidad. Eso era más propio del servilismo kif que de las *hani*; era humor, el más negro, lúgubre y austero humor de las navegantes espaciales, completamente. *Juguemos, hani. Contigo y con tus extrañas amistades. Veamos adonde nos lleva el juego.*

Que los dioses la ayudaran, debía realizar un esfuerzo mental para pensar de nuevo como una *hani* y averiguar cuáles eran los motivos de su propia especie. Era como cruzar un golfo, llevaba tanto tiempo en la orilla opuesta que las *hani* le resultaban tan extrañas como los *stsho*.

—Réplica: Os veré enseguida, en mi cubierta.

Las abrazaderas entraron en los orificios correspondientes. La gravedad de la *Orgullo* cambió de sentido, se reajustó. Otras líneas de conexión tintinearón en el casco y quedaron aseguradas con unos golpes sordos. No eran las primeras en llegar. Las tripulaciones de la *Ikkhoitr* y la *Chakkuf* estaban ya en los diques. La *Harukk* se hallaba en la última etapa del acercamiento. Pero ningún kif había venido para ayudar a las naves ajenas que entraban en el dique. Significativamente, se habían ocupado de sus naves y de ninguna otra. Quienes estaban arriesgando la vida al otro lado de esa pared eran tripulantes de la *Industria*.

—Tengo cosas que hacer —dijo *Pyanfar*, desabrochándose el seguro del cinturón.

—Bien —dijo *Haral*—. Sólo quedan las desconexiones rutinarias, capitana. Adelante.

Se levantó de su puesto y vio que alguien la contemplaba con aire preocupado. El pálido rostro de Tully, con los labios apretados y esa especie de vacío alrededor de los ojos, como siempre en una situación problemática.

Pensando, oh, dioses, sí, que éste podía ser el final de su viaje particular, en una estación donde los kif se habían apoderado de todo lo que habían querido, y donde los humanos seguían resultando muy interesantes para Sikkukkut an'nikktukktin. Tenía razones para preocuparse, al igual que Jik.

Llegaban mensajes con preguntas; la *Luna Creciente*, que atracaba, con el parloteo habitual de las operaciones. A la *Aja Jin* le faltaba un minuto para posarse.

Seguía participando en el juego, Kesurinan confiaba que su capitán había dado el consentimiento para este largo silencio.

—Seguid en los puestos —les dijo Pyanfar a todas, con el rostro ceñudo—. Khym, encárgate de vigilar la cubierta inferior.

—¿Vas a verle? —La miró con las orejas gachas, incluso la que llevaba el flamante anillo.

Las orejas de Pyanfar se agacharon también. Khym se dio la vuelta sin decir palabra.

—Tirun está abajo —dijo a su espalda, dirigiéndose a Tully y al anhelante Skkukuk.

*Yo iría, hakt'*, decía la mirada kif. *Le abriría el cuello a ese mahendo'sat. Lo haría con todo mi entusiasmo, mekt-hakt'.*

—Huh. —Se aseguró de que llevaba la pistola en el bolsillo y salió del puente. Sentía las rodillas flojas y tenía la impresión de que la gravedad aún estaba sufriendo variaciones. Buscó a tientas en su bolsillo al recordar que llevaba un paquete de concentrados, y lo bebió mientras el ascensor la transportaba hacia abajo.

El líquido salado llegó a su estómago y la reconfortó un poco. El pánico era capaz de acabar con el apetito de cualquiera. Incluso cuando el pánico había llegado a ser un estilo de vida y el cuerpo acababa de salir del salto. Comía porque así se lo indicaba su organismo. Intentaba no pensar en el regusto que dejaría luego esa comida en la boca. Ni tampoco en las naves que les rodeaban, o en la situación de los muelles.

Jik estaba tendido en la cama, con la cabeza reposando sobre los brazos. Cuando se abrió la puerta se incorporó en el lecho, con las pequeñas orejas pegadas al cráneo y el ceño fruncido.

—Ser tiempo.

—He venido aquí para hablar contigo. —Entró en el camarote y dejó que la puerta se cerrara tras ella. Las orejas de Jik se agitaron rápidamente y un instante después estaba sentado en el borde de la cama, tras haberse arreglado cuidadosamente

el faldellín—. ¿Has escuchado las operaciones del puente?

—Afirmativo. —Una pregunta estúpida. Pero servía para abrir el diálogo. Jik tragó aire—. Tú hacer condenado buen trabajo, Pyanfar. Nosotros ahora quietos en estación, igual que stsho. Tener kif ir hacer volar Pacto al infierno. Ahora, ¿qué hacer?

—¿Qué quieres? ¿Salir corriendo de aquí? Hay naves hani aquí y diez mil kif se dirigen a Urtur, justo donde tú los querías, los dioses te pudran.

—Escuchar mí. Mejor tú escuchar mí ahora.

—Por el corredor de Kura. ¿No era ésa la idea?

—El ser kif, no hacer relación ti con esas hani. Ellas tener que ser listas, salvar cuello ellas solas... Mejor tú hacer propio negocio. Tú no tener pánico, Pyanfar. ¡No pensar igual que condenada hani de tierra! No arriesgar tu vida salvar esas hani. ¡Tú hacer que ellas mueran, tú hacer condenado jaleo!

Pyanfar echó las orejas hacia atrás.

—Naves kif se dirigen a mi mundo natal, Jik. ¿Qué debo hacer, eh? ¿Ignorar eso?

—Mismo que yo. —En los hombros de Jik se dibujaban claramente los músculos y tenía los puños apretados—. ¿Tú dejar que kif hacer tu plan por ti? Ellos empujar, entonces, ¿tú ir dirección prede-cible? ¡Maldita estúpida, maldita estúpida, Pyanfar! Tú encerrar mí, ¿ahora aceptar consejo kif? ¿Tú dejar ser empujada donde ese bastardo querer?

—¿Y en qué situación deja eso a mi mundo, eh? Tengo un mundo, Jik. Existe un lugar donde hay suficientes seres de mi especie como para sobrevivir. Los machos hani no salen al espacio, están todos en Anuurn. ¿Qué se supone que debo hacer, por el infierno mahen, jugar a tu lado y perder a toda mi especie? Nos han cogido, Jik, nos tienen acorralados. No me hables de bajas, no me digas que cualquier mundo y cualquier cantidad de vidas es igual porque no es cierto. Estamos hablando de toda mi especie, Jik, por los dioses. Si tuviera que volar en pedazos a cada hani que hay aquí y a trescientos mil stsho para obtener alguna solución, ¡lo haría, y además echaría a los mahendo'sat en esa pira mientras todavía ardiera, por los dioses que lo haría!

Las pupilas de Jik estaban rodeadas por círculos blancos. Tenía las orejas todavía echadas hacia atrás y los puños seguían apretados.

—¿Por qué tú aquí?

—Porque —le dijo ella— dos naves de carga y una de caza no pueden detener todo esto. Porque hay una posibilidad de que pueda conseguir que Sikkukkut haga aquello de lo que yo no soy capaz. Ahora, háblame de esos horarios tuyos. ¡Háblame de ello, Jik, y no te olvides de nada, incluidos los nombres de los capitanes!

Jik permaneció en silencio durante unos segundos.

—Tú confiar.

—Confiar... en un infierno mahen. Jik, dime la verdad. Ya no confío en nadie.

—Yo tener intereses mí proteger.

—No. —Se acercó a él y alzó el índice antes sus ojos, realizando un inmenso esfuerzo para que la garra no saliera de él—. Esta vez tú vas a confiar en mí. Esta vez me dirás todo lo que sabes. Habla. Dímelo todo.

—Pyanfar. Kif querer llevar ti a bordo *Harukk*. Ellos intentar interrogar mí, yo no hablar. Mi gobierno, ellos arreglar eso... —Se tocó la cabeza con la punta de los dedos—. Yo no poder hablar. No poder ser fuerza. Tú otro trato distinto. Ellos pronto hacerte pedazos para hablar. Saber todo. Ellos saber que tú tenerme a bordo, ¿afirmativo? Saber que tú tener ocasión hacerme hablar. Quizás ellos darme ti por misma razón... ellos no poder, quizá Pyanfar poder, ¿afirmativo? Quizá bloqueo no funcionar cuando tú preguntar, yo decir ti todo igual que condenado estúpido.

—¿Puedes decírmelo? Lo que te hicieron, lo que te hizo tu Personaje... ¿puede hacer que me mientas, incluso aunque no quieras hacerlo?

Jik se estremeció visiblemente. MoviÓ las manos de forma espasmódica.

—Yo pedir no hacer.

—Jik... debes confiar en mí, por mucho que te hayan manipulado. Jik, tengo que preguntarlo aunque eso pueda matarte. ¿Qué sabes acerca de ese horario de movimientos?

El temblor se extendió a todos sus miembros. Se rodeó el cuerpo con los brazos, apretando con fuerza, como si la habitación se hubiera congelado de repente. Y la miró fijamente a los ojos.

—Catorce —dijo, castañeteándole los dientes—. Dieciocho. Veinte. Veinticuatro... Primero. Séptimo. —Otro espasmo—. Este mes. Siguiendo. Siguiendo. Tener q-que maniobrar... hacer salto coordinado con mismos.

—¿Quieres decir que los movimientos deben hacerse en fechas determinadas hacia ciertos puntos?

—Donde tener a-amenaza. No luchar. Retroceder. Hacer otro punto salto en fecha de foco.

—De forma que tus naves de caza, siguiendo a los kif, coincidan y puedan lanzarse todas juntas sobre ellos.

—Co-in-cidir. Afirmativo. —Un ademán tembloroso—. Más complicado, Pyanfar. Nosotros empujar, nosotros tirar. Hacer que kif luchar kif. Hacer que kif ir hacia Urtur, hacia Kita.

—¡Hacia Anuurn!

—Tener... tener ayuda ir ahí. Proteger espalda. ¡No traicionar ti, Pyanfar!

Pyanfar sintió que se le aflojaban las piernas, se dejó caer hasta quedar en cuclillas allí mismo y alzó los ojos hacia un tembloroso mahendo'sat sentado al borde de la cama.

—Júralo.



—Dios testigo. Verdad, Pyanfar. Tú tener ayuda. —Tensó los dedos una vez más —. Ana... yo, *Aja Jin*. El tener oportunidad. ¡Tener oportunidad, maldición, y salir corriendo de este lugar, dejarnos en maldito jaleo! Tener otro plan. Él tener otro plan, ir para lanzar kif sobre kif, maldito conservador.

—O quizás en lo más hondo sospecha que sus aliados humanos no son dignos de confianza. ¿Y si estuviera seguro de ello? ¿Qué haría?

—Él condenadamente preocupado. Mismo tener preocupación con tc'a. —Otro estremecimiento convulsivo. Jik se limpió el rostro, reluciente de sudor—. Él quizás escuchar mí demasiado. Aceptar mi consejo. Yo venir dentro su sección del espacio. Él maldito sorprendido ver mí en Kefk. Yo decir él... decir él tenemos que salvar este kif, hacer número uno él. Cierto. Él estar confuso, él salir asunto. —Golpeó con el puño sobre la cama—. Yo no enviar código. Tú entender. Yo no en *Aja Jin*. ¡Yo no enviar código, él no atacar!

—Kesurinan no sabe todo esto.

—Yo no muerto. Ella tener archivo que leer si yo estar muerto, pero yo estar en nave amiga, ¿eh? Ella seguir tus instrucciones, ella pensar que yo en puente... Ella no saber. ¡Ella no enviar el maldito código y Ana no atacar este kif!

Sintió nuevamente que se le revolvía el estómago. Le miró en silencio. *¿Y me has dicho la verdad, incluso ahora, viejo amigo, mi sincero amigo? ¿O acaso lo único que has hecho es contarme otra mentira para que siga en la dirección que te conviene? ¿O me has revelado la única verdad que tienes, la que te han hecho creer mediante un lavado de cerebro? ¿Sería capaz tu propia gente de hacerte eso?*

*¿Se detendrían ante eso cuando ya te han manipulado con otros fines?*

*Que los dioses nos salven, casi confío más en los kif.*

—Jik, los kif nos habrían hecho volar en pedazos antes de que pudiéramos ayudar a nadie. Podríamos haberlo perdido todo. No creo que hubiera funcionado. Todavía tenemos una oportunidad, ¿no? ¿Dónde está nuestro próximo punto de cita? ¿Cuándo es?

—Kita. Dieciocho próximo mes.

—Imposible. Dame el siguiente punto al cual podamos llegar. ¿O es aquí mismo? ¿Acaso Dientes-de-oro se limita a esperar una señal?

—Dos meses. Veinticuatro. Urtur. Tú tener. Quizás estar ahí. Quizás no. Ahora tener seis, siete naves que salir de aquí.

Y una sola nave que entrara en el sistema a una velocidad extremadamente alta gozaba de una ventaja decisiva en el ataque. Si además resultaba tener la ventaja de la posición, los disparos que efectuara a gran velocidad podían destrozar las naves más lentas.

—¿Cuándo volverá Dientes-de-oro?

—Yo no decir que él volver. No saber qué hacer él. ¡No tener maldita señal!

—Por todos los dioses, Jik, cálmate, tienes que poner algo de orden en tu cabeza, sea como sea. Sabes lo que hará. Mi información dice que puede detenerse a mitad de un salto y dar la vuelta, y que quizá todas esas naves pueden hacerlo. ¿Está aquí, Jik? ¿Es Punto de Encuentro el sitio donde debemos estar? ¿Era ése el mensaje que debía recibir de Kesurinan y que no recibió... el que iba destinado a él, unos cuantos días o unas cuantas horas fuera del sistema, era realmente ése?

Terror. Algo que nunca había visto antes en Jik. Terror, puro y simple.

—¿Tienes miedo de que se lo diga al *hakkikt*? ¿Tienes miedo de que logre adivinar demasiado por mi cuenta? —Su posición, sentada ante él, era vulnerable: estaba demasiado cerca de Jik. Se puso en pie y le miró, consciente en todo momento de la pistola que tenía en el bolsillo—. ¿Tienes miedo que revele todo eso?

—Tú maldita estúpida.

—Quiero tu ayuda. Tú quieres la mía. ¿Quieres saber cuáles son tus oportunidades con las hani? ¿Quieres saber a qué quedarían reducidas si te enfrentaras solo a los kif, con tres gobiernos humanos engañándose mutuamente, y con los tc'a y los chi, que los dioses nos ayuden, maldito lunático? Vuelve a hacer tus cálculos, Jik, ¿me oyes? Tienes cierta autoridad, la suficiente como para enfrentarte a un problema y solventarlo, eso he logrado averiguarlo. Y lo que te estoy dando es justamente eso, un problema; lo que te estoy dando es el hecho de que tenemos a este bastardo dispuesto a llevarse por delante toda mi especie, a matarnos a todos. Esto te haría perder una aliada y un gran mercado, ¿no?, te haría perder a tus amigas justo cuando más las necesitaras y cuando más falta le harían a tu Personaje. Los humanos no constituyen ni la mitad de tu problema. Yo soy tu problema, y el *han*. Y no puedes darme órdenes. Yo poseo la influencia, yo manejo la situación y, de repente, me enfrento a una amenaza contra mi planeta, Jik. Esto significa que actuaré según mi criterio, por todos los dioses, y no pienso salir disparada en la maldita dirección que tú deseas. Ya he decidido la dirección en que debo ir. Y a ti no te queda más opción que la mía, porque te pegaré un tiro antes de consentir que hagas algo para detenerme. Te quiero como si fueras una de mis parientes, pero te pegaré un tiro con mis propias manos, ¿me has oído bien, mahen? O me ayudas y me dices la verdad respecto los lugares de cita, y puede que entonces todavía te quede una aliada, o te juro que te mataré.

Los músculos del mahen seguían tensos. Muy tensos. Tardó mucho tiempo en responderle.

—Entender —dijo por fin—. Tú abrir puerta, ¿afirmativo?

—No hay trato. No en tus términos, ¿me oyes?

Jik se puso en pie, le dio un tirón a su faldellín para arreglárselo y la miró. Y, de repente, movió bruscamente la mano, como para golpearla. Pyanfar se apartó con las orejas gachas.

—Primera cosa —dijo él—, tú tener que aprender nunca confiar trato con bastardo. Tú maldita excelente mercader. Pero kif no ser eso.

—Tú tampoco lo eres. Te estoy proponiendo otra cosa. Te estoy diciendo que no vas a romperme el cuello porque seas más listo que yo.

—Tú tener razón. —Tragó aire con un resoplido. Las delgadas arrugas que rodeaban los ojos del mahen se tensaron, se relajaron y volvieron a tensarse en una expresión muy parecida a la de Tully—. Quererte igual que pariente. Mismo. Tener decirte ti que tú perder sangre. —Se tocó el corazón—. Mismo si tú ganar, mismo si tú perder. Tú número uno buena. Tener mucho haoti-ma. Mucho. Yo hacer trato, honesto. Tú darme de fumar, yo dar ti horario completo.

—Condenado loco...

—Sikkukkut no única fuente. Tú tener toda estación. Tú tener que preguntar *Aja Jin*. Mismo traer.

—Las drogas te han echado a perder los sesos.

En los ojos de Jik ardió una leve chispa.

—Tú querer yo seguir a bordo, tú tener que encontrar mí para fumar. Yo ser piloto número uno primera clase. Mejor todavía cuando yo estar tranquilo. Quizá tú necesitar. Tú, Haral, vosotras números uno también. No demasiados.

—¿De qué estás hablando?

—Mismo tú. —Propinó otro tirón a su faldellín. Había perdido peso—. Tú tener trato. —Más arruguitas alrededor de los ojos, una mueca—. Mi Personaje maldecir yo infierno. Mismo ser viejo territorio para mí. Tú querer mí, tú tener. Mientras, Sikkukkut no coger todos nosotros. Tú tener buen instinto comercio, hani. Número uno bueno primera clase. Éste ser trato duro. Quizás él coger mí. Quizás él coger ti: tú no saber eso. Tú querer plan, tú tener que sacar mí de apuro. Poner a salvo.

—No ha pedido que te entregáramos.

—Él hacer. Tú esperar, ver. Yo conocer este kif.

—¿Qué tal andan tus nervios?

—Tú no olvidar traer mí para fumar, ¿eh? Mismo entonces tú sacar mí fuera.

—*Capitana* —interrumpió Hilfy por el comunicador—. *La Harukk está entrando ahora mismo. Insisten en recoger a todas las capitanas. Con escoltas adecuadas. Quieren también a Jik y a Tully.*

Jik alzó las cejas.

—¿Ver?

—Los dioses se lleven a ese kif... —Pero entonces pensó: *Podría dejar a cada una de las naves que están aquí sin nadie al mando, ¿no? Yo. Dur Tahar. Eso dejaría a Haral Araun, pero él no la conoce lo bastante bien.*

*Necesito una escolta. Haral no. Dioses, no puedo sacar a Haral de esta nave. Ni a ninguna de mis tripulantes. Sólo a mi intérprete.*

—Hilfy, dile a Skkukuk que nos acompañará. No vendrá nadie más excepto los que han reclamado los kif. Mándame el equipo abajo y una automática para Jik. Vamos a demostrarles algo.

*Quieran los dioses que el resto de las capitanas conserven el sentido común. Quieran los dioses que comprendan los viejos poemas épicos.*

—Bien —dijo Hilfy al cabo de un segundo—. *Capitana, Tahar está aquí. Las demás ya vienen. Haral pregunta si las dejamos entrar.*

*No está contenta. No. A Sikkukut no le va a gustar esto.*

*Y no, sobrina, no estoy loca.*

*Sencillamente, no tengo elección.*

El ascensor estaba en marcha. Debía de ser Tully, que bajaba. O el kif. Pyanfar fue por el pasillo acompañada de Jik. Divisó a Tirun, que venía por el otro lado, justo cuando la escotilla se abría con el característico gemido, seguido de un golpe sordo, para dejar que alguien entrara en la nave.

También entró, además, una considerable cantidad del frío aire de Punto de Encuentro, con su típico olor. Sintió una oleada de nostalgia que, al desvanecerse, le dejó un leve dolor. Los viejos tiempos habían sido malos, pero este olor le resultaba muy familiar y, con ello, sólo conseguía que en comparación el presente le pareciera aún peor.

Tully y Skkukuk llegaron juntos, este último cargado de armas que tintineaban a cada paso; además de la suya llevaba la que había conseguido en el muelle de Kefk. Pyanfar pensó con amargura que quizá la llevaba por motivos sentimentales.

Tully llevaba su propia arma en bandolera y una automática colgada en la cintura. No se precisaban garras para manejarla, bastaba con meter los cartuchos y apretar el gatillo. Podía utilizarla y era bueno con ella. Ya lo había demostrado en Kefk.

Y, por el corredor de la compuerta, llegaba Dur Tahar, con Soje Kesurinan.

Pyanfar tragó aire.

Bien, ¿cómo impedirselo? Si las hani iban a celebrar una reunión bajo las mismas narices del *hakkikt*, ¿cómo impedir que Kesurinan se les uniera? ¿Y cómo iba a impedirselo a Jik?

—Tenemos un problema —murmuró—. Jik, no lo hagas.

—Lo —dijo él—. Soje. Shoshe-mi.

—Shoshe —respondió Kesurinan. Y algo más, en dialecto.

Mientras tanto, otras siluetas llegaban por el blanco pasillo, algunas vestidas con el brillante ropaje hani y provistas de armas. Y había una silueta alta y oscura... un kif desconocido caminando a su antojo por la cubierta inferior de la *Orgullo*.

La respuesta a su jugada.

*¿Qué hacer, Pyanfar? ¿Echarle de aquí? Vamos a tener una conferencia,*

amistosa, probablemente es un tripulante de la Ikkhoitr, y quizás ese bastardo sea uno de los esbirros favoritos de Sikkukkut.

Su corazón empezó a latir a marchas forzadas. *Estúpida. Dos veces estúpida. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer ahora?*

—Dioses —musitó Hilfy—, tenemos a Kesurinan y a un kif al otro lado de la compuerta. ¡Maldición! Haral...

—Estoy en ello, estoy en ello. —En la voz de Haral había una sombra de indignación. Lo observaban todo desde el puente. No podían hacer nada más.

—Voy a bajar —dijo Khym, con un gruñido más profundo y ominoso.

—Calma, calma, no hagas nada, la capitana ya se cuida de manejar la situación. No empeoremos las cosas.

Y, por el comunicador:

—Orgullo de Chanur, *aquí la Viajera Estelar de Vrossauru, nuestra capitana debería estar a punto de llegar a vuestra escotilla. Confirmadlo, por favor.*

—Confirmado, *Viajera Estelar*. No hay dificultades. —Aparentaban una confianza que no sentían.

—El ascensor del puente está bajo control —dijo Haral—. Aquí dentro estamos a salvo. No intentarán nada contra nosotras. No creo que se atrevan.

—Faha debe de estar royéndose los bigotes por tener a Tahar tan cerca —comentó Hilfy.

—Por lo menos no han tomado partido por Ehrran —suspiró Geran.

—Son navegantes del espacio —afirmó Haral—. ¿Apuestas algo a que esa jovencita de pantalones negros se detuvo para consultar con estas tripulaciones antes de largarse? Ellas ya tenían los traseros en el fuego y estoy segura de que eso no les ayudó en absoluto.

Tenía sentido. Que las hani situadas dentro del sistema no hubieran huido significaba que no habían tenido ocasión de hacerlo: bien sabían los dioses que una comerciante no podía sacar provecho alguno de esta crisis.

Y ahora las hani que estaban en la estación debían enfrentarse a una locura más: kif controlando la estación. Y junto a los kif, una nave de caza mahen y, con ellos, Tahar y Chanur, que eran enemigas de sangre.

Pero si esas naves se habían visto atrapadas en Punto de Encuentro durante todos los disturbios, ya debían estar acostumbradas a las locuras.

—Orgullo de Chanur —dijo el comunicador—, *aquí la Viento Estelar de Faha. Pedimos explicaciones de lo ocurrido en cuanto podáis ofrecerlas. Estaremos esperando señal mediante haz concentrado de energía.*

Una vieja y curtida navegante espacial, muy cuidadosa en sus movimientos. Toda una vida de experiencia con los kif. Y corría un riesgo mayor de lo que suponía.

—*Viento Estelar*, aquí la *Orgullo*, recibido vuestro mensajes. —El tablero informó que el impulso había sido almacenado en el plato receptor de la *Orgullo*, y confirmó que enviaban su propio haz; todo con mucha discreción y confiando en que a los dioses les viniera en gana impedir que los kif captaran ese furtivo intercambio de mensaje—. Haral, tenemos una comunicación de nave a nave...

—Córtala —dijo Haral, y Hilfy obedeció de inmediato, cerrando el contacto. Después, mediante el sistema de transmisión entre los puestos, Haral se apoderó del canal—. Aquí Haral Araun, oficial al mando, *Orgullo de Chanur*: todas las comunicaciones se transmitirán a través de la estación. El *mekt-hakkikt Sikkukkut an'niktukktin* es un aliado, no estamos autorizadas a proporcionar más información... ¿estoy hablando con Junury?

—*Puedes apostar por los dioses a que sí. Haral, por el infierno mahen, ¿qué ocurre entre vosotras y Ehrran? ¿Puedes responderme al menos a esa pregunta?*

—Una disputa de sangre, eso es lo que ocurre. Lo cual es ajeno a este sistema, excepto ciertos tratos con los stsho. Y ciertos tratos con el *han*. Luego te informaré sobre ello. Junury y quien esté escuchando: dentro del *han* se nos ha engañado. Todos los clanes que navegan por el espacio han sido engañados y dejados fuera de juego por unas cuantas bastardas que nunca han abandonado el planeta, unas malditas viejas de nariz canosa con los bolsillos repletos. Hemos solucionado la disputa de sangre que teníamos con Tahar y sólo los dioses saben cuánta sangre ha tenido que verter ésta para pagarla. Ahora mismo tengo a una prima en cama debido a un disparo que recibió en Kshshti por culpa de Ehrran y de ese bastardo de Akkhtimakt. Tenemos unos cuantos problemas que resolver... los intereses hani están en juego ahora más que nunca. Y doy gracias a los dioses de que te hayas quedado aquí, Junury. Eso es lo que he dicho, doy gracias a los dioses: ahora podemos utilizar esa ayuda; no sé si habrías logrado pasar por donde pretendías. ¿Me comprendes?

Una larga pausa.

—*Te comprendo. Te comprendo, Haral Araun.*

Teniendo en cuenta que procedía de Haral, eso era pura elocuencia. Hilfy tragó aire al mismo tiempo que Haral e intentó pensar en si Haral había camuflado algún mensaje entre las líneas del discurso: ella sólo había logrado percibir *cuidado, cuidado, cuidado, nos están escuchando.*

—*Viento Estelar.* —La transmisión venía de otra fuente—. *Aquí la Luna Creciente. Nuestra capitana se ha ido igual que la vuestra. Nos hemos puesto bajo custodia de Chanur. Nos presentaremos a juicio. Araun es demasiado cortés. Volvemos precisamente para eso. No teníamos elección, así que nos rendimos. Conservamos las armas y actuamos bajo las instrucciones de Chanur. Fin del mensaje.*

Las transmisiones cesaron. Discretamente.

Hilfy volvió a conectar el canal del intercomunicador en el cual estaba Khym, se reclinó en el asiento y trató de no pensar en nada. Flexionó la mano, sacó las garras e intentó mantener erguidas las orejas para que su expresión no pareciera preocupada, como hacía Tirun, sentada al final de la hilera de puestos, ya que Khym *nef* Mahn estaba junto a ella con un anillo recién ganado en la oreja: un macho, con un anillo de navegante espacial, con el rostro lleno de cicatrices fruncido en una mueca preocupada, pensando en los problemas que podía haber en la cubierta inferior y totalmente seguro de que Pyanfar debía de reunirse ahora con los kif.

Sólo los dioses podían saber qué le mantenía sentado en su puesto sin que su temperamento estallara; Hilfy sentía aquella presencia, a la derecha de su puesto, como la de una tormenta a punto de estallar, como algo listo para hacer erupción pero nunca llegaba a hacerlo.

—Maldita Ehrran... —murmuró Khym para sí mismo—. Condenada Inmune. Me gustaría echar la mano encima a unas cuantas de ésas.

Khym *nef* Mahn no era dado a los juramentos. Hilfy le miró con cierta aprensión y percibió la expresión del rostro masculino y el ángulo de las orejas: un macho a punto de perder el control. Sin ningún enemigo cerca de él.

—Salud —murmuró Pyanfar. Casi todos los demás saludos estaban cargados de connotaciones peligrosas en el kif básico. Mientras tanto, otras capitanas entraban en la cubierta inferior de la *Orgullo* y se unían a la conferencia. Un kif de Sikkukkut estaba presente como testigo. Su kif particular se mantenía inmóvil y alerta, rifle en mano. Prudente y, bien lo sabían los dioses, ingenuo e ignorante a su manera kif—. Todo va bien —dijo en jerga y luego, en hani, añadió—: Kerin, hau mauru. —*Mujeres del clan, no hay nada de que preocuparse*—. ¿Haaru sasfynurhy aur? —*¿Todas entendéis la jerga?* Alzó significativamente los ojos hacia el techo y recorrió su contorno. *Nos están vigilando. Daros por advertidas*—. Éste es Tully. Y *na Jik*. Nomesteturjai. Y su primer oficial, Kesurinan. —No hacía falta más. Desde Gaohn, la *Aja Jin* era famosa entre las hani. Bastantes orejas se alzaron en señal de respeto entre esas hani armadas cuyo vello presentaba diversas tonalidades por proceder de todos los continentes de Anuurn, la mayor parte tenía la nariz grisácea como Kauryfy Harun, que venía con escoltas más jóvenes que ella. La única que no irguió las orejas fue Munur Faha, una hani no muy alta y de vello color rojo oro, una joven a cuyo lado estaba una vieja oficial de rostro curtido y nariz grisácea: Sura Faha, una firme veterana digna de toda confianza.

Las conocía a casi todas de los muelles que se extendían de uno a otro confín del Pacto, y la presencia de estos rostros familiares tendría que haber sido un consuelo. Pero el sentirse apartada de todos ellos era como una sacudida mortal, y le hizo darse cuenta de cuan lejos estaba de la civilización: era como si lo viera todo a través de

una ventana.

Y para complicarlo todo, ahí estaba Dur Tahar, en mitad de un grupo que había jurado severamente echar mano a su pellejo de pirata, y cuyo armamento era más pesado que el de las demás capitanas, ya que el suyo era legal en el Pacto.

—Éste es Skkukuk —tuvo que añadir para rematar el discurso, sin alterarse y sin vacilar, gesticulando con la mano izquierda—. Es mío. *Sha mhify-shau*.

*Mi macho-vasallo*. Había retorcido el lenguaje para crear una palabra que nunca había existido y, para colmo, había calificado de macho a un kif, porque no se trataba de una hembra, al menos por lo que ella sabía. *Mhify* era la palabra para una hembra que llegaba a unirse a un clan más poderoso. Las hembras podían hacer eso. Los machos tenían que abrirse paso luchando, arriesgando la vida y exponiéndose a que las hembras del clan los expulsaran antes de poder desafiar al señor para conseguir su puesto. Un macho vasallo, ciertamente. Hubo una agitación general de orejas en toda la habitación y muchas se abatieron; los entrecejos se fruncieron todavía más.

—Fue un regalo —dijo—. El *hakkikt*, alabado sea... —Otra mirada hacia lo alto: *no estamos solas, amigas*—. No podía explicar nada cuando mandé ese mensaje, pero nos enfrentamos a una situación muy delicada. Seré honesta con vosotras: el *han* ha firmado algún tipo de tratado con los *stsho* y tal vez Rhif Ehrran lo llevara... pasó por aquí. Es posible que no se haya detenido.

—No lo hizo —dijo Kauryfy, y tragó aire, las manos engarriadas en torno al cinturón—. Pero difundió un mensaje de aviso. —Las orejas de Kauryfy se pegaron al cráneo, se alzaron y luego se abatieron una vez más nerviosamente—. Dijo que venían los kif, nosotras estábamos rodeadas de alienígenas. Unas pésimas noticias, por los dioses. Nos quedamos atrapadas aquí... y supongo que este *hakkikt* no es amigo del otro.

—Podría decirse así. —Agitó sus orejas. *Cuidado, Kauryfy. No eres ninguna estúpida, no demuestras ahora lo contrario. Vigila tu boca*—. Os alegráis de vernos, ¿no?

—Este lugar se ha vuelto loco. Condenados alienígenas... Los mahendo'sat pelean con los kif. Los *stsho* entran en Fase por cualquier sitio. Apenas ha pasado una hora y ya no sabes si estás tratando con el mismo de antes. Sólo los dioses saben quién mantiene el sistema de apoyo vital en la estación. Este *Akkhtimakt*... ¿no es amigo tuyo?

—No.

—Bien, tampoco lo es nuestro. Un podrido jaleo, eso es lo que tenemos aquí. Nos vimos atrapadas con Urtur cerrado y lo único que hacíamos era ir acumulando facturas de muelle y cubrirnos de hipotecas con los condenados *stsho*, mientras todo enloquecía... ¡Cinco meses, durante cinco meses nos hemos visto atascadas en este maldito puerto de locos, Chanur! Y ahora tenemos a los kif. Vinieron en son de paz.



Nosotras sabíamos, por los dioses, sabíamos lo que ese kif había hecho en Urtur, y ese maldito imbécil de stsho diciendo por el comunicador que ellos le habían pedido que viniera, que todo estaba dentro del tratado...

—Lo estaba. El tratado con el *han* y luego, gracias a un cambio de chaqueta, otro tratado con Akkhtimakt. Todo para salvarles de la humanidad.

—Bien, pues han hecho un negocio condenadamente malo.

—Os quedasteis atascadas aquí.

—Nos quedamos atascadas aquí. Llegó ese kif y prohibió todo el tráfico, se metió en la estación e hizo lo que ya imaginas. Mientras todo daba la impresión de estar a punto de salir volando en pedazos al infierno mahen, le seguimos la corriente, entonces aparecieron los mahendo'sat y los humanos, y los kif se largaron de la estación. Nos quedamos inmóviles y esperamos por todos los dioses que no se tratara de nuestro problema. Ahora supongo que sí lo es.

En el rostro de Kauryfy se produjo una sutil serie de cambios: una tensión en los músculos de la nariz, el ligero y calculado fruncimiento de un tendón junto a la oreja... todo un tesoro de señales que un kif podía pasar por alto. *Confío en ti sólo a medias y hay muchas cosas que no pienso decir en voz alta.*

—Sí —dijo Pyanfar, enviándole una serie similar de señales y metiendo las manos en el cinturón. *Así que los humanos llegaron aquí surgiendo de la oscuridad. No puede ser una coincidencia. Frenaron a mitad de un salto y se detuvieron aquí. Por los dioses, estaban esperando. Dientes-de-oro lo sabía—.* Es nuestro problema. Todo el Pacto se está desintegrando y por culpa de la política del *han* estamos en un lío. Os necesito, ¿me oís? No penséis más en los alienígenas. El *hakkikt* va a preguntaros cuál es vuestra posición. Y una cosa puedo deciros: jamás nos hemos encontrado en peor situación. Podéis creerme a mí o podéis creer a Ehrran a eso se resume todo. Confío en que su mensaje contenga algo más que las últimas noticias: debía de tener mucho que decir sobre nosotras.

Hubo un prolongado silencio. Las orejas de sus interlocutoras se abatieron y luego volvieron a erguirse levemente.

—Llegó hasta aquí —dijo Munur Faha—. Nos lo dijeron los stsho y también supimos que no se detuvo. Iba hacia Urtur.

—Que los dioses la frían —dijo Tirun.

—Hay una razón realmente poderosa para que no desee vernos de nuevo —dijo Pyanfar—. Es un asunto del *han*. Mientras tanto, tenemos nuestros propios problemas de que ocuparnos. Los vuestros y también los nuestros. Es un asunto realmente crítico.

—¿Puedes ser más precisa? —le preguntó Kauryfy.

—Debemos arreglar las cosas entre nosotras. Esto no ha terminado, al contrario. Quiero que aceptéis mis órdenes.

Las pupilas de Kauryfy se contrajeron velozmente y volvieron a dilatarse. Los bigotes le cayeron hacia los labios.

—Hace unos cuantos años que nos conocemos, ¿verdad?

—Recuerda Hoas.

Una escaramuza con los *kif*, en tiempos de sus pequeños actos de piratería. Otro destello en los ojos de Kauryfy.

—Sí —dijo Kauryfy, y desplazó la mirada de ella a la sombría silueta *kif* que Pyanfar tenía a la espalda, para observarla de nuevo después—. Bien, entonces te seguiremos.

—Yo también —asintió Haurnar Vrossaru, con su profundo acento norteño.

—Y yo —aceptó Haroury Pauran, tan oscura como algunos mahendo'sat, con un ojo azul y el otro dorado. Se metió las manos en el cinturón y frunció el ceño, mirando de soslayo a la joven Munur Faha, quien repentinamente bajó la vista y alzó las orejas.

—De acuerdo —manifestó Munur. Era prima de Hilfy en grado bastante lejano—. Estoy contigo.

Eso dejaba a otras dos. Vaury Shaurnurn se mordisqueaba los bigotes y había dado media vuelta, apartándose un poco de ellas: la otra (debía ser Tauran, por eliminación, de la *Estrella de Tauran*) se volvió para mirar a Shaurnurn. Y luego a Tahar.

—Algunas parientes nuestras murieron en Gaohn —dijo Tauran.

—Ahora estamos aquí —respondió Tahar.

—Kkkkt —interrumpió Skkukuk, que tenía unas antenas muy finas para los problemas. Alzó levemente la larga mandíbula, al igual que el arma. Y el otro *kif* se envaró.

—Pasiry murió en Gaohn. Tus aliados le dispararon en el vientre. Se desangró hasta morir mientras nosotras estábamos atrapadas, sin poder movernos.

—Ahora estamos aquí —intervino Pyanfar—. Discutámoslo luego. Por todos los dioses, *ker Vaury*: luego te explicaré dónde conseguimos la ayuda de Tahar. En estos momentos tenemos una cita. Una cita importante. En nombre de Ruharun, prima...

No eran parientes en absoluto. Vaury Shaurnurn la miró con las orejas gachas. *Prima, Escúchame, ker Vaury. No creas nada de lo que digo, haz todo lo que te pido, no cometas ningún error, prima.*

Clavó los ojos en los de Vaury Shaurnurn y trató de emitir ese pensamiento con toda la fuerza de que era capaz. Las orejas de Vaury se agacharon y volvieron a erguirse.

—Prima —dijo Vaury lenta y cuidadosamente—, hemos tenido problemas en común, ¿verdad? Siempre te has mostrado cortés conmigo; de acuerdo. Eso es cuanto pienso decir. De acuerdo. —Vaury miró a Tully, midiéndole con la mirada—. ¿Es el

mismo? —Por un segundo detuvo los ojos sobre la automática que Tully llevaba en la cadera y luego los llevó nuevamente hacia su rostro—. ¿Es el mismo humano de Gaohn?

—Tully —dijo Pyanfar—. Sí. —Miró de soslayo hacia el kif desconocido—. En cuanto a quién es nuestro visitante, se trata de otro asunto. Creo que es un tripulante de la *Ikkhoitr*.

—*Ikkhoitru-hakt'*.

—Capitán... —Se le erizó el vello en la espalda—. Nos sentimos honradas. Confío en que tu gente nos escolte hasta la *Harukk*.

El capitán de la *Ikkhoitr* se dio la vuelta y se alejó en esa dirección, parco en palabras como todos los kif. Y sin dar muestras de ninguna cortesía hani.

—Kkkkt —dijo Skkukuk a modo de advertencia.

El gesto de ese capitán no era precisamente amistoso. Como todos los kif, estaba presionándola, buscaba puntos débiles y posibles ventajas, y sin pretenderlo, ella había logrado convertir un pequeño descuido de la cortesía hani en una ironía. Le había dado órdenes al capitán kif.

Había invocado al *hakkikt*. Y, al ser kif, él no osaba perder tiempo o vacilar. Había logrado apuntarse un tanto sobre él, cuando el kif había venido en busca errores y debilidades, mortalmente peligroso y lleno de recursos.

Tenía la esperanza de que no hubiera encontrado nada de eso. O que, al menos, ese kif no tuviera la costumbre de mentir en ciertos asuntos.

—Skkukuk dice que le vigilemos —les murmuró a las otras—. Tirun, quédate a bordo, ¿entendido?

A Tirun no le gustó. Pero su tripulación no discutía ninguna de las órdenes en los últimos tiempos. No delante de un kif, aunque fuera su propio kif.

La escotilla terminó su ciclo y abrió paso al grupo. Volvió a cerrarse con un ruido que se oyó en el puente por encima del continuo zumbir y chasquear de las comunicaciones y telemetrías que recibían.

—Es el sello de la compuerta —le dijo Taral a Tirun, todavía en la cubierta inferior—. Sube.

—Las comunicaciones de la estación continúan a un ritmo bastante frenético —comentó Hilfy—. Esos malditos stsho se están volviendo locos. No logro sacar nada en claro salvo lo felices que están por tener nuevamente al noble *hakkikt* en... —Parpadeó cuando notó que Geran volvía repentinamente la cabeza y repitió el gesto al ver a Chur que entraba con paso vacilante en la estancia; Chur, sin sus anillos, cubierta con una toalla y con la aguja del implante todavía en su brazo protegida con cinta adhesiva. La barba y la melena apenas le brillaban y en el vello se le notaban manchas rosadas a través de las cuales asomaba la piel. Las costillas le sobresalían

por encima del vientre, que se había ahuecado hacia el interior—. Geran... —dijo Hilfy, pero Geran la había cogido ya.

Haral hizo girar su asiento para ponerse al corriente de la situación.

—Geran, por todos los dioses...

—Tenía que caminar un poco —dijo Chur. Su voz era un mero fantasma de la normal, pero recorrió con la mirada los monitores y las lecturas—. Estamos en apuros, ¿no? La escotilla funcionando ahí abajo... No podéis esperar que duerma con tanto ruido. Geran, ayúdame a sentarme, tengo que hacerlo. ¿Quién te está cubriendo en el puesto?

—Él. —Refiriéndose a Khym.

—Eres toda una emergencia —dijo Haral—. Maldita sea, siéntate. —Chur se derrumbó sobre el asiento de Skkukuk—. Estamos de problemas hasta el cuello. Podríamos recibir un ataque de sólo los dioses saben quién en cualquier instante, tenemos que ser capaces de movernos rápidamente y ¿cómo podemos hacerlo si tú vas dando vueltas por ahí?

Chur le dirigió una sonrisa fantasmal.

—Haral, prima, si tenemos que actuar sin la capitana, te aseguro que yo permaneceré sentada en uno de los puestos. Por todos los infiernos mahen, ¿qué está pasando ahí fuera?

—La capitana se encuentra a bordo de la *Harukk*, ésta es la situación. Tenemos cañones kif por todas partes y sólo los dioses saben qué otras fuerzas pueden aparecer por aquí para apoderarse de algún pellejo stsho.

—Lo que imaginaba. —Chur tragó aire igual que si respirar le resultara muy difícil—. Que los dioses les lleven. ¿Qué se trae de cabeza nuestra prima ahora?

—*Sfik* —dijo Hilfy—. Tres especies la escoltan y media docena de capitanas hani siguen sus órdenes. Pretende salir adelante con el farol más condenadamente grande de nuestras vidas, en eso anda. Está intentando comprar tiempo para nosotras.

—Será la primera vez que dos hani van una detrás de la otra desde que aprendimos a caminar con dos pies. —Chur apoyó su cabeza en el respaldo del asiento y lo hizo girar para observar las lecturas—. Por no mencionar a los mahendo'sat. —Tenía dificultad en respirar y por un instante Hilfy se tensó en su puesto, al pensar que podía quedar inconsciente; pero Geran estaba sosteniendo a Chur por el hombro y la cabeza de ésta se alzó nuevamente—. Haral, quiero un comunicador de bolsillo y que las comunicaciones y operaciones de la nave se transmitan a mi camarote. ¿De acuerdo?

—Lo tendrás —dijo Haral—. Geran, sácala de aquí.

—Hilfy —dijo Khym—, ¿quieres cubrir mi puesto? —... preparándose para levantarse y ayudarla. Pero Chur afirmó:

—Puedo hacerlo. —Se agarró al brazo del asiento y logró incorporarse como una

anciana hasta llegar a una posición en la cual Geran pudiera terminar de enderezarla. Luego se fue, caminando despacio, muy despacio, por donde había venido, pasando junto a una sorprendida Tirun Araun, recién llegada de la cubierta inferior.

—¿Qué ha pasado? —preguntó cuando Chur y Geran llegaron al pasillo—. ¿Se encuentra bien?

—Quiere saber lo que sucede —contestó Khym—. Está dispuesta a salirse con la suya.

—Vuelve a ser la de siempre —intervino Haral, sin levantar la voz, al igual que Khym. E hizo girar nuevamente su asiento.

—Prioridad —advirtió Khym de repente, lo que provocó una alteración en el pulso de Hilfy.

—Bloqueo de pantallas —añadió Tirun. Se deslizó en su puesto mientras Hilfy miraba nerviosa hacia la pantalla del monitor número dos. Una nave desvanecida se acababa de colocar nuevamente en las posiciones proyectadas por la pantalla, en color rojo. Una a una, más naves se fueron volviendo rojas, una mancha de color que se extendía de forma ordenada. Y luego:

—Muy amistoso por su parte —murmuró Haral al ver que su propia posición en la estación se borraba de la otra imagen—. Al menos no hacen distinciones cuando bloquean las pantallas.

Las puertas de la rampa de acceso se abrían por encima del muelle que antes había estado abarrotado y que ahora estaba prácticamente desierto. Pedazos de papel. Basura. Maquinaria abandonada. Quemaduras sobre la pintura metálica. Y el frío, algo que siempre estaba presente en los muelles de Punto de Encuentro, ya que eran demasiado grandes y la Masa muerta y apagada a cuyo alrededor orbitaba la estación irradiaba muy poco calor. No muy lejos había bastantes kif, negras siluetas envueltas en túnicas. *Skkukun*, probablemente, esclavos de la *Ikkhoitr*. Kif de los que se podía prescindir sin problemas, tan peligrosos como un cable cargado de corriente.

Y había también stsho, pálidas figuras de frágil aspecto que se acurrucaban al final de sus propios muelles, y se movían en rápido silencio como pálidos fantasmas, surgiendo de los umbrales o de cualquier otro refugio. Eran los propietarios de Punto de Encuentro, ahora desposeídos. Un grupo de stsho se acercó al pie de la rampa, se retiró indeciso y avanzó nuevamente hacia ellas en el más completo caos, una multitud confusa de miembros muy delgados y túnicas de gasa con sus opalescentes tonalidades blanco y perla: eran stsho de alto rango, con las cejas aumentadas quirúrgicamente y cubiertas de plumaje, los ojos color de luna brillantes de pánico. Parloteaban sin cesar, exponiendo sus quejas, sus efusivas demandas de protección...

Se detuvieron igual que un solo ser, horrorizados, y parlotearon todavía más velozmente, a causa del miedo. Quizá temían a los kif.

O quizás era la primera vez que veían a Tully.

—No te apartes de nosotras —le murmuró Pyanfar a Tully—. No son amigos.

—Entender —dijo él con un hilo de voz. Y se mantuvo pegado a su codo mientras bajaban, con Jik detrás y Tahar, Harun y todas las otras.

Los kif que esperaban más abajo formaron una cuña negra al entrar en esa masa de stsho, y éstos se apartaron como hojas ante un vendaval, sin dejar de parlotear agitadamente, esparciéndose por un muelle donde muchos de los carteles indicadores de las naves atracadas llevaban nombres stsho. Eran demasiado tímidos para huir del muelle y se vieron impotentes ante la llegada de naves armadas que habían surgido con vector de Kefk hacia el interior del sistema, siendo ése desgraciadamente el rumbo de salida hacia el puerto stsho más cercano, hacia Nsthen. Al carecer de armas, no habían sido capaces de hacer nada salvo encogerse y esperar, mientras sus teóricos defensores kif obraban con inteligencia y salían corriendo como si todos los diablos de un infierno mahen les pisaran los talones.

—Un maldito embrollo —dijo Pyanfar, colocando el rifle que llevaba en una posición más visible, mientras caminaban por el centro de un pasillo de kif con el capitán de la *Ikkhoitr* envuelto en su negra túnica, y los stsho se apartaban para contemplarlas desde sus escondites con aterrorizados ojos color piedra lunar.

Y entonces un nombre kif apareció por encima de un dique, y la rampa de la *Harukk* se abrió ante ellas.

Pyanfar se subió un poco más la pistolera e intentó calmar su estómago. Había empezado a picarle la nariz y tuvo que buscar otra píldora en el bolsillo, sin poder preocuparse del lapso temporal. El metabolismo hacía cosas raras después del salto. Estaba muy tensa y todavía se estaba poniendo más nerviosa, suspendida al borde del puro agotamiento. Si su cuerpo hubiera tenido alguna posibilidad de escoger en cuanto al asunto, ella no habría sentido el menor deseo de subir por esa rampa; pero a medida que el frío terror se convertía en cautela, su cerebro lograba imponerse sobre él.

*Dioses, Pyanfar Chanur, tenemos que pensar, tenemos que pensar en todos esos stsho de la estación, aunque sólo sean unos malditos stsho. Que los dioses ayuden a las hani y a los mahendo'sat... el hakkikt acaba de conquistar otra estación espacial, eso es todo, y esta vez tiene la presión sanguínea un poco alta y necesita demostrar algo. Que los dioses les ayuden a todos, piensa, piensa, haz que tu mente despierte del todo.*

*Estas malditas píldoras te dan sueño, condenadas sean.*

*No tengo fuerzas para aguantar esto. No soy ninguna niña. Mis rodillas van a ceder. Voy a caer de bruces aquí mismo, en esta condenada rampa, y si lo hago todo habrá terminado, moriremos todas y el maldito Pacto saltará en pedazos sólo porque no puedo impedir que mis rodillas dejen de temblar, no puedo hacer que cese el dolor*

*del vientre ni devolver la visión a mis ojos.*

*Diez pasos más, Pyanfar Chanur, y luego otros diez. Dentro de poco descansaremos, podremos apoyarnos en la pared de ese ascensor, ¿verdad que sí? No se darán cuenta.*

Por el pasillo, el lúgubre pasillo negro que apestaba a amoníaco, dejaron atrás la compuerta de la *Harukk*. Jik y Kesurinan caminaban tras ella, flanqueándola... *Sin reconocer las señales por las que acaban de pasar, maldita sea nuestra suerte...*

*Tully, dónde está Tully, por todos los dioses...*

Entonces lo vio, junto a Skkukuk, mientras ella entraba ya en el ascensor con el capitán de la *Ikkhoitr*, Jik, Kesurinan y Tahar.

—¡Tully! —gruñó, y él se lanzó hacia adelante y logró llegar a la puerta y cruzarla antes de que se cerrara ante el primer grupo, dejando a las otras para que hicieran el segundo viaje en el ascensor. Pyanfar esperaba por todos los dioses que todas acabaran juntas en el mismo sitio.

Sí, ella, y Jik, y Tully, y Skkukuk, con Tahar y el capitán kif y los suyos: el ascensor los dejó en el pasillo superior de la *Harukk*, un lugar angosto, frío y húmedo, qué olía a amoníaco y a incienso.

*Morirán si nos equivocamos. Toda la gente de Punto de Encuentro. Mi tripulación. Nosotras en esta nave. ¿Cómo se puede razonar con un kif?*

Al otro extremo del pasillo les esperaban más kif vestidos con dermotrajes y túnicas modificadas para trabajar en caída libre. Las luces de sodio brillaban sobre aquellas pieles teñidas de negro y gris, haciendo brillar las armas y los ojos húmedos mientras aguardaban para dar la bienvenida a los invitados del *hakkikt*. Mostraban una hospitalidad que tanto Jik como Tully tenían muchos motivos para recordar.

El *hakkikt* les aguardaba en su sala de audiencias, en las profundidades del bien protegido anillo de la *Harukk* y, gracias fueran dadas a todos los dioses, había un lugar para sentarse, un asiento ante una mesita baja. Tanto a las capitanas como a Jik y a Tully se les ofrecieron asientos en la mesa de Sikkukkut; la escolta de las capitanas se fue con los *skkukun* algo más lejos y permanecieron de pie entre la tenue luz de sodio y la humareda de incienso. Pyanfar aceptó la pequeña copa de parini que le ofrecieron al sentarse: le tembló un poco la mano al cogerla y, aunque el licor no estuviera drogado, resultaría tan peligroso para su inquieto estómago, trastornado por las píldoras, como si en efecto lo hubiera estado. En este instante habría preferido comer algo.

Pero no en una nave kif.

—Tully —dijo—. Ten cuidado con eso. *Hakkikt*, ignoro si puede beberlo.

—Kkkt. Ciertamente que puede. ¿Verdad que puedes, *na* Tully?

—Sí —dijo Tully en un hani perfecto. Y, después de todas sus evasivas y estrategias, le había respondido al *hakkikt* sin apartar la mirada. Tomó un sorbo de la copa y nadie pudo adivinar qué ocurría tras aquellas extrañas pupilas, tímidamente clavadas en el suelo.

Lo mismo ocurría con Jik, que también había tomado un cauteloso sorbo de su copa. Y si en su interior había odio, si había conmoción y una herida aún reciente, nada de eso se adivinaba en la superficie. Kesurinan estaba sentada junto a él en esta mesa, que era distinta de las anteriores: tenía en el centro un hueco donde se acurrucaba, más bien incómodo, un sirviente kif con un frasco de licor, aguardando a que cualquier copa quedara vacía para llenarla de nuevo. Harun y Tauran, Vrossaru y Pauran, Shaurnurn, Faha, Kesurinan, Jik y Dur Tahar, con el rostro lleno de cicatrices; Tully y Skkukuk codo a codo; y el capitán de la *Ikkhoitr*, suponiendo que Pyanfar no se hubiera confundido de kif entre el numeroso grupo sentado junto a su príncipe: todos estaban ahí.

Y que los dioses les salvaran de lo que el capitán de la *Ikkhoitr* iba a contar. Ese bastardo de largo hocico había estado susurrando y emitiendo chasquidos, con el rostro pegado a la oreja de Sikkukkut, medio cubierta por la capucha.

—Kkkkt —acabó diciendo Sikkukkut, y miró a su capitán con una expresión parecida a la curiosidad—. Bien. —Se dio la vuelta y su delgada lengua se introdujo por un instante en la copa con gruesos adornos metálicos que reposaba en su negra mano como una bola de plata—. ¿Hay unanimidad entre vosotros?

—La suficiente —dijo Pyanfar con todo el aplomo de que era capaz—. Métodos hani, *hakkikt*. Las hani siempre discuten, incluso cuando están de acuerdo. Es algo relacionado con el *sfik*, el mío y el de ellas. El asunto ha quedado resuelto y están



aquí. De hecho, se alegran de verte.

—Kkkkt. ¿De veras?

—No nos gustaba mucho Akkhtimakt —aclaró Harun en voz baja, antes de que Pyanfar fuera capaz de adelantarse con otra contestación.

*Dioses, ten cuidado. Si hablas en nombre propio enseguida te convertirás en un Poder, Harun. Puede que te haga preguntas para las cuales no tendrás respuesta. Cuidado, por todos los dioses, cuidado, no sabes cómo suenan estas palabras en kif.*

—Una forma de hablar hani —añadió Pyanfar—. Akkhtimakt, caigan maldiciones sobre su nombre, vino aquí y trató con los stsho; ésa es la primera ofensa. Perturbó los intereses hani; ésa es la segunda.

—Por supuesto, los mahendo'sat también entran en el asunto. Y ese otro grupo de naves. ¿Humanos? ¿Eran humanos?

—Sí —respondió Harun.

—Interesante. —Otro sorbo a la copa, una veloz mirada hacia donde estaba Tully y luego, nuevamente, hacia ella—. Cerca, pero no lo suficiente. Los mahendo'sat se han marchado, sin duda para intentarlo de nuevo. Por eso tengo vigías dispuestos por el sistema. Sólo un estúpido permanecería en estos muelles. Puede que tengamos aquí otro Kefk. Una emergencia. Incluso es posible que nos encontremos ante un sabotaje, ¿kkkt? ¿Se posaron aquí los mahendo'sat?

—No —dijo Harun.

—¿Cuál es el nombre de esta capitana?

—Harun, de la *Industria de Harun* —respondió Pyanfar.

—Ah. Tu prima.

Pyanfar sintió que un escalofrío le recorría los nervios.

—Lejana —precisó Pyanfar—. Nuestros clanes están lejanamente emparentados. —*Oh, dioses, espero que no tenga todos nuestros parentescos en su biblioteca*—. Algo ceremonial. —La mentira se iba haciendo más y más complicada—. Las hani consideran que el parentesco posee *sfik*, al igual que las deudas de sangre. Harun tiene lazos con algunas de las presentes. Yo tengo lazos con Harun y Faha. Realmente, es muy sencillo. Y también tengo una deuda de sangre con Jik y Kesurinan. —*No hay que olvidar eso. Métele también en el asunto. Asegura tanto como puedas la posición de Jik*—. Esta relación es posible incluso con seres que no pertenecen a nuestra especie. —*Cambia de tema. Dale algunas posibilidades al bastardo*—. En esto también hay *sfik* valioso.

Y si las hani sentadas alrededor de la mesa no se daban cuenta de que cada una de las palabras que le decía al kif era mentira, entonces debían de estar sordas y ciegas.

—¿Habló contigo?

—Un poco. —Decidió correr el riesgo: alargó la mano y cogió la copa de parini—. Voy a mantenerle en mi nave como consejero. Estoy segura de que Kesurinan lo

comprende, ¿mmm? Pero echa de menos su tabaco, *hakkikt*. Realmente lo echa de menos.

—Su tabaco... —repitió Sikkukkut con voz átona, como si Pyanfar se hubiera vuelto loca—. ¿Aún nos queda algo de eso en la nave?

El *skku* que estaba en el centro de la mesa hurgó ansiosamente por entre su túnica. Eficiente, por los dioses, con una previsión capaz de adelantarse a cualquier demanda de la hospitalidad. Al fin sacó la bolsita, los ojos brillantes por el triunfo.

—Tu *skku* es sorprendente —murmuró Pyanfar, y con ello hizo que un kif de baja posición se sintiera muy feliz, con un entusiasmo neurótico. Tomó otro minúsculo sorbo de parini.

—Podría darte otro regalo —dijo Sikkukkut. Y con ello asustó al mismo tiempo a dos kif y a una hani.

—Huh. —Intentó mantener la calma. Con dificultad—. No tenemos tantos formalismos a bordo como para que estén ocupados dos *skku*. No es necesario que seas tan espléndido, *hakkikt*.

—Pero tú deseas otro regalo.

Había llegado el momento de enseñar las cartas. Pyanfar alzó los ojos, dejando caer sus orejas y levantándolas de nuevo, mientras el corazón le martilleaba el pecho.

—¿Está el *hakkikt* dispuesto a conversar sobre lo que debemos hacer?

—Ah. —Sikkukkut dejó su copa en la mesa y reposó las manos en el regazo, quedándose muy quieto, con las piernas cruzadas, en su silla que parecía un insecto—. Shikki —ordenó secamente; y el *skku* se retorció ágilmente para dejar la bolsita con los cigarrillos sobre la mesa, ante Jik. Éste cogió muy cuidadosamente la bolsita, le dio un par de vueltas, como tanteando su contenido, y luego, con idéntico cuidado, extrajo de su interior un mechero y un cigarrillo.

—¿Importar?

Sikkukkut agitó su mano, Jik se colocó el cigarrillo en la boca y lo encendió, despacio y con cautela. Le temblaban las manos tan levemente que el temblor sólo era perceptible gracias al fuego del mechero que le iluminaba el rostro. La luz se apagó y Jik tragó una prolongada nube de humo como si para él fuera tan importante como la misma vida.

—Una costumbre repulsiva —comentó Sikkukkut mientras el humo subía hasta mezclarse con el incienso y el olor del amoníaco. Apoyó un codo sobre una de las patas de la silla y luego reclinó el mentón sobre la mano—. Pero tú y yo seguimos siendo amigos. Kkkkt. Bien. Eso está muy bien. Kotgokkt kotok shotokkiffik ngik thakkur.

¿... prisioneras?

Un envaramiento general de espaldas alrededor de toda la mesa. Salvo la de Jik, que permaneció inmóvil, y concentrado en el humo, con una nubecillas rodeándole la

cabeza.

—No os mováis —advirtió Pyanfar en hani; Haunar Vrossaru y Vaury Shaurnurn volvieron la cabeza para mirar su escolta, pero fueron las únicas.

Pero quizás ellas conocían a sus tripulantes.

—¿Está dispuesto el *hakkikt*? —repitió Pyanfar.

—La capitana hani puede llegar demasiado lejos —dijo el capitán de la *Ikkhoitr*, rompiendo su silencio—. Que tenga cuidado con ello.

—Me pone nerviosa —dijo Pyanfar—. Y este lugar también. Permanecer inmóviles en la estación es una situación peligrosa. Si yo fuera Akkhtimakt... —Apoyó el codo en la rodilla, en una postura que indicaba tranquilidad, aunque el corazón le latía con tal fuerza que casi no le dejaba respirar: gracias fueran dadas a los dioses por ese incienso que ocultaba el olor de su transpiración. Le escocía la nariz, pero Pyanfar ignoró la incomodidad—. Este lugar apesta a trampa, *hakkikt*.

—¿De qué forma?

—Soy una vieja comerciante, *hakkikt*. Y puede que los stsho te engañen una vez para engañarte luego cinco más, pero jamás he sabido que tramaran algún acto violento. —*Exprésalo de tal forma que el bastardo no se sienta herido en su orgullo. Una comerciante puede entender de las cosas que le competen. No se espera de un kif que entienda a los que comen hierba, ¿verdad?*—. Pero son capaces de pagar por la violencia, sin comprender lo que han adquirido en ese negocio. Ya han cometido errores antes. Éste lo es también, y grande. Han metido al *han* en el asunto. Técnicamente, las hani están aliadas con Akkhtimakt debido al tratado stsho, que le proporcionó lo que nunca habría conseguido de otra forma: un apoyo al otro lado del Pacto. De repente ya no posees la mayor parte del territorio de Akkhtimakt. Acaba de cuadruplicar sus posesiones. Y se encuentra al otro lado de un golfo imposible de cruzar. No hay puntos de salto, *hakkikt*, no hay puente alguno entre este lugar y el espacio hani. Es como un cuello de botella, y puede impedir que lo cruces si las hani mantienen ese tratado.

En la estancia reinaba un silencio mortal. Ningún kif se movía. Y, de pronto, Faha se agitó nerviosamente. En ese sector de la mesa todas las orejas estaban gachas.

Y Jik lanzó hacia ella una rápida mirada, con el ceño calculadamente fruncido. Aspiró una buena cantidad de humo y dejó escapar una sola palabra.

—Afirmativo. —Atrayendo hacia él la atención de Sikkukkut.

—Así es.

—Él ir Urtur. Condenadamente seguro no ir Kita.

—Tienes naves en Kita.

Otra lenta calada al cigarrillo.

—No jurar. Buena suposición. Nosotros enviar mensaje Maing Tol. Mi Personaje hacer movimiento en Kita. ¿Dónde ir él? ¿Aquí? No tener salto de cruce salvo en

Tt'a'va'o, ser malditamente mala elección. Respiradores de metano, humanos, montones mahendo'sat. Maldita mala elección. Tú no hacer. Él no hacer.

—Entonces, ¿debería preguntarme qué debo hacer con exactitud? ¿Debo hacer lo mismo?

Salir hacia Tt'a'va'o y hacia una posible emboscada, ¿y comprometerse entonces con todo lo que Jik había mencionado? ¿Volver al hogar, a Akkht y consolidar su poder? ¿O a Llyene, y aterrorizar a los stsho con una incursión que seguramente era el sueño de cada pirata kif?

Para el Pacto, entendido como un todo, cada una de esas decisiones era buena. Siempre que confiaran absolutamente en que al final los mahendo'sat las rescatarían. Pero los mahen ya tenían suficiente trabajo en salvar su propia piel.

—Masheo-to —dijo Jik. Y, muy rápido, algo más referente a identificaciones de naves y Akkhtimakt. Mientras tanto, los negros ojos de Sikkukkut seguían clavados en él.

—Kkkkt —dijo Sikkukkut—. Idea interesante. ¿Le has entendido? ¿No? Keia propone la idea de que Akkhtimakt quizás haya falseado la señal identificadora de su nave. Que quizá no se encuentra entre ese grupo que se dispersó, y que ya está en Urtur. Los dos habríamos tomado precauciones para eso: mis naves llegarán a todos los puntos de salto que pueden alcanzarse desde aquí a tiempo de evitar la huida desde el interior del sistema e impedir que cualquier nave que no haya despegado ya pueda llegar aquí. Pero Keia nos favorece con otra propuesta interesante. Desde luego, los dos sois de mucho valor.

*Dioses, habla en serio. Un bastardo implacable, de pies a cabeza. Está muerto por dentro. No sabe lo que ha hecho. No sabe que Jik es su enemigo. O, si lo sabe, no lo siente realmente como tal. No tiene los recursos necesarios para eso. Hace teorías. Siempre se puede revisar una teoría, pero no los sentimientos, no el instinto.*

*En algunas cosas es tan ingenuo como Skkukuk. Imita nuestra forma de actuar, incluso en la amistad. Y no puede sentir nada de eso. Ni tan siquiera puede entendernos: lo único que puede hacer es abrirse paso por entre nuestros motivos mediante la lógica, y eso no siempre le funcionará.*

—No saber dónde estar él —dijo Jik. Otra calada—. Quizás incluso espacio hani. Todas las hani que rodeaban la mesa se pusieron rígidas.

—Quizá ya ahí, ¿no?

*Que los dioses nos cuiden. Lo ha soltado. Le ha dejado que se le ocurra por sí solo. Despacio, muy despacio.*

—Kkkkt. Kkkkt. —La lengua de Sikkukkut asomó velozmente por entre los dientes.

*¿Podemos llegar demasiado lejos en esto? ¿Podemos hacer que pierda sfik ante sus sirvientes?*

Y, junto al *hakkikt*, el capitán de la *Ikkhoitr* se inclinó rápidamente hacia él, susurrándole a toda velocidad. Sikkukkut le respondió con una o dos palabras.

*Los dioses le pudran. Ése no nos va a dar ninguna buena noticia.*

*Cada vez serán peores.*

El capitán de la *Ikkhoitr* se levantó de la mesa. Y se fue. Mientras, Sikkukkut se volvió nuevamente hacia ella.

—Ya habrás notado que algunas naves se han ido. No son las primeras. De Punto de Encuentro, de Kshshti, de Mkks y Kefk... mis mensajeros han partido continuamente para informar a mis naves. Y las naves se han movido. Nunca has visto todo el poder que tengo. Y lo que había aquí no era todo el poder de Akkhtimakt. Estás en lo cierto. Kkkkt. Esperaba cierta astucia por tu parte en estos asuntos, Keia. Pero también las hani son cazadoras. Y tú has hablado con ellas, ¿verdad, Keia?

Jik frunció el ceño. No respondió.

—No todo ha sido por su voluntad —dijo Pyanfar—. Podríamos afirmar que la amistad tiene otros usos. Cuando le recogimos se encontraba confuso. Nos habló... puede que en exceso. Es así de sencillo. —*Estamos mintiendo, Kesurinan. Confía en mí. No te muevas*—. Es lo que te había dicho. Jik no lo deseaba. Sabe algo que Dientes-de-oro ignora. Ahí está la diferencia. Tully no sabe los planes de los humanos, pero se me ha ocurrido una idea que no me gusta, *hakkikt*. Se me ha ocurrido que todos los problemas internos del Pacto nos están debilitando como entidad, y que quizá los humanos no aguarden a que se resuelvan los problemas. Puede que se limiten a retrasar el ataque hasta el momento más oportuno. Porque estoy segura de que acabarán presionándonos.

—¿Es cierto eso, Tully?

Tully cambió de postura, como si estuviera incómodo. Un encogimiento de hombros y, preocupado, dirigió la mirada primero hacia Sikkukkut y luego hacia ella.

—Algunas veces le cuesta comprender. Tully, el *hakkikt* te ha preguntado esto: ¿lucharán los humanos contra los mahendo'sat?

—No saber. —Los ojos de Tully clavados en ella, moviéndose de forma casi imperceptible, como si esperaran hallar alguna pista.

—Me hablaste de ello. Dile lo que me contaste. Hazlo, Tully.

—Humanos... —Miró nuevamente a Sikkukkut, el kif que, por encima de cualquier otro, era su enemigo personal—. Venir. Tener tres... —Alzó tres dedos—. Tres humanos...

—Gobiernos —aclaró Pyanfar.

—Tres —repitió Tully—. Luchar. Empujar una de las humanidades hasta aquí.

—Kkkkt.

—Pertenezco a la *Orgullo*. ¡Tripulante!

*No me pongas las manos encima, bastardo.*

En la mirada que le dirigió había un mensaje implícito: *Capitana, no permitas que me cojan.*

—No sabe gran cosa aparte de lo que ha dicho, *mekt-hakkikt*. Pero entiende a los respiradores de metano. No creo que el resto de su gente pueda hacerlo. No tenía ninguna importancia entre los suyos. Obtuvieron de él la información que deseaban oír y luego le hicieron a un lado sin escuchar el resto. No querían que dijera el resto, o eso creemos. Bien saben los dioses que quizás él no entienda tanto de las cosas como creo. Puede que no le entendamos del todo. Puede que haya intentado decir la verdad, pero no creo que asistiera a las reuniones donde se hicieron los planes. Es sólo un tripulante, eso ha sido siempre y eso es lo que sigue siendo. —Notó que sus manos estaban a punto de echarse a temblar. Si los kif se apoderaban de él, Pyanfar no podría hacer nada para impedirlo. *He llamado su atención sobre él. Dioses, ¡distraedle!*

—Pero tenemos otras fuentes de información —dijo Sikkukkut—. Los stsho no se negarán a proporcionárnosla. Se doblegan ante el primer viento que sopla. Y poseo un suficiente número de ellos para conseguir un cuadro excelente de lo que ocurrió aquí... a un mahendo'sat o a una hani le mentirían, pero a un kif no. Y tienen muy buena vista. Dos de mis *skkukun* de poco rango se encuentran ahora en la estación; al igual que trescientos mil stsho. —Una vez más, Sikkukkut alzó la copa y bebió, la oscura lengua se movió veloz cual una flecha—. Contemplan la posibilidad de que yo decida eliminar la estación del mapa. Y que no se les permitirá salir de ella...

*Dioses.*

—Eso mismo les he dicho a mis *skkukun*. Encontrarán información. Harán que los stsho la busquen y la descubran. Ya hemos identificado a varios de los responsables. Mi enemigo destruyó los archivos de la estación, indudablemente después de absorberlos en sus propios registros. Por lo tanto, aquí no hay nada que descubrir, pero no me sorprende. Sin embargo, tenemos recursos directos. Ksksi kakt.

Uno de los sirvientes se movió. Deprisa. Las hani se agitaron inquietas al abrirse una puerta interior, mientras los kif cambiaban de postura, susurrando como las hojas de un bosque a medianoche.

—No os mováis —repitió Pyanfar. Por si alguna de ellas lo había olvidado. Tenía las orejas pegadas al cráneo y en los músculos notaba una frialdad de fiebre, que en cualquier momento la haría echarse a temblar. Alargó la mano, las orejas gachas, el ceño fruncido, cogió la copa y bebió.

El parini le bajó por la garganta como si fuera fuego. Y cuando por la puerta abierta penetró un grito tembloroso, Pyanfar estaba luchando con esa angustia del licor, los ojos llenos de lágrimas.

En el umbral, al separarse los kif unos de otros, apareció un destello blanco; unos

kif de túnicas oscuras hacían avanzar por la fuerza a un stsho a través de las sombrías filas de su propia especie. Un stsho muy blanco, teñido por el resplandor de las luces de sodio, con algunas manchas de color más oscuro, sus miserables y delgados miembros cubiertos de morados que Je habían producido las manos kif que le empujaban.

Tan frágil... bastaría con un soplido para romper esos miembros.

Jik volvió lentamente el rostro en esa dirección. El humo del cigarrillo se alzaba, enroscándose muy despacio. No hizo otro gesto aparte de ése. Las demás capitanas se volvieron en sus asientos y Tully, al otro lado de Pyanfar, quedaba oculto. Pero Pyanfar supuso cuál sería su reacción.

—Ahora —dijo Sikkukkut—, hagamos algunas preguntas.

—El traductor no entiende nada de esto —murmuró Hilfy, mordisqueándose los Bigotes y siguiendo las transmisiones kif. La *Harukk* se estaba comunicado con sus esbirros situados fuera de la estación. Y hablaba mucho—. No me gusta, dioses, esto no me gusta.

—Para que esa nave se haya vuelto tan habladora es necesario que hayan tomado alguna decisión —dijo Geran—. Pensaba que Sikkukkut estaría ocupado. Ésa era mi esperanza.

—¿Está haciendo venir más naves? —preguntó Khym.

—Están preocupados por algo —respondió Geran—. No. No harán venir más naves mientras exista la posibilidad de que algo aparezca de pronto y las pille con el morro pegado a la estación. Eso es algún tipo de boletín con datos. O instrucciones, sólo los dioses pueden saberlo.

—Siguen hablando —murmuró Hilfy. Y recordó las oscuras entrañas de la *Harukk*. La transmisión continuó durante algún tiempo.

Probablemente también Haral recordaba la *Harukk*. La había visto cuando sacaron de ahí a las tripulantes de Tahar.

—Rehenes —dijo Hilfy—. Eso es lo que tiene ahora. *Dioses*, Haral, podría hacer una pregunta rutinaria a esa nave, para tener alguna pista...

—No hagas nada —advirtió Haral—. La capitana ya tiene bastantes problemas. Déjalo.

Después del primer stsho, vino otro. El más alto fue arrojado sobre la mesa, entre el asiento de Pyanfar y el de Haroury Pauran. El stsho, si podía hablarse de «él» en una raza con tres sexos, se derrumbó con un confuso montón de miembros blancos y delicados, mientras sus telas de matices perlinos revoloteaban por encima de la mesa. Se estremeció, empezó a temblar y brotaron burbujas de su boca.

Mientras tanto, Pyanfar miraba los dibujos trazados con pintura pastel en su frente, y la sorpresa hizo que el corazón le latiera a toda velocidad.

La criatura era *Stle stles stlen*. O lo había sido. Sólo los dioses sabían en qué personalidad se había fragmentado aquel pobre infeliz cuando la segunda oleada de kif invadió la estación.

—¿Reconoces a esta criatura? —le preguntó Sikkukkut—. ¿O todavía te parecen todas iguales?

—La reconozco.

Los pronombres personales eran algo bastante confusos cuando se aplicaban a los *stsho*: *gtst...* o *gstisi*. Podía estar en Fase y, en realidad, ser varios *stsho*. La criatura se retorció las manos y gimoteó algo sobre el noble kif y la noble hani. Unos ojos color de luna se volvieron hacia ella, humedecidos por la súplica, y Pyanfar sintió que el estómago le daba un vuelco. El ser apestaba a perfumes, aceite y algo más, algo indefinible. La pestilencia se duplicó cuando los kif arrojaron al otro *stsho* a su lado.

—Habla —le ordenó Sikkukkut—. En caso contrario, empezaremos a causar daño, puede que a los demás; quizás empecemos por tu traductor. Si no hablas, te haremos daño. ¿Lo entiendes, criatura?

Los *stsho* emitieron más burbujas y parlotearon entre ellos, el segundo se aferraba al ser que había sido *Stle stles stlen*, los dedos engarriados en sus ropas. *Hazlo, hazlo*, decía el traductor entre sollozos, y el ser que antes había sido *Stle stles stlen* dejó escapar un súbito torrente de lágrimas y palabras.

—... El Director no es responsable —exclamó entonces el traductor—. Se trataba de otra persona que...

—Eso está muy bien. No nos importa a quién le arrancamos la piel.

—¡Pero...! Pero, noble y estimado amigo... ese malvado, Akkhtimakt...

—Ya empiezas a mentir. Háblanos del tratado y de lo que ocurrió aquí.

Más balbuceos. El traductor se volvió nuevamente hacia él, con los ojos muy abiertos, la boca formaba un diminuto y tembloroso círculo.

—Fue un error, fue...

—¡Infórmate de tus actos!

—No somos un pueblo violento, necesitábamos...

—Este intérprete es inútil. Buscaremos a otro.

—... ¡pero, pero...! En nuestra inconsciencia prestamos oídos a los agentes del otro *hakkikt*, necesitábamos naves que nos defendieran, y en nuestra ignorancia...

—¿Qué hay de vuestros tratos con los mahendo'sat, con las hani, con los respiradores de metano, con los humanos?

—Los mahendo'sat han tomado partido por esas criaturas, esas... —El traductor se volvió hacia Tully con un visible estremecimiento que sacudió todo su plumaje—. ¡Criaturas! Las expulsamos. Buscamos llegar a un arreglo con las hani. Pero ellas no



poseen grandes naves. ¿Qué podemos hacer ahora excepto buscar refugio con los más poderosos? Fuimos unos estúpidos al creer que Akkhtimakt era el más poderoso ahora lo comprendemos muy bien. Haremos un tratado contigo, de inmediato, ¡oh estimable! ¡Defiéndenos!

—Kkkkt. ¡Qué oferta! ¿Y qué haréis vosotros por mí, pequeño comedor de hierba?

—¡Tenemos ciencia! Tenemos... objetos únicos...

Toda la cultura stsho... ofrecida a la piratería kif.

Pyanfar tosió. El stsho confundió el significado de ese gesto y se puso a temblar con mayor fuerza, levantando sus manos hacia el kif.

—¡Sálvanos, oh estimable!

—Esta criatura es muy estúpida —dijo Sikkukkut—. ¿Dónde está Ismehanan-min? ¿Qué tratos habéis hecho con él y con su Personaje?

*Jik, Jik, por todos los dioses, no hagas ni un movimiento, el stsho hablará, oh, dioses, no podemos impedirlo y no precisamos ninguna locura más en estos momentos. Necesitamos ingenio, necesitamos aguzar el ingenio para llevar a cabo el negocio más grave que comerciante alguna haya hecho jamás, dioses...*

El stsho que había sido en un tiempo Stle stles stlen agitó sus manos y balbuceó.

—*Hakkikt* —tradujo el intérprete con voz vacilante—. *Hakkikt*, Ismehanan-min trató con nosotros, es el otro bando de una conspiración, pernicioso, pernicioso, oh muy honorable *hakkikt*... —El stsho agitó las manos. Se mecía de un lado a otro y desgarraba con dedos nerviosos sus ropajes, se volvía ansiosamente para mirar hacia atrás, a los kif que le rodeaban con sus armas y luego hacia Jik, a quien nada mantenía sujeto—. No somos un pueblo violento. ¿Qué debemos hacer? Los mahendo'sat cayeron sobre nosotros, se abrieron paso por la fuerza hasta nuestras oficinas... necesitamos guardias para asegurar nuestra intimidad, pero no somos un pueblo violento...

—Y nosotros no somos un pueblo paciente —advirtió Sikkukkut, y Stle stles stlen estuvo hablando durante unos cuantos segundos, en tono apremiante.

—... Los mahendo'sat nos abandonaron. Dejaron sólo a unos pocos que, según dijeron, debían terminar ciertos asuntos; individuos de poca importancia, funcionarios, obreros... Mentiras. Intentaron sobornarnos...

—Y seguramente aceptasteis sus sobornos.

—¡Akkhtimakt había traicionado nuestros acuerdos!

—¿Qué traman los mahendo'sat?

—Están haciendo que luchéis entre vosotros, *hakkikt*. Un mahen te ayuda; el otro no se atreve a prestar ayuda a tu enemigo, pero le dirige y le engaña hacia donde él quiere.

*Oh, gracias fueran dadas a los dioses.*

—Kkkkt. ¿Es cierto eso, Keia?

Jik estaba encendiendo de nuevo su cigarrillo, el cual no parecía muy dispuesto a consumirse como debía. Protegía la llama con los dedos.

—Cierto seguro. Mismo que nosotros siempre pensar tú mejor. Tú ganar, *hakkikt*, nosotros alegres hacer trato contigo. Pienso que quizá tú ganar. Ahora mismo yo no mucho feliz con humanos. Por eso mismo yo convencer Ana, él cambiar rápido táctica. Quizá venir a tu lado, ¿eh? Mientras tanto, tener este problema hani.

—Una de mis naves ha ido a Kshshti. Si no encuentra resistencia, puede que localice a otros kif que simpaticen conmigo y me los envíe. Ya te he dicho que cubriremos todo el espacio. Estamos a punto de encontrar a tu socio, en Tt'a'va'o o donde quiera que se encuentre.

Pyanfar permaneció sentada sin hacer un gesto, obligándose a ello con toda su voluntad. *Oh, dioses, dioses, ¿qué sabe? ¿De qué son capaces esas naves de caza? Si los kif pueden igualar a los mahendo'sat, entonces el juego no tener límites. Lo que está haciendo Akkhtimakt, lo que pueda hacer... ¿Habrían empezado todo este jaleo los kif si sus naves no contaran con tantos recursos?*

—Estamos aquí intentando conservar la existencia de trescientos mil estúpidos —gruñó Sikkukkut—. Me pregunto por qué. Quizás acabe perdiendo la paciencia en este asunto. Es posible que dentro de muy poco, una nave de vigilancia situada fuera del sistema empiece a recibir nuestros primeros movimientos dentro de su propio tiempo. En cuanto sepa que la *Harukk* se ha posado, se dará cuenta de que es demasiado tarde ya que no me habré quedado mucho tiempo aquí. O, si se trata de un estúpido y no está enterado de eso, yo seguiré sin estar aquí, ¿kkkt? —Sikkukkut tomó un sorbo de la copa—. En cuanto a las incursiones procedentes de los límites del sistema en general, eso ya ha sido previsto. Si alguna nave de Akkhtimakt sigue estando ahí, de lo cual aún tengo dudas... Sólo un estúpido se atrevería a irritarme para encerrarse luego conmigo en el sistema... un estúpido o un enemigo realmente formidable. O mis amistades, Keia y Pyanfar, ¿kkkt? Pero no estoy excesivamente preocupado. Por otra parte, no deseo en absoluto perder la estación, aunque cualquier cosa que hiciera colocarse a las naves de Akkhtimakt a mi alcance me complacería, al igual que... —Sikkukkut contempló a los dos stsho que tenía delante, los cuales se encogieron igual que la hierba en el fuego—... al igual que me complacería cualquier cosa que atrajera al pérfido Ismehanan-min a una entrevista conmigo. ¿Me comprendéis, kkkkt?

—Sí, sí, honorable.

—Así que hizo marcharse a los kif de Akkhtimakt. ¿Se fueron las naves hani con él?

—Sí, sí. Se quedó esperando sin entrar en la estación, las hani fueron a Urtur. Al descubrir que Akkhtimakt estaba ahí, esas pérfidas canallas nos abandonaron a todos,

sí, honorable.

—¿Y no os mandaron nada?

—Nada, nada, oh, honorable, te lo diríamos. ¡Esperaron, y entonces esas criaturas surgieron de su escondite! ¡Estaban esperando en los límites de nuestro sistema! Nos quedamos aturcidos, caímos en un gran abatimiento, no podíamos entender cómo habían penetrado nuestra red.

—Akkhtimakt aquí —dijo Jik lenta y perezosamente—. Ana saber que tú venir. El hacer cosa que yo decir. Él esperar. Esperar que tú venir. Quizá si tú luchar con esos bastardos kif, él aparecer. El tener a esos humanos sujetos con correa muy corta.

—¿Y tú?

Jik tragó una bocanada de humo y lo dejó escapar.

—¿Qué hacer yo, eh? ¿Qué hacer mi nave? Mi Primer Oficial, ella no disparar. Mantener silencio, esperar. Yo ser tu amigo, *mekt-hakkikt*. No po-lí-ti-co luchar contigo. Po-lí-ti-ca mi lado querer que tú ganar. ¿Qué tener nosotros si nosotros entrar y atacar ambos *hakkiktun*, eh? Maldito jaleo. Diez, quince semanas, tener nuevo *hakkikt*, juego totalmente distinto. —Un ruido de cuerpos que se agitaban en la estancia, un movimiento ominoso recortándose contra las luces. Jik alzó una mano—. Yo no des-cor-tés, ¿eh? Largo tiempo vecinos, tú, yo. Hacer estupendo. Yo conocer esta cosa, mismo que Pyanfar conocer. Mismo tiempo yo tener gran preocupación por lo que ver aquí no ser realmente honesto. Quizá cebo. Quizás Akkhtimakt de repente listo, querer traernos aquí, tenernos aquí, hacer que nosotros luchar con Ana mientras él ir hacer lo que él querer.

Todos habían quitado los seguros de las armas.

—Kkkkt —musitó ansiosamente Skkukuk, moviendo su mano en un gesto furtivo.

—No. Largo tiempo el *mekt-hakkikt* ser paciente con la verdad. Él preguntar, él seguir siendo paciente.

—Sigo siendo paciente, Keia. —Reposó la larga mandíbula en el puño de color negro y de garras retráctiles—. No les hagas caso. Te escucho.

—Esto traer gran peligro. Tully decir que no confiar en humanos. ¿Qué suceder, eh? Tú tener que luchar Ana, tener que luchar humanos, quizás tener que luchar otras naves mahen, pocas. Entonces venir algún bastardo de Akkht, querer hacerse *hakkikt*... mismo ocurrir todo tiempo, tú conocer tu pueblo realmente bien; primera vez que tú tener problemas, tú tener algún bastardo querer hacer suicidio. Todo eso tomar tiempo, tomar naves, tomar tu atención. Mismo tiempo tener entonces Akkhtimakt para instalarse realmente bien en espacio hani, mismo tiempo lejos de respiradores de metano... tú tener problema con respiradores de metano, ¿afirmativo? Tú estar realmente cerca aquí. Pero Akkhtimakt no tener. Quizás él hacer buena amistad con mahendo'sat hacia Iji... mismo unirse con ellos, venir luchar humanos

cuando humanos hacer problemas... ahora, ¿dónde estar nosotros, eh?

—Se trata de una posibilidad complicada. Muy complicada.

—Mismo ser. Pero dos kif querer luchar, mi gente siempre ayudar ellos. —Alzó otra vez un dedo—. Esta vez tú tener suerte. Akkhtimakt condenado estúpido, todo tiempo empujar mahendo'sat, mahendo'sat nunca gustar ayudar ese bastardo. ¿Afirmativo? Así que tú no ver ayuda mahen a tu enemigo. Quizá cambiar. Ese bastardo conseguir gobierno en espacio hani, él ser todo distinto bastardo.

—¿Acaso estás intentando manejarme, Keia? ¿O estás de acuerdo en esta jugada, cazadora Pyanfar?

—Pienso que es una posibilidad factible, *mekt-hakkikt*. —Mientras tanto, las capitanas hani y Tully permanecían inmóviles en sus asientos, escuchando todo esto; las manos de los kif estaban muy cerca de las armas; y los dos stsho se habían convertido en bolas de tela manchada, felices de saberse olvidados. El corazón le latía con una fuerza dolorosa. Sentía tirones en el estómago, y olas de cansancio y debilidad se abatían sobre ella—. Veo un posible sendero que Akkhtimakt podría seguir a partir de aquí, un camino. Los mahendo'sat ocupan Tt'a'va'o, tú tienes Punto de Encuentro. O bien consigues Kshshti, o se lo quedan los mahendo'sat, cosa que quizás ya hayan hecho. De lo contrario, vendrán hacia aquí como los chi hacia un punto caliente, sobre eso no puedo hacer predicciones. La tercera salida que tiene Akkhtimakt es, con toda seguridad, la que se abre detrás de él.

—*¿Lo veis, mis hermanas capitanas, veis con qué estamos tratando, veis lo que estamos intentando hacer? Por todos los dioses, no mováis ni un músculo, no distraigáis a este kif, no deis un paso en falso.*

—Kkkkt. Un sendero. Sí. ¿Por qué piensas que te he favorecido tanto? La zona de espacio que se extiende como una península entre un golfo sin puntos de salto, esa desgraciada circunstancia que ha mantenido aisladas a las hani. Y que las ha mantenido inmóviles entre ese golfo y las ambiciones mahen. ¿Me comprendes, cazadora Pyanfar? ¿Sabes por qué te he dado tanto?

—El espacio hani. —El dolor había vuelto a su pecho. Le resultaba difícil respirar—. Akkhtimakt puede estar dentro de esa bolsa. Es un espacio imposible de cruzar en dos de sus lados, los poco amistosos mahendo'sat están en el tercero, y tú mismo en el cuarto lado, el más angosto...

—Los mahendo'sat estarán muy ocupados. Quiero que Akkhtimakt siga estándolo. Sé que esto también te interesa a ti. ¿Recuerdas nuestra discusión sobre los intereses propios?

—El asunto me interesa. Sí. Y de forma considerable.

—Di qué necesitas.

*¿Tan sencillo? Dioses. Tan sencillo.*

—Estas capitanas. Las necesito a todas en mi grupo, junto con sus naves.

—¿Incluyes en eso a la *Aja Jin*?

*Dioses, dioses. Mantén la calma, Pyanfar. No lo pierdas todo. No dejes que te tiemble la voz.* La nariz no cesaba de moquearle. Intentó contenerse, tragando aire y concentrándose en lo que tenía delante, ignorando el escozor.

—No desearía colocar a Jik en situación de elegir entre tu bando y Dientes-de-oro. No por segunda vez. Conmigo tiene una clara razón para cooperar ya que luchará contra alguien a quien reconoce claramente como enemigo y como amenaza para toda la frontera. Interés propio. No saldrá corriendo a casa hasta que no esté seguro de que las hani aguantarán sin derrumbarse. Conozco a los mahendo'sat, y cuanto ha hecho hasta ahora Jik es perfectamente razonable. Por eso debe venir con nosotras. Si quieres que las naves hani luchen contra Akkhtimakt, así lo harán, pero estaremos mucho más seguras si contamos con los cañones de la *Aja Jin*.

—Kkkkt. Comerciantes. Contra cazadores. Te daré naves mías, naves de confianza. Esto te proporcionará la oportunidad que pides.

—Necesito a Jik, *mekt-hakkikt*. Tendré que hacer una exhibición de fuerza tanto ante los mahendo'sat como ante el *han*. Llámalo psicología hani o llámalo *sfik*, pero es así cómo funciona. Tú no necesitas adornos. Yo sí los preciso para demostrar mi poder. Necesito a Jik y a la *Aja Jin*, necesito mi humano, necesito tus naves... —*Está bien, las acepto. Ahora preocúpate tú por mis motivos, bastardo.*

La mandíbula de Sikkukkut se alzó en un ademán de mal agüero. Y volvió a descender. Sus oscuros ojos relucían iluminados bajo la capucha por el resplandor del sodio.

—*Skku* mía, estás buscando convertirte en *hakkikt*.

—Busco controlar el espacio hani, *mekt-hakkikt*. Intento poner a salvo mis acuerdos.

Reinó un profundo silencio. El corazón le latía con dureza y cada pulsación le causaba dolor en el pecho; los miembros se le enfriaban y calentaban alternativamente; los confines de la estancia se enfocaban y difuminaban alternativamente alrededor de esa masa de oscuridad que era el kif.

La vida o la muerte, entonces y ahí mismo, si el kif concebía sospechas, si una de las capitanas hani llegaba al límite del aguante, si alguien se movía o estornudaba... todos podían morir.

Y también morirían sus mundos.

*Oh, dioses, oh, dioses de mis madres, dioses grandes y pequeños, incluso los más insignificantes y los que estáis más lejos, dioses de mi mundo... escuchad a una vieja pecadora: ¿podéis influir sobre un kif... aunque sólo sea un poquito?*

—Kkkkt. Llévate cuanto has pedido. Dispón de Keia como quieras, en su nave o en tus manos. Ahora, vete. Ordeno que te marches, *skku-hakkikt*.

Contuvo el aliento durante dos interminables latidos. No *skku-hakkiktu*, sino *skku-*

*hakkikt*. No *vasalla mía*, sino *princesa-súbdito*. El corazón le latía desacompadadamente. Volvió a inspirar, asió la pata de su asiento y logró ponerse en pie.

—Arriba —dijo—. Moveos. ¡Son órdenes del *hakkikt*, maldita sea, no os quedéis sentadas pensando en ellas!

Las hani se movieron como si las hubieran galvanizado; Jik se movió con mayor lentitud, pero únicamente para apagar el cigarrillo y coger su bolsita.

Y los *stsho* acurrucados a sus pies gimoteaban palabras incomprensibles. Pyanfar sintió un escalofrío. Vaciló durante un instante y finalmente se volvió hacia *Sikkukkut*.

—Si el *hakkikt* no piensa utilizar para nada a estos...

—¡Basta!

Pyanfar pasó junto a los *stsho*. Uno de los seres le agarró la pernera del pantalón.

—Ayuda —exclamó—. Estimada hani, ayuda, intercede...

Pyanfar siguió caminando. Tenía que hacerlo. Los *kif* habían formado un pasillo para indicar por dónde debían salir todas.

*No puedo correr más riesgos, no puedo, no me atrevo, dioses, no permitáis que caiga de bruces aquí y ahora.*

*No puedo hacer más de lo que ya he hecho.*

—Otra vez —dijo Hilfy—. La *Harukk* está transmitiendo de nuevo. En código. Nombres... eso son órdenes para las naves. *Chakkuf. Sukk. Nekkekt*. No puedo sacar nada en claro de ello, pero quizá sean órdenes para ponerse en marcha.

—Esto no me gusta —intervino Tirun.

—¿Qué ocurre? —Por el canal de Chur, a través de los altavoces principales.

—Sabes lo mismo que nosotros —dijo Khym.

Lo cual resumía bastante bien la situación.

Si había una nave de vigilancia, algo que las tenía constantemente preocupadas, debía encontrarse a más de una hora luz de distancia, tal vez a tres o cuatro. Y cuando le viniera en gana, se pondría en movimiento. Eso sucedería cuando, según sus propios criterios, hubiera llevado a cabo su cometido. Podía tratarse de una nave de Dientes-de-oro, o de *Akkhtimakt*. O quizás hubiera más de una nave. Estaban inmóviles, con el morro pegado a la estación y con el riesgo, por remoto que fuera, de que en cualquier momento se produjera un ataque, que algún grupo de naves estuviera ahí fuera, inmóvil y silencioso, y tan perdido en la inmensidad de la zona a investigar que era virtualmente invisible. Igual que las naves de vigilancia. No había forma alguna de localizar ese tipo de naves cuando estaban al acecho, salvo por un ciego caso de suerte o por un error de la nave.

Con todo el perímetro de influencia de la oscura masa de Punto de Encuentro y

con un radio esférico de una a cuatro horas luz, era imposible que una sola nave registrara toda esa área. La estación oscurecía parte del barrido, y la rotación complicaba todavía más el asunto, pues la estación no transmitía, las balizas no eran de confianza y los kif estaban censurando deliberadamente su emisión de datos. Ni tan siquiera había una estrella lo bastante cerca como para iluminar un objeto, por pequeña que hubiera resultado tal ayuda. La masa oscura emitía radiación, pero lo hacía de forma débil, y el agónico calor que lanzaba formaba un punto que sus instrumentos observaban regularmente, en busca de cualquier anomalía identificable como una nave intentando ocultarse dentro de él.

La masa de Punto de Encuentro emitía un apagado ruido blanco que afectaba a sus instrumentos más sensibles, mientras que los distintos faros para la navegación dentro del sistema gritaban su falsa información a la oscuridad, como emisiones de un vasto número de naves que giraban y se dispersaban en un torbellino generado por el resto del tráfico. Su mejor esperanza de localizar a una nave oculta residía en la memoria del ordenador, donde se conservaba el campo estelar y se superponía continuamente la recepción actual. Una estrella oculta en cualquier punto del barrido podía indicar esa presencia, y ya habían tenido dos de tales indicios, que la información de los faros llamaba planetesimales...

—Biblioteca —había pedido Haral al producirse la primera—, ¿el faro de Punto de Encuentro coteja sus recepciones con los archivos?

Con ello deseaba saber si el sistema de faros se comprobaba alguna vez a sí mismo para descubrir si un objeto frío y silencioso recién localizado era un planetesimal conocido. Afirmativo. Lo hacía. Pero había informado que se trataba de un planetesimal al mismo tiempo que enviaba una pregunta al respecto, con lo cual ponía en evidencia sus límites. La inteligencia artificial del faro no disponía de otro nombre con que llamar al objeto. Los stsho que la habían construido no introdujeron contingencias en ella, o quizá lo habían hecho pero no habían incluido esa información dentro de las efemérides de navegación.

Si algo se encontraba ahí fuera, a horas luz de distancia, no habría visto nada nuevo en ninguno de los datos recibidos después del lapso de retraso; dependiendo de su posición, ahora podía no estar viendo más que la *Harukk* en su llegada a la estación... de la forma confusa y digitalizada que tenían todas las recepciones pasivas, alteradas y dispersas por la lejanía. Tal vez no conociera a esa nave o quizá no estuviera seguro de cuántas naves había ahí.

Y sólo los dioses sabían qué factor pondría en acción a esa nave oculta.

Hilfy se frotó los ojos. Cambió de posición su enlace de comunicaciones en un intento de no perder de vista las pantallas. De eso dependían sus mismas vidas.

—Interrumpir búsqueda lingüística —dijo repentinamente Haral, rompiendo con ello un profundo silencio—. Necesitamos el ordenador para la navegación.

Hilfy vaciló. Y acabó por hacer lo que le indicaba. Haral empezó a pasar cálculos por el ordenador sin mencionar ni una sola vez su finalidad; pero si Haral detenía una de las órdenes de Pyanfar, tenía que ser por un motivo desesperadamente importante. Hilfy sacó de los bancos el listado que poseían, un mero parloteo carente de sentido, totalmente incomprensible.

Y entonces el comunicador lanzó un pitido.

—*Comunicaciones de la Harukk a todas las naves en el muelle: alabado sea el hakkikt, prepárense para partir.*

—¿Qué están haciendo? —exclamó Khym—. ¡No pueden salir ahora!

—Vamos a conectar la energía —dijo Haral secamente, y empezó a pulsar interruptores. Los sistemas cobraron vida con una serie de golpes ahogados.

—¿Conservamos todavía las conexiones? —preguntó Tirun, sin alterarse. El pánico hacía sudar a Hilfy mientras se ocupaba de sus propios botones.

—Comunicaciones de la *Harukk*, aquí la *Orgullo de Chanur*.

—*Aquí comunicaciones de la Harukk, alabado sea el hakkikt, informen sobre su situación actual.*

A Hilfy se le quedó la mente en blanco. Buscó salvajemente una respuesta, encontró a su alcance los informes rutinarios y empezó a emitirlos.

—Alabado sea el *hakkikt* —murmuró—, pedimos información sobre nuestro personal.

—*Ahora regresa* —dijo el kif—. *Recibimos sus datos, comunicaciones de Chanur. Proporcionen datos sobre sus subordinadas.*

Puso el canal en posición de espera. Cortesía kif, más bien seca y grosera si se compara con lo habitual en otras especies. Pulsó la tecla de Haral, cuya señal de petición de información parpadeaba indicando prioridad.

—Dicen que ahora vuelven. La *Harukk* quiere los datos de las demás naves.

—Subordinadas... —añadió Haral—. Consigue los datos de todas esas naves.

Haral tenía razón, por los dioses, toda la razón: eran kif, era un asunto de protocolo y podían exigir lo mismo que la capitana, tenían derecho a que todos esos informes estuvieran en sus manos sin necesidad de permitir que ninguna otra nave exigiera informes sobre la suya. Empezó a pulsar las teclas, para abrir el canal de comunicaciones con los mahendo'sat, con Tahar y con el resto de diques hani.

O reclamaban ese poder o lo perderían.

Otra vez en los muelles, ella junto a todo su grupo, sin que las acompañara ningún kif excepto Skkukuk. Pyanfar aspiró una buena bocanada de ese aire que olía a materias quemadas y repitió la inspiración, arriesgándose a mirar cuanto la rodeaba mientras los otros miembros del grupo la alcanzaban al pie de la rampa de la *Harukk*. Jik y Tully, Harun, Tauran, Vrossaru, Faha... Los rostros se confundían en un



manchón borroso, el cambio de atmósfera la había mareado un poco.

—Hicimos cuanto nos fue posible —murmuró—. Tenemos una oportunidad. Lo que debamos discutir entre nosotras, tratémoslo por el camino. Jik, Jik, dioses... —Se tragó el resto de sus palabras, cuando el kif apareció en el límite de su campo visual, recordando los oídos de Skkukuk siempre alertas—. Venga, en marcha. Tenemos que salir de este muelle. —La luz de partida parpadeaba en la pared por encima de sus cabezas. La *Harukk* estaba preparándose para salir. Al otro lado del muelle los stsho se acurrucaban, abandonados a su pánico: éstos eran los más osados de su especie. Los prudentes se encontraban refugiados en otros niveles, ocultos en el profundo interior de la estación. Donde las cuadrillas de kif lo registraban todo en busca de archivos, desmantelando la central para encontrar nombres y datos.

—Estamos listas para actuar —dijo Harun—. Hemos estado preparadas en espera de esta oportunidad durante meses. Tenemos algunas preguntas, pero no pienso hacerte ninguna ahora. No me importa de qué forma vayamos a salir de aquí, pienso aceptar la oportunidad.

Con las orejas gachas y una expresión inquieta. No, en este grupo no había ninguna estúpida, ni entre las jóvenes ni entre las adultas.

Munur Faha la estaba mirando con la ansiedad reflejada en el rostro y los ojos rodeados por círculos blanquecinos.

*¿Qué estás haciendo? ¿Qué tipo de acuerdo has urdido? Estabas mintiendo pero ¿cuántas mentiras has dicho, qué era mentira y en interés de quién has mentido?*

En cuanto a Dur Tahar, caminaba en silencio, perdida en su propio mundo. Su curtido rostro aparecía fruncido en una dura mueca, sin mirar ni una sola vez a las otras hani. Toda ella estaba cubierta de cicatrices, tanto por dentro como por fuera.

Skkukuk cerraba la marcha a su lado, murmurando y emitiendo chasquidos guturales para sí mismo; Tully la flanqueaba por el otro lado, con la mano sobre el arma, igual que el kif.

Y Jik le estaba haciendo a Kesurinan un montón de preguntas en voz baja, hablando los dos en dialecto mientras caminaban.

¿Qué podía hacer al respecto? ¿Poner en peligro la vida de Jik y todo lo demás? Pyanfar, preocupada, se mordisqueó los bigotes y siguió andando un poco por delante de ellos. El corazón le aceleró el pulso cuando vio que, a lo largo del muelle, otros indicadores de partida empezaban a parpadear. Eran sus propias naves.

—Ha corrido la voz —dijo, mirando hacia las otras hani—. Lo haremos tal y como habéis oído. Los ajustes de cuentas y los pequeños arreglos ya los terminaremos cuando limpiemos Urtur. Tenemos que limpiar Urtur. Le daremos gracias a los dioses por esa escolta kif, y espero que Urtur sea el punto más lejano al cual haya llegado Akkhtimakt, aunque lo dudo. Tenemos por delante un largo y duro trayecto. Somos suficientemente rápidas como para igualar la velocidad de las naves

de caza. Hemos hecho algunas modificaciones en la nave: podría decirse que hemos estado trabajando como mensajeras para los mahendo'sat y se nos ha proporcionado equipo idéntico al de las naves de caza. Han pasado muchas cosas, de algunas de ellas ya habéis tenido noticias. Lo que me preocupa ahora es lograr pasar a través de los sistemas lo bastante rápido y que nos mantengamos juntas el tiempo suficiente como para llegar al hogar sin retrasos. Puedo reducir la velocidad, al igual que la *Aja Jin*, y también puedo convencer a los kif para que nos imiten; pero nada convencerá a Akkhtimakt de ir despacio, y todas sus naves cuentan con equipo de caza. Puede que hasta los días sean importantes en este asunto. Pasaremos por Punto Hoas sin detenernos. ¿Qué tal os irá en el salto de Urtur, el frenado y la travesía siguiendo el vector de Kura? ¿Alguna de vosotras se encuentra en mala situación?

Un murmullo ahogado de informes sobre naves y capacidades actuales. La *Industria* era con mucho la más potente; la pequeña *Viento Estelar* era bastante rápida y sus motores eran lo suficientemente grandes en relación a su ligera masa como para hacerla equiparable a la *Industria*. El nivel de la *Esperanza de Shaurnurn* era algo inferior, y la nave de Pauran se encontraba apenas una fracción por debajo de ella. Pero la *Estrella de Tauran* estaba bastante por debajo, al igual que la *Viajera Estelar de Vrossaru*.

—Ya lo sabéis, Tauran y Vrossaru —dijo Pyanfar—. Podemos reducir la velocidad y viajar a vuestro paso, pero eso tendrá un precio. Ya comprendéis a lo que nos enfrentamos. Ahora, voy a haceros una pregunta... no tengo más remedio que hacéroslo...

—Llegaremos hasta ahí —dijo Sirany Tauran—. Nos las arreglaremos.

—No. Desconectad la energía, sed como una mariposa en el muelle. Ya sé que es un riesgo para vuestras naves, pero también lo es el viaje hasta casa. Escuchadme: mi tripulación está totalmente agotada y la de Tahar no se encuentra en un estado mucho mejor. Puedo llevar a Tahar en la *Orgullo*... —Los ojos de Dur Tahar se encendieron inmediatamente al oírla, pero no replicó—. O puedo llevar conmigo a una tripulación y establecer turnos alternativos, y la otra puede irse con Tahar. Eso haría que todas llegáramos ahí vivas y ganaríamos un tiempo precioso.

*¿Trabajar en turnos con una pirata?* Disputas de sangre, colocarse fuera de la ley. Pyanfar casi oyó el grito. Pero, en vez de eso:

—Podéis vigilarnos durante el viaje —dijo Tahar en voz baja—. Los turnos se pueden hacer por mitades o completos, como mejor os convenga.

—Está bien —aceptó Vrossaru—. Vendremos con vosotras.

Tauran miró a Pyanfar y una rápida serie de pensamientos se sucedió en sus pupilas. *Alienígenas. Sólo los dioses saben de qué se trata.* Y, por otro lado, quizás: *Esa nave de Chanur goza de una protección prioritaria por parte de los kif. Y es rápida. Puede llevarnos con vida hasta ahí. Y en caso de que estén mintiendo,*

entonces nos encontraríamos en un lugar donde nos sería posible hacer algo útil, ¿no?

—Está bien —dijo Sirany Tauran—. Vendré tan pronto como pueda sacar a mi tripulación de la nave. Somos siete. ¿Tenéis literas suficientes?

—Las encontraremos. —¿Sabrá algo de Khym? Los músculos de Pyanfar se tensaron y volvieron a relajarse. *Dioses, tenemos problemas mucho peores que los prejuicios hani*—. Gracias. —Habían llegado al dique de la *Luna Creciente*. La *Aja Jin* y la *Orgullo* estaban más allá, todas con las luces de salida parpadeando apremiantes en lo alto—. Los informes se transmitirán de nave a nave a través de los cables de línea directa. Tendremos que compartir los datos con nuestra escolta kif, no tenemos elección al respecto. Nuestro principal objetivo es salir de este puerto, y no queremos que nada interfiera con eso: sólo los dioses saben dónde acabaríamos en tal caso.

—Comprendido —dijo Harun—. Que tengamos suerte.

—Suerte —asintió Faha—. Que los dioses cuiden de nosotras. —Y, con algo parecido a un estremecimiento, miró a Tully y a la silueta de oscura túnica que le acompañaba. Puede que un instante después se lo había pensado mejor y había deseado retirar ese voto piadoso. Pero eso habría resultado bastante embarazoso para todas—. Hogar y linaje —añadió y, con un monumental alarde de caridad, acabó diciendo—: Y todo el resto. —Le había costado un esfuerzo físico.

Y, después de eso, Munur Faha se dirigió hacia su nave, que estaba más lejos; otras capitanas la siguieron, Harun y Vrossaru echaron una última mirada hacia atrás, las orejas de Vrossaru abatidas en una expresión preocupada.

—Tahar —dijo Pyanfar; y aquélla se detuvo a la entrada de su propio dique. Tully y Skkukuk la imitaron—. Jik —añadió. Jik y Kesurinan se detuvieron también, cuando ya casi llegaban al dique de la *Aja Jin*—. Lo hemos conseguido —concluyó Pyanfar.

Jik y Kesurinan permanecieron inmóviles, después de haber estado conversando con expresiones demasiado preocupadas durante todo el trayecto. Se daban instrucciones, preparaban alguna conspiración, sólo los dioses podían saberlo. Pero Jik acabó dejando a su Primer Oficial y se acercó a Pyanfar, con el oscuro rostro muy tranquilo.

—¿Dónde ir yo, eh? —Alzó las dos manos—. ¿Querer yo volver? ¿O tú decirme dónde ir?

—Que los dioses te pudran, ¿qué harás? ¿Abandonarnos? ¿Conseguir que nos arranquen la piel a todas? ¿Acabar con mi mundo gracias a tus tretas y planes? —La ignorancia kif de Sikkukkut había dejado a su libre opción ese peligro: *Dispón de Keia como quieras*.

Y ahora había llegado el momento de hacer una jugada para la cual no contaba

con la osadía necesaria, de emplear una fuerza que no podía utilizar y usar una persuasión que Pyanfar sabía inútil. Si la metían nuevamente a bordo de la *Orgullo*, aunque fuera mediante la presión física, empujarían a Kesurinan a partir rápidamente, obedeciendo sólo los dioses sabían qué órdenes especiales.

—Yo hacer número uno buen trabajo si volver ahí.

—¡No puedo confiar en ti!

—Yo tener interés como yo decir. —Alargó los brazos y le puso las manos sobre los hombros. Clavó la mirada en la de Pyanfar y ella le observó, buscando algo en qué confiar. *Embustero, diez veces embustero. Tu condenado gobierno no te permitiría decir la verdad ni una sola vez al día*—. Hani tener importancia, Pyanfar. Yo jurar. Dios testigo.

—¿Más que tu gente? ¡No me digas eso! —Sentía muy débiles las rodillas. El rostro que se alzaba sobre ella era el de un alienígena desconocido, los ojos resultaban tan imposibles de leer como los de Tully en sus momentos más oscuros.

—Ser más vecinos hani que de kif, ¿afirmativo? Eso ser dar golpe de rebote a todo espacio mahen, yo no engañar ti.

—Dioses, estamos razonando como los kif. ¡Los intereses propios!

—Política todo tiempo razonar igual que kif. Maldito jaleo. Yo mejor piloto que tú tener, hani. ¿Tú querer encerrar mí? ¿O tú querer confiar?

—¿Desde cuándo es efectiva la confianza? —El pánico la estaba dominando—. No, maldita sea, no quiero confiar en ti.

—Trabajar ahí número uno primera clase. Tú sacar mí, tú conseguir para fumar, ¿eh?

—¡También he conseguido que Sikkukkut venga tras de nosotros! ¡Sabes que lo hará! Me ha nombrado para que haga su trabajo, ¿piensas que no nos seguirá para recoger los frutos de mi labor?

—Malditamente seguro. Tú no ser estúpida, Pyanfar. —Agitó una mano hacia el dique de la *Aja Jin*—. Tú tener nave número uno primera clase en todo Pacto. Tú tener piloto número uno primera clase. Yo. Nosotros mantener promesa, ¿afirmativo?

—¡Vete! ¡Largo! ¡Da tus órdenes! Y que tu podrido cuerpo mahen vuelva a mi nave y me dé esos datos antes de que salgamos del muelle. Quiero esos datos, Jik, ¡los quiero en lenguaje bien sencillo y con mapas que se puedan interpretar!

—Tú hermosa. —Le rozó el rostro con los dedos. Pyanfar dio un respingo y escupió; y él le dirigió una de sus enloquecedoras muecas de buen humor. Luego se dio la vuelta y se alejó con paso veloz hacia la rampa de acceso, con Kesurinan casi corriendo a su lado, sin dejarse avanzar ni un paso.

Hacia su nave. Hacia todos sus recursos. Sólo los dioses sabían si en efecto volvería alguna vez. Los diques eran peligrosos. Los kif podían interceptarle incluso en el corto trayecto que separaba las dos naves. Al interrogar a los stsho Sikkukkut

podía descubrir algo que le hiciera cambiar de opinión. Stle stles stlen tal vez había escondido registros comprometedores, ya que era un comerciante de pies a cabeza.

Miró a Dur Tahar. Y en esos momentos no sintió ninguna duda en cuanto a esa pirata, esa enemiga, esa hani que había estado dispuesta a matar.

—Puede que haya cometido un error —dijo Pyanfar.

—Puede.

—Tahar, si salimos de ésta, todo lo que pueda haber entre nosotras...

El rostro de Tahar se endureció bruscamente y agachó las orejas.

—Sí, ya lo sé.

—¡Maldita sea, no sabes nada! No hay disputa de sangre entre tú y Chanur. Ya la has pagado.

Sus orejas volvieron a erguirse.

—Tú también has saldado tus deudas —dijo Tahar, con su ceñuda arrogancia de costumbre. Y se quedó inmóvil, sin decir palabra, durante una fracción de segundo más de lo necesario antes de dar la vuelta y dirigirse hacia la rampa de la *Luna Creciente*.

Se había quedado sola con Tully y Skkukuk, un Skkukuk aturdido y que no parecía demasiado contento, y Tully permanecía a su lado. El kif se mantenía inmóvil como si todo el orden de su mundo se hubiera invertido.

*La gran capitana ha dejado que el enemigo le ponga las manos encima. La gran capitana cree que él y las demás son sus subordinados. La capitana se equivoca. ¿Es posible que la gran capitana sea tan estúpida? Cuidado con estas hani. Ellas tampoco son unas subordinadas.*

Alzó el mentón. Ven aquí. Y Skkukuk se acercó ella, todo nervios, no sin dirigir una mirada suspicaz hacia los dos mahendo'sat que ya casi se habían perdido de vista.

—Hakt', ése es peligroso.

—Amigo —dijo ella. Y, por pura perversidad, puso la mano sobre el duro brazo de Skkukuk. Él se apartó casi de un salto para evitar el contacto.

—¡Kkkt! —Como si Pyanfar le hubiera atacado. Algo muy parecido a su propia reacción ante el gesto de Jik, a pesar de que no lo había percibido como un peligro potencial para su vida.

—Voy a enseñarte algo, Skkukuk. Estás viajando con hani. Oirás cosas que quizá te inquieten. —Por segunda vez alargó la mano y esta vez le cogió firmemente. El brazo del kif era delgado y duro como el metal. Pyanfar sintió cómo temblaba—. ¿Te asusto, *skku* mío? Entre las hani el poder es algo muy distinto, es un puñado de clanes decididos a seguir mis órdenes sencillamente porque les he mostrado la única forma posible de salir de aquí. Y porque desde que hay clanes en Anuurn, siempre ha existido el clan de Chanur; nuestras raíces son muy hondas y nuestras relaciones muy complejas. Ahora estamos exigiendo el pago de unas deudas que deben saldarse por

razones de *sfik* y para protegerse a sí mismas. Tenemos relaciones con Faha; y Faha tiene sus propios lazos. Bien saben los dioses que necesitaría consultar la biblioteca para ver hasta dónde llegan los de las otras. Así somos. El clan es una entidad. Tú eres *skku* de Chanur. ¿Entiendes? Tienes que portarte bien con todas ellas una vez a bordo. Y ellas no conseguirán ganar ni un centímetro de posición sobre ti. Su relación es exclusivamente con el clan Chanur, ¿me sigues?

Sus oscuros ojos relucían. Pyanfar contempló el rostro del kif, apenas a un palmo del suyo, mucho más cerca de lo que hubiera deseado. Estaba consiguiendo que le escociera de nuevo la nariz. Pero ella hacía que el kif se estremeciera.

—Sí, hakt' —dijo él—. Poder.

Pyanfar le soltó. Y deseó darse un baño. Necesitaba una atmósfera limpia. Quería... dioses, había sido un error haber intentado razonar con un kif. O hacer tratos con él.

—Vamos —le dijo. Le dio un leve empujón y luego puso a Tully en movimiento con otro. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la *Orgullo*, cada vez más rápido, con Skkukuk pisándole los talones y Tully jadeando a su lado, su aliento ronco y desacompasado a causa del frío y lo tenue de la atmósfera. *Te sacaré de aquí antes de que empieces a toser, muchacho. Y yo también saldré de esto. Dioses, soy demasiado vieja para todas estas cosas.* Sacó el comunicador de bolsillo, que llevaba en su cinturón—. Aquí Pyanfar. Abrid, ¿me oís? Vamos a entrar.

—*Bien* —le respondió la voz de Haral.

Subieron por la rampa, adentrándose en la frialdad del acceso ribeteada por luces amarillas. Dieron la vuelta a la curvatura y avanzaron hacia la luz blanca, la seguridad de la compuerta. Cruzó ese umbral temblándole las rodillas, y con el flanco convertido en una masa de dolores.

—Cierra —gritó por el comunicador—. Ya estamos dentro.

—*Bien* —dijo Haral—. ¿*Todos bien?* —La escotilla se cerró con un gemido y un siseo; y después de eso se hallaron tan libres de los kif como lo hubieran estado en esa estación.

Pyanfar cerró los ojos, sin moverse, y luego se dobló lentamente sobre sí misma para recuperar el aliento; mientras tanto, Tully hizo lo mismo.

—¿*Capitana?*

—¡Estúpidas, estúpidas! —exclamó Skkukuk y cerró los dedos sobre el brazo de Pyanfar—. ¡La *mekt-hakt* tiene hambre, va a desmayarse por vuestra incompetencia!

Tully le dijo algo con un gruñido. Pyanfar tironeó para librarse de la presa de Skkukuk, parpadeando aturdida al ver que el problema pronto consistiría en mantener separados a dos machos, ninguno de los cuales era el suyo. Y, en cierta forma, los dos le pertenecían, aunque nada tenía que ver con su masculinidad. Nunca había visto esa expresión en el rostro de Tully. Tenía los dientes al descubierto, pero en su gesto no

había humor alguno y esos dientes no podían enfrentarse a los de Skkukuk, demasiado cercanos a él. Pyanfar logró separarlos, aunque no tuvo muchos miramientos con ellos.

—Sed un poco educados, dioses, ¡callaos!

—¿Capitana?

—Estoy bien —dijo y meneó la cabeza, aturdida, sintiendo un leve mareo. Una oleada de impulsos le corrieron por las venas, la marearon. El sudor humano y el del kif se mezclaban con el suyo propio en sus fosas nasales. *Bien, eso es lo que da de sí la cooperación humanos/kif.*

*Dioses, no hay tiempo, tenemos nuestras órdenes. No tengo tiempo para desperdiciarlo en semejantes asuntos.*

—Voy a bajar —dijo Khym.

—No hace falta. —Tenía la sensación de estar al margen de lo que ocurría y sus ojos, que no paraban de parpadear, iban y venían de Skkukuk a Tully. Lo último que deseaba era que su esposo se metiera en el conflicto—. Vamos a tener más visitas. La tripulación de Tauran subirá a bordo en cuanto dejen lista su nave y lleguen hasta aquí. Trabajarán en turnos alternativos con nosotras. ¿Estás enterada de ello? Tenemos que hacer un viaje.

La puerta que daba al pasillo interior se abrió en ese instante.

—¿Dónde, capitana? —La voz de Haral, nuevamente, por el comunicador—. ¿Adonde vamos?

Todavía no lo sabían.

—A casa —dijo; y sintió una momentánea oleada de triunfo al recordar su propia sagacidad ahí abajo.

Hasta que pensó nuevamente en Chur y en el precio que podían pagar por ello, en más de un aspecto. El triunfo se desvaneció dejando sólo dolor y un terror tan vasto como letal.

—Nos han soltado por fin. Vamos a casa.

—Vete —le dijo a Skkukuk en el otro lado de la escotilla—. Si tienes alguna razón para ir a los camarotes, adelante. Dentro de diez minutos montarás guardia en el exterior de la rampa. Vamos a tener demasiado tráfico en ella como para correr riesgos. ¡Y muéstrate cortés! ¿Entendido?

—¡Sí, hakt'!

—¡Venga!

Salió corriendo con un revoloteo de su túnica oscura y un tintineo de armas, y se dirigió por el pasillo hacia su camarote.

Eso la dejaba a solas con Tully. Tirun se encaminaba ya hacia allí, una presencia que sería muy bienvenida.

—¿Estar bien, capitana?

—Van a llegar las de Tauran, no tenemos dónde meterlas. Hay un montón de datos que procesar para introducirlos en el ordenador de navegación, pero las cosas podrían estar peor... —Otra silueta dobló la esquina del pasillo, alta, de hombros anchos e inconfundiblemente hani: su esposo, a toda velocidad, y Pyanfar sintió que hasta los huesos se le encogían—. Haral, ¿me estás escuchando ahí arriba?

—Sí, capitana.

—Prepara un rumbo para Urtur según nuestras antiguas capacidades: tenemos que llevar con nosotras a unas naves algo más lentas. Que Hilfy ponga a punto nuestra transmisión directa con la *Aja Jin*, necesitamos unos cuantos datos. Luego mándale el resultado a Tahar y que la *Aja Jin* se encargue de hacer las comprobaciones de apoyo.

—*No tardarán mucho; ya tengo el rumbo calculado para nuestra capacidad actual y tengo las suyas. Tenemos el ordenador mahen y ya me había figurado que nos dirigíamos a algún sitio. ¿Tenemos que hacer la secuencia de todo el convoy?*

—Lo has adivinado. —Un pequeño milagro realizado en un puente cargado de trabajo. No se le ocurrió ni por un segundo la idea de ponerlos en duda—. Hazlo, prima. Y consigue los datos kif de la *Harukk*, tenemos una escolta.

Khym había llegado a su altura y acompasó la zancada al paso de ella, Tirun y Tully.

—¿Estás bien? —le preguntó. Eso fue todo.

—Estoy mucho mejor. —Se dio cuenta de que podía respirar de nuevo. La opresión que notaba en el pecho había cedido un poco y un súbito estornudo la sobresaltó—. Malditos kif... —Le lloraban los ojos. Tuvo que limpiarse la nariz—. Khym, tú y Tully subid al nivel superior y traednos algunos bocadillos: preparadlo todo para el trayecto. Vamos a salir de aquí.

—¿Nos dejan marchar? —preguntó Khym, con las orejas medio gachas. Parecía preocupado.



—Estás en lo cierto, tenemos problemas. Incluso los kif están preocupados. Tenemos que cruzar por Urtur, ¿recuerdas? Tenemos que pasar delante de Akkhtimakt para llegar a casa y habrá que eliminar la oposición existente hasta Anuurn, eso es lo que debemos hacer... Anda a la cocina. Y deja que Tully repose un poco, está agotado.

*Yo tengo que llevar esta nave a través del salto. Tenemos que movernos, no tengo tiempo para descansar...*

—Tully —dijo Khym—. Cocina.

—Bien —contestó Tully, apretando el paso y poniéndose a su altura. Unos instantes después los dos se alejaban bastante rápido, Tully con paso algo vacilante; los músculos del humano estaban afectados por el cansancio, el ejercicio y el frío. Pyanfar tenía la sensación de que los suyos se habían vuelto de goma.

—Tirun, vamos a recibir a siete miembros del clan Tauran. Tenemos que meterlas en algún sitio. Encárgate del protocolo en mi nombre. Tengo el cerebro hecho puré. Habrá que encontrar un modo de alojar a Tully y la capitana. No, por los dioses, pondremos a Sirany Tauran en el camarote de Jik. Tully...

—Con nosotras.

—No les va a gustar compartir las sábanas con él cuando no estén de turno. Dioses, nuestra forma de actuar... El mundo está derrumbándose a nuestro alrededor y no queda más remedio que preocuparse de las sábanas y de los malditos prejuicios.

—Pues que se aguanten. Es un tripulante, capitana.

Pyanfar se mordió los bigotes y dejó escapar un suspiro.

—Bien, pues que rabien. Haremos un turno conjunto con un par de ellas si puedo conseguir que Sirany se avenga a ello. Nos portaremos tan bien como sea posible y espero que no se ofendan demasiado. Siempre que Khym no les produzca un ataque y empiecen a soltar espumarajos...

—Bien —dijo Tirun.

—Entonces, ocupémonos de ello. —Dirigió un gesto a Tirun para que apretara el paso cuando llegaron a la curva del ascensor—. No sabemos qué puede ocurrir aquí. Quiero que nos larguemos, y aprisa. Podríamos tener a un centenar de naves rodeándonos.

*Trescientos mil stsho, Pyanfar. Vulnerables e indefensos ante cualquier eventualidad.*

*¿Pedirles a los kif que les suelten?*

*¿Con qué excusa? ¿Qué razón se me puede ocurrir?*

—Será mejor que volvamos a llenar el congelador de abajo, ¿eh? ¿Qué tal andan los tanques?

—La última vez que los comprobé estaban llenos en sus tres cuartas partes. Haral está comprobando los sistemas. Tuvo que suspender la investigación lingüística para

hacer el cálculo de rumbo, capitana; lo siento.

—Lo sientes... dioses. Venga, adelante. Una vez que estemos fuera de aquí tendremos todo el tiempo necesario para ello; dile que quiero que calcule esa secuencia de rumbo tan exacta como le sea posible, nada de perder tiempo, toda la capacidad de las naves al máximo. El tiempo es lo único que ahora no podemos comprar.

—Aquí, aquí, aquí —dijo Jik, utilizando un lápiz luminoso para indicar los movimientos en la pantalla del ordenador, y el modelo giratorio en tres dimensiones fue cambiando de nivel obedientemente. Había traído consigo la microficha y el programa, y el ordenador instalado por los mahen empezó a desplegar repentinamente un virtuosismo que nadie había sospechado en él—. Mismo venir quizá Tt'a'va'o, quizá V'n'n'u.

Geran emitió una especie de ronquido gutural, lento y cargado de ominosos presagios.

—Tenemos todo el condenado jaleo metido en el espacio hani, eso es lo que tenemos.

Jik no contestó nada ante eso. Tenía la boca llena de comida. No se había detenido a comer nada en la *Aja Jin* y llegó oportunamente para aceptar algo en la cocina de la *Orgullo*. Pyanfar tragó un sorbo de gfé y parpadeó al notar su calor mientras iba observando los distintos pasos del modelo.

El clan de Tauran venía ya por los muelles con cuanto les era posible transportar. Tirun estaba en la escotilla y Skkukuk montaba guardia al pie de la rampa, preparándose para recibirlas con su equipaje. Un extraño silencio se cernía ahora sobre ellas, con la *Harukk* y las pocas naves que ella había elegido rumbo hacia lo que hubieran decidido hacer, con la estación sometida a cualquier tipo de piratería kif, algo en lo que Pyanfar prefería no pensar pero que la asaltaba cada vez que cerraba los ojos... aquellos desgraciados seres de la *Harukk*, pálidos, frágiles y fisiológicamente incapaces de toda violencia, ni tan siquiera para salvar sus mentes o sus vidas.

Podía prepararse un mecanismo que destruyera la estación mediante una señal procedente del exterior del sistema. Eso era posible para alguien que careciera totalmente de escrúpulos y fuera lo bastante implacable: si alguien como Akkhtimakt, sin la menor simpatía hacia los trescientos mil stsho, había minado el exterior de la estación, el murmullo de una transmisión que llegara con la velocidad de la luz a un receptor podía hacer volar la vulnerable piel de la estación. En ciertas direcciones jamás lo sabrían hasta que se produjera la explosión, aunque estuvieran a la escucha. Bien sabían los dioses que no sentía deseo alguno de proporcionarle a Sikkukkut más ideas de las que pudieran ocurrírsele por sí solo; no le advertiría de tal posibilidad. Y

tampoco quería seguir conectada a la estación más tiempo del estrictamente necesario.

Mientras tanto, estaba sentada bebiendo gfé y viendo cómo un mahen muy cansado reconstruía diagramas de memoria ayudado por ordenador, escuchando cómo se equivocaba una y otra vez en las identificaciones y cómo se corregía a sí mismo.

Los dos necesitaban ayuda. La comida no podía sustituir el descanso. Y pronto tendrían que salir y empezar las operaciones para un salto largo y arriesgado. Las bombas estaban llenando ya los tanques hasta su capacidad máxima. Khym daba vueltas encargándose de recoger las lecturas de todos los puestos, disponiendo.

Alabados fueran los dioses, en este viaje iban a tener una tripulación de refresco.

*Tanto Tahar como yo misma nos exponemos peligrosamente... el motín, la muerte. O nos comprenden en cuanto estemos cerca o acabarán con nosotras durante el trayecto a casa.*

Ése era el mensaje implícito de su oferta. Y todas las capitanas lo sabían; en cambio, presumiblemente, Sikkukkut e incluso Skkukuk pensaban que lo único que había hecho Pyanfar era engañar a sus compatriotas.

Confiaba en que la hubieran entendido bien, porque ninguna nave hani podría comunicarse con otra de las suyas excepto para las operaciones rutinarias, al menos mientras tuvieran escolta kif; y eso significaba todo el trayecto hasta casa.

Vio cómo las marcas rojas y verdes se iban multiplicando en la pantalla a medida que Jik construía los diagramas, mientras se tomaba el gfé y comía un bocadillo.

Y, lentamente, las grandes implicaciones de lo que Jik estaba construyendo se abrieron paso en su mente.

Movimientos a largo plazo. Muy a largo plazo.

Los kif no habían mentido: desde el principio, el objetivo del plan de los mahendo'sat habían sido los kif, toda una serie de operaciones que se extendían a los tiempos en que la amenaza era Akkukkak. E incluso antes de eso. Los mahendo'sat poseían muchos más recursos aparte de las pocas naves de caza que se les suponía, y eso implicaba la existencia de astilleros y secreto... mucho secreto y muy bien guardado para impedir que los rumores de tales construcciones trascendieran.

Sólo los dioses sabían qué habían estado haciendo los kif durante ese tiempo, o cuánto sabían los mahendo'sat y los kif sobre sus propias intenciones sin que lo hubieran revelado a nadie. Quizá ni el propio Jik conocía la verdad al respecto.

Y, eso también lo sabían los dioses, nadie estaba enterado de cuáles eran los datos kif y mahendo'sat sobre la humanidad, cuánto tiempo hacía que sabían de su existencia y hasta qué punto alguno de ellos decía la verdad en tal asunto.

E incluso ahora mismo Pyanfar temía que si Jik lograba poner las manos sobre Tully en algún rincón oscuro de la *Orgullo*, le haría ciertas preguntas sin ningún tipo de miramientos. Quizá Dientes-de-oro había hecho justamente eso cuando tenía a

Tully en la *Mahijiru* y con ello, ironía de ironías, había conseguido ganarse su desconfianza. Era muy probable que Tully le hubiera montado su numerito de yo-no-entender-ti. Desde luego, le salía muy bien. Y los dioses sabían que quizás el instinto de Tully sobre cuándo permanecer en silencio podía ser mucho mejor de lo que cualquiera de ellos creía.

Tully le había preguntado una vez si Dientes-de-oro estaba de su lado o no, y la lisa frente del humano estaba fruncida por arrugas de inquietud. Entonces no había sospechado todo lo que implicaba esa pregunta ni hasta dónde podía haber llegado la presión a que Dientes-de-oro le sometía. Tampoco había adivinado por qué Dientes-de-oro le había separado de la tripulación humana que viajaba en la nave mahen *Ijir*, antes de que ésta cayera en las garras de Akkhtimakt.

Haber podido escapar de esa condenada nave era prueba indiscutible de la buena suerte de Tully. Pero Pyanfar recordaba el rostro de Tully cuando la vio a bordo de la *Mahijiru*, recordaba una expresión que ahora era capaz de leer un poco mejor que entonces, la terrible tensión y el alivio con el cual se había lanzado hacia ella, rodeándola con sus brazos, tembloroso y apestando a temor.

*Amigo*, había dicho una y otra vez, repitiéndolo sin parar, con expresión preocupada, durante esa primera parte del viaje; pero había guardado celosamente cuanto sabía... y cualquier disensión entre ellas, las tensiones normales de la tripulación o cualquier atisbo de violencia habían hecho que Tully sufriera un ataque de pánico que no resultaba nada razonable en un viejo amigo. Aislado en un ambiente tamizado por el traductor, había llegado a temerlas, escapándosele virtualmente todos los matices y sutilezas de cuanto se decía a su alrededor. Había vivido dudando de ellas desde entonces hasta el instante en que traicionó a su propia especie con la advertencia de no confiar en la humanidad.

La traición de Tully no se parecía a los complicados diagramas de Jik. Pero la simplicidad era sólo aparente. Observó a Tully sentado ante el monitor, con el rostro —dioses, incluso a eso se había acostumbrado— concentrado en la pantalla, dando la impresión de estar perdido en un mundo de autista, mientras el parloteo alienígena seguía sin cesar. Estaba escuchando; Pyanfar se atrevía a apostar por ello. En ciertos aspectos era muy parecido a Jik. Ésa era la anomalía. Tully hacía su trabajo. Una y otra vez la había acompañado a una nave kif, lo cual había resultado terrible para él. Pero no era a los kif a lo que más temía. Lo había notado en mil pequeños movimientos y matices expresivos, en el modo con que reaccionaban su rostro y todo su cuerpo cuando había alguna falsa alarma momentánea.

*Es algo que no está aquí. Akkhtimakt es sólo otro kif. Odia a Sikkukkut, pero éste no le atemoriza tanto. Su preocupación es Dientes-de-oro y los mahendo'sat. Y su propia especie.*

*Podríamos acabar por tener un caso de identidad equivocada, un caso de*

*disparar-o-morir: y eso, ciertamente, es algo temible si la humanidad irrumpe aquí.*

*¿O se trata de que él sabe algo sobre los planes de la humanidad? ¿O es algo que deberá hacer él?*

*¿O acaso prevé un día —no importa quién gane—, en que alguien puede llevarle a ese rincón oscuro y empezar a formularle preguntas a las cuales no tendrá respuesta?*

*Dioses, ¿por qué lo debe de haber hecho? ¿Por qué nos ha ayudado, a pesar de que nos teme, en contra de su propia especie? Sabe lo que es la lealtad. Sabe lo que es la amistad. Se ha confiado a nosotras como si fuéramos de su misma especie, sus parientes. No tiene sentido. ¿Qué clase de pueblo puede haberle creado haciendo que esté dispuesto a traicionarles?*

*Un pueblo tan variopinto como el nuestro. Una especie con muchos conflictos internos.*

Sintió un escalofrío. Le costó tragar el siguiente pedazo de bocadillo. Lo empujó con un poco de gfé y se concentró en los oscuros ojos de Jik, rodeados por círculos rojizos. Le había preguntado algo. *¿Entender?*, se dio cuenta, aunque con cierto retraso. Miró los diagramas y las instrucciones que aparecían en el ordenador. Lo había ido siguiendo, quizá todavía más de lo que pensaba Jik. Los datos y el modelo se encontraban ahora en su biblioteca y habían sido conectados con los datos de navegación. Existía la probabilidad de que aparecieran naves mahen en cualquier lugar de esta zona.

—La espalda —dijo ella, refiriéndose a la zona más difícil del espacio hani-mahen—. *¿Dónde están los datos sobre eso, eh?*

—No tener. No míos —respondió Jik.

Sólo una estúpida le creería. Pero le había enseñado demasiado, había confirmado y admitido demasiadas cosas. Y sabía que Pyanfar podía sumar dos y dos.

Con la información que le había dado, todo el tratado hani-mahen había quedado hecho pedazos. Y por mucho que Pyanfar quisiera creer en él, lo que le había dado era por sí solo bastante dañino, como para contener casi toda la verdad de que Jik disponía.

—No hay forma de que podamos llegar a esa cita con tus naves en Urtur —le dijo—. Y recuerda que tenemos dos de las naves de Sikkukkut a varias horas por delante de nosotros... días, teniendo en cuenta esas naves mercantes que nos harán ir más despacio, si no logran mantener el ritmo que les marquemos.

—Costar nosotros cinco días. *¿Tener cinco días?* —Un parpadeo de puro cansancio—. Mundo poder morir en cinco horas. Yo tener tripulación mandar mensaje.

—*¿Quieres decir cuando pasemos por ahí? ¿Tienes un transmisor para eso?*

—Silencio hasta que recibir identificación manen. Caro. Yo intentar. Nave manen

pasar por ahí, ellos recibir, si no darse cuenta kif.

*Pues claro*, le dijo nuevamente algo en su interior.

—Jik, dime qué hay de cierto en esos medios saltos. ¿Puedes hacerlo? ¿Pueden hacerlo los kif?

—Tener límite quizás algo como dos días luz, preciso. Si tú intentar más lejos, tú no salir nunca.

—Dos días. Entonces, Dientes-de-oro debe de estar a esa distancia o menos. Ahí fuera, dando vueltas...

—Mismo. —Un destello de los oscuros ojos de Jik, una pequeña verdad que le ocultaba—. Nosotros intentar arreglar otro extremo, ¿eh?

—¿Vas a dejarme tirada otra vez?

—No —contestó, mirándola a los ojos. Alargó la mano y le cogió la muñeca, que Pyanfar tenía apoyada en la consola—. Tú, mí, hacer montón trabajo dentro este asunto. Tener alta prioridad quedar aquí. ¿Entender? Ana estar fuera. Nosotros estar dentro. Él usarnos modo en que nosotros querer ser usados, número uno primera clase trato. Mejor. Yo decir tú que yo condenadamente listo. —El fantasma de una sonrisa. Le apretó la mano y Pyanfar se lo permitió. Ese condenado mahendo'sat jamás había parecido comprender lo que la presión hacía con sus garras retráctiles, tampoco Tully parecía advertirlo—. Yo decir ti. Tú valiosa. Condenadamente valiosa. Tú no correr riesgo. Oír mí. Todas hani espacio ser material precioso.

Pyanfar apartó su mano.

—Será mejor que vuelvas. Mientras puedes. Antes de que cambie de parecer...

—Tú tener buenos nervios —le dijo—. No tener mejor en mahendo'sat.

—Lo mismo digo de ti, así te pudran los dioses. —Sintió que una oleada de tonto sentimentalismo estaba a punto de vencerla y agachó las orejas. Le ardían. Y la tripulación era testigo de ello. Pero pensó que quizá nunca tuviera otra oportunidad—. Pensaste muy rápido en la *Harukk*.

—Afirmativo. —Jik se dio unos leves golpecitos en la cabeza—. Material primera clase. —Se incorporó con un gesto de cansancio, agarrándose al borde de la consola—. Ver tú otro lado, ¿eh?

—Anda, vete. Geran, acompañaile.

Le vio marcharse, un mahen alto y negro acompañado por una hani más pequeña de melena rojiza, saliendo del puente y alejándose por el pasillo. Sintió un escalofrío. Bebió el gfé que le quedaba y se puso en pie para tirar el tazón. Haral se lo quitó de entre los dedos. La trataban como si fuera de cristal.

—Capitana —dijo Haral—, si quieres tenderte, dormir un poco... yo me encargaré de instalar a Tauran. Ahora estoy libre de turno y tú...

—Te lo acepto —murmuró ella y se alejó hacia el pasillo. Desde abajo les llegó un golpe ahogado. Era el ciclo de la escotilla, pero era demasiado pronto para que se

tratara de Jik. Tauran estaba llegando. Iban a tener inquilinas, con el tiempo justo para instalarlas y empezar luego una carrera hacia el exterior del sistema. No estar allí para recibirlas era una descortesía hacia Tauran.

Pero tampoco podía meter su nave en el sistema de Urtur, bajo el polvo y el fuego de los kif, estando ella casi indefensa por el cansancio.

Y en Urtur no le sería posible confiar en ningún piloto que no conociera. Tenía que ser o ella o Haral. Tirun, en un apuro grave. Nadie más. *No con el nuevo equipo de la Orgullo, desde luego. Oh, dioses, tengo que explicarle un poco los sistemas a Tauran, no está acostumbrada a tanta potencia. Haral tiene el rumbo automatizado; todo cuanto deberemos hacer es persuadir a las de Tauran para que no metan la mano en los mecanismos automáticos y se dejen llevar por ellos. Oh, dioses, espero que sepan aceptar las órdenes.*

Se dio la vuelta y regresó tambaleándose al puente. Llegó hasta el comunicador y se inclinó sobre él por encima del hombro de Hilfy.

—Ponme con el canal principal de la cubierta inferior. —Y, al encenderse la luz, dijo—: Tauran, ¿Ker Sirany?

—*Estoy aquí* —le llegó la respuesta.

—Aquí Pyanfar Chanur. Bienvenidas a bordo. Voy a dejar el turno durante un rato. Me encargaría yo misma de las explicaciones, pero debo estar fresca para el salto. Quiero que estés en el puente durante la desconexión con el dique; el sistema de Punto de Encuentro es nuestra mejor oportunidad para familiarizarte con los aparatos mientras salimos. Apreciaría mucho que os instalarais rápidamente y subieras luego al puente para que mi turno actual pueda mostrarte los equipos.

—*Entendido.*

—Estamos agotadas, ker Sirany. Apenas sí me tengo en pie. Mis más profundas disculpas.

—*Subiremos directamente ahí, ker Pyanfar.*

—Gracias. —Cortó la conexión con un chasquido de la tecla, se apartó del tablero y salió del puente con la leve y amarga sensación de que no se había comportado como debía y sólo los dioses podían saber qué había dicho, cómo sonaba y si había servido de algo o no. Y nadie le había explicado al clan de Tauran cuál era la posición de Khym como tripulante.

No. Ya lo habrían oído. Todos los presentes en Punto de Encuentro habrían oído montones de cosas sobre Khym, los disturbios y los kif. La *Orgullo* y Chanur se habían hecho famosas. Habrían oído hablar de Khym y de Tully incluso antes de verles. El único que las había sorprendido era Skkukuk.

Eran navegantes del espacio, no hani del planeta. No eran Inmunes, con sus pantalones negros y su arrogante poder, como Ehrran y las de su ralea.

Pyanfar se detuvo ante el camarote de Chur y abrió la puerta un instante. Estaba

despierta, en la cama, con la maquinaria plateada junto a la red y todos los tubos que le entraban y salían del brazo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó mientras Chur alzaba la cabeza—. Nos vamos a casa, ¿lo has oído? Tenemos tripulantes de la *Estrella de Tauran* a bordo. Oirás voces extrañas en el puente y no quería que te preocuparas.

—Bien —dijo Chur—. Me he ido manteniendo al corriente de todo lo que pasaba, capitana. —Frunció la nariz con esfuerzo—. Das la impresión de que te convendría que cambiáramos de sitio.

—Eh, nos encontramos todas bien, logramos sacar a Jik de ahí una vez más. Tenemos sus mapas y, para variar, un poco de cooperación. Ha vuelto a su nave. Ahora contamos con todo el apoyo de los kif. Volvemos a casa para asegurarnos de que ninguna nave de Akkhtimakt llega demasiado lejos. Es un asunto de poca importancia para los kif, pero quizás se adecuó a nuestras posibilidades, ¿no? Tenemos que dar un pequeño rodeo por Urtur y luego será más fácil. ¿Cómo te encuentras?

—Me han vuelto a encerrar aquí. Estaba levantada, capitana.

Sus orejas se irguieron de golpe.

—Quiero que pienses en ese doble salto, en pasarlo con éxito. Después de eso todo será fácil. El hogar, ¿entiendes?

—Se lo prometí a mi hermana. —La voz de Chur se había hecho un poco más tensa por el esfuerzo de levantar la cabeza—. Esta maldita máquina otra vez intenta dejarme inconsciente. No tiene ni el más mínimo sentido de la proporción.

—Prima... —Cerró la puerta y siguió andando hasta su propio camarote, que estaba al lado, se apoyó en la puerta y pulsó el botón de apertura. La puerta le franqueó la entrada. Pyanfar dejó que se cerrara automáticamente, se acercó a la cama y se dejó caer de bruces en ella, totalmente vestida. Tanteó a ciegas buscando la red de seguridad y ésta la cubrió con un zumbido.

*Chur.*

*Jik puede esconder algún truco más contra nosotras.*

*Tauran... debo hacer que lo entiendan.*

*Ahí abajo está Skkukuk desayunándose con sus animalillos, tenemos a Tully lleno de pánico y sentado junto a la consola de armamentos, ojalá fuera capaz de interpretar las teclas; tenemos que ir a Urtur...*

*... oh, dioses, Urtur.*

—Py. Py. —Una amable sacudida en el hombro. Aspiró y tragó un poco de pelusa de la manta. Se apartó del lecho moviéndose como si nadara, agitó salvajemente el brazo buscando el borde de la cama. Debía de ser una emergencia. Todo era una emergencia.



Logró llegar hasta el borde de la cama y una mano la ayudó a erguirse; después dos manos la sostuvieron por los hombros. Agitó las orejas con un tintineo de anillos, que no se había quitado; y parpadeó, contemplando el rostro de su esposo.

—Te necesitan —dijo él—. Todo está hecho, nos hallamos en inercia. Soy uno de los que han quedado libres en este turno. Haral dijo que necesitaban todas las manos experimentadas disponibles. Dos del clan Tauran están frente a los tableros. Voy a dormir un poco. ¿De acuerdo?

Estaba tan tranquilo... Pyanfar lo contempló con una expresión de estupidez. ¿Había estado durmiendo mientras se soltaban del muelle? ¿Había dormido durante todos esos golpes, sacudidas y cambios de gravedad? Haral debía haber manejado la nave tan suavemente como si se tratara de un cargamento de huevos.

Y, después de eso, evidentemente, Haral le había dicho a su esposo que abandonara el puesto y que saliera del puente; más aún, que se encerrara en el camarote, solo, y que aguardara durante el peor salto que jamás habían hecho; y ahora Khym se limitaba a volver aquí y explicárselo todo, tranquilamente. Estaba aterrorizado, claro. Tenía que estarlo. Ella misma lo estaba.

De repente sintió una gran ternura hacia él. Alargó la mano y le tocó el rostro, rozándole la oreja con la nariz.

—Huh. Buen trabajo. Realmente, un buen trabajo. —Nada más que eso, ninguna alabanza por haber seguido las órdenes; Khym merecía que ella ya diera por supuesta esa parte.

Rumbo a casa. Si lograban llegar hasta allí, el lugar no resultaría demasiado saludable para él. Si vivían después de atravesar Urtur.

—No hagas eso —dijo él, con el tono de voz más bajo que le era posible usar—. No querrás llegar tarde.

—Uhhn. —Y Pyanfar, torpemente, pasó junto a él y salió del camarote.

Llegó al puente con la mente todavía nublada por el sueño, intentando ordenarse un poco la melena con los dedos.

Todo está hecho, le había explicado Khym. Haral la había dejado dormir y se había encargado de manejarlo todo con su competencia habitual, a su modo. Pyanfar confiaba en ella hasta tal punto que podía dejarla jugar con su vida bajo cualquier circunstancia. Pero ahora algo más que un puñado de vidas dependía de sus actos. Y Haral había querido contar con ella en esto.

Había tripulantes de Tauran en los puestos de Chanur. Skkukuk estaba en su puesto. Otra *Tauran*, joven, ocupaba el asiento de Tully en comunicaciones. Haral y Tirun, Geran y Hilfy, unas cuantas desconocidas. Sirany Tauran se alzó del asiento, situado en la parte delantera. Pese a todo, Pyanfar sintió que se le formaba un nudo en las entrañas.

—Tauran —murmuró, ofreciéndole una cortés inclinación de orejas a esa hani del oeste, con su vello leonado—. Lo lamento, lo lamento tremendamente. Tenía la intención de subir aquí hace mucho rato.

—Tu Primer Oficial me explicó que habías pasado mucho tiempo sin dormir. —Tauran agachó las orejas, que quedaron medio abatidas en una actitud de reserva, y adelantó un poco el mentón. Movi6 un brazo señalando el puente—. Mi prima Fiar Aurhen, en comunicaciones. Sifeny Tauran, en pantallas; llámala Sif. Yo iré abajo.

—Haral te explicó...

—Tan bien como pudo. —Tauran tiró de sus pantalones—. Te he aceptado con ciertas reservas, *ker* Pyanfar. Y, de momento, seguiré haciéndolo. Será mejor que me ponga en movimiento. Nos acercamos al salto.

—Bien —murmuró Pyanfar—. *Ker* Sirany... —Dirigiéndose a la espalda de Sirany Tauran, que ya se iba. La Tauran salió del puente con cierta prisa. Todo el lugar parecía crujir, electrizado por lo apremiante de las tareas.

—Iniciamos la cuenta atrás —dijo la voz de Haral por el intercomunicador—. Son cinco minutos a partir de ahora.

Pyanfar se dirigió a su puesto y se instaló en él. La comida y el agua se encontraban en el soporte indicado. Activó el sostén mecánico del brazo hasta dejarlo en posición, se ajustó el cinturón y luego hizo girar el asiento.

—Cuatro —dijo Haral, accionando interruptores. En este salto iban a seguir todas las reglas del manual: tenían demasiadas desconocidas a bordo—. ¿Te paso el control, capitana?

—Sigue con él ya que lo tienes. —Estaba comprobando las lecturas. Tiran estaba cambiando los puestos en ese instante y Haral tenía las manos ocupadas con la cuenta y las conexiones de los últimos minutos. La *Orgullo* aumentó un poco la rotación y una fracción más de gravedad las clavó en los asientos, para que estuvieran más cómodas cuando cayeran al espacio real en Urtur.

—Tenemos nuestra escolta —dijo Haral—. Son la *Chakkuf*, la *Nekkekt* y la *Sukk*. No conozco a ninguna.

—Yo tampoco.

—Mensaje enviado —dijo Hilfy—. Están en la fase final para el salto, según el horario previsto.

—Mi capitana se encuentra a salvo —dijo una voz extraña desde el otro lado del puente.

—Despejado para partir —dijo Tirun.

—Coordenadas —dijo Geran—. Todas las naves en sus coordenadas por ahí atrás.

Estaban moviéndose y con ellas se movía todo un campo de puntitos. Otro campo, estacionario, cambiaba de color haciéndose más claro. Dejaban atrás a Sikkukkut y los suyos. Que los dioses ayudaran a la estación y a los stsho.

—Seguimos bien.

—¿Qué tal va, capitana?

—¿Te molestará que te pregunte qué tenemos preparado, por todos los infiernos mahen?

Las orejas de Haral se agacharon levemente.

—Seguimos tus propios planes, capitana. Hay una lista de comprobaciones en tu número cuatro. —Haral apretó un botón y dos pantallas se encendieron mostrando unos diagramas—. Tauran hizo algunas preguntas y yo las respondí tan bien como pude, sin que surgieran problemas. Hemos cambiado de turno y ahora hay tripulantes de Tauran en nuestros camarotes; he mandado abajo a Tully para que siga desde ahí las operaciones. Tauran se habría preocupado si le viera. Tully dijo que no importaba. Y *na* Khym, con tu permiso... Pensé que durante este salto necesitábamos aquí arriba a la tripulación más veterana y...

Haral no terminó la frase. *Y los machos y los alienígenas eran un problema*, ésa era la parte que no había articulado en voz alta.

—Hiciste bien —dijo Pyanfar. Que los dioses se las llevaran. Tully estaba ahora ahí abajo, solo y sin vigilancia, algo que iba en contra de sus órdenes, sólo porque unas cuantas hani demasiado puntillosas se habrían horrorizado de verle en los camarotes de la tripulación aun teniendo el turno opuesto al suyo, y temían compartir las misma sábanas y mantas. Que los dioses se las llevaran a todas.

No podían ponerle con Khym. Y tampoco podían ponerle en el apestoso camarote de Skkukuk. Sirany Tauran se había quedado con el de Jik, contaba con un camarote privado gracias a los privilegios de la capitana.

No podía estar con Chur, no había sitio. A no ser que compartieran la misma cama. Dioses, y quizás eso valiera la pena pensando en la protección que le daría. Chur...

Dioses, permitid que lo consiga. Éste es el salto más duro, oh, dioses. Haced que llegue al otro lado.

Permitid que la lleve a casa. El suyo es un peso tan pequeño en el equilibrio final... Una hani. Mientras os encargáis de todo lo demás, dioses de mis madres... ¿por qué no podéis dejar que siga con nosotras?

¿Deseáis mi cooperación, dioses?

No, no, ése no era el modo de encarar el asunto. Los dioses siempre hacían tratos demasiado duros.

Examinó la lista y por un segundo miró el monitor número tres de su tablero, donde las imágenes aumentadas mostraban a nueve naves avanzando junto a ellas. Cinco naves hani, la *Aja Jin* y tres kif. En la lista se veía que se habían efectuado los controles, así como las verificaciones; que Tauran había aceptado los puestos y el alojamiento asignado a su tripulación; un informe sobre el estado de Chur y que los

monitores para seguir las operaciones y los mensajes estaban abiertos en toda la nave para cualquiera que deseara acceder a ellos.

*Trazado de curso: confirmar.*

Pyanfar lo confirmó. El trazado apareció en una mitad de la pantalla, en tanto que la otra mitad se llenaba de datos.

Iban a seguir un curso ilegal, saltarían hasta el cenit de Urtur, frenarían al máximo y luego saltarían otra vez desde el interior del sistema. No pasarían a través de la sopa de polvo y gas que se formaba en la eclíptica del disco de acreción: no habría un trayecto de gran velocidad a través de eso.

Ahí era también donde se encontrarían con el mayor problema. Podrían saltar directamente al nadir del sistema; pero había pocas estrellas con una inclinación axial relativa que permitiera tal maniobra. Las masas de Punto de Encuentro y Urtur no cumplían este requisito; y si lo intentaran probablemente se encontrarían metidas con una gran velocidad en lo peor del disco. Eso si no las hacía caer directamente en el corazón del pozo, en el mismo seno del mortecino sol amarillento de Urtur.

—¿Vamos a encargarnos de los cálculos para el grupo, no? —preguntó Pyanfar en tanto que el cronómetro seguía avanzando—. ¿Dónde están esos cálculos?

—Estamos en ello —dijo Haral—. Hemos establecido la secuencia con dos minutos de separación, ¿quieres que sea más próxima?

—No, dioses. —Con ese cálculo ya tendrían que hacer un largo trayecto por el hiperespacio, con lo cual todo el grupo alcanzaría un poco de empuje adicional, y eso les exigiría mucho cuidado al utilizar la capacidad de frenado. Tenían que preocuparse de la relación combustible-masa y no podían permitirse el lujo de ningún desperdicio. La pequeña *Viento Estelar* tenía especiales problemas en ese aspecto. La *Orgullo* tenía una gran capacidad de combustible, pero al poseer nuevos motores poseía también una masa mayor; y en cuanto a las demás naves, los cargueros habían sido diseñados para arrastrar peso, no para hacer bruscas paradas y giros bajo el fuego enemigo, aunque los tanques de gran tamaño y su pequeña masa total cuando iban sin mercancía estuvieran a su favor en este trayecto. No eran más que tanques, motores y bodegas de carga vacías. Pero no tenían ningún tipo de coraza extra. El asunto iba a ser difícil y delicado, en todos los aspectos. Pyanfar fue examinando las cifras: ahora los mensajes por telemetría fluían entre las naves a toda velocidad, informando sobre la situación de todos los equipos. La más débil del grupo era la *Tejedora*, junto con la *Estrella de Tauran* y la *Viajera Estelar de Vrossaru*, que se habían quedado en el muelle. La *Tejedora* tenía que seguirlos; no podía haber ninguna otra posición para una nave con esa relación masa/motores.

Las tres naves kif iban delante, indudablemente con su armamento activado y, como era típico en su especie, pensando tan sólo en lo que les esperaba al otro lado. Una ocasión de distinguirse y ascender, una prueba con la cual ganar los favores del

*hakkikt.*

E, indudablemente, tenían sus propias instrucciones particulares: en los archivos de operaciones había una nota redactada por Hilfy, que le informaba del gran número de comunicaciones que se habían cruzado entre la *Harukk* y las naves de escolta.

En código, naturalmente.

—Dame el mapa de Jik.

—En tu número tres —dijo Haral, y la pantalla le mostró ese modelo.

Pyanfar lo estudió, viendo cómo cambiaba según las fechas, con el movimiento y la expansión del poder kif a lo largo de las décadas, las acciones de los mahen, la repentina intrusión de la humanidad...

... y el lento declive de la influencia hani.

*Los dioses se te lleven, Jik...*

Pasó nuevamente el mapa por la pantalla y notó que el pulso se le aceleraba. Era la verdad, desagradable, pura y simple. Jik había hecho con ese mapa toda una afirmación política, había respondido a más cuestiones de las que ella le había preguntado, proporcionándole algo más que el tiempo de unos movimientos: la información hacía referencia tanto a la historia pasada como al futuro inminente.

—*Ker Fiar, ker Sifeny...* —Su mente acababa de dar con unos segundos de tiempo libre para poner a punto ciertas tareas que habían quedado pendientes—. Aquí Pyanfar Chanur; bienvenidas a bordo.

—Capitana... —le respondió un doble murmullo. Sólo los dioses podían saber qué instrucciones les había dado su capitana antes de que abandonaran la *Estrella* para subir a bordo. Cosas como: «No les quitéis la vista de encima a esas bastardas». ¿O sería: «Esperad mis órdenes»? «¿Agachad siempre la cabeza y sed corteses?». O tal vez: «¿Si es necesario, nos apoderaremos de la nave y que los diablos mahen se lleven a los kif y a todos los extranjeros?».

—No somos una nave que se guíe excesivamente por las reglas del manual —les dijo—. Supongo que ya lo habréis adivinado por el modo en que han ido ocurriendo las cosas. Apenas os enteréis de algún dato es mejor que lo transmitáis a mi Primer Oficial: basta con que digáis *Prioridad-prioridad* y estará hecho. Normalmente los canales de comunicación entre los puestos se encuentran libres para que las tripulantes hablen unas con otras, ya sea entre un par de puestos o uno con todos los demás, y en esta cuestión sois iguales que mis tripulantes: en esta cubierta no se establecen diferencias. Tenemos a bordo especies no-hani y se rigen por las mismas reglas, y los machos de esta nave no reciben ninguna cortesía especial, pero tampoco ningún tipo de ofensa particular. Tenemos por delante un viaje largo y duro y Chanur agradece toda la ayuda que se le pueda prestar; también nos hará falta al otro extremo del trayecto. Si queréis saber algo, preguntadlo y os contestaremos; si tenéis algún problema, podéis acudir a mí igual que lo haríais con vuestra capitana. No tendréis

ningún tipo de dificultad por ello pero, si así fuera, quiero saberlo inmediatamente. ¿De acuerdo?

—Bien —le respondieron las dos voces al unísono.

Probablemente no estaban muy convencidas.

—La *Chakkuf ha* saltado —informó Sif Tauran.

—Recibido —contestó Haral.

—*Prioridad* —dijo secamente Geran, y el monitor uno se encendió de repente—. Tenemos movimiento, coordenadas 05, 35, 19, punto cero cero 3, a 5 gravedades...

Y en el exterior había un objetivo que emergía de donde hubiera estado oculto y aceleraba como si los mismos diablos fueran tras él.

—Hemos salido de ahí justo a tiempo —murmuró Pyanfar—. Dioses y truenos, tenía que estar en nuestro lado del sistema precisamente...

—*Prioridad* —interrumpió Geran—. Sikkukkut se mueve.

La pantalla mostraba la variación de colores.

—Tirun... —pidió Pyanfar—. Cálculo de intercepción a lo largo de todo ese sector.

—Estoy en ello —respondió Tirun—, no tardaré nada. Es imposible, no pueden hacerlo, al menos no en ningún punto de nuestra línea, ni con un haz ni con un proyectil, por los dioses... Esa nave nos ha perdido, pero sólo por un pelo.

Estaban cerca para interceptarlas con sus disparos, para dejarlas clavadas en cualquier punto de la trayectoria. Pyanfar notó que estaba empapada de sudor.

—*Prioridad*. —La voz de Geran resonó con estruendo por el comunicador, dominando el resto de canales—. *Tenemos otro movimiento...*

Pyanfar ocupó el canal mediante su secuencia de prioridad y apretó la tecla del intercomunicador.

—*Prioridad, prioridad*. —Era Sifeny—. Dos más.

—Recibido —dijo Pyanfar—. Tirun: repite los cálculos.

—Están todavía más lejos; no tendremos problemas. De todos modos, los estoy haciendo de nuevo, capitana.

—¡*Prioridad!* —La pantalla del monitor parpadeó con la señal de alarma: el espacio estaba floreciendo con una invasión de naves.

—¡Kkkkt! —exclamó Skkukuk por el canal que unía los puestos—. ¡*Prioridad*, este tipo de movimiento es *gktokik!* ¡Son respiradores de metano, son tc'a y chi! ¡Evitar toda emisión!

—Por todos los dioses... —*¡No se te ocurra abrir la boca en mi puente, condenado loco!*

—Despejado en nuestro vector —dijo Tirun—, está bien, tenemos el camino despejado, adelante, adelante.

—Sikkukkut tiene visitantes y no vamos a esperar a que las cosas empeoren.

Salgamos de aquí, siguiendo el horario previsto. ¡Preparadas!

—*Prioridad* —dijo Hilfy.

Una oleada de comunicaciones procedentes de Tahar, en hani y más bien obscenas. El corazón le dio un vuelco.

—Hilfy, lo tengo, lo tengo. Manda esto: ¡Tahar! Aquí Pyanfar, ¿qué ha ocurrido ahí atrás?

—*Chanur* —le llegó la respuesta—, *tenemos un error detectado en la última comprobación. Estamos intentando arreglarlo. Si tienes que irte, adelante. Iremos cuando nos sea posible.*

Notó un profundo malestar en el estómago. Quizá fuera pura ironía. La disputa entre Faha y Tahar había empezado por una nave perdida en un salto. Y ahora una tripulación mixta de Faha y Tahar se encontraba en una nave que quizá no lograra salir con bien del salto.

—Bien, Dur, te he recibido. ¿Qué retraso habrá?

—*Que me emplumen si lo sé. Estamos intentando localizar el error. Digamos que un cuarto de hora si tenemos suerte. Si no...*

—Si no, bien.

—*Eh, Chanur, hablo realmente bien el kif. Daré la vuelta y me encargaré de los saludos. ¿Tienes algún mensaje?*

—Que tengas suerte. *Suerte, Tahar, ¿me oyes?*

—Lo mismo para ti.

La *Luna Creciente* cortó la comunicación. Dur Tahar estaba muy ocupada y su tripulación ya tenía bastante trabajo en tratar de mantenerse en pie.

Pyanfar dejó caer la cabeza sobre una mano algo temblorosa, respiró hondo e intentó recobrar el control.

*Dioses y truenos, lo mejor que teníamos... las únicas en quienes podía confiar... Las mejores amigas que teníamos, las únicas, con excepción de Jik... esa maldita pirata... y Vrossaru con ella. Dioses, no permitáis que las perdamos ahora.*

*¡Seré más piadosa en el futuro, juro que lo seré, permitid que nos acompañen durante el salto!*

—Nos acercamos a las coordenadas —dijo Haral, mientras el comunicador crujía y chisporroteaba con los mensajes procedentes del resto del grupo: ahora la *Luna Creciente* debía ser eliminada de las ecuaciones de salto en previsión de una contingencia que parecía inevitable. Desde su propio tablero con las funciones limitadas, Skkukuk dejó escapar una retahíla de instrucciones y exhortaciones en kif, algo sobre su capitana, el *hakkikt*, alabado fuera y su destino.

Otra idea le heló de pronto el corazón.

—Tully. ¿Tiene Tully sus drogas?

—Las tiene —dijo Hilfy—. Acaba de informar por el comunicador; Chur está

dormida, todo nuestro pasaje se encuentra a salvo y en buenas condiciones.

Diez mil posibilidades de que todo saliera mal, diez mil factores que podían estropearse y echarlo todo a rodar...

Las proyecciones de la pantalla eran una continua mezcla de colores cambiantes, Geran y Sif Tauran trabajaban febrilmente para conseguir que se correspondiera en algo con las acciones de las naves. Los monitores del sistema estaban en blanco y los tc'a entraban en él a toda velocidad: ahora sólo podían contar con sus propios datos, los de la recepción pasiva; y también con las imágenes reales que habían obtenido hacía mucho, deformadas por la distancia. Los dos sistemas de observación sólo podían avanzar a saltos, como una rana realizando proyecciones y mezclándolas con los informes factuales, que iban perdiendo validez progresivamente a medida que su bolsa temporal se alejaba de la escena de los acontecimientos.

Detrás de ellas todo era confuso. Otras naves aparecían en los confines del sistema. El *hakkikt* no había caído en la trampa, no se había quedado sentado con el morro orientado hacia la estación. Durante el intervalo de seguridad pudo pensar que una nave con dirección hacia el exterior del sistema podía fingir que daba el salto, frenar luego una vez rebasados los límites y dar la vuelta.

Ese bastardo tiene suerte.

Que los dioses ayuden a los stsho.

—Diez para las coordenadas —dijo Haral, sin parecer en lo más mínimo inquieta ante la situación—. ¿Quieres llevarla durante la entrada, capitana, o durante la salida al otro lado?

—La llevaré al otro lado. —Eso exigía una cabeza en orden y alerta. Y un conocimiento preciso de las coordenadas y los parámetros para evitar cualquier error—. Con unos huevos te ganarás unas cuantas perlas si en Urtur tampoco conseguimos recibir imagen del sistema.

—Umm. *Akkhtimakt* ha pasado por ahí y no estoy demasiado segura de que en el sistema quede ni una sola estación. En caso de que haya llegado hasta ahí, claro. O que no haya frenado durante el salto y dado la vuelta... Faltan ocho para las coordenadas.

—*Prepararse para el salto*. —La voz de Hilfy sonó por el comunicador general. El aviso llegaba temprano, una concesión a las desconocidas que ahora tenían a bordo.

—No creo que podamos confiar en tanto —comentó Haral.

—Siete.

—¿Qué tal va la *Luna Creciente*? ¿Cuál es su situación?

—No dicen nada —respondió Hilfy—. *Ker Fiar* está intentando hablar con ellas.

—Dioses —dijo Pyanfar—. Ha...

—*¡Prioridad!* —gritó Geran al otro lado del puente.



Los instrumentos quedaron en blanco, saturados por el salto feroz de un sinfín de emisiones que ya se alejaban de ellas apenas llegar. Un agudo chirrido llenó todas las conexiones del comunicador. Pyanfar gritó para ahogar el sonido y el dolor mientras algo pasaba junto a ellas con una velocidad casi lumínica en dirección al interior del sistema, lanzándose sobre ellas como si fuera a chocar y, en el último segundo, desviándose en dirección a la entrada. El corazón de Pyanfar casi se detuvo y luego volvió a funcionar de forma casi normal con una pesada serie de latidos, en tanto que alguien le pasaba lo recibido en las comunicaciones.

Un cántico, un gemido, un lamento que se convertía en un aullido subía y bajaba por toda la escala tonal como si perteneciera a una criatura enloquecida; y la imagen, al retirarse, mostró el peligroso color amarillo de una identificación knnn.

*Oh, dioses...*

—¡Coordenadas! —exclamó Haral.

Y las lanzó...

... hacia el exterior del sistema...

... en el salto...

... la tranquilidad...

... volviendo...

... hacia *abajo* otra vez...

... *emergencia*...

... *emergencia*...

... *emergencia*...

... El gemido de la sirena, la alarma automática de los monitores...

Pyanfar alargó la mano y giró la cabeza para ver el cronómetro, parpadeando, intentando que se le aclarasen los ojos para comprender los datos que mostraba el aparato. No se había estropeado. Estaban en las coordenadas, en el momento preciso. Llegada a Urtur.

—Mensaje —farfulló Hilfy—, mensaje... kif...

La voz brotó con estruendo por el comunicador general.

—*¡Actuar!* —dijo una voz kif a espaldas de Pyanfar, la voz de su intérprete, vivo y todavía con ellas—. *¡Nuestras naves de escolta se están desplegando en formación de ataque, siguen avanzando!*

—*¡Seguimos en automático!* —le gritó Pyanfar a Haral—. Tenemos naves en la cola... —Para que las viejas costumbres no la impulsaran a obrar de forma equivocada.

Reduciendo velocidad y con naves en disposición de ataque tras de ellas. Seguían avanzando, entrando en el sistema de Urtur con todos sus despojos y grandes cantidades de polvo...

... una estrella que se parecía más a un huevo roto y manchado de negro, un mortecino resplandor amarillo en el corazón del sistema, envuelto en una neblina negra de polvo y roca a través de la cual se veía un par de lejanas gigantes gaseosas y una cohorte de pequeños satélites con anillos. Una maravilla científica...

... un agujero infernal para las naves que entran en ella, un lugar donde el polvo y las rocas podían hacer pedazos la burbuja defensiva de una nave y despojarla de toda su velocidad. Si golpeaban alguna de las partes más espesas con su actual velocidad se convertirían en un resplandor ultravioleta de partículas aceleradas por el contacto con las partículas virtuales que llevaban con ellas, desencadenando una serie de rebotes y creando un torbellino de reacciones cada vez más rápidas que les irían robando la energía. Cuando llegaban a un pozo gravitatorio las naves tenían que reducir velocidad; pero una nube como la de Urtur tenía modos particulares de empezar ese frenado sin que la nave tuviera nada que ver con ello...

... traspasando el escudo de velocidad, mordiéndolo pedazo a pedazo en una exhibición de pirotecnia y desgaste, hasta encontrar el metal vulnerable en el espacio real, los cuasimetales de la nave, para llevarse luego las vitales superficies de las toberas, y roer el casco hasta que éste empezara a relucir...

Eso todavía no había llegado para la *Orgullo*. Los instrumentos daban saltos y se encendían cada vez que el polvo y los cascotes de mayor tamaño se encontraban con

la oleada de partículas que estaban transportando, incendiándose y separándose de nuevo para unirse al torrente continuo del sistema, emitiendo descargas que entraban en colisión con más partículas.

Eran como una fluorescencia cometaria, si es que algún ojo viviente podía seguirlas, si es que alguna nave que se moviera a tal velocidad osaba permanecer lo bastante cerca de cualquier otra nave que hiciera lo mismo que ella o tenía el tiempo suficiente como para ocuparse de algo que no fuera su propia supervivencia.

Las naves que las seguían aparecían ahora en el sistema y se encontrarían con el mensaje que dejaban ellas y los kif. Mientras tanto, Hilfy seguía transmitiendo: *Estamos aquí, los kif también, seguid avanzando, continuad en automático.* Y desplegándose a partir de su punto de entrada, tres naves kif ya hacían fuego como precaución antes de que sus enemigos pudieran organizarse. Se abrían paso a través de los despojos como un flujo irregular de telemetría que surgiera del torbellino al cual se enfrentaban, creando todavía más rastros de radiaciones duras con las sendas de sus disparos.

Su escolta no iba a detenerse. Tenía que encargarse de abrirles paso a través de cualquier cosa que pudiera entorpecerles el camino y seguir avanzando, eso era lo que habían acordado. Pero los kif tenían sus propias ideas en cuanto al significado de la palabra precaución.

Lo cual no impedía que apareciera de repente delante de ellas una nave enemiga con un rumbo contrario y chocara sin pretenderlo con la *Orgullo*. O que ahí fuera se encontraran con una de las rocas de Urtur, una que fuera demasiado grande para sus escudos.

—No recibimos telemetría de las balizas —murmuró Haral; y Pyanfar tuvo que tragar saliva para contener las náuseas que sentía en el cuello, luchando con la neblina que le entorpecía la visión. Tenía las manos insensibles. Era culpa del soporte que le ayudaba a mantener la mano derecha cerca de los controles: Pyanfar lo movió con un tirón del hombro y el soporte giró sobre sí mismo. Luego apretó la tecla de confirmación para advertir automáticamente al ordenador que estaban ciegas.

—Parece que esa mala costumbre se está extendiendo por aquí —dijo Pyanfar, apretando los dientes. Intentó recordar qué debía hacer luego, y lo siguiente era leer los avisos que el ordenador estaba programado para entregarle, los datos y los detalles que debían ser comparados con lo que habían recibido los mecanismos automáticos.

Sus enemigos podían localizarlas por pura suerte y acabar con ellas. Pero lo más probable era que una roca se encargara de esa tarea. Las primeras naves de Sikkukkut habían pasado por aquí y sólo los dioses sabían qué fue de ellas, si seguían existiendo y si habían logrado continuar hacia el punto de cita kif en Kita o Kshshti.

... un knnn las había rozado antes del salto.

¿... una alucinación?

No, dioses, era real, había sido real... un ataque cayendo sobre Punto de Encuentro desde varias direcciones, incluyendo a Urtur... los enemigos de Sikkukkut habían salido de Urtur, de Tt'a'va'o, y de los vectores de Hoas y V'n'n'u... o del espacio correspondiente a esos puntos...

En tiempo real, hacía meses de ello.

¿Obra tuya, Jik? ¿Tus malditos contactos con los tc'a? Dioses, dioses, ¿has dicho alguna vez la verdad en toda tu vida? ¿Qué has hecho?

¿Había sido Dientes-de-oro quien dirigía ese ataque a Punto de Encuentro? ¿Podía conseguir que los respiradores de metano corrieran en ayuda suya... junto con los humanos?

¿Podía alguien asegurar cómo reaccionarían los respiradores de metano una vez se pusieran en acción?

Lo que hubiera empezado entonces en Punto de Encuentro habría terminado ya, mientras que ellas existían sólo como una probabilidad en las intenciones de los dioses, un arco en el hiperespacio, una burbuja con un delgado tallo en Algún Sitio lanzándose hacia la Nada Racional siguiendo los caprichos de la velocidad, el vector y los puntitos creados por cada estrella con su masa. Mientras ellas hacían eso, las naves se habían enfrentado unas con otras, y las que podían haber estado en Urtur, quizás habían saltado hacía ya días siguiendo el tipo de arco hiperespacial que las naves de caza podían describir. Esas naves delgadas y capaces de gastar toda la energía que precisaran, las naves que podían acortar en días el tiempo que una nave de carga tardaría en hacer eso mismo...

... ése no era el caso de la *Orgullo*, claro, salvo cuando se encontraban impedidas por un puñado de cargueros a los que tenían que llevar al otro lado para darles alguna oportunidad de salir con bien allí donde iban.

... *Luna Creciente*, oh, dioses, ¿dónde?

Las boyas del sistema no les proporcionaban ningún dato. La *Industria* estaba detrás de ellas, en el retraso temporal; y la *Viento Estelar*, la *Esperanza* y la *Tejedora* cerraban la marcha, a no ser que la *Luna Creciente* hubiera logrado hacer un milagro...

Sentía un malestar en las entrañas que no guardaba ninguna relación con la incomodidad posterior al salto. Los números iban desfilando, las advertencias parpadeaban en todo el tablero, aproximándose a las coordenadas; tenían que hacerlo siguiendo el horario previsto o lo perderían todo...

—Todo listo para reducción de velocidad—dijo. Y permitió que los mecanismos automáticos se encargaran de ello, en tanto que los controles zumbaban y parpadeaban, avisando de los peligros.

... Sería sencillo dejarse ir, abandonarlo todo, dejar de esforzarse después de que

los números que ardían con un fantasmagórico resplandor verde, justo allí donde no podía llegar a ellos, se volvieran borrosos y desenfocados. En esos números residía la supervivencia. Sólo que estaba tan incómodamente apartada, todo el mundo se encontraba tan agotado; y el hogar estaba tan lejos y podía haber en él tantos desastres...

Despierta, Pyanfar Chanur, concéntrate, haz que tus deseos recobren la sensibilidad, haz que la mano se mueva, que la mente funcione...

... un camino tan largo hasta casa. Eso no es trabajo para mí. Ya estaba ahí, el polvo color oro pálido, el oro más fuerte de los campos de cereal y los rebaños ágiles que corrían y saltaban simplemente porque les gustaba correr, los cascos afilados, los cuernos aún más agudos...

Sangre, vello hani. No había uruus que pudiera clavar su cuerno en Kohan Chanur, no, aún no había nacido ese uruus, de no ser por el error de la joven Hilfy, esa jovencita de grandes ojos que se había encontrado de repente justo delante de uno que debería haber ido por el otro lado.

«Estoy bien», dijo Kohan. Y se fue dejando caer al suelo hasta quedar sentado, apretándose las costillas con la mano y con la nariz totalmente pálida. «Estoy bien, no pasa nada'».

Mientras tanto, Hilfy no se movía, paralizada por el honor. Sólo entonces comprendió lo que había ocurrido, cuando todas las demás habían llegado al punto máximo de su terror junto con na Kohan, y se habían movido ya; pero Kohan estaba más cerca, se dio cuenta del peligro que corría la joven Hilfy, y chocó contra el uruus como si fuera un proyectil. Ahora el animal yacía muerto, toda su velocidad y su belleza inmóviles en el polvo. Kohan estaba ahí, sentado, con la sangre fluyéndole por entre los dedos y en el rostro una expresión dolorida que no era por él, sino tan sólo por lo que podía haber ocurrido. Y las demás, apenadas, irritadas con ellas mismas, viendo lo que se había visto obligado a hacer. Un cazador tan hábil en tal situación, y ninguna de ellas había estado en el lugar adecuado para ayudar cuando el error de una jovencita casi había acabado con ella y con su señor. Hilfy, luego lo supieron, se había quedado inmóvil pensando que lo había matado, que había matado a su padre, al señor por quien habría sido capaz de morir, el ser que más quería en toda su joven y protegida vida. Jamás había sufrido ni una sola cicatriz. Nunca.

Hasta que hubo una pelea en los muelles de Punto de Encuentro, hasta que los kif le pusieron las manos encima, hasta que fue prisionera suya durante un tiempo demasiado largo...

Kohan no reconocería a su hija.

Ha crecido, hermano. Ya no es una niña. Tu bonita Hilfy ya escaparía a tu comprensión; tú estás atado al mundo y ella es una navegante del espacio que tiene

*las costumbres del espacio, al igual que Haral, Tirun o yo.*

*No quiero tu mundo.*

*La he destrozado por él, la he sacado de ahí, la he cambiado de una forma que yo no habría deseado, hermano; pero no podía convertirla en una prisionera; no podía retenerla, no deseaba ni intentarlo.*

*Lo odio. Siempre lo odié. No los campos, no la sensación del sol. Es el confinamiento. Un mundo. Un lugar. Un horizonte demasiado pequeño.*

*Mentes demasiado pequeñas para entenderme.*

*Prefiero ir a cualquier otro sitio antes que a casa. Moriría por cualquier otra cosa antes que por esas viejas gordas y esos machos de cabeza hueca que aman sus cuatro paredes, su riqueza y sus privilegios, y que nunca sabrán lo que hay ahí fuera...*

*Khym lo sabe. Puede que tú estés a un paso de saberlo. Pero vuelvo por ellos. Hilfy y yo. Dioses, tanta sangre vertida en tu nombre. O congelada en el espacio. O convertida en partículas, tan pequeñas que es imposible encontrarlas. No sabes cuántas formas de morir hay aquí fuera.*

*No quiero volver ahí. No quiero ver la expresión de tu rostro.*

*Pero, por todos los dioses, no te abandonaré ante Ehrran y sus carroñeras.*

*¿... No vamos a salir de aquí? ¿Ha ido mal algo? ¿Hay alguna luz roja encendida? Dioses, ¿dejas de pensar cuando lo pierdes todo y la nave no sale nunca al otro lado, o sencillamente sigues y sigues...?*

... fuera otra vez, de nuevo en el espacio real, con la velocidad ya reducida y los números de la telemetría desfilando en una agonía mecánica, luces rojas parpadeando...

—Lo tengo, lo tengo —murmuró para ahorrarse el esfuerzo a Haral. No eran luces de avería: ahí fuera había gas con la suficiente concentración como para prenderse y hacer que sus escudos se iluminaran. La curva del escudo estaba subiendo, fluctuaba a medida que barrían el gas y llegaban a un punto ya limpio, donde al escudo le era posible recobrar un poco de fuerza. Ahora la escolta kif se encontraba lejos. En automático, confiando sólo en los números y sin tomar el control directo, les era posible alcanzar una especie de tranquilidad. Las luces de advertencia parpadeaban, recordándoles todas las leyes y los senderos de entrada a los cuales ignoraban. Haral lanzó un juramento y las desactivó mientras estaban cruzando Urtur para librarse del continuo zumbido.

Pyanfar buscó a tientas los paquetes de concentrado, abrió uno de un mordisco y lo bebió... y Tully, Tully estaba solo en la cubierta inferior, sus pobres dientes siempre tenían problemas con esos paquetes y no había nadie para ayudarlo, estaba solo debido a los remilgos de esas malditas Tauran...

... detrás de ella, Skkukuk estaría ocupándose de su propia comida. El estómago

se le rebeló ante la sola idea. Pero su voz de kif sonaba periódicamente, dándole alguna información a Hilfy y Fiar en comunicaciones, traduciendo lo que decían las naves kif que iban por delante, a mucha distancia.

Transmisiones kif por todas partes; la *Chakkuf*, la *Nekkekt* y la *Sukk* estaban haciendo su trabajo, eran la punta de una lanza que debía introducirse bien hondo en Urtur antes de que se detuviera, cambiara de dirección y acumulara la velocidad suficiente para saltar fuera de este infierno. Eso era lo peor de todo, esa detención a velocidad casi nula que debían hacer para preparar el siguiente salto, o de lo contrario se deslizarían por el hiperespacio alejándose de su blanco y dependerían de la estrella más próxima para salir. Perderían tiempo en el espacio real, lo perderían todo si se equivocaban en los cálculos...

Esas naves de caza eran conscientes del horario y podían conseguir hacerlo en ese tiempo, cubriendo tal distancia gracias pura y simplemente a su energía, para llegar al nuevo punto de cita, estuviera donde estuviera. Eso decían, al menos. Había sido idea suya. Una piloto de nave mercante se habría reído y no les habría creído, y Pyanfar sintió una oleada de frío que le ascendía por la espalda al pensar en naves que podían hacer eso, naves como las de los knnn. Algo tan alejado de su capacidad actual como lo estaba la *Orgullo* de una nave que sólo se moviera dentro del sistema.

Pyanfar no albergaba la menor duda. Estaba claro que los kif no les habían enseñado todo lo que poseían.

Y, dioses, ella habría dado cualquier cosa por ver una respuesta a sus disparos, por encontrarse con Akkhtimakt en el sistema de Urtur, resistiéndose. No estaba ahí. Eso quería decir que se hallaba en algún otro sitio, el que fuera. El terror volvió a invadirla, algo ya habitual que la consumía por dentro.

—Chur —le oyó decir a Hilfy—. Es hora de que despiertes. Chur...

Con insistencia. Pyanfar conectó ese canal.

—Chur, maldita sea, responde, vamos a frenar dentro de poco.

Ninguna respuesta.

—Geran —dijo secamente Pyanfar—. Nos encontramos en situación estable: que cubran tu puesto y tú ve ahí abajo.

El chasquido de un cinturón al soltarse. Pyanfar no se dio la vuelta para mirar. No intentó hablar con Khym: no dudaba de que se encontrara bien, y Tully también lo estaría. No eran distintos del resto de tripulantes, probablemente habían informado ya por los monitores de comunicación, al igual que informarían las Tauran, desde los camarotes comunes de la tripulación. Estaban haciendo frenéticos preparativos para el cambio de velocidad mientras tenían una pequeña pausa en inercia para que se recargaran los sistemas generadores. El silencio de Chur se debía a la máquina, se trataba de eso. Era lo que debía ocurrir, lo previsto. Eso era todo, nada más.

—No hay ni una maldita esperanza de que Akkhtimakt se encuentre aquí —le

murmuró a Haral.

—¿Acaso habíamos contado con ello alguna vez? Por todos los dioses, espero que esas primeras naves de Sikkukkut le dieran lo suyo. Tenemos emisiones de la estación, nada de las balizas, no hay comunicación de naves. No hay tc'a, por los dioses, los mineros tc'a no prestan atención a los asuntos kif. Tampoco dicen nada. Algo grande ha pasado por aquí igual que un trueno. Algo que les ha molestado.

—Y un knnn aparece en Punto de Encuentro. Quiero salir de aquí. Quiero salir de aquí y pronto. —Pyanfar tomó otro sorbo del concentrado y escuchó nuevamente por el canal que comunicaba con la habitación de Chur. El sonido de la puerta al abrirse. La voz de Geran, pronunciando desesperadamente el nombre de Chur. Barrió con la vista las pantallas de observación. Todas las naves que venían detrás de ellas habían reducido velocidad—. Estamos todos. ¿Qué tal va, Haral?

—Aguantando. —La voz sonaba tan ronca como la suya.

Y entonces:

—*Chur está recobrando el conocimiento* —dijo Geran por el comunicador—. *Informad a la capitana.*

—Ya lo he oído —dijo Pyanfar, apretando la tecla de conexión—. ¿Cómo está?

—*Débil* —fue la respuesta, y no era la que habría deseado oír, no con todo lo que las esperaba.

Si Geran era capaz de admitir eso, entonces las cosas debían estar bastante mal ahí abajo.

Pyanfar tomó otro sorbo, dejando que el líquido cayera en la boca, haciendo un esfuerzo para tragarlo pese al desagradable sabor. Conectó el canal de comunicaciones para toda la nave.

—Nos encontramos en situación estable. El curso es bueno, estamos por encima de la sopa de gas y polvo. Si los dos kif han saltado para reunirse nuevamente con Sikkukkut, ya les habrá dado la bienvenida... —Cortó la conexión—. Dioses —le dijo a Haral—. Dioses, ésa es mi esperanza, al menos. Por todos los infiernos mahen, ¿dónde se ha metido nuestra tripulación de refresco? Llámalas. —Oleadas de cansancio y debilidad le recorrían el cuerpo. A sus músculos no les quedaba ya fuerza. Y todavía tendrían que correr antes de llegar al punto en el cual podrían girar. La *Orgullo* pediría una confirmación; pero si no recibía orden de abortar esa maniobra, tendría que hacer la última reducción de velocidad por sus propios medios, orientarse de nuevo, encontrar su propia estrella de referencia y salir hacia Kura. Tendría que hacerlo si todas las demás naves se encontraban igualmente muertas o incapacitadas. Tendrían que llevar sus registros y todo lo que tuvieran al espacio hani, frenar en Anuurn y esperar a que las abordaran... y rogar a los dioses para que fueran hani quienes lo hicieran. La probabilidad de que los mecanismos automáticos consiguieran hacer todo eso sin cometer errores era de un cincuenta por ciento; pero



ése era su tercer mecanismo de apoyo, algo que resultaba mucho más seguro que los músculos de seres vivos débiles a causa del salto, y resultaba superior al fruto de sus cansados cerebros. Haral se había encargado de todos esos cálculos, incluso había llegado a preparar un rumbo de emergencia hacia Kshshti vía Maing Tol; y también uno para Tt'a'va'o, había elaborado todo ello mientras Pyanfar se encontraba ocupada con los kif. Comprobaciones meticulosas, un esfuerzo para el cerebro, y luego salir corriendo a toda velocidad y, por los dioses, con precisión. Y Haral, como el resto de su tripulación, igual que Geran, ahí abajo, intentando mantener con vida a su hermana, había rebasado con mucho sus límites físicos de tolerancia.

—Tully se dirige hacia aquí —dijo Hilfy. Las comunicaciones internas no eran el puesto más adecuado para ella; pero Pyanfar habría apostado con bastante seguridad a que Sifney no habría sido capaz de entenderse con Tully en caso necesario—. *Na Khym* está bien y se dirige hacia la cubierta superior. La tripulación de Tauran viene de camino.

—Alabados sean los dioses —murmuró Pyanfar. Las cosas empezaban a resolverse. Si pudiera aguantar el tiempo necesario, eso era lo único en que pensaba...— Skkukuk.

—Hakt'.

—Quedas libre de turno. —*No, dioses, no, no puedo mandarle al ascensor ahora que las Tauran subían. Podrían dispararle*—. Apenas las tripulantes de Tauran hayan llegado al puente, puedes ir a tu camarote. Te veré en Kura.

—Kkkkt. Sí, hakt'. —Agotado, como las demás—. Hakt', aquí no hay ninguna resistencia adecuada. La *Chakkuf* ha advertido de ello a todas las subordinadas. Akkhtimakt se ha ido a otro sitio. Las dos naves de avanzadilla habrán continuado su rumbo. Intenté informarme acerca de sus cursos. Nuestra escolta no sabe nada al respecto.

—Gracias —le dijo Pyanfar. Con voz calmada. No había otro curso posible aparte del que estaban siguiendo. Como información, resultaba puramente académica. Eso era todo.

Y mientras, todos los acuerdos por los cuales se mantenía unido el Pacto se habían estremecido, rompiéndose en pedazos.

—Por otro lado, hay una posibilidad de que las dos naves hayan dado la vuelta rumbo a Kita —añadió Skkukuk—. Akkhtimakt, su nombre sea cubierto de ignominia, puede trazar un círculo y dirigirse hacia Akkht. Si se hiciera con Akkht sería nuevamente formidable. El mundo natal no podría oponerle resistencia si no estuviera enterado de los severos desafíos a los cuales se enfrenta.

—¿Y no ir a Kura? ¿Dejar libre el camino para que Akkhtimakt vaya a Kura?

—Somos esa contingencia, *mekt-hakt'*. Cierto, el *hakkikt* ha enviado un mensaje a Akkht. Pero no sabemos si el rumbo de esas naves indica que ya no forman parte de

nuestra misión.

—O, por supuesto, si nuestra escolta tiene sus propias órdenes al margen de las nuestras.

—Seguramente. ¿Debería haberlo mencionado? La *mekt-hakt'* no es ninguna estúpida.

Un sabor de bilis en la boca. El corazón le latía trabajosamente, perdiendo el compás como algo moribundo al borde de sus fuerzas. La luz que la puerta del ascensor emitió al abrirse se reflejó en el monitor de su derecha. Apareció un grupo de siluetas, sombras en la tenue iluminación del pasillo. *Las Tauran, gracias sean dadas a los dioses. ¿Y en qué infierno mahen se ha metido Tully?* No se encontraba en las condiciones mentales adecuadas para resolver problemas, y era consciente de ello. *Por todos los dioses, Tauran, venid aquí de una vez, no puedo encargarme de nada, no estoy segura ni de si podré cruzar el puente manteniéndome en pie.* Le dolía nuevamente el pecho, un dolor persistente que no se iba. Violó su propia regla y accionó la energía de su asiento mientras el puesto se encontraba en operaciones. Pero las Tauran ya estaban aquí. Sirany con todo el resto de su tripulación y —un leve sobresalto—, Tully estaba con ellas. Tully había venido en un ascensor lleno de hani desconocidas y había salido de él sin que ocurriera nada, intacto, un buen punto a favor de los nervios y la decencia de esas tripulantes.

Se desabrochó el cinturón y buscó a tientas el brazo del asiento. Así de mal se encontraba, cierto. Logró ponerse en pie mientras Tully iba hacia la cocina a trabajar, y Sirany Tauran, junto con sus tripulantes, se dirigía al puente para el cambio de turno.

—No hay dificultades —dijo Pyanfar, aunque los monitores de comunicación habían permanecido abiertos para seguir las operaciones—. Nuestra escolta nos ha precedido disparando durante toda la operación, no tenemos nada de la estación de Urtur, ningún kif en el interior del sistema. Falta una hora para llegar a nuestra última reducción de velocidad y al viraje. Seguimos sin Tahar y Vrossaru. No lograron saltar.

—Comprendido —dijo Sirany—. Desde que saltamos he ido siguiendo los datos del comunicador. Knnn. Knnn, por todos los dioses...

—Knnn y algún otro tipo de problemas en Punto de Encuentro. No sé si eso son buenas noticias para Tahar o los kif, y no sé si son malas. Por los dioses, espero que pertenezca al grupo de Dientes-de-oro, pero no emitían ninguna identificación. —Skkukuk se desabrochó el cinturón y Pyanfar le miró de soslayo durante un segundo.

—Kkkt —murmuró Skkukuk, logrando incorporarse sin demasiados problemas aunque algo vacilante—. *Hakt'*. —El saludo iba dirigido a una sola de las dos capitanas; hizo una reverencia, se dio la vuelta y salió del puente rumbo a la cubierta inferior. Mientras, las tripulantes de Tauran se iban haciendo cargo de la situación y

de los problemas, instruidas por las tripulantes de Chanur, que agotaban con ello sus últimas reservas de energía.

Pyanfar irguió los hombros y miró a Sirany.

—Tienes una tripulación realmente buena —le dijo, refiriéndose a Sif y Fiar.

—Cierto —dijo Sirany, y el gesto de sus orejas indicaba que aquellas palabras la habían complacido enormemente. Y añadió algo más que Pyanfar no supo cómo interpretar—. Nos encargarnos de la nave. Vete.

Bien, al fin había llegado el momento de no interponerse y permitir que otra capitana la relevara ante los tableros de la *Orgullo*, que tuviera a su disposición todos los códigos secretos, incluyendo el registro principal y los archivos privados. Códigos de fuego, códigos de datos... la nave entera.

—Todo despejado —le dijo a Sirany, se dio la vuelta y le hizo una seña a Haral, quien abandonó sus tableros como si dejara a un amante, paseando la mirada por encima de ellos. Puso la mano sobre el hombro de Haral y la hizo dirigirse por el pasillo rumbo a la cocina, deteniéndose un segundo para recoger a Hilfy y a Fiar, cuyo turno terminaba junto con el de Chanur; pero Sif Tauran se quedó un poco más para inclinarse sobre el respaldo del asiento que ahora ocupaba Sirany, mirando los tableros principales e informándole en voz baja de la situación.

Mis compatriotas. Las que quizá sean mis enemigas, las que la necesidad me ha impuesto como aliadas. Mi tripulación de machos, alienígenas y hani desconfiadas y ambiguas. En los viejos tiempos los clanes eran más estrictos, la lengua hani no contaba con ningún término para expresar las lealtades a medias. Una hani tenía que llegar a lo más hondo del negro abismo para encontrarlas entre los kif y los mahendo'sat. Y los humanos.

—Tirun —dijo en voz alta, y agitó irritadamente el mentón hacia ella al ver que se retrasaba con el relevo, que estaba ya en pie pero todavía agarrándose al respaldo del asiento—. Venga, prima, por todos los dioses, el tiempo corre.

Tirun acabó por fin. Geran llegaba desde el corredor, los ojos preocupados y el paso vacilante.

—Nos han relevado —dijo Pyanfar—. Ven con nosotras. ¿Cómo está Chur?

—Viva —dijo Geran, y apretó fuertemente los labios, como si ésa fuera la única palabra que estuviera dispuesta a dejar escapar. Pero luego dijo—: Voy a bajarle alguna cosa. —Y, al pasar junto a ellas, en un murmullo, añadió—: Durante este viaje dormiré ahí.

—Bien —dijo Pyanfar. No osaba correr el riesgo de añadir nada más. Las dos metidas en el mismo lecho, casi sin espacio, eso era lo que pretendía decir Geran: no había ningún otro lugar en aquel camarote atestado por el equipo para mantener a Chur con vida. Pyanfar no dijo nada e intentó no pensar en ello, pero de repente el puente y el pasillo que llevaba a la cocina adquirieron un aspecto muy extraño ante

sus ojos, como si estuvieran muy lejos y muy cerca al mismo tiempo.

La oscuridad y las estrellas y la forma monstruosa de una nave knnn que se lanzaba sobre ellas como si fueran un pececillo perdido en los abismos.

Naves kif emitiendo una sólida barrera de fuego hacia la nada, porque quizás hubiera algo ahí fuera. (Pero también podía haber ahí espectadores inocentes. Mahendo'sat. Hani. Tc'a).

Extrañas al frente de los controles de la *Orgullo*, husmeando en los archivos de Chanur...

Los muelles de Kefk, iluminados por las llamas.

Trescientos mil stsho muriendo al hacerse de repente el vacío. Delicados cuerpos envueltos en telas que parecían de gasa, congelándose, yendo a la deriva con el horror en sus rostros.

Siluetas de humanos, altas y semejantes a los mahen, apareciendo a miles en una estancia, Tully multiplicado una infinidad de veces, armadas y hostiles...

—Capitana... —Tirun le había cogido del brazo. Se agarró a ella mientras el pasillo se oscurecía ante sus ojos. Repentinamente, su hombro chocó con el muro.

—Estoy bien —gruñó, y evitó el contacto con un empujón.

—Bien —dijo Tirun, con el tono que merecía su gesto.

Logró llegar hasta la cocina y se dejó caer en un asiento justo cuando la visión se le oscurecía de nuevo. Alguien le metió una taza de gfé en las manos y su vista se despejó, permitiéndole distinguirla; se la llevó a la boca y se obligó a tragar un sorbo que le hizo sentir náuseas. Torció el gesto y estuvo a punto de vomitar. Un bocadillo apareció ante ella, sostenido por una mano humana sin vello. Tully y Khym estaban en mejor forma que cualquiera de ellas, en pie y trabajando desde Kefk. Pero sus olores mezclados bastarían para trastornar el estómago de un kif. Era más que suficiente para una hani, y todavía había que añadir el espantoso olor del gfé y la comida, y la pestilencia del amoníaco que, no sabía cómo, les impregnaba a todos... Siempre había gobernado una nave limpia, una nave inmaculada. No esto.

Y mientras, el Pacto se estaba desintegrando y, dioses...

—Me preocupan los kif que se han marchado —dijo—. Los de Sikkukkut, no sólo el grupo de Akkhtimakt. Las dos naves de Sikkukkut que partieron en esta dirección antes de que él llegara a la estación...

Recuerda. Recuérдалo. La mente seguía cursos extraños cuando el salto la trastornaba y también luego, cuando volvía a tranquilizarse. Sí, esas naves kif existían. Ella y Skkukuk habían discutido al respecto. Y también recordaba a los respiradores de metano. Y Jik había estado en su puente, soltando ante ella toda una increíble secuencia de pruebas introducidas en el ordenador. Se obligó a tomar otro sorbo y a tragarlo.

—Debo decirte algo, *ker* Fiar, y puedes decírselo a tus primas: tenemos un

pequeño problema a bordo y es que no siempre podemos hablar como nos gustaría. Skkukuk es bastante estable, de veras, pero no se nos ha ocurrido contarle que no somos las leales amigas del *hakkikt*. En cierta forma, eso no le molestaría. Pero nos creería locas. Si un kif cree que estás loca, no te obedecerá. Por eso no le informamos de todo lo que ocurre. Hace falta comprenderle...

—Bien —murmuró Fiar con cierta cautela porque, quizá, le había parecido necesario responder con algo a esa locura, rodeada como estaba por hani de Chanur y aquella extraña tripulación. Khym atraía su atención casi tanto como Tully. Realizaba pequeños movimientos nerviosos de sus orejas, siguiendo los ruidos. Ahora se habían lanzado desesperadamente hacia adelante—. ¿Piensas que una de esas naves de avanzada partió hacia Anuurn, capitana?

—Cabe dentro de lo posible —respondió. Y Haral dijo:

—Nuestra escolta se halla dispuesta de tal modo que puede cubrir cualquier vector que le plazca, todas las emisiones de este condenado sistema. Es imposible decir qué hay dentro de él. Pero ellos saben lo que encontraron antes de removerlo todo con sus disparos. Eso es algo seguro, a pesar de lo que hayan cortado de las emisiones que nos mandaron.

—No estáis trabajando para ellos.

—Dioses, no —dijo Pyanfar. Quizás el clan de Tauran había creído en sus palabras tranquilizadoras desde el principio pero Fiar ahora deseaba que la tranquilizaran con palabras que pudiera oír—. Skkukuk fue un regalo, un regalo que yo no escogí. Pero tengo la sensación de que cualquier otra alternativa hubiera sido peor para él. Los kif sirven a la nave en la cual se hallan y ahora él está en esta nave. Lucharía por nosotras igual que un loco. Y lo ha hecho.

—¿Representa algún problema?

Una hani joven y de aspecto preocupado a punto de bajar a la cubierta inferior para dormir, con un kif en el pasillo. Fiar parecía más dispuesta a aceptar a los humanos, incluso a uno que manejara su comida. Pero tenía el vello de los hombros erizado.

—Si te da algún problema dile que le arrancaremos la piel. Con un kif eso tiene un significado literal. —Dioses, ¿cuándo se había vuelto tan brutal? Otro bocado para un estómago que ahora parecía aceptarlo todo un poco mejor. Conversaciones sin importancia, pequeños problemas. ¿Qué pasa con el kif, capitana, va a volverse loco y nos cortará el cuello? ¿Qué hay del humano, capitana? ¿Qué ocurre aquí, con tu esposo y este alienígena, que se rozan a cada segundo sin que parezca importarles, y con este humano manejando lo que debemos comer?—. Vamos a *casa*, Fiar Aurhen. A casa y sólo los dioses saben qué más nos aguarda ahí. En esta nave no hay pasajeras.

—Oí decir... —le replicó Fiar y, cualquier cosa que quisiera decir tuvo que

esperar porque entonces apareció Sif Tauran, con cierto retraso, pasando dificultosamente junto a Khym en el angosto espacio de la cocina. No sin mirarle de soslayo.

—¿Qué oíste decir? —le preguntó Pyanfar.

Fiar engulló un bocado tan grande que a punto estuvo de atragantarse. Echó las orejas hacia atrás, empezó a parpadear rápidamente y los ojos se le humedecieron. La miró fijamente con los ojos muy cubiertos.

—Comentarios sobre... sobre lo que pasó en Punto de Encuentro el año pasado, cómo entraste en la estación y casi la hiciste pedazos cuando ellos se pusieron... difíciles. Capitana... Lo que ocurrió con la *Inmune*. El viaje que hiciste con los kif y esa nave de caza mahen. Todo el Pacto ha oído los rumores de que están llegando los humanos y de que tú estás metida en el asunto. —Su voz apenas era audible—. Para obtener comercio, quizá. Quizá para algo distinto.

—¿Quién ha dicho eso?

—No sé quién lo ha dicho. Se repite por todas partes. Y el tratado y el *han*... ¿Qué haremos cuando llegemos a casa, *ker* Pyanfar?

En su voz había un atisbo de pánico. Miedo, puro y simple.

*No te culpo, niña. En absoluto.*

—Los mahendo'sat se han puesto en acción para acabar con todo esto —murmuró Pyanfar—. Lo sabemos. Es un maldito y condenado lío. Pero tenemos esa esperanza. Lo cierto es que los kif que atacaron Punto de Encuentro están tan preocupados como nosotros... con eso es con lo que estamos trabajando. Eso es todo lo que nos permitió salir de ese puerto.

—¿Sabe esto nuestra capitana? —preguntó Fiar.

—¿Lo de los mahendo'sat? Lo ignoro.

—No —dijo Haral—. Le hablé a *ker* Sirany de las operaciones, del rumbo y de que los kif no se encuentran muy a gusto con la situación. No le dije nada sobre el asunto mahen.

Eso era cierto. Estaba en el informe. Al otro lado del salto. Estaba empezando a perder el control, a olvidarse de las cosas. Se metió un poco más de comida en la boca. Agitó una mano hacia Haral, que interpretó su seña y empezó a contar cuanto sabía; las orejas de Tauran se derrumbaron, subieron y volvieron a caer. Y, después:

—Habla con tu capitana —dijo Pyanfar, dirigiéndose a Fiar y también a Sif Tauran—. Hazlo antes de bajar. Hay algo más que debo contaros. Estáis en turno de trabajo con mi tripulación. Tully, aquí presente, forma parte de ella. En este turno compartirá los camarotes con vosotras. Son órdenes mías.

—Trabajar —protestó Tully—. Yo despertar, trabajo.

—Cállate. Estás en mi turno y así seguirán las cosas. Si me causas algún problema te acostaré con Skkukuk. —Tragó otro sorbo de *gfé* y se estremeció—. No

tengo tiempo, no tenemos tiempo... —Mientras, Geran salía tambaleándose de la cocina con dos tazas que le había dado Khym, para ella y para Chur—. Tenemos que alcanzar nuestra meta, eso es todo. Puede que nuestros cañones sean cuanto le quede al planeta, ¿me habéis entendido?

Las orejas de las Tauran se irguieron y luego volvieron a caer un poco en un gesto de preocupación. Y tal vez, sólo tal vez, con algo más de confianza en cuanto les había dicho.

Una de sus naves ya se había perdido. La *Luna Creciente* llegando tarde, fuera cual fuera su estado, era un espectáculo por el cual habría pagado mucho. Y cada vez había menos esperanzas de ello.

Se apartó de la mesa con un esfuerzo, metió el envoltorio del bocadillo y la taza vacía en el conducto de eliminación. Estaba trabajando con el piloto automático, como la *Orgullo*. Todo estaba programado. Las funciones más bajas de su cerebro, eso era.

Se dio la vuelta de forma automática y fue hacia el puente, donde estaban sentadas tripulantes desconocidas, una visión tan extraña como si los ocupantes de esos puestos fueran mahen. O humanos. Sirany Tauran la saludó con un gesto y Pyanfar, echando las orejas hacia atrás, se lo devolvió con una inclinación de cabeza antes de salir al pasillo.

No se había presentado ningún problema nuevo. En caso contrario Sirany se lo habría dicho. La tripulación de Tauran haría algo sobre las comunicaciones entre naves, intentarían mandar un aviso de vigilancia en código para que todas se mantuvieran alerta ante la posible presencia de naves mahen, o con lo que pudieran explicar de su situación actual. Con la *Aja Jin* yendo a su lado.

Se detuvo ante el camarote de Chur, que tenía la puerta abierta. Geran estaba allí, en la cabecera del lecho.

—Hola —dijo, y no estuvo muy segura de si Chur le había respondido; otra vez veía borroso—. Eh, prima, ya casi hemos pasado la parte difícil, lo único que debes hacer es aguantar un poco, ¿eh? Estamos bien. Lo conseguiremos.

Entró en su camarote, fue directamente a la cama, derrumbándose de bruces en ella y logrando coordinar los movimientos lo suficiente para dar un manotazo a la consola y activar la red de seguridad, nunca te olvides de eso, dioses, nunca te olvides, una vieja navegante espacial jamás pierde ese reflejo, sé rápida siempre cuando vayas por los pasillos, mantente alejada de las zonas abiertas y despejadas, dirígete siempre a un sitio pequeño y seguro por si la nave tiene que moverse. De lo contrario, huesos rotos y cráneos fracturados. Así morían las navegantes espaciales, por mala suerte. Una nave se movía para salvar su piel de acero y una pobre bastarda acababa convertida en pulpa contra la superficie de un pasillo tras haber caído desde lo alto de tres niveles... el epitafio para muchas de sus conocidas: *Se le acabó la*

suerte. Algo que podía ocurrirle incluso a una navegante con diez anillos en la oreja...

Se le acabó la suerte a Tahar y a Vrossaru. Que los dioses las ayuden.

Tras un espacio lleno de oscuridad, la red emitió un zumbido y un peso grande y cálido se instaló sobre el mismo colchón que ella, rodeándola con su calor.

—Vamos a frenar —dijo Khym; despertándola justo lo suficiente para que Pyanfar sintiera una especie de ebriedad mezclada con pánico.

—La red de... —dijo ella.

—Está puesta —dijo él, y Pyanfar abrió los ojos, aturdida, para ver a la tenue luz del camarote la curva de la red sobre ellos y un rostro familiar, un gran brazo que se curvaba sobre ella como la silueta de la red, un cuerpo enorme que se amoldaba a la forma del suyo, y los dos estaban espantosamente sucios y olían mal, recién salidos de un salto y dirigiéndose nuevamente hacia otro, sin un respiro. Pyanfar le abrazó con fuerza.

Las toberas entraron nuevamente en acción, emitiendo un impulso de velocidad increíble, una mareante pulsación de no estar ni ahí ni aquí, aunque se trataba de la fracción más pequeña de energía que les resultaba posible lograr. Era una maniobra para naves de caza. Ninguna comerciante honesta tuvo jamás motivo para hacer algo semejante.

El polvo de Urtur chilló sobre el casco y en los escudos que habían bajado durante la etapa de poca velocidad en la cual dieron la vuelta, para acelerar después. El polvo erosionaba las toberas. Toda la nave gimió y gritó con un sonido que le hizo sentir dolor en los oídos.

*Dioses, dejad que Tahar lo consiga al final, dioses, salvad a las demás, ¿dónde están los kif?*

—Unnnnh. —Khym cerró su puño sobre la melena de Pyanfar—. Como unas garras, Py, dioses...

Entonces empezó la aceleración en el espacio real, la inquietante variación gravitatoria del cambio de curso.

—Estamos bien —dijo ella—, todo va bien. —Lo cual podía ser cierto o podía no serlo. Quizás hubiera enemigos después de todo. O una gran roca que los escudos no podrían rechazar. Ahora todo era problema de las Tauran. No era el suyo. No era el suyo.

El polvo gimió a lo lejos, cambiando de tono.

—Py...

Se apretó todavía más contra ella, con el brazo por encima de su cuerpo.

—Yo te sostendré —dijo, y así lo hizo: su peso la mantuvo sujeta, cómodamente, de forma que el sujetarse con los dedos al riel de la cama se convirtió en un esfuerzo excesivo. Y Khym siguió durante lo que parecía una eternidad sin moverse, en una



postura que no podía resultarle cómoda. Pyanfar intentó cambiar de posición una vez más y apoyarse con un pie en el final de la red—. Estoy bien cogido —dijo él—, todo va bien, Py.

—Te harás daño en el maldito hombro —murmuró ella.

Sintió su aliento en el interior de la oreja y luego su lengua, como en la oscuridad, cuando no tenían turno ninguno de los dos, como si tuvieran una vez más veinte años y sus cuerpos fueran nuevos.

—Bondad divina... —Contuvo el aliento y acabó por soltarlo—. Ahora no, Khym.

—¿Se te ocurre algún momento mejor?

No podía hacerlo, no con la tensión que soportaban ahora sus cuerpos. Pero se estaba divirtiendo. Mientras iban lanzados hacia la nada y pese a que su postura le resultaba claramente dolorosa.

—Condenado estúpido —dijo ella—. Te amo como si fueras mi hermana. —Sonaba muy tonto. Era el único modo que conocía para decírselo en hani, para que supiera lo que ella pretendía con esas palabras—. Siempre te he amado.

—Nosotros no tenemos hermanos —dijo él. Le costaba respirar. Había una gran tensión en su voz, en tanto que el aullido de la nave seguía y seguía, sin que Khym dejara de hacerle objeto, medio en broma, medio en serio, de sus atenciones—. Estamos solos. Ni tan siquiera imaginan que existe lo que yo tengo. Ahora no estoy solo. Ya nunca más estaré solo. Tenías razón. Siempre tuviste razón.

—Dioses, ojalá fuera cierto. —*Ojalá tuviera razón en cuanto a lo que estoy haciendo y lo que hice. Vamos a saltar y no han conectado ese maldito comunicador, han cortado la condenada conexión, no sabemos cuando...*

Perdió la conciencia. Cuando volvió a recobrarla se dio cuenta de que la gravedad había cambiado y Khym se había derrumbado sobre ella como un peso muerto, jadeando. No importaba. Su cuerpo estaba cálido y Pyanfar supo que sin él se echaría a temblar.

—*Coordenadas* —dijo de repente una voz por el comunicador, no la voz de Haral, la de una desconocida—. *Vamos hacia el exterior.*

... en el salto.

... cayendo.

—*Hola* —dijo el joven. *Estaba sentado sobre la roca, bajo el cielo azul que dominaba un valle dorado. Ella le tomó por un Vagabundo, alguien que no debía estar en tierras de Chanur. Tensó la mandíbula, tragó aire y se irguió cuanto pudo.*

*Nada de tonterías, eh, mira mis anillos de navegante y te darás cuenta de que no tratas con ninguna jovencita estúpida; puedo arrancarte las orejas.*

—*Hola* —dijo ella, *subiendo de las tierras de Chanur en dirección hacia el camino. Había preferido caminar cuando podría haber aterrizado ahí creando toda*

*una pequeña sensación con su llegada. Pero en su juventud era una romántica.*

*Tengo ahí a un joven bandido, eso es lo que tengo. Un auténtico problema. Además estaba loco. Y el problema sería peor si llevaba un cuchillo. Algunos lo llevaban.*

*—Estás en tierra de Chanur —advirtió—. Harías bien en seguir tu camino.*

*—Eres Pyanfar —dijo él. Y, dioses, era hermoso, tenía los ojos grandes de color entre oro y ámbar, la melena espesa y larga. Bajó de la roca y puso los pies en el sendero—. ¿Eres Pyanfar?*

*—La última vez que lo comprobé, sí. ¿Y quién eres tú, por todos los infiernos mahen?*

*—Soy Khym Mahn —respondió—. Tu esposo.*

*... abajo.*

*... viva. Por los dioses, viva.*

*¿... y dónde? Dioses, ¿dónde? Kura. Kura. Tengo que levantarme, tengo que ir al puente.*

*No. Primera reducción. Tengo que... recordar el intervalo.*

*—¿Estamos bien? —murmuró Khym. Le hacía daño con su peso, un dolor que le llegaba hasta lo más hondo de los huesos. Se estaba ahogando—. ¿Estamos en Kura?*

*—Muévete —le dijo, jadeando. Y cuando él intentó moverse Pyanfar jadeó de nuevo y luchó entre gemidos para llegar hasta el borde de la cama, buscando a tientas la consola, enredándose con las correas de la red de seguridad—. Aquí Pyanfar. ¿Todas bien? ¿Dónde está ese maldito canal de comunicación? Conéctanos, ¿me has oído?*

*Hubo una pausa.*

*—Bien, capitana —dijo una voz desconocida. Y Pyanfar esperó, por todos los dioses, esperó mientras algo sucedía en el puente, mientras la bastarda Tauran de orejas roídas que ocupaba el puesto de oficial de comunicaciones le preguntaba a su capitana si podía conectar el canal de comunicación, sí, eso era lo que estaba pasando.*

*—Maldita sea...*

*Khym gimió como acostumbraba a hacerlo cuando estaba a punto de vomitar. Y rodó hacia el otro lado de la cama.*

*El canal se activó con un chisporroteo de voces que parecían muy ocupadas.*

*Khym no vomitaba. Pero Pyanfar prefirió no molestarle. Se quedó tendida, escuchando el parloteo, los datos y los sonidos que emitía la maquinaria de la nave, roncós y lentos.*

*—No recibimos señal de baliza desde Kura —dijo alguien. Y eso hizo que las entrañas se le helaran, como si un torrente de agua fría las hubiera inundado.*

*Alguien blasfemó por el comunicador.*

—Preparadas para segunda reducción de velocidad —dijo entonces una voz.

Y la nave entró nuevamente en su ciclo de propulsión, metiéndose parcialmente en el hiperespacio...

... ninguna baliza en Kura.

... en el espacio hani.

—He venido aquí para esperar —dijo Khym en ese mismo camino por el cual ella debía seguir.

Quizás alguien había llamado. Quizás era otro idiota romántico que había hecho todo ese largo trayecto para sentarse a solas sobre esa roca y aguardar a que llegara una posible esposa. Su rostro reflejaba esa clase de melancolía vulnerable: entonces Pyanfar no lo había sabido pero cuando lo recordaba después, gracias a la experiencia, sabía lo que significaba esa expresión. Esperanza. La personalidad de Khym, amable y siempre dispuesto a recibirlo todo, abriéndose ante lo que fuera, fascinado por ella.

Y había escapado de sus hermanas y de sus esposas y había venido aquí, solo. O quizá no le cuidaban tal y como deberían hacerlo: ésa había sido su primera idea cuando creyó que era quien afirmaba ser.

—¿Estás solo?

Podía haberle ocurrido cualquier cosa. Podría haberle atacado algún bandido. Alguna cazadora de Chanur podría haberle tomado por tal y ya habría hecho las preguntas luego. O podía haberse encontrado con un grupo de pastoras de Chanur que se encapricharan de él y de bien poco le habría valido afirmar que era su vecino. Un señor jamás aparecía en público. Salvo para los desafíos. Y Chanur y Mahn, viejos aliados, jamás se desafiarían entre sí. En esos tiempos.

Dioses, había pensado ella después de todo aquello, soy la prometida de un idiota, un idiota que procede de una casa de estúpidas perezosas incapaces de saber ni dónde está su propio señor.

—No está lejos —dijo él, señalando hacia las tierras de Mahn.

«Que los dioses se me lleven si yo no sé guardarte mejor», había pensado ella; y un segundo después supo que en realidad no podría hacerlo mejor. El hogar no era un sitio en el cual permaneciera mucho tiempo. Tenía que confiar en sus otras esposas, sus hermanas y sus primas, quienes estaba claro que no podían manejarle.

Tendré que golpear unas cuantas cabezas en esta casa. ¿Quiero realmente meterme en todo esto? Si no fuera una estúpida me iría ahora mismo a Chanur y le dejaría aquí.

Dioses, es guapo, ¿no?

Pero también lo son una docena más a los cuales puedo encontrar por entre los arbustos.

—No tengo por costumbre comportarme así —se apresuró a decirle él—. Les

conté que... —Otro gesto hacia el corazón de las tierras de Mahn—... que iba al jardín. Supongo que nadie se ha tomado la molestia de comprobarlo. Quería verte...

Sabía que no estaba manejando bien el asunto. Sabía que le había producido una mala impresión. Sabía, que podía haber llegado a cometer un peligroso error, si a ella se le ocurría ofenderse y volver con su clan, pensando que un joven estúpido sería presa fácil para su señor. Entonces podía morir como un joven estúpido, y Mahn se encontraría en peligro si ella carecía de escrúpulos o se daba realmente por ofendida. Sabía todo eso y le preocupaba, ahora, cuando ya era demasiado tarde. Podría romperle el cuello, si conseguía cogerla. Pero no era probable que pudiera hacerlo. En esos días ella era rápida y ésa era la impresión que daba, y podía llevar un cuchillo o incluso una pistola (la llevaba). Por otra parte, tenía la ventaja de su clan, el cual le mataría cualesquiera que fueran las circunstancias por estar donde estaba; pero si la acusación era de felonía, estaba en posición de apropiarse de las propiedades de sus hermanas y parientes, dejándoles sin hogar. Sabía todo esto. («Pensé que te irías» —le había dicho años después—. «Y si hacías eso hubiera tenido que desafiaros. Y me hubieras odiado. Y por esa razón tampoco podía hacerlo. Me habría pasado toda la vida intentando hacer que volvieras»).

Pyanfar se puso las manos en las caderas y le miró de arriba abajo. Ahí mismo, en ese lugar aislado donde sólo ellos sabían lo que podía ocurrir. Y, mirándole, agachó las orejas y luego las irguió lentamente cuando él bajó las suyas.

—Huh —dijo—. Bien, pues te has equivocado en cuanto a la frontera.

Hasta un macho debía saber dónde se encontraba. El gesto de sus orejas demostraba que él lo sabía. Y la había traspasado deliberadamente dos colinas atrás. La que se encontraba en tierras de Chanur tenía una visibilidad mejor. Se acercó a él y le puso las manos encima, algo que sólo sus esposas y sus hermanas podían hacer sin que el gesto supusiera una ofensa.

Antes de que le acompañara a su casa ya eran marido y mujer. Ocurrió ahí, en la frontera con las tierras de Chanur, como si ella fuera una chiquilla sin posesiones y él un muchacho que careciera de hogar y sólo contara con sus esperanzas. Sabía con qué se había casado antes de llegar a Mahn. Un romántico que, así la ayudaran los dioses, le haría diez mil preguntas, cómo era el espacio, adonde iba, cuánto tiempo iba a quedarse, ¿vendría a visitarle cada vez que volviera al planeta?

Era ingenuo, temerario y una auténtica enciclopedia de trivialidades y ciencias naturales. Le gustaba husmear bajo los troncos caídos y en las charcas, tan adicto a la caza de curiosidades como a cazar animales tan abundantes en las colinas de Mahn. Podía estudiar una flor durante minutos enteros. O el color de sus ojos. No estaba muy segura de que le gustara ser estudiada bajo los cielos veraniegos de Anuurn. Había venido a Mahn en busca de un mando para las finanzas y la política, porque habían tratado con él indirectamente y creía en su hermana, y suponía que

era un buen administrador doméstico, tenía sentido común en las cosas legales y no sentía deseo alguno de entablar disputas con Chanur. Unos cuantos días en Mahn que pasarían velozmente, la satisfacción de ciertos impulsos que pronto sentiría en ella y que resultarían de lo más desagradable a bordo de una nave... y había terminado con este joven tímido y sonriente que cometía tonterías tales como violar fronteras y permitir que le llevaran de la mano a los arbustos, y que se pasaba minutos enteros diciéndole lo poco corrientes que eran sus ojos y (siendo Khym) cuál era la frecuencia estadística de los colores oro y bronce entre los antepasados de Chanur.

*Entonces había sabido muy bien qué compañero tan raro se había buscado.*

*¿... es que no vamos a salir?*

*... Dioses y diablos mahen, ¿qué están haciendo ahí arriba? ¿Eso era la caída ya?*

Lo era. La *Orgullo* cayó al espacio real con una sacudida feroz. Khym lanzó un gemido y Pyanfar le imitó, oyeron las maldiciones que llegaban por el comunicador quejándose sobre el programa incorporado a los circuitos de navegación, las idiotas que lo habían preparado y cómo se encontraban los estómagos de las Tauran.

*Tengo que subir ahí. Segunda reducción, tengo que hacerlo.*

Habían dejado unas cuantas provisiones en la habitación, sujetas a la consola. Pyanfar las buscó a tientas, paquetes como los que usaban en el puente. No se atrevía a plegar la red. No hasta que supiera con toda seguridad que la situación no presentaba peligros.

Y, por el comunicador:

*—¡Los dioses se la lleven a un infierno mahen para que se ase! ¿Qué es?*

Apretó bruscamente el botón del comunicador, luchando con la red.

*—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre ahí arriba? Aquí Pyanfar Chanur, maldita sea, ¿qué está pasando?*

Una pausa.

*—¡Los dioses te lleven, no se te ocurra ni en sueños autorizarme a que haga algo en mi propia nave! ¡Ponme con Sirany! Por todos los infiernos mahen, ¿qué está pasando ahí arriba?*

*—Chanur, nuestra situación es estable. Podemos proceder con el cambio de tripulación.*

*—Dioses... —Hizo retroceder la red de seguridad, se dio la vuelta y pasó sus envaradas piernas por encima del borde de la cama, tirando de su maltrecho torso hasta lograr erguirlo—. Oh, dioses. —Nunca, nunca hagas el amor durante un salto, oh, mis costillas, mi espalda, oh, dioses. Se puso en pie, conteniendo una oleada de náuseas y, cojeando, a punto de caerse, avanzó hacia la puerta.*

Un relámpago negro pasó por el corredor a la altura de su tobillo, chillando

estridentemente.

—¡Dioses y truenos!

La Cena andaba suelta de nuevo.

Llegó al puente con dificultad, cojeando y tambaleándose, mientras la llamada a la tripulación resonaba por los altavoces generales. Se cogió al respaldo del asiento de observación número dos para no perder el equilibrio y examinó las pantallas, los monitores y la situación, que parecía bastante tranquila excepto por los kif que las precedían corriendo en silencio. Aquí no había disparos. Tampoco había emisiones de la estación.

Estaban en el territorio hani. Kura, la segunda estación en tamaño de todo ese espacio, guardaba silencio igual que si estuviera muerta, al menos por lo que indicaban las emisiones de boya.

—Los kif habrán puesto en marcha una alarma —dijo frunciendo el ceño, y avanzó tambaleándose hacia Sirany Tauran, agarrándose a su asiento para mantener la posición vertical—. Entonces debió apagarse la boya, se desconectó en cuanto recibió la identificación kif. Lo que me preocupa es qué identificación kif recibió y cuánto hace de eso. ¿Ha entrado ya nuestra escolta en el sistema? ¿Se nos adelantaron durante el salto?

—Lo hicieron por un buen trecho, algo así como unas dos horas. Esas naves tienen muchísima energía y la senda que han dejado sus emisiones es clara y fuerte. Lo cubre todo, no deja que recibamos nada más.

—¿Estamos emitiendo el mensaje? Preparé un mensaje para Kura.

—Sí, capitana —respondió la oficial de comunicaciones—. El tiempo de respuesta es ahora de tres minutos.

—Ese mensaje le explica a Kura cuanto podemos decirle. Le aconsejo que todas las naves de ahí se vayan a casa y rápido.

—Es el mismo que envié —dijo Sirany—. El mismo que han estado enviando todas las demás, con el sello de sus propias naves. El mahen ha estado transmitiendo en código un haz bastante prolongado antes de que abandonáramos Urtur.

—Bien. —Eso merecía algo más que un bien. Pero no con Sirany. Sintió que la preocupación la invadía nuevamente. *Jik sigue con nosotras. Sigue a nuestro lado.* Observó los monitores y vio la posición de las naves, el modelo disperso que todavía formaban, el agujero donde tendría que haber estado Tahar—. No hay rastro de Tahar.

—Ni rastro.

Se mordió los bigotes y esperó con los ojos clavados en el cronómetro.

—¿Hemos tenido alguna respuesta?

—Negativo.

—Hay algunas condenadas alimañas corriendo sueltas por ahí —comentó Sirany.

—Lo sé. Ya tuvimos que eliminarlas una vez: es el maldito depósito alimenticio de Skkukuk. Parece que algunas han logrado escaparse otra vez.

—Por todos los dioses... ¿Qué comen esas cosas?

—Los filtros de la ventilación.

—¿El sistema de apoyo vital?

—Desde la última vez tenemos una pantalla eléctrica sobre los sistemas principales. Están protegidos, no te preocupes por eso. El problema no parece muy grave, creo que sólo ha escapado una de ellas. La cogeremos.

—¿Has pensado en la posibilidad de un sabotaje? Ese condenado kif...

—Es un tripulante.

—No en mi turno, capitana. He cerrado su puerta mediante el tablero principal.

*¡Estás poniendo en duda mis decisiones! ¡En mi puente, sentada en mi asiento, maldito sea tu pellejo!* Al mismo tiempo, obrar de ese modo era mostrar una sana y razonable suspicacia. Logró contenerse y moduló la voz para que sonara tranquila.

—Ese kif es nuestro traductor —le dijo—. Nuestro oficial de protocolo y, por los dioses, hace bien su trabajo. Es un tripulante. —Al pronunciar esa palabra estuvo apunto de atragantarse. *Saca tu trasero de mi puesto, Tauran*—. Acepta las órdenes. Las cumple perfectamente. Ha tenido un montón de oportunidades para acabar con cualquiera de nosotras. Me salvó la piel en Kefk. —*Y yo tampoco pienso dejarle suelto, para que ponga en peligro su cuello por esos pasillos cazando alimañas*—. Cambiemos el turno. Te relevaré, trabajaré con tus tripulantes y luego las dejaré libres cuando vengan las mías. Has hecho maravillas, Tauran, has logrado hacernos pasar a través de toda esa sopa, un trabajo realmente bueno y con tableros desconocidos... —*felicita a esa bastarda de nariz canosa, sí. Haz que siga siendo tu amiga. Fue un buen trabajo. Estamos vivas. Conservamos todas nuestras naves. Jik, Harun y el resto, y los tres kif delante, y está intentando con todas sus fuerzas ser cortés, ¿verdad que lo intenta, Pyanfar Chanur? Más suspicaz que la joven Fiar. Más sabia, más dura y no tiene más remedio que ser así. Tiene que empujarme un poquito. Debe mantener sus ojos bien despejados y hacerse la dura, y tiene que intentar sacarme la verdad, eso es lo que busca. No nos ha fallado. No, no nos ha fallado.*

—Un buen equipo —dijo Sirany, todavía sentada—. Fabricación mahen. Realmente bueno. Ese ordenador es una maravilla.

*¿Qué pagaste por él, Chanur? ¿Con qué se compra un equipo como éste, lo mejor del momento, equipo de primera clase, cuando Chanur está arruinada, en quiebra, y todo el espacio lo sabe?*

*¿Qué es todo eso que hemos oído sobre ti, los mahendo'sat y los stsho en Punto de Encuentro?*

*Antes de que vayamos a dormir... ¿en qué clase de nave nos hemos metido?*

—Nos dispararon por detrás. Las reparaciones de emergencia se hicieron en

Kshshti. Los mahendo'sat tenían realmente muchos deseos de vernos fuera de ahí. A causa de nuestro pasajero...

—¿El kif, el humano o el mahendo'sat?

Ahora estaba empujando realmente fuerte. El pulso le latía como un martillo y cuando Sirany giró sobre su asiento para mirarla, las orejas de Pyanfar se agacharon.

*¿Quizás has estado demasiado tiempo en sitios oscuros, Chanur?*

—Ya discutiré sobre todo eso en el *han* —dijo Pyanfar—. Pero nuestros registros están abiertos. Échales una mirada, ¿quieres?

—He estado ocupada —dijo Sirany—. Realmente muy ocupada. —Tenía las orejas gachas—. Interesante, desde luego. Pero lo importante sigue siendo llegar a casa, ¿no? Lo haremos a tu modo. Con tus reglas. Si quieres que ese kif se siente en el puesto de comunicaciones, estupendo. Tenemos que dar dos saltos más. Si quieres que durmamos con el maldito kif y si das tu palabra de que se portará bien, la aceptaré.

—Escúchame, y lo digo en serio. No esperes que se comporte como una hani. Si cree que me estás presionando demasiado, te arrancará la mano. Tully es más tranquilo, pero le atemorizas y tiene problemas que tú ignoras; así que déjale en paz. Y mi esposo... permíteme que te hable de ello, *ker* Sirany; dado que no has comentado nada al respecto, permíteme que lo haga yo: mi esposo es tan de confianza ante los tableros como cualquier otra tripulante y, no creo que puedas impresionarle, no después de este viaje. Ya sabe cómo es la vida en una nave; sabe aceptar órdenes y no tienes que preocuparte por él. Ni por Tully. Trabajan los dos juntos en la cocina. No hemos tenido problemas de temperamento. Se aprecian mutuamente.

Las orejas de Sirany se abatieron y ella luchó valerosamente por mantenerlas erguidas.

—Vi el anillo.

—No lo ganó en ninguna pelea. Lo ganó sentado ante los tableros, realizando su trabajo mientras Haral Araun tenía el dedo sobre la tecla de autodestrucción. Y aceptará tus órdenes, o las mías o las de cualquiera a quien tenga por superior en el mando. Así están las cosas. Quiero tu ayuda, *ker* Sirany. Considero bueno tener a bordo alguien que dude de nosotras. Y cada una de las palabras que hay en ese registro es cierta. ¿Me entiendes?

Las orejas de Sirany se irguieron un poco. Círculos blancos le rodeaban los ojos y tenía la mandíbula apretada. Un instante después, irguió las orejas del todo.

—Nos preocuparemos de eso cuando hayamos logrado salir con vida de aquí.

—Estoy luchando por el *han*. Me llamarán traidora. Pondrán esa palabra sobre mi tumba si acaso consigo tener una. ¿Sigues entendiéndome? Ser una maldita heroína está muy bien, pero si salimos de esto con vida quiero tener a una hani enterada de que esta tripulación no es tan mala como querrán hacer creer.



En el rostro de Sirany apareció claramente el miedo. Sin disfraces.

—¿Qué quieres, mi compañía?

—Quiero tu influencia. Tenemos dos combates que librar. El primero es en el espacio. En el otro tengo por enemiga a esa estúpida de Ehrran y toda su ralea. El *han* piensa agachar su cabeza colectiva y los kif tienen el hacha suspendida sobre ella. ¿Me has oído, Tauran? Haré lo que considere necesario, sea lo que sea. Si ves las cosas como yo las veo, estarás de mi lado, no importa lo que pienses de mí.

—¡Estás loca!

—Estoy haciendo algo. Por todos los infiernos mahen, ¿qué ha hecho bien el *han* en los últimos tiempos? ¿Hay alguien que se haya preocupado de arreglar todo este lío? —Tensó los dedos y dos de sus garras, una tras otra, perforaron el cuero del asiento—. Tauran, ¿cuánto tiempo crees que podremos permanecer sin reaccionar mientras el Pacto cae en pedazos y se va al infierno mahen? La humanidad va a caer sobre nosotras. Los mahendo'sat han cometido una estupidez, han hecho algo que ha irritado a los humanos, han puesto en funcionamiento unos resortes que no entienden y no estoy muy segura de que tampoco los humanos los comprendan: Tully es testigo de eso y nos ha advertido. Jik ha intentado salvarnos a todas y le ha costado un precio. Al menos él sabe que los suyos se han portado como imbéciles. Igual que los stsho, igual que las hani. Y también los kif. Y puede que también los tc'a, los dioses nos salven. E incluso puede que los humanos lo sepan a estas alturas. La mayoría de ellos se comportan como estúpidos al actuar de esta forma. Ehrran acaba de conseguir para nosotras un flamante tratado con los stsho, ¿sabías eso? Y mira dónde están ahora. Mira en qué nos hemos metido. Los kif se han apoderado de todos ellos, así de fácil. Tenemos kif dentro del espacio hani. Tenemos a Kura, que no responde. Tenemos a Akkhtimakt, que se ha metido en tal lío que el espacio hani es el único sitio adonde puede ir, porque Sikkukkut ha mandado naves para bloquear sus otras posibles rutas en cada punto de salto a su alcance. Y, mientras tanto, tenemos preparándose en Kshshti un poderoso ataque mahendo'sat, del cual Akkhtimakt está enterado, suponiendo que sus espías valgan para algo. Sikkukkut lo ignora... Akkhtimakt ha estado en Kita y en Kshshti después de eso. El bastardo va a dejar que Sikkukkut reciba el golpe de los mahendo'sat mientras él se larga al espacio hani y aparece de nuevo en el mismo vientre mahen, justo en Iji. Tú conoces a los mahendo'sat, sabes que toda su fuerza se fragmentará si su Personaje desaparece de la escena. No tendrán defensa alguna. Y la humanidad surgirá en pleno centro del territorio mahen con un montón de naves, naves que pueden frenar a mitad de un salto, como las de nuestros amigos los mahendo'sat y las de los kif, naves que pueden acortar el tiempo de intervalo entre los ataques hasta un punto que ninguna de nosotros quiere ni imaginar. Pero no nos preocupemos por ello. Tendremos suerte si nos dejan un planeta entero. Y perteneceremos al que gane, sea quien sea, sin que

podamos decir nada al respecto... si es que sobrevivimos. Uno de nuestros machos está en el espacio. Uno, y tú ya sabes lo segura que se encuentra esa nave, con la mitad de los kif que hay en el universo tras nuestra pista y la otra mitad a punto de cazarnos. El resto de nuestra especie se encuentra en Anuurn. Y para acabar con Anuurn sólo se precisa una roca grande, Sirany Tauran, una roca con velocidad lumínica, y todas nosotras seremos viudas y no tendremos hermanos. Para siempre. ¿Me comprendes? ¿Sabes lo que estoy diciendo?

Tauran guardó silencio. La nave seguía avanzando, cruzando diámetros planetarios en cada latido de su corazón. Silencio, silencio a su alrededor, dentro de la nave y en el espacio.

—Tauran...

—Ya te he oído. Todo esto es una locura.

—Tauran es un clan del espacio. Tres generaciones. Sabes de qué estoy hablando. Ese jaleo en el que te viste metida, en Punto de Encuentro..., ¿podrías ni tan siquiera intentar explicarles a esas viejas del *han* por qué te fue imposible salir corriendo? ¿Podrías explicarles cuáles eran tus oportunidades de conseguir la velocidad suficiente o cómo son esas distancias? ¿Cuántas de ellas comprenden a un stsho?

—¿Quién comprende a un stsho?

—Me pregunto cómo pueden formular la política a seguir con esa especie, cómo pueden hacer un tratado con ella, cómo pueden exigirnos a nosotras, a las que vivimos aquí, en el espacio... que nos encarguemos del problema kif. Sí, porque necesitarán diez o veinte años para cambiar su concepto sobre cómo se portan los kif, o de lo que harán probablemente los mahendo'sat, y que los dioses nos salven cuando empiecen a tratar con los humanos y con sus tres gobiernos, todos luchando entre sí... ¿Qué harán ahora, por todos los infiernos mahen, cuando aparezca Akkhtimakt en el sistema? ¿Ordenarán al clan Llun que le niegue el acceso a la estación? ¿Le impondrán sanciones hegemónicas? ¿Estudiarán el problema?

—Es demasiado...

—Le estoy pidiendo a otro clan que se condene por voluntad propia. Que lo haga conmigo. Os lo estoy pidiendo a todas vosotras, que sabéis de qué estoy hablando, y os pido que hagáis algo al respecto. Ya no estamos tratando con grupos dispersos de piratas. Las hani del espacio harán lo que se deba hacer y en la apuesta arriesgo cuanto poseemos. Las comerciantes se habrán largado, algunas al hogar, otras para dispersarse como semillas ante el vendaval. A cualquier parte. Se las ha advertido. Pero eso no nos salvará de una roca. No puedo ir al *han* para decirles lo que te estoy explicando ahora. No puedo hacerles comprender lo que ocurrió en Punto de Encuentro... sólo los dioses saben qué ocurrió de verdad en Punto de Encuentro. O qué vendrá tras nosotras y cuándo. Si Sikkukkut ha enviado una nave de la cual no sabemos nada, y ahora hay algún bastardo siguiéndonos, puede que recojan nuestras

emisiones direccionales. No podemos hacer nada aparte de lo que hemos hecho.

—He leído tus órdenes. Tengo tu mensaje, Sif me lo pasó. No soy ninguna estúpida.

—Nunca he pensado que lo fueras. Nunca, desde que empezó todo esto. Y tengo que seguir el camino que yo misma me he marcado. Desde dentro, igual que ha hecho Jik. Hasta que detengamos a las naves de Akkhtimakt. En todo el espacio no hay el número suficiente de naves hani para conseguir nuestro propósito, nos enfrentamos a naves de caza y sólo los dioses saben qué más. Necesitamos el armamento de los kif, incluso con el riesgo que estamos corriendo. Éste es el juego que estoy jugando, Tauran, y ya sabes lo que le oiré decir al *han* si alguna vez logro llegar ante él: *Contactos ilegales. Violación de los tratados. Por los dioses eternos, personal ilegal a bordo de la nave.* Si logramos sobrevivir a todo esto y el *han* sigue funcionando, es probable que nos acusen a las dos de violaciones del registro de personal. Hasta ahí llega su entendimiento de la situación. Tú sabes con quién estamos tratando. Esas viejas conocen todos los minúsculos cambios del poder en los mercados del sistema, saben quién apoya a quién en las votaciones, están al corriente de cada movimiento y tendencia en los asuntos de Anuurn y conocen cada polvareda histórica que hubo entre la Hegemonía del Río y la Anficciónía de Pesh. Dominan todo el condenado resto de fragmentos de historia que ahora no van a tener ni la más mínima importancia, Tauran, si una roca mata a cada criatura viviente del planeta, incluso a los gusanos y los insectos, ¿verdad que no? Todo aquello en lo cual son expertas es inútil en el único asunto que ahora cuenta, por todos los dioses, y el problema es ¿qué haremos? Dioses, Tauran, ¿qué haremos con todo lo que hemos llegado a saber, en nuestra actual situación, con lo que hay detrás nuestro y lo que nos espera más adelante, todo eso que nosotras sabemos y ellas ignoran?

—Te escucho —dijo Sirany. A su alrededor se habían producido leves ruidos de movimiento. Las tripulantes de Chanur habían llegado y las Tauran seguían en sus puestos. Pero ahora el silencio más absoluto reinaba en el puente—. Te estoy escuchando. Y estoy casi de acuerdo contigo. Pero todavía tengo que pensar en todo esto, Chanur.

—Piensa en ello durante el camino hasta Punto Kura. Pondré a Sifeny y Fiar en vuestro turno, dejaré que lo discutáis entre vosotras. Pondré a mis tripulantes en los tableros. El humano, mi esposo, el kif y todas las demás. Acepta mi agradecimiento, *ker* Sirany. Tus tripulantes son buenas. No me gusta interferir en los equipos que funcionan, el tuyo o el mío. Y necesitamos que parte de la tripulación se encuentre descansada, en caso de emergencia.

—De acuerdo. —Sirany se quitó el cinturón y abandonó su puesto—. Es tuyo. Haré que te traigan un bocadillo —añadió, retirándose hacia la cocina en tanto que, con una seña, reunía a sus tripulantes. Pyanfar se quedó mirando su espalda, cada vez

más lejana; sus dedos apretaban todavía el asiento. Por si acaso. Ése era el modo en que toda navegante espacial se aferraba a los objetos dentro de una nave en movimiento. Luego se volvió hacia sus tripulantes y contempló los serios rostros de las Chanur recién llegadas al puente, que la rodeaban.

Tenían las orejas erguidas.

—Bien —comentó Haral.

—Eso espero —respondió ella, y miró de soslayo a Geran, en cuyo rostro había una expresión que presagiaba problemas—. ¿Cómo está?

Geran se encogió de hombros. Había perdido tanto peso que se le marcaban las costillas. Había mantenido durante tanto tiempo su expresión preocupada que eso había formado una zona más oscura sobre su nariz, una arruga en el ceño que había llegado a formar parte de su expresión.

—No tienes muy buen aspecto. Te necesitamos. Ve con las tripulantes de Sirany, come algo; Tully se encargará de llevarle un poco de comida a Chur. No discutas conmigo, por los dioses, o te arrancaré las orejas. Chur me las arrancará a mí si la llevo a casa sin ti. Hilfy, haz subir al resto. —Toda la tripulación estaba ahí, empezaban a colocarse en sus puestos mientras la voz de Hilfy empezaba a llamar a Tully, Khym y Skkukuk por el sistema general de altavoces—. Condenado lío... —murmuró Pyanfar, dejándose caer en su asiento. Haral estaba junto a ella, empezando ya a hacerse cargo de la situación—. No hay señales de la *Luna Creciente*.

Habían tenido una oportunidad. Ahora sería cada vez más difícil. Tal y como la hiperluz recorría los senderos estelares, había cuatro meses hasta Punto de Encuentro, pero no tal y como ellas viajaban; lo que hubiera sucedido ahí atrás tenía ahora cuatro o cinco meses de edad y envejecía de forma progresiva.

—Hace mucho tiempo —dijo, mientras los datos fluían a su alrededor.

—Kura está entera —dijo Haral—, sólo que no hablan. Los kif las han asustado mucho. Lo han cerrado todo. No deben de tener naves aquí o, de lo contrario, están todas calladas.

Habían pasado un largo tiempo lejos del hogar. Y lejos del *han*.

—Sólo los dioses saben lo que nos han enseñado los stsho, ¿eh?

Años, según la cronología de su mundo natal. Así era todo para las navegantes espaciales. Seguir jóvenes mientras los planetas envejecían, y los que vivían en ellos maniobraban y preparaban sus pequeñas conspiraciones mundanas y obtenían sus ganancias en tanto que esas navegantes espaciales se hallaban suspendidas entre las estrellas, perdidas en sueños.

—Los kif no se enfrentan a ningún problema ahí fuera. Todo un ejemplo de buena navegación.

—Nosotras sí tenemos problemas: la maldita cena de Skkukuk anda suelta de nuevo. Se ha olvidado de mantener cerrada la puerta.

—O quizá se nos pasó por alto un par la última vez.

—De qué se alimentan, eso es lo que deseaba saber Sirany... Eso es lo que yo quiero saber.

—Quizá se han aclimatado a las sacudidas eléctricas —dijo Hilfy, hablando con ellas desde su puesto—. Adaptables, así los definió Skkukuk. Vida de Akkht.

Miró a Haral sintiendo que se le formaba un vacío en el estómago.

—El sistema de apoyo vital —dijo Haral.

—Compruébalo. Esas malditas criaturas comen plástico.

—Nos ocuparemos de ello. —Haral ya se había levantado del asiento e iba hacia el pasillo—. Hilfy, que los hombres se pongan al trabajo. ¡Llama a Skkukuk!

—No podemos abandonar nuestro condenado horario. No podemos. No hay forma de hacer todos los cálculos otra vez y avisar a todas las naves que van detrás nuestro con la suficiente rapidez. Que los dioses las...

Mientras el resto de la tripulación subía, habían desconectado las secuencias de búsqueda y evasión en el piloto automático. Eso hacía que la nave corriera cierto riesgo de avería. Pero no hacerlo era peor en términos del hueso y la frágil carne. Estaban jugando con vidas. Pyanfar apretó su botón para ocupar el canal de comunicaciones.

—*Ker* Sirany, vamos a mantenernos estables durante media hora como mínimo. Voy a seguir tu consejo sobre las alimañas. Intentaremos cogerlas.

—*Entendido* —le respondió la voz de Sirany, muy clara por encima de los demás murmullos que había en la cocina. Sin añadir nada más, cuidando de mantener las apariencias: política.

Un segundo juego de teclas que controlaban otro canal.

—Skkukuk, aquí la capitana al habla, ¿me oyes bien? Tu maldita cena anda suelta de nuevo. Quiero saber cuántas alimañas de éstas hay, quiero saber dónde están, quiero librarme de ellas o de lo contrario me quedaré con tu piel para colgarla en una pared, ¿me has entendido?

—*Kkkkt* —le llegó la respuesta, algo deformada por el paso de un receptor a otro—. *Hakt; no dejé escapar a ninguna, no es cosa mía, mekt-hakt', no es cosa mía...* Voy inmediatamente hacia ahí, inmediatamente... ¡Estúpidas, estúpidas, parad el ascensor!

Indudablemente creía lo de su piel colgada en una pared. Pyanfar metió la cabeza entre las manos y se pasó las garras por la melena. Decirle a las Sauran que ninguna de ellas estaba loca y ahora tener esto suelto por la nave. Era ridículo. Era mortalmente serio. No había forma de saber qué sistemas podían destrozar esas criaturas. Toda la nave estaba infestada. Ya había perdido su reputación. Apestaba, toda la nave apestaba, estaba repleta de alimañas kif y sólo los dioses sabían qué otras cosas. Todo el universo limpio y bien ordenado que conocía se había vuelto del revés

y las alimañas eran el último y más grotesco insulto. El oscuro humor de los mismísimos dioses, eso eran; nada más que la última y fea broma hecha a costa de su especie. Eliminar la nave que podía haberla salvado estropeando un sistema de apoyo vital, destrozando unos filtros; sólo los dioses sabían en qué sitios podían meterse y dónde podían clavar sus malignos y aguzados dientecllos.

¿Cuántas había?

¿Habrían estado reproduciéndose durante el salto? ¿Eran algo que vivía tan condenadamente rápido que podía seguir alentando y reproduciéndose incluso en el hiperespacio, una generación tras otra de esas feas criaturas con sus chillidos estridentes?

Nada podía hacer eso. La mayoría de los animales apenas lograban reproducirse a bordo de una nave, con todo el ruido y el estruendo metálico que les asustaba; ningún ser podía cambiar su metabolismo lo suficiente como para vivir siguiendo el tiempo real en el hiperespacio.

Ni tan siquiera los kif podían hacerlo.

¿O sí podían?

Pyanfar contempló las pantallas que tenía delante, manteniendo la nave en su rumbo mientras una tripulación hacía su imprescindible comida. Un instante después apareció Geran para decirle que había puesto a Khym y Tully en otra misión, cazar a las alimañas, apartándoles de la cocina y, con permiso de la capitana, le llevaría un tazón de sopa a su hermana, si la capitana le daba permiso para ello. Por favor. Pese a la claridad de sus órdenes anteriores.

—Dioses... Sí. —Pyanfar volvió a pasarse desesperadamente las manos por entre la melena y parte de ésta se le quedó en las garras, como le ocurría siempre al organismo durante el salto. Perdía vello, pero en la nave nadie había podido darse un baño durante cuatro meses de espacio real y unos seis días de tiempo subjetivo—. ¿Cómo se encuentra?

—Apenas se mueve. Dice... dice que hay problemas en casa. Dice que los kif van hacia allí. Dice que la *Luna Creciente* está detrás nuestro. Akkhtimakt nos lleva diez días de ventaja. Eso es lo que dice.

Pyanfar sintió que un escalofrío le trepaba por la espalda y volvía a bajar hasta meterse en las entrañas.

—Podría tener razón.

Por un segundo había tenido la convicción de que Chur muy bien podía estar en lo cierto. Siendo una excelente técnica de pantallas y habiendo actuado a veces como navegante, Chur sabía cuánta ventaja le podían sacar unas naves de caza bien decididas a un grupo de cargueros. Y entonces se dio cuenta de lo que seguramente pensaba Geran ante esas palabras. Chur era una mujer práctica. Y ahora estaba balbuceando profecías sobre años luz de distancia. El salto podía tener ese efecto

sobre una mente. Había quien no conseguía emerger nunca de la oscuridad. Había visto casos parecidos, sentados al sol, en el hospital, con el cielo azul de Anuurn sobre ellas, para siempre, y sin comprender en qué mundo se encontraban.

Estaban en todas partes, ésa era su ilusión. Siempre estarían en todas partes a la vez. Si había algo de místico en el asunto, consistía en que ellas mismas habían llegado al infinito y se habían quedado allí, como una máquina cuyo interruptor ya no funciona y que no puede apagarse.

—Quiere trabajar —dijo Geran.

—Dile... —Pyanfar contuvo el aliento—. ¿Puede hacerlo?

—No.

—Que coma. Todavía permaneceremos una hora dentro del sistema. Voy a quitarte del turno; quédate con ella.

—No. —Las orejas de Geran se abatieron—. No, capitana.

—¿Quieres que sea una de las Tauran? ¿Tully? Por todos los dioses. Tienes que hacerlo. Tenemos a Tirun para ocuparse de las pantallas. Podemos pasar sin ti, o puedo hacer que vuelva Sif. Quédate ahí.

El rostro de Geran se endureció en una expresión desesperada. Agitó las orejas y volvió a erguir las con un claro esfuerzo.

—Tully —dijo—. No tiene que hacer nada, ¿no? Duerme con nosotras abajo. Son amigos, ¿verdad?

—Sí. —Cuanto menos comentara el asunto, mejor—. El bien de la nave. El bien de... mucha gente. Sí. Quiero que estés en los tableros, si te ves capaz de mantener tu mente en ellos.

—La mantendré —dijo Geran—. Será mejor para ella, no puede discutir con Tully. Y yo también me sentiré mejor. —Y se fue, con el paso de quien ha llegado a una sólida decisión.

Pyanfar se removió en el asiento, escuchaba el parloteo que llegaba desde el interior del sistema, hacía comprobaciones y aceptó una taza de café cuando apareció Fiar con unas cuantas en las manos. Un acto de caridad. De su propia cocina.

La cacería continuaba, tanto en la cubierta superior como en la inferior. Y el sistema por el cual viajaban permanecía en un silencio que no era habitual.

—Han cambiado el filtro de la cubierta superior —dijo Hilfy—. Han cogido a tres de esos bichos. Skkukuk jura que no se le han escapado. Dicen que son viejos, de antes. Salen de algún otro escondrijo.

—Perfecto. Maravilloso. —Pyanfar siguió trabajando con el ordenador—. Estupendas noticias. —*No debo contestarle de ese modo. La tripulación ya tiene bastantes problemas*—. Lo siento.

—Bien, capitana.

*Has crecido mucho, Hilfy Chanur. No puedo decírtelo. Una adulta jamás quiere*

*oír eso. Ya no puedo decirte nada.*

—La primera nave de escolta ha saltado —dijo Tirun—. Estamos en... —Sonó el aviso de que faltaban quince minutos, dos timbrazos con un intervalo.

—*Faltan quince minutos* —informó la voz de Hilfy, resonando por los pasillos.

Pyanfar conectó el mismo canal.

—Dejad lo que estéis haciendo, sea lo que sea. Quiero tener un viaje tranquilo, así que todo el mundo a sus puestos o camarotes: estéis donde estéis, olvidaos de lo que estáis haciendo y de todo el condenado jaleo, quiero veros en vuestros destinos dentro de cinco minutos. Tully, irás al camarote de Chur. Ahora.

—*Entender* —le respondió la solitaria voz del humano. Y añadió otras cosas. Quizá nadie le había dicho todavía a Tully dónde iba a pasar el salto.

No protestaría. Lo había comprendido. Haría cualquier cosa por Chur. *Amiga*, diría.

La opinión de Chur sobre tener a Tully en su cama ya era otro asunto.

Eso la disgustaría. La volvería loca. Haría que su mente volviera a funcionar. Eso era lo único que podía servirle de algo. De repente comprendió claramente la lógica de Geran.

—¿Qué él está qué? —murmuró Chur, y miró parpadeando a su hermana y a Tully, en pie junto a la cama con expresión de timidez.

—Cuidará de ti —dijo Geran—. Cuida tus modales. Si pretendes aprovecharte de él, para lo que sea, la capitana te arrancará la piel. ¿Entendido?

Chur parpadeó de nuevo y acabó decidiendo que la cosa era muy divertida. La expresión preocupada que había ahora en el rostro de Tully resultaba divertida. Hubo un tiempo en el cual se habría preocupado. Hubo un tiempo —le parecía ayer mismo—, en el cual no había querido ver nada que no fuera hani. Resultaba extraño el modo en que todo eso había desaparecido, como si el salto lo hubiera dejado detrás de ella, como si la hubiera lavado de todo, dejándola nueva, renovada. Un dios podría tener esta extraña sensación, como si todo el espacio fuera su cuerpo y su cerebro y las estrellas otras tantas partículas. Quizá se había convertido en un dios. Se rió de los dos y flexionó los dedos de su brazo, el cual llevaba tanto tiempo rígido que ya había llegado más allá del dolor. La maquinaria seguía haciendo tic-tac. Había aprendido a engañarla, a mantener tranquilo su corazón para evitar que a través de los tubos llegara la marea narcótica. Sintió que se le aceleraba el pulso y lo calmó, haciendo que bajara.

—Me has traído un apuesto amante, ¿eh? Debo de estar mejor. Vamos, Tully. Está bien, no pasa nada. Un tripulante menos para trabajar.

—Yo quedar contigo —dijo él. Inocentemente, sin enterarse de nada.

Apeataba. Todo el mundo apeataba. Ella también. No había modo de evitarlo,



aunque Geran intentaba mantenerla limpia. Estaba bien, también eso estaba bien. Geran salió del camarote, dejándoles solos. Tully seguía inmóvil, daba la sensación de haberse perdido. El comunicador continuaba emitiendo sus informes entre crujidos.

Los informes la confundían. Habían estado persiguiendo a las criaturas negras en... bueno, donde estuvieran.

Se encontraban de nuevo en Kura. Como si fueran diablos escurridizos. Un dios tendría asuntos peores de los que ocuparse. No eran más que molestas pesadillas.

—Ir pronto —dijo Tully, y tomó asiento al borde de la cama—. Yo estar contigo. —Le dio una palmadita en la rodilla cubierta por las mantas. Le dolió un poco. Todas las articulaciones le dolían—. Tú ponerte estupendamente, Chur.

Resultaba muy agradable oír decir eso a otra voz que no fuera la de Geran, la cual tenía ciertos prejuicios naturales al respecto. Respiró un poco más profundamente.

—Nosotros ir Anuurn —añadió Tully, y alzó dos de sus ágiles y delgados dedos—. Dos saltos. Tener... —Más dedos colocados en posición—. Nueve naves. Hacer seguro.

—¿Contra los kif? —Por un instante el espacio se volvió del revés—. No. Dile a la capitana... dile a la capitana... problemas. Estarán esperando en Tyar.

—Geran decir —le respondió Tully—. Ella decir, ¿bien?

—Lógica —dijo Chur y agitó la mano que tenía libre en un movimiento algo flácido que no llegó a ser el gesto que pretendía—. Lógica... posición. La geometría de todo el asunto... —Le miró fijamente, desesperada. Geran la había mirado como a una loca. Tully se limitó a parpadear, la respuesta quedaba más allá de su vocabulario—. Peligro —le dijo—. *Peligro*, maldita sea.

—Entender —dijo él. Y la miró con miedo. Con la misma expresión que Geran.

La tripulación había vuelto. Pyanfar estaba realizando las comprobaciones. Seguían en las coordenadas. No tenían comunicación con las demás naves salvo lo imprescindible para intercambiar los datos de navegación y asegurarse a las posiciones. Hacer más de lo que habían hecho no resultaría prudente ni político, teniendo en cuenta la posibilidad de que hubiera espías a la escucha. En cuanto detectaran sus mensajes, informarían sobre ellas, y ya habían enviado algunos que apuraban al máximo los límites de la prudencia.

*Hakkikt*, diría ella, eran necesarios. Nos han conseguido aliadas. ¿No era ésa la meta de todo?

Sí, tenía esa excusa.

Sonó el aviso de los cinco minutos. La nave estaba empezando con los procedimientos rutinarios. Los datos empezaban a llegar. La tripulación de Tauran y sus pasajeros mahen informaron que se encontraban en posición segura.

—La *Sukk* acaba de saltar —dijo Geran.

—Aproximándose a las coordenadas —intervino Haral.

Dejaron tras ellas un fragmento de mensaje, para que las sobreviviera llegado el caso. *Peligro en Anuurn. Ayudar.*

Abajo...

... una vez más...

... Punto Kura, Pyanfar.

*Era joven. Había vuelto a los tiempos de Uranun. Una novata, una niña en su primer viaje de vuelta a casa. Esperaba ver Anuurn y recorrer la propiedad, caminaba con un contoneo fanfarrón.*

*Miradme. Un anillo, nada menos. Me hicieron este arañazo en Punto de Encuentro, me lo gané.*

*Una diferencia de opiniones entre yo y una tripulante de Jesur.*

*Bendición divina. ¿Por qué estábamos peleándonos?*

*No importa. En esos días sanábamos aprisa.*

*—Te veré en la puerta, Haral.*

*La miraba con los párpados entornados, tomándose su tiempo, mientras una navegante espacial de nariz canosa (ése era el nombre: Pura Jesur), Pura Jesur pensaba que podía abusar de dos niñas Chanur y divertirse un poco. Ella y Haral, rebeldes y llenas de joven arrogancia hacia la tripulación de una nave rival. Y bebidas. Eso también.*

*Que los dioses nos salven.*

*Uranun Chanur era la capitana de la vieja Sol Dorado. Se retiró como capitana dos viajes después. El clan Chanur eliminó la nave del servicio y acabó vendiéndola a Thusar, que la usó bajo el nombre de Mérito de Thusar, una nave pequeña. Mucha nave para un clan como Thusar, un clan nuevo en los viajes espaciales. Chanur hizo retirar el nombre de la nave. Acabó transfiriendo las tripulantes, manteniendo juntas al máximo número posible, mandándolas a la Orgullo, recién construida. Uranun Chanur murió una noche mientras dormía, en el planeta.*

*—... Capitana.*

*—Lo tengo, estamos en el rumbo, ¿verdad?*

*—Sin problemas.*

*¿Cómo está Chur? Cálmate, todavía no puede responder. No puede responder. Condenadas drogas. No. Tully la acompaña.*

*—Tully, informa. ¿Cómo está Chur?*

*Una larga pausa. Un humano aturdido. A Tully siempre le resultaba difícil espabilarse después de un salto.*

*—¿Tully? ¿Cómo está Chur, Tully? —¿Está viva, Tully? Por todos los dioses, contestadme.*

*—Ella dormir.*

*—¿Estás seguro? ¿Se encuentra bien? —Geran estaba escuchando. Pero era lo*

que Geran necesitaba saber.

—*Ella dormir* —dijo nuevamente la voz de Tully.

—Tenemos datos de nuestra escolta —dijo Geran, con la voz llena de una helada calma, pensando solamente en la nave—. Seguimos sin problemas, capitana.

*No tengo nervios, capitana. El trabajo se hace. Por la nave y por todas nosotras.*

—Aquí tampoco hay baliza —murmuró Haral.

—Ninguna señal, nada.

Bebió el concentrado. Le temblaba la mano. Arrugó el paquete metalizado, lo metió en el conducto, y luego se limpió la cara. Se le caía una cantidad sorprendente de vello. Le dolían los dientes cuando los empujaba con la lengua. Había uno que parecía estar medio suelto. Eso la asustó más que cualquier otra herida que hubiera sufrido en toda su vida. No era miedo a morir, era miedo al tiempo. Al muro inevitable que decía: hasta aquí llega un cuerpo, no más allá; y el coraje, el ingenio o la habilidad no pueden hacer nada al respecto.

*¿Dónde estamos? ¿Es cierto lo que recuerdo?*

*Dioses, ¿cómo he llegado hasta aquí? ¿Cómo he envejecido tanto?*

*Kif. Kif ahí fuera, delante nuestro. Todo es cierto. No es ninguna alucinación. Dioses, ojalá fuera una alucinación y durante todo este tiempo hubiera estado otra vez con Uranun, ojalá no hubiera llegado a conocer jamás todo esto y estas amigas, esta nave, este terrible lío... fueran simple ilusión...*

Agitó las orejas. Un número bastante elevado de anillos tintineó, chocando unos con otros.

*Una vieja de nariz canosa. Tú, Pyanfar. Aquí. En este condenado embrollo. Despierta. Vuelve. Estás confusa, se te va la cabeza...*

*¿... cuándo envejecí?*

Haral junto a ella. Un destello, los monitores cambiaron de imagen en su tablero. La información de las pantallas se desvaneció para dejar paso a una lista de comprobaciones, un instante crítico. La lista se esfumó y apareció de nuevo. Haral se había equivocado de tecla y había cambiado todas las prioridades en una oscilante marea de pantallas parpadeantes. Haral se había equivocado. Eso era algo inaudito en ella.

—¿Lo tienes?

—Lo tengo, capitana. Lo siento. Confirmación de la *Aja Jin*. Están dentro del horario.

*Alimañas. Pequeñas criaturas.*

*... cayendo de nuevo...*

*... tomando forma una vez más.*

—... estabilizadas.

—Hilfy, transmite eso. Dile a nuestro relevo que las esperamos aquí arriba

enseguida, todo lo rápido que puedan. Skkukuk, quedas libre. Descansa un poco.

—*Hakt'*, tendría que comprobar las trampas de los filtros.

—Entonces hazlo, y aprisa. Ponte en ello.

—Sí, *hakt'*.

Una hora muy larga hasta el salto.

Y todavía llevaban días de retraso. No quería saber cuántos. Las cifras se le perdían en el cerebro, convertido en un laberinto por el salto.

Indiscutiblemente las naves de Akkhtimakt estaban por delante de ellas, ya habrían desaparecido camino a Anuurn. De las dos sondas que faltaban, nada. Su propia escolta estaba ahí, eso era todo.

Se obligó a engullir otro paquete de concentrados. Logró tragarlo y escuchó el extraño silencio de la nada, de ningún sitio, la masa oscura de Punto Kura, con su pequeño faro apagado. No era un lugar barato para colocar una estación, era sólo una rareza astronómica, la Masa de Punto Kura. Un fragmento de roca que, por casualidad, había convertido a las hani en una especie independiente... al crear una ruta hasta Punto de Encuentro y hasta otras especies a través del espacio *hani* y no por Ajir, que era mahen, lo cual con toda seguridad habría molestado a los mahendo'sat.

Un accidente de la naturaleza que había quitado cuatro meses a la ruta Anuurn-Kura y había evitado que toda la especie hani dependiera de los mahendo'sat.

Ahí estaba, emitiendo su radiación, muerta y silenciosa. Un lugar fantasmagórico y lleno de riesgos donde las hani se encontraban y se saludaban unas a otras, alegrándose por escuchar otra voz en aquel silencio sepulcral. Si se producía una avería en este lugar, una nave tenía que limitarse a esperar el rescate. Y eso era algo que podía significar la bancarrota de una nave. Semanas esperando ayuda y meses para conseguir una cuadrilla de reparaciones desde Anuurn o la estrella de Kura.

Pyanfar contó mentalmente el tiempo para las naves que venían tras ellas.

—Transmite —le dijo a Hilfy—. La *Orgullo de Chanur* a todas las naves. Comprobación.

Porque el silencio la oprimía, porque de repente, en este último y peligroso salto, quería oír una o dos voces que surgieran de la oscuridad. Deseaba oír por encima de todo la de Jik, quería que llegara a través de la nada tal y como estaba acostumbrada a oírla, ronca y cargada de humor, reservadamente amistosa.

Locura. Un impulso loco. ¿Por qué él? Tendría que sentir deseos de arrancarle las orejas, eso es lo que debería sentir.

*Un bastardo mentiroso. No debe estar sufriendo precisamente en esa nave suya. Cuenta con suficiente tripulación como para establecer turnos rotatorios sin ningún tipo de problemas.*

*Sus naves han sido construidas para este tipo de viajes. Una nave como la*

Tejedora o la Viento Estelar, *ahí atrás, deben sentirse casi tan mal como nosotras ahora, los dioses las ayuden.*

Estaban llegando mensajes kif, fríos y exactos. Tampoco ellos se lo pasaban mal. *Avanzamos sin problemas*, decía uno de los enviados. *Gloria al hakkikt.*

Naves hani:

—*Aguantamos.* —*La Industria de Harun.*

—*Tenemos un sistema funcionando en reserva.* —*La Tejedora de Pauran.*

—*¿Estáis haciendo un concurso o qué? Nosotros tenemos cuatro.* —*Ésa era la Esperanza de Shaurnurn, una voz más joven—.* *Intentamos remendarlos para seguir.*

—*Vamos bien. Tenemos algunas luces rojas encendidas. Nos estamos ocupando de ellas.* —Munur Faha, en la *Viento Estelar.*

Y, el último de todos:

—*Nosotros todo tiempo buenas condiciones, amiga. Yo estar aquí, no preocupar.*  
*¿Qué esperar tú, eh?*

Hilfy acusó recibo de los mensajes y pasó las instrucciones, todo ello con un cansado hilo de voz.

Y Geran, en un murmullo, hablando con alguien:

—*¿Cómo está?*

—*Geran, ¿quieres ir ahí abajo? Es una orden, prima.*

—*Bien.*

Esta vez, sin discusión. Tirun indicó que ella se ocuparía de su puesto. El chasquido de un cinturón y Pyanfar se mordisqueó los bigotes, intentando combatir la hipnosis producida por las luces parpadeantes, la oleada de color verde que cubría todo el tablero... *Vamos a perderla*, ésa era la idea que se abría paso por su mente, y ella no quería consentirlo.

Hueso y músculo. Órganos vitales. Sustancias alimenticias. Acero y plástico, ellos podían sobrevivir al viaje. Los organismos vivientes necesitaban un margen para recuperar las fuerzas, y con el horario que llevaban no había cabida para ello.

¿Sufren esto los kif?

La imagen de un negro montón de harapos, Skkukuk derrumbándose en sus brazos, casi moribundo en el primer salto que habían hecho.

La imagen de unas negras criaturas de cuerpo alargado, vello, músculos y dientecillos agudos royendo las entrañas vitales de la *Orgullo*, una imparable y estúpida voracidad destruyendo el recipiente que las mantenía protegidas del frío espacial.

Como el *han* y los *stsho*.

Aprendimos la lección, también los kif deben de haberla aprendido. La ley que controla el sistema predatorio: ni el predador ni la presa pueden sobrevivir por sí solos. Los predadores inteligentes cuidan de conservar sus recursos.

*¿Recuerdas esa lección, Sikkukut?*

¿Quemar la tierra? ¿Destrozar sistemas ecológicos enteros? Suicidio, *na kif*. Mata a los stsho y morirás. Elimina a las hani y a los mahendo'sat, y la economía de la cual viven los stsho se derrumba, con el mismo resultado.

Un predador necesita a sus rivales tanto como a su presa. Los sistemas ecológicos encajan entre ellos. Un predador y una presa, sin nada más, no lo lograrán sostenerse.

Se le nublaban los ojos. Conocía las señales. Se obligó a retroceder en el asiento, arqueando los hombros. Apartó el brazo del soporte y el dolor le hizo lanzar un silbido.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Haral.

—Dioses... —dijo, porque el dolor la había dejado sin aliento para decir nada más. *La vejez, prima. Es la vejez, no hay duda. Tú y yo. No es justo que nos ocurra a nosotros. Eramos inmortales, ¿no?—*. Tenemos que hacer un salto más. Uno más. — Esas palabras tranquilizadoras eran para ella misma. *No queda mucho que recorrer, Pyanfar, no tanto. Lo has hecho una y otra vez, ¿verdad que sí?, has vivido días en tanto que en Anuurn transcurre un mes. Dos meses fuera y otra vez de regreso.*

Pero los dioses de la Gran Oscuridad daban el tiempo con una mano y lo quitaban con la otra. Desgastaban a la navegantes espaciales desde el interior, sometiendo el corazón a tensiones, robándoles la firmeza de las manos. La última vez que vio a Kohan, éste tenía ya muchas canas. Pero estaba sentado sobre sus almohadones, en la estabilidad que le proporcionaban sus esposas, en las tierras de Chanur; cazaba en sus reservas y gozaba de los mejores cuidados. Jamás conocía el hambre, como mucho un almuerzo que podía retrasarse porque estaba en el campo, mientras sus esposas, hijas, sobrinas, primas y todos sus jóvenes hijos hacían los preparativos de un pequeño festín. Una vida dura, pensaban quienes nunca salían al espacio. Una cacería quemaba la grasa, hacía acelerarse el pulso de la sangre y un poquito de hambre aguzaba los reflejos del cuerpo.

Oh, Kohan, dioses. Un almuerzo que se retrasa. Una tragedia.

Jamás has sentido la tensión del salto, jamás has notado cómo se te cae el vello en tal cantidad que deja la piel al desnudo, jamás te ha dolido la espalda a causa de que te has golpeado con el asiento, nunca has despertado del salto para ver cómo sobresalen los huesos y los tendones, descubrir tu mano como la de un desconocido al final de tu propio brazo, con los dientes doloridos y las articulaciones como si un cuchillo se te clavara entre los huesos.

Otro paquete de concentrados. Algo en el estómago.

—Por todos los infiernos mahen, ¿qué está retrasando a las Tauran?

—Están en el ascensor —dijo Hilfy, justo cuando se abría la puerta de éste, derramando su luz y su reflejo sobre el monitor de la derecha. Unas siluetas oscuras se acercaron por el pasillo, definiéndose al fin en la presencia y las figuras de las

hani.

Hizo girar su asiento y vio a Sirany Tauran, vio cómo le cambiaba el rostro y se le derrumbaban las orejas ante lo que veía. Igual que mirarse en un espejo. *¿Tan mal me encuentro?*

Sí, tenía que admitirlo: se encontraba muy mal.

—Todo bien, sin problemas —le dijo a Sirany. Y se puso en pie, agarrándose al brazo del asiento y luego a la mano que Sirany le ofreció en un rápido gesto. Entonces pudo ver de cerca el rostro de Sirany, sus ojos muy abiertos y atónitos. Una vez en pie se balanceó intentando encontrar su equilibrio.

—*Ker Pyanfar...*

—Quiero descansar —murmuró.

—Adelante —dijo Sirany—. Te traeremos algo. A ti y a toda tu tripulación. Vete a la cama.

*¿Compasión, Tauran?*

Le irritaba eso de una forma irracional y sabía que tal susceptibilidad era absurda. Tauran le ofrecía preocupación por ella y fe en su tripulación. Eso era lo que había estado intentando suscitar en Tauran durante esta larga vida y muerte alternada en la cual se hallaban atrapadas.

¿Cuánto tiempo? Ahora, meses y meses.

¿Cuánto tiempo han tenido los kif para hacer daño en nuestro planeta?

Dioses, ¿partieron de Urtur mucho antes que nosotras? ¿Era esa fuerza en Punto de Encuentro sólo una parte de lo que disponen? ¿Se encontraban ya meses por delante nuestro?

¿Estamos corriendo para meternos en una trampa destinada a Sikkukkut?

Chur viendo visiones. Alimañas negras en los conductos.

—*Pyanfar...*

Unos dedos le apretaron con fuerza el hombro derecho. Las garras le mordieron la carne. Sus pupilas encontraron los ojos de la otra hani.

—Dejé marchar a Jik —murmuró, sabiendo que apenas controlaba lo que decía. Pero de repente le pareció que importaba, le pareció que eso era algo que Tauran debía saber, una parte del rompecabezas, las piezas de contornos irregulares que resultaban cuando alguien dejaba caer el universo y éste se rompía, dispersándose, creando nuevos caminos por los cuales debían navegar ella y la *Orgullo*—. Es importante. —Pero no bastaba con decir eso—. Los mahendo'sat son la llave. Ni predadores ni presas. Son importantes. Siempre andas husmeando en las cosas. Como Tully. Los humanos son como ellos. Al mismo tiempo predadores y presas. Tened cuidado. Los mahendo'sat no sabían eso. Los humanos causarán problemas. Nos confundirán, no les entenderemos, igual que a los mahendo'sat. Como a los respiradores de metano. Los kif saben eso. Incluso el *han* tenía el instinto de su lado



en esa cuestión. Estábamos en lo cierto.

—Capitana —dijo Haral. El rostro de Haral apartó al de la Tauran que hablaba con Pyanfar—. Capitana, estamos aquí. Mira el cronómetro, capitana.

Parpadeó. Había regresado de golpe al movimiento físico desde ese lugar donde todo se movía, donde las partículas danzaban y las estrellas giraban en sus órbitas. Parpadeó por segunda vez.

—Sí —dijo. Repitió el parpadeo y las cosas volvieron a dolerle. Notaba las piernas inseguras—. Me voy.

(—¿Se encuentra bien? —preguntó alguien, no una voz de Chanur. Una voz joven. Fiar.)

Pyanfar se dio la vuelta, agachó las orejas, y clavó los ojos en la joven técnico.

—Se encuentra perfectamente, jovencita. —Respiró hondo y siguió moviendo los ojos hasta encontrar a Sirany—. Lo he dispuesto todo para que salgamos bastante cerca. Puede que haya sido un error. Hemos hecho cuanto podíamos.

Duda, clara y fácil de ver, en el rostro de Sirany. *Así que debo confiar en ella, ¿no? Ha pasado por demasiados problemas. Ha ido demasiado lejos, durante demasiado tiempo. Tenemos que montar guardia durante este viaje y tenemos que devolverle esta nave a una loca cuando estemos en Anuurn. Con todo lo que puede estar en juego.*

—Sirany, si crees que ya no sé lo que me digo, te equivocas.

—No he dicho eso.

Ni un solo pelo erizado ante la familiaridad que suponía usar su primer nombre, ni un solo gesto de irritación. Era compasión, en efecto. La nave cruzaba diámetros planetarios cada vez que tragaba aire y lo expelía, y una estúpida quería mantener largas discusiones en el puente, distrayendo a las tripulantes de su trabajo.

—Venga, poneros en acción —dijo Pyanfar—. ¡No apartéis los ojos de esos tableros! —Pero le había dado la orden a la tripulación equivocada—. Que alguien vigile esos tableros. No me importa quién lo haga. —*Bien, Sirany Tauran, ahí tienes una buena falta de atención. Ahora, ¿cuál de nosotras dos es la que no coordina bien?*—. Lo que te estoy diciendo... —prosiguió Pyanfar, intentando extraer un discurso articulado de entre la niebla de asociaciones libres por donde vagaba. Un territorio oscuro. La nada. Números y líneas que se extendían a lo largo y ancho del Pacto—. Jik es el mejor que tenemos. Confía en él y en su Primer Oficial. Y quiero que esta vez las comunicaciones estén libres en toda la nave. También con el kif. No podemos permitirnos salir al otro lado sin saber dónde estamos.

*No, Pyanfar Chanur, desde luego que no podemos permitirnos eso.* Todavía la duda. Ahora bajo la superficie, como un pez que se hundiera en aguas profundas. La superficie era lisa, sí, resultaba un alivio ver que todo había vuelto a la normalidad, a lo adecuado. Pero la duda seguía moviéndose por ahí abajo, oscura, silenciosa y

veloz.

Para estallar en el momento equivocado, para dar la vuelta y morderte, sí, Pyanfar Chanur.

—¿Seguimos en automático? —preguntó Sirany—. ¿Todavía?

—Es un buen ordenador —alardeó Pyanfar—. Y una buena tripulación. Ya te dije que esos números de navegación eran correctos. No soy una embustera, *ker* Sirany.

—No —dijo Sirany, manteniendo la calma, sin dejarse contagiar por la pasión de su tono—. Realmente, no creo que lo seas.

—Estaba hablando de algo. Piensa en ello, dijiste. Piensa en ello. —*Ves, me acuerdo. ¿Y tú, Tauran? ¿Está tan clara tu mente como para acordarte? ¿O todavía crees que estoy loca?*—. Vuelvo a preguntártelo, aquí y ahora. Antes de que aparezcamos ante Anuurn.

—¿Unirme a ti?

—Eso es lo que te estoy preguntando. Se supone que debes dar algún tipo de informe al resto de las capitanas antes de que lleguemos, ¿no? Estoy segura de ello. Pero todavía no lo has hecho, Jik nos habría informado. A menos que utilizaras un código realmente bueno... —Se apoyó en el respaldo del asiento, aliviando las piernas de un poco del peso que soportaban—. ¿Qué vas a decirles?

Una larga pausa de vacilación.

—Que no eres ninguna pirata. Que estamos convencidas de eso.

Pyanfar se quedó inmóvil durante un segundo. Parpadeó para conseguir que esas palabras le entraran en el cerebro.

—Pero no que tengamos razón.

Las orejas de Sirany se abatieron. No era enfado. Era una honda preocupación.

—Todavía tengo que descubrir la respuesta a eso.

—¿Cuánto tiempo piensas meditar sobre ello, eh? —El pulso le latía con fuerza en los oídos. El puente se convirtió en un gran manchón de luces borrosas, blancas y verdes—. Maldita sea, cuando salgamos no tendremos tiempo. ¿Entiendes eso?

—Ya sé que has programado el ordenador de esa forma.

La negrura volvió a caer sobre ella para esfumarse de nuevo algo después.

—Lo programé para que nos hiciera aparecer tan dentro del pozo como fuera posible —dijo, articulando cuidadosamente las palabras—. Tenemos por delante a un piojoso montón de esos kif de Akkhtimakt. No habrá tiempo para sentarse y hablar de ello. No tenemos los cañones necesarios para abrirnos paso a través del sistema si venimos de lejos. No estamos en condiciones de librar un combate prolongado. Esta nave ya ha visto combates como éste con anterioridad, capitana, en Gaohn, y no quiero repetirlos. Las probabilidades suben rápidamente en tu contra.

Una mano bajó muy suavemente sobre su hombro.

—Capitana, es tiempo de que...

—Ya voy, Haral, maldita sea, ya voy. —Tragó una profunda bocanada de aire—. Hemos perdido una nave, tenemos kif hasta las cejas y, *ker* Sirany Tauran, por todos los dioses, tanto los grandes como los pequeños, no soy ninguna loca ni deliro. —Respiró por segunda vez, intentando hablar con toda claridad, espaciando bien las palabras. Nada de gritos, nada de histeria—. Lo que te estoy dando es mi juicio sobre la situación, y piensa que estoy cuerda: vamos a hacer que un grupo de kif se enfrente con el otro y, por todos los dioses, esperemos que luego nos quede la fuerza suficiente para echarlos del sistema. Si no lo conseguimos, moriremos allí. Será una muerte colectiva y espero que los dioses no nos permitan ver lo que ocurrirá luego. Y no pienso dejar que nadie interfiera en mis planes y que meta mano en mi equipo de comunicaciones. Esto haría que tanto yo como mi tripulación nos viésemos privadas de la información necesaria o del control de esta nave en el último instante, ¿nos entendemos ahora mutuamente, *ker* Sirany? Voy a tomar los controles en Anuurn. Será mi turno el que esté en los tableros. Así lo he dispuesto y así será, no intentes jugar conmigo a ser una heroína. Si quieres lucha, la tendrás. ¡Pero no cuando salgamos del salto!

Las orejas de Sirany se habían agachado nuevamente. No de irritación. Una vez más esa mueca, de miedo y de duda. Se irguieron, oscilaron, cayeron y volvieron a levantarse. *¿Y qué piensas hacer al respecto, si ni tú ni ninguna de tus tripulantes podéis teneros en pie?*

Alguien se movió. No, más de un cuerpo, levantándose de su puesto.

El aliento de Khym, cálido y ronco. Khym, alzándose como una gran sombra en el límite de su campo visual.

Un macho, y loco. Eso había en el súbito destello nervioso que ardió en los ojos de Sirany.

—Está de nuestro lado —dijo Pyanfar con voz áspera. Aquel gesto de amenaza la había desarmado. No había nada más que decir. Sirany dudaba de que su esposo estuviera cuerdo, y tal vez dudaba también de que lo estuviera ella. Ahora habían perdido toda esperanza de razonar y el reloj seguía avanzando. La nave se dirigía hacia el salto y debían hacerse cargo de un turno de tripulación. Pyanfar agitó desesperadamente la mano, no muy segura de que pudiera recobrar el equilibrio si dejaba de apoyarse en el asiento. Todo nadaba ante ella en manchones borrosos—. Te veré al otro lado, *ker* Sirany. Eso espero, por los dioses... —Soltó el respaldo del asiento, resistiendo el impulso de aferrarse al brazo de Khym. Al fin logró mantener estable la cubierta y ver claramente la salida del puente.

—Pyanfar. —La voz de Sirany, sin ningún adorno ante su nombre.

Consiguió dar la vuelta. Intentó afirmarse sobre los pies, la sombra de Khym a su izquierda, Hilfy y Tirun más allá, en algún sitio, Haral todavía detrás de ella.

—Es preocupación, entiéndelo —dijo Sirany—. No es... no es duda, *ker* Pyanfar.

—Voy a caerme de un momento a otro —dijo ella con voz calmada, muy racional. Y no apartaba la vista de la línea formada por los tableros de control que había a la espalda de Sirany, para mantener un punto de referencia en su campo visual. El puente le oscilaba de nuevo—. Mándanos algo de comer, por todos los dioses, y deja que nos vayamos, *ker* Sirany.

Se dio la vuelta otra vez, sin perder de vista las consolas, y logró salir del puente sin que se le alteraran los órganos de equilibrio interno. Un pie delante del otro. Khym estaba detrás de ella. Había otras siluetas. Cuando pasó ante la puerta de Chur, estaba cerrada. Dónde estaba Geran... no podía recordarlo, no podía recordar si Geran había ido a la cocina, si la había oído pasar por ese corredor.

Llegó hasta la puerta de su camarote. Buscó a tientas el cerrojo, lo abrió, entró tambaleándose en la habitación y se derrumbó sobre la cama.

—Voy a buscar comida —dijo Khym, con tono ronco y áspero.

—Ya se encargarán ellas.

—Lo haré yo —se obstinó—. Me aseguraré de que no se les olvide. Andamos muy justos de tiempo.

Y emergió nuevamente de una oscuridad que la confundía y la sacudió hasta que Pyanfar pudo sentarse en la cama y rodear con sus manos la taza que le tendía. *Había*, traído toda una jarra. Horrible. Estaba cargada de especias cuyo sabor la ponía enferma. Tofi.

—Dioses, ¿siempre tienes que meterle esa cosa a todo?

—Es mi forma de cocinar. Calla y bebe. Tiene calorías.

Bebió y luego tomó otra taza porque él insistía. Después empezó a comer. Tenía las manos insensibles y se le caían los paquetes. Khym tomó asiento a su lado. A través de algún túnel que reverberaba de forma terrible, le llegaba el sonido del intercomunicador, resonando con voces hani que no conocía: «*Preparativos para el salto*». Ruidos de sistemas en funcionamiento. Una tripulación desconocida. Las palabras despertaban ecos que se retorcían al entrar y salir de su cerebro, desenfocándose. Buscó a tientas el consuelo de la red de seguridad, la encontró. Mientras tanto, la habitación no paraba de moverse a su alrededor.

Khym se había acordado de poner los cierres. Aun estando medio inconsciente, se había acordado de ello.

—Están bien puestos —dijo una voz real desde la entrada—. Discúlpame, capitana.

Eso la dejó totalmente confundida, no sabía dónde estaba. La puerta se cerró. Era una Tauran que hacía la ronda final de comprobaciones.

Se habían dejado la puerta abierta.

Cosas negras. Podían alimentarse de un cuerpo mientras que éste se encontraba indefenso. Vida kif, capaz de seguir activa durante el salto mientras ellos yacían

inertes incapaces de moverse, de sentir dolor. Podían despertar sin dedos. Desangrarse hasta morir, convertidas en un montón de huesos cubiertos de alimañas que se deslizarían sobre sus restos.

Sonó una sirena.

—Nos vamos —murmuró Khym con los labios pegados a su hombro.

Pyanfar se agarró con todas sus fuerzas a él. Habían confiado sus vidas a las Tauran. Y a los programas previamente establecidos, y al ordenador de navegación, y a la cerradura de la puerta.

—Último salto —murmuró Hilfy en su catre, junto al de Haral, el de Tirun y el de Geran, en el camarote de la tripulación. Había dos lechos vacíos. El de Chur y el de Tully. Tully se había quedado arriba, con Chur. Hilfy clavó las garras en el colchón, contando cada vez que respiraba. Cuando apareció Geran para reunirse con ellas se quedó muy sorprendida. Geran había dicho: «Tengo que trabajar al otro lado». Como si se hubiera despojado de toda emoción. Todas las vidas de la nave dependerían de Geran, al otro lado. Eso era cierto. Y Geran había venido para descansar con ellas, con el rostro frío e inmutable. Había dejado por segunda vez a su hermana al cuidado de Tully. «Se porta muy bien con ella», había dicho Geran. «Ella le quería a su lado».

¿Y te ha hecho venir aquí? Quizá Chur hubiera hecho eso. Sólo los dioses podían saber en qué estado se encontraba Chur. Geran no hablaba de ello.

—¿Cómo se encuentra? —Tuvo el valor de preguntar Haral. La misma pregunta. La misma pregunta, eternamente, como si pudiera haber alguna respuesta mejor.

—Aguanta —dijo Geran—. Aguanta. —Ningún optimismo. Geran se había quedado arriba durante mucho tiempo y había bajado aprovechando el último instante de estabilidad, mientras las alarmas ya sonaban.

—¿Puede comer? —Tirun era implacable. Llegaba hasta donde ni tan siquiera Haral se había atrevido a llegar.

Un largo silencio por parte de Geran. Y luego:

—Sí. Comió bastante bien. —Con voz átona, sin ninguna esperanza.

*Último salto.*

—Programé ese equipo para que nos dejara muy cerca de Anuurn —dijo Haral, con los dientes apretados—. Cuarenta y cinco y ocho por seis. Os apuesto a que entramos dentro del punto cinco.

—Será forzar un poco las cosas —dijo Tirun, olvidando en sus cálculos el tirón y las fuerzas de las naves que entraran y de las naves que ya hubieran llegado sobre la curva gravitatoria del pozo. Un cálculo sobre deformaciones. Sólo para tener ocupada la mente.

Eran Geran y Chur quienes siempre apostaban. Ni tan siquiera eso resultaba normal. Geran no mordió el cebo y mantuvo su lúgubre silencio. Tirun y Haral no

apostaban dinero, sino las copas que se tomarían en el bar más cercano.

Hilfy clavó los ojos en el techo. Aterrorizada.

*No vamos a conseguirlo, no vamos a conseguirlo, somos muy pocas y hay demasiados kif, no podemos echarlos. Las naves de Sikkukkut no son más que peones sacrificados en una jugada... eso somos todas.*

*¿Qué le importa a un kif el número de naves que pierda?*

*Es un modo barato de causarle problemas a sus enemigos.*

*Y ya hemos empezado a molestarle demasiado.*

—El otro lado —murmuró Pyanfar—, tenemos que movernos. Seguiremos un curso estable después del primer ciclo de reducción. Tienes que ir contando. Primera pulsación de los motores, luego levantarse y seguir aunque suene una alarma. No sé si Tauran va a llamarnos. No confío en eso.

—Primera pulsación —dijo Khym junto a su oreja, su voz casi ininteligible—. De acuerdo, entendido.

—Tienes que...

*... abajo.*

*... otra vez la gran oscuridad.*

Luchó por recordar su propio nombre. Recordarlo era importante. Estaba tendida con un desconocido pegado a su cuerpo, una extraña mano sin vello sostenía apenas la suya, sí, un alienígena. Había tomado las drogas antes de que todo empezara y ahora se encontraba indefenso, como debía estarlo su especie para enfrentarse al abismo.

Chur, ése era el nombre. Aguantó gracias a ese débil lazo que la mantenía unida a su esencia. No podía dejarle solo.

*Dejé a mi hijo. Le perdí. Nunca volveré a encontrarle, nunca lo sabré.*

*No voy a dejar aquí a mi amigo, indefenso. No.*

Estaba consciente. No era normal, eso lo sabía. Durante esta larga vigilia de días subjetivos tenía tiempo para aclarar las cosas, no en el sueño consciente del tiempo extendido, en la tenue neblina que se apoderaba de las mentes durante su paso por el abismo, haciéndolas más lentas aún que los cuerpos, sino totalmente despierta en la oscuridad que giraba sin cesar. Se encontraba en igual situación que la nave: parte de su cerebro hacía cálculos dentro de su cabeza, mientras así esa mano extraña de huesos tan delicados y hermosos.

*No abandonarle.* Pensó en Tully y recordó *por qué* estaban aquí, recordó a los alienígenas, y la nave, y el problema. El problema, así lo llamaría la capitana. Olvidó el tiempo que había pasado con Geran, porque Geran existía eternamente, como las

estrellas y el movimiento de los mundos. Pero Tully venía de otro sitio. Se había extraviado más profundamente que ella. Tully tenía períodos y límites. Hubo un tiempo en el cual no le conocía. Y jamás había estado tan cerca de él como ahora. Intentó decirle eso a Geran, explicarle la razón de que deseara tener aquí a Tully.

—Vete —eso es cuanto salió de su boca. No había querido decirlo de ese modo, pero hablar teniendo la mente tan llena era una experiencia irreal. Cálculos. Números. Era fácil hablar demasiado—. Por todos los dioses, vete. Vete. No te quiero aquí. Él. Con él es suficiente. Tienes un trabajo que hacer, Gery. Ocúpate de ello. ¿Quieres matarnos cuando estés ante esos tableros?

*Lo siento.*

Borró esa escena. Construyó otra. Estaba sentada en el lecho, con almohadas detrás de la espalda.

—Tenemos problemas —dijo, y eso era lo que había pretendido decir—. Gery, quiero recuperar mi sitio.

—Lo recuperarás —aseguró Geran con voz amable (sabía que Geran diría exactamente esas palabras, conocía cuál sería la inclinación justa de las orejas, la expresión dolorida, el suave tono de las palabras)—. Vamos, tenemos tripulantes de relevo a bordo. Las Tauran, ya te lo dije. ¿Quieres ir a la cocina para estar un rato sentada? ¿Algo de beber?

—Está bien —aceptó ella; y se dejó llevar hasta ahí, lentamente. Se sentó, rodeada por el familiar ambiente de la cocina. Tully estaba ahí. Se acercó a ella y le puso la mano en el brazo.

—Tú asustarme —afirmó.

—Lo siento —dijo ella. (De vuelta en la cama durante un segundo. Tully estaba tendido, durmiendo, drogado, inconsciente. Tenía una bonita melena. Era lo que más le gustaba de él. Los mismos dioses podrían tener un pelo como ése, todo luz de sol. A veces Tully le asustaba. Pero se había apretado junto a su cuerpo en la cama; quizá le estaba dando calor. *Amiga*, había dicho unos momentos antes de perder el conocimiento. Le dio una palmadita en el hombro para alisarle el vello. *Amiga*).

*Estaban todas ahí, toda la tripulación, en la mesa de la cocina, lo cual no tenía sentido dada la situación, con los riesgos que corrían. Sólo faltaba la capitana. Y el kif. Alguien le puso una taza entre los dedos. Geran le ayudó a cogerla con más seguridad, poniendo las manos sobre las suyas para llevárselas a la boca. Era difícil volver. Sí, muy difícil. Se dio cuenta de que el líquido estaba caliente. No tenía ningún sabor. Era difícil concentrarse en las cosas pequeñas, ajustar los oídos para que percibieran el ruido de las conversaciones, conseguir que la mente se ocupara de ese tipo de pequeños detalles y no de los enormes cálculos que había estado efectuando antes.*

*Parpadeó al notar un movimiento y oír la voz de la capitana. Pyanfar había*

aparecido en la cocina y ahora estaba sentándose entre Haral y Tirun. Khym estaba rebuscando en los armarios, nuevamente encargado de los trabajos de cocina.

—... no me siento muy tranquila al respecto —dijo Pyanfar—. No sé por qué razón, pero no me gusta nada el próximo salto. Nos acercaremos al planeta tanto como nos sea posible. No sé en qué nos vamos a meter. Pero todo esto ha estado demasiado callado durante el viaje. Kura no tuvo tiempo para hacernos llegar un mensaje. Ojalá nos hubiéramos acercado más a la estación.

Chur parpadeó. Parpadeó y se encontró con que allí estaba Jik, pese a que ella se había limitado a recordar confusamente por qué se encontraba en aquel lugar. Alrededor de la pequeña mesa de cocina había ahora muchos más sitios de los habituales. El espacio se doblaba sobre sí mismo y en él cabían montones de cosas.

—Empujarles fuera del sistema —dijo entonces Chur—. Eso es lo que debemos hacer, destrozarles en el primer encuentro que tengamos. El han sabe que vienen. Los mahendo'sat se lo han dicho. ¿Verdad que sí, Jik?

—Afirmativo —respondió el mahendo'sat, y se encogió de hombros.

—Acordaos de Banny Ayhar. Ayhar siguió hacia Maing Tol. Cuando me dispararon en Kshshti, tú le diste un mensaje, Jik. He calculado su curso hasta el hogar. Ahí es donde han tenido que ir. Nada podría detenerlas. No con lo que sabían, no con lo que les diste para que transportaran. ¿No es así, Jik?

—Buena suposición —afirmó Jik, en un hani mejor del que solía utilizar normalmente. Apoyó los codos sobre la mesa—. Mala suerte en el muelle de Kshshti. ¿Cómo sabes lo de Maing Tol?

—Yo se lo dije —intervino Geran—. Le dije que el mensaje estaba bien. Dioses, consiguió un agujero en las tripas por defenderlo, ¿crees que no iba a decírselo? Era importante, después de todo.

—Más vale que lo sea. Tengo un agujero en las tripas para probar que lo es. ¿Piensas acaso que se me iba a escapar algo así? Banny Ayhar fue a Maing Tol y sé que llevaba algo tuyo. Sé lo que yo habría hecho en el lugar de Banny. Habría salido de ahí a toda velocidad. Me habría ido corriendo a casa por el camino más corto y seguro. Y el Personaje de Maing Tol tendría entonces algo que decirle al han, ¿no?, sólo podía arrestar a toda su tripulación o dejarla marchar. Y en el segundo caso, marchar sería con un mensaje. Las dejaría marchar con todo un grupo de naves mahen que se ocuparía de hacerlas llegar a casa.

—No estoy en los controles —dijo Pyanfar—. He estado pensando en algo parecido. Tenía la esperanza de que así fuera. Pero éste no es mi turno. No es mi guardia.

—Ya te lo dije —intervino Geran de nuevo.

—Eh, ¿piensas que se me empiezan a escapar las cosas? No, aún puedo acordarme de eso. Sé dónde estoy. Lo he sabido todo este tiempo. ¿Crees que es fácil



*hacer cálculos mentales? Sé dónde podría estar cada nave. Y el tiempo que han necesitado. Conozco su masa y sus capacidades. Sé cuál es el tiempo de su caída en el espacio real. En este juego me han salido canas, conozco la competición, ¿no? Pero esta vez no se trata de una competición. Nuestra ayuda. Toda la ayuda que tenemos. Confía en mí, capitana. Lo he calculado todo para ti.*

*—No es mi turno —repitió Pyanfar.*

*Y dejó la mesa. Se había ido.*

*Los demás la imitaron.*

*—Lo siento —dijo Jik—. No estoy aquí.*

*Y entonces volvió a encontrarse sola con la tripulación. Khym se fue. Luego se marchó ella.*

Un silencio de muerte. Tully era un ánora en el interior de un mar enorme y oscuro.

Extendió la mano y, muy cuidadosamente, en un movimiento para el cual quizás hizo falta todo un día en el tiempo alargado del salto, se desconectó a sí misma.

... abajo una vez más.

... la cuesta gravitatoria.

Resultaba difícil moverse. Pero Chur lo consiguió, logró desplazarse hasta el borde de la cama, y recordó —no podía haberse olvidado de nada—, sí, bajar nuevamente la red de seguridad.

Recorrer el pasillo fue todavía más largo y complicado, porque éste se agitaba como una serpiente, oscilando bajo los pies; no llegaba nunca hasta las luces del puente. Quizá tardó un día entero en recorrerlo. Cosas negras se movían como veloces serpientes oscuras por los pasillos, chillando con voces estridentes.

Un nuevo curso lógico: aquellos bichos se movían y reproducían. Alimentándose allí donde podían. Aislamiento. Plástico. Ignorando todas las barreras.

Nativas de Akkht. Como el kif.

Alerta durante el salto.

... abajo y todavía cayendo...

Logró llegar hasta el camarote de la capitana. Y se apoyó en la pared.

—Capitana —musitó, y quizá tardó otro día en decirlo—. Los mahendo'sat. Un mensaje ha partido hacia ellos. Puede haber llegado un mensaje de Maing Tol a Iji. Ayhar, de la *Prosperidad*, habrá llegado a casa. De Kirdu hasta Kita hay un salto. Una nave puede haber ido de Iji hasta ahí. De Kirdu hasta Ajir, un salto; y desde allí hasta Anuurn. Nuestras naves se habrán enterado. Vendrán a casa, capitana. Siendo como somos, vendrán a casa en cuanto les sea posible. Los mahendo'sat no se habrán opuesto a ello. La presa va al valle, pero los cazadores atraviesan la colina. Es la única posibilidad razonable. —Las palabras se le deformaban en la boca. Observó el

lento movimiento de una oreja que se agitaba, escuchándola. No la de su capitana, sino la de la desconocida. Tauran. También sabía eso—. Créenos —le dijo a esa capitana—. Cree lo que te hemos contado.

Otros cálculos. El sistema solar bailaba en sus recuerdos, pasando por dos años de cambios posicionales. Los senderos espaciales se enredaban como espirales de color, moviéndose sin cesar por este laberinto de rocas, convergiendo en Anuurn.

Cubrir una nave con masa y ruido de emisiones, un pozo de gravedad en el cual podía estar, ocultada por los fragmentos que se movían incesantemente, en el estruendo emitido por una gigante gaseosa. Akkhtimakt sabía que habría un ataque dirigido contra él. Había tenido tiempo suficiente para hacer planes y comprobar los movimientos que pensaba hacer. El ataque no podía cogerle totalmente desprevenido.

Se dirigió al tablero de comunicaciones y, casi tocando la flácida mano de una tripulante de Tauran, pulsó la tecla de un canal.

—Kif. ¿Me escuchas?

—Kkkt —le respondió la voz, lenta y pastosa—. ¿Quién llama? ¿Quién es?

Se inclinó sobre el tablero con un terrible esfuerzo. Tomó asiento en un puesto vacío. El de Tully. Entre dos tripulantes de Tauran. Quitó el bloqueo de los armamentos impuesto por el tablero principal y puso la mano sobre ese control, preprogramando las armas para que hicieran fuego en la dirección de Tyar desde su punto de entrada.

Criaturas negras corrían lanzando chillidos. Había luces rojas en los tableros, sistemas que no funcionaban. Fue al tablero principal y, cuidadosamente, conectó las reservas en un sistema tras otro, en todos los lugares donde los mecanismos automáticos habían fallado.

... abajo otra vez. Se tambaleó, agarrándose al tablero, parpadeando al sentir la sacudida que daba el puente, aquí, a su alrededor, el sitio donde había pasado su vida. La tripulante que tenía al lado empezaba a volver la cabeza, confundida. Todo el puente fue real durante un segundo antes de que se empezara a oscurecer.

—Dioses —dijo alguien. Mientras tanto, la *Orgullo* empezó a disparar, debido a la acción de los automáticos.

La oscuridad la rodeó de nuevo con sus pliegues, pero ahora no era más que la luz al atenuarse; y el dolor, la mordedura de una correa sobre su cuerpo flácido, a punto de caer. Logró erguirse una vez más. Alargó nuevamente la mano hacia el interruptor de comunicaciones y puso el canal al máximo.

—Capitana. Aquí Chur. Sube al puente. Emergencia, emergencia.

—Por todos los infiernos mahen, ¿cómo lo ha conseguido? —gritó una voz juvenil. Y otra voz:

—¡Capitana!

Mientras el espacio recobraba otra vez la cordura, las sirenas gemían, advirtiendo

que había varios sistemas funcionando en reserva. Se encontraban con una oleada de informaciones que decían ANUURN, ANUURN, ANUURN...

—¡Dioses! —gritó una voz al ver algo.

Y su propia nave respondió automáticamente: la *Orgullo de Chanur*.

Se encontraban muy dentro del sistema. Cerca de la estrella. Del sol que les había calentado la espalda cuando eran niñas y les había servido de faro, llamándolas al hogar al final de cada viaje.

La baliza de Anuurn estaba apagada. No podían hacer nada al respecto.

—Vigila el vector de Tyar —le dijo a la operadora de pantallas que tenía al lado, o intentó decírselo. Mientras, las armas de la *Orgullo* volvieron a dispararse.

Pyanfar corría. Nunca había tenido que hacer tal esfuerzo justo después de un salto. Su cuerpo golpeó la puerta y logró accionar la cerradura. Se tambaleó en la entrada del pasillo y corrió por él sintiendo a su espalda el pesado golpe de los pies de Khym, que también corría. Una silueta borrosa emergió del camarote de Chur y chocó con ella, rodeándola con los brazos, apestando a humano, medio desnudo y a punto de caerse al suelo.

—Chur... —dijo Tully, pero Pyanfar ya se había vuelto a poner en movimiento, apartándole de su camino, dejándole para que estorbara a Khym, que venía detrás.

El puente se encontraba ante ella, lleno de luces; su visión era clara y borrosa alternativamente. Se agarró al umbral y luego, pasando la mano de un asidero a otro, se dirigió a la consola más cercana. Buscó a tientas la siguiente, dirigiéndose hacia el asiento de la capitana, y cuando logró llegar hasta él, se agarró al respaldo y se quedó inmóvil.

—Aquí estoy —jadeó, y Sirany retorció el cuerpo para mirarla, empezando a levantarse—. Ve al puesto de observación uno. La cubierta inferior está demasiado lejos.

—Seguimos disparando —dijo una voz juvenil—. ¿Paro el sistema?

—*Prioridad*, no tenemos ninguna baliza.

—¿Contra qué disparamos? —preguntó secamente Sirany—. Dioses y truenos, ¿qué estamos haciendo? Por todos los dioses, llevamos una velocidad muy alta... esos cañones...

—No estoy segura... —dijo alguien.

—Se ha desmayado —informó otra voz. Mientras, Pyanfar agarraba convulsivamente el respaldo del asiento que ocupaba Sirany.

—¡Fuera! —le gritó a la Tauran, y Sirany se levantó en el mismo momento que Pyanfar se dejaba caer en el asiento.

—Vector Tyar —dijo alguien.

—Seguid en vuestros sitios —ordenó secamente Pyanfar, parpadeando ante la confusión de luces, sintiéndose como si hubiera quedado ciega después de todo ese resplandor—. ¡Chanur, subid aquí corriendo! ¡Quiero ver vuestros traseros en el puente! Tauran, corta el fuego, córtalo.

—*¡Mi puerta, mi puerta! ¡Estúpidas!*

—Abre la puerta del kif —le dijo a la copiloto y repartidora de funciones de Tauran. Confusión a su espalda mientras Tully y Khym intentaban determinar el estado de Chur—. ¡Khym! Llévala a la cocina, ahí estará más segura durante la emergencia. Que trague algo de líquido, si le es posible.

Era algo en lo cual ya se habían entrenado con anterioridad: la cocina, el espacio más pequeño que había entre la popa y la proa, que también era accesible desde el puente. Cerrar el acceso del pasillo, tirar al suelo los bancos acolchados, doblar la mesa y usarla como soporte auxiliar, y luego sujetarse con cinturones. Por el rabillo del ojo vio cómo se llevaban a Chur en esa dirección. Sirany, en el asiento que Chur había dejado, alargó la mano y activó el comunicador.

—Me encargaré de repartir las funciones entre puestos, Chanur. Como auxiliar.

—De acuerdo —aceptó. Soltó un paquete de concentrados del soporte y engulló su contenido, con los ojos en el cronómetro y en los números rojos que parpadeaban sobre la pantalla—. Dioses... —Y, por el comunicador general—. ¡Coged ese ascensor, que los dioses se os lleven, corred, tenemos treinta segundos para reducir velocidad, corred, corred, corred! ¡Tendréis que aguantar en el ascensor!

—*¡Lo conseguiremos!* —La voz de Haral. Deformada por el paso de un receptor a otro, en movimiento—. *¡Adelante!*

En su pantalla aparecían imágenes. Se metió una conexión de comunicaciones en el oído derecho y escuchó el flujo de palabras kif.

Quince segundos. Ruidos del intercomunicador, abierto a los dos extremos del canal. Gritos y maldiciones ante una puerta rebelde.

—*¡Abre el condenado ascensor!*

Luego:

—*Estamos dentro.* —Una voz diferente, esta vez la de Tirun.

—*¡Esperad, esperad, esperad! ¡Kkkkt-kkt-kt! ¡Esperad!*

—*¡Aprisa!*

—*Kkkkkkkkkkk...*

Reducción.

... abajo. Perdiendo velocidad.

... luces rojas. Extendiéndose igual que una plaga.

*Oh, dioses, no permitáis que nos perdamos aquí.*

*Ahora no. Ahora no.*

Espacio normal. Anuurn y kif. Tragó saliva, conteniendo las náuseas, y empezó a

manipular los controles mientras la Tauran sentada a su lado empezaba a pasarle imágenes.

—Posición, posición, por el infierno manen, ¿dónde estamos? —No era Haral quien estaba a su lado. Ahí fuera, su escolta kif estaba disparando a unos cuarenta y cinco grados por delante de ellas. La pantalla se aclaró y volvió a cubrirse con una neblina luminosa. No tenían modo alguno de saber con certeza contra qué disparaban los kif—. Comunicaciones, maldita sea, ¿dónde está la identificación de esas naves?

—No hay identificación —le respondió la voz juvenil—. No recibimos señal de identificación.

—¡Capitana, objetivos ahí fuera, en el vector Tyar!

—Centrad los blancos.

—No sabemos contra qué estamos disparando —protestó Sirany.

—Centrad los blancos, por todos los dioses, ¿he dicho que disparemos acaso? ¡Quiero tener un maldito punto de mira encima de ellos!

—Los dioses te... ¿me he negado acaso a obedecer?

En el puente no había ahora una tripulación. Eran sólo un grupo reunido al azar. La mano izquierda y la mano derecha se enredaban entre sí. En el monitor apareció un reflejo luminoso que se hizo más grande. La puerta del ascensor, abriéndose. Pyanfar miró el cronómetro y vio que faltaban cincuenta segundos para la próxima reducción.

—*¡Cincuenta segundos para reducir, despejad esos asientos, número dos, tres, cinco, siete... la tripulación de Chanur viene por el pasillo, vamos a cambiar de turno a toda velocidad, salid de vuestros sitios, venga, en marcha!*

—*¡Venga!* —gritó Sirany a sus tripulantes—. Ya la habéis oído. *¡A la cocina!*

Habían quebrantado todas y cada una de las reglas que había en el manual. Las tripulantes dejaron los puestos en mitad de las operaciones y corrieron confusamente hacia el pasillo que conducía a la cocina. Oyó pasos lanzados a toda velocidad sobre el suelo del puente, el susurro de los asientos, el zumbido de éstos al darles energía, y el chasquido de los cinturones: la nueva tripulación había llegado al puente. Nuevas voces informaban ya por el comunicador.

—Tu hermana se encuentra bien —dijo Pyanfar.

Mientras tanto, el cronómetro seguía funcionando y caían de nuevo...

... reducción programada de velocidad.

Más rojo. Rojo, rojo, rojo.

*Oh, dioses, los tableros principales no.*

El sistema de apoyo vital fuera.

*¡Que los dioses fríen a esas escurridizas criaturas!*

Tres sistemas más funcionaban en reserva. Otro de ellos a punto de estropearse definitivamente.

Fuera otra vez, con los mensajes y la telemetría llegando, voces de Chanur entregando información.

—Afirmativo: Akkhtimakt. Vector Tyar, rompiendo la formación hacia el nadir.

—*Fuego.*

Otra oleada de energía pasó velozmente sobre ellas, interfiriendo con todas las imágenes.

—¡Ése era Jik! —exclamó Geran.

—¡A por ellos! —gritó Tirun.

—¡Kkkt! ¡Sgot sotikkut pukukt! —dijo Skkukuk.

Más interferencias. Una granizada de proyectiles pasó junto a ellas a gran velocidad.

Añadieron su propia velocidad al ataque, aunque ésta era más baja, y el haz de su pequeño proyector montado en la proa. Los mecanismos hidráulicos gemían y a ese ruido seguía un golpe ahogado cada vez que recargaban el lanzador al mismo tiempo que lo mantenían apuntado. La fuente del fuego se encontraba... dioses, en la eclíptica. Sintió un escalofrío en la espalda. Chur y las premoniciones. Los primeros disparos eran los más letales, ya que los habían hecho a ciegas y con la nave a gran velocidad.

Alguien había dispuesto los cañones.

*Whump* y un gemido. Otra salva de proyectiles. Otra salva entró en las recámaras.

—Preparadas para frenar. —*Dioses, espero que los sistemas aguanten.* Puso la nave en una lenta rotación, con los cañones todavía siguiendo el blanco y disparando de forma automática.

Luego conectó los motores principales. La mano le temblaba sobre el tablero, incluso con el brazo metido en el soporte metálico. La tensión era tal que se le nublaba la vista. Algo pequeño y negro le pasó volando junto a la cabeza y se estrelló en el mamparo delantero, más allá de su panel, chillando estridentemente. Una caída desde tres niveles de altura, de ahí venía.

—¡Dioses! —gritó Pyanfar, llena de repugnancia. La criatura empezó a corretear por encima de los tableros, y sus pequeñas garras arañaban la superficie. Aquella cosa trepaba pese a la fuerza gravitatoria. Finalmente la criatura echó a correr por encima de la consola siguiendo el mamparo, la ruta que le ofrecía menos resistencia.

Y entonces las pantallas se llenaron con una explosión de colores.

—¡Tenemos compañía! —gritó Geran, mientras golpeaba el tablero con las manos. ¡Dioses, oh, dioses, son nuestras, identificaciones hani... naves hani escondidas en la eclíptica y fuera del sistema, están acercándose!

—¡Naves hani! —exclamó Hilfy—. Esperando... ¡Oh, dioses, alguien las ha avisado! ¡Vienen siguiendo la ola producida por la entrada de nuestra escolta!

—Ayhar —dijo Pyanfar. Su corazón, otra vez. Pero este dolor era bueno, como si el mismísimo universo no fuera lo bastante grande para contenerlo—. ¡Los dioses cuiden de ella, Banny Ayhar logró pasar!

Mientras tanto, la *Orgullo* iba reduciendo rápidamente su velocidad y las naves de Akkhtimakt aumentaban la suya, con cambios de ciclo cada vez más acelerados. El ordenador eliminó la reducción de velocidad en el cálculo relativo de ese otro aumento y, pese a todo, siguió dando una aceleración.

—¡Los bastardos huyen! —gritó Hilfy—. Se van de aquí; pueden ir hasta Ajir y dirigirse hacia fuera...

—Jik va tras ellos —dijo Tirun. Mientras tanto, en el comunicador, Sif intentaba explicárselo todo a la tripulación de la cocina. Por el altavoz les llegó un grito de alegría, débil y algo tembloroso por las tensiones que imponía el frenado pero, aun así, seguía siendo un grito de alegría.

—¡Están perdidos! —dijo Skkukuk, y luego una retahíla de palabras en kif.

Sus antiguos asociados. Akkhtimakt y todos los suyos; y Skkukuk no estaba con ellos en el momento de su debacle, sino en la primera nave del bando ganador. Sí, para un kif seguramente debía de ser muy placentero el momento en que se justificaban todas sus maniobras. Emitía siseos y chasquidos y sólo le faltaba cantar de alegría.

—Dadme un canal —dijo—. Hakt', dame un canal, alabada sea mi capitana, *mekt-hakt'*, no girarán, no se atreverán a girar, ¡dame un canal!

—De acuerdo —aceptó ella. Era un precio bajo si con ello mantenía contento al kif. Y, cuando consiguió su canal de comunicaciones, Skkukuk empezó a emitir una chasqueante serie de palabras en kif básico.

*Estúpidos, venía a decir el mensaje. Uníos a mi capitana, untos a nuestro triunfo, dad la vuelta y haced pedazos a los locos indefensos que os dirigen, pues ya están condenados.*

—Comunicaciones —dijo Hilfy—. La *Industria de Harun* manda sus felicitaciones y pide que les demos instrucciones.

—Que se queden detrás de esas naves y por el dulce nombre de los dioses, que dejen a su ordenador a cargo de los disparos, tenemos ahí fuera demasiados aliados que parecen del otro bando.

—Señal kif —dijo secamente Hilfy—. Skkukuk.

—¡La *Notiktk* ha empezado a disparar sobre sus compañeras! —gritó Skkukuk—. ¡Afirma su lealtad, *mekt-hakt'*!

*Oh, dioses.*

Pyanfar se quedó inmóvil, asombrada, oyendo cómo Skkukuk decía más y más nombres, a medida que la retaguardia de la fuerza kif en retirada añadía sus disparos al ataque que ya estaban sufriendo sus propias fuerzas. Las naves hani llegaban como una ola, cayendo sobre las naves que intentaban huir.

El martillo y el yunque. Más y más deserciones entre los kif y el vector de Ajir, el único camino de huida dada su velocidad y trayectoria... obstruido repentinamente por otra ola de naves.

—Dioses, ¿qué es eso?

El comunicador nuevamente saturado, esta vez desde el nadir. Naves que habían permanecido ocultas y en silencio cobraban repentinamente velocidad y se ponían en marcha.

Emitían identificaciones mahen en un continuo aullido.

—Dioses, les tenemos —gritó Haral. Y se rió en voz alta, y empezó a golpear la consola con los puños—. ¿Habéis oído eso? ¡Son los mahendo'sat! ¡Hemos atrapado a los kif, las fuerzas de Akkhtimakt están desertando a diestro y siniestro, se están matando entre ellos, van a destrozarse!

Pyanfar contemplaba el espectáculo boquiabierta. Y, poco a poco, las piezas empezaban a encajar vagamente en un orden que había sido dispuesto desde hacía más tiempo del que ella hubiera querido ver.

No sentía deseos de lanzar vítores. Lo que estaba ocurriendo ante ellas era horrible, obsceno. Y, con todo, no lo era en realidad, resultaba justo. Era como lo ocurrido con esas pequeñas alimañas, que se habían multiplicado logrando triunfar pese a cuanto tenían en su contra.

Ahí fuera estaban los kif, sobreviviendo una vez más.

Haciendo lo que mejor sabían hacer.

*Es posible que aquí haya una matanza. Y somos nosotras quienes la llevaremos a cabo contra unos kif que, según su punto de vista, son inocentes.*

*Con un solo golpe, puedo dar la orden, puedo limpiar nuestro sistema de naves kif hasta que podamos organizar una defensa. Barrer a los alienígenas, echarlos de nuestro sistema natal.*

*Es un acto prudente. Prudente, nada más que eso.*

*Pero, que los dioses me ayuden, no quiero una carnicería.*

—Transmite: la *Orgullo de Chanur* y todas las naves. Cesad el fuego, cesad el fuego sobre todas las naves con identificación kif que emitan señal de rendición.

Y entonces le llegaron las comunicaciones procedentes del otro vector, las que venían de Jik. Pedían ese mismo mensaje que ella había previsto y acababa de enviar.

Las naves seguían frenando. El combate disminuía, pero seguían habiendo bajas. Masas sólidas se convertían en nubes a la deriva. Las pantallas se confundían en el



intento de seguir todos los proyectiles que erraban el blanco hasta que Geran dio la orden de pasar por alto todas las trayectorias sin potencial de intersección.

Su velocidad era cada vez más y más baja.

—Toma el control —dijo Pyanfar, y Haral hizo girar a la *Orgullo* sobre sí misma para usar los motores principales y darles un nuevo rumbo.

Hacia Anuurn.

Imagen de vídeo. Haral había estado demasiado ocupada hasta ahora para conectarlo. Su estrella natal, Ahr, con su brillante resplandor amarillo. La que daba vida, el fuego del hogar para su especie. Y la luz más pálida y más cercana era Anuurn.

El hogar, de nuevo.

Con un grupo de maltrechas naves mercantes moviéndose en una desordenada parodia de la rígida formación que habían mantenido durante tanto tiempo y tanta distancia: Harun y la pequeña Faha, Pauran y la última, que a duras penas podía avanzar, Shaurnurn, informando sobre sus averías, hablándose unas a otras por el comunicador.

—*Aquí Sirany Tauran.* —Sirany había logrado procurarse un canal de comunicación externa—. *Afirmativo sobre la conexión, pido confirmación. Todas las naves. Están bien. Chanur se encuentra bien, sin problemas. Alabados sean los dioses.*

—*Que los dioses cuiden de nosotras. Aquí y en otros lugares.* —Hablaban Harun, quien siempre fue la líder de ese grupo.

—*Lo hemos oído* —dijo Faha, y luego siguieron más acuses de recibo.

Mientras, la carnicería continuaba y algo parecía caer sobre ellas, dificultando la respiración. Un mensaje a velocidad lumínica iba surcando los relés de las naves.

—Tenemos contacto con Gaohn —dijo Hilfy—. Piden un informe.

—Ya deben saber lo ocurrido, a estas alturas —murmuró Pyanfar—. Pero contesta de todas formas. Transmite: «la *Orgullo de Chanur* a Gaohn. Pedimos prioridad de navegación. Asunto del clan». Fin del mensaje. Llama a Kohan. Pregúntale qué tal van las cosas ahí abajo.

En Anuurn. En el hogar. En esa pequeña esfera reluciente perdida en la gran oscuridad.

Haría falta bastante tiempo. Las preguntas y las respuestas se sucedían despacio con estas distancias. Las conversaciones sólo podían mantenerse en una sola dirección.

—Por el infierno mahen, ¿dónde está la *Vigilancia*? ¿Hemos captado en algún lugar la identificación de Ehrran?

—Afirmativo. Afirmativo —dijo Geran, completamente concentrada en los tableros—. Cinco naves están saliendo de Gaohn. Tenemos una conexión establecida

con Ehrran. Se mueven. Son seis naves. No emiten.

—Habría apostado por ello. ¿Dónde está Ayhar? Maldita sea, ¿dónde están Banny Ayhar y la *Prosperidad*?

El peso ardiente se detuvo. Se le despejó la visión, ya no tenía que luchar para que la voz le saliera de la garganta. Sintió un fuerte mareo. Cansancio, recursos agotados. Los reflejos de luchar y huir se desvanecen y el cuerpo debe pagar las deudas. Clavó las garras en el asiento, luchando contra las náuseas, y buscó a tientas un paquete que se le cayó, luego consiguió encontrar otro. Le dio un mordisco y tragó repetidamente, lo único que podía hacer ahora aparte de ceder a las arcadas. *Voy a desmayarme. Oh, dioses. Yo no hago ese tipo de cosas.*

—Haral... Sirany. No...

—¿Capitana? ¿Capitana?

Iba a la deriva. Estaba bajo un techo que no era el del puente. Lo miró, parpadeando, y luego vio el rostro ansioso y preocupado de Khym.

—Te desmayaste —dijo.

—Maldita sea... —Alzó las manos para localizar su cabeza, que parecía haberse separado del cuerpo, confusa y aturdida—. ¿Quién lleva ahora la nave?

—*Ker* Sirany. Nos dirigimos a Gaohn. Todo va bien, Py. Lo hicimos.

—Jik...

—Los kif saltaron. Los que pudieron, muchos se han rendido. Se han unido a los otros kif, y les dirige la *Chakkuf*. Skkukuk ha estado hablando con ellos, diciéndoles... según Hilfy, claro, que harán bien en no moverse.

—¿Dónde está Jik? —El miedo hizo que el corazón le empezase a latir fuertemente—. ¿Ha saltado, maldita sea, se ha ido, ha saltado?

—No le tenemos localizado. Todo se... se puso bastante confuso, Py. No es culpa de Geran. Sirany dice que no es culpa suya. Nosotros... hemos perdido unas cuantas naves. Su identificación dejó de llegar, eso es todo.

—Está escondido. Dioses, ese bastardo está preparando otro de sus trucos. —Algo parecía obstruirle la garganta. Sentía deseos de romper algo, cualquier cosa. Una marea negra se cernía sobre sus ojos, le dolían todas las entrañas—. Le necesitamos. —Lo dijo en voz muy baja y le costó lograr que las palabras brotaran más allá de ese nudo. *Oh, Jik, Jik. Otro maldito engaño.*

*¿Y ahora qué hago? ¿Qué voy a hacer?*

—¿Capitana?

No esperaba oír esa voz. No podía presentarse en sitios como éste, en su camarote. Alzó la cabeza, que no paraba de darle vueltas y miró hacia la delgada hani de aspecto agotado que se agarraba al marco de la puerta.

—¿Chur? Por todos los dioses...

—Estoy bien —dijo Chur.

—Bien —respondió—. Bien. —Y se dejó caer nuevamente sobre la almohada. Era cuanto podía hacer en ese instante. Toda la habitación estaba girando lentamente. Era como si la fuerza gravitatoria le estuviera gastando bromas, una pequeña aceleración por aquí, otra por allá, pero si lo preguntaba parecería una estúpida. Era su cabeza. Su sentido del equilibrio.

*Dioses. Sikkukut. ¿Dónde? ¿Cuándo?*

Un peso hizo bajar el extremo de la cama. Una mano le tocó la pierna.

—Capitana. —Era la voz de Haral, enronquecida por la fatiga—. Ahora podemos descansar un poco. *Ker Sirany* está discutiendo con *Gaohn*, diciéndoles que tenemos derecho de paso y que ya pueden dejar de protestar. Se encuentra bien, capitana. Ella jura que se encuentra bien. Ni ella ni su tripulación le habían disparado a nada en toda su vida y creo que están un poco trastornadas. Nosotras... bueno, nosotras estamos a punto de caernos al suelo. Todas. Alabados sean los dioses por habernos dado a las *Tauran*, alabados sean, ésa es mi opinión.

—También la mía —murmuró *Pyanfar*. Sintió que le tocaban la frente, las orejas. La mano de *Khym*. Abrió los ojos y vio el techo: no había en él nada que pudiera responder a sus preguntas—. ¿Ha estado aquí Chur?

—No anda demasiado bien, pero ha engordado un poco. En algún momento debió doblar un recodo del camino y ha empezado a guardar la energía en vez de quemarla. *Skkukuk* está comiendo...

—Oh, dioses. —El estómago le dio un vuelco.

—Tenemos que acabar con esas criaturas de alguna forma. *Skkukuk* dice que Chur fue al puente durante el salto, que se movía bajo alguna especie de hiperimpulso y que empezó a decirle a las *Tauran* lo que debían hacer cuando saliéramos del salto. Nos despertó a todas... Capitana, alguien puso un montón de sistemas en manual y conectó los sistemas de reserva, o de lo contrario no lo habríamos conseguido: esos malditos diablos negros se habían metido dentro de los mecanismos y ya habían masticado mucho. Y alguien se encargó de apuntar los cañones. Chur no lo recuerda, pero yo creo que fue ella. Si no, ahora estaríamos todas en el largo viaje.

*Pyanfar* parpadeó, absorbiendo esa información. Recordaba haber salido de la cama y haber corrido por el pasillo. No tenía demasiado claro cómo había llegado a su puesto o cómo había ocurrido todo. La mente no funcionaba bien justo después de un salto.

Y tampoco funcionaba bien después de haber pasado por demasiados saltos.

—Llama a casa —dijo, acordándose—. ¿Aún estamos fuera del tiempo de respuesta?

—*Gaohn* se niega a transmitir el mensaje.

—Dioses y truenos, la política, la política y tenemos un sistema lleno de kif...

—Han arrestado a Ayhar, capitana. Seguimos en nuestro rumbo. La *Vigilancia* está en camino y también tres cargueros bastante grandes, que de momento no hacen nada. Si seguimos avanzando estarán en una posición desde la cual nos podrían disparar. Nos han advertido. Debo preguntarte qué quieres hacer.

Se quedó tendida y respiró con toda la calma posible durante un segundo, examinando la situación con su dolorida mente una vez, y otra, y otra más.

La *Vigilancia* colocándose en una posición desde la cual podía lanzarse sobre ellas o atacar su cola si atracaban.

*¡Condenada idiota, hay treinta o cuarenta kif ahí fuera!*

*¿Usar a los kif contra el han? Oh, dioses, dioses míos: esa loca piensa jugar en serio y yo no puedo fingir que lo hago. Esos kif de ahí atrás no saben cuándo deben detenerse, y yo no podré contenerles. ¡No puedo fingir, Ehrran! No intentes meterme en el juego.*

—Los mahendo'sat, ¿dónde están?

—Están frenando. Se mantienen cerca de los kif, sin variaciones. No les quitan el ojo de encima.

—Y no hay señal de Jik. —Ese dolor había vuelto de nuevo, un dolor tan fuerte que casi la cegaba—. Maldita sea nuestra suerte... —*Tiene que estar vivo. En alguna parte, ahí fuera. Conservando sus opciones. No tiene dónde escoger. Y fui yo quien lo hizo, yo le he dado esa oportunidad*—. Ayhar arrestada...

—Sí, capitana. Pedimos información al respecto. Hemos recibido un mensaje del clan Llun, de la estación. Lo sienten realmente mucho, pero dicen que no tuvieron más remedio que hacerlo.

Viejas amigas, las encargadas de la estación de Gaohn. Viejas aliadas, sometidas a una gran presión.

—¿Eso es cuanto dijeron?

—Es suficiente, ¿no, capitana?

Hubo un tiempo en el que fueron Py, Hal y Tirun. En cualquiera de los muelles del Pacto. Aquí estaban ahora, con las narices canosas, sin saber qué hacer y Haral respetaba los formalismos. Haral había ocupado su puesto en la línea de mando desde el día en que subió al puente. Era heredera de Chanur y estaba, tan cualificada como ella, con la misma preparación, pero había tenido que conformarse con el segundo asiento del puente. Era el Sistema.

—¿Capitana?

—Sí. Es suficiente. Dice claramente cada una de las condenadas cosas que funcionan mal entre nosotras. —Se incorporó sosteniéndose con una mano y un codo, y pasó los pies por el borde de la cama. La sangre le estaba circulando nuevamente por las venas. Había recuperado la visión—. Conseguiré las orejas de Ehrran, que los dioses se me lleven si no las consigo... Se las arrancaré con mis propias manos. ¡Tal

y como estoy ahora, sería capaz de acabar con esa necia orgullosa de pantalones negros! ¡La mataría!

—Hemos recibido otro mensaje —dijo Haral, sosteniéndole, la espalda, ayudándole a sentarse en la cama con las dos manos. Abrazándola—. Rhean lo mandó por el comunicador... dice que Chanur ha caído. Kohan está en el exilio. Mahn se ha apoderado del lugar y Rhean ha quedado arruinada por el bloqueo. Ella y Anfy... nos apoyarán con la *Fortuna* y la *Luz*. Pyruun... Pyruun consiguió llevar a Kohan a un lugar seguro. Lo han jurado. Así que no todo se ha perdido en el hogar y pronto recibiremos ayuda si podemos mantenernos a la espera. Sirany está ahí arriba intentando que las cosas no se pongan demasiado...

—Mahn. —Meneó la cabeza, parpadeando, intentando comprender lo ocurrido—. ¿Ese maldito hijo mío, ese intrigante?

—Nuestro maldito hijo —dijo Khym detrás de ella, con la voz convertida en un ronco gruñido—. Y nuestra dos veces maldita e intrigante hija.

—¡Con Ehrran!

—Con sus propios intereses, Py, ¿y cuándo fueron éstos más grandes que ahora?

—Dioses. ¡Dioses! —Apartó las manos de Haral y, con un golpe seco, quitó de su camino a Khym que intentaba detenerla. Plantó sólidamente los pies en el suelo, bien separados, y por un instante Pyanfar se quedó inmóvil, tambaleándose, hasta que logró quitarse la niebla de los ojos. Luego se dirigió a la puerta.

El pasillo.

El puente, con los asientos ocupados por las Tauran.

—Comunicaciones —gruñó por encima del hombro de Sif Tauran. Ésta vaciló, mirándola con expresión de sorpresa.

—Capitana.

—Dale el canal —ordenó Sirany—. *Ker* Pyanfar, te cederé tu asiento.

—Sigue en él. Tenemos problemas. —Se dejó caer en el puesto vacío que había entre Sif y Fiar—. Con la estación de Gaohn. ¿Sigue activado el armamento?

—Lo hemos desconectado, capitana. —Nasany Tauran ocupando el sitio de Tirun—. ¿Lo activo otra vez?

—Hazlo. —La luz del comunicador indicó que el canal estaba disponible y Pyanfar tecleó la frecuencia adecuada.

—*Orgullo de Chanur* llamando a la estación —transmitía Sif, intentando conseguir alguna respuesta. Otra luz parpadeante, otro canal activado. Sif, aprovechando una pausa momentánea, pasó el mensaje—. Es una llamada de la *Vigilancia*, capitana. Nos advierten que estamos arrestadas.

—Dile a Ehrran que existe una amenaza para Gaohn y que no somos nosotras. Sigue a la escucha. Eso es todo.

El mensaje fue transmitido.

—Estación de Gaohn —dijo ella por su canal—, aquí Pyanfar Chanur, en la *Orgullo de Chanur*. Preparaos para grabar y transmitir. —Gaohn estaba a la escucha, de eso no cabía duda: cada oficial hani que se encontrara en esa estación, vulnerable y amenazada, habría dado prioridad a sus transmisiones—. Llun, acabas de ver la primera oleada de nuestro asalto a las naves de Akkhtimakt, la más pequeña. La siguiente se está aproximando. Naur, ahora no hay tiempo para tus politiqueos. Tu tratado con los stsho podía haber destruido a toda nuestra especie, ¿me oyes? Tus relaciones con los mahendo'sat están a punto de romperse. Es posible que se produzca un ataque contra nuestro mundo, y eso ocurrirá muy pronto. Es posible que no logre subsistir ningún tipo de vida en la superficie de Anuurn. Apelo a ti... te lo suplico, y a cualquier otra que pueda sacar ahora mismo a sus machos del planeta, que lo haga, dadnos una oportunidad, por todos los dioses, id a las lanzaderas, buscad refugio. Todavía tenemos tres grandes grupos de naves por llegar y uno de ellos ha amenazado con atacar Anuurn.

Estática. Chisporroteos.

—*Pyanfar Chanur, abandona este curso.*

—¿Eres Ehrran? Maldita sea, ¿eres Rhif Ehrran?

Estática, chasquidos.

—*Aquí Rhif Ehrran, Chanur. Llévate a tus kif y vete a hacer tratos con tu amo.*

—¿Eso es lo que piensas decirle a la siguiente oleada de naves cuando aparezca aquí para atacar? ¿Piensas arrestarlas? Estás totalmente loca, ¡pon esa nave en el vector de Kura, donde pueda ser de alguna utilidad y no te metas en mi camino o te haré volar en pedazos! ¡Negarle cuidados médicos a mi tripulante! ¡Dar la vuelta y salir corriendo en Kefk! ¿Qué has escrito en esos malditos informes tuyos? ¡Por los dioses que en ellos debe faltar una gran parte de la historia. Desde luego, no estará esa parte en la que aceptas sobornos de los stsho y haces planes con los kif en contra del *han*! ¡Saca de ahí esa nave y ponía donde debe estar!

Ninguna respuesta. De nadie. Ni de Ehrran, ni de la estación de Gaohn, ni tan siquiera de Anuurn, en tanto que el tiempo necesario para que les llegara seguía pasando.

—Son Inmunes —dijo Sirany en voz baja, sentada a su lado—. Estás desafiando a una Inmune, Chanur.

—Armamentos. Blanco.

—¡*Ker Pyanfar, son hani!*

—Han arrestado a Banny Ayhar. Han arrestado a la mensajera que arriesgó su cuello, por los dioses, y con él todos los medios de vida del clan Ayhar para avisar a los mahendo'sat y luego para avisarlas a ellas. Trajo a las capitanas y a las tripulaciones desde Maing Tol, hizo todo el viaje hasta casa... ¿De dónde crees que salieron esas naves que había ahí fuera junto a los mahendo'sat? ¡De todo el espacio

mahen, de ahí vinieron! ¡Con los mahendo'sat! Dentro de nada tendremos aquí al *hakkikt*, por los dioses, y esa necia orgullosa con sus pantalones negros se dedica a citar las reglas de Naur y de todos sus malditos esbirros...

Sirany hizo girar el asiento, hasta quedar cara a cara con ella.

—He dicho que no pensaba seguir adelante y eso es lo que haré. No estoy de acuerdo con sus acciones. Pero deja que hable con Harun. ¡Por todos los dioses, dale a Ehrran una oportunidad para echarse atrás, Chanur, dásela! ¡Dales tiempo para reaccionar, tienen que encontrar una forma de mantener parte de su orgullo!

Tensó las manos sobre el cuero del asiento, accionó el control y lo hizo girar para encararse con Sirany. No. La reacción muscular le provocaba un temblor en los labios. Había dejado de respirar. Un anillo negro rodeaba la tensa silueta de Sirany. *Tiempo, por todos los dioses, esa maldita estúpida, esa bastarda que ha olvidado quién era su padre... Orgullo, orgullo por encima del han, el precioso rostro de Ehrran...* Logró volver a respirar. Y, con el aliento, volvió la cordura.

—Está bien. —Una respiración más—. Está bien. Hablemos con los clanes que navegan por el espacio. Hablemos con Harun, con Pauran, con Shaurnurn y con mis hermanas de Chanur, y con todas las naves que hay por ahí. Han arrestado a Banny Ayhar. Las naves... ellas saben quién las llevó de regreso a sus hogares. Háblales de Ayhar, cuéntales el resto, por los dioses, ¡lo hicimos por ellas, lo hicimos todo por ellas, maldita sea!

Hizo girar bruscamente el asiento, activó el ordenador en ese puesto y exhumó de su interior un registro de bitácora. Con toda precisión, al primer intento. Nadie en la *Orgullo* iba a olvidar aquella fecha, aquella hora, aquel momento.

Estación de Kshshti: Ehrran intentaba llevarse a Tully por la fuerza, el ataque kif procedente de dos direcciones, Akkhtimakt y Sikkukkut, sobre los muelles de la estación, Banny Ayhar enviada a Maing Tol con el mensaje para una conferencia a tres bandas: ella misma, Jik y Rhif Ehrran. Ehrran que accedía acudir para acompañarlas al territorio kif.

Segundo fragmento del registro: otra fecha, otro momento, el intercambio de mensajes entre la *Orgullo* y la *Vigilancia de Ehrran*, la petición de ayuda médica para una pariente, la negativa, el hacer depender esa ayuda de que se entregara a la tripulación de Tahar que Chanur había acogido bajo su protección. La concesión de esa ayuda cuando se introdujo en el archivo una emergencia falsa y entraron en contacto con la *Aja Jin*.

—Mételo en una cápsula —le dijo a Sif—. A cada nave hani que haya ahí fuera. Luego mete en una cápsula todo el maldito archivo y lánzala hacia Gaohn a toda velocidad. Diles que la envíen mediante un haz de partículas a los registros de Anurn. Presenta una petición para que liberen a Ayhar. Veamos si por una sola vez el *han* puede entender lo que está ocurriendo aquí. Por nuestro sello en la transmisión

del archivo. Hay muchas cosas que no podemos decir ante testigos kif, pero, por los dioses, hay lo suficiente como para hacer que acaben colgando a esa estúpida. Pide contestación y mantente a la escucha.

—Por los dioses, eso es —dijo Sirany—. Sif, transmite, a la *Industria* y a todas las otras. Que vayan reduciendo velocidad. Sigue mensaje.

El sonido de la alarma. Los preparativos, la *Orgullo* se disponía a frenar. Más cuerpos se dejaron caer sobre los asientos, las tripulantes de Chanur, Haral, Geran y Khym, en la cubierta superior, lo bastante cerca como para llegar a tiempo y ocupar los huecos. Agotadas, casi sin poder ver los controles. Sí, dioses. Pyanfar sentía la cabeza tan pesada que a duras penas si lograba sostenerla erguida. Las manos le temblaban sobre los controles. En estos momentos no confiaba lo bastante en sí misma como para manejar ninguno de los instrumentos críticos.

Gracias fueran dadas a los dioses por tener a las Tauran aquí.

—*Capitana*. —Tirun, en el comunicador, su voz enronquecida por la tensión del frenado—. *Si nos das un poco de tiempo llegaremos al puente*.

—Negativo, negativo, quedaos ahí abajo. Si quieres recibir imágenes por el monitor, enseguida las tendrás. Quiero que estés descansada, ¿entendido?

—Capitana...

—Hazlo, Tirun. No discutas conmigo. Si es necesario, tómate un calmante. Te necesito luego, ¿me has oído?

Una pausa.

—Un calmante, Tirun, hablo en serio. ¿Tendré que bajar personalmente hasta ahí?

—No, capitana. Entendido, alto y claro. Pero el calmante no será necesario. ¿Puedo preguntar si...?

—Que los dioses me ayuden. —Su voz se desvaneció y por un instante fue incapaz de respirar—. Deja libre el canal, por todos los dioses, prima, dame unos segundos de tranquilidad.

—Corto, capitana. —En voz baja y calmada, cerrando la comunicación. Al instante.

Pyanfar escondió la cabeza entre las manos. *¿He sido demasiado brusca con ella? No pretendía serlo. Llamar otra vez. Decirles... Oh, dioses. ¿Decirles qué?*

*Mi cerebro no funciona. Eso es todo. No puedo pensar. Llamarlas otra vez, decirles que estoy agotada.*

*Y eso haría que el descanso les resultara mucho más sencillo, ¿verdad que sí, Pyanfar?*

*Ahí abajo hay profesionales. No son niñas. No son como las de la estación. Tirun sabe perfectamente lo que pretendía decirle. Si es necesario se tomará el calmante. Es una profesional.*

*Tengo que ocuparme de Hilfy y Tully. Mis jóvenes tontos. Mis fieles y jóvenes*



tontos, capaces de cualquier cosa por mí.

¿Dónde está Chur? ¿Dónde se ha metido Chur durante todo este lío?

—Geran, ¿hay alguien con Chur?

Una inclinación de sus orejas.

—La llevaron abajo. A los camarotes de la tripulación.

*Entonces está a salvo y no se encuentra sola. Un peso menos que llevar sobre mis hombros.*

Y después de eso:

—Transmisión de la *Vigilancia* —murmuró Sif. Los datos aparecían por la pantalla número uno. Un montón de palabras, un largo mensaje.

Era lo que esperaba. Entradas de bitácora, seleccionadas. Dos naves que se lanzaban mutuamente fragmentos de los registros, como si se estuvieran disparando haces de energía. Las dos caras de la verdad.

—Condenada idiota... —murmuró. Parte de lo que transmitía quizá fuera potencialmente explosivo para los kif.

—Tenemos una conversación pendiente con Sikkukkut —dijo Haral.

—Guárdala de momento —respondió—. Ahí fuera hay oídos kif. Si hacemos que Sikkukkut pierda su reputación, quizá nos encontraremos en problemas que seremos incapaces de manejar.

—*Sfik* —dijo Khym—. Es la *Chakkuf*, ¿verdad? De ésa debemos preocuparnos, es su líder.

—Justo. —Sintió un escalofrío en las entrañas, seguido por una oleada de calor. Su esposo había dado en el blanco. Estaba tranquilo, había logrado entender durante todo el proceso mucho más de lo que ella habría supuesto, tal y como hacía siempre. En el puente, en un asiento junto a una tripulante de Tauran, y sin que ni una sola Tauran agitara las orejas por su causa. *¿Sabes qué estás oyendo, Tauran? El cambio. El poder que se desliza hacia otro sitio, balanceándose. Y en todo el universo sólo hay un modo de que pueda dominar a ese bastardo de ahí fuera, el que está al mando de la Chakkuf. Tengo que extender las manos y agarrarme. Bien fuerte, con las dos.*

*Un kif entiende muy bien este intercambio de mensajes.*

*Un kif entiende qué les estoy pidiendo a los clanes del espacio. Entiende cuál es la posición de Ehrran, y comprende que se está erosionando muy aprisa. Los kif no se están metiendo en esto, gracias sean dadas a los dioses, saben que de hacerlo podrían empeorar todavía más el asunto, bastaría con que metieran una sola mano en él. No quieren moverse en ningún sentido. Están esperando que yo actúe. Por supuesto, me están esperando. Gracias, esposo.*

—Mensaje: prioridad. —Los datos brotaron del monitor de Sif y pasaron al número uno, un torrente de informaciones mahen emitidas por una nave llamada *Hasene*.

*Mahendo'sat. Dioses. Están confirmando la historia de Ayhar.*

—Prioridad, prioridad.

Algunas naves habían empezado a cambiar de color en las imágenes que llegaban de más lejos, se transmitían sus posiciones y aparecían convertidas en matrices luminosas gracias a la continua conexión establecida entre las demás naves que se hallaban en posición de captarlas. Algunas naves se estaban apartando de ese grupo de puntos que se había formado al detenerse el combate kif-kif-hani.

La inmovilidad se había roto.

—Prioridad.

Seis de los clanes espaciales se estaban moviendo, situándose detrás de la *Fortuna de Chanur* y la *Luz de Chanur*. Entre ellos se encontraban las parientes de Faha y el clan de Harun.

—Hacia el interior —murmuró Haral—. Espero que estén de nuestro lado, por los dioses.

—Que los armamentos sigan preparados. No conocemos los planes de esa loca de Ehrran.

—Esos clanes del espacio se están colocando a la espalda de Ehrran —murmuró Haral—. Cinco naves han salido de la estación y ahora se sitúan detrás de ella... Si estuviera en el lugar de Ehrran, me preocuparía. Empezaría a preocuparme ahora mismo, y aprisa.

—¡Prioridad! Un encendido, Ehrran está maniobrando...

En la imagen pasiva, el pequeño destello de los cohetes direccionales era inconfundible; luego entraron en acción los motores principales, un diluvio de energía emitido por la *Vigilancia*, en tanto que las naves situadas a su espalda permanecían inmóviles.

Ehrran mantuvo encendidos sus motores, acelerando en un vector dirigido hacia el interior del sistema, mientras chorros de información seguían surcando el sistema. Luego Ehrran cortó la energía y quedó en situación inercial. Se iban, pero no a gran velocidad. A la *Vigilancia* le quedaba todavía mucho tiempo para dar la vuelta. O para girar sobre sí misma y disparar.

—Bastarda —siseó Geran.

Seguía siendo peligrosa. Y mucho.

De repente una de las naves que estaban detrás de Ehrran encendió sus motores y Pyanfar sintió que se le paraba el corazón. Pero no hacía más que virar sobre sí misma, dirigiendo el morro hacia Gaohn y el hogar, en la misma dirección que las naves procedentes del interior del sistema.

—Ésa es la *Ascendencia de Raur*n —dijo la Primer Oficial de las Tauran.

Destellos de las demás naves, una por una. Todas efectuaron un giro sobre ellas mismas.

Pyanfar cerró los puños, haciendo brotar sus garras, y se mordisqueó los bigotes. *No tengo fuerzas para seguir en el puente. No puedo hacerlo. No lo resistiré. Dioses, ¿qué voy a hacer?*

Justo cuando la situación había llegado a su punto más crítico. Cuando la existencia de las hani dependía de lo que ocurriera ahora.

—Equipo médico —ordenó, luchando contra una oleada de náuseas—. Fiar, tráeme el equipo médico. Un estimulante. Será mejor que me lo tome.

—Capitana... —dijo Haral con la voz muy ronca, en un estado casi tan malo como el suyo.

—No. No. Tráeme eso, consígueme un bocadillo. Tengo que hacerlo, Hal.

—Está bien —aceptó Haral, mientras Fiar partía en busca del equipo pedido.

—Yo traeré el bocadillo —dijo Khym—. Gfé. Lo que quieras.

Su forma de cocinar. Dioses. El *tofi* no. Pyanfar se volvió hacia él mirándole con ojos apagados e indefensos.

—Gracias. Nada de endulzarlo, ¿eh? Hazlo sin adornos, y rápido.

—Sin adornos y rápido. —Se levantó de su puesto, agarrándose al respaldo para no perder el equilibrio, y se dirigió hacia la cocina en el mismo instante en que Fiar aparecía con el equipo. Lo dejó sobre la consola y extrajo una jeringuilla.

Pyanfar extendió el brazo y lo mantuvo quieto mientras la aguja entraba en él y la voz de Sirany susurraba a lo lejos, hablando con las demás naves.

—No podrás hacerlo otra vez, capitana —estaba diciendo Haral—. Capitana, si es necesario te dejaré inconsciente, ¿me oyes?

Se volvió hacia Haral con el rostro inexpresivo. Lo decía en serio, la amenaza tenía la finalidad de salvarle la vida llegado el caso. El estimulante le hizo sentir una oleada de mareo y el corazón empezó a latirle casi con estruendo. Por un instante sólo pudo oír su propio pulso y supo que si se movía saldría volando del suelo, totalmente desorientada.

El corazón latía cada vez más y más fuerte. Respiró profundamente un par de veces.

—Estoy bien —dijo. Y supo que haría bien en no levantarse. El puente giraba y oscilaba como si la rotación de la nave se hubiera vuelto totalmente errática.

La comida llegó un segundo después. Primero el bocadillo. Una taza con agua. Fiar salió corriendo a llevar algún mensaje. El agua era lo que mejor admitía su garganta. Se obligó a darle un mordisco al bocadillo.

—Peor que Chur —murmuró Haral a su lado—. Dioses, descansa un poco, tenemos aún tiempo de viaje por delante, descansa un poco.

—Comed algo vosotras también. Tú. Geran, venga. Todo está cubierto. Venga, ¿me habéis oído? ¿Queréis hacer un viajecito con los kif?

Las orejas de Haral se agacharon. Una vieja amenaza, un viejo chiste. Pero ahora

no era ningún chiste. Se aclaró la garganta y cuando Geran se puso en pie, tambaleándose, se agarró al brazo de ésta. Las dos estaban ahora de pie.

Y aún quedaban leguas y leguas que recorrer para proteger a su planeta.

Cuando dejaba que su mente volviera hacia el hogar, hacia Kohan y hacia un refugio que ya no existía, notaba un dolor comparable al de un cuchillo que se clavara en su ser. Ahí estaba su mundo, azul y brillante. Pero Chanur ya había desaparecido ahí. Se había disuelto. La propiedad estaba legalmente en manos de su hijo, Kara Mahn. Y Kara se encontraba bajo la firme influencia de su hija Tahy, que llevaba el suelo del planeta incrustado hasta lo más hondo de su estrecho y miope corazón.

*¡Nunca supe quién eras!* La voz de Tahy, el rostro de Tahy, la nariz fruncida por la ira. *Esa nave, siempre esa nave...*

Y Kara, tan alto y fuerte, había heredado la talla de Khym y la de ella misma.

*Pero no había heredado la mentalidad de ninguno de los dos.*

Llegó el gfé, en las cautelosas manos de Fiar. Tomó un sorbo. Demasiado fuerte, le golpeó el estómago como si fuera ácido. Pero el calor la consolaba. Ya era algo.

—Transmitid a Gaohn —dijo—. Pyanfar Chanur al clan Llun. Hemos llamado a la estación de Gaohn para que libere a la tripulación de Ayhar y a su nave. Las naves que tenemos ahí fuera son una parte suficiente del *han* y podemos tener un quórum temporal. Poseéis la autoridad necesaria. Las funcionarías del *han* respetarán esta orden o se pondrán bajo la protección de la Inmunidad Llun. Tomamos posesión de la estación en nombre del *han*. Fin del mensaje. Una lista de los clanes que hay ahí fuera y que todos ellos lo firmen.

Una acción arrogante, digna de una hani embriagada. Pero también una acción veloz, que no dejaba que el *han*, situado en el planeta, tuviera tiempo de organizarse ni emitir decretos.

—Apostaría a que el *han* se encuentra reunido en sesión —dijo Sirany—. Ahí abajo.

—Deberían estar reunidas, sí. Deja que discutan lo que harán. Que discutan hasta que el sol se congele. Que se cuezan en su jugo, que hablen y que se peleen. Aquí fuera tenemos una emergencia. Manda mis disculpas a las demás naves por utilizarlas en la firma, no tenemos tiempo para la demora de transmisión. Estamos actuando bajo grandes tensiones. Pídeles que envíen una confirmación de apoyo. Diles que debemos ir a Gaohn y sacar de allí a Banny Ayhar.

—Ya estamos recibiendo confirmaciones sobre esa petición de quórum —dijo Sif.

Las palabras penetraron lentamente en su cerebro. Como una ola de calor y frío mezclados. *Dioses, va a funcionar. ¿Qué he hecho?*

*¡Jik! Los dioses te lleven, Jik, ¿qué he hecho?*

—Llama a los clanes que están delante nuestro. Pregúntales si querrían volver a Gaohn y ayudarnos a conseguir que se libere a Ayhar sin problemas.

—Bien —dijo Sif—. Transmitiendo. —Y, un instante después—: Llun responde. Ya están liberando a la tripulación de Ayhar. Se está atendiendo a la *Prosperidad*. Llun manda felicitaciones, *ker* Pyanfar, y pregunta qué hay sobre los kif, cito: *¿A qué nos estamos enfrentando?* Final.

El alivio que sentía era tan profundo que la había dejado aturdida. Exploró cautelosamente esta sensación durante un segundo, repitiendo de nuevo mentalmente esa frase que despertaba ecos interminables, intentando decidir si era real o una alucinación causada por el estimulante. *Buenas noticias, dioses, la cosa sigue funcionando.*

—Vamos hacia allá. Díselo. Diles que mi objetivo es tener una conferencia con ellas y si cualquier miembro del *han* quiere coger la siguiente lanzadera para subir, será bienvenida. Diles que las fuerzas que están conmigo, y repite, *conmigo*, no representan peligro alguno. Fin del mensaje. Mándalo así mismo, *ker* Sifeny.

—Entendido. ¿Algún nuevo mensaje a las naves que tenemos delante?

—Diles que sigan preparadas. ¿Necesita ayuda Llun en la estación? Pregúntaselo mientras te ocupas de lo demás. —*Mi cabeza se confunde. No pienso adecuadamente. Soy un peligro estando en el puente*—. *Ker* Sirany, te cede el control de las operaciones. Del politiquero me sigo encargando yo. Todo lo demás... ocupaos tú y las demás capitanas... —Agitó desesperadamente la mano—... de lo demás. —Y buscó a tientas el cierre del cinturón, intentando ponerse en pie.

—¿Te ayudo, capitana? —Sif alargó la mano, cogiéndola por el brazo—. ¡*Ker* Haral!

*Lo estoy haciendo perfectamente yo sola, gracias.*

Y todo el puente se volvió negro y gris.

El parloteo de las operaciones normales. Tranquilidad. Se puso en pie, casi resbalando del asiento, y se agarró al respaldo.

Todo de color gris. Un instante de negrura. Y la sangre latiéndole con estruendo en los oídos.

Alguien a su lado. Alguien que la cogía.

—Camina —dijo Haral.

—Estoy caminando. —Sus piernas, estúpidas e insensibles, como carne muerta. Había perdido todo sentido del equilibrio. Haral la sostenía por un lado, Khym por el otro.

El trayecto hasta el camarote fue muy, muy largo. Las luces del pasillo se retorcían como el lomo de una serpiente en llamas.

—Se ha excedido, eso es todo —dijo Haral—. La vi una vez más o menos como ahora, en Ajir.

*Mentirosa. Entonces estaba borracha. Tengo miedo, Hal. No me quedan fuerzas y todos me necesitan.*

—Yo la sostengo. —Cuando todo el universo giró bruscamente sobre su eje. Khym la estaba llevando, rodeándola con su brazo. Igual que si estuviera volando, cabeza abajo, vuelta del revés.

Después, la cama. El colchón. Sábanas. Almohada.

—La habitación de Chur —dijo la voz de Geran, con un jadeo ronco de absoluto agotamiento—. Haral, díselo. Podemos quedarnos ahí.

Un cuerpo aterrizó junto a ella. Un golpe suave. La red de seguridad, zumbando, luego un chasquido.

Después, la oscuridad.

Hasta que la gravedad cambió y Pyanfar despertó clavando por reflejo las garras en algo que no era el colchón, sino su esposo. Khym lanzó un bufido y despertó con una brusca sacudida, pesaba menos de lo que debería. La gravedad no estaba en su nivel adecuado.

—¡Uuuh!

—Estamos atracando. No pasa nada, no pasa nada, estamos en Gaohn. —Un balbuceo casi ininteligible. Ni tan siquiera eso bastaba para hacer que el cuerpo se pusiera en movimiento. Se le volvió a nublar la mente, tenía una carga demasiado grande que llevar. Más variaciones de gravedad. Clang, thump. En su estado no resultaba prudente levantarse. Lo prudente era seguir tendida ahí y aprovechar los escasos instantes extras de sopor de que aún pudiera disfrutar, antes de que los chasquidos y golpes del contacto le indicaran que las abrazaderas habían quedado seguras. Entonces llegaría el momento de ponerse en pie y asearse un poco.

La red de seguridad se retiró con un zumbido. Fiar, en pie junto a su lecho, con una bandeja en las manos, las orejas hacia atrás y una mirada preocupada en su rostro. La nave se encontraba milagrosamente estable y callada.

—Capitana. Mi señor... ¿Queréis intentar comer algo?

*¿Hemos suspendido el ataque? ¿Hemos vuelto al espacio?*

*¿He seguido durmiendo pese a todo el ruido de las abrazaderas? ¿Y las conexiones? Dioses, no estamos girando.*

Se incorporó apoyada en los brazos. Khym seguía inconsciente junto a ella. La habitación apestaba. Y ellos dos también. Todo apestaba. Tenía los ojos pegajosos y un sabor horrible en la boca.

—¿Situación? —pidió.

—Estamos en la estación, capitana. Dique trece. Tenemos toda una línea de naves nuestras detrás. Ningún movimiento salvo el de nuestro grupo... Harun, Pauran, Faha, todas las demás, hemos atracado juntas, al igual que *ker Rhean* y la *Fortuna de Chanur*. Ehrran también. Anfy Chanur la mantuvo bajo la mira de sus cañones durante todo el trayecto hasta el dique; sigue teniendo a la *Luz* cerca pero Ehrran todavía habla en nombre de Naur y de las demás, aunque las navegantes espaciales

están enfurecidas, capitana, no le hacen el menor caso. Quieren verte. Les dijimos que no te encontrabas en condiciones. Pero mi capitana pregunta... dice que quizá pudieras subir al puente y verlas tan pronto como te resulte posible, capitana... tenemos todo un montón de kif alrededor de Tyar y las hani no les quitan los ojos de encima. Pero quiere que antes desayunes y que te lo tomes con calma. Ésas han sido sus palabras, capitana.

—Dioses.

Cerró los ojos, apretando fuertemente los párpados, y los abrió de nuevo. Intentando centrar la mirada en algo. Fiar parecía exhausta, con las orejas colgando en una curiosa inclinación lateral que la hacía parecer más joven de lo que en realidad era. Estables, en el dique. Otras naves habían tenido tiempo de llegar también hasta ahí. Anfy y Ehrran no podían reaccionar por el momento. Alargó la mano y tomó la taza que le ofrecían. Era la más grande de cuantas había en la cocina. Llena de sabrosa sopa, el vapor brotaba de ella como una petición, un deseo dirigido a los dioses.

—Unnnnnhh. —Tomó un sorbo. Parpadeó, centrando de nuevo su mirada en la joven—. Ayhar. Por el infierno mahen, ¿dónde está Ayhar?

Las orejas de Fiar acabaron de hundirse.

—Siguen reteniéndolas como rehenes, capitana.

—¿Dónde?

—En la estación. *Ker Rhean*, Harun y mi capitana se ocupan de ello, pero al parecer hay algún problema. Se han producido combates abajo, en los puertos destinados a las lanzaderas, entre algunas de nuestro bando y otras del suyo. Ahora no pueden hacer lanzamientos, sólo un par lograron salir... Las Lhun intentan actuar como mediadoras, según la capitana, desean que se permita despegar a las lanzaderas, y algunas de las Inmunes del planeta están intentando negociar...

—Y un infierno mahen.

—Mientras se incorpora tu tripulación, la capitana dice que deberían recibir órdenes de *ker Haral* y *ker Haral* dice que...

—Los kif. ¿Dónde están los kif?

—Siguen ahí fuera, nada más. Ese kif, Skkukuk, quería hablar con ellos. Mi capitana dijo que no. *Ker Haral* dijo que no.

—No —dijo ella, y tragó cautelosamente un sorbo de sopa en tanto que Khym gemía, dándose la vuelta e incorporándose sobre los codos—. Comida —le dijo—. Khym.

La sopa estaba tan caliente como los fuegos de Ahr. Sopa instantánea. Un invento maravilloso. Seguían con vida y el camarote no se movía y lo peor no era en absoluto tan malo como había imaginado. No había combates graves, por el momento. Los kif seguían en su puesto. Todo el mundo estaba donde debía. Salvo Ehrran y los

combates producidos en los puertos de abajo. Y Ayhar; y sólo los dioses sabían dónde se encontraba Sikkukkut. Los timbres de alarma seguían sonando a lo largo de sus nervios. *Ese bastardo de Sikkukkut llegó por sorpresa a Punto de Encuentro. ¿Siempre tiene que mostrarse original?* Se estremeció convulsivamente, parpadeó y logró conservar el equilibrio cuando Khym se movió para erguirse sobre la cama, haciendo oscilar todo el colchón.

—Toma. —Le dio su taza y cogió la otra; la bandeja se hizo más liviana. Luego alzó la mirada hacia el preocupado rostro de Fiar, fiel, deseosa de ayudar en lo que fuera—. Llun está esquivando rocas, ¿no?

—Montones de rocas —dijo Fiar. Y agachó las orejas en una nerviosa muestra de respeto. Se sentía incómoda, con Khym despierto. Era joven—. Pero mi capitana les ha hablado por las líneas de la estación, les ha contado lo de los kif y el respirador de metano que vimos. También les ha contado lo de todas esas estaciones cerradas, lo de los humanos y los mahendo'sat. Pensó que quizá no tuvieran tiempo de examinar todo el registro y que sería mejor que lo supieran.

—Bien. Dale las gracias. Estaré ahí tan rápido como sea posible.

—Sí, capitana. Si deseas algo...

—¿Quieres conectar ese monitor cuando te vayas?

—Bien, capitana. —Fiar fijó la bandeja entre el brazo y el cuerpo, accionó el interruptor del monitor mural que había junto al baño y salió rápidamente. La puerta se cerró tras ella.

—Uhhhn —gimió Khym mientras engullía un trago de sopa.

El diagrama del sistema que apareció en el monitor mostraba cuanto había dicho la joven navegante espacial: un montón de naves hani posadas en la estación de Gaohn y un montón de kif y hani con algunos mahendo'sat vigilándose atentamente en los confines del sistema. Todo relativamente parado.

*Jik no está. No da señales de vida. Es lógico, no supuse que lo hiciera.*

*No está muerto, no está muerto, los dioses se lo lleven. Saltó en pos de esos bastardos o está ahí fuera, juzgando sus movimientos y esperando a Sikkukkut. Tiene que ser eso. Hay demasiados mahendo'sat en el sistema, y están cooperando. Por los dioses, va a usar todo mi sistema solar como una zona de, batalla mahen.*

Alargó el brazo hacia la consola y activó el comunicador. El chasquido y el parloteo continuo de las operaciones del puente invadieron la cabina. Murmullos, nadie hablaba en voz alta. Una monotonía tranquilizadora. El clan de Llun, hani sensatas y de confianza, se encontraba a cargo de la estación: había problemas en los corredores, pero Llun dominaba la central y la cordura se extendía en el exterior. Contra los mejores esfuerzos de Ehrran.

—Todo va bien —dijo Pyanfar.

*Bien. Dioses, Pyanfar. ¿Dónde está Kohan? ¿Qué está pasando ahí fuera, en los*



*muelles, en el planeta, qué haremos?*

—Uhhn —repitió nuevamente Khym, tomando continuos sorbitos de sopa como si entrara directamente en las venas, en una transfusión sin escalas. Los dos habían perdido montones de vello que ahora cubría las sábanas. Miedo. Agotamiento. Pérdida de recursos vitales.

—Un baño —dijo ella. Era lo que más deseaba, más que la comida, más que el sueño. Dejó la taza sobre la mesa de la consola, se arrastró fuera de la cama y, por el camino, dejó caer los pantalones al suelo.

Fue directamente al compartimento de la ducha y empezó a usar el agua y el jabón. Mucho jabón, un diluvio de jabón y agua caliente.

Una sombra se recortó tras la puerta, una silueta hani, alta y corpulenta, visible al otro lado de la superficie transparente. Pyanfar abrió la puerta y le dejó entrar.

Los dos se enjabonaron, dejando correr el agua sobre ellos y luego, al fin limpios, se quedaron inmóviles, sosteniéndose mutuamente bajo los cálidos chorros de agua, hasta que Pyanfar descubrió que había cerrado los ojos. Se estaba durmiendo otra vez.

—Dioses. Tenemos que movernos, esposo.

—Uhhhn. —Como cada mañana en el planeta. Totalmente incoherente durante media hora, en el mejor de los casos.

Pyanfar salió de la ducha y se limpió los dientes, buscando puntos de dolor; luego se secó no muy concienzudamente con una toalla y hurgó en el cajón para encontrar su último par de pantalones limpios.

Y la pistola de bolsillo. Sí, dioses, eso.

Luego salió al frío pasillo, atándose todavía los cordoncillos del pantalón, y sintió el helado metal de la cubierta bajo los pies.

—Capitana —dijo.

Sirany seguía en su puesto y el puente estaba prácticamente desierto, sólo ella y su Primer Oficial. El lugar apestaba a hani sucias. Y el rostro de Sirany al hacer girar su asiento estaba marcado por la fatiga y la tensión.

—*Ker* Pyanfar. —Su voz sonaba enronquecida—. Todo va bien, pero tenemos un montón de preguntas a las que será necesario responder. Mucha gente quiere hablar contigo. Yo misma quiero hablar contigo. ¿Qué nos espera ahora?

—Esperamos otra oleada de kif. Mientras tanto, estoy preguntándome en qué infierno mahen se han metido cierto par de naves de caza mahendo'sat y dónde hemos perdido a medio centenar de naves humanas, indudablemente armadas, y con intenciones en las cuales no queremos ni pensar.

Quizás eso era algo más de lo que Sirany deseaba considerar en aquellos momentos. Su rostro reflejaba ese pensamiento.

—Sí —dijo—. Me he estado haciendo preguntas sobre ello. Quizás esperaba que

tú no te las hicieras. Pero, en cierto modo, deseaba que pensaras en ello.

—¿Creías que habría otra verdad en cuanto llegáramos al muelle, cuando hubiéramos logrado echar a las naves de Akkhtimakt al lado mahen de la línea?

—No pretendo decir que te considerara una embustera. —Abatió las orejas en un gesto de disculpa y luego las agachó todavía más al tiempo que endurecía el mentón—. *Eso es mentira. Sigo sin estar segura. Pero no lo creo. Lo he apostado todo por ello. Pero ¿qué otra opción tengo? Ahí fuera nada es seguro. Te diré algo, ker Pyanfar: cuentan toda clase de historias sobre ti. Desde lo de Gaohn, desde que te marchaste de esa forma con...* —Un rápido gesto de las orejas—... con *na Khym* y todo lo demás. Y no estoy dispuesta a besarle los pies al *han*. He oído muchas historias más en Punto de Encuentro mientras estabas atascada ahí. Los stsho te tienen miedo. Dicen que cambias fácilmente de bando. Los stsho, nada menos...

—Aún dirán cosas peores que ésa. Pensé que una tripulación con el valor necesario para abordar esta nave también lo tendría para manejar los tableros en caso de combate. Puede que aún nos veamos obligadas a hacerlo, incluso contra naves hani. Ahora te estoy diciendo la verdad. Estoy trabajando a tu lado y con nadie más. Los mahendo'sat nos han engañado tantas veces que necesitarías un diagrama para no olvidarte de ninguna. Pero aun así son los mejores aliados que tenemos, y tengo la esperanza de que ese amigo mío al que tanto le gustan las conspiraciones siga vivo por ahí, fuera del sistema.

—¿Esperando al resto de los kif?

—Eso creo, por los dioses. Su nave tiene mucho equipo. Tiene un gran equipo de comunicación. Nunca he estado en ese puente, pero tengo la impresión de que no es pequeño. Cuenta con un gran número de tripulantes y técnicos, y puede frenar a mitad de un salto. La *Mahijiru* de Dientes-de-oro tiene una capacidad todavía mayor, pero no creo que supere en mucho a lo que puede hacer la *Aja Jin* si se lo propone. Durante el jaleo de ahí fuera le perdimos la pista a más de una nave y no estoy segura de que todo fueran bajas. Los kif tienen un concepto: *pukkukta*. Venganza. Destrucción. Ese kif, Sikkukkut, ha lanzado naves en todos los sentidos. Hacia todos los tipos de espacio posible. Se ha preparado para borrar del mapa la civilización... o eso dice. Da la impresión de que no le sirve para nada. Yo no pienso igual y creo que él lo sabe, pero no quiero tener que ponerle a prueba. También hemos perdido la pista de varias naves kif y eso me preocupa. Si es posible que alguien se ocupe de ello, me gustaría tener una lista.

—Quizá se han encontrado ahí fuera. Quizás eso es lo que está haciendo la *Aja Jin*.

—Sería mucha suerte. —Apretó los labios. El dolor de cabeza todavía la molestaba—. Sería realmente mucha suerte. Pero, pase lo que pase, tenemos que entendérmolas con lo que llegará desde Punto de Encuentro, no importa quiénes sean

los sobrevivientes a ese ajuste de cuentas. Si es el kif con quien estábamos tratando tiene que encontrar ante él una sola voz que hable. Una sola.

—Te comprendo. —La mano de Sirany temblaba sobre el brazo de la silla, sacudiéndose con un pequeño tic. Agarró con fuerza el brazo del asiento hasta que se le marcaron los tendones—. ¿Quieres traer a bordo a las capitanas?

—No tenemos espacio en la cubierta. Tendríamos que meterlas en el pasillo inferior, el principal. No. Bajaré al muelle y, por los dioses, espero salir con vida de todo esto. Mi pérdida podría resultar muy cara. Realmente cara... Yo puedo hablar con ese kif. Mi kif puede hablar con esos bastardos de ahí fuera. ¿Dónde está?

—Abajo. Bien alimentado, podría añadir. Me pregunto si será capaz de moverse.

—Dioses... —Se dirigió a la consola de comunicaciones y tecleó el número—. Skkukuk, ¿qué tienes que decirles a esos kif de ahí fuera?

—¿Eres tú, *hakt'*?

Voces hani. Voces distintas.

—Puedes estar condenadamente seguro de que lo soy, *skku* mío.

—¡Kkkkt! ¡Qué gran placer oírte!

—¿Estabas preocupado por mí, era eso? —Dioses, un cambio de capitanas a bordo, la posibilidad de un motín en el ambiente, el kif como un fusible a punto de estallar y Pyanfar ni tan siquiera lo había notado—. Ya te dije que las hani son una especie muy rara. Has pedido entrar en contacto con los kif de ahí fuera. ¿Qué pensabas decirles exactamente?

—*Hakt'*, pensaba llamarles para tomar esta nave.

Dioses, dioses y más dioses. Perfectamente lógico. Su propia tripulación estaba agotada y, para los ojos del kif, quizá se correspondía con ese amenazador cambio de autoridad en el puente. Naves en continuo movimiento, una amenaza constante para todos los bandos. Y aquí tenía una pequeña luz de lealtad kif, un kif enterado de que ninguna otra hani consentiría que siguiera vivo y que planeaba servir a sus intereses mediante los de él mismo.

—Estoy al mando de esta nave. No hay ningún problema. ¿Qué piensas que debería hacerse con esos kif de ahí fuera?

—Kkkt. Ponerme al mando de ellos. Ésa sería la mejor acción posible, *hakt'*. Soy un formidable aliado.

—Skkukuk, ¿cuál era tu rango? ¿Es correcto que te pregunte eso?

—Kkkkt. Kkkkt.

—Ya veo que no. Está bien. Deja que te indique algo, Skkukuk. Sikkukkut es un bastardo, un auténtico bastardo con sentido del humor. Creo que si alguna vez logra ponerte de nuevo las manos encima no saldrás con el pellejo entero, pese a toda tu inteligencia. Él es demasiado listo para no saber que tú también eres inteligente. ¿Me entiendes?

—*Hakt'*, estás totalmente en lo cierto. ¿Qué harás?

—Bueno, voy a darte todas esas naves kif de ahí fuera, y un tratado con los mahendo'sat y las hani, *skku* mío, y puedo decirte que si obedeces mis órdenes con la mayor precisión, quizá las cosas te vayan sumamente bien. Pero primero tienes que conseguir el control de esas naves y mantenerlo.

—Ya lo verás, *mekt-hakt'*, ya lo verás.

Pyanfar se inclinó sobre el panel de la Primer Oficial y abrió las cerraduras desde allí.

—Ya está. Puedes bajar hasta la sala de operaciones inferior y llegarás a la sala de mandos auxiliar siguiendo el pasillo a tu izquierda. Desde allí puedes usar el equipo de comunicaciones. Llama a una de esas naves para que te sirva de transporte, empaqueta tu Cena y cualquier arma que pueda serte necesaria, sal y recuerda cuan lejos estás del territorio kif y quiénes son tus amigas. ¿Entendido?

—Kkkkt. Kkkkt. ¡Te entregaré el corazón de Sikkukkut!

—¡Obedecerás mis órdenes! ¿Me has oído?

—Lo que quieras, *Chanur-hakkikt*, lo que tú quieras.

Un ascenso, por los dioses.

Sentía un frío en las entrañas que parecía estarla royendo lentamente, sin parar. Terror, terror puro y simple.

*Acabo de redactar mi testamento, mis últimas voluntades. Para Sikkukkut, si alguna estúpida de la estación acaba conmigo ahí fuera. Para mi amado enemigo: un problema nuevo, un problema kif.*

*Disfruta de él, bastardo.*

Miró a Sirany, que la estaba contemplando atónita.

—Hay algo que debes saber sobre los kif: cuando están de tu lado, lo están realmente. Y seguirán a tu lado mientras saquen provecho de ello. Ahí abajo tenemos ahora a un kif auténticamente feliz.

—Por todos los dioses, espero que sepas lo que estás haciendo.

—Te lo explicaré: si me ocurre algo, si tienes que encargarte de todo este lío, confía en mi tripulación y amenaza a Skkukuk, asústale hasta la muerte... y luego, déjale suelto. Es el mejor seguro del mundo. Te respetará por haber obrado de esa forma.

Sintió el impulso de ir hacia el compartimento de las armas y coger una automática, pero luego recordó que ahí fuera estaba Gaohn, un lugar civilizado, el hogar. Pero un instante después, pese a todo, entró en el compartimento y sacó la pesada pistola.

—Dile a mi tripulación que se reúna conmigo abajo. Comunica a las capitanas que las veré en las oficinas del muelle.

En los diques, en una zona abierta, lejos de los francotiradores. Su nueva

profesión la había vuelto precavida. *He aprendido por las bravas, como cualquier estúpida.*

—Khym se queda en la nave, al igual que Chur. Puedes decírselo cuando y donde te parezca más conveniente, y diles que es una orden. Skkukuk va a hacer que venga una nave kif. No queremos que en el dique haya más naves hani de las estrictamente necesarias, si se puede evitar.

—Transmite eso —dijo Sirany a su Primer Oficial. Y se volvió de nuevo hacia ella—. Ten cuidado, por todos los dioses.

—Huh. —Pyanfar se inclinó sobre la consola del comunicador y tecleó el número de frecuencia—. Llun, quiero hablar contigo.

—Chanur. Pyanfar. —La voz de la Inmune le llegó desde la estación, tranquila, en tono suave—. Es una trampa, ¡Pyanfar, es una...!

Algo se estrelló contra el micrófono al otro extremo de la línea. Y, después, el silencio.

Sirany se levantó del asiento. La Primer Oficial se había vuelto en el suyo.

Pyanfar se quedó paralizada durante un segundo, luego giró en redondo y empezó a teclear códigos.

—¡Rhean! *Fortuna*, ¿me escuchas?

—El comunicador está muerto —dijo la Primer Oficial. Pyanfar ya lo había visto, la luz indicadora estaba apagada: habían cortado la conexión con el muelle. Pyanfar, medio arrodillada en su asiento, alargó la mano para conectar el canal entre naves justo cuando se encendía la luz interior de comunicaciones en el tablero y la Primer Oficial empezaba a recibir llamadas. Otras naves habían sufrido también esa brusca desconexión.

—*Orgullo de Chanur a Fortuna de Chanur, Luz de Chanur, Industria de Harán...* transmitid a todas las naves: problemas en comunicaciones con la central, tenemos problemas en...

—¡*Pyanfar!* —Una voz conocida, la de su propia hermana, tras dos años de ausencia—. *Aquí Rhean, alguien se ha introducido en la central, eso han hecho, han interrumpido la conexión de Llun...*

—¡Ya lo sé! ¡Deja libre el canal! ¡Hay que sacarlas de ahí!

Y, en el mismo latido de su corazón: *Dioses, los kif. No te metas, Pyanfar, deja que la estación resuelva sus propios problemas, ya te ocuparás de eso luego, pronto tendremos aquí a los kif.*

*No, dioses, no, si aquí no hay un control firme, Sikkukut se encargará de establecerlo, entrará disparando. Tenemos que controlar Gaohn y cambiar la posición de nuestras naves, si es posible.*

—*Pyanfar.* —Otra voz, desde el receptor, lo bastante grave como para hacerlo vibrar. La voz de un macho. Procedente de la *Fortuna de Chanur.*

—¿Kohan? ¡Dioses! ¿Eres Kohan?

—*Pyruun me ha hecho llamar. Llun acaba de invocar la Sanción Inmune, ¿no es cierto? La he oído claramente.*

Respuestas hani. Asuntos hani. De una voz que había pensado no volvería a oír nunca.

—Dioses.

—¿Pyanfar?

—Sanción Inmune. Sí. Por los dioses, sí. Dile a Rhean que la veré ahí fuera.

—Ehrran —dijo la Primer Oficial de Tauran con un tono impecable. Seguía en su puesto, manteniendo la serenidad pese a la reciente crisis— acaba de invocar la Sanción por su parte contra Chanur y ha tomado posesión de la estación en nombre del *han*. Dice que estamos todas bajo arresto. Han tomado al clan Llun bajo la protección de Ehrran.

—¡Y un infierno mahen! Mensaje, transmite: ¡Clanes del espacio! ¡A los muelles, a la central! ¡Armaos y salid!

Acuses de recibo, un poco de estática y chisporroteos. Sólo los dioses podían saber cuántas la seguirían. O quiénes serían.

—*Pyanfar*. —Otra voz, clara, familiar y fría—. *Anfy, en la Luz: nos estamos colocando sobre el cénit de la estación. Si alguna nave dispara, sea la que sea, la haremos volar en pedazos. ¡A por ellas!*

—¡Ahora vamos! —respondió ella y cogió a la Primer Oficial por el hombro, volviéndose hacia Sirany Tauran y su rostro aturdido, que la miraba con desesperación—. ¡Cuida de mi nave! ¿Entendido?

Y, a pesar del cansancio y del aturdimiento, salió corriendo del puente.

Cuando llegó a la cubierta inferior notaba las rodillas flojas y el peso del arma hacía que se tambaleara. Se dio de bruces con las demás al salir del ascensor y meterse en el pasillo: tripulantes, con Tully y Khym.

—He dado órdenes —les dijo a los dos—. No. Quedaos aquí.

—La situación en el exterior ha cambiado —dijo Khym—. Py, por todos los dioses...

Enfrentada a esa tozuda desesperación que leía en sus ojos, esa emoción que se daba cuenta de la suya y le respondía, Pyanfar sintió una oleada de pánico. Oh, dioses, le estaba suplicando que le dejara encontrar su propio lugar. Y si nunca volvía a tenerle con vida junto a ella... si le perdía ahí fuera; sí, sí y sí. Vio que todas las tripulantes se encontraban en un estado anímico parecido, flacas, los ojos ardiendo, acosadas, unos fantasmas de ellas mismas, pero con las armas en la mano, las orejas erguidas y la mirada brillante a pesar de que la carne estuviera desapareciendo de sus cuerpos.

—Tenemos que golpear aprisa —dijo, y vio a Chur, que doblaba la esquina, procedente de los camarotes de la tripulación y se apoyaba en la pared para sostenerse. Chur con un rifle colgando del hombro—. Tú... —dijo, refiriéndose a Chur—. Y tú... —refiriéndose a Tully, el cual era una provocación para cualquier hani xenófoba y un blanco de primera categoría—. Vosotros dos...

—Tully y yo cubriremos la escotilla y os protegeremos, de acuerdo. —La voz de Chur era un susurro enronquecido, tal como convenía a un fantasma—. Entendido, capitana. Adelante.

Así trabajaba Chur, con el ingenio y la conspiración: Chur hacía trampas jugando a los dados. Lo mismo haría Geran. Por una buena causa. Pyanfar logró respirar con un jadeo, miró desesperadamente a Geran Anify y no recibió ayuda alguna: otra vez el silencio, ahora que Chur había vuelto al negocio.

—Entonces, por todos los dioses, que Tully no se aleje de ti —dijo, clavando el índice en el pecho de éste—. Quédate en la nave. Ayuda a Chur. Obedece las órdenes de Chur. ¿Entendido?

—Entender. —Con esa mirada particular de Tully cuyo significado era que si hubiera creído factible el salirse con la suya y acompañarlas, habría empezado a discutir. Esta vez la barrera del lenguaje la influenciaba más a ella que a Tully—. Tened cuidado.

—Puedes estar condenadamente seguro de que lo tendremos. Venga —dijo a las demás. Se apartó bruscamente de la pared que había utilizado para sostenerse durante un momento y trotó hacia la escotilla.

La alarma había empezado a sonar, la llamada a la tripulación de la *Orgullo*: no

era problema suyo, pero los músculos se le tensaron como si la alarma estuviera conectada al sistema nervioso de cada Chanur. Los pasos resonaban en los corredores, la tripulación adicional corrió hacia el ascensor que habían dejado atrás, y ya llegaban al pasillo de la compuerta. Más pisadas a su espalda. Pyanfar se volvió para ver aparecer a Skkukuk, procedente del otro lado.

—¡Tus órdenes, cúmplelas! —le gritó. Al siguiente pestañeo, el kif ya se había desvanecido—. ¡Sirany! —gritó por el intercomunicador, con la voz convertida en un mero gruñido—. Abre esa compuerta... —No era Haral quien estaba ahí arriba, Haral permanecía a su lado; ahora dependía de hani desconocidas que debían entender sus señales sin error.

La escotilla se abrió. Pyanfar quitó el seguro de la automática ilegal e inhaló el aire que traía el viento que azotaba sus rostros: la presión de la *Orgullo* había bajado un poco y ese viento procedente de Gaohn olía a cosas olvidadas. A hani. A frío y peligros, también, y a la casi congelada pestilencia de la maquinaria que el espacio ha enfriado. Cruzó corriendo la escotilla y entró en el pasadizo, el plástico amarillo y las placas de acero del tubo de acceso, y respiró de nuevo profundamente ese aire para el cual estaba hecha su fisiología. Sintió en su interior algo parecido al efecto del estimulante, como si pudiera respirar mejor, como si las cosas adquirieran una claridad sobrenatural y toda la sucesión de acontecimientos empezara a moverse a una velocidad razonable.

—Son hani —dijo con la boca seca, jadeando mientras corrían a lo largo del tubo. Confiaba en la tripulación que la rodeaba como en sus propios reflejos, sabía dónde se colocaría cada una de ellas, sabía que Chur estaba donde había dicho que estaría y que tendría a Tully controlado; que Tirun, en último lugar porque le costaba correr, estaría vigilando cualquier cosa que ellas tuvieran demasiado cerca como para ver que se les caía encima; que Haral estaba a su lado igual que otra mano derecha; y que Hilfy y Geran se encontraban en el centro, con Khym. Khym era el que peor disparaba de todas y no el más rápido corriendo, pero si las cosas llegaban a ponerse mal podía lanzar una barrera de fuego junto con cualquiera de las otras. *Hani*, se recordó al salir de la rampa y dirigirse hacia un lado, al refugio ofrecido por la grúa y las consolas. A lo lejos se divisaba otra tripulación que bajaba al muelle con tanta rapidez como la suya: ésa era Harun. Y ahora llegaba Sif Tauran: Pyanfar giró en redondo y se la quedó mirando con cierta confusión y vio que Fiar llegaba corriendo por la rampa.

—Estamos libres de turno —jadeó Sif—. La capitana dijo que saliéramos aquí para ayudar.

—Venga —dijo, percibiendo la juventud de Fiar, el ceño fruncido en el rostro de Sif... Así que las habían enviado para guardar el honor de Tauran. Otra batalla por Gaohn. Todo el mundo quería participar en ella.



*Sirany, estúpida, ahora son hani contra hani, ¿no lo ves? Aquí no hay gloria...*

Otras siluetas estaban apareciendo en los diques y subían corriendo hacia ellas. Algunas Shaurnum, un trío de Faha y otro de Harun, ninguna tripulación entera, sólo fragmentos. Eso quería decir que las naves disponían de suficientes manos a bordo como para conseguir escapar si llegaban los kif; suficientes como para convertirlas en una amenaza visual, ya que no podía ser más. No lo había ordenado. Quizá lo hubiera hecho Harun o Sifeny Tauran. Prudente. Sentido común.

Seguía deseando tener a todo ese personal extra en el muelle, junto con su potencia de fuego. Ninguna de las demás tripulantes llevaban automáticas, ni tan siquiera rifles: todo su armamento era legal. La mayoría habían tenido que hacer el largo trayecto desde Punto de Encuentro y eso ya las había dejado exhaustas; se les notaba en el rostro, en el poco lustre del vello y en la posición de las orejas. Y Harun y el resto habían tenido que hacer cuatro saltos.

Pero ahora se acercaban otras siluetas para unírseles, con el vello reluciente y con ropas de limpio color azul, mezcladas con el verde de otras figuras y con la seda color cielo de las más lejanas: tripulaciones y capitanas de otras naves al final de los muelles. Eran naves que habían tenido que hacer su propia Larga Carrera para llegar hasta aquí, quizá, pero que al menos tenían la vista despejada y parecían frescas tras haber pasado un tiempo aquí, bloqueadas. Los contingentes de Banny Ayhar, las naves del espacio mahen.

Pyanfar contuvo el aliento, parpadeó contra el mareo y el insuficiente riego sanguíneo que le llegaba a la cabeza y, al mirar por segunda vez, aturdida, a esa silueta color azul cielo, reconoció a su propia hermana. Rhean Chanur, con el mismo aspecto que tenía dos años atrás. Una figura muy alta seguía a Rhean por entre las mangueras, las viguetas y la maquinaria del dique, una silueta masculina que destacaba claramente entre toda esa multitud de primas y sobrinas Chanur. Tenía demasiadas canas para ser su hermano pero, no, eran indiscutiblemente los rasgos de Kohan, todo su aspecto hablaba de Kohan. Llevaba un arma en la cadera, una pistola, y en cuanto a si sabía utilizarla, la respuesta sólo la conocían los dioses...

Con él venía su esposa del clan Faha, Huran, la madre de Hilfy. Había también otras esposas suyas: Akify Llun era una de ellas, a su lado y al de Chanur, y no con sus parientes.

—Pyanfar —dijo Kohan cuando estuvieron cerca.

Se miraron durante un segundo, antes de que Kohan parpadeara lentamente, atónito ante lo que veía: la flaca silueta cubierta de cicatrices en que se había convertido su hija favorita, Hilfy Chanur *par* Faha, quien se le había acercado y le había ofrecido la mano izquierda para que la tocara, pues en la otra llevaba una automática ilegal. Después Hilfy Chanur tocó su mano y la de su madre, Huran Faha, ofreciéndoles tanto a ellos como a su tía Rhean y a sus primas el breve asentimiento

de cortesía con la cabeza que podría dedicar a cualquier camarada sometido al fuego enemigo. Una rápida palabra y centró nuevamente la atención en cuanto la rodeaba, montando guardia junto a sus compañeras de tripulación, casi perdiéndose entre ellas. Le indicó con un gesto a Geran que vigilara una parte de los muelles mientras ella se encargaba de otra. Todo se movía, las tripulaciones ocupaban posiciones más ventajosas, y no había tiempo para decir nada, no había tiempo. Kohan parecía aún atónito, Huran estaba abatida. Khym tosió, un sonido de puro nerviosismo, un poco detrás de ella.

—Tenemos que llegar a la central —dijo Pyanfar—. Tenemos que sacar de ahí a Banny Ayhar, hay que liberar a las Llun...

*Dioses, no saben qué hacer, me están mirando, nos están mirando a todas esperando que hagamos algo, como si ninguna de ellas hubiera luchado antes, como si no conocieran la estación de Gaohn.*

Había un momento y un ritmo para conducir a quienes no sabían qué hacer y eran presas de la confusión moral; un segundo para apoderarse de sus almas antes de que empezaran a discutir, a dudar o hacer preguntas demasiado peligrosas.

—Vamos —les gritó, dirigiéndose a toda esa masa lunática de navegantes espaciales hani que intentaba tozudamente agruparse a su alrededor, como si fuera por voluntad propia el mejor objetivo de todo el Pacto.

Empezó a gritar instrucciones y a indicar pasillos y tripulaciones. La voz se le quebraba y las piernas le temblaban mientras lo ponía todo en acción... y un instante después ya no podía recordar a quién había enviado a dónde o cuándo, como si su mente hubiera regresado al hiperespacio y pudiera contemplar las cosas de forma general pero le faltara la precisión para enfocarlas más de cerca...

... batallas libradas en puertos y en campos de una pequeña perla azul, un mundo donde hani estúpidas luchaban para impedir que un cosmos demasiado decidido les arrebatara los negocios...

... Pyruun metiendo casi a la fuerza a Kohan en una lanzadera, pasándole de contrabando a Rhean, sólo los dioses podían saber cómo se las habían arreglado o bajo qué riesgo; pero, una vez, los mahendo'sat habían logrado hacer pasar a un humano dentro de un recipiente pata mercancía a través de un almacén stsho.

... Banny Ayhar corría hacia el hogar con un mensaje que se multiplicaba por sí mismo a través de todo el espacio mahen, recogiendo a más hani a medida que volaba hacia el hogar, y alertando también a los mahendo'sat, desde Maing Tol hasta su mundo natal, en Iji, para que cualquier ataque kif no pudiera tomarles por sorpresa, fuera cual fuera la intención de Sikkukkut. Las entradas y las salidas de los sistemas solares estarían minadas: los mahendo'sat habrían tenido tiempo para esa laboriosa acción, especialmente cerca de Iji y de Maing Tol, por lo que nada podría haberse escabullido a través de la puerta trasera. Sí, lo habrían hecho, mientras las naves hani

volvían al hogar como los pájaros ante la tormenta. Los mahendo'sat habrían cogido a cada una de las naves que había libres en su frontera para utilizarlas, tanto en la defensa como en el ataque, y habrían recurrido a sus acuerdos con los tc'a, de forma que el complejo horario de movimientos de las naves mahen habría funcionado como una siempre creciente red de comunicaciones, las noticias se habían transmitido de un salto a otro y llegaban cada vez más lejos con cada nueva reunión de las naves afectadas...

... incluso a los capitanes en las naves de caza más alejadas del interior, capitanes como Dientes-de-oro, que ya no operaban con su discreción individual, sino según la información y refuerzos que recibían...

... Dientes-de-oro había sufrido una ofensa incalculable cuando la *Aja Jin* violó el horario establecido apareciendo en Kefk. Ésa había sido la razón de su ira, de su furia hacia Jik; ésa la razón de que Dientes-de-oro hubiera partido a toda velocidad: sus órdenes se lo habían dictado. ¿Y qué podía haberle dicho a Rhif Ehrran para hacerla salir tan rápido de ahí con un mensaje para el hogar? Cuidado, le habría dicho seguramente; vigila las consecuencias que tendrán lugar cuando ese empujón, del cual él estaba enterado, haga que los kif se lancen contra las hani. Había mandado a Ehrran allí donde se suponía que debía estar la *Orgullo*, el lugar hacia donde se dirigía Banny Ayhar, eso se lo habría dicho Jik, en una nave mucho más lenta pero con un mensaje que él le había dado, si es que vivía para llegar a Maing Tol. El plan de Dientes-de-oro había funcionado hasta que a la *Orgullo* se le destrozó una tobera saliendo de Urtur y tuvieron que ir en busca de ayuda; hasta que Sikkukkut se apoderó de Hilfy y Tully. Con ello había atraído a la *Orgullo* muy lejos, a Mkks, y luego (Jik intentaba conseguir su oportunidad y la desesperación de una hani, y sólo veía un modo de cumplir con sus planes horarios y mantener la posición dentro del asunto), a Kefk, donde las cosas se torcieron todavía más terriblemente. Allí las hani demostraron que no se podía tratar con ellas, que estaban divididas por las disputas de sangre; allí Chur yacía agonizante, impidiendo que la *Orgullo* se lanzara en ese peligroso viaje hacia el hogar por la ruta de Kura, para advertir del desastre ocurrido en Punto de Encuentro...

... Dientes-de-oro les había dado ese equipo médico para permitirles el largo viaje, se lo había dado por la misma razón que los mahendo'sat se habían gastado millones para aumentar las capacidades de la *Orgullo* en un intento desesperado de última hora para mandar una información puesta al día con destino a las navegantes espaciales hani y Anuurn...

... porque ninguna nave podía atravesar el bloqueo kif en Kita; y al final habían tenido que confiar en la leve esperanza que la nave de Banny Ayhar representaba. Jik no había logrado convencer a Ehrran de que se apartara de su rumbo hacia los stsho y la *Orgullo* se había ido metiendo cada vez más y más en los planes

de Jik. Ehrran no se había apartado del camino hasta que Dientes-de-oro no le ofreció lo que sabía, una verdad mucho mayor de la que Jik les había contado todavía a ninguna de ellas.

Pyanfar parpadeó, apoyándose en una vigueta y sosteniéndose en ella mientras el dique giraba en su campo visual. Su cerebro, para variar, tenía deseos de no quedarse quieto. La luz blanca y las perspectivas grisáceas del dique eran fugaces visiones de oscuridad, estrellas y naves minúsculas que pasaban en una rotación continua. Tenía la automática en el puño. El retumbar de muchos pies pasó junto a ella en tanto que otras hani tomaban el recodo siguiente y el pasillo contiguo aparecía desnudo excepto por un remolino de papeles y una puerta cerrada con una ventanilla sobre la cual, en grandes letras, se leía SELLO DEL DIQUE. ENTRADA SÓLO CON LLAVE.

—¡Los dioses se los lleven a todos! —Disparó. Sin pensarlo, porque una automática era una llave tan buena como cualquier otra; repitió el disparo por entre el humo y el trueno ensordecedor, y las esquirlas producidas por su primer disparo le rociaban el flanco—. ¡Imbéciles, malditos seáis!

Nunca habían preparado la puerta para resistir tal clase de ataque. La ventanilla cedió. No podía correr, tuvo que limitarse a caminar y se vio rebasada por los ágiles pies de las más jóvenes y temerarias que se lanzaron hacia adelante para atravesar, con algo más de cautela, la puerta y la ventanilla hecha añicos.

Pyanfar atravesó el umbral: su tripulación no estaba muy lejos de ella, rodeándola, y junto a ellas las Rhean, como si se tratara sólo de un paseo por un muelle de mala fama. Era como volver a los días en que el proyectil más temible era una botella de vino y el mayor riesgo con el cual debía vérselas una tripulante hani en el muelle era un tabernero iracundo. Pisó algo de contornos afilados, torció el gesto con un respingo y luego entró en un corredor del cual sus seguidoras ya habían tomado posesión: Fiar y Sif se adelantaron, al trote.

—¡Más despacio! —les gritó—. ¡Rhean, que no corran! —... Pero todas se lanzaban hacia adelante, cada vez más aprisa. No podía mantener ese paso ni sentía el menor deseo de hacerlo, de seguir estando a la altura de las más jóvenes y enérgicas. Más allá de este largo pasillo tendrían que subir por las escaleras de caracol, por el camino más duro, sin poder confiar en los ascensores, que se controlaban desde los tableros principales. Gaohn era demasiado grande como para poder conquistarla con rapidez, salvo si se contaba con una fuerza abrumadora. Y el tiempo corría a favor de otros bandos. El tiempo, oh dioses, estaba a favor de Sikkukut.

... que había llegado a Punto de Encuentro para impulsar a sus adversarios kif contra el yunque del territorio mahen, consciente de que el número de rutas que podía tomar Akkhtimakt era limitado. Una de ellas era hacia abajo, hacia el territorio stsho, donde no encontraría resistencia... pero Dientes-de-oro y los humanos habían bloqueado ese camino.

... el segundo llevaba al territorio de los respiradores de metano, pero era una trampa mortal: nadie deseaba oponerse a los knnn.

... el tercer rumbo le llevaba más allá de Sikkukkut, a Kefk. Esto habría puesto a las fuerzas de Akkhtimakt en desventaja psicológica aunque, irónicamente, no en una posición demasiado mala: no había peor lugar al que un kif en retirada pudiera ir, pues meterse en su propio territorio era lo mismo que para un pez herido entrar en un océano de mandíbulas afiladas como navajas...

*Piensa, Pyanfar, es demasiado tarde para pensar. O el enemigo tiene una opción más de las que se te han ocurrido, o una menos de las que necesita.*

*Sikkukkut sabía que Banny Ayhar llevaba algún mensaje, sabía que alguien tenía que haberse encargado de él y también dónde irían las fuerzas mahen. Había utilizado el ataque mahen, el yunque y el martillo, pero jamás confió en los mahendo'sat, no confió en Jik y estaba claro que tampoco en Dientes-de-oro. Obviamente, no detuvo a Banny Ayhar.*

*O ni lo había intentado porque deseaba que todo eso ocurriera.*

*Dioses, ¿es posible que Jik se lo contara? No. No. Estoy segura de que Jik no haría eso. No lo haría con alguien tan astuto y lleno de recursos. Cooperaron dentro de unos límites. Era conveniente para ambos bandos. Por razones independientes.*

*Pero ¿por qué me valoró tanto Sikkukkut desde el principio? ¿Por qué me valoran tanto él y los mahendo'sat, lo suficiente como para mantenernos con vida y colocarme en esta posición, con tanto poder?*

*¿Acaso Sikkukkut es un estúpido? Nunca lo fue. Tampoco Jik ni Dientes-de-oro.*

*En caso de que Sikkukkut pierda demasiadas naves en la lucha por el poder, entonces se encontrará con otro kif mordiéndole la pierna apenas dé la impresión de haberse debilitado, dioses. Eso es lo que los mahendo'sat están haciendo con él, desgastarle. Su agresividad es la principal debilidad de los kif. ¿Lo sabe Sikkukkut? ¿Puede una especie ver sus propias deficiencias?*

*Echémosle una mirada a las nuestras, a este lamentable espectáculo, hani contra hani, lanzas y flechas volando bajo el sol, estandartes ondeando ni viento...*

*Veo claramente qué nos impide desarrollar nuestro potencial.*

*¿Puede verlo él?*

*¿Puede...?*

—¡CUIDADO! —gritó alguien; y un diluvio de fuego hizo erupción al final del pasillo.

—¿Alguna noticia? —preguntó Chur. Había dejado el rifle en la cubierta inferior. Para transportarlo hacía falta más fortaleza de la que disponía en estos momentos y ahora no tenían ningún enemigo a bordo. Llegó al puente seguida de Tully y se agarró

al respaldo de su asiento habitual. El rostro preocupado que se volvió hacia ella pertenecía a una capitana desconocida—. Estoy siguiendo órdenes —jadeó Chur, para evitar más discusiones. Clavó las garras en el asiento, toda la escena del puente ondulaba ante ella. La neblina gris entorpecía intermitentemente su campo visual, y el corazón le funcionaba como un motor sobrecargado—. ¿Hay alguna noticia de ellas?

—Ehrran amenaza con salir del muelle y hacernos volar a todas. La *Luz* amenaza con destruir a la *Vigilancia* antes de que se mueva del dique. Se supone que hay una nave kif por ahí recogiendo todo lo que sucede... todo esto. Skkukuk... le he dicho que eso es todo, que por el momento no queremos nada más. —En la voz de Sirany había un afilado matiz de tensión, una capitana experimentada que se hallaba casi al final de sus recursos—. Encárgate del kif.

—Bien —aceptó Chur, y, casi arrastrándose, se instaló en el puesto vacío que había entre las pantallas y el tablero de comunicaciones, activando el panel auxiliar. Con una tripulante Tauran a cada lado. Tully se instaló un asiento más abajo. Había otros puestos vacíos: los de Fiar y Sif.

*Encárgate del kif.* Desde luego.

Skkukuk se consideraba parte de la tripulación. Era leal. Geran había llegado a admitirlo, aunque fuera con una mueca. Y Chur había recibido por el comunicador las instrucciones que su propia capitana le había dado al kif. Para actuar no tenía más dato que éste y el encuentro que había tenido lugar en la cubierta inferior, mientras el kif esperaba en la sala auxiliar de abajo a que finalizaran los arreglos para la transferencia de naves. Pero Chur había estado demasiado tiempo en el abismo para sentir pánico ahora ante lo anormal.

Una de las criaturas negras pasó velozmente a través del puente y se desvaneció como una pesadilla que pudiera regresar al poco rato, un cuerpo largo y velludo que se movía con la rapidez del rayo.

En la pantalla, una de las naves kif más cercanas acababa de encenderse con la luz que indicaba un cambio de vector.

La petición de transporte que Skkukuk había mandado mediante haz de energía había tenido tiempo de ser escuchada y, evidentemente, iba a cumplirse.

—Tully —dijo, inclinándose un poco para mirar hacia el tablero en el que se había instalado—. No sabemos cuándo van a llegar los humanos, ¿correcto? Graba un mensaje: graba, ¿entiendes? Lo enviaremos al borde del sistema, con toda la amplitud de onda que nos sea posible, y lo transmitiremos de forma constante... —Entonces, abatida, recordó que al mando no se encontraba Pyanfar—. Sí das tu permiso, capitana.

—¿Qué? —le respondió secamente ésta. Tuvo que explicarlo todo de nuevo. Con más detalle. Y, una vez lo hubo hecho, Sirany dijo—. Hazlo. Pero tenenos al corriente de lo que haces. Puedes utilizar todo el equipo que quieras.

Respiró, ahora con mayor facilidad, activó el canal de salida del comunicador y preparó las explicaciones, separando las destinadas a los kif, a los humanos y a la capitana en funciones de la *Orgullo*. Luego estaba el asunto de comunicar con los aliados mahen del exterior, cuyo estado de ánimo e intenciones constituían otro problema: pocas naves mahen se habían quedado dentro del sistema, y mientras persistiera la actual inmovilidad sólo tenían una conexión nominal con los cargueros hani que mantenían su posición fuera de éste. De momento permitían que las naves kif se movieran con rumbo a los destinos indicados por un mensaje que llevaba el sello de la *Orgullo*.

Que accedieran a sus peticiones sin tener claras razones para ello era mucho pedir, tanto de los mahendo'sat como de las hani. E incluso de los kif.

Pero la situación debía mantenerse tal y como estaba. Peor aún, tenían que establecer algún tipo de sistema defensivo, tanto interno como externo. El siguiente grupo de naves que apareciera, y eso podía ocurrir en cualquier momento, tal vez fuera el de Akkhtimakt en un segundo ataque, y eso haría que toda la alianza kif cambiara de bando. O quizá fuera el de Sikkukkut, después de ocuparse de Dientes-de-oro; o podía tratarse de Dientes-de-oro y los humanos. O uno de los dos grupos en solitario. Sólo los dioses sabían qué más podía aparecer. Por los datos que tenían a su alcance, incluso un grupo de stsho aterrorizados. O los tc'a.

Sería mucho mejor que esos recién llegados, fueran quienes fueran, se encontraran con una ola de información concebida para provocar discusiones antes que un diluvio indiscriminado de disparos.

*Encárgate del kif*, le había dicho.

Chur mandó el mensaje. Lo hizo en media docena de idiomas, amplificándolo mediante cualquier nave que fuera capaz de transmitirlo, hacia todos los confines del sistema, continuamente, dado que los relés de la estación de Gaohn y, al parecer, los de la segunda estación situada al borde del sistema y las dos balizas no pensaban cooperar. Estaba emitiendo no sólo para los que se encontraban en el sistema y para quienes llegaran a él; también lo hacía para cierta nave de caza mahen que se había esfumado.

*Chanur está tomando la Estación de Gaohn. Este sistema solar se encuentra bajo el control de Chanur, sus aliadas y subordinados. Vais a entrar en un espacio controlado. Identificaros.*

—¡Alto el fuego! —gritó Pyanfar, dándose la vuelta, con la espalda contra la pared y sosteniendo en alto la automática con las dos manos hacia un grupo de hani vestidas con pantalones negros que tenían las orejas gachas y los ojos rodeados por círculos blancos. Eran Inmunes, enmarcadas en el hueco del pasillo y tan vulnerables como unos stsho durante una tormenta de granizo. Un disparo pasó junto a ella,

demasiado alto; otro le contestó.

—¡Alto! —aulló Khym.

—¡Alto el fuego! —le respondió como un eco la voz de Kohan Chanur, dos voces masculinas que retumbaron en las paredes del corredor despertando un sinfín de ecos. El tiempo parecía haberse detenido, parecía muy probable que se produjera una matanza.

Pero lo que tenían delante era un grupo de chiquillas. Chiquillas, nada más. Tenían las orejas gachas a causa del miedo. No llevaban más armas que unos pequeños láser de taquiones, y ahora se enfrentaban a cañones de automáticas capaces de arrancar toda una cubierta metálica de un disparo. Pensaban que iban a morir aquí, ésa era la expresión que reflejaban sus caras.

—¡No disparéis! —gritó una de ellas, con más presencia de ánimo que el resto, sosteniendo en alto su pequeña pistola.

—¿Sois de Ehrran? —les gritó Pyanfar, y una de ella echó a correr.

Las demás se quedaron muy quietas, con los ojos clavados en las armas que las apuntaban.

*No necesitamos prisioneras.*

*Malditas estúpidas que nunca han visto el espacio.*

—¡Largaos de aquí! —les gritó a las demás—. ¡Fuera, malditos sean vuestros pellejos!

Salieron corriendo en confusión, chocando unas con otras en su prisa por dejar libre el pasillo, sin que se disparara un solo tiro.

Pyanfar se volvió de nuevo y vio rostros cansados y aturdidos. Vio miedo en el de Rhean Chanur y las demás, navegantes espaciales que habían vuelto a casa para luchar contra los kif y que habían acabado luchando contra niñas hani. Ése era el tipo de resistencia que encontraban. A eso habían llegado, a intentar recuperar el control de la estación de las manos de unas locas capaces de arrojar contra ellas a niñas imberbes.

—Los dioses nos salven —dijo, tragando aire con un jadeo. Movi6 la cabeza, y torció el gesto ante el estruendo de una explosión; Haral con sus aliadas se abría paso sin contemplaciones a través de otra compuerta de presión que, con persistencia hani, había sido reemplazada por otra puerta con ventanilla después del último ataque armado que tomó la Estación de Gaohn. Por supuesto que algo tan malo no podía ocurrir dos veces. No en Gaohn, la civilizada Gaohn. No a las hani, que no tenían deseo alguno de involucrarse en los asuntos de otras especies. La Estación de Gaohn se enorgullecía de su serena estabilidad y su paz interna, mantenida mediante ceremonias de duelo y desafío—. Que los dioses maldigan a Naur —dijo en voz alta—. Que los dioses maldigan al *han*. —Y, con estas palabras, logró dejar boquiabierto a su hermano y, con toda seguridad, a *ker* Huran Faha, que mostraba una cicatriz en el



hombro producida por una cacería en Anuurn y que tenía tan pocos conocimientos sobre los kif como sobre las ecuaciones hiperespaciales. Pyanfar se apartó bruscamente de la pared y siguió hacia adelante, traspasando el umbral chamuscado por los disparos.

—*Alto*—dijo el intercomunicador situado sobre sus cabezas—. *Estáis violando la ley. Cualquier ciudadana tiene el poder de impedirlos el paso.*

No había ninguna ciudadana a la vista. Cualquiera con un poco de sentido común había huido de esa sección. Quienes se encontraban ahora en Gaohn y no pertenecían a los clanes del espacio eran gente de la estación y estaban al corriente de la fragilidad de los muelles, de la existencia de una nave Chanur y un montón de kif y mahendo'sat suspendidos sobre Gaohn. La excepción eran los casos como el de Kohan y Huran, y Akify, la de la melena rojiza, que había vivido con Chanur tanto tiempo que había llegado a olvidarse de que era una Llun.

Había una forma de conseguir que el avance de unos intrusos por la estación fuera más lento. Quien se encontrara en la Central habría puesto los sellos de toda el área atacada, si es que habían podido prepararse para ello. Siempre que la estación de Gaohn estuviera acondicionada para tal tipo de sistema defensivo, claro... Pero no, se discutieron las modificaciones necesarias para ello después de que Gaohn fue tomada por primera vez, pero el plan nunca se llevó a cabo: el mismo clan Llun había opuesto una apasionada negativa a que se hiciera.

Por supuesto, y eso habían pensado las Llun, ni en mil vidas se podría producir una segunda invasión. Sólo el pensar en ello turbaba la tranquilidad hani, y reconocer que tal calamidad era posible iba contra los principios hani: si haces planes para cuando se produzca algo, quizá consigas que ese algo llegue a suceder. Preparar a Gaohn para la defensa podía crear una apariencia de belicosidad que quizá produjera la necesidad de tal defensa. Colocar en los corredores de Gaohn compuertas de presión con ventanilla (las cuales permitían comunicación visual entre las zonas selladas en caso de alguna contaminación o emergencia de incendio) era una medida de seguridad y una afirmación moral: jamás llegaría un día en el cual la estación se viera obligada a tomar medidas extremas.

Y sencillamente por eso, la estación había caído ante Ehrran.

Y las fuerzas de otras especies que se aproximaban jamás habían oído hablar de tal filosofía ni les importaba un comino. ¿Cómo se podía ni tan siquiera traducir este tipo de mentalidad a un *hakkikt* kif?

¿Cómo le sería posible a un kif que había hecho planes a través de años luz comprender la mente de las Llun, y menos aún las de Naur, que no habían salido nunca del planeta; y la del *han*, que por voluntad propia había decretado que a las hani se las debía dejar en paz y sin influencias del exterior?

... un kif que había hecho planes...

... un kif que había dejado libre a una nave de caza mahen y una fuerza hani para que se encargaran de realizar en su nombre algo que él...

¿... no podía hacer por sí solo?

¿... acaso un kif creyó jamás que la fuerza no solucionaba cualquier problema?

¿Podía ser tan sutil un kif?

Sí, maldita sea, un kif podía ser sutil. Pero no al modo en que lo sería una hani. Un kif quería poder, quería seguidores, quería territorio...

... por todos los dioses, Sikkukkut sabía que Dientes-de-oro no estaba acabado. Él mismo era capaz de trucos como el frenado a mitad de un salto, sabía lo que Dientes-de-oro podía haber hecho en Punto de Encuentro, un truco que Pyanfar sólo había descubierto cuando tuvo a Jik en situación de apretarle bien las tuercas y arrancárselo.

En Punto de Encuentro Sikkukkut había podido disponer de los knnn y sólo los dioses sabían de qué más y, ¿qué habría hecho Sikkukkut entonces, ahí? ¿Se habría quedado para responder a sus acciones? ¿Habría salido corriendo hacia Kefk, Mkks o Akkt?

Ojalá.

Pero ése no era el estilo de Sikkukkut. Ese bastardo correoso habría logrado recomponer una parte cada vez mayor del rompecabezas mahen, igual que habían hecho ellas, sin que el tozudo silencio de Jik se lo pudiera impedir. Después de Kefk, Sikkukkut se había ido enterando de más y más cosas.

La intrusión que casi había acabado con ellas en su rumbo de salida había sido otro ataque a Punto de Encuentro, sin duda, los respiradores de metano habían salido de la Nada como sólo sus locas mentes eran capaces de planear; y justo antes de que Sikkukkut lanzara a su hani favorita hacia Anuurn, había estado enviando mensajeros a diestra y siniestra hacia otras naves...

... Sikkukkut estaba planeando algo, y contaba con la ayuda de ese traidor de lengua demasiado suelta, Stle stles stlen: el stsho le habría dicho lo que fuera, y si sabía algo sobre Dientes-de-oro se lo habría contado absolutamente todo.

Esas pequeñas criaturas negras seguían activas durante el salto. Venían del mundo natal de los kif. ¿Podían hacerlo también los kif? ¿Acaso hacían planes y preparaban ardides durante todo ese tiempo?, ¿era ése el secreto de la feroz osadía que demostraban los kif en sus ataques, se debía a que podían salir del hiperespacio con la cabeza clara y conscientes de sus actos, tras haber revisado planes que las hani, los mahendo'sat, los humanos y cualquier otra especie habrían debido trazar mucho tiempo antes?

*Dioses, dioses.*

Empezó a caminar despacio tras las demás, y su propio grupo se quedaba cada vez más rezagado. El cuerpo tenía sus límites. Hasta Hilfy empezaba a desfallecer. El

pulso le chirriaba en los oídos como una máquina que se esforzara por última vez, a punto de romperse. Otra vez ese dolor en el pecho, tenía la visión borrosa.

*Puede que no dispongamos ni siquiera de ese tiempo. No deberíamos estar aquí. Tendría que dar la espalda a todo esto, volver a la nave, prepararme para la defensa...*

*... y, ¿con qué, estúpida? ¿Con todo tu vasto armamento?*

*¿... enfrentar a los kif unos contra otros? ¿Es posible dirigir a semejantes criaturas? ¿Podría controlar a Skkukuk si perdiera el dominio de Gaohn?*

*Jik, los dioses te pudran, ¿dónde estás?*

Otro umbral, otra puerta. El disparo de una automática se encargó de ella, haciendo volar toda la ventanilla y dejando sólo fragmentos irregulares de plástico. Primero las más jóvenes y luego las demás atravesaron los escombros que se alzaban ante la visión de Pyanfar como una barrera infranqueable. La automática se le hacía cada vez más pesada. Kohan se había adelantado con Rhean. Khym seguía con ella, al igual que el resto de su tripulación.

—Parece que nos hemos convertido en la retaguardia —jadeó Haral con una voz apenas reconocible—. Esas condenadas estúpidas no son capaces ni de vigilar sus propias espaldas. Niñas y hani que nunca han ido al espacio...

—Sí —murmuró ella, y atravesó el umbral con paso vacilante. Una gran mano la ayudó a recuperar el equilibrio cuando estuvo a punto de caer. Khym.

El altavoz chisporroteó.

*—Basta, volved inmediatamente a vuestras naves. La Vigilancia posee armamento suficiente para poner en vigor el decreto del han por la fuerza. Está preparada para utilizarlo. No pongáis en peligro la estación.*

—La maldita *ker* Rhif está a salvo en su nave —dijo Geran.

—Paciencia, tenemos a la *Luz* ahí arriba, sobre su cabeza, y no podrá ir a ningún sitio.

—Una nave kif se acerca al muelle —observó Haral—. Cuando llegue habrá problemas. Sólo los dioses saben qué hará esa estúpida de Ehrran.

Otra interminable y agónica extensión de pasillo. Las primeras de su grupo habían llegado ya a la escalera. Se oían abundantes gritos de ánimo. Hani carentes de experiencia que intentaban espolpear su valor antes de una larga subida cuyo significado final era una confrontación abierta con una oposición armada.

Se hallaban fuera del alcance de los comunicadores de bolsillo. Había demasiada masa de estación entre ellas y las naves del dique.

—Dioses.

Pisadas a su espalda, toda una estruendosa horda de cuerpos a la carrera. Pyanfar giró en redondo con el mismo movimiento que el resto de la tripulación para encontrarse con las brillantes ropas de las comerciantes hani y, detrás de ellas, toda

una multitud entre la que se distinguía gran cantidad de pantalones negros. Entraban en el pasillo a medida que lograban rebasar el obstáculo de las compuertas de presión hechas pedazos.

—¡Sobre sus cabezas!

Lanzó un disparo contra el techo y los paneles de plástico más cercanos a la puerta se desintegraron en una lluvia de fragmentos y humo, provocando un ruidoso diluvio de paneles que cayeron rebotando locamente y obstruyendo el corredor justo delante del grupo que se lanzaba sobre ellas.

—¡Alto, alto! —les gritaron, agitando las manos, mientras algunas de las comerciantes en plena retirada chocaban con la multitud que venía detrás y unas cuantas, las más tozudas, seguían hacia delante, con las manos vacías bien a la vista.

—¡Sfaurn! —gritó alguien, dando el nombre de su clan, un clan de la estación: comerciantes, cierto, sin ninguna relación con Ehrran.

—¡Somos de Chanur! —gritó en respuesta Tirun, con el rifle en ristre—. ¡No os mováis!

La presión procedente de atrás había cesado. Una marea de hani chocó con otra en el pasillo: las que intentaban avanzar a través de las puertas hechas añicos y quienes, presas del pánico, querían retirarse. Las que se encontraban delante de todo, en el umbral de la última puerta, vacilaban ante las armas.

—¡Ehrran tiene la Central! —gritó la Sfaurn.

—¿Quieres hacer algo al respecto? —le respondió Pyanfar, también gritando.

—¡Estamos intentando ayudar! Dioses, ¿a quién estás apuntando? ¡Muchísima gente por toda la estación intenta entrar aquí!

—¡Ya era hora, por los dioses! —Su pulso era un martilleo lejano, la sangre teñía de rojo y gris su campo visual—. ¡Si puedes conseguir que funcionen los teléfonos, avisa a los demás niveles!

—Hay Llun entre nosotras... tienen equipo portátil de comunicaciones y algunos rifles... Las que hay al final son Llun, Chanur. ¡No quieren recibir un disparo por error!

—Tráelas aquí —le gritó. Dioses, qué días habían llegado a vivir, cuando el negro de las Inmunes significaba convertirse en el blanco de un combate. Se apoyó en la pared y bajó el rifle, parpadeando para intentar combatir la neblina que tenía ante los ojos. Descansar aquí un poco. Descansar hasta haber logrado organizar los refuerzos. ¡Llun! Tan dignas de confianza como el amanecer y, gracias a los dioses, capaces de tomar iniciativas propias. Seguro que durante todo ese tiempo habrían actuado por su cuenta, tendría que haber confiado en que eso ocurriría.

Pero aún podían recibir un disparo cuando se colocaran delante de las espaciales. Alguien que vistiera el color azul de los clanes del espacio tendría que ir hasta las escaleras para advertir a las que se encontraban allí que quienes se acercaban por la

retaguardia eran amigas.

—¿Alguien tiene todavía fuerzas para una carrera? —preguntó, contemplando un cansado racimo de caras Chanur, las orejas gachas, el vello erizado en mechones sudorosos, cubierto de sangre a causa de los fragmentos producidos en cada explosión.

—Yo —jadeó Hilfy—, yo tengo.

—Entonces, aquí está tu oportunidad para ser una condenada estúpida. Vete, anda. ¡Y ten cuidado!

Su grito final iba dirigido a una espalda que ya se alejaba a toda velocidad, las orejas gachas, una joven delgada volando por ese pasillo mientras los refuerzos se organizaban a base de gritos y empezaban a moverse hacia adelante.

La marea se fue abriendo paso lentamente por el umbral de la puerta destrozada, y pasó ruidosamente por encima de los paneles de plástico color crema que antes habían formado el techo. Siguió avanzando hasta dejar atrás a un maltrecho puñado de hani, pesadamente armadas, que se apretaron contra la pared y la saludaron con un gesto al pasar.

—Hace tiempo —dijo Pyanfar, y cuando la última de ellas hubo pasado, se dejó resbalar al suelo hasta quedar, en cuclillas y con la pesada arma entre las piernas. Haral, Geran y Khym se le habían adelantado en esta postura y Tirun, pesadamente apoyada en la pared, se dejaba caer con igual lentitud—... hace tiempo, habría sido yo quien corriera por ese pasillo.

—Eh —dijo Khym, con la lengua fuera. Se lamió los labios y jadeó—. Con la edad llega la inteligencia, ¿huh?

—Sí —asintió Haral, mirando preocupada hacia el pasillo por el cual se había alejado Hilfy. Hilfy, con un anillo en la oreja y un condenado montón de cicatrices, y bastante más sentido común del que había tenido en toda su protegida y cómoda vida. Hilfy, la veterana de los muelles de Kefk y las entrañas de la *Harukk*, de Punto de Encuentro y de todos los sistemas existentes entre la estación y el círculo que conducía al hogar.

—La niña sabrá hacerlo —dijo Pyanfar—. Nos encargaremos de mantener seguro este lugar durante un rato. Les protegeremos las espaldas. Tenemos que pensar. Ahí fuera está la *Vigilancia*. Y tenemos kif de qué preocuparnos.

La estación emitía una serie de boletines discordantes. Los acontecimientos eran demasiado caóticos para que Ehrran pudiera coordinar sus mentiras.

—Siguen amenazando con destruir los tableros de ahí arriba —dijo Chur.

—Unnn —musitó Sirany Tauran. No podían hacer nada al respecto. Sin embargo, esparcida a lo largo de la estación, cargada de estática pero descifrable, empezaba a llegarles información de las Llun. En la información había un nombre.

—Se han encontrado con la capitana —exclamó de repente Chur, sintiendo una oleada de alivio. Se ajustó bien en la oreja la conexión del comunicador, intentando averiguar dónde se había dado el encuentro, pero la Lhun que emitía se mostraba precavida y no daba posiciones—. Dicen que se han unido con Chanur y las demás y que siguen avanzando con ese grupo.

Reinó un murmullo de alegría al oír aquellas palabras.

—¿Bueno? —preguntó Tully, inclinándose hacia ella para atraer su atención—. ¿Bueno?

—Condenadamente bueno —respondió Chur—. La capitana ha encontrado ayuda.

Mientras tanto, las tripulantes de Tauran estaban muy ocupadas a su alrededor, controlando las pantallas y los movimientos del exterior. Mantenían la emisión del mensaje que habían grabado ella y Tully y lo difundían en un barrido tan amplio de la esfera como les era posible a ellas y a la *Luz de Chanur* en coordinación. Permanecían prácticamente pegadas a una estación en continua rotación, y enviaban la señal con energía máxima. Y, especialmente, no apartaban la vista del dique de la *Vigilancia*, cuya imagen les llegaba a través de la *Luz*, mientras una nave kif se dirigía hacia ellas. Ahora era fácilmente distinguible entre todas las otras, aproximándose al estilo de las naves de caza... *rápido*, por los dioses. Y, mientras todo eso ocurría, en la sala auxiliar de la cubierta inferior, sin necesidad de ir barriendo la esfera disponible, Skkukuk mantenía la comunicación en kif.

—*Chanur-hakkikt skkutotik sotkku sothogkkt* —decía su boletín de noticias, y Chur torció el gesto al oírle—. *Sfitktokku fikkrit koghkt hanurikktu makt.* —Otras naves hani también recibían el mensaje, y ahí fuera había un número suficiente de hani espaciales que conocían el kif básico: *La hakkikt de Chanur ha sometido otros clanes a su voluntad.* Algo más sobre hani y un mar o mareas o algo que el traductor había embrollado. Skkukuk estaba usando un código o se mostraba poético, hablaba continuamente, extrayendo sus propias conclusiones de kif a partir de las noticias que recibía. Chur pensó en cortar su línea de comunicaciones. Pensó en bajar ahí abajo y pegarle un tiro, en vez de pegárselo a los diez mil kif sobre los cuales no podía hacer nada.

Pero la capitana le había dado órdenes. Pyanfar Chanur lo había pedido y lo había pedido con toda la cordura y suavidad de que era capaz, lo cual significaba que ésa era una de las ideas más firmes y decididas de la capitana; quería decir que Pyanfar Chanur pretendía que su tripulación no le pusiera las manos encima a ese kif y le dejara hacer la misión que le había encargado Pyanfar.

Este kif había salvado la vida de la capitana. Eso le había dicho Geran.

Este kif era el especialista en asuntos kif de Pyanfar. Ella misma se lo había dicho.

Por razones particulares, claro. Si tenían que caer, que fuera siguiendo las órdenes de la capitana, tal y como habían vivido durante cuarenta años, tanto en el espacio como en casa. Si Pyanfar Chanur había dicho que la nave debía saltar, ellas se encargaban de que así fuera; si iba hacia el corazón de un sol, protestaban brevemente por si acaso, para estar seguras de que así debía ser, y luego seguían adelante.

Era una enfermedad contagiosa. La capitana Tauran estaba haciendo casi lo mismo, obedeciendo órdenes de las que dudaba.

Mientras, una de las negras alimañas que habitaban la *Orgullo* estaba osadamente sentada sobre sus cuartos traseros a la entrada del corredor de la cocina, contemplando asombrada a las estúpidas criaturas que gobernaban la nave.

Subiendo por las escaleras, más y más arriba, hasta que le dolieron los huesos y el cerebro latió ruidosamente, deseando más aire. Hilfy Chanur se había colocado a la cabeza del grupo, tras haber dispersado a parte de los contingentes Llun por cada uno de los corredores que iban encontrando durante el ascenso, para que se encargaran de ir recogiendo al resto de personal de la estación que estuviera a su lado, y de ponerlo en marcha por los demás pasillos. El controlar el corazón de una estación espacial tan grande como una ciudad proporcionaba una ventaja: los controles de la luz, el aire y el calor estaban justo a unos centímetros de la mano. Eso era lo que poseía Ehrran.

Pero también había una clara desventaja en poseer la Central: era una única zona muy pequeña, y una estación espacial tan grande como una ciudad tenía un montón de habitantes. Y todos los habitantes convergían sobre ese punto desde todos los corredores y pasadizos, todos esos clanes de la estación furiosamente decididos a que las Llun volvieran a controlar los sistemas que las Llun comprendían y las intrusas de Ehrran, evidentemente, no.

Si ahí arriba había Llun controlando los sistemas a punta de pistola, lo hacían totalmente en contra de su voluntad, y Ehrran sólo tenía la palabra de las Llun en cuanto a qué estaban haciendo con esos controles.

Estúpidas, diría la tía Pyanfar. Una estación espacial era algo muy distinto a los controles de una nave estelar y eso contando con que entre las Ehrran de ahí arriba hubiera navegantes espaciales experimentadas. La mayor parte debían ser Ehrran del planeta, pantalones negros cuyo principal trabajo era encargarse de las oficinas comerciales y lamer los pies de Naur y las otras Viejas y Nuevas Ricas.

Tía Rhean estaba a su lado mientras subían. Su padre se encontraba justo detrás, más viejo y canoso a causa de los años que la *Orgullo* había pasado fuera. Y, en alguna parte del recorrido, habían recogido a otros dos machos, dos jóvenes Llun salidos de alguna parte del nivel cinco y que ahora avanzaban entre ellas con una camaradería totalmente inusitada entre los machos de los clanes normales... Eran Inmunes y habían pasado toda la vida sin la amenaza del desafío y sin la menor

esperanza de suceder a su propio señor excepto por la antigüedad a la que pudieran llegar. Cuando aparecieron iban a toda velocidad y se detuvieron un instante al reconocerse, probablemente ninguno de los dos sabía que el otro aparecería y con seguridad les había impresionado la presencia de Kohan, mayor que ellos y procedente de Anuurn. Y entonces Kohan les había gritado: «¡Adelante, maldita sea!». Y ellos, como dos adolescentes en una cacería, se habían puesto uno al lado del otro con una gran ostentación de, gritos y fanfarronadas. Y ahí estaban también las hani del clan Llun, armadas y con la experiencia de la última batalla librada por Gaohn. Y todo eso iba directo al regazo de las Ehrran, dispuesto a caerles encima.

Si las Llun cautivas en los controles hubieran estado dispuestas, habrían podido, como mínimo, apagar las luces y dejar toda la estación sólo con las linternas que las Llun, las comerciantes de la estación y algunas de las hani espaciales habían tenido la previsión de traer con ellas. Podrían haber dejado sin presión secciones enteras de los diques, con lo que se habría perdido una gran cantidad de vidas. Podrían haber disparado los cohetes estabilizadores de la estación y afectar la gravedad. Podrían haber desestabilizado los paneles solares y utilizar alguno de los grandes espejos para hacer que la *Luz de Chanur* se encontrara muy incómoda. Quizá las Ehrran las habían instado a punta de pistola para que hicieran todo ello.

Pero nada había ocurrido.

La puerta del nivel doce se alzaba ante ellas. Cerrada. Por supuesto, tenía que estar cerrada. Probablemente una de las Ehrran se había encargado de ello usando el manual. Debían controlar los pasillos de arriba, los que se interponían entre la Central y las invasoras.

—Atrás —gritó Hilfy y las que estaban ante ella se apartaron y se protegieron como mejor pudieron entre los peldaños, intentando cubrirse. Cuando se disparaba una automática siempre había una lluvia de fragmentos. Y esta puerta cedió igual que las otras: cuando abrió los ojos la ventanilla había desaparecido y el cuerpo, los brazos y el rostro le escocían, sangrantes a causa de las partículas. Por el umbral brotó un remolino de humo y una incandescente barrera de fuego láser iluminó la claridad grisácea de la escalera, haciendo estallar pequeños agujeros en la pared y el techo.

Por primera vez sintió pánico, auténtico miedo. Ésta era la labor de las heroínas, ser las primeras en subir a la carga por la escalera para meterse en ese jaleo. Ahí la habían puesto su temeridad y la posesión de esa automática ilegal.

—¡Hyyaaaah! —aulló, de puro terror, y subió corriendo las escaleras, porque salir corriendo en dirección contraria era demasiado humillante. Disparó una vez más y recibió una lluvia de plástico sobre todo el cuerpo al estallar el proyectil en el pasillo, y ante ella empezaron a caer placas del techo. Por un instante aterrador se encontró sola, corriendo a través del umbral, y entonces sintió que había otras corriendo a su



espalda. Parpadeó, abriendo un poco más los quemados párpados, y vio hani de pantalones negros tendidas en el suelo. Algunas se movían, otras no; observó cómo los disparos de láser se esparcían por entre la humareda y mandó otro proyectil en esa dirección.

Gritos. Encogió todo el cuerpo.

Eran hani. Procedían del planeta. No tenían ninguna experiencia sobre lo que era una automática, no sabían cómo reventaba un cuerpo o cómo se derrumbaban las paredes por la onda expansiva de los disparos. Las supervivientes se pusieron en pie y huyeron tambaleándose, dejando en el suelo las armas, sin acordarse de ellas. Mientras tanto, las Llun, enfurecidas, cargaban en su persecución, con los dos jóvenes machos gritando como locos mientras corrían.

—La puerta —dijo Rhean, que había llegado a su altura, y señaló hacia donde se dirigían las Llun.

—No es problema —jadeó Hilfy. Tenía todo el cuerpo como helado. Así la culata de su arma como si la tuviera soldada a la mano; había perdido toda capacidad de distinguir entre ella y el arma. Su piel, perforada por los fragmentos y astillas, había perdido casi toda su sensibilidad. Miró hacia atrás para ver cuántas hani de su bando habían logrado pasar, y descubrió que el pasillo estaba inundado por un mar de ellas.

Ahora estaba caminando por encima de un suelo cubierto de escombros, dejando atrás los cadáveres. Corrían hacia donde habían ido las Llun, hacia la puerta que habían logrado conquistar con su carga, cerca de la cual un aturdido puñado de prisioneras Ehrran permanecía acurrucado bajo vigilancia. Era la última puerta, la que conducía a la Central.

—Yo la volaré —dijo—. Habrá que entrar por la fuerza, disparando...

Sólo entonces recordó que estaba hablando con una capitana, vieja y experimentada. Qué sencillo era todo. Dolorosamente sencillo. Cerca de donde estaban Rhean Chanur y su padre tenía que haber hani que lo entendieran, seguramente. Estaba Munur Faha, por ejemplo. Y las Harun. Tenían que entrar a la carga ahí dentro, con armas que podían destruir esos frágiles controles y matar a cincuenta o sesenta hani indefensas.

*Estúpidas. Hubiera podido llorar ante tal espectáculo. Pobres estúpidas. Mi gente. ¿Lo veis ahora, lo entendéis? ¿En qué os habéis convertido, en qué desgraciado asunto nos hemos metido por intentar que todo siguiera como antes, al viejo estilo?*

Finalmente estaba llegando información, mensajes dispersos que retumbaban por los altavoces a medida que el equipo portátil de las Llun iba suplantando los informes emitidos por la Central.

—Ehrran está violando la ley de las Inmunes —repetía uno de esos mensajes—.

*Llun ha tenido que apelar a todos los clanes para que, por la fuerza, hagan retirarse a Ehrran de las oficinas de la estación y pide a Ehrran que anuncie su intención de obedecer.*

El mensaje estaba empezando a volverse agotador en su agobiante monotonía, brotaba del techo con un tintineo metálico. Pyanfar se limpió el rostro cubierto de sangre, agitó las orejas y alzó la vista hacia el maltrecho altavoz que añadía a las palabras del aviso una continua vibración, deformándolas.

—Me gustaría disparar a ese trasto —murmuró Geran. Y eso era lo que ella misma estaba pensando, cada vez más irritada.

—Maldita sea, aquí no servimos de mucho —dijo Pyanfar—. Eso es seguro. —Le dolía la garganta, y todos los miembros. Tuvo que hacer un esfuerzo para ponerse en pie—. Hilfy puede cuidar de sí misma. Toda la estación se ocupa del problema. Será mejor que volvamos a la nave y que Chur se acueste.

—Nada de llevarla a un hospital de aquí —murmuró Geran—. Está más segura en la nave.

Eso era lo que pensaba Geran en cuanto a la seguridad actual en Gaohn con los kif a punto de llegar. O quizá Geran no estuviera haciendo otra cosa sino servir de eco a los deseos de Chur, si todas debían acabar expuestas al vacío del espacio: entonces, al final, no habría ninguna diferencia.

—Sí —dijo Pyanfar, sin querer comprometerse a nada, y se apartó con un empujón de la pared en la cual se había estado apoyando—. Dioses, ¿qué podría hacer yo para dar un poco de fuerza a este brazo?

La automática le pesaba como todos sus pecados juntos. Los escombros habían convertido el pasillo en una carrera de obstáculos donde tropezaban los pies, y el suelo estaba cubierto de fragmentos metálicos. La multitud de hani que lo habían cruzado antes habían dejado una serie de pisadas sangrientas, pero estaban lo bastante enfurecidas como para dar la impresión de no haber sentido mucho dolor. Pyanfar avanzó por entre los escombros cojeando y haciendo muecas, en tanto que su tripulación la seguía, imitándola.

—Los kif están a punto de llegar —dijo Tirun.

—Dioses, sí. A las Llun eso no les gustará demasiado.

Era lo primero que descubrirían las partidarias de Llun cuando recobraran el contacto con las encargadas del funcionamiento de la estación sometidas bajo las armas de Ehrran. *Esa loca de Chanur ha llamado a los kif.* Y en ese momento las Llun tendrían que preguntarse de qué lado estaba Chanur. Eso harían también las otras, ahí arriba, con Hilfy.

Era una pregunta lógica.

Contuvo el aliento, se frotó la nariz y se observó una mancha roja en el pulgar. No era extraño que le costara tanto respirar. ¿Y cómo le había ocurrido eso?

Siguieron por el pasillo, pasando uno tras otro los umbrales destrozados, por encima de los plásticos rotos, el olor de los explosivos y el plástico quemado colgando todavía en la atmósfera, algo más limpia gracias a los ventiladores, que seguían funcionando.

Y ahora Pyanfar era presa de una ansiedad febril. Una vez hubo empezado a recorrer el camino, quería volver a la *Orgullo* y salir de nuevo al espacio para tratar con los kif que tenía delante antes de que, repentinamente, llegaran tantos kif que no pudiera entenderse con ellos.

El final del pasillo, donde la última puerta rota franqueaba la salida al dique. Pyanfar atravesó el umbral e hizo girar su automática en un barrido del muelle tan maquinal como innecesario. Siguió el movimiento del arma con unos ojos que ya se habían acostumbrado al gesto.

La detonación de una automática. Su cerebro la clasificó en esa categoría de sonidos temibles que conocía de un modo muy íntimo, una categoría que llegaba hasta el sonido exacto que hacía una automática cuando la movían para apuntar a un blanco. La sacudida se transmitió directamente a los músculos, los cuales no hicieron preguntas. Se dejó caer al suelo, dando vueltas mientras el mundo estallaba a su alrededor; y siguió rodando mientras sujetaba la automática y disparaba, entre el torbellino de sus tripulantes que gritaban y también disparaban.

*¡Dioses, en el umbral, ha dado justo en el centro del grupo... Oh, dioses!*

Un segundo disparo que se perdió entre el refugio que ofrecían las viguetas.

—¿Estáis bien todas? —gritó a su tripulación y a su esposo—. ¿Te encuentras bien, Khym?

—¡Vuelve aquí! —La voz de Khym, ronca e irritada.

Un tercer disparo.

—¿Estáis bien, maldita sea?

Un disparo de contestación dio en el muro. Pyanfar se convirtió en parte del suelo metálico.

—¡Py!

—¡Salid de esa condenada puerta!

—¡Chanur! —gritó una voz por un megáfono—. *Soltad las armas y salid al descubierto. ¡Estáis atrapadas! Si quieres conservar la vida de tu tripulación haz lo que decimos. Hay hani que se acercan por ese corredor, a vuestra espalda...*

—¿Ehrran? —gritó ella en respuesta, todavía con el vientre pegado al suelo—. ¿Eres Ehrran?

—*Aquí Rhif Ehrran, Chanur. Hay tripulantes detrás vuestro. ¡Ríndete!*

—La misma condenada imbécil de siempre. —La voz de Haral, en algún lugar a su espalda. Algo se interponía entre ellas, Pyanfar esperaba ansiosamente que fuera el marco de la puerta.

—¿Tienes que intentar competir con ella, Hal? ¡Por todos los dioses, sal de esa puerta!

—Eh, nos acaba de explicar que recibiremos visitas por detrás. Capitana, ¿quieres que nos encarguemos de ellas o quieres que te ayudemos ahí delante? Es una tiradora condenadamente mala.

—¡Chanur!

—¡Estoy pensando! —gritó. Y, dirigiéndose a Haral—. ¿Todo el mundo bien ahí atrás?

—Na Khym tiene una herida en la pierna, pero no es grave. ¿Quieres que te cubramos o quieres que salgamos ahí fuera?

Pyanfar se arriesgó a sacar la cabeza del refugio que le ofrecía la estructura metálica y echó un vistazo. Hacia arriba, donde una grúa conectaba con esa zona, con sus enormes mangueras, cables y acoplamientos metálicos. Una sonrisa feroz le hizo arrugar la nariz, dejando los dientes al descubierto.

—Tendrá que ser hacia adelante. —Mientras, Ehrran volvía a gritar por el megáfono:

—¡Chanur!

—Condenada estúpida.

Alzó la mira con un golpe seco, apuntando sobre el blanco, y envió el proyectil justo al centro de la grúa. Eso partió en dos algunos de los enormes cables, seccionó las conexiones e hizo caer toda la masa como un nido de serpientes furiosas. Cayeron tras la posición ocupada por Ehrran. Los cables eran tan gruesos como la pierna de una hani y largos como la rampa de una nave. Emergían desde el interior de la grúa golpeando a ciegas, rebotaban y oscilaban aquí y allá con una perversa vida propia.

Las bombas de presión empezaron a chillar, y al ruido se añadía el aullido del aire y el estruendo de los mecanismos de seguridad. Siluetas vestidas con pantalones negros huyeron en todas direcciones para salvar la vida, corriendo hacia donde se lo permitían los cables y mangueras que llovían desde lo alto.

Pyanfar se puso en pie.

—Vamos —gritó a sus tripulantes para que salieran de su peligrosa posición aprovechando los instantes de confusión. Y Tirun gritó:

—¡Capitana!

Pyanfar giró en redondo hacia los nuevos blancos y logró disparar una vez hacia la única silueta que se había detenido sin que nada la cubriera, y había alzado el arma. No fue el único disparo. Automáticas y rifles lanzaron una salva desde la puerta que había a su espalda, y después de eso no hubo nada allí donde se había alzado esa silueta hani. El estruendo de las detonaciones la había dejado tan aturdida que, por un instante, fue como si se le hubiera parado el corazón.

—Estúpida hasta el final —dijo Geran, sin el más leve temblor en la voz.

Y Haral:

—Con tantos disparos, capitana, no hay forma de saber quién le ha dado.

—¡Moveos! —gruñó Pyanfar, propinando un empujón al hombro que tenía más cerca, el de Geran.

Las demás se pusieron en movimiento, cubriéndose unas a otras. Khym cojeaba y perdía sangre, pero no demasiada. La *Orgullo* se encontraba cerca y la *Vigilancia de Ehrran* era invisible, oculta por la curva de la estación. La que muy bien podía haber sufrido daños por ese disparo sobre la grúa era la *Industria de Harun*, si en aquel momento tenía las bombas en marcha. Por muy importantes que fueran, bien lo sabían los dioses, las bombas estaban muy lejos del corazón de una nave estelar. Corrieron a través del dique bordeando un charco de agua y sustancias volátiles que se iba extendiendo. Los tóxicos, gracias fueran dadas a los dioses, estaban canalizados por diferentes conductos desde el muelle a la nave. Esos canales no se habían roto, o ya estarían muertas.

Pero aún podían acabar muertas si la segunda oficial de la *Vigilancia* decidía soltar su nave del dique y empezar a disparar. La pequeña extensión de muelle que debían cruzar se extendía ante ellas como si de una distancia intergaláctica se tratara. El trayecto fue una pesadilla de esfuerzos y aturdimiento. Los pies chapoteaban en un líquido que inflamaba las heridas y llenaba sus ojos de lágrimas, un líquido cuyo vapor se metía en los pulmones y las hacía toser a todas. Las bombas se habían desconectado en los dos lados del muro de la estación. Dioses, esperaba que a nadie se le ocurriera producir una chispa.

—¡Chur! —La voz de Geran, medio ahogada, gritando a su comunicador de bolsillo—. ¡Chur, estamos llegando, abre esa maldita compuerta!

Llegaron a la rampa. Pyanfar cogió a Khym del brazo cuando éste se tambaleó con la pierna empapada en sangre. Se arrastraron mutuamente y ambos lograron subir la rampa hasta llegar a la seguridad de la entrada.

Entonces pudieron reducir la marcha a un vacilante trote, porque al menos en esa pendiente no podían alcanzarles con ningún disparo y la escotilla estaba ya a su alcance. Confiaba en la experiencia de Chur y en las adaptaciones que se habían hecho en la *Orgullo*: una cámara exterior y ciertas precauciones que evitarían las emboscadas...

—¿Tenemos el camino despejado? —preguntaba Haral por el comunicador.

—Despejado —respondió la voz de Chur, que nunca había sido tan bienvenida—. ¿Estáis todas bien ahí fuera?

*Bien. ¡Dioses!*

—Sí —dijo Haral—. Algunos cortes y arañazos.

Su mente estaba aislada por una capa insensible. Incluso con los ojos bien abiertos clavados en la luz amarilla del pasadizo, incluso con la sacudida del aire frío

para estimular sus sentidos, seguía notando como si vagara por la nada, como si lo bueno y lo malo, lo justo y lo erróneo, hubieran perdido todo significado.

*Una hani que nos vendió. Una hani como ésa. Un kif como ese condenado Skkukuk. ¿Cuál de los dos vale más para el universo?*

*Le disparé. Todas lo hicimos. La tripulación lo hizo por mí. ¿Por qué lo hice yo?*

*El hogar y la sangre, Ehrran.*

*Por Chur. Pero ésa no era la única razón.*

*Por nuestras vidas, porque debemos sobrevivir, porque no puedo consentir que una loca estúpida ande suelta en mitad de este lío. Teníamos que hacerlo, teníamos que hacer algo para detener todo esto, teníamos que jugar con todos los malditos medios a nuestro alcance y, además, haciendo trampas. Teníamos que vivir el tiempo suficiente.*

*¿Qué dirán sobre nosotras después?*

*Eso no importa en el balance final. Que haya alguien con vida para recordarlo... eso es lo que importa.*

La compuerta se abrió ante ellas y al otro lado estaba Tully, solo, armado y sin aliento. Los vivaces y pálidos ojos del humano se abrieron un poco más al verlas; la preocupación y la sorpresa se reflejó inmediatamente en su cara. Guardó la pistola en la funda y alargó la mano hacia Khym cuando éste cruzaba cojeando el umbral, pero obtuvo un gruñido por toda recompensa.

—Déjale —dijo Tirun.

—¡Estoy bien, maldita sea! —exclamó Khym—. ¡Dioses, dejadme en paz!

Y Tirun advirtió:

—Cállate. Yo tengo una pierna medio lisiada por culpa de algo parecido. Vamos a la enfermería, rápido.

Mientras, Tully le entregaba un pedazo de papel.

—Chur enviar. Kif venir en nave para llevar nuestro kif condenadamente rápido ahora. Tener Central perfecta. Ahora tener que hacer pregunta estación hani qué hacer nosotros. Mucha preocupación. Capitana Sirany portarse muy lista, dejar hacer a Chur.

Más parloteo humano, mezclando las buenas noticias y las malas. *Urgente*, decía el mensaje de Chur. *La nave mensajera Nekkekt está frenando. Una lanzadera se dirige a la esclusa E para recoger a Skkukuk. Tengo una transcripción de todas sus comunicaciones a los kif. Parecen estar limpias. Comunicaciones de la estación indican que las Ehrran se han atrincherado en la Central; el ataque está en curso. No se menciona nada respecto a las opiniones de Llun sobre los kif. La Vigilancia está llamando al han para pedir instrucciones, la capitana se encuentra en paradero desconocido...*

El mensaje era demasiado viejo, por cuestión de segundos. El tiempo que había necesitado Tully para cruzar todo el pasillo inferior, bajar en el ascensor, y recorrer otro pasillo para encontrarse con ellas. Todavía habían ocurrido más cosas. *Estoy transmitiendo mensajes a los límites del sistema con ayuda de Tully; excelente cooperación de las Tauran...*

Gracias fueran dadas a los dioses por Chur Anify. Y todas las demás.

—Venga. —Agarró a Tully para que fuera con ella. Tirun ya se había llevado a Khym; Geran y Harán cojeaban a su lado.

¿Era posible el altruismo? ¿Se había enfrentado Ehrran a ella para defender la estación, intentaba arrestar a las Chanur con la esperanza de conseguir el control de la situación, sabiendo que esa nave kif se aproximaba?

*Si es así, lo siento. Lo siento de veras. No tengo tiempo para más.* Le dolía todo. Tenía la vista nublada por el polvo y las partículas del dique, y le seguía sangrando la nariz. Apeataba a sudor y a sustancias volátiles.

No había tiempo para hacerse preguntas sobre eso. Se dirigió al ascensor.

Dos tripulantes de Sifeny y una de las suyas seguían ahí, metidas en el tiroteo. Y su esposo estaba en la enfermería para permitir que una navegante agotada y temblorosa le quitara un fragmento metálico de la pierna.

Ésas eran las cosas de las cuales quería preocuparse, las cosas que una hani, de algún modo, podía arreglar.

Pero no era eso lo que la estaba esperando en el puente.

Había bajas. Una muerte segura. Tres más, probables. El muerto era uno de los jóvenes de Llun; Hilfy había estado a su lado y contemplado el ingenuo rostro del muchacho. No era gran cosa. Un muchacho que había sido demasiado valiente y algo estúpido. Jugando a ser un héroe.

*Dioses. Dioses. Nunca llegó a comprender que todo esto era real.*

*¿O sí lo supo? ¿Ese chico? ¿Podía imaginarse el negro vientre de la Harukk?  
¿Un muelle kif?*

*¿Tenía que imaginarse todo eso?*

Una mano le tocó el hombro. Su padre, cubierto de sudor y sangre, respirando roncamente. Y a salvo. Hilfy alzó los ojos hacia Kohan Chanur, quien la dominaba como una gran torre, enorme y bueno, y quizá ya no tan inocente como ella le había creído siempre. Tal vez, en realidad nunca había sido como ella pensaba.

Lo miró y vio que también él estaba buscando a alguien que ya no existía. Su hija, la que no tenía cicatrices. Quizá deseaba que ella le demostrara alguna emoción. Eso la hizo sentirse más triste, puesto que si ahora lo hacía, si se ablandaba, sería mentira. Sólo era capaz de sentir tristeza y lo único que hizo fue mirarle.

Su madre era más práctica. Huran Faha estaba a su lado, quizás algo aturdida. Cuando se dio la vuelta, entre ellas dos se cruzó una mirada dura y escrutadora, una mirada de advertencia, porque ahora había Llun ocupando este centro de control, mientras reunían a las hani del clan Ehrran en grupos y las llevaban fuera. Al final no había sido tan duro, unas pobres estúpidas que nunca habían estado en el espacio y que se fundieron tan rápido en el combate cuerpo a cuerpo que todo acabó con un par de disparos y un remolino de siluetas. Las Ehrran habían tenido que luchar y enfrentarse a navegantes espaciales que habían aprendido cómo hacerlo en los bares del muelle. Después de eso, no tuvieron ni una sola oportunidad. Cosa fácil.

Sólo el chico, que no se había encogido, ni siquiera había intentado protegerse. Se había limitado a correr hacia adelante en su ingenua bravura, porque eso se suponía debían hacer los machos, ¿no?

—¡Maldita sea! —De repente la ira fue excesiva, pero no había nada en qué gastarla. No tenía ningún deseo de quedarse aquí y responder a las preguntas de las Llun.



No era tan conocida como su tía Pyanfar. No era más que otra navegante espacial, delgada, con cicatrices y sin nada que la hiciera destacar, excepto que durante un instante había luchado junto al clan de Chanur y que, por un momento, el señor de Chanur —*¡exseñor! ¡Oh, dioses!*— le había puesto la mano en el hombro. Había llegado el momento de volver a la nave. Miró a Fiar y a Sif, logró atraer su atención con un gesto de la mano e inclinó una oreja hacia la puerta. Sí, era el momento de irse, antes de que las Llun se dieran cuenta de quién era y a qué tripulación pertenecía.

Pero entonces alguien apareció bruscamente en el centro del grupo, alguien con el vello de la nariz cubierto de canas, el rostro ceñudo, acompañada por un grupo de hani que no tenían un aspecto mucho mejor que el suyo... Era el aspecto, y Hilfy había llegado a conocerlo bien, de las navegantes espaciales después de un viaje brutal y prolongado. El vello mate, zonas donde la piel quedaba al descubierto... Las conocía, las había visto por última vez en un muelle, en Punto de Encuentro, cuando la policía de Ehrran las rodeaba a todas.

Banny Ayhar y su tripulación ocupaban el umbral de la estancia, parpadeando y mirándola con una insistencia mayor de la que se merecería un vistazo casual.

—¿Ésa es la joven Chanur? —preguntó Banny—. ¿Ésa es Hilfy Chanur?

La mandíbula de Hilfy se negó a funcionar. Su cerebro, que hasta ese instante había funcionado razonablemente bien, se convirtió en mantequilla.

—¡Es Chanur, seguro! —Banny tragó aire y las orejas se le inclinaron hacia atrás para erguirse de nuevo—. Me han contado lo que hiciste. —Las orejas volvieron a bajar—. ¡Nos has liberado, por los dioses! ¡Condenadas estúpidas! Pero ¿qué es todo eso acerca de vosotras y los kif?

Un profundo silencio a su espalda, y una atención todavía más profunda hacia la pregunta.

—Chanur —dijo otra voz a su espalda—. *Ker Hilfy.*

Hilfy se puso en movimiento, pretendiendo pasar junto a Banny. Pero ésta no tenía intención de moverse.

—Los kif —dijo Banny Ayhar—. Eso es lo que quiero saber. ¿Qué está pasando?

O se paraba o tendría que pelear. Una pelea en esos instantes no beneficiaría mucho a Chanur. Miró a Banny Ayhar con las orejas gachas y con todo el poder de la automática en el puño, que ahora no le servía de nada.

*Dioses, puedo echarlo todo a perder. Todo. Si se enteran de lo que hemos estado haciendo, lo difundirán a los cuatro vientos, lo gritarán por todas partes y entonces moriremos. El planeta entero morirá por culpa de eso. Oh, Banny Ayhar, maldita estúpida, por todos los dioses, vas a conseguir que se pierda cuanto has logrado.*

—Tienes el mensaje aquí —le dijo a Banny, en voz baja y apremiante, ahora con las orejas hacia arriba—. ¿Quieres hacer que se pierda todo? ¿O me apoyarás, aquí y

ahora?

Estaba hablando con una capitana, de gran veteranía; y lisa y llanamente, se había olvidado del *ker* y de todos los respetos; poniendo en el juego toda su vida y su ser.

Las orejas de Banny se agitaron primero hacia un lado y luego hacia el otro en un silencio total. Todas las presentes en el centro tenían que haber oído el matiz de apelación que había en sus palabras, como si Ayhar y la *Prosperidad* fueran parte de lo que manchaba el nombre de Chanur. Ahí atrás estaba Harun. Y Munur Faha. No se encontraba sola. Ni en el asunto de los kif. Había capitanas de mayor edad en quienes confiar. Algo más lejos estaban Sif y Fiar, sus compañeras de conspiración, procedentes del mismo puente que ella.

Vio que en los ojos de Banny Ayhar se encendía un súbito y cauteloso recelo, la mirada de una vieja comerciante con experiencia en muelles peligrosos. Esa vieja hani sabía darse cuenta de cuándo le hacían una señal y, por los dioses, la había entendido. De repente, el centro de control se llenó de navegantes espaciales y hani de la estación, navegantes y Ellas, una especie que apenas si resultaba un poco menos desconocida y extraña que los kif.

—Chanur —dijo esa voz Llun a su espalda, la voz de una hani con cierta autoridad y bastantes años.

Pero, antes de que se volviera, Ayhar alzó el mentón del mismo modo en que lo había hecho desde los muelles de Anuurn hasta Punto de Encuentro. El mensaje era: *Aliada, hasta que me demuestres lo contrario.*

—Capitana, están en la Central, lo han conseguido.

Pyanfar cruzó el puente hasta apoyarse en el respaldo del asiento ocupado por Chur mientras las dos tripulaciones lanzaban gritos de alegría.

—¿Todo despejado?

—Aún no lo han confirmado oficialmente. —Chur no se volvió hacia ella. Tenía las orejas inclinadas hacia atrás en tanto que pulsaba teclas y manejaba los controles—. Estación de Gaohn, aquí la *Orgullo de Chanur*, vamos a recibir una lanzadera que se aproxima, nos encargaremos de ella. Nos gustaría recibir información lo más rápido posible sobre las bajas habidas. —Una pausa. Una agitación de orejas—. Capitana, un mensaje general: *Mantened la calma. Llun ha tomado nuevamente la Central.*

—Muy pronto todos los clanes que estén dentro del radio de recepción pedirán listas de bajas. Supongo que tendremos que sentarnos y esperar.

—Me gustaría que hubieran puesto algunas operadoras en las salidas de datos. Lo único que recibimos es el mismo mensaje, emitido una y otra vez. Nadie se encarga de manejar nada. Hemos recibido el mensaje a través de una nave mercante de Moura. Alguien tiene que estar controlando las comunicaciones desde ahí.

Pyanfar se mordisqueó los bigotes, lanzó un bufido y repitió el gesto.

—No van a hacernos favores. Quienes tengan que recibir malas noticias las recibirán primero, ése es el modo habitual. Y tienen razón. Límitate a mantener el contacto.

Mientras tanto, la tripulación de Tauran seguía metódicamente la aproximación de la nave kif, la cual se dirigía hacia el dique con la popa ya en posición. Y en esa cubierta había cierto kif, aguardando con su equipaje y su Cena bien envuelta. O eso esperaba ella.

(—Skkukuk —le había dicho hacía poco por el comunicador—. Aquí la capitana. Sólo quiero hacerte saber que he vuelto y que tenemos la situación bajo control.)

(—*No me cabía ni la menor duda de ello* —le respondió la voz del kif, un tanto metálica, como sonaban siempre todas las comunicaciones debido al receptor de la cubierta E—. *Te entregaré los corazones de tus enemigos.*)

Literalmente. No era algo en lo que Pyanfar tuviera muchos deseos de pensar ahora, con la posibilidad de que se hubieran producido bajas en la Central y el desagradable recuerdo de Ehrran en el dique. Cada vez que la imagen aparecía en su mente, Pyanfar notaba cómo ésta intentaba huir de ella, pero la imagen volvía una y otra vez.

*No quedó nada de ella. Nada. Oh, dioses.*

*Una Inmune. Por muchos problemas que nos diera, seguía siendo una Inmune.*

Estuvo escuchando las distintas comunicaciones que indicaban el ataque de la nave kif.

—¿Quieres ocupar tu puesto? —le ofreció Sirany por segunda vez.

El significado de esas palabras era: ¿quieres asumir el mando dada la situación? Y, claro está, todo lo que el mando implicaba. Miró hacia donde estaba la Tauran y vio el cansancio y la preocupación de una hani que tenía miedo de cada instante que pasaba allí sentada, pero que temía igualmente el ceder ese puesto y devolvérselo a Chanur.

—De acuerdo —dijo Pyanfar—. Quiero que mi segundo oficial suba al puente: ¿te importa sentarte en el puesto de observación? Haremos que nuestras dos tripulaciones se repartan entre el puente y la cocina, puede que necesitemos todas las manos expertas de que podamos disponer.

—Está bien —aceptó Sirany, levantándose del asiento número uno—. Dos minutos de pausa y estaré aquí de nuevo.

—El contacto es inminente —informó la Tauran que se encargaba de controlar el ataque, sin detener sus movimientos sobre los controles. Ahora los relevos de tripulación se reducían a unos cuantos cuerpos que cambiaban sus posiciones, y jamás se producía un instante de pausa en el rumbo de las operaciones.

La pequeña nave kif hizo contacto con la abrazadera del dique sin una sola

sacudida. Se oyó el gemido de los mecanismos retractores y luego toda la nave se estremeció levemente con un chirrido metálico al moverse la abrazadera, que giró hacia abajo para posibilitar el contacto entre las dos escotillas.

Una hani podía sentir el deseo de unas últimas palabras, una despedida. Aunque fuera con un kif. Pero los kif no eran así. Skkukuk salió de la *Orgullo* sin decir nada y lo único que les llegó fue la seca comunicación del piloto, comunicando que su lanzadera estaba lista para soltarse.

Un instante después se produjo el despegue. La pequeña nave giró sobre sí misma, alejándose con toda la velocidad de que era capaz, con un último y leve chisporroteo de los motores sobre el casco de la *Orgullo*.

Pyanfar supuso que el capitán de la nave que se alejaba tan rápidamente debía de ser otro kif ambicioso, ya que había decidido asumir la responsabilidad de recoger al kif de las hani.

Pero no debía de ocupar la posición más importante entre las naves de ahí fuera. Eso era algo que ahora ya sabía. Probablemente ocupaba una posición de tercer orden, y no luchaba por alcanzar la primacía en los favores de Sikkukkut. Por esto corría un riesgo calculado, quizá pensaba acabar con su pasajero, quizás tenía la intención de escucharle, dependiendo de cómo se desarrollaran los acontecimientos. Y en esos mismos instantes era probable que, en las naves kif número uno y número dos, los capitanes estuvieran muy preocupados. Ahí fuera, entre los kif, todos los capitanes debían de estar preocupados, los que ocupaban posiciones más altas estarían intentando digerir los repentinos reajustes de la jerarquía: acababan de conseguir un montón de las naves de Akkhtimakt.

*Buena suerte, mi cautelosa sombra. Buena suerte. Para los dos.*

Suspiró y empezó a manipular los controles.

—¿Nos vamos? —preguntó Haral, que estaba a su lado.

Era lo que más anhelaba, sacar a la *Orgullo* de la estación, alejarla del muelle hasta un lugar donde no ofreciera un blanco tan evidente.

—Quiero que nuestra gente regrese. —Sentía un nudo de hielo en las entrañas. *Quiero recibir alguna noticia de la Central, maldita sea. ¿Qué está pasando ahí ahora? La estación se encuentra asegurada. No hay alarmas de avería o daños. El tiroteo no puede haber sido tan malo.*

*Kohan es demasiado temerario. Dioses, no permitáis que haya cometido alguna imprudencia.*

*Hilfy... no, Hilfy sabe protegerse.*

—No puedo confiar en esa respuesta —dijo la Llun en voz baja y tranquila—. *No hagáis nada que pueda advertir a nuestros enemigos. No veo a ningún enemigo aquí, ker Hilfy Chanur. Veo naves alienígenas que se mueven en el exterior. Veo que la*

estación se encuentra bajo amenaza y oigo hablar de algo que pone en peligro a nuestro planeta. Me pregunto de dónde procede tal amenaza y si hay otras cosas que ignoramos.

Hilfy mantuvo las orejas erguidas, dejó que bajaran sólo un poco para demostrar su disgusto y las levantó de nuevo. Kohan estaba ahí, Kohan, despojado de su título y de todas las cortesías que se le debían, todo el clan... dioses, todo el clan tenía que huir ante el ataque de Kara Mahn y exiliarse con su señor antes que someterse al recién llegado de Mahn y a su hermana. Quienes tenían poder en Chanur se encontraban aquí, muy probablemente, como lo estaba Rhean. O Jofan, que debía de haber actuado con rapidez para llegar aquí con Rhean, Kohan y las demás.

Jamás se había sentido tan orgullosa de su clan y sus parientes.

—*Ker Llun* —dijo con voz suave y firme—, hay algo que sí puedo decirte. Esto no podrá resolverse a base de números. Numéricamente no podemos vencer a lo que está ahí fuera. No tenemos ni las naves ni el armamento necesario. En estos momentos nuestra mejor baza es un mahendo'sat al cual hemos perdido de vista y las naves que han llegado desde el espacio lejano. Están mis tres tías y Ayhar, aquí presente, y Harun, Faha, Shaurnurn, Pauran y Tauran. Y todas las demás. No sé cuántos machos adultos o jóvenes hay en la estación, pero lo más prudente sería sacarles de aquí, que todas las naves sin armamento suficiente para combatir se los llevaran tan lejos como sea posible hacia el espacio mahen.

»Lo único que podremos hacer será confiar en los dioses y esperar que dentro de unos meses reciban la noticia de que Anuurn sigue estando aquí. En caso contrario... seguirá habiendo hani. Por eso estamos luchando. En este mismo instante el lugar más peligroso, dentro de todo el sistema, es una de nuestras naves armadas; luego vienen las estaciones espaciales y, en tercer lugar, nuestro mundo. Tienes que dejar marchar a esas naves, *ker Llun*. No te estoy hablando de Chanur y no te pido un favor; te estoy pidiendo que dejes marchar a esas naves y que nos otorgues con ello una última posibilidad. —Extendió el brazo y le mostró el hombro, allí donde los kif habían dejado cicatrices que no se le borrarían en toda la vida—. Éste es el tratamiento que reciben los invitados de los kif. No quieras averiguar lo que hacen con los que no tienen ni la calidad de rehenes.

—Y tú... —le preguntó la Llun muy despacio, sin alterarse—... ¿y tú eres ahora una rehén, Hilfy Chanur?

—Hogar y sangre, Llun. Somos libres.

—Nosotras estamos en esa nave. —Una voz joven habló aunque sus mayores guardaban silencio. La voz se quebró y por un instante pareció que iba a callarse. Luego Fiar Aurhen *par* Tauran se abrió paso por entre dos capitanas y se encaró a la Autoridad de Llun, las orejas gachas y la voz demasiado aguda—. Tienen razón. Lograron salir de Kshshti...

Para las Llun, atadas a la estación, Kshshti era sólo un lugar sobre un mapa, algo que quedaba muy alejado de su experiencia. Mkks se encontraba más allá de su imaginación. Por un instante Hilfy sintió un profundo terror, viendo que el abismo que se abría entre ellas era imposible de salvar.

—Ahí fuera tenemos un buen problema —dijo Banny Ayhar con su habitual voz de trueno. Lanzó un bufido y, antes de agitar el brazo en un rápido gesto, se subió los pantalones con un brusco tirón—. ¡Por todos los dioses, Shan Llun, si tienes tu casa en llamas pídele ayuda a quienes tengan cubos a mano! ¡No se te ocurra encerrarlas y llamarlas traidoras! ¡Que se vayan al infierno mahen las enviadas del *han*, sus cuadernos de anotaciones y toda esa basura! ¡No puedes convocar un referéndum entre los kif, y ellos no tienen ningún comité de estudios! Condenadas idiotas, habéis escuchado a Ehrran y a quienes eran como ella hasta que se apoderaron de vuestra estación y ahora no queréis escuchar a las que sostienen el dique en los hombros. ¡Miradlas, os digo! ¡Sí, están cubiertas de barro y por eso creéis que han traído la inundación con ellas! ¡Y no os dais cuenta de que han estado luchando para poner los troncos en su sitio!

Hubo un profundo silencio. Las orejas de la Llun se agitaron en un movimiento casi imperceptible que ella contuvo rápidamente. Sus grandes ojos dorados ardían con dos centros de negrura.

Agitó una mano hacia la Llun que estaba tomando notas furiosamente.

—Registra que se ha votado un quórum. La Llun ha oído el voto. La Llun proclama que hay una emergencia civil: la anfictionía abarca todo el espacio. —Dejó caer la mano nuevamente—. ¿Qué capitana queréis al mando?

El silencio duró el tiempo de varias respiraciones.

—Pyanfar Chanur —propuso Kauryfy Harun.

—Banny Ayhar —dijo otra.

—Dioses y truenos, yo no —rechazó Banny—. Escoged alguien que tenga cierta idea de lo que está pasando ahí fuera. Chanur ha logrado seguir con vida hasta ahora. Yo me fiaría de sus conocimientos.

A eso siguieron varios murmullos apagados.

—Chanur —murmuró Munur Faha.

—Chanur —dijeron Shaurnum, Pauran y unas cuantas más.

—Chanur —coincidió la Llun, agitando una vez más la mano—. Prepara las órdenes necesarias. Tanury: operaciones de evacuación. Nis: encárgate de coordinar las comunicaciones. Parshai: logística de naves. Abrid los tableros. Moveos.

Hilfy se quedó quieta, con todos los músculos fríos y nada dispuestos a cooperar. Las cosas habían cambiado de rumbo. Estaba libre. Las naves podían irse. Lanzó una mirada de agradecimiento hacia Banny Ayhar, pero ésta ya se había puesto en marcha. A Hilfy no le hacía falta pensar mucho para saber adonde se había dirigido.

Y rápido.

Se lanzó hacia la puerta, rodeada por las demás, e hizo una seña a Fiar y a Sif para que vinieran con ella antes de recordar que les debía por lo menos una mirada a su padre y a su madre, alguna disculpa por haber dado un paso hacia adelante en esa última confrontación. Pero la Llun quería respuestas, la había acorralado, y Rhean se había mantenido en silencio, el silencio que debía guardar un clan acusado. Con dignidad. La poca dignidad que le quedaba a Chanur ahora que había perdido sus tierras.

*Lo siento*, quería decirles. Pero la presión de todos esos cuerpos la llevó a través de la puerta y no quedaba tiempo para despedidas o lamentos.

Dioses, ojalá convencieran a Kohan para que buscara refugio con él resto de los machos. Dioses, ojalá lo hicieran.

No creía que les fuera posible.

*¿Dónde están las demás, las viejas tías, las criaturas, mis hermanas y primas?*

*¿En la Fortuna y la Luz? ¿Cuántas hani podían llevarse?*

*Si perdemos esas naves, Chanur morirá aquí.*

No esperó el ascensor. Había demasiada gente. Se unió a las más impacientes y echó a correr por las escaleras, con dirección al muelle.

—... *esperamos con la mayor ansiedad* —decía la voz precisa y paciente que brotaba del Control Central de Gaohn— *que tendréis en cuenta las vidas que hay en la estación; pero somos conscientes de que bajo esta amenaza no constituyen la mayor prioridad. Por lo tanto, no pensamos entorpeceros con ningún tipo de instrucciones. Actuad como os parezca más conveniente. Las ciudadanas de la estación van a tomar todas las precauciones de seguridad. No os daremos ninguna otra orden hasta que haya terminado esta emergencia. Los dioses os defiendan. Tendréis otras prioridades. Fin del mensaje.*

—Gracias, Llun. —Pyanfar mantuvo el tono igualmente tranquilo y frío, y la mano firme sobre el control—. Saldremos tan rápidamente como sea posible. ¿Podéis hacer que todas las cuadrillas de los diques se pongan en acción?

Dioses, ¿dónde había aprendido esa cortesía tan seca y breve? ¿De los kif? Escuchó el acuse de recibo de su mensaje y cortó la conexión. Pero no había promesas, nada que tuviera significado. Cuanto tenía por decir haría que, al llegar a una de esas naves, alguna capitana empezara a dudar y se hiciera más preguntas sobre ella. No era la forma de obrar de los kif: era el sentido común hani, su forma de no perder la cabeza.

Así que toda la defensa del maldito sistema se hallaba en sus manos... Así que estaban enviando a los machos adultos y a las criaturas a lo más recóndito del espacio mahen, para estar así seguras de que parte de la especie sobrevivía. Era lo que Llun

tendría que haber hecho días antes, en lugar de esperar hasta que el desastre cayera sobre ellas. Sintió que la rabia hervía en su interior y empezó a respirar más rápidamente mientras seguía con las comprobaciones previas al despegue, primero una serie de controles y luego otra, en tanto que Haral se encargaba de comprobar el tablero de Tirun. Armamento.

Otra nave estaba entrando en el radio del control de tráfico de Gaohn, una nave procedente de Anuurn: una lanzadera, que venía de Syrsyn. La información brotó lentamente de la Central a la petición de la *Luz*: un despegue sin autorización. Una huida. Una piloto sin experiencia y sólo una técnico de vuelo. Los datos les llegaron desde una emisora del planeta: la pequeña Anficciónía de Syrsyn había escuchado el aviso procedente del espacio y había logrado reunir a los machos adultos, a las chicas y a los jóvenes de seis clanes distintos, como mínimo; los había metido en una lanzadera, con los machos y los jóvenes drogados para que no presentaran problemas, y ahora todo ese frágil y precioso cargamento subía por entre la atmósfera de Anuurn.

Eso la aterrorizó más que el peligro de Gaohn. Syrsyn estaba asumiendo el riesgo monumental de la acción que ella les había instado a tomar. La nave era tan pequeña y se encontraba tan indefensa que el acto resultaba locamente estúpido, con tan escasa tripulación y, bien lo sabían los dioses, sin otro plan de vuelo excepto el de subir. Utilizar los motores, trazar el rumbo después de encontrarse en el espacio, confiar en que alguien les acogería: un sistema de apoyo vital adecuado para... dioses, ¿cuál era la cifra? ¿Qué número de hani había en esa nave? Las criaturas de seis clanes, los machos, un par de hani para encargarse de manejar las emergencias y no permitir que cundiera el pánico...

¿Cuatrocientas vidas, quinientas?

¿Cuántas vidas de Chanur seguían todavía en Anuurn?

*Dioses, sacarnos de este muelle. Dadnos una oportunidad.*

*Dejadnos llegar por lo menos hasta el borde del sistema.*

No había minas, maldita sea, no se había hecho nada para evitar una invasión. El *han* había dictado sus instrucciones, el *han* dirigía. Pero el *han* no sabía nada de las tácticas mahen, los dioses las ayudaran, no tenían ni el menor conocimiento de cómo era el universo por encima de su cielo y su día. No sabían cuántas naves y objetos podían llegar hasta el sol con la velocidad de un proyectil cayendo desde el hiperespacio. No sabían que podían coincidir con los planetas habitables cercanos a velocidades que los hacían imposibles de localizar hasta que llegaran. Y cuanto más lejos del centro del sistema se establecieran las defensas para evitar tales ataques, más grande era la esfera defensiva y más grandes los huecos que había en ella. Incluso conociendo con seguridad de qué punto de salto procedía un cuerpo. Pero quedaba la duda de si se atenía a los procedimientos habituales, como la entrada por el cénit del sistema; o si la inclinación de la estrella local y el pozo de origen le permitían algo así



como una llegada por el nadir. Sí, quizá podía suponer que cualquier objeto procedente de Punto de Encuentro lo haría por el camino de Kura. La cual, bien lo sabían los dioses, era la ruta más corta.

Pero eso era mucho espacio. Y si los bastardos kif hacían alguna maniobra extraña en Kura, bien podían llegar por el nadir.

O quizás ya estuvieran ahí, tras haber frenado en mitad de un salto. Esa idea hizo que se le erizara todo el vello de la espalda: Sikkukkut o sólo-los-dioses-sabían-quién podía estar ahora ahí fuera y dirigiéndose en esos mismos instantes hacia el interior del sistema, con perfecto conocimiento acerca de la posición de todos los objetos que había en él.

—Cuenta. Coordenadas.

—Coordenadas. —Haral puso en marcha el cronómetro—. Tirun. *Na Khym*. Estamos en cuenta atrás.

—*Vamos de camino* —dijo la voz de Tirun desde la cubierta inferior.

¿Poner a Khym en el camarote? Ése era el lugar donde debía estar.

No. *Dale al menos eso. No vamos a salir de este lío igual que antes de meternos en él. La última vez, esposo. Creo que esta tripulación lo sabe.*

—Hilfy acaba de llamar —dijo Geran—. Viene hacia la rampa, con Sif y Fiar. Ni un arañazo.

—Entendido. —Un apagado murmullo de alivio a través del puente. Habían encontrado a las que faltaban. Los mecanismos hidráulicos empezaron a sonar en la cubierta inferior al abrir Haral la compuerta desde su tablero.

*Debería desear que hubiera llegado tarde. Ojalá lo hubiera hecho. Gaohn tiene más oportunidades que nosotras.*

La compuerta volvió a cerrarse. La *Orgullo* acogía nuevamente a sus tripulantes.

—Estamos en cuenta atrás —le advirtió Geran a las recién llegadas—. Subid aquí.

Seis minutos.

—Capitana... —dijo la técnico de comunicaciones Tauran—. Tenemos contacto con la *Vigilancia de Ehrran*.

—Pásalo aquí. —Pyanfar pulsó el botón que se había encendido y sintió que se le formaba un nudo en las entrañas—. Pyanfar Chanur al habla.

—*Capitana*. —La voz que le llegó por el comunicador era fría y neutral—. *Aquí Jusary Ehrran, en funciones de capitana. Hemos realizado una votación en la nave. Actuaremos en defensa del sistema. Iremos hacia el vector de Kura.*

Pyanfar miró de soslayo a Haral, frunciendo el ceño y con las orejas gachas.

—Condenada bastarda sin orejas —murmuró Haral. Disputa de sangre: no cabía duda. Con un clan Inmune. No podían rechazarla, y tampoco podían rechazar su oferta de ayuda—. Están intentando cubrir su maldito trasero.

—No hay forma de salir del apuro, ¿verdad? ¿Quieres dejarlas en el muelle de Gaohn?

—Capitana... —Otra vez la técnico—. Ayhar en el canal. La *Prosperidad*, están a bordo.

Malas noticias y buenas noticias, como el movimiento de un péndulo. Todo el universo andaba confundido. Pulsó el segundo botón, aunque el primero todavía parpadeaba.

—Aquí Pyanfar Chanur. Banny, te debo una copa.

—*Le debes una copa a toda mi tripulación, viejo reptil de muelles, orejas rotas, antes de que volvamos al puerto.*

—De acuerdo, Banny. Cuídate, ¿eh? Te daré la secuencia dentro de un minuto. — Cortó el canal y pulsó nuevamente el otro botón.

Mientras tanto, acogidas por un leve murmullo de las demás tripulantes, las que faltaban habían llegado al puente: Tirun, Hilfy, Fiar y Sif, acompañadas de Khym. A su llegada siguió un momento de leve confusión, ya que las tripulantes de Chanur tenían prioridad a la hora de ocupar los asientos.

—Puesto de observación número 2 —le oyó decir a Geran. Sin discusión. Un murmullo de Khym. La voz de una Tauran, casi inaudible. Y Tully, con Hilfy. La situación se estaba solucionando sin problemas entre las tripulaciones.

—Tenemos ya una secuencia preliminar —estaba diciendo Haral, probablemente dirigiéndose a su hermana Tirun—. Nos han indicado que la Central nos pasaba el control.

—*Vigilancia* —dijo Pyanfar por el micrófono—, aquí Pyanfar Chanur. Preparaos para recibir vuestra secuencia de salida.

—*Entendido* —le llegó el acuse de recibo. Y bajo el *gélido y preciso tono de esa voz, Pyanfar oyó otras palabras que no habían llegado a pronunciarse: hogar y sangre. Más tarde, Chanur.*

—Os cubriremos igual que a las demás —informó Pyanfar.

Una pequeña pausa.

—*Apreciamos eso, Chanur.* —Una cortesía a cambio de otra. Esa hani tenía algunas cualidades positivas. Y luego—: *Todo esto es culpa tuya, Chanur.*

—Te veremos ante el *han*, Ehrran.

La luz indicadora del canal se apagó.

La energía aumentaba de nivel, había empezado la secuencia para el despegue. Sonidos familiares. Sentía un gran frío en las entrañas y le dolía el costado. Una secuencia apareció parpadeando en la pantalla número uno. Pulsó las teclas, confirmándola, y la secuencia se esfumó; ahora aparecería en las pantallas de todas las naves, transmitida por la Central.

La *Fortuna* y la *Luz* irían cada una a un extremo de la formación, bastante

separadas del resto. Su grupo contenía a las naves con las cuales había venido: la *Industria* y la *Esperanza de Shaurnurn*, la *Viento Estelar* y la *Tejedora de Pauran*. Y naves que habían venido con la *Fortuna*, y las que se habían unido a la *Prosperidad de Ayhar*, naves que cada una de esas capitanas podía utilizar confiadamente, un número mayor para la *Prosperidad*, y tenía más en camino. La *Vigilancia de Ehrran* se encargaba de barrer el arco más grande, hacia el nadir. No era el punto más conflictivo, sino el punto de cruce donde podrían atrapar a las naves rezagadas o perdidas.

Para algunas de las tripulaciones ésta era la segunda ocasión en que se le quitaba la cubierta protectora a los pocos armamentos que llevaba una nave mercante. Hacía dos años. O el año que fuera, teniendo en cuenta la fecha actual, de la que no estaba muy segura. Dioses. Había perdido la cuenta. ¿Cuatro? ¿Más de cuatro? Recordó el rostro de Kohan, cubierto de canas, afectado por el paso del tiempo. El mundo cambiaba. Otros rostros que había conocido durante su juventud en Anuurn habrían muerto. De vejez.

¿Qué edad tengo? ¿Cuántos años hemos perdido ahí fuera?

Los saltos de uno o dos meses hacían que los años se acumularan rápidamente, ya que de un salto a otro pasaban muy poco tiempo en los muelles. De pronto se encontró intentando imaginar qué aspecto podían tener ahora su hijo y su hija, Kara Mahn y Tahy, ahí abajo, gobernando las tierras de Chanur, sentados en el *han*, por todos los dioses. Tahy era lo bastante vieja como para sentarse en el *han* y hablar en nombre de Mahn, y para votar contra los intereses de Chanur. De repente esos rostros infantiles dieron un salto pasando a la adolescencia, a la edad adulta, a la madurez final. El hosco rostro de Kara, con su ancha nariz, todavía más hosco y ceñudo; la eterna mirada furtiva de Tahy convertida en una expresión reticente y desagradable, una adolescente de poca estatura convertida en una mujer no muy alta y de aire adusto, cuyas orejas siempre se estaban agitando como si sospechara una continua conspiración a su alrededor. La imaginación de madre se encargaba de pintar esos cuadros y de añadir el color gris a las melenas de sus descendientes. Las orejas de Kara tendrían su buena ración de cicatrices y heridas. La primera vez que Kara intentó apoderarse de las tierras de Chanur, Kohan estuvo a punto de arrancarle las orejas, y no consideraba muy arriesgado pensar que Kohan le habría vuelto a dar una buena lección. A cambio de sus propias cicatrices. *Dioses. Tan aprisa. La vida pasa tan rápido. ¡Qué gran parte de ella hemos perdido!*

Las abrazaderas estaban retirándose. Los cohetes secundarios se encargaron de mantenerlas estables bajo la cuidadosa mano de Haral. El incesante parloteo del comunicador le llegaba desde tres puestos de operaciones a la vez, con los canales separados; cada uno se encargaba de operaciones y rutinas que, en parte, acababan llegando a Tirun, en el panel auxiliar.

Pyanfar empezó a manejar su ordenador particular, clasificando y examinando los datos que pasaban por Tirun. La *Orgullo* aceleró con fuerza y algo negro, peludo e irritado lanzó un chillido y cruzó velozmente el suelo, arañándolo con sus garras, hasta que, ¡crack!, se estrelló contra el panel del fondo. Con otro chillido de rabia, la criatura se debatió y empezó a moverse hacia un lado, luchando contra la aceleración.

—Dioses y truenos. —Pyanfar le dio una patada casi maquinal, sin prestar mucha atención a ese pequeño bastardo. Los números eran más importantes. Sólo los dioses podían saber qué le habían hecho esas cosas a los sistemas de popa. La criatura salió huyendo hacia la cocina—. Tendremos que someter la nave al vacío para librarnos de esos bichos.

—No estoy muy segura de que eso acabara con ellas —dijo Haral—. Preparadas para el giro.

La *Orgullo* giró sobre sí misma, y la gravedad cambió de vector y volvió a orientarse. Seis de los motores principales entraron en acción, una buena sacudida moral estando tan cerca de Gaohn. Las leyes y las reglas ya no se consideraban importantes. Pero Gaohn estaba preparada para un desastre, con su población acurrucada en las secciones más internas. Adquirieron velocidad y pasaron la zona en que estaban permitidos los motores auxiliares, conectando los principales a toda potencia.

Estaban libres. Y moviéndose. Hacia el borde del sistema.

Y sólo los dioses sabían qué era lo que estaba ya ahí, dispuesto a entrar.

—Comunicación de la *Favor de Mahaar* —informó Chur—, dirigiéndose a Tyar. Han recibido nuestra transmisión anterior y dicen que van a mantener su posición.

Delante de los kif.

Pyanfar se arriesgó a mirar por un segundo la pantalla en la que un punto, una nave kif, se encontraba demasiado cerca de Gaohn, con la pequeña lanzadera en sus entrañas.

Dioses, demasiado cerca de Gaohn y de Anuurn.

*Es un error. Soy una estúpida. Matarán a Skkukuk, pobre bastardo. Le harán pedazos, y ahora se encuentran en una posición desde la cual pueden acabar con toda la estación.*

*¿Disparar sobre ellos? Esas condenadas naves de caza kif entierran sus secciones de personal en lo más hondo, tienen unos diez metros de material que debe reventar antes de poder destruir esas secciones, los malditos proyectiles de que disponemos no lograrán penetrar tanto sin que los arrojemos con la velocidad suficiente, y ahora estamos todavía prácticamente paradas. Estúpida, Pyanfar, estúpida.*

Mientras, la aceleración seguía aumentando. El ambiente estaba cargado de una tensión asfixiante y olía de forma desagradable, como si en él flotaran sustancias

químicas. Como si en el aire hubiera polvo. Ozono. Los filtros no funcionaban. En el tablero de los sistemas vitales se había encendido una luz roja. Nadie le hizo caso.

Pyanfar parpadeó. Por un instante se había encontrado en el oscuro vientre de la *Harukk*, con el brillo de las luces de sodio. Kif de túnicas oscuras, el olor del incienso y el amoníaco.

Naves kif en el muelle de Kefk, delgadas, con sus enormes toberas, erizadas de cañones que les conferían un aspecto maligno. Igual que esa de ahí fuera.

—Prioridad —dijo Hilfy, y Pyanfar sintió que se le helaba el corazón—. Capitana, es la *Nekkekt*. Piden instrucciones.

*Dioses, es evidente que ahora no dará la vuelta. Las cosas son demasiado inciertas todavía. Sólo matan a sus oficiales durante una crisis.*

*Y a sus aliados.*

—Que dejen hablar a Skkukuk.

Una pausa. Mientras tanto, los motores principales seguían a toda potencia, doblando su velocidad y colocándolas en ángulo respecto al vector de los kif. Los kif podían disparar desde cualquier ángulo. La *Orgullo* y el resto de los cargueros tenían sus limitaciones.

*Es un maldito suicidio. Mentiras y fanfarronadas, desde el principio hasta el final.*

—Han mandado a buscarle —dijo Hilfy—. Capitana, tienen un grave problema. Por la manera en que habló su técnico de comunicaciones, creo que quien pedía instrucciones era el capitán.

—Creo que tienes razón —murmuró ella.

*Presionar a ese bastardo. Hacer que tu propio skku se ponga al micrófono. Dioses. ¿Qué está haciendo el han, en qué piensan las naves de ahí fuera? Chanur está hablando con los kif, tenemos un kif prácticamente en Gaohn, de esa nave salen transmisiones en humano y en kif...*

*A quien están vigilando es a Harun y las otras. Las naves que vinieron conmigo. Los clanes del espacio. De ahí sacan sus indicaciones para actuar... saben que Chanur podría estar loca, pero no Chanur, cinco clanes más y los mahendo'sat. De momento están aguantando bien... dioses, conocen a los kif, saben que todo este maldito embrollo es muy inestable.*

*Si supieran hasta qué punto lo es...*

—Skkukuk en el canal número uno —dijo Haral. Una luz empezó a parpadear. Pyanfar apretó el botón.

—*Skku* mío, vamos a tomar el vector de Kura. Ocúpate de ello.

Una pausa. *¿Está al otro lado de la línea? Dioses, no cometamos un error ahora.*

—*Chanur-hakkikt*. —Con voz fría, clara y cargada de tensión.

*¿Skkukuk? ¿Ése es Skkukuk?*

—*Pukkukt' sobre tus enemigos, hakkikt. Te los entregaré.*

—*¿Skkukuk?*

Una pausa.

—*Naturalmente, mekt-hakkikt. Skkukuk.* —Un matiz raro en su forma de hablar.

El tono era distinto—. *Pukkukt' sobre todos tus enemigos. Confía en mí.*

*En nombre de todos los dioses, ¿qué está tramando? ¿Es él? ¿Qué le ha pasado?*

*¿O, los dioses nos ayuden, es algún tipo de prueba kif?*

*¿O sólo un kif que ha ascendido?*

—Que esas malditas naves se pongan en formación, encárgate de que se organicen. ¡La primera que haga un movimiento en falso, elimínala!

—*Sí.*

La luz se apagó. Sin mas. Pyanfar sintió un leve escalofrío en la espalda.

—*¿Qué hemos creado? Dioses, ¿qué hemos creado, eh?*

Haral se volvió hacia ella. Tenía en el rostro la misma expresión que había en el de Pyanfar, era como verse en un espejo.

—*¿Dijo mekt-hakkikt?*

Pyanfar parpadeó. El escalofrío no la dejaba. Y por el comunicador no llegaba ninguna pregunta de las naves hani. Ni de la estación. Ni de los pocos mahendo'sat que seguían manteniendo sus posiciones ahí fuera, con los kif de los cuales Skkukuk acababa de apropiarse.

Ni una palabra, tampoco, de Sirany Tauran, que ocupaba uno de los asientos como una tripulante más.

*Está fuera de control.*

*La tripulación no habla. Hay demasiado silencio entre los puestos.*

*¿Qué están pensando, por los dioses?*

*Es nuestro último viaje y lo sabemos, ¿verdad? Las cosas han cambiado. Ya no somos las mismas.*

Tosió.

—Tenemos una de esas malditas cosas negras suelta por ahí, y sólo los dioses saben dónde aterrizará en cuanto maniobremos. Quería que lo supieras, nada más.

—Dioses —murmuró alguien. Y fue como si toda la tripulación respirara al mismo tiempo, relajando sus músculos colectivos.

—*¿Qué decir?* —preguntó quejumbrosamente Tully, que no la había entendido, como de costumbre—. *¿Qué decir?*

—La capitana... —empezó a explicarle Khym.

—Movimiento en la *Nekkekt* —informó Geran con voz monótona... deliberadamente monótona, en el mismo instante en que la pantalla de Haral se iluminaba con la luz de prioridad. No era ninguna emergencia. Eso estaba donde debía estar.

—Transmisión —dijo Hilfy—. Skkukuk está transmitiendo tus órdenes a los kif. Comunica a los clanes y a los mahendo'sat que se mantengan lejos de su camino.

—Confirma eso a nuestros aliados.

Una pausa. Una pausa más larga de lo que se tardaba en tragar aire y expulsarlo. Luego:

—Bien. —Y, en cumplimiento de la orden, una rápida sucesión de botones apretados.

—Capitana... —La voz de Chur, en un tono muy, muy bajo y tranquilo. Había tensión en ella—. Tengo una idea.

—Suéltala.

—Los kif. Conocen a su enemigo. Dieron la vuelta aquí mismo. Las naves de Akkhtimakt... —La voz se quebró y, con un esfuerzo, se hizo nuevamente audible—. Sabían que la trampa había saltado... Han estado aquí... ¿cuánto tiempo? Jik siguió adelante... pero hay otros...

—Los horarios. Dioses. Los mahendo'sat saben que hay una segunda ola, lo saben. Hilfy. Transmite, a la *Hasano-ma*. Dioses, hemos estado sentadas todo el tiempo sobre ese programa en código... la carta de Jik. Haz pasar las partes en código, y mándaselas luego. Mándalo hacia el vector de Ajir. Pon nuestra firma en el mensaje y que los mahendo'sat empiecen a moverse... dioses, dioses, dioses, nos dio una llave, un código y nos quedamos sentadas encima, sin usarlo.

—Eso hará que los kif se preocupen un poco.

—¡Bien! Les encanta preocuparse. Jik. Jik, los dioses te... no, no se ha ido. No le hace falta saltar todo el trayecto hasta Ajir, por los dioses, puede detenerse ahí fuera, parar, dar la vuelta y regresar aquí, y los kif lo saben, lo saben, por eso se han quedado ahí sin hacer nada. Akkhtimakt se metió en una trampa y sus naves lo vieron venir, por los dioses, ya estaba atrapado aquí gracias a la acción de Ayhar... Entonces llegamos nosotras, sus naves fueron presa del pánico y desertaron; y ahora no saben qué hacer.

—Matar a sus capitanes —dijo Haral con el ceño fruncido—. Eso están haciendo, ¿quieres apostar algo? No van a volver donde esté Akkhtimakt. Ese bastardo se ha esfumado. Habrá ido corriendo hasta el abismo más hondo, y su tripulación le matará y hará que esa nave dé la vuelta si durante un tiempo consiguen evitar la lucha contra los mahendo'sat: saldrán de ahí y volverán a toda velocidad, como un proyectil, apenas tengan oportunidad de hacerlo.

—Tirun, ¿cuál es la situación de las naves mahen?

—Están a unos buenos ocho minutos de lapso.

Pyanfar se mordisqueó los bigotes. Una buena hora luz para llegar al nadir. Quizá dos, si había una fuerza mahen acechando en tal dirección.

*Los dioses te lleven, Jik... ¿meter nuevamente a las hani en el combate, eh?*

*Utilizarnos como cebo. Ponernos en acción. A menos que ya estés de camino. Y no será así, ¿verdad? Es una trampa que los kif comprenden, una trampa para especies que gustan de mantenerse al acecho. Por eso han vacilado, claro, ahora tengo ahí fuera a una docena de kif intentando decidir si me escuchan o si se vuelven contra mí...*

*No saben qué puede llegar aquí. Cualquier cosa es posible. Si es Dientes-de-oro, será mejor que se unan a mí. Si es Sikkukkut, será mejor que no lo hagan. Pobres bastardos. ¿Qué puede hacer un kif sino mantenerse quieto y ganar tiempo?*

*Y Skkukuk, ese condenado y traicionero kif está ahí fuera, arriesgando la piel porque le parece lo más lógico. Es mío. Comprende que estoy en contra del hakkikt y Sikkukkut le matará junto con todas nosotras, eso es lo que maquina ahora esa cabeza suya sin orejas... está utilizando cuanto tiene y se ha lanzado de frente hacia esos bastardos, con la mayor mentira de que es capaz...*

*Dioses, ¿es posible decir de un kif que tiene valor?*

—Tenemos una...

—¡Prioridad! —gritó Geran—. Una señal, en el diez del cénit, veintidós, diez...

La imagen de la pantalla empezó a parpadear y quedó rodeada de una cinta roja. La señal recién aparecida parpadeaba también en rojo...

—¡Knnn! —dijo Hilfy—. Eso es una señal knnn...

—Vector, vector...

Una línea apareció súbitamente en los diagramas de rumbo y toda la perspectiva cambió, entrando en rotación y mostrando que la trayectoria cruzaba todo el sistema y pasaba junto a ellas. La imagen, al cambiar sus fuentes de recepción, pasó al color amarillo:

—Va a pasar por los confines del sistema —dijo Geran—, por entre... la órbita de Tyri hasta el nadir.

—Dioses, esto no me gusta. —La voz de Sirany. Muy baja y tranquila.

—Aquí hay peces muy raros —murmuró Pyanfar—. Dientes-de-oro. Aparecieron justo antes que Dientes-de-oro en...

—Prioridad, prioridad, tenemos otra...

—Aquí está —dijo Haral, justo cuando la imagen de la pantalla presentaba otra señal que empezó a parpadear, colocándose en primer término. La imagen de los knnn no cesaba de alterarse a medida que avanzaban, girando para mostrar su posición relativa. El ordenador había hecho que el perímetro de toda la pantalla se encendiera y apagara con la luz indicadora de peligro—. El mismo rumbo.

—No son knnn —dijo Pyanfar—. Eso podría no ser knnn, tengo un terrible presentimiento...

—¿Una falsa señal de identificación knnn?

—¿Quién se atrevería a dispararle? Que el armamento empiece a seguirla.



Advertencia a todas las naves, Hilfy.

—Bien.

—Armamento preparado —dijo Tirun—, y siguiendo el blanco.

—Acaba de convertirse en una señal kif... ¡es la *Harukk*!

—Los dioses se lo... A todas las naves. ¡Entrad en inercia!

—¿Para hacerle más lento?

Haral estaba leyéndole de nuevo el pensamiento. Los motores principales de la *Orgullo* se apagaron bruscamente y tuvieron la repentina sensación de que el *abajo* ya no estaba en la popa, de que ahora no se encontraban tendidas de espaldas sobre los asientos, sino que la ligera rotación de la nave las atraía hacia ellos... todo el tablero se volvió borroso ante sus ojos durante un segundo y una oleada de vértigo y pánico mezclados se abatió sobre ella...

—Tenemos... tenemos que hacer esto paso a paso. Por los dioses, tengo la esperanza de que Sikkukkut actúe otra vez con inteligencia, la suficiente para que eso le cueste el cuello... nadie entiende al *han*.

Una pantalla empezó a cambiar de imagen, parpadeando rápidamente. Más kif aparecían dentro del sistema. Las señales de identificación se multiplicaban. *Harukk. Ikkhoitr*. Otros miembros de su vieja sociedad.

Durante un segundo todo permaneció en silencio y tranquilo. Sólo que del hiperespacio llegaban más y más naves.

Y las naves hani guardaban un prudente silencio. Incluso Ehrran. Ningún movimiento para poner en duda la confianza instantánea e indiscutida que habían depositado en ella. Mantener la formación. Seguían avanzando a una velocidad mayor de la que permitían las reglas de navegación en el interior del sistema.

*Piensa, estúpida. Al otro lado del abismo lumínico los kif se habrán disparado o habrán hablado. Una cosa o la otra.*

—Comunicaciones a mi tablero. —Un instante después se encendió la luz indicadora del canal número uno. *Dioses, ahí fuera reciben la ola creada por nuestro mensaje, todo lo que envió Chur, en kif y en humano: y no pueden entenderlo que está en humano*—. Mándales la imagen de las pantallas, envíales cuanto sabemos. Rápido. —Conectó el canal del micrófono—. *Harukk*, bienvenida a Anuurn. Aquí Pyanfar Chanur, a bordo de la *Orgullo de Chanur*. Akkhtimakt ha sido derrotado, sus naves le han abandonado, alabado sea el *hakkikt*. Si os sigue algún enemigo, estamos preparadas.

—De eso pueden estar seguros, por los dioses —dijo Haral en un murmullo cuando hubo cortado la conexión. Tenía las orejas gachas. Pyanfar descubrió que había apretado la mano izquierda hasta formar un puño y que las garras habían atravesado el cuero.

*Bien, ¿qué ha hecho? ¿Disparar o hablar?*

Cada vez más y más lejos.

—*¡Están reduciendo velocidad!* —gritó Geran, y el puente resonó con el grito y el jadeo que surgió de todas las gargantas.

—Gracias a los dioses —dijo alguien. Tully murmuró algunas palabras en su idioma, con un hilo de voz.

—Sigue transmitiendo ese mensaje —ordenó Pyanfar—. Repítelo, repítelo.

—Lo estarnos haciendo —dijo Hilfy.

Cinco naves. Cinco, ahora seis, dentro del sistema. La *Harukk* y la *Ikkhoitr*. Y otra más. Siete.

*¿Cuántas? Dioses, ¿cuántas? ¿Logró escapar? ¿Pudo huir con el tiempo suficiente y salvó sus naves?*

*Tiene que haber perdido algunas. En Punto de Encuentro. En Kura, si los mahendo'sat llegaron ahí desde Ajir. Tienen que haberlo hecho. Tuvo que pasar por esa prueba y perder otra fracción de sus fuerzas. ¡Ayudadnos un poco, dioses!*

Ocho ahora. Nueve y diez, con un amplio intervalo entre ellas.

—Prioridad —dijo Hilfy—, comunicaciones de la *Harukk*: dioses, está en código, estamos recibiendo algún tipo de código, es para esas naves de ahí atrás...

—Sigue con nuestra transmisión.

El dolor le aumentaba alrededor del corazón, cada vez más y más fuerte. La sangre le retumbaba en las sienas. Ni una sola transmisión de las naves que las rodeaban, nada de las naves que tenían detrás, todavía... todavía. La velocidad de la luz hacía que hubiera un breve retraso para ellas.

—La *Nekkekt* está respondiendo —dijo Hilfy—. Todo en código.

*¿Qué estás haciendo, Skkukuk? ¿Qué andas tramando? ¿Quién está al mando de esa nave?*

Doce. Trece naves. Catorce.

—*Prioridad.* —La comunicación le llegó directamente por la conexión del oído—. *Instrucciones del hakkikt, alabado sea. Restaurar emisión baliza para nuestras naves. Rendir al instante el sistema y todas sus naves. El sistema seguirá existiendo bajo la autoridad de mi skku Pyanfar Chanur, cuyas órdenes proceden de la mía. Cesad todas las hostilidades. Estáis tratando con el mekt-hakkikt Sikkukkut an'niktuktin, quien concede el dominio de este sistema y sus posesiones adyacentes a Chanur, su vasalla.*

Pyanfar dejó escapar lentamente el aliento en un silbido casi inaudible. *Dioses, qué deben pensar ahora, Rhean, Anfy, Harun, Banny y las demás... por el infierno mahen, qué deben pensar ahora los kif que están a mi espalda. ¿Qué he hecho poniendo en movimiento a Skkukuk?*

*Los dioses me ayuden, lo tengo, lo tengo todo, todo ha caído en mis manos para que lo proteja, mi gente, mis aliados. No dispara.*

¿Qué hago ahora?

—Contestación: Pyanfar Chanur al *mekt-hakkikt* Sikkukkut an'niktukktin, alabada sea su previsión, tengo en mi poder a sus enemigos.

Ambigüedad. *Los dioses nos salven a todas.*

Haral había mirado en su dirección. Y allí estaba esa pequeña criatura negra escabulléndose a toda velocidad fuera de la cocina, como si las Tauran que se encontraban ahí dentro hubieran hecho algo violento.

—Nuestro único recurso es la astucia —dijo a Haral—. Recuerdo cuáles fueron las palabras de Dientes-de-oro. Tenemos que calmar un poco la situación de aquí y luego hacer una breve visita a la *Harukk*, eso es lo que debemos hacer. Seguiremos la sugerencia de Dientes-de-oro. Nos meteremos en su cama y acabaremos con él.

—Las dos —replicó Haral.

—No. Tú tienes una nave que dirigir. Haz que nuestra velocidad se iguale a la de la *Harukk*, sí, eso es. Le atacaría ahora mismo si tuviéramos el ángulo y pudiéramos usar su velocidad, pero con lo despacio que vamos nos sería imposible atravesar esos escudos.

Haral seguía mirándola. Estaba hablando de suicidio. Haral lo sabía. Haral también sabía esa otra verdad, pura y simple, que su armamento no era nada contra el blindaje de aquella nave de caza... la única posibilidad era que uno de los dos objetos tuviera en el momento de encontrarse una fracción de velocidad lumínica que añadir al impacto. Un impacto que debería ser frontal. Y Sikkukkut, alabado fuera su astuto y correoso corazón kif, no estaba dispuesto a facilitarles esa labor.

—Es lo único que podemos hacer, ¿no crees?

—Te refieres a subir a esa nave y pegarle un tiro a quemarropa.

—Eh, nunca se han mostrado demasiado puntillosos en cuanto a que lleváramos armas. La etiqueta kif nos favorece, ¿no?

—Sí —admitió Haral.

—Me dirá que vaya a bordo de su nave, espera y verás. Entonces tendré mi oportunidad y tú, si puedes, tendrás que destrozar sus toberas. No hace falta que te lo diga, ¿verdad? Conoces tu oficio. —Una mirada de soslayo a Haral. Vieja amiga, vieja compañera, la que bien podría haber capitaneado la *Orgullo* hacía ya mucho, mucho tiempo. La misma que ahora estaba contemplándola con esa calma estólida tras la cual se escondía mucho dolor—. Hace mucho que lo sabes.

—Sí —repitió Haral—. Tengo que vigilar a la *Harukk*, ésa es mi misión. Pero tu trabajo no consiste en meterte ahora mismo ahí dentro. Sólo tú posees nombre y credibilidad, ¿me oyes?

—Nadie más puede acercarse a ese condenado kif...

—Estará esperando algo semejante. Por eso nadie más puede acercarse a él. Por eso no funcionará con los kif. No hay ninguna posibilidad de ganar. Si lo haces, Py,

tendremos un montón de kif dentro del sistema.

—Debemos conseguir que yo entre ahí, eso es lo que debemos hacer.

—Esos mahendo'sat están esperando en los límites del sistema. Seguimos ignorando dónde está Dientes-de-oro... por todos los dioses; él y los humanos pueden aparecer aquí a toda velocidad en cualquier instante. Hemos dirigido un mensaje a los mahendo'sat, Jik vendrá aquí... No lo hagas. No te lances en medio de ese embrollo. Tenemos que permanecer aquí, sin movernos, y hablar con ese bastardo todo el tiempo que él quiera, tenemos que conservar la calma, capitana, eso es lo que debemos hacer. Debemos esperar a que llegue nuestro momento confiando en que no...

—Capitana —interrumpió Hilfy—. Hemos recibido un mensaje de la *Vigilancia*. Cito: «pregunta, pregunta, pregunta». Eso es todo.

—Que los dioses pudran a ese nido de locas. Diles que cierren la boca. Dioses, aún conseguirán que todo salga mal. Diles... No. Diles eso de antes. Que cierren la boca. La próxima vez que una nave empiece a transmitir sin que yo le haya dado permiso, les costará unas cuantas orejas, díselo. Y dile otra vez a la *Harukk* que el sistema está bajo control y que sus enemigos están retirándose. Diles que tenemos un contingente mahendo'sat dentro del sistema para apoyar a Jik, quien ha partido en persecución de Akkhtimakt. Diles que estamos dispuestas a concertar una entrevista y arreglar las cosas.

Dieciocho naves. El espacio de la pantalla se iba convirtiendo en una confusión de señales de identificación y colores a medida que las naves reducían velocidad y seguían produciéndose nuevas llegadas.

—Bien —dijo Hilfy.

—Capitana —intervino Tully—. Mal. Error. Nave mal.

—Dioses. —La voz de Geran—. Esa última nave no tiene identificación. No está emitiendo nada. Ahí fuera hay algo que no es normal.

El corazón empezó a latirle más rápido.

—Céntrala en el blanco. Dame su vector.

—Estoy en ello —dijo Sif.

Estaba detrás de las otras naves. La línea surgió rápidamente en la pantalla, hacia arriba, trazando su curso junto con el resto de la masa.

Seguía acercándose, una nave que no emitía, la señal de identificación, una nave averiada.

Pero ese tipo de avería era un truco kif.

Un truco de piratas.

—Dioses. No es suya. No es suya, lo saben... ¡preparad el armamento, preparadlo! —Pyanfar colocó el brazo en el soporte e inspiró, presa del pánico—. ¡Haral! ¡Pásame el control!

—Bien —dijo Haral al instante. Se colocó en el puesto de reparto número uno mientras Tirun se ocupaba de la consola de armamento y rastreaba el blanco.

—¿Qué es? —preguntó Sirany desde su posición.

—Una nave perdida —dijo Pyanfar—. Una maldita nave perdida, de Dientes-de-oro o de...

—¡Prioridad! —gritó Geran, pero lo que intentaba decir ya podía verse con claridad en la pantalla. La nave intrusa no había reducido velocidad y había lanzado algo al exterior: disparos, proyectiles lanzados con una fracción de velocidad lumínica hacia naves que se encontraban ante ella y que en comparación eran como blancos inmóviles.

—¡Prioridad! —exclamó Hilfy—. ¡Es Tahar! ¡Esa nave es la *Luna Creciente*! ¡Dioses, va a pasar directamente a través del grupo kif!

—¡Seguid a la *Harukk*! —gritó Pyanfar, conectando bruscamente los motores principales—. Todas las naves, fuego a discreción... ¡decidles que esa nave es una aliada!

Los armamentos estaban siguiendo su blanco. Los proyectiles salieron disparados con un golpe ahogado y una sacudida que todas sintieron en el cuerpo. Contra la *Harukk*, todo lo que podían lanzar, con toda la potencia de que eran capaces.

—¡La *Ikkhoitr*! —chilló Pyanfar superando el zumbido de los mecanismos durante la recarga—. Tirun, encárgate de sus toberas. ¡No te preocupes de las otras, por todos los dioses! ¡Hilfy, dame un canal de emisión!

—Ya lo tienes —dijo Haral—. ¡Tully, emite! Habla con los humanos, ¿entendido?

En caso de que ahí fuera hubiera alguien con quien hablar. Todas las luces indicadoras de comunicación estaban encendiéndose: el canal humano, el mahendo'sat, los kif y las hani; mientras ese fantasma, cuya imagen cambiaba constantemente a causa de la velocidad, la *Luna Creciente de Tahar*, avanzaba escupiendo fuego hacia un solo blanco, con tal decisión que era como si todo lo demás careciera de importancia.

—Aquí la *mekt-hakkikt* Pyanfar Chanur: Akkhtimakt ha caído y Sikkukkut ha huido hasta aquí perseguido por mil enemigos que son aliados míos, atrapado entre

las fuerzas mahen y toda la unidad del *han*. Os doy una oportunidad dentro de esta *pukkukta*, ¡*Chakkuf*, *Nekkekt!* Nos habéis servido bien durante este viaje. ¡Ahora gozáis de mi favor! ¡Naves hani y mahendo'sat, aseguraos bien de vuestros blancos! ¡La *Harukk* es vuestro objetivo, junto con cualquier otra nave que dispare en nuestra dirección! ¡No cometáis errores! ¡Naves kif, huid de este sistema y mis agentes os perseguirán hasta Akkht! ¡Uníos a esta cacería y ocupad el primer lugar entre mis *skku Kun* si sois lo bastante fuertes como para conservar vuestro rango! ¡Hani, disparad y dispersaos!

Mientras tanto, la *Orgullo* había, soltado todos sus proyectiles, había utilizado toda su capacidad de fuego. Un diluvio de disparos procedentes de toda la formación de naves convergía en el mismo punto. Por el comunicador general se oyó algo: una voz hani, familiar.

—¡*Esto es de nuestra parte, condenado hijo sin madre de un reptador nocturno! ¡Hogar y sangre, en mi nombre y en el de mi tripulación!*

—¡Tahar! —gritó Pyanfar—. ¡Te perdono, maldita seas!

Un retraso en la recepción de mensajes. Los kif sólo podían disparar por la popa, en una zona de barrido limitada, por culpa de sus propias toberas, y tenían que seguir a una nave cuyos proyectiles apenas si llevaban retraso con relación a su ola de comunicaciones, ya que había muy poca diferencia entre la velocidad del espacio real y la velocidad lumínica. Los proyectiles de Tahar dieron en el blanco, mientras más proyectiles seguían acercándose desde todos los puntos de la esfera.

—¡*Chanur*, mekt-hakkikt! —retumbó otra voz en su oído—. ¡*Estoy aquí, detrás tuyo, alabada sea tu previsión! ¡Nuestras naves van a llegar!*

—Por el infierno mahen, ¿quién es? ¿Es *Skkukuk*?

—Viene de la *Nekkekt* —dijo Hilfy.

—Ha llegado el momento de salir de aquí —dijo Pyanfar—. Transmite a las naves hani: Dispersaos, dispersaos. —Alargó la mano y pulsó la alarma de colisión para que las tripulantes de Tauran que se encontraban en la cocina quedaran advertidas. Luego dirigió la proa de la *Orgullo* hacia el nadir y conectó a toda potencia los motores principales.

Era cuanto podían hacer para escapar a los disparos de respuesta: algunas naves iban hacia arriba, otras se desviaban hacia los lados y otras se lanzaban hacia el interior del sistema, como una flor gigantesca que abriera los pétalos. Cada nave se ponía en movimiento cuando terminaba la carga de proyectiles y tenía que recurrir a las armas de energía. Tirun mantuvo apuntados los cañones durante toda la maniobra, disparando hacia cuanto se le ponía a tiro.

Seguían avanzando hacia adelante, pero ahora en ángulo, siguiendo una trayectoria que las desviaba de su posición inicial y utilizando toda la energía de que eran capaces sus motores principales en esa zambullida hacia: el nadir.

Si los dioses...

—¡Hai! —La nave tembló con una sacudida tan violenta que cambió bruscamente de curso—. ¿Qué hemos perdido? —gritó Pyanfar—. Maldita sea, ¿qué ha estallado?

—Toberas... —empezó a decir Tirun.

Segundo impacto, el trueno más fuerte que jamás había resonado en la nave. La *Orgullo* saltó hacia un lado y todo un panel empezó a parpadear en rojo. Un pequeño cuerpo de color negro pasó volando y se estrelló contra la pared, una borrosa mancha oscura que sólo se hizo visible al estrellarse contra el metal. Un instante después cruzó velozmente por encima del panel de control. Pyanfar tragó saliva y lanzó un escupitajo de color rojo que la dejó tan atónita como el sonido del impacto, sólo entonces se dio cuenta de que se había mordido el interior de la boca.

—Que los dioses frían a ese bastardo kif... ¿Estáis bien? —La condenada cosa negra estaba tan aterrorizada como ellas mismas, una compañera más de infortunio. Corría de un lado a otro chillando de rabia; y a Pyanfar ni tan siquiera se le ocurrió golpearla cuando la tuvo a su alcance. Había demasiados interruptores para dos únicas manos, demasiados sistemas que pasar a la reserva, y cuando los conseguía pasar ya tenía que acudir a la reserva final, y luego ni tan siquiera ésta era suficiente—. ¡Informe de averías, maldita sea!

—Chur. —La voz de Tully, cargada de ansiedad—. ¡Chur!

—Hemos perdido toda la tobera, creo que el impacto se ha desviado luego hacia los motores principales. —La voz de Tirun, ronca y casi sin aliento. Y los cañones volvieron a disparar, nuevamente orientados hacia el blanco. Mientras, sólo los dioses sabían hacia dónde se dirigían.

—Prioridad —advirtió Geran—, disparos por encima de nosotras... nuestros kif están moviéndose, los mahendo'sat también... estamos saliendo de la zona de fuego...

—La *Industria* está mal —informó Hilfy—. Khym... Chur...

—Estoy con vosotras. —La voz de Chur, aunque muy débil.

—Alto el fuego, alto el fuego.

Los motores principales volvieron a funcionar, golpeándolas a todas con una brusca sacudida. Ahora se trataba de encontrar alguna coordenada, de ir reduciendo la velocidad de aquel curso desviado. Pyanfar conectó el seguimiento y sólo obtuvo una pantalla llena de parloteo ininteligible. Luego volvió a orientar las pantallas y los receptores para su posición óptima: no importaba la dirección física que tomara la *Orgullo*, estaban empezando a recibir datos coherentes.

Y también imagen de cámara, un área de manchas luminosas en la zona de batalla, y la *Orgullo* empezó a girar sobre sí misma para iniciar el frenado.

Pyanfar paseó la mirada por el puente, aún tragando sangre, y vio que todos los

puestos seguían funcionando. Se limpió los labios y estudió nuevamente las imágenes que Haral le estaba enviando.

Ahí fuera el combate seguía desarrollándose. Pero más lentamente. En esas manchas luminosas había naves, averiadas o destrozadas. Tenía la esperanza de que una de esas naves fuera la *Harukk*.

Se acordó de *Stle stles stlen*. Y sintió un escalofrío mientras apretaba el botón de comunicaciones, con el canal todavía activado.

—Aquí la *mekt-hakkikt* Pyanfar Chanur. Informad.

—*Alabada sea, hakkikt* —respondió una voz kif—. *Te hemos entregado a tus enemigos.*

Y a continuación llegaron otras voces, una marea de nombres de naves kif, *Nekkekt*, *Chakkuf*, la misma *Ikkhoitr*, declarando su ferviente lealtad.

Ninguna voz hani. Ninguna.

O mahendo'sat.

—Aquí la *Orgullo de Chanur* a todas las naves hani: informad sobre vuestra situación; no hagáis ningún otro tipo de transmisión por el momento. Gracias.

Después de esas palabras se quedó sentada, sin moverse, sin hacer nada. Temblaba con pequeños estremecimientos que nada tenían que ver con el olor de la atmósfera de la nave, que no se renovaba, ni con el ozono ni con el hecho de que los ventiladores del puente hubieran dejado de funcionar. Ni tampoco con los golpes rítmicos que se oían en el casco, golpes indicativos de que alguna pieza desprendida seguía unida a la nave, moviéndose mientras los motores luchaban contra la deriva de la *Orgullo*.

Sólo los ruidos del puente y el trueno distante de los motores. Y una gran soledad.

—¿Todo el mundo bien? ¿Estáis todas bien?

—Mi herida está vendada. —La voz de Khym—. Estoy bien.

—Cocina. —La voz de Sirany por el comunicador general.

—¿Estáis todas bien ahí?

—Creo que tengo una costilla rota —le llegó la respuesta—. Pero estamos bien, ¿qué tal va todo, capitana?

—Nos estabilizaremos dentro de poco, aguantad.

*Estabilizarnos. Dioses, ahí detrás las naves se están destrozando unas a otras. Los kif deben de estar matándose por los pasillos de sus naves, su reacción natural ante una situación en la que unos ganan y otros pierden y, ¿cuántas naves hemos perdido ahí? ¿Qué hacemos, golpear a los kif ahora, mientras estén confusos?*

*Los kif lo harían. Si estuvieran en nuestra situación. Pobres ingenuos. No entienden lo que les rodea. No entienden de qué son capaces las hani.*

*Disparar sobre ellos... y cambiarnos para siempre.*

*Hacer eso... y asegurarse de que existirá un mañana.*



—¿Quieres que me encargue de reducir la velocidad? —le preguntó Haral. Varios canales del comunicador empezaron a hablar: informes de averías y daños de las otras naves, informes sobre las bajas. La *Fortuna* comunicaba que sus averías eran mínimas. La *Luz* tendría que volver al muelle muy despacio. Había otras. La información estaba apareciendo en las pantallas.

*Prosperidad de Ayhar*: averías, sin bajas.

*Industria de Harun*: grandes averías, frenado y maniobras positivas. Bajas: cuatro.

*Viento Estelar de Faha*: grandes averías. Bajas: dos.

*Tejedora de Pauran*: una tobera desaparecida. Bajas: heridas leves.

*Vigilancia de Ehrran*: ninguna avería. Sin bajas.

*Melodía de Nirasun*: averías leves. Sin bajas.

*Esperanza de Shaurnurn*: perdida.

*Luna Creciente de Tahar*: fuera de contacto.

*Brisa de Suranun*: fuera de contacto.

La lista continuaba. Más y más nombres que se iban haciendo borrosos ante sus ojos. Mientras, la *Orgullo* frenaba y la tensión las golpeaba.

Entonces:

—Prioridad, prioridad —exclamó Geran y la pantalla empezó a parpadear furiosamente—. Entrada en el cénit.

Aparecían naves. Muchas. Una; y tres más. Y cinco.

—Oh, dioses —jadeó Sirany.

—Si es Akkhtimakt...

Entonces la señal de identificación empezó a parpadear en la imagen. Mahendo'sat.

La *Mahijiru*.

—Dientes-de-oro —murmuró Pyanfar, golpeando en el puño el borde del panel—. Dientes-de-oro, los toses le lleven... Ahora aparece. Ahora, por todos los dioses, ahora es cuando llega aquí a toda velocidad, con esos bastardos intereses mahen, dioses, para barrer a las pobres y desgraciadas hani que lo han hecho de nuevo, por todos los dioses grandes y pequeños... ¡Otra maldita vez nos hemos desangrado por ellos, por sus condenados y egoístas intereses, así los dioses les cubran de plumas! ¡Tully!

—¡Sí, capitana!

—¡El comunicador, rápido, el comunicador, venga! ¡Dile a los humanos que no disparen! ¿Entendido? ¡Que no disparen!

—No disparar, ¡yo entender, yo entender, capitana!

Empezó a emitir el mensaje.

Y, casi inmediatamente después:

—*Mahijiru*, aquí la *Orgullo de Chanur*. Alto el fuego, alto el fuego. Estas naves son aliadas nuestras. Iniciad frenado, reducid velocidad y no os mováis. No crucéis el sistema. Otras naves mahen controlan el rumbo de aproximación hasta Ajir, no han encontrado nada que supere sus capacidades. Las autoridades mahen de esa zona han sido advertidas. Repito: el rumbo de aproximación hacia Ajir está bajo la defensa de naves mahen. Quedaos donde estáis. A todas las naves mahen que me estén recibiendo, sea cual sea su posición, aquí Pyanfar Chanur en la *Orgullo de Chanur*: cesad las hostilidades. Fin. Repítelo. —Y se dejó caer en el respaldo del asiento, con las energías agotadas—. Hasta que haya respuesta.

—Tenemos una transmisión de la *Vigilancia*. Una protesta.

—Diles que... diles que tomamos nota. Diles... —Resultaba más sencillo pensar al estilo kif, cada vez mucho más sencillo—. Que no se muevan, maldita sea. Y que piensen un poco en quiénes son.

En la zona aparecían cada vez más naves. Era una pesadilla. Si hubieran llegado una hora antes, habrían sido su salvación.

*Por muy poco, maldito bastardo. Te lo has perdido todo por muy poco.*

*Tahar habría podido estar con nosotras. Dientes-de-oro debe de haber contenido a Sikkukkut a lo largo de todo el trayecto... tiene que haber estado siempre encima de él. Los kif le habrán dado otra sorpresa en Kura. Tiene que haber... sólo los dioses pueden saberlo. Haciendo que Sikkukkut no pudiera saltar más lejos que nosotras. Cuando apareció, aquí estaba desesperado. Me necesitaba, por todos los dioses. No podía disparar sobre mí. Yo era su última esperanza.*

*Ahí fuera tenemos naves... que necesitan ayuda.*

—¡Nave humana! —exclamó Tully. Y dijo a alguien un largo chorro de palabras incomprensibles, como si estuvieran en el mismo segmento temporal. Las naves que llegaban ahora seguramente habían recibido el mensaje de Tully. Habían respondido a esa vieja transmisión.

También Dientes-de-oro tenía que haber recibido sus transmisiones anteriores, y ahora sabía a la perfección qué naves se encontraban ahí para recibir al enemigo. Pyanfar desconectó los motores principales y dejó la nave en situación de inercia con la gravedad que les proporcionaba la rotación.

Mientras, Tully seguía hablando rápido y con apremio. Sin parar. Pyanfar pensó que tal vez se trataba de un mensaje amistoso. Pero ahora no podía dar nada por sentado.

Tenía la sensación de haber envejecido cien años. Hizo girar su asiento y contempló el puente, la tripulación agotada, tan exhausta que apenas podían pensar con claridad, y vio más canas de las que recordaba haber visto unas semanas antes. Quizá fuera la luz. O quizá fuera que todas parecían más viejas y delgadas, gastadas por las distancias y la carga que habían soportado durante tanto tiempo.

*Quiero ver Chanur de nuevo.*

Pero las tierras de Chanur ahora pertenecían a Mahn. Nada podía cambiar eso, a menos que Kohan pudiera vencer a Kara Mahn; y al macho cansado y canoso que labia encontrado en los muelles de Gaohn ya no le quedaban fuerzas. Inteligencia, sí; inteligencia, voluntad y ese sentido común que durante todos los años difíciles había sido algo más que un adorno en Chanur. Kohan había sido una fuerza real. Contaba con una mente y una capacidad de previsión más aguda que muchas hani. Pero el tiempo había terminado por vencer a Kohan, eso era todo. La única esperanza era Hilfy Chanur, que quizás encontrara a alguien para ocuparse de Kara Mahn: ahora ni Pyanfar Chanur, ni Rhean ni las demás viejas fuerzas de Chanur podían hacer nada al respecto.

Miró a Hilfy, sentada en su puesto y hablando con alguien, muy probablemente una de las naves hani más cercanas. *Es cosa tuya, niña. Todo es cosa tuya a partir de ahora. Nuestro tiempo ha terminado. Crees haber crecido. Ahora tú eres Chanur, ¿ya te has dado cuenta de ello? No te envidio.*

*Con excepción de la juventud. Desearía haberte conocido hace cuarenta años y que tú me hubieras conocido a mí. Entonces me parecieron años difíciles. Pero los años que tienes delante tuyo... no puedo distinguir nada en ellos. Como si ante mí y esta nave se extendiera algo, algo como una cortina que me resulta imposible atravesar con la mirada.*

*Normalmente siempre supe hacia dónde iba. Y ahora sólo encuentro extraños y desconocidos a mi alrededor. Y sólo puedo pensar en los errores que he cometido; y en buscar un modo de arreglar este jaleo.*

Ahora se giró hacia Tully. Él. Un extraño entre todas ellas.

*Se trata de un enemigo, un enemigo a su espalda, ¿no?*

*Tiene que ser eso, Tully, pobre Tully, no tengo elección. Me avisaste y lo vi claramente, lo vi todo, sin ninguna dificultad, y voy a tener que hacerte daño, no hay forma de evitarlo.*

*Lo sabías, maldita sea, ¿verdad que lo sabías? Lo sabías desde que acudiste a nosotras. Siempre pensabas, no hablabas nunca. Me temías y confiabas en mí. Por dos buenas razones.*

*¿Qué harán contigo cuando todo haya terminado? ¿Adonde irás?*

*Amigo mío.*

—Hilfy, ponme con Banny.

—Tengo a la *Prosperidad* ahora mismo en el canal. ¿Quieres hablar personalmente con Banny?

—Sí. —Hizo girar nuevamente el asiento hasta encararlo al tablero y apretó el botón—. Banny. Banny, ¿me oyes?

—*Te oigo, Chanur. Parece que tenemos ayuda ahí fuera.*

—No sé lo que han llegado a contarte los mahendo'sat, Banny, pero tenemos algunos visitantes más ahí fuera. En estos momentos no puedo hablar del asunto con mucha claridad: esto es política. Voy a pedir a las naves hani que se pongan en formación; pediré lo mismo a los kif y lo harán, Banny, lo harán. Luego tendremos que hablar un poco... ¿Quieres encargarte de las naves hani por mí? Lo único que debes hacer es mantenerlas tranquilas y confiar en mí. Todavía no hemos salido de este lío. Tenemos un auténtico problema, Banny. Un auténtico problema.

Un prolongado silencio.

—Banny. Haurosa naimur f'fhain'haur murannarrhm'ha chaihen. —*Una emboscada entre los árboles, Banny...*

De nuevo un silencio como el de antes.

—Acepto.

Eso era lo primero que debía hacer.

Lo siguiente era más difícil.

—Mensaje, Hilfy: comunica a las naves kif que se pongan en formación y que esperen instrucciones. Que dejen de avanzar.

—Bien.

—Chur, transmisión a la *Mahijiru*, textual: aquí Pyanfar Chanur. Mantened vuestras naves donde están, nuestro Personaje está enterado del avance kif; naves mahen se encuentran en posición de impedir la huida por el pasillo de Ajir. Repito, el pasillo de Ajir está controlado. Os pedimos que reduzcáis velocidad y esperéis. La situación dentro del sistema continúa extremadamente inestable. Los kif que aún siguen aquí se concentran bajo mi dirección personal y dentro de la jurisdicción del *han*. Os pido que deis instrucciones a vuestros aliados para que eliminen toda su velocidad en el frenado y que llaméis a todas las demás naves mahen para que se unan inmediatamente a vuestro grupo. Cesad todas las operaciones hostiles. Todas las naves se hallan bajo la jurisdicción del *han*. Repito, pido un frenado total e inmediato y que mantengáis vuestras posiciones. Final, repítelo con intervalos. Transmisión a la *Nekkekt*: aquí la *mekt-hakkikt* en persona. Permitid la retirada de las naves mahen en el centro del sistema. Seguid reduciendo la velocidad: cesad todo avance hacia las posiciones mahen. No emprendáis acción alguna contra los mahendo'sat. Esperad órdenes. Fin. —Se dejó caer de nuevo en el asiento. Y esperó, con los puños apretados y las garras fuera.

—Están reduciendo —informó por fin Geran. Y entonces empezó a respirar otra vez con normalidad, Y su respiración se tranquilizó aún más cuando vio que otra nave empezaba a frenar.

Pero esa misma estrategia también podía indicar que la nave estaba dispuesta a lanzar un ataque.

Y entonces la *Mahijiru* redujo velocidad hasta alcanzar las magnitudes normales

dentro del sistema.

—Alabados sean los dioses, alabados sean —murmuró. Y, por el comunicador—. Banny, lo estamos consiguiendo. Hemos logrado que se detengan. —Y, fuera de ese canal—. Hilfy, ponme con Dientes-de-oro.

—Estoy en ello. Tiempo de retraso 10.9.

Veintidós para que llegara la respuesta de un mensaje. Seguían estando bastante lejos. Pero Dientes-de-oro tenía que haber recibido el mensaje inicial a esas alturas. Ya habían pasado diez minutos. Las naves que entraban en el sistema observaban la misma secuencia de movimientos y esa estrategia tenían que haberla convenido de antemano.

*Humanos, por los dioses, los humanos se drogan hasta quedar inconscientes. Ahí fuera tenemos pilotos repletos de droga. Robots. Sólo los dioses saben qué hay ahí.*

*Tienen que parar junto a los mahendo'sat. Tienen que parar y conseguir coordenadas de orientación. O quizás hayan planeado mandar todo el sistema al infierno mahen.*

*No lo harán. No pueden. Los dioses nos protejan... Tienen que seguir las instrucciones de Dientes-de-oro hasta que logren comprender la situación.*

*Esto aún no ha terminado.*

Respiró sintiendo que todo su cuerpo temblaba.

—Vamos a estabilizarnos —dijo por el comunicador del puente—. Podéis moveros, ocuparos vosotras mismas de que los puestos siguen cubiertos. Cinco minutos, puede que algo más: quizá diez, puede que unos malditos quince días ahí fuera, no lo sé. —Alzó las manos temblorosas hasta el rostro para ocultarse lo que tenía delante, aunque no podía eliminar los sonidos ni descansar. La tripulación empezó a moverse, casi sin hacer ruido.

—Estoy bien —oyó que se quejaba Khym en voz baja—. Maldita sea, puedo llegar yo solo hasta los aseos.

Su esposo. Con un agujero en la pierna y un remiendo de plasma, aquella profunda herida debía de estar llamándose y causando dolor y eso en el mejor de los casos. Ella también quería ir a los aseos. Desesperadamente. Decidió correr el riesgo y se quitó el cinturón.

—Capitana —dijo Hilfy—. La *Nekkekt*: espera instrucciones.

—Uhhhhn. —*Ya empieza. Los kif han arreglado sus asuntos internos. ¿Con quién estoy tratando ahora?*

Y, en su conexión de oído:

—*Mekt-hakkikt*, tengo a todas las naves bajo mi poder, alabada seas. Atacaremos cuando des la orden.

—¿Con quién estoy hablando?

—*Con tu fiel Skkukuk, mekt-hakkikt. He cumplido odas tus órdenes. Me ocuparé*

*de todos tus enemigos. Dame sus nombres.*

—Me alegro sinceramente de oírte, Skkukuk. Mantén esas naves tuyas controladas y no te muevas sin haber recibido órdenes directas mías. ¿Entendido?

—*Te entregaré las cabezas y los corazones de tus enemigos.*

—Yo también te aprecio mucho, Skkukuk. Haz lo que te he dicho, eso es todo. Quiero que tu canal de comunicaciones siga conectado al mío y que te mantengas constantemente a la escucha. Si alguien se mueve, por poco que sea, quiero saberlo. Las hani que están conmigo son aliadas. No causarán problemas.

—*¿Y los mahendo'sat y esos invasores?*

—Espera mis órdenes. Eso es todo.

Pulsó el botón para cortar el canal. Estaba temblando. Apoyó los codos sobre el panel y por segunda vez dejó caer la cabeza sobre las manos, echándose la melena hacia atrás. Haral seguía junto a ella. Alguien se movía por el puente. Todo parecía estar muy lejos. No tenía deseos de hablar con nadie.

—Capitana. —Era Nifeny Tauran, que sostenía un recipiente con algo líquido y le ofrecía un bocadillo. La visión de todo ello bastó para que se le revolviera el estómago, pero alargó una vacilante mano. Gfé. Tomó un sorbo y sintió otro impulso de fuerza irresistible.

—Tengo que descansar un poco —dijo a Haral—. Tenemos a esos condenados kif con nosotras, ¿no?

—Vete —aconsejó Haral.

Pyanfar hizo girar el asiento y partió hacia el pasillo de la cocina y los lavabos. La atmósfera de toda la nave parecía viciada y casi irrespirable. *Tres días y tendremos todo el maldito sistema de apoyo vital hecho un desastre. No podemos aguantar tanto. La tripulación tiene que arreglar esos sistemas.*

Al entrar en la cocina se encontró a dos tripulantes de Tauran, una con un paquete de costillas y sentada ante la mesa con la nariz pálida, la otra engullía comida tan aprisa como podía.

—No nos moveremos durante un tiempo. Sacad a esos bichos de los malditos filtros, arreglad el sistema de apoyo vital.

—Bien —dijo una de las Tauran, con cara de cansancio y mirándola casi sin verla. Al fin se dio cuenta de con quién estaba hablando. Entonces sus orejas se irguieron rápidamente—. Bien, capitana.

Pyanfar siguió hacia los lavabos, se metió en uno de los compartimentos y, al salir, se encontró con Tirun, que venía a lo mismo que ella.

—*Capitana* —oyó por el comunicador de la oreja—. *Comunicación de la Mahijiru. Indican que quieren vernos regresar a Gaohn. Están esperando la contestación.*

—Y un infierno mahen... —murmuró ella. Cruzó por la cocina y siguió por el

pasillo sujetándose con una mano a cada pared, hasta llegar al puente donde pudo ver a Hilfy y las demás—. Diles que sigan manteniéndose en ese perímetro. Sólo aceptaremos movimiento por parte de la *Mahijiru*. Esa nave puede venir para la conferencia y entonces volveremos a Gaohn. Ninguna otra.

—Bien —obedeció Hilfy.

—Tenemos un mensaje de la *Vigilancia*, un montón de preguntas —informó Sirany—. Ayhar las está haciendo callar.

Otra cosa más que deseaba saber. Fue hacia su puesto, agarrándose a todos los asideros disponibles, se dejó caer y bebió el gfé a sorbos muy pequeños para que su estómago no se inquietara.

Había que esperar mucho para los mensajes. Una gran distancia las separaba de Dientes-de-oro y los humanos.

Tomó otro sorbo. Se frotó los ojos, que tendían a nublarse, y apoyó la espalda en el cuero del asiento, dispuesta a relajarse cuanto le fuera posible. Mientras tanto, la *Orgullo* seguía a la deriva, en situación de inercia. La formación hani se desplegaba alrededor de los kif. La *Vigilancia* estaba ahora bastante lejos, hacia el nadir, y fuera de su rumbo. Ayhar se encontraba a una distancia considerable, en dirección al sol, y empezaba a reducir un poco la distancia. Algunas naves mercantes la imitaban, frenando lentamente y corrigiendo el rumbo. Las naves kif estaban frenando de forma mucho más intensa, iban en direcciones contrarias para conseguir eliminar toda la velocidad y moverse con el fin de crear una formación coherente.

Pero la *Orgullo* se dirigía al lugar donde debía estar. Al exterior, allí donde no formara parte de ningún grupo de naves.

Una de las llamadas que había recibido Chur aparecía en el monitor número tres. Era de Rhean: *¿Necesitas ayuda?* Contestación: *Negativo, podemos funcionar a plena capacidad. Gracias.*

Otra, de Ehrran: *Pregunta, pregunta, pregunta.* Contestación de Fiar: *Por el momento no es posible responder a las preguntas. Apreciamos vuestra paciencia al respecto.*

Ehrran una vez más: *Protesta archivada.* Contestación de Hilfy: *Mete día en lo más hondo de vuestro banco de datos; os advertimos que nuestros aliados kif siguen las transmisiones y es posible que se produzcan malentendidos. Por vuestra propia seguridad y la de quienes se encuentran cerca de vosotras, manteneros en silencio.*

Tully, por el traductor: Aquí # Tully # llamando # no # esta es # hani con #... No habían registrado ninguna contestación.

De la *Gloria de Shanan*, atrás, lejos de la zona del combate: *¿Debemos acercarnos o mantenemos nuestra posición?*

De Banny Ayhar, registrada en el canal: *Mantened posición relativa. Mantened vigilancia en toda la esfera.*

De la Estación de Gaohn: *Aquí Central de Gaohn, pedimos informe general situación.*

De Banny Ayhar, registrada en el canal: *El fuego ha cesado. Situación todavía incierta pero mejorando. La Industria de Harun volverá a Gaohn con bajas que necesitan asistencia médica y traerá información más detallada. Aún hay la posibilidad de que se produzca un ataque en vuestra zona, pero es menos probable. Guardad el resto de preguntas para la Industria. Chanur sigue en contacto con sus naves aliadas. Ayhar está al mando de las naves hani en la zona de contacto...*

De Ayhar: *Hemos calculado la trayectoria de la naves perdidas. Todas las naves que se encuentren a, lo largo de esos cursos deben mantenerse alerta para realizar acción evasiva o ayudar en caso necesario...*

—Capitana —informó Hilfy—, mensaje de la *Mahijiru*.

Ya había llegado a su pantalla.

—Ana Ismehanan-min advertir tener que hablar ti número uno urgente.

—Contesta, textual: la *Mahijiru* es bienvenida si nadie más la acompaña. Todas las demás naves mahen o de otra especie deben mantener su posición. No consentiremos ninguna violación en las fronteras de nuestro sistema, aunque la potencia que la efectúe no sea hostil. El rumbo de la *Mahijiru* está despejado y la velocidad no debe exceder los límites normales. Por favor, transmite a todas tus naves nuestro agradecimiento por u apoyo y dirígete sin escolta a un punto donde podamos hablar sin un retraso demasiado notable. No hay prisa. Repito la información anterior: pocas naves rebasaron nuestros límites y había fuerzas mahen más que suficientes en el vector de salida como para manejar el problema. Akkhtimakt está acabado. Sikkukkut también. Final. Repítelo con intervalos de cinco hasta que legue el acuse de recibo.

—Bien —dijo Hilfy.

Después de eso descansó un momento. Descansó, y nada más, con los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el asiento. Era todo el descanso que iban a conseguir.

Mientras tanto, la tripulación se movía a su alrededor encargándose de todo lo necesario o aprovechando la oportunidad para estirarse cautelosamente. Chur Anify y Khym, sus dos heridos ambulantes libres de turno, fueron a la cocina, mientras un par de agotadas Tauran arriesgaban la piel intentando limpiar los filtros del sistema de apoyo vital. Los ventiladores empezaron a girar a toda velocidad y volvieron a detenerse. Luego se pusieron de nuevo en marcha, en tanto que empezaba a oler claramente a ozono.

—La *Mahijiru* se mueve —dijo por fin Tirun, cubriendo el puesto de Geran—. *Prioridad, prioridad*, movimiento general a lo largo de toda su formación.

El movimiento ya era visible en el monitor, un repentino y ominoso parpadeo que recorría toda la parte delantera de la formación mahen y que provocó una aceleración



de su pulso.

—¿Un mensaje? Maldito sea, ¿está diciendo algo? —Y las tripulantes que se encontraban lejos de sus puestos, en la cocina o en cualquier otra parte, volvían desordenadamente y a la carrera: la noticia se había propagado rápidamente y, con ella, una fuerte sensación de catástrofe inminente.

—Negativo. Ha empezado a moverse, nada más. Todas las naves... Tenemos... Tenemos una pregunta de la *Nekkekt*, cito: *¿Debemos atacar?* Tengo que responderles...

Más cuerpos de tripulantes caían en los asientos y un murmullo de informaciones pasaba de una posición a otra, transmitiéndose los deberes a cumplir, dando instrucciones en dos palabras, presionando una tecla para enviar su mensaje: Geran, Hilfy. El resto ya estaba ahí.

—Yo decir humanos parar —protestó Tully—. Dar comunicación.

—Emisión general —dijo secamente Pyanfar, mientras Haral ocupaba el asiento contiguo al suyo y empezaba a ponerse al corriente—. No os mováis. Mensaje para la *Mahijiru*: mantened vuestra posición. Ordenad a vuestras naves que retrocedan. No pensamos dejarnos impresionar. Contestad de inmediato y que empiecen a frenar. Final y repite. ¿Cuál es nuestra demora actual?

—Catorce nueve —dijo Tirun, y un mensaje hani apareció en el canal número dos:

—*Chanur, aquí Ayhar. Por los infiernos mahen, ¿qué está pasando?*

—Ayhar, no te muevas. No te muevas.

—*¡Que no me mueva! ¡Tenemos a medio centenar de naves volviéndose locas, nada menos! ¿Cuáles son sus intenciones?*

—Creen que podrán entrar en el sistema y nos están presionando, eso intentan. Esas naves de ahí fuera son humanas. Sigue en tu posición y...

—*Mahijiru* —le dijo una voz en el oído izquierdo.

—*Mismo Dientes-de-oro. ¡Hola, Pyanfar, vieja amiga!* —Tan alegre como si estuvieran en un dique cualquiera—. *Bueno oír ti voz, mismo bueno encontrar ti entera. Largo tiempo perseguir, maldito buen trabajo detener ese bastardo. Tener ti mensaje número uno primera clase, buenas noticias. Tú número uno estupenda, ¿eh? Mismo. Mucha nave. Mismo tú decir esos estupendos kif ellos no mover, nosotros hacer trato como ellos volver a casa.*

—*¡Mekt-hakkikt!* —En el oído derecho—. *Estamos siguiendo el avance de esas naves en nuestras miras. ¡Danos la orden! ¡Somos tus aliados! ¡Este mahendo'sat es un mentiroso sin escrúpulos! ¡Acaba con él!*

—Dientes-de-oro, tengo aquí a un kif realmente nervioso. Ahora el lapso es de unos diecisiete minutos. Si no veo cómo esas naves tuyas empiezan a frenar treinta segundos después de que hayas recibido esto, voy a tomar unas cuantas medidas muy

serias. Te daré una buena paliza, amigo. A tu nave. Párate ahora mismo y prepárate para discutir mis condiciones, y nada de entrar en el sistema por la fuerza. Si quieres crear un incidente, lo tendrás, conseguirás problemas cuyos ecos llegarán hasta Iji. Quiero que te des cuenta de que esas naves hani no se mueven. He calculado todo esto al segundo. Te conozco, viejo amigo. Tengo que responder a tu jugada de esta forma, porque si no lo hago dispararás. Es mejor que me obedezcas, en caso contrario pronto tendrás pelea. Final. No lo repitas. Que ese bastardo no tenga tiempo de nada... ¡Skkukuk! Mantén tus naves bajo control, las quiero en formación.

—Sí.

—¡Jik! —La voz de Hilfy, entre dos latidos de su aterrado corazón—. Jik está transmitiendo, se acerca...

—Pantallas negativas —dijo Geran.

Una ola de entrada a la velocidad de la luz, hacia el interior. Las balizas no proporcionaban información y no había nadie en una posición desde la cual captarla.

—*Pyanfar...* —llegó débilmente su voz—. *Seguimos ti tan rápido nosotros poder, maldición, no luchar, no luchar...*

Estaba hablando de los kif. Pyanfar lo comprendió por fin: se encontraba a horas de distancia.

Cuando había mandado ese mensaje, varias horas antes, sabía que Sikkukut se aproximaba y que unas cuantas hani estúpidas iban a meterse en un montón de problemas.

Respecto a su socio y compañero, no podía estar enterado de nada.

Y Dientes-de-oro tampoco podía saber que Jik estaba ahí fuera. Al menos, no durante siete minutos más.

—Dientes-de-oro, estoy en contacto con tu socio. Ismehanan-min, mi amigo. Hay muchos datos de los cuales tú careces, información crítica. Lo que está en juego es Iji. Vuestra frontera. Tenemos aquí un *hakkikt* kif dispuesto a hablar de fronteras. Por otra parte, tú sabes lo que hay ahora en Punto de Encuentro. Pero yo tengo un pasajero, un viejo conocido que posee cierta información realmente importante. Y no estoy hablando con ningún estúpido, Dientes-de-oro. Quiero que nos veamos y hablemos. Tú, yo y unos cuantos viejos amigos.

—Un minuto —dijo Tirun, controlando el tiempo.

—En Gaohn. En el muelle.

Los muelles de Gaohn estaban desiertos y en ellos reinaba un intenso frío causado por las compuertas entre secciones al cortar la circulación del aire. Las placas metálicas del suelo estaban tan heladas que andar sobre ellas era como quemarse. Pyanfar cojeaba un poco, lo hacía desde que se había levantado de la cama, con el cuerpo rígido y dolorido, sabiendo lo que aún le quedaba por afrontar.

En el trayecto de vuelta a Gaohn habían tenido un poco de tiempo libre, un poco de tiempo para que la *Orgullo* fuera a una velocidad segura y decente, para que la dolorida tripulación pudiera atender a sus necesidades y a las de la nave, para dormir un poco y comer algo caliente.

Habían recobrado a una de las que creían perdidas. Dur Tahar había aparecido silenciosamente en la pantalla, su señal de identificación parpadeaba demostrando que no se había convertido en una masa de cascotes a la deriva.

—Por los hielos del infierno —había dicho Tahar cuando entraron en contacto con ella por el comunicador—, no pensaríais que iba a emitir mi señal mientras os enfrentabais a la mitad del Pacto y la mayoría de las naves hani de ahí fuera estaban listas para convertirnos en polvo. No iré a la estación, Chanur, todavía no. Me encontraré contigo o con una de tus naves, dejaré que Vrossaru y sus tripulantes salgan de mi nave, pero no pienso meterme en un dique... no, esta vieja cazadora no piensa hacer eso. Me quedaré un rato por aquí, observando.

—¿Fuiste con Dientes-de-oro? ¿O con Sikkukkut?

—¿Yo? Dioses cabeza abajo, Chanur, tienes una idea bastante exagerada sobre nuestra rapidez. Me puse a tu cola, he estado siguiendo tus emisiones como si fueras trazando un camino desde Punto de Encuentro, corriendo como una loca para alcanzarte. Pero cuando hicimos ese condenado salto de Urtur, se nos quemaron otros dos sistemas: si tenías cierta ternura por ese kif, lo siento. Pero yo tenía una deuda con él. Una deuda muy grande.

—¡Condenada lunática! Podrías haber conseguido que voláramos todas.

Estuvieron hablando durante dos horas, con retrasos entre cada mensaje. Y después de una pausa algo más prolongada de lo normal, durante la cual Pyanfar creyó que quizás Tahar hubiera cortado la comunicación:

—Chanur, si alguna vez confiaste en ese kif, todavía hay algo que debes aprender. Te dio demasiado poder, ¿aún no te has dado cuenta de ello? Lo mismo ocurrió con los mahendo'sat. ¿Hace falta que siga?

Pyanfar se quedó sentada, muy quieta, después de que Dur Tahar indicara, ahora efectivamente, que cortaba la comunicación. Se quedó en su puesto, recibiendo la información de Gaohn: una media docena de pequeños cargueros con armamento ligero se habían esparcido a lo largo de la ruta hacia Ajir con un precioso cargamento

de vidas hani, los machos y las criaturas de los clanes Syrsyn.

Semillas en el viento estelar.

Y se volvió hacia Khym, hacia su esposo, que ahora cumplía funciones de relevo en el puente aprovechando la relativa tranquilidad de esos instantes, sentado ante las pantallas mientras las agotadas veteranas aprovechaban el momento para asearse y descansar. Khym no se dio cuenta de que lo miraba: tenía el rostro teñido por la luz roja de las pantallas y permanecía absorto en su tarea.

*No importa lo que hayamos perdido aquí, pensó entonces. Aunque hayamos fracasado en muchas cosas, hay una que sí conseguimos.*

En el puente había otro macho. Y éste sí la miró. Pyanfar había creído ver ya todas las expresiones que el peculiar rostro de Tully podía ofrecerle. Pero ésta... toda fuerza vital parecía haberle abandonado, no había en él más impulsos de lucha, como si algo se hubiera roto en su interior y hubiera perecido. Pero sus ojos se iluminaron por un instante, reluciendo como cuando le embargaba el dolor y la pena más profunda, y Tully —oh, dioses—, la miró sin pestañear. Hilfy, a punto de abandonar el puente, se detuvo para ponerle una mano en el hombro. Para consolarle. Para...

—Vamos, Tully —dijo Hilfy.

*Lo sabes, ¿verdad?, pensó entonces Pyanfar. Sabes que ella te dejará. Ahora cuenta su especie, Tully, los suyos. Ahora es una Chanur. La Chanur. Y tú eres nuestro: incluso cuando vuelvas, tu gente no olvidará eso, ¿verdad? Nunca lo olvidarán.*

*Que los dioses te ayuden, Tully. Sea cual sea realmente tu nombre. Pienses lo que pienses y vayas donde vayas ahora.*

*Como Tahar. Nunca llegarán a olvidarlo del todo.*

No soy ningún estúpido, le decía su mirada. Ninguno de los dos lo somos. Amiga mía.

Y quizá también Je estaba diciendo otra extraña y complicada verdad humana, tan insondable que Pyanfar jamás podría llegar a descifrarla.

Esta vez Tully bajó con ellas al dique. Para él era la segunda visita a Ja estación de Gaohn, rodeado por hani desconfiadas que no dejaban de mirarle, en una confrontación en la cual él era una pieza a exhibir, un trofeo, un peón. Le dieron armas, así le podían comunicar otra de esas importantes cosas que un chisporroteante traductor era incapaz de explicar.

Y, en el último instante, Pyanfar le había cogido por el brazo, en la escotilla, asegurándose de que la escuchaba:

—Tully. Puedes ir con las naves humanas. Eres libre, debes comprenderlo, ¿sabes qué significa eso?

—Yo saber libre —había dicho él. Y se había limitado a mirarla con esa expresión cargada de dulzura, como si supiera demasiadas cosas.

En los diques había una hilera de Llun con el rostro ceñudo marcando el perímetro donde debía realizarse el encuentro, y a cada extremo de ese muelle se alzaban las imponentes compuertas de la sección, cerradas. También había hani de los clanes de la estación y de los clanes del espacio. Y una delegación del *han* recién llegada del planeta tras un rápido y algo ruidoso viaje. Había muchas armas, más que suficientes. Y centinelas Llun para desanimar a cualquier hani enloquecida que quisiera intentar algo.

Las centinelas Llun no representaban protección alguna contra las naves de caza que habían acudido para introducir sus esbeltos y letales morros en los vulnerables muelles de Gaohn, escupiendo a continuación sus propios grupos de vigilancia y su personal, muy distinto a las hani. Tres mahendo'sat, una nave humana y un trío de kif, aparte de la *Orgullo* y la *Industria de Harun*: ése era el acuerdo final. La *Aja Jin*, la *Mahijiru* y otra nave mahen llamada *Pasarimu*, que había llegado después de Jik; la *Nekkekt*, la *Chakkuf* y la *Maktakkt* y, finalmente, una nave de nombre impronunciable que Tully les repitió tres veces y que seguían sin entender. La Nave Humana, la llamaban a falta de un nombre mejor.

Los que habían acudido a la reunión del muelle apenas hablaban y se comportaban con gran cautela. Incluso Jik, que llevaba un faldellín y una capa oscura tan distintos de su habitual indumentaria multicolor que era necesario mirarle dos veces para reconocerle. Sólo llevaba un collar y un brazalete, una automática en la cadera y un cuchillo. Eso era más normal. Soje Kesurinan estaba ahí, vestida con más colorido e igual de armada. Y, con ellos, un Personaje que iba junto al capitán de la *Pasarimu*, con Voz incluida y con todas las insignias apropiadas. Sí, muy oficial, indiscutiblemente.

Y también estaba Dientes-de-oro, también muy formal y con ropas oscuras. Y su escolta. Entre él y su socio no hubo ni el más mínimo intento de comunicación.

Harun y Llun, cansadas tripulantes vestidas de azul, con Kauryfy de verde y las Llun con el negro de los clanes Inmunes.

Otro grupo se acercaba, también de negros: una masa de sombras que parecía surgir del final del perímetro, todos iguales en sus túnicas y capuchones, absolutamente iguales unos a otros para los ojos hani, todos erizados de armas. Uno de ellos debía de ser Skkukuk pero Pyanfar era incapaz de localizarle con las pocas pistas de que disponía: la forma de andar, sus pequeños gestos. Había un kif alto que evidentemente era el jefe del grupo, uno al que los demás cedían el primer sitio.

*¿Quién es? ¿Es mi kif?*

Temía que fuera otro. En cualquier sentido.

Y los humanos, de donde fuera. Ya había visto humanos en otra ocasión. Había diferentes tipos de humanos, diferentes siluetas, eso ocurría en todas las especies.

Pero éstos variaban de forma salvaje entre ellos, unos con la apostura que le recordaba a Tully, otros sencillamente extraños. Todos vestían de gris oscuro, todos relucían con trajes que les cubrían todo el cuerpo y se pegaban a la piel, cubiertos de plásticos y metal plateado. Ninguno llevaba nada que pareciera un arma. Equipo de comunicaciones. Y en abundancia. Seguían siendo un enigma. Y acabaron deteniéndose más o menos a la misma distancia en que se habían detenido todos los demás, como las puntas de una estrella.

La atmósfera del muelle estaba empezando a cargarse de miedo: era evidente por la posición de las orejas hani y por el modo en que se movían los kif y los mahendo'sat. Y por la forma con que Tully se mantenía junto a ella, y porque ningún humano avanzaba hacia el perímetro que formaban los mahen.

Había algo más en el sistema. Ahí fuera había un knnn muy real y también un chi. Se contaban mutuamente una serie de escalas armónicas de la cual los ordenadores encargados de manejar tales asuntos y los traductores mecánicos no habían podido sacar nada en claro, aparte de unos datos sobre posiciones. Resultaba tan significativo como ominoso que la matriz de esas escalas contuviera la posición de la estación de Gaohn.

Los knnn estaban interesados. Eso ya era explicación más que suficiente para el miedo.

Pero era bastante difícil que las representantes de Anuurn llegaran a comprender ni tan siquiera eso. Lo más probable era que fuera la primera vez que veían a un mahendo'sat, por no mencionar ya a los kif o los humanos. Quizás habían tomado ya una resolución; o tal vez continuaba aún el debate de forma que Naur, Tahy Mahn *par* Chanur y las demás que, como ellas, sólo pensaban en términos planetarios, continuaban discutiendo sobre protocolos y política. Sólo los dioses podían saberlo. Cada vez que Pyanfar se permitía pensar en ello sentía una rabia helada, una rabia asesina en su interior.

Habían dispuesto una mesa enorme en el muelle, por los dioses, una mesa y asientos, en el muelle, habían llevado hasta allí el mobiliario que usaban las Llun en los consejos. Mobiliario para los consejos hani, como si todas esas facciones pudieran encajar en él, como si en todo el caos y entre las naves que avanzaban con más o menos daños, alguna estúpida (muy probablemente de la superficie de Anuurn) hubiera tenido tiempo para insistir en que hubiera una mesa y sillas que apenas resultarían compatibles con la anatomía de algunos de los invasores. Con los knnn sueltos por las inmediaciones, y con naves que todavía se enfrentaban tensamente en el cénit. Con cincuenta naves decididas a entrar por la fuerza mientras que otras se empeñaban en echar a los kif, los cuales morirían de vergüenza en sentido literal. Y con los kif igual de dispuestos a resistir.

*Condenadas idiotas de Anuurn. Si ese knnn empieza a llamar a otros no*

sobreviviremos. *¿Habéis logrado entender eso en vuestras conclusiones?*

*Los humanos han disparado sobre ellos. Eso dice Tully.*

*Jik se dedicó a jugar a la política con los tc'a. ¡Dioses! ¿Sabe él lo qué hay ahí fuera? ¿Se trata tal vez de algo que ha venido a por él, a por los mahendo'sat?*

*Una mesa. ¡Dioses, bastante suerte tenemos al haber reunido a estas especies a una distancia en la cual puedan gritarse unas a otras! Los kif jamás hacen nada si no lo consideran provechoso, están aquí, continúan teniendo la tenue sospecha de que yo soy su mejor salida.*

*Jik y Dientes-de-oro no se hablan, ni tan siquiera se miran el uno al otro, sus tripulaciones no se han mezclado... ¿y, quién de entre todos los habitantes de su propio infierno, quién es el Personaje que nos ha traído la Pasurimu?*

*Vino con las naves procedentes del espacio mahen, no por la ruta de Kara. Por los dioses, ha venido de Iji, de ahí procede. Es alguien de su mundo natal.*

*Es una Autoridad. Eso es, con la Voz, las insignias y las ropas oficiales. Y no se ha presentado. La Voz no ha pronunciado ni una palabra. El han ha recibido un insulto y ni tan siquiera lo sabe.*

*Están helados. Nadie se mueve. Desconfían de los kif.*

—Skkukuk —dijo, corriendo el riesgo. Y el kif situado ante los demás alzó el rostro de forma casi imperceptible y luego volvió a bajarlo, beligerancia y cortesía en dos breves alientos. Incluso una pequeña muestra de amistad. Para ser un kif.

—*Mekt-hakkikt* —respondió ese kif. Por lo tanto, ahora ya sabía que en efecto era Skkukuk. Pero él había interpretado su nombre como una invitación a que avanzaran y el pánico se apoderó de ella, una aversión instintiva al ver que todo el grupo de kif se ponía en marcha y se colocaba entre ella, los mahendo'sat y los humanos. Y, al hacerlo, cuidaban de que sus armas estuvieran bien dispuestas.

—Las armas hacia abajo, por todos los dioses. —El pánico la hizo hablar con acritud. Skkukuk, sin perder un segundo, lanzó un silbido y un chasquido, una orden hacia su grupo. Las armas bajaron. Pyanfar decidió aprovechar esta ocasión a ciegas—. No habrá ningún disparo. En ningún bando. —Una de las Llun se le había acercado demasiado. Pyanfar agachó las orejas y frunció la nariz—. Atrás, maldita sea. —Pero también los mahendo'sat se habían acercado y de repente hubo demasiadas armas, su propia tripulación tenía los rifles apuntando con demasiada claridad a media altura.

—¡Atrás! —ordenó con brusquedad Haral a una hani de nariz canosa que se había movido con temeraria autoridad. Y la empujó con la culata del arma.

—¡Chanur! —gritó esa hani.

Y se enfrentó a tres rifles kif.

—¡Alto! ¡Sgokkun! —El corazón estuvo a punto de parársele. Tuvo que apartar con sus propias manos un rifle kif, desviándolo hacia arriba de un golpe; ese kif

retrocedió y se quedó inmóvil, emitiendo chasquidos y haciendo rechinar su juego interior de dientes. Probablemente sus congéneres estaban tan confundidos como él.

—¡Mekt-hakkiktu sotoghotk kefikun nakt! —gruñó Skkukuk y al momento se hizo el silencio.

Y nadie lo rompió. Incluso las hani de Anuurn habían logrado entender lo precario que era ese equilibrio.

—No necesitamos disparos —dijo Pyanfar, sintiendo cómo le latía el corazón y le temblaban las rodillas.

La voz parecía brotarle de lo más hondo de las entrañas, como si intentara esconderse. Khym estaba a su lado, cerca de ella; entre Pyanfar y las hani, gracias fueran dadas a los dioses por su inteligencia y sus instintos. Agitó una mano para indicar a los kif que retrocedieran y poder ver dónde estaban los humanos y los mahendo'sat. Los humanos seguían donde estaban al principio, bastante atrás. Dientes-de-oro y su grupo armado habían avanzado hasta quedar demasiado cerca y Jik había maniobrado para colocarse a su lado, los dos entre los kif y el Personaje.

—¡Usad vuestras malditas cabezas! Skkukuk, quédate ahí. Quédate ahí, nada más. Dientes-de-oro. Ana. Estamos bien así. No utilicéis las armas; calmémonos todos un poco, ¿de acuerdo?

—Venir aquí hablar. Mismo arreglar todo este jaleo. —La oscura frente de Dientes-de-oro estaba cubierta de arrugas. Agitó una mano señalando hacia el perímetro del dique—. Tener knnn ahí fuera todos preocupados. Tener maldito embrollo, Pyanfar. Ahora yo hablar contigo, tú hacer gran error.

—Sí. Ya lo descubrí. Fue un detalle por tu parte que me dijeras lo que estabas haciendo. Y también lo fue decírselo a Jik.

—Jik no tener opción. Tener importante hani, tener humanó, todo mismo lío en Kefk. Intentar sacar ti. Tú tener que sacar Tahar, no esperar mismo. Mala sorpresa, Pyanfar. Mala sorpresa. Pero todo mismo salir igual. Acabar con Sikkukkut, acabar con Akkhtimakt, ambos. No tener que preocupar más kif, ¿afirmativo? Así que tú dejar estos buenos kif volver nave. Ellos querer ir casa, nosotros dejar marchar. Mejor trato que ellos poder tener.

—No tengas tratos con él —dijo Skkukuk, a su lado—. Nuestras naves son la defensa de este sistema. Te somos fieles, *mekt-hakkikt*.

*Ninguna amenaza, ningún movimiento incorrecto.* Se le erizó el vello de la espalda. Este kif no se estaba mostrando sumiso. Sencillamente, hablaba muy poco. La sospecha y la amenaza del poder, pero un poder que no era suficiente: el kif estaba aquí, hablando. Sikkukkut era muy bueno, en este tipo de jugadas, pero este kif sabía ser más suave que él y Dientes-de-oro le estaba dando un buen consejo, oh, dioses, si hubiera algún poder capaz de empujar a los kif de nuevo hasta sus fronteras y mantenerlos ahí.



Ese poder estaba ahora ante ella. Una asociación humanos-mahen.

De no haber sabido lo que ahora sabía, gracias a Tully, qué pretendían conseguir los humanos y qué se jugaban. De no saber que había varias potencias humanas lanzándose unas sobre otras, extendiéndose por un área que, bastaba una sola mirada a los mapas estelares para darse cuenta, dejaba el Pacto convertido en una miniatura.

—Tengo que conocer lo que les sucedió a los stsho —dijo a Dientes-de-oro, sin levantar la voz, en un intento de mostrarse muy razonable. Como si sólo fuera una leve preocupación, un gesto de amabilidad. Era desesperación. De repente se daba cuenta de que ésta era su única defensa, su punto para comerciar. Sin los stsho...

*¿Lo ve? ¿Sospecha por qué le pregunto esto? No es ningún estúpido, nunca lo fue. Oh, dioses, ésta es una de las mentes que gobiernan todo el Pacto, los dioses nos ayuden, siempre lo fue, es uno de esos que los mahendo'sat dejan en libertad para que actúen en las fronteras, para que hagan cosas cuyos ecos tardan años en cruzar el espacio hasta la civilización. Sigue siéndolo. Incluso ante un Personaje.*

—Nosotros hacer todo bien. —Una voz que no había esperado oír. Jik había sacado uno de sus abominables cigarrillos y estaba enfrascado encendiéndolo, como si sus oscuros ojos no estuvieran alertas al menor gesto hani o kif—. Ana decir mí él tener ahí combate número uno primera clase, tres, cuatro días. Masticar bien a Sikkukkut. Estupendo para nosotros aquí. Nuestro amigo Sikkukkut... —Guardó el mechero y aspiró una segunda bocanada de humo—. Él saber entonces condenadamente seguro él tener problemas. Deber mucho condenado montón a Banny Ayhar. Mismo ti, amiga. Mismo todas hani venir dar alarma.

—Los stsho...

—Pequeño daño. Mucho confusos. Respiradores de metano cuidar realmente bien. —Un gesto con el dorso de la mano que sostenía el cigarrillo, señalando vagamente hacia el exterior—. Mismo knnn. Oficial, ¿afirmativo? Con intérprete tc'a. Ser mismo tc'a que pasar largo tiempo con él.

—¿El mismo de Mkks?

—Afirmativo. Mismo que camino de Kshshti. Tt'om'm'mu haber sido realmente mucha cooperación.

—Entonces, es tu agente.

Jik movió los dedos entre un murmullo de kif y hanis.

—Mismo hablar muchos otros, ¿eh? Yo decir ti, Ana... shoshi na hamuruta ma shosu-shinai musai hasan shanar shismenanpri ghashanuru-ma shesheh men chephetri nanursai sopri sai.

Dialecto, espeso e impenetrable. Tal vez estaba en código. Pero el rostro de Dientes-de-oro se hizo todavía más reservado, sus ojos se oscurecieron y se movieron una fracción de milímetro hacia la izquierda.

Hacia Tully. Sólo esa fracción de milímetro.

Era difícil saber qué había dicho Jik. O cuánto había revelado. El mahen volvió a mover los ojos sólo esa fracción que dejaba ver un ribete blanco alrededor del iris marrón. Esta vez la miró a ella de nuevo.

—¿Nao'sheshen?

—Meshi-meshan. —Jik echó la cabeza hacia atrás, en dirección a algo que estaba detrás de él—. Meshi nai sohhephrasi Chanuru-sfik, ¿eh?

Fuera lo que fuera, a Dientes-de-oro no le gustó.

—Shemasu. Nosotros hablar. Hablar mucho. Nosotros decir Personaje. Tú decir esos kif ir. Ahora. Nosotros tratar con respiradores de metano. Tú arreglar cosas aquí.

—¡Arreglar las cosas! —Contuvo el aliento y lo que tardó en volver a respirar le sirvió para recuperar un tanto la calma. Se dio cuenta de que alrededor suyo se había producido un envaramiento general y al instante bajó la voz. El *han* estaba aquí. Y las Llun. El silencio que se produjo a continuación resultaba casi ensordecedor.

—Kkkkt —intervino Skkukuk—. Kk-kkt. Este mahen no puede dictar normas aquí. No habrá ninguna escolta. No habrá naves mahen en nuestro territorio. No intentéis engañaros a vosotros mismos.

—Hablar luego —le interrumpió Dientes-de-oro y dio un paso hacia adelante.

Las armas se alzaron hacia él de forma instantánea. Los mahen imitaron el gesto.

—¡Alto! —gritó Pyanfar, pegando un manotazo al cañón de un rifle. Un rifle kif. En ese instante, era lo más seguro.

—Chanur... —empezó a decir una voz hani.

—Cállate —ordenó Tirun.

—Empecemos aquí —pidió Skkukuk. Jik se interpuso entre los kif y Dientes-de-oro. Cautelosamente.

—No. —Por el rabillo del ojo Pyanfar distinguió un movimiento entre los humanos. Algunos miembros de ese grupo retrocedieron en silencio para buscar protección—. ¡Tully, detenles!

Tully lanzó un grito, un sonido increíblemente extraño y grácil. Con una mano levantada. Y el movimiento cesó.

—¡Basta! —intervino secamente la Voz, y luego dijo algo más en mahensi, demasiado rápido y con un acento demasiado cerrado como para poder comprenderlo.

—Que se vayan —dijo una hani. Era de Anuurn, y tenía la nariz canosa. Vieja y con demasiado peso encima. *Dioses, Rhynan Naur. Esas canas, esa edad.* En la voz resonaba algo de su vieja autoridad dentro del *han*—. No consentiremos que se viole nuestro espacio. No permitiremos que...

El rifle de Skkukuk se volvió hacia ella.

—No —ordenó secamente Pyanfar—. Maldita sea... cierra la boca, Naur. Que nadie hable. Que nadie se mueva.

—Tú Personaje —dijo Jik a su izquierda, dirigiéndose a Skkukuk—. Si tú querer parar, tú conseguirlo. Shemtisi hani manara-to hefar ma nefuraishe'ha me kif.

—Puedes estar seguro de que lo haremos —intervino Skkukuk con dureza, y levantó ominosamente la mandíbula—. No tenemos intención de hacer viaje alguno en vuestra compañía.

—Nosotros tener solución. —Jik torció el gesto y apagó el cigarrillo que se había consumido hasta casi chamuscarle los dedos—. Pasuru nasur. Kephri na shshemura, Ana-he. Meshi.

—¿Meshi ne'asur?

—Montón mejor. Mismo yo decir. —Jik se volvió hacia ella—. Nosotros tener hani espacial, mismo. Sikkukkut ser condenadamente estúpido engañar ti, ¿afirmativo? Condenado estúpido. Todo tiempo yo decir tú mucho lista. Tener montón *sfik*, gran montón, Pyanfar Chanur... mismo yo decir. Mismo Ana encontrar ti, mismo Sikkukkut querer ti... condenadamente buena. Ahora tú tener decir como Personaje, tú tener que decidir.

—Decidir, decidir, por todos los dioses... no hay nada que decidir. Tanto los kif como vosotros intentáis borraros mutuamente del mapa, queréis mandaros a lo que haya después de esta vida, esparcidos por todo nuestro sistema solar...

—Tú Personaje. Tú tener kif. ¿Querer tú tratar por el han?

—¡Yo no trato por el *han*! Lo que te estoy diciendo, yo, Pyanfar, es que hables con tu Personaje y le expliques lo que Tully nos contó.

—Yo hacer. —Jik la miró de aquella forma habitual en él, tan extraña e irritante—. Tú no ser *han*. Tú ser Personaje. Enviar *hakkikt* de nuevo con kif... ¿cómo garantizar, eh? Stoheshe, Ana. —Eché una mirada de soslayo a Dientes-de-oro. Y se volvió de nuevo hacia ella—. El *han* decidir esto, el *han* decidir aquello. Tú hacer lo que tú querer con *han*. Pero el *han* ser para Anuurn. Tú ser Personaje para hani, Personaje para kif, mismo Tt'om'm'mu querer salvar tu vida. Tú tener la cosa que hace ser Persona. Nacida con eso. ¿Tú entender?

—¿De qué estás hablando, por todos los dioses?

—Tú no maldita estúpida. Tú ver. Tú ver claro. Sikkukkut conseguir poder creando pequeños *hakkikt* y cogiendo lo que ellos tener. Dejar que ellos hacer trabajo. Él mucho listo kif. Hasta que él hacer ti *hakkikt* e intentar coger lo que tú tener. Tú tener la cosa que hace ser Persona. Él pensar que él tener más, él hacer mucho error. Nosotros no error. Este kif aquí no error. Tú tener asunto entero en tus manos. Yo, yo reconocer. Mismo que este kif. Hacer mucho.

—No. ¡Dioses, no! —Agitó la mano y se volvió hacia las hani que tenía detrás. Miró a su tripulación y luego de nuevo a Jik.

—Guerra, amiga. ¿Qué decir yo ti suceder? No guerra como guerra en suelo. Guerra como nueva clase cosa. Como locura.

—¡Entonces, haz que tus malditos amigos humanos vuelvan a casa! ¡Fuera de aquí! ¡Haz que esas naves den la vuelta, restaura el equilibrio, por todos los dioses!

—¿Cómo garantizar tú que Anuurn seguro, eh? ¿Cómo curar tú stsho? ¿Cómo explicar tú estos humanos que nosotros cambiar idea? ¿Cómo tratar tú con knnn, eh?

Pyanfar sintió que el pánico la ahogaba. No sólo porque todo era lógico y las piezas del juego estaban ahí. Miró nuevamente a su alrededor y vio las filas de hani, su propio pueblo, algunos rostros que se habían endurecido y tenían las orejas gachas. Y otros, navegantes espaciales, que simplemente parecían preocupados. Como sus tripulantes.

Como Dientes-de-oro.

Y, de los kif, ni un sonido.

Las hani que dominaban la política acabarían colgándola en cuanto las cosas se calmaran. Lo que pedían era el último fragmento de harapienta reputación que le quedaba a Chanur.

—Sí —dijo—. Bien, está claro, ¿no? Le decimos a estos humanos que deben irse, eso es todo. Que has consultado con algún alto Personaje, que hay muchos problemas y que deben coger sus naves, nada más, y volver al otro lado de esa frontera. Y eso podemos hacerlo, ¿verdad? Con esta acción daría a Skkukuk, aquí presente, una buena oportunidad para que regresara a su hogar con dignidad y estilo, un regreso de primera categoría... todo un vuelco en la política, un nuevo *mekt-hakkikt*, nuevas directrices. No estoy realmente interesada en meterme dentro del espacio kif, Skkukuk, amigo mío. Me siento muy complacida de que tú seas el nuevo *hakkikt* y que gobiernes por encima de todos los kif a los que puedas echar mano. Y todo lo que debes hacer es mantener bien controlada esa frontera en cuanto los humanos la hayan cruzado.

—Kkkkt. —Skkukuk respiró con un leve siseo—. *Mekt-hakkikt*, justificas mi fe en ti.

—No entrarás en territorio mahen.

—Ellos no entrarán en el nuestro.

—No lo harán. —Miró a Jik. Y a Dientes-de-oro. Éste agachó sus pequeñas orejas y bajó lentamente la cabeza.

—Yo oír —admitió en voz baja. Repitió el gesto ante Jik, y ante el Personaje; luego se dio la vuelta.

*Algo le pasa. Una cuestión mahen, alguna locura que ignoro: le he hecho algo. Le he vencido.*

*Dos planes. Dos tratados. Los mahendo'sat suben y caen según sus éxitos; y siempre repudian a los fracasados.*

—Si tengo que dirigir todo esto durante un tiempo, le quiero a él —dijo, refiriéndose a Jik—. ¿Qué piensa de esto?

Los ojos de Jik ardieron durante un segundo y parecieron volverse más luminosos.

—Él decir que tú conseguir entonces agente condenada primera categoría.

—Este Personaje vuestro... —Una de sus orejas se inclinó cautelosamente hacia el mahen de la túnica con la Voz—. ¿Iji?

—Mismo. Yo hablo por él. Él no tener buena jerga. Mismo su Voz. Él también Personaje, ver que tú tener misma cosa que hacer ser Persona, mucho fuerza. Él decir... Dios hacer Personaje. Él... —Jik se encogió de hombros, como si no supiera expresarlo mejor—. Él decir Dios hacer montón experimentos raros.

Pyanfar echó las orejas hacia atrás, intentando averiguar qué debía opinar sobre esas palabras.

—Dile... dioses, dile simplemente que haré lo que deba hacer. En primer lugar... —Se metió las manos por la cintura del pantalón. Estaban heladas; tenía los pies insensibles a causa de la cubierta metálica del dique. Y seguía sintiendo miedo, puro y simple—. Tully.

—¿Capitana?

Los humanos venían en primer lugar. Estaba dando la espalda a las representantes del *han* y a las Llun. Se sorprendió un poco al descubrir que la presencia armada de Skkukuk, a su izquierda, sería un claro consuelo en cuanto llegara el momento de comunicar esas noticias.

—Lo que haremos será hablar un poco acerca del comercio y de todos los problemas ante los que deben estar atentos. Supongo que quizás han visto lo suficiente como para estar preocupados. Tal vez deberíamos decirles solamente que luego vendrán cosas todavía peores.

—Ellos ir —acabó diciendo Tully. Salió de la pequeña estancia iluminada con fluorescentes y situada en el muelle de Gaohn, donde mahendo'sat, kif y humanos discutían. Armados. Todos ellos, ya que los kif eran peores sin sus armas a mano que con ellas. Y la discusión se fue realizando por turnos continuos, hasta que Tully salió de la estancia entre una vaharada de ese aire rancio y cargado con el horrible hedor de tantas especies juntas, y se apoyó en el umbral—. Ellos ir.

Parecía exhausto. El sudor le pegaba el cabello a la frente y tenía los ojos hinchados. Tras haber pasado tres días metida en ese tira y afloja, había salido de la estancia en busca de un poco de aire fresco y para no perder los estribos. Ahora, al oír que se había logrado un acuerdo era como si el suelo desapareciera bajo sus pies.

—¿Irse? ¿Se marchan? ¿Han dicho que sí?

*Dioses, ¿quién les había amenazado? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha fallado?* La belicosidad no entraba en las estrategias que había elegido. El desanimarles sí. Había tenido que repetirlo una y otra vez a Skkukuk hasta que lo retorcido de esa táctica y

sus ventajas se abrieron paso lentamente por su estrecho cráneo kif, y sus ojos ribeteados de rojo mostraron un claro interés lo cual, y que los dioses las ayudaran a todas, podía acabar por cambiar las estrategias kif.

—Ellos decir sí —respondió Tully, haciendo con la mano un gesto que imitaba una nave al partir—. Ir camino hogar. Kif y mahendo'sat ir con ellos. Primero mahendo'sat, luego kif, con pocas hani. Tú tener que encontrar nave hani ir. Hacer paso por territorio kif.

—Ese bastardo. —Refiriéndose a Skkukuk, que era quien más motivos tenía para dirigir un desfile de humanos que se marchaban, justo a través del territorio kif. También era la ruta más corta.

Tully seguía apoyado en la pared, parpadeando para apartar el sudor que le caía sobre los ojos. Olía espantosamente mal a pesar de las cantidades de perfume con que se había obsequiado. Había adquirido esa costumbre de los otros. Todos los humanos lo habían hecho. Pero un humano recalentado seguía poseyendo su aroma particular.

—¿Bien? —le preguntó.

—Dioses. —Respiró profundamente y al cruzar la puerta lo tomó por el hombro. Tully tenía que volver adentro. Aún le necesitaban. Los traductores mecánicos eran un desastre. Y Tully parecía como si apenas fuera capaz de tenerse en pie—. Sí. Bien. Gracias sean dadas a los dioses. ¿Puedes aguantar un poco más? ¿Otra hora?

—Yo hacer. —Con voz ronca, más bien desesperada.

—Tully, puedes irte con ellos. ¿Entiendes? Ir a casa.

Tully la miró, parpadeando. Y meneó la cabeza. Un viejo gesto suyo, una vez más.

—Aquí. La *Orgullo*.

—Tully, no comprendes. Tenemos problemas. Ahora todo va bien. Después... no lo sé. No estoy segura de que las Chanur no terminemos arrestadas. O algo peor. Tengo enemigas, Tully. Montones. Y si me ocurre algo y a Chanur también, *te* quedarás solo. Sería un mal asunto. ¿Entiendes eso? No puedo afirmar que vayas a permanecer seguro. Ni tan siquiera puedo afirmarlo de mí o de mi tripulación.

No la comprendía. Las palabras quizá sí. Pero no el modo en que el *han* pagaba a hani como Ayhar o Tahar, quien todavía no deseaba volver. Sólo los dioses podían saber qué reservaban para Chanur.

—Yo amigo.

—Amigo. Dioses. Te deben mucho, Tully. Pero tienes que salir de aquí, con quien sea.

Sus ágiles ojos fueron hacia la puerta, como una hani que ladeara la oreja. *Ellos*.

—No bueno yo ir con ellos.

Entonces, tenía sentido. Y demasiado.

—Tienen la misma forma de dar las gracias que el *han*, ¿eh? Lo mismo que te

pasa a ti, me pasa a mí con las hani. Un maldito jaleo, Tully...

Él se limitó a mirarla, en silencio.

Y entraron en la habitación, los dos. Para empezar con los mapas y las rutas exactas.

Al otro lado de una mesa llena de humanos cansados y de bastante mal humor.

Tully habló de nuevo desde su asiento situado hacia la mitad de la mesa. En voz baja e inexpresiva.

La réplica sonó más bien acalorada, pero perdió fuerza cuando Tully la tradujo. Sencillamente, dijo:

—Ellos ir. Querer nosotros ir con ellos hogar.

—No —dijo la Llun, antes de que el Personaje mahen lograra meter baza. Skkukuk se limitó a seguir sentado, emitiendo chasquidos, como si hablara consigo mismo.

—No es un buen momento —dijo Pyanfar. Era una vieja comerciante. Tully se las arregló para transmitir sus palabras—. Ahí fuera hay knnn. —Tully lo tradujo, lo cual seguramente les haría fruncir aún más la frente.

—Kkkkt —musitó Skkukuk al tiempo que alzaba la mandíbula, gesto que probablemente no lograron comprender.

Tully dijo algo. Era probable que Tully sí lo hubiera entendido.

Después de eso se mostraron dispuestos a volver a sus naves.

—Lo hemos conseguido —dijo después a la Llun y a sus centinelas en el pasillo, cuando ya sólo faltaba levantar la sesión. Ella y la más vieja de las Llun guardaban cierto parentesco. Ninguna de las dos deseaba mostrarse demasiado íntima: las Inmunes adoraban su neutralidad.

—Esperamos que los mahendo'sat ofrezcan algún tipo de compensación —comentó la Llun.

Pyanfar abatió las orejas y se le aflojó la mandíbula.

—Dioses, acabamos de lograr que los kif y los mahendo'sat se muestren de acuerdo en...

—Estás en una situación muy peculiar.

Pyanfar la miró, en silencio.

—Ejerces una influencia única —continuó la Llun.

El instinto comerciante de Pyanfar tomó el control. En un relámpago cegador. *Dioses. Les hace falta alguien, ¿no?*

*Que los dioses nos salven. Los mahendo'sat.*

*Puedo conseguir que la Orgullo vuelva a funcionar. Quizá pueda salir de este puerto. Tal vez pueda jugar lo bastante bien como para que no nos arresten.*

—Tanto al *han* como al colectivo de las Inmunes se le ha ocurrido que si has

conseguido esto, puedes hacer otras cosas —siguió la Llun—. Tienes una influencia muy considerable sobre los mahendo'sat.

*¡Dioses, dioses, todavía no lo ven! Los mahendo'sat, los mahendo'sat son lo único que pueden ver. Los stsho y los mahendo'sat. Sus preciosos intereses comerciales.* Pyanfar se puso en movimiento. Vio a su escolta compuesta por varias especies que la aguardaba al final del pasillo, con las abundantes armas tintineando. Al igual que los knnn y los tc'a de ahí fuera, quienes según los juramentos de Jik y Dientes-de-oro eran una presencia pasablemente amistosa. Y una nave pirata que se mantenía muy callada y quieta pero que, con toda seguridad, seguía a la escucha. Conocía a Tahar, sabía que escucharía hasta que llegara el instante de ponerse en acción. *Soy peligrosa. Para ellas soy una plaga y un peligro. Pero se han equivocado en cuanto a cuál es el peligro.*

—Chanur. El *han* te ofrece tus tierras.

Pyanfar giró en redondo, parpadeó y se quedó mirando a la Inmune.

—¿Quieres decir que mi hijo se rinde? ¿Piensa devolver las tierras? ¿O el *han* se limitará a confiscárselas?

—Algo inventarán. Están dispuestas a ello.

—¡Condenadas y codiciosas bastardas sorbehuevos! ¿Qué piden? ¿Qué intentan comprar? Por el infierno mahen, ¿con quién creen que están tratando?

—Creo que ni ellas mismas lo saben. Creo que ni se lo imaginan. Yo sí. Y los clanes del espacio también. Dicen que lucharán si el *han* te pone un solo dedo encima. Saben lo que eso significaría para los mahendo'sat y los kif. Yo también lo sé.

—¡Están locas!

—Tienes una posición. ¿Qué ocurriría si no estás ahí para ocuparla? Respóndeme a eso.

*Skkukuk sería lo que Sikkukkut quería ser. Jik desacreditado. Sacudidas en el gobierno mahen. Más locuras.*

No quería pensar en eso. Era algo que permanecía día y noche en su interior, como una sustancia indigerible.

Lo mismo ocurría con la solución.

—Así que el *han* sólo quiere que baje y me encargue de jugar a la política y pagar la cuenta del bar, ¿eh? Que me haga un sitio cómodo junto a las Naur.

—No he dicho eso. No he dicho que las Naur no vayan a intentarlo. —La Llun parecía tener algo amargo en la boca—. No he dicho que debas escucharlas. Tienes amistades. Eso es lo que estoy intentando comunicarte... de forma oficiosa.

—Porque conseguí el acuerdo en esa habitación.

—Seré sincera. Algunos clanes te habrían apoyado. El clan Llun no podía hacerlo. Tenemos otros motivos que considerar. Sé que no estoy hablando con



ninguna recién llegada a la política, pero yo tampoco lo soy.

—Quieres decir que sabes lo que podía hacer.

—Eres hani. Regresaste aquí, como Ayhar. Como todas las demás. Eso nos tranquiliza un poco en cuanto a lo que harás en el futuro.

—Y la tierra es el resto, ¿no?

—Puede conseguirse algún tipo de arreglo.

Le dolía el corazón. Agudamente. Tuvo que respirar varias veces para que el dolor se disipara un poco y le fuera posible hablar.

—Soy demasiado sincera, Llun. Soy demasiado condenadamente sincera para aceptar ese trato. Soy demasiado sincera para hacerle eso al *han*, y me refiero a nosotras, no a las que tienen su ancho trasero sentado en ese mausoleo de mármol e intentan jugar a la política en un cosmos que ni tan siquiera entienden, por todos los dioses. Soy la mejor educación que van a conseguir en toda su vida, probablemente. Tienes razón. Ni tú ni tus centinelas deben tocarme, y tampoco a mi tripulación. Ya sabes lo que eso provocaría.

Las orejas de la Llun se habían abatido.

—¿Es una amenaza? ¿Debo tomarlo como tal?

—No te preocupes por mí. No soy Ehrran. Ni Naur. No me dedico a llevar cuadernos de anotaciones. Y voy a ser una pésima invitada. ¿Entiendes eso? No puedo incluir ese tipo de asuntos políticos en el *han*. No puedo sentarme en el *han* y manejar a los kif. O a los mahendo'sat. O a los stsho. Esto no es lo que han acordado entre los kif y los mahendo'sat. Ya no tengo parientes. No puedo tenerlos. No puedo pagar ese tipo de obligaciones y deudas. Vamos, Tully.

Pasó junto a la Llun, alejándose de ella por el corredor sin mirar ni una sola vez hacia atrás. Sentía un fuerte dolor en las entrañas. Nadie la esperaba, sólo desconocidos y alienígenas. Y tenía que encararse con la tripulación. Y explicárselo.

—¿Mal? —preguntó Tully.

—No. —Al decirle eso se encontró algo mejor. Ya se había decidido. Mientras andaban, le puso la mano en el hombro—. Amigo —le dijo, y descubrió que decirle esto también la hacía encontrarse mejor.

—Pyanfar... —Tully se detuvo y la miró. Tenía algo en la mano y, cogiendo la suya, le hizo poner la palma hacia arriba para dejarle ese objeto entre los dedos. Pyanfar los abrió. Era el pequeño anillo de oro. El que encontraron en la perdida *Ijir*. El anillo de ese amigo suyo—. Tú tomar. —Tully alargó la mano y le tocó suavemente la oreja—. Así.

Era su objeto más preciado, lo único que era realmente suyo y que le vinculaba con sus muertos.

—Dioses, Tully...

—Tomar.

Pyanfar cerró la mano sobre el anillo. Tully pareció complacido ante ese gesto, incluso aliviado, como si se hubiera librado de algo que le resultaba demasiado pesado.

—Tully... ¿quieres quedarte o irte?

—Quedar. Con la *Orgullo*. Contigo. Con tripulación.

—¡Ahora no es como antes! ¡No será igual! Maldita sea, Tully, no consigo hacerte entender en qué te estás metiendo. Puede que la tripulación acabe yéndose. Hilfy tendrá que irse. No sé dónde iremos a parar. No sé cuánto tiempo puede durar esta situación antes de que todo empeore.

—Necesitarme.

Pyanfar abrió la boca y volvió a cerrarla. Siempre que había pensado en la tripulación y en quién le merecía más confianza, jamás le había venido a la mente el nombre de Tully. Como el anillo, era un regalo demasiado grande.

—Venga —le indicó.

—Todo va bien —dijo, con el estómago lleno, en la ahora atestada cocina. Las Tauran se habían ido, con las Vrossaru, a bordo de la *Mahijiru*, siguiendo a los humanos. Estaba el asunto de volver a Punto de Encuentro y recoger sus naves y cargamentos. La *Prosperidad de Ayhar* también tenía que viajar en esa dirección con la bodega llena, tal vez Punto de Encuentro necesitara desesperadamente esa carga. Y, nunca se podía saber si eso eran buenas o malas noticias, el knnn había desaparecido junto con el t'ca, siguiendo una dirección que debía hacerles perderse en el limbo, si un knnn no fuera capaz de hacer saltos que otras naves no podían realizar. Hacia el espacio stsho, o eso parecía. Era su mejor hipótesis.

—Noticias de Tahar —comunicó Haral—. Tienen el mensaje.

—¿Qué dicen al respecto?

—Dicen que gracias. Dicen que creerán en la amnistía del *han* cuando la reciban grabada en una piedra, pero que de momento planean seguirnos como una sombra. Hasta que se difunda la noticia.

—Huh. —Era lo más prudente. Así era Dur Tahar. Pyanfar dejó escapar un leve suspiro—. *Nosotras* también tenemos algo que hacer en Punto de Encuentro en cuanto acaben de reparar nuestra cola.

Tomó un sorbo de gfé. Había un puesto vacante en la mesa. Hilfy estaba fuera de la nave, ocupándose de los asuntos de Chanur. Así tenía que ser. Dentro de un año estaría casada, era lo mejor que podía hacer Hilfy, buscarse a un joven lo bastante fuerte como para borrar del mapa a su primo Kara a quien debía devolver al territorio de Mahn.

Y respecto a esa elección, Pyanfar sentía fuertes deseos de aconsejarla; pero la relación que la unía a Hilfy se había vuelto demasiado distante, se parecía demasiado

a una relación comercial. Hilfy tenía tanto orgullo como ella, era tozuda y callada. Pyanfar se veía en ella como en un espejo. Hilfy lo sabía todo; sabía más de lo que llegaría a saber cuando tuviera cien años. Por eso:

—Eh —le había dicho Hilfy cuando estaba a punto de irse. No le había hablado con la formalidad correspondiente entre la capitana y una tripulante, sino mirándola igual que una adulta a otra, a los ojos—. No pienso ir de caza entre los ermitaños. Me limitaré a difundir la noticia de que estoy buscando. Yo, la heredera de Chanur. Y el ganador conseguirá un pasaje de lanzadera para Gaohn. No me importa si es guapo o no. Pero, por los dioses, tendrá que poseer el valor suficiente como para subir hasta aquí y conocer a mi padre.

—Huh —había contestado ella a eso, ya que había resuelto apartarse de todos los asuntos del clan mientras tuviera que actuar como Personaje. Y ello no le permitía ofrecer consejos a Rhean, Anfy o cualquiera de las otras.

Y ahora, hablando con la tripulación, con sus primas, su esposo y un humano:

—Lo que os intento decir es que no tenéis por qué acompañarme esta vez. Si queréis pasar algún tiempo sin moveros, bien saben los dioses que ya os lo merecáis. —Contempló a Chur por debajo de las cejas, pues ella se lo merecía el doble que las otras—. Podéis quedaros en la estación. O pasar a otra nave. La *Fortuna*; la *Luz*. Cualquier nave. Soy la maldita Personaje de Anuurn. Puedo conseguiros el puesto que os venga en gana y mi posición debería permitirme poder realizar algunos de mis proyectos.

Un largo silencio.

—No —dijo Haral.

—No. —Igual que un eco, de Tirun.

—No se está segura en Anuurn —añadió Chur, y se encogió de hombros, como si se encontrara incómoda—. Pero he hablado con esa Llun. Inmune. Suave. Realmente suave...

—¿Quieres abandonar la nave? ¿O quieres sólo algún tiempo libre?

Chur suspiró, alzando los hombros.

—Dioses, quiero disponer de tiempo hasta que arreglen la cola, eso es todo.

Geran había parecido preocupada. Por un instante, de hecho, había parecido estar aterrorizada. Pero la sombra ya había pasado.

Khym miró a Chur. Y luego a Pyanfar, con el rostro tranquilo y pensativo. A veces sus ojos expresaban tan claramente sus ideas que Pyanfar era capaz de leerlas en ellos. Después de todos esos años.

## Epílogo

El muelle olía a cosas y lugares extraños, a metal, aceite y maquinaria. Por toda su superficie se oían resonar ecos de avisos y el gruñido de mecanismos monstruosos. Para un muchacho que procedía de una tierra de cielo azul y hierba dorada era un lugar aterrador. Hallan oyó retumbar el trueno de los mensajes transmitidos por el sistema de altavoces y que se perdían en las vastas cavernas grises del muelle, engullidos por ellas y devueltos luego bajo la forma de ecos retorcidos. Miró a su alrededor y vio grupos de Inmunes con pantalón negro moviéndose a lo largo del muelle y formando un cordón que lo cruzaba de un lado a otro: lo poco que había logrado entender por el altavoz era alarmante, fragmentos de un aviso para que se despejara la zona, pero no tenía ninguna idea de qué era la sección cuatro verde o de por qué ahí abajo las luces eran azules mientras que donde él estaba eran verdes.

Llegar a este sitio era algo desconcertante para un joven criado en el planeta, un joven que llevaba su pase y cuanto poseía en el mundo dentro de su flamante bolsa de navegante espacial. Había pasado dos horas aturdido en inmigración y luego había tomado lo que resultó ser el ascensor equivocado en el dique de lanzaderas. Había entrado en una oficina de la administración para que le orientaran y bajado por otro ascensor que, de pronto, empezó a desplazarse de lado al mismo tiempo que hacia abajo, y acabó deteniéndose en el muelle principal, sin obedecer a sus intentos de hacerlo subir. No le había quedado más remedio que aventurarse por los muelles de Anuurn, que le habían deslumbrado con sus ecos, su tamaño y su realidad, después de tantos sueños. Sus hermanas le habían advertido que el lugar era peligroso, pero no lo era: era maravilloso; sobrecargaba los sentidos con ruido, ecos y olores desconocidos. Era demasiado inmenso y sus escasos moradores parecían demasiado apresurados o tenían un aspecto demasiado hosco como para ser molestados con las tontas preguntas de un recién llegado. Los muelles seguían toda la circunferencia de la estación, de eso estaba seguro. Por lo tanto, si empezaba a caminar siguiendo la dirección ascendente de los números, la sección cuatro no podía encontrarse demasiado lejos de la sección siete, que era la que buscaba. Fue andando por zonas donde no había tráfico alguno, a la sombra de las grúas, y fue del dique 14, donde le había dejado el ascensor, hasta el dique 15; luego al 16, un dique de trabajo con todas las luces ardiendo con tal resplandor que agitaron su concepción de la belleza: blanco y oro, cien luces que arrancaban destellos a los cables, la grúa y cuanto las rodeaba. La rampa de acceso parecía estar abierta. Los operarios se alejaban en los vehículos y nadie se fijaba en un chico que iba a pie, así que podría permanecer más cerca de sus sueños que en ninguna otra ocasión de su vida.

Pero ahora... DESPEJEN LA ZONA, dijo el altavoz situado en lo alto mientras que él se apresuraba, jadeante, bajo la inmensa maquinaria que le dominaba, bañada en

lucos. DESPEJEN LA ZONA, y algo más que no pudo oír entre el tumulto y la confusión. Miró desesperadamente a su alrededor y vio a las Inmunes en movimiento y los muelles súbitamente desiertos. El corazón empezó a latirle con fuerza, presa de pánico; se preguntó si se trataría de una alerta, una pérdida de presión, si algo había salido peligrosamente mal en este muelle o en alguno de los más cercanos. Había oído contar muchas historias horribles sobre los años de la guerra.

Y, al buscar algo que le sirviera de orientación, vio a una navegante espacial, con la nariz canosa y en las orejas... dioses, un montón de anillos de viajes, sentada en el final de alguna enorme máquina, sentada sin hacer nada, observando toda la conmoción. Se rodeaba la rodilla con un brazo y tenía las orejas echadas hacia atrás a causa del ruido. Y, de repente, ella clavó los ojos en él.

Inmediatamente agachó las orejas en un gesto de cortesía. No sólo se trataba de etiqueta, pues estaba realmente impresionado por los anillos de viaje y la tranquila seguridad de esta veterana que representaba cuanto anhelaba ser con todo su corazón. Jamás se le habría ocurrido acercarse a ella sin algún tipo de invitación; pero le estaba mirando como si, de alguna forma, él fuera más interesante que el caos y las idas y venidas de las Inmunes. Creyó detectar esa invitación, algo que le llamaba en el agitarse de una oreja cargada de anillos; y cogió la bolsa, armándose con todo el valor de sus diecisiete años.

—Hola —dijo, acercándose a ella. Su sonrisa y lo abierto de sus maneras le habían sido de gran utilidad en la vida. Ahora que estaba asustado volvió a confiar en ellas. Ladeó una oreja hacia el estruendo que se oía a su espalda—. Hay mucho ruido, ¿no?

La navegante espacial asintió con la cabeza.

Ni una palabra. Ni la menor agitación amistosa de orejas. Sintió que había hecho el ridículo y su desesperación aumentó todavía más. Llevaba unos pantalones azules totalmente nuevos. No tenía anillo alguno en las orejas. En la bolsa de viaje se veían aún las arrugas de cuando había estado embalada, por eso la hizo girar hacia atrás, a su espalda, y la dejó caer en el suelo, donde sería menos evidente. Pensaba que había interpretado mal sus gestos y tuvo el súbito deseo de conseguir alguna orientación e irse, antes de verse metido en algo que no sabría cómo manejar.

Los ojos de la navegante examinaron su cuerpo sin prisas, despreocupadamente, y en ellos se encendió una chispa de interés.

—Estás en el lado equivocado de la línea, ¿sabes?

Carraspeó, mirando nerviosamente por encima del hombro.

—¿Qué están haciendo ahí abajo?

—¿Qué estás haciendo tú aquí arriba?

—Yo... —Se volvió hacia ella y se encontró con los tranquilos ojos de la navegante, quien, sin prisa alguna, le dejó desnudo, hasta los huesos, hasta llegar a la

verdad. Ni tan siquiera hubiera sabido cómo mentirle—. Soy nuevo aquí —dijo. Dejó caer las orejas en un gesto respetuoso cuando los labios de ella se curvaron en una mueca de adusta diversión—. ¿Qué está pasando ahí abajo?

—La *Orgullo* está en el puerto.

No pudo evitarlo; se volvió de nuevo hacia los lejanos cordones de las Inmunes y respiró con ansiedad. La estación. Por todos los dioses, era cierto, había llegado a la estación, donde iban y venían especies fantásticas; donde naves de nombres fabulosos se encontraban de forma normal en las listas de atraque y donde se podía encontrar, sentadas como si nada ocurriera, a navegantes espaciales con un montón de anillos. Y justo en el mismo día en que él llegaba del planeta se presentaba la *Orgullo de Chanur*, sin que los noticiarios hubieran avisado de ello, sin nada que pudiera indicar al planeta que estaba a punto de entrar. Por mucho que miró no pudo ver nada salvo el sólido cordón de las Inmunes, con sus pantalones negros, muy lejos, y en los muelles prácticamente no había nadie; por los tableros no podía sacar nada en claro, pues las grúas le tapaban la visibilidad. Se volvió de nuevo e intentó recobrar el aliento.

—Dioses, me gustaría verla.

—No puedes ver una nave, chico, se quedan ahí fuera. —Estaba riéndose de él, por muy serio que mantuviera el rostro—. Pero podrías subir a la sala de observación y la cámaras te darían una buena vista.

—Quiero verlas. A ellas.

—¿A quiénes?

—Ellas.

—¿La Personaje? Todo eso no es más que un maldito montón de estupideces.

Tuvo que respirar a toda velocidad. Las orejas se le desplomaron. Estupideces. ¡Dioses!

—Estupideces —repitió ella—. No es distinta a ti o a mí. ¿Qué habías pensado, chico? Pantalones negros corriendo de un lado a otro igual que chi en un incendio, todo el maldito muelle cerrado...

—Bueno, eso es lo que deben hacer, ¿no? —Estaba indignado. *Sí, ésta debe ser una de las viejas, una de las amargadas que se quejan por todo. No le gusta que un chico como yo esté aquí arriba, no le gusta que yo pueda estar en una nave, eso nunca.irme, eso es lo que debería hacer. Probablemente tiene un cuchillo en algún sitio, puede que incluso lleve una pistola en el bolsillo, sólo los dioses saben que puede tener encima—*. Voy a echar un vistazo. —Cogió nuevamente la bolsa.

Pero la navegante le dio una suave palmadita al metal de la máquina sobre la cual estaba sentada.

—Tssss... No conseguirás atravesar el cordón. Lo único que lograrás será un montón de problemas. Siéntate, chico. Eres nuevo y te brillan los ojos, ¿eh?

Ya había dado el primer paso. Pero se detuvo. Y supo que se había portado como un idiota cuando vio que ella le miraba divertida, con una expresión algo más amistosa en el rostro. Le había tomado el pelo por fingir ser lo que no era, eso había hecho. Bueno, era lo justo.

—Siéntate. Dentro de poco vendrán las cuadrillas del dique. ¿A qué nave vas?

—No es una nave. Todavía no. Voy a la escuela. Soy Meras. Hallan Meras. De Syrsyn. —Y, una vez que hubo empezado su confesión, tuvo que seguir con ella bajo la inmutable mirada de la vieja navegante, y las orejas le ardían a causa de la incomodidad. Lo había sabido todo incluso antes de preguntárselo, pero no le había puesto en ridículo por ello—. Quiero ser un navegante. —Era su máspreciado sueño. Aunque había pensado que lo haría, ella no se rió ante sus palabras. *Una de las viejas*—. ¿Has...? —Miró nuevamente hacia el dique, inclinándose hacia adelante, y en ese ángulo tampoco pudo ver ningún nombre de nave—. ¿Has visto alguna vez a la Personaje?

—Montones de veces.

Él la miró, impresionado.

—¿Eres amiga suya?

—Eh, chico, ¿qué te ocurre, qué os enseñan hoy en día? Todas esas tonterías, todo eso de ver a un Personaje... de todos modos, ¿qué significa *ver*, eh? Me preocupas, eso es lo que estás consiguiendo. Las hani que yo conocía habrían escupido en el ojo a quien tuviera deseos de que le hicieran tanta reverencia y le pusieran tanta guardia de honor. Tú deberías hacer lo mismo.

Entonces comprendió.

—Ella ha conseguido que yo esté aquí —dijo. Y, cuando la vieja navegante parpadeó, dijo—: Por eso quiero ver esa nave. No estaría aquí sin ella y sin lo que hizo. Ésa es la razón.

—Huh —musitó la vieja navegante—. Uhhhnnn... —Con un gesto hacia adelante, hacia el repentino destello de una luz estroboscópica y la llegada de varios vehículos oficiales—. Llun.

—¿Estamos en apuros? —Hallan se puso en pie, muy preocupado, y su vieja compañera hizo lo mismo. Cogió la bolsa, agarrándola fuertemente. Oficiales Inmunes y centinelas con armas estaban saliendo del coche en dirección hacia ellos. De repente, sumándose a la confusión, aparecieron otras navegantes espaciales que bajaban por la rampa de la nave, y entre ellas había un macho, y un...—. Oh, dioses —suspiró Hallan. Había visto humanos en las viejas películas, incluso había visto una película sobre este humano.

—Capitana... —dijo una de las navegantes, con la nariz cubierta de cicatrices y los rasgos muy marcados, yendo hacia donde estaban—. Dioses, ¿cómo se te ocurre ir por ahí de esa forma?

—Demasiado jaleo —respondió la vieja navegante, quitándose el polvo de los cinturones—. Todo esto me pone frenética. Quieren un decreto. Pues se lo daré. Haral, te presento a un chico muy agradable. Hallan Meras, te presento a Haral Araun. Siento que no podamos quedarnos y hablar un rato. Que tengas suerte.

Y se alejó con las tripulantes de su nave, y con el resto del cortejo, y con Tully, el humano. Y con *na Khym nef Mahn*, el primer macho hani que había viajado al espacio.

Una de las tripulantes se quedó rezagada durante unos instantes, una hani no muy alta que le examinó de pies a cabeza con ojos que por un segundo parecieron examinar... dioses, su interior y cuanto le rodeaba, con una fuerza que estuvo a punto de hacerle temblar. Chur Anify. La más extraña. La que había trazado los mapas de los nuevos Puntos más allá de Minar, los puntos que luego habían sido captados por las sondas, un puente hacia nuevas estrellas. Era casi tan famosa como la Personaje.

—¿Quién es este chico? —preguntó una Llun, con la voz dura y cargada de amenazas.

—Tiene derecho a estar aquí —dijo Chur Anify, y la Llun la miró, agachó las orejas y lo dejó en paz.

—¿Eres pariente suyo? —le preguntó esa misma Llun cuando los vehículos se hubieron marchado del muelle y centinelas Llun de rostro ceñudo se disponían a montar una doble guardia ante la rampa de acceso a la *Orgullo de Chanur*—. ¿Eres de Chanur?

—No —respondió, sosteniendo el equipaje y todavía aturdido, como si todas las estrellas del espacio giraran en torno suyo. Había visto a la Personaje, la *mekt-hakkikt* de los kif, la Directora... había tantos nombres para ella como especies contenía el Pacto. Había hablado con él; ella, el poder capaz de poner en movimiento mil naves y de actuar como intermediario en los asuntos entre especies distintas.

Con él, como si él fuera alguien realmente importante.

O como si, algún día, pudiera llegar a serlo.





CAROLYN JANICE CHERRYH, nacida en 1942, ha hecho famoso su pseudónimo C. J. Cherryh desde que apareció su primera novela *GATE OF IVREL* (1976), que le mereció el premio John W. Campbell de 1977 al autor más prometedor. El éxito de sus primeras obras le llevó a abandonar su trabajo como profesora de latín y dedicarse completamente a la escritura.

Se trata de una autora muy prolífica (dos o tres buenas novelas al año), que posee una extraña habilidad para zambullir al lector en el corazón de culturas extrañas y ajenas y, por ello, ha sido comparada a Ursula K. Le Guin. Capaz de utilizar un ágil ritmo narrativo, ha recreado la clásica *space opera* a la que ha incorporado un tratamiento maduro y completo de los personajes, a menudo femeninos y de culturas no humanas.

La primera y prometedora novela se extendió hasta una trilogía conocida como *The Book of Morgaine* formada por *GATE OF IVREL* (1976), *WELL OF SHIUAN* (1978) y *PIRES OF AZEROTH* (1979), para llegar a convertirse en tetralogía con *EXILE'S GATE* (1988). Otra de sus series famosas es *The Faded Sun* compuesta por *THE FADED SUN: KESRIT* (1978), *THE FADED SUN: SHON-JIR* (1978) y *THE FADED SUN: KUTATH* (1979).

Obtuvo el Hugo de 1982 por su novela *LA ESTACIÓN DOWNBELOW* (1981), en cuyo universo se ambientan también *MERCHANTER'S LUCK* (1982), *FORTY THOUSAND IN GEHENNA* (1983) y la más reciente *CYTEEN* (1988) que se ha dividido en tres volúmenes para su edición de bolsillo: *THE BETRAYAL* (1989), *THE*

*REBIRTH* (1989) y *THE VINDICATION* (1989) por causa por su gran tamaño. Otra serie es la formada por *PORT ETERNITY* (1982) y *VOYAGER IN NIGHT* (1984).

Estuvo a punto de ser la primera persona que obtuviera el Hugo dos años consecutivos con *EL ORGULLO DE CHANUR* (1982), cuyo gran éxito de ventas llevó a la aparición de la tetralogía de la *Saga de Chanur* formada además por *LA AVENTURA DE CHANUR* (1984), *LA VENGANZA DE CHANUR* (1985) y *EL REGRESO DE CHANUR* (1986).

Con *ANGEL WITH THE SWORD* (1985) se establece el punto de partida de una serie genérica en la que otros escritores crean historias con personajes y ambientación comunes; lo que se llama un «universo compartido». El título genérico es *Merovingen Nighths* y hasta ahora se han publicado cuatro volúmenes bajo los auspicios editoriales de la misma C. J. Cherryh: *FESTIVAL MOON*, *FEVER SEASON*, *TROUBLED WATERS* y *SMUGGLERS GOLD*. Más recientemente, la inagotable imaginación de Cherryh ha creado el universo de *The Sword of Knowledge*, cuyo primer volumen *A DIRGE FOR SABIS*, ha aparecido en 1989 firmado conjuntamente con Leslie Fish.

También destaca en el campo de la fantasía con la serie formada por *THE DREAMSTONE* (1983), *THE TREE OF SWORDS AND JEWELS* (1983) y otras obras como *SERPENT'S REACH* (1980).

Más estrictamente de ciencia ficción son *BROTHERS OF EARTH* (1976) y *HUNTER OF WORLDS* (1977) y, más recientemente, *CUCKOO'S EGG* (1985) y *LEGIONS OF HELL* (1987).

Son ya más de 30 los títulos citados que no agotan todavía la ingente producción de Cherryh en estos últimos doce años. Hay que añadir *HESTIA*, *THE GREEN GOODS* (escrita en colaboración con N. C. Henneberg), *SUNFALL*, y *WAVE WITHOUT A SHORE*. Y todo ello sin contar sus relatos cortos, algunos de los cuales están recogidos en la antología *Visible Light* (1986) que incluye, entre otros, el relato *Cassandra*, ganador del premio Hugo de 1979.

Y esta fecundidad no parece estar reñida con la calidad. Su obra, apreciada por el público, es también muy reconocida por críticos y estudiosos, principalmente por su gran imaginación, la cuidada y minuciosa descripción de culturas extraterrestres y su tratamiento del rol de los sexos en otras culturas.

# Notas

[1] Como se narra en *El orgullo de Chanur*, *La aventura de Chanur* y *La venganza de Chanur*. <<